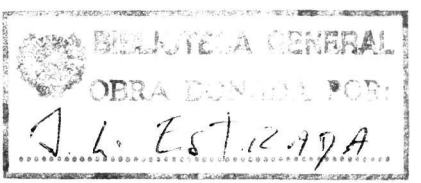
BIBLIOTECA
DE PREDICADORES.

TOMO DÉCIMO.

PARTE CUARTA,

TOMO II.

IMPRENTA DE J. CLAYE Y Cª, CALLE DE SAN BENITO, Nº 7.


BIBLIOTECA GENERAL
OBRA DONADA POR:
J. L. Est. 12.99 A

I/2536 C/67

BIBLIOTECA

DE

PREDICADORES

Ó

SERMONARIO ESCOGIDO

DE LAS OBRAS PREDICABLES

DE COCHIN, CHEVASSU, EGUILETA, FLECHIER, GARCÍA, GONZÁLEZ, MASSILLON, SÁNCHEZ SOBRINO, SANTANDER, TRENTO, TRONCOSO Y OTROS,

POR

DON VICENTE CANOS,

PRESBÍTERO,

SERMONES PANEGÍRICOS.

TOMO SEGUNDO.

PARIS,

LIBRERÍA DE DON VICENTE SALVA,

CALLE DE LILLE, Nº 1.

1850.

UNIVERSIDAD DE MALAGA
BIBLIOTECA GENERAL

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA
6104857163

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SANTA BÁRBARA VÍRGEN Y MÁRTIR.

(DE TRONCOSO.)

¿ Quis est qui vincit mundum, nisi qui credit quoniam Jesus est Filius Dei?

¿ Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesus es el Hijo de Dios?

Ep. I. Joan. c. 5. v. 5.

Es incontestable que la fe ha sido en todos tiempos el orígen de todos los acontecimientos grandiosos que se registran en los anales de la historia. Desde que hubo hombres, la fe marchó siempre á la cabeza del gran movimiento intelectual que debia desenvolverse al aparecer en el mundo el Hijo de Dios. Este era el fin de toda la ley; la creencia en él hallábase implícitamente en todos los sacrificios de los antiguos patriarcas, en sus ritos, en sus ceremonias, y era, por decirlo así, el alma de todas las empresas arduas, el orígen de todos los prodigios, el principio impulsivo de todas sus acciones, como que solo en ella y por ella podia hallarse la justificacion. Dejemos á san Pablo enumerar las grandezas de esta virtud. «Por la fe, dice, ofreció Abel á Dios un sacrificio mas excelente que el de Caín, por el cual mereció que el Señor le diese un testimonio irrefragable de su benevolencia. Por la fe fué trasladado Enoc de este mundo para que no muriese. Por la fe, avisado Noé de cosas que aún no se veian, condenó al mundo, y fué instituído heredero de la justicia. Por la fe abandonó Abrahan su casa y su familia, y recibió de Dios en herencia la tierra que le habia

prometido. Por la fe bendijo Isaac á Jacob y Esaú, anunciándoles lo que les habia de suceder. Por la fe vaticinó José al morir la salida de los hijos de Israel. Por la fe fué ocultado Moises por sus padres durante tres meses, y siendo ya grande renunció á la cualidad de hijo de la hija de Faraon, prefiriendo ántes ser afligido con el pueblo de Dios, que gozar de las delicias pasajeras del pecado, juzgando que el oprobio de Jesucristo era un tesoro mayor que todas las riquezas de Egipto. Por la fe pasaron los hijos de Israel el mar Bermejo como por una tierra sólida. Por la fe cayeron los muros de Jericó con solo dar vuelta siete dias al rededor de ellos. ¿Y qué pudiera decir todavía si hubiese de hacer mencion de Gedeon, de Barac, de Sanson, de Jefté, de David, de Samuel y de los profetas, los cuales por la fe conquistaron reinos, ejercitaron la justicia, taparon las bocas de los leones, extinguieron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, sanaron de graves enfermedades y desbarataron numerosos ejércitos? Otros por el contrario fueron estirados en el potro, sufrieron escarnios, azotes, cadeñas y cárceles, ó fueron apedreados, aserrados, muertos al filo de la espada, ó anduvieron errantes cubiertos de pieles, desamparados, angustiados y maltratados, porque el mundo no era digno de ellos (1). »

Tal es, católicos, el poderoso ascendiente que la fe ejerció en todos los grandes sucesos del mundo ántes de la venida del Salvador de los hombres. ¿Cuál fué empero despues que este Dios-hombre inauguró desde el Calvario el imperio de la verdad y el reinado del Evangelio? ¡Qué victorias no consiguió! ¡qué prodigios no hizo! ¡qué empresas no acometió! Ah! El universo entero ha sido atado al carro de su triunfo. Aquí se ven ancianos venerables : allí jóvenes llenos de vida y de esperanzas; ora niños que todavía lactan el pecho de sus madres : ora vírgenes puras é inocentes que cobijándose á la sombra del augusto pendon de la fe, se burlan de los tiranos, desprecian las amenazas, arrostran los peligros, sufren con heróico valor los tormentos y la muerte misma, y hacen que el mundo se confiese vencido por su constancia. *¿Quis est qui vincit mundum, nisi qui credit quoniam Jesus est Filius Dei?*

Entre esa serie innumerable de ilustres triunfadores, mi

(1) *Ep. ad Hebr. c.* 11

vista se fija hoy en la invicta heroina de Nicomedia. Bárbara, la incomparable Bárbara, es digna de toda nuestra admiracion por lo grande de su fe, que la condujo á morir por un Dios á quien solo conociera por medio de las cosas creadas y visibles. Como la rosa que ostenta su encantadora beldad en medio de las espinas que la rodean, su fe se desarrolló prodigiosamente en el seno del error y de la mas profunda supersticion. Nada pudo jamas separarla de aquel que escogiera como centro de su amor: ni la tribulacion, ni la angustia, ni el hambre, ni la desnudez, ni los riesgos, ni las persecuciones, ni la espada de un padre, tirano implacable y monstruo de inhumanidad. Ella pudo insultar á la muerte misma y decirla: ¿en dónde está tu victoria? ¿qué se ha hecho de tu aguijon? Tú me has herido; pero no has conseguido vencerme: me has hecho caer bajo tu huesuda mano; pero al tiempo mismo has ceñido mis sienes con los laureles del triunfo: como á los demas hijos de Adan hicísteme descender al polvo de la tumba; pero mi espíritu reina en la mansion de la inmortalidad.

Justo es pues, católicos, que celebremos el triunfo de Bárbara, conseguido por su fe contra el mundo y contra las potestades del mundo. Ninguna idea me parece mas adecuada al carácter de heroísmo que nos ofrece su portentosa historia. «Abrazando la fe venció la incredulidad de un mundo idólatra, enemigo declarado de Jesucristo; confesándola y padeciendo por ella, venció el poder del mundo, que avergonzado de su derrota la sacrificó en odio de Jesucristo.» Hé aquí el asunto que propongo á vuestra consideracion en este discurso.

Favoreced, señor, mis deseos; secundad mis designios, dirigidos únicamente á hacer ostensibles los prodigios de la fe en la persona de la tierna y pura vírgen Bárbara. Haced fecundo mi entendimiento; haced expeditos mis labios para llenar dignamente mi mision, vos, que sois el orígen de toda luz y de la verdadera sabiduría. Para obtener mas fácilmente esta gracia, interpongo la mediacion poderosa de la Vírgen de las vírgenes, á quien saludo con toda la efusion de mi corazon: *Ave María.*

PRIMERA REFLEXION.

De en medio de las tinieblas salió la luz para los rectos de

corazon (1). Estas palabras del Salmista encierran una gran verdad que se ve perfectamente verificada en la ilustre vírgen santa Bárbara, y que constituye el fundamento de su extraordinario heroísmo. Cuando el siglo III de la iglesia vió brotar en una tierra ingrata esa preciosa planta, hallábase el universo cubierto en gran parte de las densas sombras de la idolatría. El país que la vió nacer adoraba aún á las falsas deidades; el culto del Dios verdadero era mirado como una novedad perniciosa, y como tal despreciado y perseguido. Su mismo padre, entusiasta furibundo por las extravagancias del paganismo, llevaba hasta el delirio su respeto á los ritos y prácticas de aquel culto detestable. Nada veía á su alrededor la hija de Dioscoro mas que fanatismo, supersticion y error. ¿Como pues podia llegar al conocimiento de un Dios de quien jamas oyera hablar, puesto que san Pablo dice que la fe se adquiere por el oído, y el oir depende de la palabra de Jesucristo (2)? Pero oh prodigio de la gracia! El cielo habia escogido á esta criatura para vencer al mundo por medio de una fe tan admirable en su orígen como fecunda en sus resultados; y en consecuencia de esto, la dotó de una disposicion de alma la mas feliz, y la dió un corazon capaz de elevarse á la altura de las cosas sobrenaturales por medio de la misma naturaleza. Ateismo infando! Tú que en vez de reconocer en las obras del Excelso su ser eterno é infinito, pretendes formarte un ídolo á quien denominas naturaleza, pero con exclusion omnímoda de una causa sobrenatural que presida á todos sus movimientos y producciones; tú que has ensayado todos los medios que te inspira una ciencia terrena y carnal para explicar los fenómenos que presenta el universo, sin recurrir á un principio motor y ordenador que tenga en sí mismo el orígen del ser y del obrar; fija tu vista en la insigne vírgen nicomediense, y advierte como en el gran espejo del mundo ve la imágen del que le ha formado y adora al Dios que le predican todas las criaturas. Bárbara contempla en efecto este mundo visible; clava su vista en la estrellada bóveda del cielo; admira el movimiento periódico y regular del sol, de la luna y de los demas planetas; y allí donde el ateo no encuentra mas que una combinacion fortuita de la materia, ella descubre la mano invisible de un ser

(1) *Psalm.* 111. *v.* 4. (2) *Ep. ad Rom. c.* 10. *v.* 17.

superior á todos los demas, cuya inteligencia dirige aquel órden portentoso de causas y de efectos. Pára su consideracion en la tierra; advierte la oportuna revolucion de las estaciones; ve como al crudo invierno sucede la apacible primavera, á esta el ardiente estío, y en pos de él el benigno y suave otoño, cada cual con sus diversas producciones; y cuando el ciego materialista solo ve en todo esto un resultado de la composicion ó descomposicion de ciertas partículas ó átomos que giran á nuestro alrededor, ó de otras causas puramente naturales que su imaginacion ha ideado, Bárbara reconoce que la materia es impotente para producir efectos que suponen inteligencia y conocimiento; y no pudiendo concebir que un ser mortal sea capaz de ello, no duda sostener que debe existir indefectiblemente un ser inmortal, infinito y eterno á quien atribuir prodigios tan inexplicables. Todo cuanto el universo ofrece á su vista la conduce insensiblemente al conocimiento del Dios verdadero, en quien únicamente encuentra la explicacion de los infinitos fenómenos que sorprenden su inteligencia. ¡Qué ridículas la parecen aquellas falsas deidades que el paganismo adora! ¡Cuán indignos se la representan de recibir culto unos seres que la mano del hombre ha fabricado! No, no se envilecerá Bárbara adorando lo que solo es acreedor al mas positivo desprecio. Su corazon es todo del Ser supremo; desde luego le busca con ansia, le ofrece sus homenajes, le sacrifica sus pensamientos y no perdona medio alguno para instruirse en los dogmas de una religion á que ya pertenece con el afecto.

Hé aquí la primera victoria que consiguió la fe de santa Bárbara contra un mundo idólatra, enemigo declarado de Dios. En vano intentará ya sorprenderla con los encantos de la hermosura, del placer, de la opulencia y de la gloria. Ella ha sabido encontrar el secreto de hacerse cristiana sin ser apercibida de su familia. Ella se ha unido á Jesucristo con los lazos de un amor fuerte y robusto; le ha hecho el sacrificio de su virginidad, y le ha prometido una fidelidad eterna. ¿Qué pues podrá hacer ya el mundo para triunfar de esa alma generosa? Hay empero, señores, ciertos momentos en que el corazon mas fuerte casi no puede resistir á las impresiones causadas en él por los principios de una ternura natural, que llega á veces á neutralizar cuando ménos, si no á sofocar los principios de la fe. Cuando la criatura se ve en la precision de optar entre

la animadversion de un padre á quien ama con delirio, ó el cumplimiento de un deber que un convencimiento íntimo le impone, menester es toda la energía, toda la fortaleza, toda la abnegacion de un alma superior á los acontecimientos humanos para no quedar vencida en tan terrible lucha. Tal fué la crítica situacion en que se vió constituída santa Bárbara, cuando su padre la propuso que era preciso pensar en contraer un enlace conveniente á su cualidad y dotes sobresalientes. Jamas, oh mundo alucinador, pudiste adoptar un medio mas oportuno para probar la constancia de esa vírgen inocente. Ella no tiene despues de Dios otro objeto mas digno de sus caricias y de su amor que el autor de sus dias. Desea agradarle en todo, porque su voluntad está en perfecta armonía con la de aquel ser de quien inmediatamente ha recibido la existencia: pero por otra parte, el amor de Jesucristo con quien se ha desposado, es un obstáculo que la impide el poder obedecer los preceptos paternos. Qué conflicto! Resistir á la voluntad de Dioscoro es exponerse á todos los rigores de un genio duro, extravagante, colérico, vengativo y furibundo. Ceder á su demanda, es ser infiel á un esposo que ha recibido sus juramentos, que ha aceptado la donacion perfecta de su corazon, que es dueño de su virginidad. ¿Qué hará pues Bárbara en esta lucha de afectos que simultáneamente combaten su espíritu? ¿Declarará su resolucion á un padre tan ciego y extremado en el amor de su hija, como obstinado y tenaz en el odio del Dios de los cristianos? ¿Se atreverá á revelarle los secretos que encierra su corazon acerca del desposorio divino que ha contraído con Jesucristo? No es todavía tiempo. El cielo la reserva otra ocasion mas oportuna para triunfar del error. Entretanto la inocente vírgen busca el medio mas conducente para desentenderse por entónces de aquel compromiso, sin caer en la desgracia de su padre. Este, lisonjeándose de conseguir sus deseos con el tiempo, se ausenta de su casa despues de haber dado sus órdenes para que su hija disfrutase de todas las comodidades que pudiera apetecer.

¡Qué espectáculo tan digno de la admiracion de los ángeles era el ver á la casta doncella, encerrada en lo interior de una torre que escogiera por morada, entregada toda á la oracion, á las divinas alabanzas y á los ejercicios de piedad! Su corazon es un templo en donde dia y noche ofrece á su dulce Jesus el

sacrificio puro de su amor. Pero no queriendo privarse del consuelo de tener algun aliciente que la moviese á tener siempre presente la idea del objeto de su adoracion, ademas de hacer construir en su aposento tres ventanas en honra de la santísima Trinidad, esculpió en la piedra la imágen del Crucificado. ¡Cuán fecunda es, señores, la fe en encontrar arbitrios para alimentar la piedad! ¡Cuán ingenioso se muestra el amor en las almas que le buscan con intencion pura y con voluntad decidida! Cuando considero este rasgo de fe de santa Bárbara, en medio de un país idólatra, rodeada de domésticos que alimentan las mas tristes preocupaciones contra el culto de los cristianos, bajo la dominacion de un padre que mira como inviolables las mas minuciosas prácticas del paganismo, yo no puedo ménos de exclamar: Oh mujer! grande es por cierto tu fe; tu heroísmo sobrepuja á cuanto puede imaginarse. Los jóvenes cautivos de Babilonia adoraban al Dios de Israel en el palacio mismo de un monarca idólatra: pero ellos podian animarse mútuamente á permanecer fieles á la ley; en vez que tú, aislada, encerrada dentro de ti misma, nada ves en torno de ti sino elementos de corrupcion y de infidelidad. ¿Y quién duda que esta circunstancia realza sobremanera el mérito de santa Bárbara y hace su fe digna del mayor elogio? En Roma al ménos los fieles escondidos en los subterráneos, tenian el consuelo de oir de boca de los pastores la palabra del Señor; reforzábanse con la participacion de los sagrados misterios; nutridos con la carne divina del Cordero y con su sangre preciosa embriagados, adquirian valor para sostenerse en la fe; pero Bárbara nada de esto tiene: su fe no halla apoyo mas que en la meditacion de las cosas celestiales y en la contemplacion de las maravillas del universo, ¿Pero cuándo se hizo el Señor sordo á los gemidos de un alma que suspira por él? ¿Abandonó jamas Jesucristo á quien de veras le buscó? No, católicos, su palabra infalible nunca fué desmentida. Él habia dicho un dia: « Si alguno me amare, esté seguro de que mi Padre le amará, y vendremos á él y en él fijaremos nuestra mansion (1). » Jesucristo pues cumplió con santa Bárbara esta inefable promesa. Satisfecho de su amor grande en todos conceptos, se unió tiernamente á ella, se constituyó su maestro, su guia y su fortaleza. En medio del

(1) *Joann. c.* 14. *v.* 23.

aislamiento á que se miraba reducida aquella alma naturalmente cristiana, segun el lenguaje de un sabio, nada echaba de ménos de cuanto necesitaba para fortalecer su fe. Oh! ella bebia en su mismo orígen aquellas aguas puras de verdad que satisfacen eternamente á los que de ellas se abrevan. Prepare el mundo nuevos combates; invente nuevos medios para vencer su constancia; eche mano á cuantos lazos pueda imaginar para aprisionar á esa tímida paloma; con ella estará siempre Jesucristo; á su lado se pondrá en el tiempo de la tribulacion, y nada habrá capaz de hacerla desviar del objeto de su fe y de su amor.

Ya Dioscoro ha regresado de su viaje y ha descubierto el secreto de su hija. La señal augusta de nuestra redencion que ha visto grabada en la habitacion de Bárbara, le ha hecho saber lo que para siempre hubiera querido ignorar. ¡Bárbara es cristiana! ¡Bárbara no adora los dioses de su padre! Bárbara es enemiga de la religion del imperio! ¡Bárbara se ha declarado contra el culto de sus mayores! Viérais pintado el furor en el semblante de aquel hombre detestable; viérais convertirse de repente su antiguo cariño en un odio sañudo é implacable contra su hija; viéraisle ahuyentar de sí todo sentimiento natural, y á fuer de tigre sediento de sangre arremeter hácia ella armado de un puñal parricida.... Cielos! no permitais accion tan criminal; la naturaleza protesta contra ese atentado que hace estremecer las entrañas mas empedernidas. Economizad por ahora la sangre de esa vírgen fiel, para que todavía pueda proporcionar á la fe un triunfo mas glorioso.

Así fué, católicos; el Dios que en otro tiempo detuvo el cuchillo de Abrahan al tiempo de ir á descargar el golpe sobre su víctima; aquel que libertó á David de la lanza de Saúl en el momento que iba á clavarla en su pecho, quiso tambien que Bárbara pudiese huir de la espada de su inhumano padre, no por privarla de la corona del martirio, sino para darla ocasion de hacer este mas glorioso, y coronar su constancia con el mas completo triunfo. Abrazando la fe habia vencido nuestra santa la incredulidad de un mundo idólatra, enemigo declarado de Jesucristo; pues ved ahora cómo confesándola y padeciendo por ella, venció el poder de un mundo, que avergonzado de su derrota, la sacrificó en odio de Jesucristo. Este será el asunto de la

SEGUNDA REFLEXION.

No siempre es cobardía el huir; ocasiones hay en que es efecto de una prudencia consumada. El mismo Jesucristo, autor y consumador de nuestra fe, que jamas conoció el temor y que sabia era una víctima destinada á ser sacrificada al furor de los judíos, huyó de sus asechanzas cuando le buscaban para exterminarle: porque todavía no eran llegados los momentos decretados por su eterno Padre. Á imitacion suya los santos no han dudado ocultarse á veces en los tiempos de persecucion, no porque desfalleciesen en la fe, sino porque no juzgaban llegado el tiempo de presentarse á los tiranos; y la prueba de que no el temor sino la prudencia los impulsaba á obrar de esta suerte, era la constancia con que despues sufrian los tormentos y la muerte por su fe y religion. Así pues, el deseo de evitar el ver manchadas con su sangre las manos de un padre, á quien á pesar de sus errores no podia ménos de amar santa Bárbara entrañablemente, la inspiró el pensamiento de huir de su presencia cuando iba á ser inmolada á su furor. El cielo autorizó su fuga con un prodigio semejante al que obró en favor de los israelitas cuando eran perseguidos por el tirano Faraon. Bien así como entónces al ver que los ejércitos egipcios daban alcance á los hebreos, hizo que las aguas del mar se dividiesen en dos mitades para franquear el paso á estos, cerrándose despues para impedirlo á sus perseguidores, del mismo modo viendo que Dioscoro corria en seguimiento de su hija, y que la inocente paloma iba á ser arrebatada por el gavilan, hace que de repente se abra una enorme roca que obstruía el camino, y de este modo la facilita un medio de ocultarse á la vista del desapiadado autor de sus dias. Mas ay! ¿de qué te sirve, vírgen inocente, que por el momento consigas sustraerte á las pesquisas de tu cruel tirano? El odio, la venganza le prestarán alas para volar donde quiera que te ocultares. Ha jurado no dar reposo á sus párpados hasta encontrarte, y así lo ejecutará: porque mas ciego aún con el prodigio que acaba de presenciar, su alma empedernida ha lanzado de sí hasta el instinto mismo de la piedad paternal.

En efecto, señores, Bárbara cayó en fin en las manos de su

padre; ¿y quién podrá pintar el furor con que se cebó en ella? El famélico leon que en los desiertos de la Numidia sorprende al incanto viajero, no se lanza sobre su presa con tanta ferocidad como Dioscoro se arrojó sobre su hija. La arrastra por el suelo, la pisotea, la maltrata, no hay crueldad que no ejerza en su virginal cuerpo; fáltanle ya las fuerzas para descargar los golpes de su saña, pero su corazon no se ha saturado aún de venganza. ¡Padre inhumano!.... No; la naturaleza te niega ese nombre. ¡Hiena carnívora! ¡Monstruo de maldad! ¿qué haces? ¿por qué así te ensangrientas en esa casta ovejuela? ¿Qué delito es el suyo? ¿No ha vivido siempre sumisa y obediente á tus meras insinuaciones? ¿No ha buscado siempre todos los medios de agradarte? ¿No era ella poco há el ídolo de tu cariño? ¿No llegó tu amor hasta dar en el delirio de concebir celos de que hubiese otro en el mundo que la amase mas que tú? ¿Cómo, pues, se ha cambiado de repente tu amor en encono? ¿Qué causa ha motivado tu injusto y mas que inhumano proceder? ¡Porque se opone á adorar tus infames deidades! ¡Porque no quiere renunciar á la fe de Jesucristo! ¡Porque tributa sus homenajes al Dios verdadero....! Insensato! Si ese es su delito, no esperes que se corrija. La fe de Bárbara es superior á todos los acontecimientos que puedan sobrevenirla: superior al odio, á la persecucion, á las cárceles, á los suplicios y á la misma muerte. ¿Creerás que se haya de acobardar ante el estremecedor aspecto de los jueces, de los verdugos ó de los cadalsos? Condúcela en buen hora donde quieras; apura los quilates de tu odio, y la verás á tu despecho salir victoriosa en todos los combates.

¿Vísteis, católicos, aquellas rocas que en medio del mar, expuestas á la impetuosa violencia de las olas, permanecen siempre en un mismo estado sin que los continuados choques de aquel furioso elemento consigan jamas hacerlas perder su firmeza? Pues no de otro modo se dejó ver la tierna vírgen Bárbara, cuando conducida por su inhumano padre á la presencia del presidente Marciano, se vió acometida por todas partes para que renunciase á la fe cristiana y ofreciese incienso á los ídolos. ¡De cuántas formas se reviste el tirano! Ora afectando una falsa piedad, reprueba altamente la conducta del desapiadado autor de sus dias, y la ofrece toda su proteccion. Ora fingiendo interesarse por su porvenir, la propone las grandes

ventajas que debe proporcionarla indudablemente su extremada belleza, sus raros talentos y las brillantes dotes que la ha prodigado naturaleza. Cuanto de mas cariñoso y lisonjero puede inventar el hombre, empléalo el presidente para salir con su empresa.... Temerarios designios! ¿Qué son todos los goces del mundo comparados con las eternas delicias del cielo? ¿Qué es la felicidad que puede disfrutarse en esta vida, si se pesa en la balanza de la eternidad? ¿No es preferible una muerte adquirida con la fidelidad, á una vida comprada con el crímen? Así pensaba Bárbara, y en su consecuencia, tan indiferente á las promesas de Marciano, como insensible á sus amenazas, rompe el silencio que hasta entónces observara, y con diamantino valor confiesa francamente que jamas adorará á unos ídolos tan ridículos como impotentes; que léjos de reconocer en ellos ni la mas leve sombra de divinidad, solo ve la imágen de los demonios, que por su medio engañan y alucinan á sus ciegos adoradores; que no hay mas que un Dios verdadero, autor de todo cuanto existe, que no reconoce principio alguno fuera de sí mismo, y es infinitamente bueno, infinitamente sabio, infinitamente poderoso é infinitamente santo; que su Hijo, engendrado desde la eternidad por su fecundísimo entendimiento, descendió á la tierra, y revistiéndose de la humana naturaleza en el seno de una Vírgen pura, padeció y murió por salvar al linaje humano condenado á perecer eternamente. Hé ahí, concluye, cuáles son mis creencias. No hay para mi otro Dios fuera del criador del universo y de su hijo Jesucristo; á este estoy unida por la fe; con él estoy desposada por el amor, y nada será capaz de separarme de él ni en el tiempo ni en la eternidad.

Con esta confesion venció Bárbara el poder del mundo, que desde entónces ya no pensó sino en sacrificarla en odio de Jesucristo. Llueven sobre su inocente cuerpo los azotes como el granizo en una horrenda tempestad. Á las llagas que estos abren, añádense otras nuevas con un horroroso cilicio de cerdas. Ya la despedazan sus miembros con uñas aceradas: ya la abrasan los costados con hachas encendidas: ahora la golpean la cabeza con martillos: despues la cortan inhumanamente los pechos. Necesaria es toda la gracia del Señor para sostener su firmeza en medio de tantos y tan crueles suplicios. Pero Jesucristo está á su lado: la consuela, la anima y derrama en su

corazon delicias inefables que neutralizan la fuerza de tanto padecer. Al ver á Bárbara sufrir con un semblante sereno, con una alegría indefinible, con una sonrisa angelical unos tormentos que bastaban cada cual para hacer desfallecer el ánimo del hombre mas fuerte y robusto, dijérase que era mas bien que un ser humano, un espíritu impasible é inmortal. Mas no, católicos: hija de Adan como nosotros, la santa vírgen experimentaba toda la impresion que naturalmente causan los tormentos. Ilusion seria juzgar que su carne era de una naturaleza distinta de la nuestra, y que lo que para nosotros es real y efectivamente doloroso, fuese para ella una ficcion ó una imágen de dolor. La única diferencia que hay es que Bárbara padecia por la fe y por el amor de su dueño y esposo Jesucristo; y como estaba persuadida que no hay mayor felicidad que esta para la criatura, pues que de este modo se hace digna de la amistad y de la benevolencia de Dios, todos los padecimientos del mundo la parecian pocos á trueque de obtener la corona inmortal con que en el cielo son premiados los que permanecen fieles en la justicia y constantes en la fe. Por eso cuando oye pronunciar la sentencia definitiva de su muerte; cuando ve el aparato estremecedor de verdugos, soldados y ministros que se prepara para la ejecucion, no se turba, no se contrista, ni siquiera muda el color; fuera de sí por el contrario, en fuerza del gozo interior que inunda su alma al ver acercarse el feliz término que tanto anhela, marcha con paso firme como otro Isaac hácia una colina destinada á ser el lugar del sacrificio; llega al sitio; se pone de rodillas; alarga su cuello; una mano feroz levanta el cuchillo... Cielos!... Es su mismo padre; su barbarie ha llegado al extremo de pedir le sea concedido ser el ejecutor de la sentencia. Qué horror! Apartemos nuestra vista por no presenciar tan monstruoso atentado. Cayó la víctima; consumóse el sacrificio; la fe ha quedado victoriosa. Bárbara ha vencido al mundo confesando á Jesucristo y padeciendo por su nombre. Su triunfo se hace ostensible por medio de prodigios palpables y manifiestos. Entretanto que el espíritu purísimo de la vírgen vuela á la mansion feliz de los bienaventurados, á ceñir la duplicada diadema de la virginidad y del martirio, la tierra tiembla, los elementos se conmueven y vengan su sangre derramada por la impiedad. Dioscoro cae abrasado de un rayo al pié de la misma colina en donde ha sacrificado á su hija; Marciano po-

co despues experimenta la misma suerte, y de este modo manifiesta el Señor, que si hay un premio reservado para la virtud, hay tambien un castigo para el crímen.

Admiremos, católicos, la fe de nuestra ilustre santa Bárbara, y á vista de un heroísmo tan singular y de una constancia tan prodigiosa, no dudemos preguntarnos á nosotros mismos con el apóstol san Juan, cuyas palabras sirvieron de texto á nuestro discurso: «¿Quién es el que verdaderamente puede decir que vence al mundo, sino aquel que cree que Jesucristo es el Hijo de Dios?» ¿Cómo pudiéramos sin esta fe hacer frente á sus halagos, luchar contra sus depravadas máximas, oponernos á sus desmanes, triunfar de sus peligros y hacernos superiores á sus engaños? Por eso el Apóstol nos aconseja á estar siempre armados con este escudo impenetrable, para poder rechazar los dardos del maligno espíritu (1). Con la fe consiguió santa Bárbara no dejarse alucinar de las falsas caricias de un padre idólatra, que hizo el mayor empeño para que adoptase un enlace contrario á sus principios y reprobado por su religion. Con la fe pudo preservarse del contagio de la infidelidad en que obstinadamente vivian todos sus domésticos. Con la fe resistió á las promesas de un tirano que á todo trance pretendia obligarla á abjurar sus creencias, y hacerla quemar incienso á los ídolos del paganismo. Con la fe toleró los oprobios, los tormentos y la muerte mas cruel, de las manos del mismo que la diera el ser. Con la fe en fin venció la incredulidad de un mundo idólatra, enemigo declarado de Jesucristo, y derrocó todo su poder. Por eso reina hoy con Jesucristo; por eso la alaba y engrandece la iglesia; por eso en todo el mundo es invocada su proteccion, especialmente en las tempestades: por eso su memoria es tan grata á todos los verdaderos católicos.

¡Plegue al cielo que nosotros imitemos la fe de esta insigne heroína! ¡Dichosos si como ella supiésemos combatir contra ese mundo réprobo que por donde quiera nos hace la mas cruda guerra! Mil peligros nos cercan á cada momento; peligros en los malos ejemplos, peligros en los libros detestables que circulan impunemente; peligros en las doctrinas de hombres impíos, que venden la muerte envuelta entre las flores de una elocuencia infernal; peligros en nuetras propias pasiones que sin

(1) *Ep. ad Ephes. c. 6. v. 16.*

cesar se sublevan contra el espíritu; peligros en fin dentro y fuera de nosotros mismos. Preciso es que no durmamos si no queremos ser vencidos. Fuerza es que peleemos si deseamos vencer. Luchemos pues hermanos mios, luchemos contra el infierno y contra nuestra carne, enemigos irreconciliables de nuestra felicidad. Si con una fe viva y fervorosa hiciéremos frente, como santa Bárbara, á los rudos ataques de nuestros adversarios, no dudemos del éxito del combate; nuestros serán los laureles del triunfo; nuestra será la victoria; seguro será el premio, y eterna la bienaventuranza.

SERMON

DE SAN BARTOLOMÉ APÓSTOL.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

EN LA ORACION, EN QUE FUÉ TAN FRECUENTE Y TAN FERVOROSO SAN BARTOLOMÉ, HALLÓ LAS GRANDES VIRTUDES QUE ADMIRAMOS EN ÉL, Y NOS SEÑALÓ EL MODO DE SER DISCÍPULOS FIELES DE JESUCRISTO.

Erat pernoctans in oratione.
Pasaba la noche en oracion.
S. Luc. c. 6.

En este dia en que celebra la Iglesia la festividad del apóstol san Bartolomé, nos recuerda el pasaje del santo Evangelio en que se nos dice, que Jesucristo salió á un monte á orar y pasó toda la noche en oracion, ordenándose esta á la eleccion que habia de hacer al dia siguiente de doce de sus discípulos, á los que dió el nombre de sus apóstoles. Y á la verdad ¿qué leccion mas á propósito puede elegirse para honrar al bienaventurado san Bartolomé? ¿Qué puede decirse mas á propósito, ni mas glorioso para este santo tan amantísimo de la oracion, tan digno discípulo de su divino Maestro, de quien el mismo espíritu infernal se vió precisado á confesar que oraba cien veces al dia y cien veces en la noche, que decir de él lo que el Evangelio elegido por la Iglesia para su festividad nos dice de Jesucristo: *Erat pernoctans in oratione:* pasaba la noche en oracion?

Verdad es que en su vida descubrimos el generoso desprendimiento de todo lo terreno, la pobreza, el celo de la salud de las almas, el fervor infatigable por extender la fe de Jesucristo, la paciencia y fortaleza en los trabajos, el gozo y la alegría en

los mas crueles tormentos, todo lo que hace tan grandes y distinguidos á los apóstoles, elegidos por el mismo Jesucristo para llevar su nombre y su ley por todo el mundo, y enriquecidos con la virtud de lo alto que comunicó á sus almas el Espíritu santo; pero en san Bartolomé parece que la primera gracia, y el orígen de todos sus merecimientos y virtudes; la fuente de donde emanaron las obras maravillosas y edificantes de que nos dejó tan consoladores ejemplos; el primero de todos sus dones y del que dimanaron todos los demas, fué la oracion á que se entregó con toda la intension de su alma; aquella oracion de que formaba su alimento, y podria decir como el ángel á Tobías: *Ego cibo invisibili utor:* yo me alimento con una comida invisible. Aquella oracion fervorosa en que ocupó su vida, porque teniendo siempre fija y elevada su alma á Dios, nada se permitió que no fuese conforme á la ley de Dios, nada apeteció, nada hizo que no fuese del agrado de Dios.

Me ceñiré á decir en su elogio y para nuestra utilidad y aprovechamiento: que en la oracion, en que fué tan frecuente y tan fervoroso san Bartolomé, halló las grandes virtudes que reconocemos y veneramos en él, y nos señaló el medio de conseguirlas nosotros y ser discípulos y seguidores fieles de Jesucristo.

Preciso es, para que reconozcamos el valor y mérito de la oracion, que empecemos á orar y pedir la gracia al Señor, sin la que no podemos, no solo hacer, sino ni aun pensar en una cosa buena; no podremos salir de nuestro abatimiento, nuestra pesadez y nuestro apego á la tierra, ni percibir ni explicar el objeto que me he propuesto. Oremos elevando nuestras almas á Dios, y pidiéndole su gracia por la intercesion de María santísima. *Ave María.*

Por la oracion se engendran en el alma la piedad, la justicia, la sobriedad, la pureza, la disciplina... La oracion es el freno de la ira, la defensa mas fuerte de la castidad; demasiado vemos que cuanto el hombre se dedica mas ó ménos á la oracion fervorosa y continua, tanto mas ó ménos se multiplican y engendran en su alma las virtudes. ¿Y cómo podrá ménos de ser virtuoso el que tiene su alma elevada hasta el mismo Dios, el que tiene sus ojos puestos siempre en Dios y atentos

sobre su ley para obrar segun ella? Pues ved el orígen de las grandes y extraordinarias virtudes del apóstol que oraba sin intermision; de san Bartolomé, que oraba cien veces al dia y cien veces á la noche; de san Bartolomé, que tenia fija su alma en Dios y sus ojos puestos en su Señor para obrar, no solamente segun los preceptos, sino tambien segun los consejos de su Evangelio.

Desde el momento que el Señor le llamó, lo dejó todo y se desprendió hasta de sí mismo por seguir á Jesucristo, en un tiempo en que Jesus era el objeto de las burlas y el desprecio, y cruelmente perseguido por enemigos poderosos: en que solamente le acompañaban unos pocos pescadores pobres y despreciables, y en que nada podia prometerse en el mundo de seguir á un hombre que no ofrecia á los suyos sino persecuciones y trabajos. Sea que san Bartolomé fuese de una familia distinguida, como afirman algunos santos doctores, ó sea que fuese de la clase pobre y despreciable como aseguran otros; lo que no se puede negar es que se hizo pobre por Jesucristo; que despreció los tesoros del oro y de la plata, que recorrió el mundo anunciando á Jesucristo y su ley santa, contento con un hábito pobre y con los mas rigurosos ayunos. Huyó de las riquezas y placeres; y las riquezas, los placeres y las dignidades le buscaron. Bien pudo, dice san Lorenzo Justiniano, hacerse rico de bienes temporales, disfrutar de los placeres y ocupar las mas altas dignidades; pero lo despreció todo por no dejar de ser un discípulo verdadero de Jesucristo. Agradecido el rey de Armenia á la salud que restituyó á la princesa, librándola del espíritu inmundo que la atormentaba, le ofreció cuantas riquezas y comodidades pudiera apetecer; y siendo pobre, mal vestido y sin recurso alguno, nada quiso aceptar. Pudiera haber recibido las riquezas para haber socorrido con ellas las necesidades de los pobres, para haber promovido el culto á Dios y haber erigido magníficos templos; pero lo rehusó todo, y presentándose al rey le hizo entender que no buscaba cosa alguna de la tierra, ni queria otro logro que el que conociesen y adorasen todos al verdadero Dios, y renunciasen al culto de los ídolos, porque este era el voto y deseo continuo de sus oraciones. De su frecuente oracion nacia aquella humildad con que huía y rehusaba los aplausos que le prodigaban las gentes en vista de sus milagros, haciendo entender á todos que no á él,

sino á Dios debia darse toda la gloria. Aquella mansedumbre por la que jamas manifestó la mas lijera ira contra sus terribles perseguidores. Aquella modestia tan admirable que jamas se lee en el Evangelio que hablase una sola vez á Jesucristo, contentándose con oirle y meditar su doctrina. Y si siempre amó á Jesucristo y le siguió constantemente: si lloró sin consuelo la muerte de su Maestro, cuando despues recibió con los demas apóstoles al Espíritu santo y fué su alma ilustrada con las luces del cielo y fortalecida con la virtud divina, se llenó enteramente del amor de Dios y del deseo de ganar almas y aumentar el reino de Jesucristo. Tendió las redes de su oracion, y quisiera coger en ellas á todos los que estaban sumergidos en las tinieblas, y sacarlos á la luz de la verdad y conocimiento de la ley de Jesucristo.

Extendidos los apóstoles á predicar por todo el mundo, se dirigió san Bartolomé á la Licaonia, la Albania, las Indias Orientales y la Armenia. ¿Quién se extendió mas á predicar el Evangelio que san Bartolomé, y de quién puede decirse con mas propiedad que por toda la tierra y hasta sus últimos términos se oyó el sonido de sus palabras? Alégrate, Iglesia santa, podemos decir con Isaías, alégrate la que eras estéril y sin hijos, canta alabanzas á tu Dios y ensancha el lugar de tu habitacion y las pieles de tus tabernáculos, porque el Señor quiere hacerte fecunda y que se aumenten prodigiosamente tus hijos. ¡Dichosos los piés que caminan para anunciar el Evangelio de paz, y se dirigen á ganar almas! ¿Y qué mies tan abundante reservó el Señor para san Bartolomé, dudándose entre los doctores quién recogió mas fruto y convirtió mas almas, si san Bartolomé ó el mismo san Pedro? Pero ¿cómo no habia de ser así, si tenia en su ayuda á los mismos espíritus infernales? Nada hay mas eficaz y que mas terror imponga á los demonios que la oracion del justo, y san Bartolomé oraba sin intermision. Con sus oraciones les movió la guerra mas cruel, y obligó á confesar su debilidad, sus engaños y el poder del verdadero Dios. Ellos confesaban públicamente que el siervo y apóstol de Dios Bartolomé los tenia aprisionados y los hacia enmudecer, que los abrasaba con sus oraciones. Desde que este apóstol entró en el templo del ídolo mas célebre del reino de los Persas, llamado Astarot, dejó de contestar á lo que le preguntaban, y acudiendo en su consternacion los habitantes á consultar sobre

tan penoso silencio al ídolo llamado Berit, les dijo : vuestro Dios está amarrado á cadenas de fuego sin poder hablar ni respirar, desde que Bartolomé, apóstol del Dios verdadero, ha entrado en vuestra ciudad, y lo mismo ha de sucederme luego que éntre en este templo.

El humo, dijo el ángel Rafael á Tobías, ahuyenta todo género de demonios, entendiendo por este humo los expositores sagrados el suave olor de las ardientes y fervorosas oraciones de Tobías y Sara. Pues este humo admirable, la oracion tan viva y tan continua de san Bartolomé, ahuyentaba la tiranía infernal de que estaban poseídos aquellos pueblos envueltos en las tinieblas de la infidelidad y la idolatría, derrocaba el poder de los demonios, se valió de ellos mismos para el triunfo de la ley de Jesucristo y para que diesen testimonio de la verdad. Mandó al demonio que destruyese al ídolo Astarot y á todos los simulacros por sí mismo, y se vió precisado á hacerlo, porque se lo mandaba un hombre que hacia oracion á Dios cien veces al dia y otras tantas á la noche, acompañado de una prodigiosa multitud de ángeles que le defendian. San Bartolomé era el azote de los demonios, porque con su oracion los ahuyentaba y los vencia. De aquí es que á su voz quedaban libres de los espíritus inmundos los que eran atormentados de ellos. *Qui vexabantur à spiritibus immundis, curabantur.* Pero su oracion fecunda llevaba tambien la salud y el remedio de todos los males á todas partes; era la fuente de que manaba la sanidad. Los que venian á oirle sanaban de sus achaques. Con sus oraciones curaba las enfermedades mas renitentes y desesperadas, dejaba limpios á los leprosos, daba vista á los ciegos, los tullidos dejaban sus lechos y su postracion y corrian perfectamente restablecidos. ¿Qué mucho que dilatase sus conquistas, que ganase almas para Jesucristo, que fuese conocido y buscado por todas partes como el obrador de grandes milagros y el apóstol del verdadero Dios? Su oracion frecuente le abria los caminos, y parece que penetraba sin resistencia en todas partes, recibiendo mas bien los honores, que experimentando persecuciones y trabajos.

Un enemigo mas terrible aún que los demonios, que las persecuciones y las calamidades tenia que vencer. La misma prosperidad, los intereses y los honores que tan frecuentemente vician y corrompen el corazon. El rey Polemon le hace buscar,

no para hacerle morir en los tormentos, sino para pedirle rendidamente que libre á su querida hija del demonio que la atormentaba cruelmente. Los tesoros y todas las riquezas de su reino son poco para ofrecerlo todo á san Bartolomé, en prueba de su agradecimiento; pero es mas grande que la gratitud del rey la generosidad del apóstol de Jesucristo. Sabe bien que las riquezas y dignidades de la tierra son estorbos para seguir á Jesucristo. Ha muerto al mundo, y no tienen entrada en el alma que ha gustado las delicias de la oracion los vanos y perecederos bienes por que tanto suspiran los hombres carnales. Es un varon sin mancha, y no puede ser que corra tras el oro, y que ponga sus esperanzas en el dinero y los tesoros. Y este desinteres, este generoso desprendimiento de todo lo terreno, el testimonio de que no buscaba sus bienes, y que solo queria la salud de sus almas, sus milagros, los gritos de los ídolos confesando que no son dioses, y que no hay otro Dios verdadero que el que anuncia Bartolomé, el hacerse pedazos los ídolos con solo ponerse en su presencia este apóstol, todo conspira á mover, á convertir á Dios los corazones, á congregar una mies abundante para el Señor, y prepararle un pueblo perfecto.

¿Es posible, Señor, que así bendigais los trabajos de vuestro apóstol, que llenéis su corazon del mas puro gozo, y que rebose su alma de placer viendo que los pueblos enteros os reconocen y os adoran? Pero Bartolomé ora y suspira por morir por vos, por derramar su sangre por amor vuestro, y por dar su vida en testimonio y defensa de la religion que tan milagrosamente propaga. Ora, y vos, Señor, no desatenderéis sus ruegos; ora y le proporcionaréis los mas crueles tormentos, y en la oracion tambien hallará y vos le daréis la fortaleza necesaria para sufrirlos.

Preciso era que fuesen recompensados los grandes trabajos y méritos de este varon justo, y que recibiese la corona de mano del justo remunerador; pero no habia de ser mejor tratado el discípulo que el Maestro; ni convenia á un apóstol una muerte descansada y tranquila; ni habia cosa que mas apeteciese san Bartolomé, que tener aquella grande caridad y amor á su Dios que llegase á dar su vida por él, y deseaba que llegase la ocasion de dar este testimonio público de su amor, y confirmar su doctrina y sus milagros con su muerte.

Irritados los sacerdotes de los ídolos, no pudieron pervertir

al rey Polemon, y recurrieron á su hermano Astiages, que reinaba en una parte de la Armenia. Convidó este al apóstol á que pasase á sus estados, encubriendo sus depravados deseos; pero san Bartolomé que conocia que era ya llegado el fin de su carrera; que nada deseaba tanto como derramar la sangre por Jesucristo, corrió como á unas bodas, á recibir la corona del martirio. Apoderóse de él luego que puso los piés en su corte, y le hizo desollar vivo. Ved, hermanos mios, un fruto grande y apreciable de la oracion; da una fuerza y valor extraordinario para sufrir los tormentos, que temen y acobardan á nuestra frágil y delicada naturaleza. El mismo Hijo de Dios á la vista de los tormentos que habia de sufrir, al representarse el cáliz amargo y la pesada cruz que habia de apurar y llevar sobre sus hombros, comenzó á temblar, á temer y entristecerse: *cœpit tædere, pavere et mœstus esse:* Pero recurrió á la oracion y se levantó lleno de valor y fortaleza desde lo sumo de su agonía: *surgite, eamus.* Entended, dice san Lorenzo Justiniano, cuánto vale la oracion, que al que está caído y agonizante le hace intrépido, animoso, y que él mismo camine á los tormentos. La oracion, así como á Jesucristo, nos da ánimo y una fortaleza incomparable para sufrir los tormentos mas crueles. La oracion confortaba á Jeremías en la cárcel; á Daniel le llenaba de alegría en el lago de los Leones; por la oracion saltaban alabando á Dios los tres niños en el horno de Babilonia; por la oracion triunfa Job del diablo, reducido á la miseria y arrojado á un muladar. Imaginad si puede darse tormento mas cruel que ser desollado vivo; pues san Bartolomé recurrió á la oracion, y no solo le sufrió con paciencia, sino tambien con una santa alegría. Representáos este espectáculo de horror y de sangre, y no podreis ménos de estremeceros. Pues san Bartolomé se miraba lleno de gozo; á su cuerpo cubierto de sangre le consideraba como vestido de púrpura real, y á sus inhumanos verdugos como á los que entretejian la corona de su triunfo. Oraba al Señor y ofrecia su cuerpo destrozado como una hostia viva agradable á Dios, y se llenaba su alma de gozo, pudiendo hacerle este obsequio y ofrecer su sangre al que murió por él. Miraba á su Maestro que murió en la cruz, y léjos de acobardarse y desfallecer, predicaba á Jesucristo, le anunciaba desde el lugar del suplicio, y era la admiracion de los gentiles y el espectáculo que miraban con gozo los ángeles.

Habia dicho el padre de la mentira que piel por piel, y todo cuanto tiene el hombre daria de buena gana á título de conservar su vida, y que no basta para prueba de su amor y fidelidad á Dios llevar con paciencia la pérdida de todos los bienes, miéntras no se llegue á su salud y su vida. Pues san Bartolomé, para dejar burlado al demonio, para ofrecer un sacrificio acepto á su Dios y no reservarse nada para sí, le ofrece no solo cuanto posee, cuanto puede esperar y prometerse en el mundo, sino tambien su misma piel, su vida, sus nervios y sus huesos. Si por conservar la vida del cuerpo que está tan llena de miserias y calamidades en este valle de lágrimas, todo lo desprecia y abandona el hombre, decia y contemplaba este apóstol, ¿qué extraño es que yo, por conseguir aquella vida eterna en que no se conoce la muerte, en que no se sabe lo que son lágrimas, en donde no se han experimentado los males y se gozan todos los bienes, dé la misma piel de mi cuerpo, si he de vestirme de la inmortalidad, y me deje desollar vivo con el mayor gusto, ofreciendo mi piel al que me ha de dar su gloria? Se ve desollar no solamente con una fortaleza extraordinaria, sino tambien con alegría, con gozo, con el gozo del que triunfa. ¿En dónde pues está su alma, que parece insensible á los tormentos del cuerpo que tan cruelmente es destrozado? Está puesta en seguro, dice san Bernardo, en las entrañas de Jesucristo, en la oracion y contemplacion de las llagas de Jesucristo. No basta el tormento para acobardar, ni quitar la vida á san Bartolomé, y avergonzado el tirano de tanta paciencia y alegría, mandó que le cortasen la cabeza. Entró acompañado de ángeles á recibir el premio de sus trabajos y la corona de su triunfo; y nosotros en vista de sus grandes virtudes, de su gran fe, de su celo, de su pobreza, de su desprendimiento de los bienes de la tierra, de su poder contra las potestades del infierno, de su imperio sobre todo género de enfermedades, de su heróica fortaleza, paciencia y alegría en los tormentos, en vista de tantas y tan grandes virtudes como admiramos y veneramos en él, no podremos ménos de confesar que todas tuvieron su orígen, y que halló todos estos tesoros en la oracion en que fué tan fervoroso y tan frecuente.

Si nosotros no tenemos fe, si somos tan apegados á las cosas de la tierra, si no nos elevamos á Dios, si no tenemos celo de su honra, si no sentimos sus ofensas, si no nos sacrificamos: i su-

frimos cosa alguna por nuestro Dios, si no somos apóstoles ni mártires de Jesucristo, es porque no oramos, y sin oracion no podemos tener virtud alguna. Porque no nos acordamos de Dios, ni meditamos su ley, ni tenemos fijos nuestros ojos en Dios para observar cuál es su voluntad y cumplirla. Vivimos sin otras ideas, sin otros deseos, sin otras esperanzas que las del mundo, y no nos acordamos del cielo. Por eso no ponemos los medios para llegar á él. Orad, que así conoceréis y conoceremos lo que Dios quiere de nosotros: conoceremos la voluntad y ley del Señor y los premios con que recompensa á los que le sirven. En la oracion hallaremos, como san Bartolomé, todas las virtudes y las fuerzas para practicarlas. Conoceremos á Dios, y conociéndole es imposible que dejemos de amarle. Nos conoceremos á nosotros mismos y suspiraremos por llegar á nuestro destino inmortal, siguiendo como discípulos fieles de Jesucristo las sendas que nos dejó marcadas.

Rogad al Señor, glorioso apóstol, que nos conceda el que os imitemos en la oracion, para que con ella nos vengan todas las virtudes y dones del cielo, porque ella es el orígen y manantial de todos. Alcanzad tambien para este pueblo y para vuestros devotos los bienes temporales, los favores que os piden, el socorro de las necesidades particulares, si conviene así para que consigan la gracia y despues la gloria. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN BARTOLOMÉ APÓSTOL.

(DE TRONCOSO.)

Quæ stulta sunt mundi elegit Deus ut confundat sapientes; et infirma mundi elegit Deus ut confundat fortia.

Dios ha escogido á los necios segun el mundo para confundir á los sabios; y ha escogido á los débiles segun el mundo para confundir á los fuertes.

I. Corint. c. 1. *v.* 27.

Héroes del mundo! recibíd en buen hora las ovaciones y aplausos que os ofrece la sabiduría carnal del hombre! Ornad vuestras sienes con las diademas que os teje la elocuencia de los Tulios y Demóstenes! Embriagaos con ese cáliz de gloria que os hace apurar hasta las heces un siglo entusiasta hasta el delirio por los poéticos ensueños da la mitología! No es á vosotros á quien vengo á celebrar en esta mañana. Si tal intentara, veríame precisado á evocar los títulos de gloria que reconoce el mundo en sus hombres ilustres. El brillo de vuestra cuna, los nombres de vuestros ascendientes, los monumentos de vuestro ingenio, vuestros talentos y saber, vuestro valor, y la elevacion de vuestros sentimientos, serian indispensablemente el asunto de mi oracion. Á esto se limita la grandeza y el heroísmo del hombre que aspira al imperio de la mentida inmortalidad, que ofrece el mundo á los que le rinden vasallaje.

El héroe que hoy vengo á elogiar á nombre de la religion y de la fe, es de un órden muy diverso. No busqueis en él los dotes de la naturaleza, ni esos resplandores que deslumbran los ojos carnales de los hijos de los hombres. Nada en él hallaréis que no sea vulgar, y aun despreciable segun las ideas que la sabiduría mundanal forma de la grandeza de los suyos. Un pes-

cador pobre y oscuro que solo cuenta con los recursos que le proporciona su industria, y cuyos tesoros son una barca y unas redes; un hombre ignorante é iliterato, que jamas conoció la filosofía del Pórtico ni del Areopago, cuya ciencia está limitada á las máximas que ha recibido del Crucificado, tal es el apóstol san Bartolomé, el héroe á quien la iglesia consagra hoy cultos sublimes, himnos de triunfo, y cánticos de alabanza perpetua.

¿Y cuáles son, me diréis, los títulos de grandeza que admirais en ese hombre? ¿Qué es lo que obliga al cristianismo á hacer resonar bajo las augustas bóvedas esos acentos de gloria? ¿En qué consiste su heroísmo? ¡Admiraos, hombres carnales, llenaos de asombro, oh sabios del siglo! Vosotros juzgais que un hombre ignorante es incapaz de elevarse á las grandes acciones que inmortalizan el nombre y hacen gloriosa la memoria de los genios sublimes, creeis que un ser débil no es á propósito para acometer aquellas empresas arduas que caracterizan el heroísmo del valor y de la fuerza. Ah! Os engañais; en los designios de Dios la ignorancia es sabiduría, y la debilidad es fortaleza. Para los que han sido llamados á la fe, bien sean judíos, bien sean griegos, Jesucristo es la virtud de Dios y la sabiduría de Dios (1). ¿Y quién no ve en nuestro santo apóstol un testimonio irrecusable de esta gran verdad? Nada mas ignorante segun el mundo que un hombre que jamas supiera otra cosa que tender una red y dirigir una barquilla por las aguas del mar de Galilea. Nada mas débil que un hombre que nunca habia salido del techo paterno, ni habia conocido el semblante de Marte, ni empuñado otras armas que el timon. Tal era el hijo de Tolmaí ántes de ser llamado por el Hombre-Dios, para ser una de las columnas del grandioso edificio que se propusiera alzar sobre las ruinas de la ciencia y fortaleza de un mundo idólatra, á quien venia á confundir con la ignorancia y debilidad de la cruz. Pero tan luego como le asoció al número de sus apóstoles, tan luego como le llenó de los dones de su espíritu divino, ¿qué es lo que veis en él? Contempladle con los ojos de la fe; miradle á la luz de la religion, y os llenareis de pasmo á vista de la transformacion prodigiosa que en él se ha obrado. Bartolomé es un héroe; y no así como quiera, sino un

(1) *I. ad Corinth. c.* 1. *v.* 24.

héroe en sabiduría, un héroe en valor y magnanimidad. Su ciencia es superior á la de todos los sabios del paganismo : porque es la ciencia del mismo que le ha escogido para dar testimonio de su divinidad en toda la tierra. Su fortaleza es de todo punto mas heróica que la de los hombres mas valerosos; porque es la fortaleza del que le ha enviado á sojuzgar á una gran parte del universo al imperio de la cruz, ante quien debe arrodillarse todo el poder de los césares y de los tiranos. Ved ahí el carácter de grandeza que la religion descubre en el santo apóstol á quien hoy solemniza, y la que va á formar el asunto de mi discurso. En él vereis un hombre que predicando á Jesucristo confundió la sabiduría del mundo : y muriendo por Jesucristo, confundió la fortaleza de este mismo mundo. *Quæ stulta sunt mundi elegit Deus ut confundat sapientes : et infirma mundi elegit Deus ut confundat fortia.*

¡Oh Dios de la ciencia y del valor, que de los tesoros de vuestra grandeza sacais elementos á propósito para el desempeño de vuestros inefables designios, si quier sean ellos los mas ineptos á los ojos de un mundo que desconoce los secretos de vuestro poder! Haced brillar tambien ahora vuestra magnificencia en este ignorante y débil hijo del polvo, comunicándome las luces necesarias para elogiar dignamente en vuestro siervo las grandezas de vuestro nombre. Nada puedo sin vuestro auxilio, y por eso le imploro humildemente por la mediacion de la Vírgen hermosa y pura que escogiste para madre de vuestro Unigénito, saludándola con las sublimes palabras con que el ángel la anunció su maternidad. *Ave María.*

PRIMERA REFLEXION.

¿En dónde están los sabios? ¿en dónde los escribas y doctores? en dónde esos espíritus curiosos que investigan los secretos de la ciencia? ¿No es verdad que Dios ha convencido de fatua la sabiduría de este mundo? Estas palabras del insigne Apóstol de las gentes (1) no son, señores, una vana declamacion hija del orgullo, sino una verdad que el cristianismo demuestra

(1) *I. Corinth. c.* 1 *v.* 20.

palpablemente donde quiera que ha llegado á penetrar por medio de sus apóstoles. Siglos y siglos hacia que la ciencia carnal del hombre, extendiendo sus doctrinas de muerte por toda la tierra, venia luchando contra la ciencia de Dios. Desde que el primer habitante del globo, infatuado con las ideas que le sugiriera el genio de la rebelion, aspiró á penetrar los arcanos del bien y del mal, el entendimiento humano quedó oscurecido con las tinieblas del error; el error se declaró enemigo de la verdad: la verdad perdiendo siempre algo de su primitivo imperio, llegó al fin á verse esclavizada por la injusticia; las nociones de la divinidad halláronse mezcladas con mil ingeniosos delirios: la ciencia del mundo no vino á ser mas que un tegido de fábulas y de mentiras, orígen fecundo de crímenes inauditos que hacian ruborizar á la humanidad. Sin embargo esta ciencia contaba en el mundo con el prestigio de todo cuanto en él habia de grande y poderoso. Filósofos, oradores, sacerdotes, príncipes, reyes, todos eran sus adeptos ó mas bien sus esclavos. Los ritos, las leyes, las costumbres, los sacrificios eran conformes á sus máximas. Ella en fin dominaba á todo el universo, cuando el Cristo se dejó ver en medio de los hombres en la plenitud de los tiempos.

Érase á la sazon la floreciente época de las letras. Los mas bellos ingenios tenian suspensa la atencion de los hombres. La poesía y la elocuencia brillaban en mil producciones que se disputaban el triunfo: cuando he aquí que el Hijo de Dios, inaugurando una nueva era de luces y de ilustracion hasta entónces desconocidas del mundo, cambia la faz de la tierra y obra una prodigiosa revolucion en las ideas y en las costumbres. Escoge doce hombres del pueblo; los inicia en sus misterios; imbúyelos sus máximas, y los envía á enseñar á todos los hombres en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu santo. Llegado es el momento de dar principio á la grande obra. El Cristo ha muerto en una cruz, víctima del encono de un pueblo que no ha querido recibir su doctrina; pero resucitando glorioso, ha enviado á los suyos el divino Paracleto; los ha llenado de la ciencia del cielo; y fortalecido sus almas contra las persecuciones y la muerte. Ya el colegio apostólico se ha dispersado; cada cual se dirige hácia la provincia que le ha tocado en suerte para llevar la luz del Evangelio. La Licaonia, la Albania, las Indias Orientales y la Armenia son el terreno re-

servado para san Bartolomé : allá va á confundir la ciencia del mundo con la ignorancia de la cruz.

Ignorante de las leyes y costumbres de los pueblos á que es enviado, introdúcese en ellos nuestro apóstol, armado con el evangelio de san Mateo, único libro en que ha aprendido, y con el cual se propone hacer frente á los libros y máximas del paganismo. ¿Qué intenta ese hombre sencillo y rústico? ¿Piensa por ventura que es tan fácil rendir unos entendimientos acostumbrados á no prestar su asentimiento sino á las doctrinas de sus poetas y filósofos, desterrar unas creencias autorizadas por su religion y sostenidas por sus sacerdotes, hacer olvidar unos dioses á quienes han visto en la cuna desde su infancia, y han aprendido á invocar desde que sus lenguas supieron articular su nombre? Mas no, no es en su ciencia en la que confía Bartolomé, sino en la ciencia del que le ha dicho : « Cuando estuvieres en la presencia de los reyes y magistrados, « no discurras de antemano lo que hayas de hablar, pues yo « pondré palabras en tu boca, y te daré una sabiduría á que no « podrán resistir ni contradecir todos tus enemigos (1). »

Esta ciencia es la que Bartolomé hace brillar donde quiera que fija su pié. ¡Oh qué prodigios tan inauditos se obran por su predicacion! Al solo eco de su voz crujen los cimientos de la idolatría; disípanse las preocupaciones; el orgullo, la ambicion, las pasiones mas vivas é indomables del corazon humano ceden á una fuerza desconocida; los mas incrédulos abrazan la fe; los mas soberbios se humillan; los mas viciosos adoptan las virtudes austeras del Evangelio; los émulos mas encarnizados de la cruz adoran al Crucificado, y la falsa sabiduría de los filósofos y doctores sufre la mas completa derrota. Hasta las mismas divinidades estúpidas que encierran los templos se transforman en pregoneros de las grandezas del Dios del Calvario. Astarot queda mudo en presencia de Bartolomé, y no puede pronunciar sus oráculos : Berit confiesa que la causa de este silencio es aquel extranjero que adora á Dios cien veces al dia y otras tantas á la noche, rodeado de una multitud de espíritus celestiales que le defienden; y todo el pueblo conmovido á vista de los portentosos efectos de sus palabras, reconoce en Bartolomé un hombre enviado del cielo para remediar toda

(1) *Luc.* c. 21. *v.* 14 *y* 15.

suerte de males, y solazar las miserias de todos cuantos gimen en la esclavitud del demonio.

¿Quién pues no admirará el triunfo de la sabiduría de Dios sobre la sabiduría del mundo, en este cambio repentino de ideas que se obra en aquellos países idólatras por la predicacion de nuestro apóstol? Al ver á un hombre sin prestigio ni poder, presentarse en unas regiones desconocidas, anunciando que no hay mas Dios que aquel que acaba de espirar en Jerusalen cargado con todo el peso de la indignacion y del odio de aquella ciudad tumultuosa, y que todas las divinidades que adoran no son sino espíritus maléficos, ó seres inanimados incapaces de escuchar las plegarias ni de dispensar favores, ¿qué hubieran pensado los hombres de nuestro siglo, que, idólatras del humano saber, se burlan de la simplicidad de la fe y desprecian la ignorancia de los humildes discípulos de la cruz? Vosotros, espíritus arrogantes, que tanto tiempo há trabajais por sojuzgar al universo al imperio de vuestras doctrinas, sin que hasta ahora hayais podido realizar vuestra ideal regeneracion, ¿qué hubierais dicho de un hombre que sin educacion científica, sin talento, sin el arte de persuadir, se propone nada ménos que formar una nueva sociedad, crear nuevos hombres, establecer nuevas doctrinas, y basar un nuevo culto sobre el culto envejecido de los ídolos que siglos y siglos han respetado, y que pasiones fuertes han entrañado, por decirlo así, en el fondo de unos corazones duros, de unas almas altamente supersticiosas? Indudablemente hubiera sido para vosotros un motivo de burla y de desprecio. Qué! hubierais dicho, ese hombre está dementado! ¿A dónde le conduce su fanatismo? ¿Es acaso un asunto de poca importancia sustituir la creencia de una divinidad, cuyo nombre es casi desconocido en el mundo, á la de unas divinidades domésticas, á quienes los hombres están acostumbrados á ver diariamente y ante cuyas aras se ofrecen á cada instante sacrificios y libaciones? ¿No hay mas que persuadirles que las doctrinas de sus sacerdotes y de sus filósofos son ensueños ridículos, y que solo las máximas de un hombre que ha muerto con deshonor entre malhechores son las únicas que encierran la verdad y prometen la vida y la felicidad á los mortales? Esto hubierais pensado al contemplar á Bartolomé en medio de aquellos gentiles predicando la locura de la cruz. Y sin embargo, él obtiene resultados que llenan de pasmo el en-

tendimiento del hombre, y confunden las menguadas ideas de la ciencia. Yo le veo correr de ciudad en ciudad extendiendo por donde quiera que pasa las luces puras del Evangelio, convirtiendo pueblos enteros á la religion de Jesucristo, sojuzgando á la nueva ley á los reyes y á los magistrados; veo que sin aparato alguno de elocuencia se insinúa en los entendimientos, rinde los corazones, persuade las grandes verdades necesarias para la salvacion, establece los dogmas que mas se resisten al orgullo y á las pasiones, y hace adorar al Dios despreciado en Jerusalen y crucificado en el Gólgota; veo que, sin poseer los secretos de la filosofía de los griegos, ni la facundia de los oradores de Roma, arrastra en pos de sí el asentimiento universal y el convencimiento íntimo de cuantos le escuchan; le veo zanjar los fundamentos de una moral hasta entónces desconocida, establecer los principios eternos de unas costumbres opuestas á las que hasta entónces se habian practicado, y hacer amar unas virtudes, acerca de las cuales los hombres mas sabios no habian sabido mas que disputar.

¿No es esta, católicos, una victoria admirable? ¿No es este el triunfo mas completo de la sabiduría de Dios sobre la sabiduría del mundo? ¿Qué gloria mas positiva, qué grandeza mas ilustre puede concebirse que la de un hombre que, desprovisto de todos los recursos del mundo, se lanza en medio de unas naciones ciegas, supersticiosas, y por lo mismo fieras é indomables, las muestra una imágen del hombre Dios, las dice que él solo es quien debe recibir adoraciones, y á su voz ve al grande, al pequeño, al sacerdote, al anciano, arrodillarse en presencia de aquella nueva divinidad y confesar que no hay otro Señor fuera de él en el cielo y en la tierra? ¿Obtuvo jamas un resultado tan feliz la sabiduría del siglo? Licurgo que dió sus leyes á Lacedemonia, Solon que dominó con el ascendiente de sus doctrinas á Aténas, Tulio, Caton y los genios mas brillantes que conoció la antigua Roma, ¿llegaron á poseer esa fuerza persuasiva que arrastra el entendimiento humano, y cambia las ideas mas arraigadas, cuando estas están relacionadas con las creencias que el hombre recibiera con la educacion desde el pecho de la que le dió el ser? Dejemos empero, católicos, comparaciones inútiles. Los hechos son mas poderosos que las razones para demostrar la verdad; y ellos dan testimonio de que Bartolomé fué un verdadero apóstol, designado por el cielo pa-

ra confundir con su ignorancia la falsa sabiduría del mundo. Esas regiones que él iluminó con las luces puras del Evangelio, esas iglesias que fundó sobre las ruinas del paganismo, esos sacerdotes que dejó herederos de su fe y de su espíritu, los copiosísimos frutos de virtud que hizo brotar sobre todo en la Armenia, teatro principal de su apostolado, bastan para caracterizarle como un héroe de sabiduría celestial y divina. En vano el hombre pretenderia explicar los prodigiosos efectos de la predicacion de nuestro santo apóstol, sin recurrir al poder de la gracia que doblega los corazones, y convierte las almas cuando place á su divino autor desplegar los senos de su sabiduría, y hacer ostensible su grandeza infinita por el ministerio de sus mas débiles criaturas. ¡Qué es el hombre por sí solo sino un gusano que arrastra por el polvo, para volver un dia al polvo de donde saliera? ¿Qué eficacia tendrian sus palabras si el que le dió una lengua capaz de pronunciar algunos términos, no le comunicase tambien la virtud de insinuarse en la inteligencia de sus semejantes?

¡Vos solo, oh Dios infinitamente sabio, que poseéis los tesoros de la ciencia del cielo, y haceis nacer la sabiduría del seno de la mayor ignorancia, para que sirva á los designios de nuestra gloria, hicísteis á vuestro apóstol depositario de una parte de vuestro eterno saber, para que confundiese la falsa ciencia del mundo! Queríais, Señor, hacer ver á los hombres que á vos únicamente pertenece la divinidad; queríais arrancar de sus ojos el velo que les cubria; enseñarles las verdades eternas y establecer vuestro reino sobre la tierra, como lo prometisteis por vuestros profetas. Para que solo á vos se atribuyese la gloria de este triunfo, elegisteis, no á los genios orgullosos, no á esos hombres hinchados con la vanidad de su ciencia carnal, sino á unos seres humildes é ignorantes, á unos hombres á quienes el mundo miraba como viles y despreciables por la oscuridad de su condicion y lo menguado de sus talentos. Entre ellos llamasteis á Bartolomé, hicísteisle un heraldo de vuestra divinidad, pregonero de vuestro Evangelio, y predicador de la cruz: y él con la ignorancia de la cruz y del Evangelio disipó los nublados del error que cubrian á los pueblos idólatras, desterró el culto de los falsos ídolos, convirtió á los filósofos, y estableciendo con su predicacion la religion del Cristo, donde quiera que hizo resonar su voz llena de la sabiduría

del cielo, dejó confusa á la sabiduría mundana con sus prodigios multiplicados y con los asombrosos resultados que obtuvo para la fe. Solo restaba que con la debilidad de la cruz confundiese la fortaleza del mundo : y hé aquí lo que hizo padeciendo y muriendo por Cristo. Este es el asunto de la

SEGUNDA REFLEXION.

El mundo, siempre pronto á derramar la calumnia sobre los verdaderos discípulos de Jesucristo, ha mirado en todas épocas la humildad y mansedumbre evangélicas como una debilidad de corazon, y como una pusilanimidad vergonzosa. Cerrando los ojos á la luz y obstinándose en negar los hechos mas concluyentes, solo vió un furor fanático en el valor de aquellos héroes magnánimos, que, pródigos de su sangre, la vertieron toda por confesar la fe y no querer desertar de las banderas del hombre Dios. Pero á pesar de las falsas ideas de un mundo avezado á satirizar todo cuanto tiende á destruir sus máximas, la religion reconoce en sus mártires un heroísmo digno de toda alabanza : y la misma sana razon no puede ménos de hacer justicia á aquella magnanimidad, que elevando el espíritu sobre todo temor, le conduce á arrostrar los peligros, y á burlarse de la muerte cuando se trata de sostener unas creencias, que una conviccion íntima ha recibido como emanadas del cielo.

Basta, señores, contemplar á nuestro apóstol san Bartolomé y examinar la fortaleza sobrehumana que mostró en sus padecimientos y dolorosa muerte, para quedar convencidos de esta verdad. Figuraos un hombre que ha colmado de beneficios á todo un pueblo : que ha sido el consuelo de los tristes, el recurso de los menesterosos, el padre de los huérfanos y el protector de los desvalidos; y que sin embargo, se ve acechado continuamente por los sacerdotes de los ídolos, calumniado y acusado ante el trono, y mirado como objeto de una venganza cruel. Nada de esto es suficiente para hacer que Bartolomé deje de sembrar el grano de la divina palabra en aquel vasto campo que el padre de familias le ha confiado. De dia en dia se multiplican sus gloriosas conquistas; la cruz vence, la cruz reina, la cruz se ve ensalzada sobre los escombros de los impuros altares de la Armenia. Por donde quiera renacen á la gracia

nuevos fieles que adoran lo que ántes habian blasfemado, y hollan con sus piés lo que un dia habian adorado. Entre tanto el encono de los sacerdotes de Astarot y de Berit contra el apóstol cunde prodigiosamente; hierve en ellos el deseo de venganza, y apelan á todos los medios posibles para exterminar á su rival.

Oh apóstol santo! Decretado está en los eternos consejos que debes ser una víctima inocente. Tu sangre debe regar ese terreno que con tus sudores fecundaste, para que de él broten todavía plantas mas fértiles y lozanas que hermoseen la militante iglesia. Prepárate para el combate. Ya tus enemigos urden un nuevo lazo á tu preciosa vida. Un rey pérfido y supersticioso en demasía, escuchando los consejos de hombres sedientos de carnicería, ha jurado tu muerte y prometídoles entregarte en sus manos.

En efecto, católicos, Astiages, hermano del rey Polemon, á quien Bartolomé convirtiera á la fe de Jesucristo, es el instrumento de que el infierno se vale para llevar á cabo el designio de perdicion meditado contra el santo apóstol. No bien este ha llegado á pisar los estados de aquel príncipe, por quien ha sido llamado fraudulentamente, cuando se halla rodeado de verdugos que con inhumanidad nunca vista se arman de instrumentos horribles, y tendiéndole en el suelo, comienzan á desollarle vivo. Qué tormento tan cruel! El fuego, los ecúleos, los potros no son tan dolorosos como este nuevo género de martirio. Contemplad, católicos, á Bartolomé sobre ese altar, en donde ofrece á su divino maestro el sacrificio de su vida pura y llena de merecimientos. No debilitan su valor los torrentes de sangre que corren de sus miembros; ni el aspecto estremecedor de la muerte es capaz de disminuir su heróica constancia. Fijos sus ojos en el cielo, contempla aquellas bóvedas estrelladas, que al mismo tiempo que le representan la gloria de su Criador, recuérdanle la eterna recompensa que espera á los que padecen por la justicia y combaten por el nombre de Jesus. Mira con frente serena sus miembros despojados de la piel, y convertidos en una sola y horrible llaga. En su semblante se descubre una alegría divina que le hace aparecer hermoso en medio de la mayor deformidad, y como un triunfador ilustre que entre las cadenas de la esclavitud y entre las angustias de la muerte, confunde á sus perseguidores con un heroísmo sin semejante, y

obliga á todo un pueblo idólatra á reconocer una fuerza sobrehumana en su constancia y paciencia singular.

De este modo confundia el Señor en la persona de su apóstol la fortaleza del mundo. De este modo daba testimonio de su divinidad y de la verdad de aquella religion que Bartolomé habia predicado y no cesaba de anunciar en medio de los tormentos. Oh fe sacrosanta! Tú adquieres una gloria incomparable con la sangre de tus mártires. Esa púrpura que tiñe las diademas con que adornan sus sienes en el combate, esas heridas que cubren sus cuerpos, son otros tantos trofeos que te hacen amable á los hijos de la luz, y terrible á tus enemigos. Estos no pueden sufrir que se multipliquen tus victorias; y sin embargo su misma crueldad no hace mas que engalanarte con nuevos triunfos.

Así sucedió en el martirio de nuestro santo apóstol. Á medida que el tirano se ensangrentaba en la inocente víctima, acrecentábase la admiracion de los mismos paganos, que no podian concebir como un simple hombre podia manifestar tanta constancia en medio de tormentos tan horribles, á no estar sostenido por un principio sobrenatural. La religion cristiana comenzaba á ser ya mirada con respetuosa veneracion por sus mismos perseguidores. Astiages no podia ménos de contemplar absorto aquel hombre cuyo valor en la lucha comprometia el culto de sus dioses, disminuyendo el prestigio de sus falsas creencias; y para evitar que el mal que presentia llegase á tomar un funesto incremento, manda al verdugo que consume el sacrificio, cortando la cabeza al apóstol. Monstruo de inhumanidad! En vano cebas tu hambriento furor en ese ser desvalido! ¡en vano sacias tu sed en su sangre sin mancilla! Él ha vencido al error y ha triunfado de la mentira; él ha desmentido la presuntuosa arrogancia de esos hombres que se creen fuertes, siendo viles esclavos de la debilidad de unas pasiones á que jamas supieron resistir. Bien presto tú y los cómplices de tu horrendo crímen experimentaréis á vuestro pesar la mano del Dios de Bartolomé. El que tiene su solio en las alturas os hará sentir el peso de su indignacion, y no habrá quien pueda sustraeros á su eterno furor.

En efecto, nuestro apóstol sufriendo por el nombre de su divino maestro la gran tribulacion, voló á adornarse en el cielo con aquella candidísima estola que el Cordero divino blanquea-

ra con su sangre preciosa. En tanto que su alma se sacia de las delicias inefables de la eternidad, y brilla como un astro en aquella mansion de gozo indefinible, la tierra se conmueve sobre sus cimientos; desencadénanse las potestades del averno; Astiages y los sacerdotes de los ídolos son atormentados horriblemente por el demonio, y acaban en breve sus dias con una muerte horrorosa. El paganismo se llena de pavor; la religion del Crucificado triunfa gloriosamente de las supersticiones gentílicas; los sagrados restos del mártir son recogidos con veneracion por los fieles, multiplícanse sobre su sepulcro los milagros; y la Armenia, y la Albania, y las Indias Orientales, los pueblos todos que Bartolomé habia engendrado en Jesucristo, resuenan con himnos de victoria, y le aclaman héroe invicto que con su muerte ha confundido la pretendida fortaleza de los héroes del mundo. *Infirma mundi elegit Deus ut confundat fortia.*

Adoremos, católicos, los designios de Dios, y no cesemos de admirar los medios de que se valió para establecer en la tierra esta religion que hoy dia domina en el universo. Oh! ¡cuán hermosa aparece esta hija del cielo adornada de las coronas que le reportaron sus primeros evangelizadores! Cómo brillan en ella los caractéres de la sabiduría y del poder de su autor! Cuando se reflexiona que unos hombres los mas ignorantes del vulgo, y los mas débiles en la opinion del mundo, fueron los que dieron el primer grito, y la anunciaron en medio de unas naciones bárbaras y poderosas; y que á su voz los césares, los sacerdotes, los filósofos, grandes y pequeños se ven precisados á ceder ante la conviccion irresistible que producen sus máximas; ¿quién no reconocerá en esto uno de los caractéres mas augustos de la divinidad? Un pobre pescador que al oir á Jesus que le llama, abandona su barca, y por su mandado recorre países desconocidos anunciando un Dios nuevo é ignorado, convierte millares de almas, funda iglesias, obra prodigios, padece con resignacion la calumnia y las persecuciones, se entrega á los verdugos, sobrevive á los tormentos, y muere en fin con alegría inalterable, ¿no es un hecho el mas portentoso que puede concebirse? ¿no es un fenómeno inexplicable? ¿Puede el hombre llegar á este grado de heroísmo con solas las fuerzas naturales? No, amados oyentes, la propagacion de la fe y el establecimiento del cristianismo no pueden explicarse sin recurrir á un principio

superior á los cálculos del humano entendimiento. Las obras de Dios jamas podrán medirse por las manos del hombre. La predicacion de los apóstoles y los copiosísimos frutos que por su medio recogió la fe en los pueblos idólatras, todo es efecto de la gracia de aquel divino Paracleto, que derramándose en el dia de Pentecostés sobre el cenáculo, inauguró el triunfo de la cruz en Jerusalen, para que de allí se extendiese por todo el orbe.

¡Cuán dignos pues son de nuestra veneracion esos hombres á quienes el Hijo de Dios escogió para ser los heraldos de su fe y los primeros fundadores de su iglesia! ¡Cuánto no deberemos honrar á nuestro santo apóstol Bartolomé, en quien tanto resplandeció la sabiduría y la fuerza de Dios, con cuyo auxilio confundió la falsa sabiduría del mundo, esparciendo las puras luces del Evangelio en medio de las tinieblas del error, y dió por tierra con el colosal poder del culto pagano, clavando en medio de sus ruinas el sagrado pendon de la cruz! Mas no sea este, amados oyentes, el único fruto que saquemos de este discurso. No nos contentemos con una admiracion estéril. Alabemos al Señor en su santo apóstol, y al tiempo mismo animémonos á imitar ese perfecto modelo de todas las virtudes. Sea para nosotros su fe un incentivo poderoso que nos anime á conservar la nuestra con todo esmero. Sírvanos su constancia de aliciente para pelear sin rendirnos, contra los enemigos de nuestras creencias. Que su pronta obediencia al llamamiento de Jesucristo, nos haga exactos en ejecutar las divinas inspiraciones. Que su humildad nos conduzca á buscar toda nuestra gloria en los abatimientos de la cruz. Haciéndolo así, no dudemos invocar el auxilio de tan poderoso intercesor. El cielo que tanto le distinguió, honrándole con los trofeos de apóstol y con los laureles de mártir, no dejará de manifestarse propicio á sus plegarias en favor de sus devotos. Experimentaremos indudablemente en esta vida los efectos de su intercesion, y perseverando hasta el fin en el ejercicio de sus virtudes, mereceremos disfrutar de su misma felicidad en las eternas mansiones de la gloria.

SERMON

DE SAN BENITO.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

In manibus ascondit lucem, et præcipit ei ut rursus adveniat.

En sus manos esconde la luz, y le manda que vuelva de nuevo.

Job, *c.* 36. *v.* 32.

¡Qué admirable es siempre la gracia en su conducta respecto de los hombres! Á unos conduce á la soledad para hablarles al corazon y satisfacerlos léjos del tumulto y desórdenes del mundo. A otros deja en el siglo para que la fuerza de sus buenos ejemplos sirva de contrapeso á la iniquidad, que de tiempo en tiempo hace los mayores esfuerzos para prevalecer. Los primeros son como el tesoro escondido en el campo, segun el Evangelio, y que no es fácil de hallar. Los segundos son semejantes á aquella ciudad de que habla san Mateo, que colocada sobre la montaña domina por su elevacion y su evidencia sobre toda la llanura. Estos se santifican á vista del mundo mismo, y sus virtudes expuestas á una gran luz son grandes ejemplos. Aquellos se santifican en el fondo del desierto, sin tener mas testigo de su sabiduría que Dios, que es su principio. Sin embargo es necesario confesar que han florecido santos, en quienes el Señor se ha dignado unir las virtudes de la soledad á la santidad de edificacion y de esplendor: santos, que al principio ha ocultado al mundo, y que despues los ha manifestado al público para la ejecucion de sus decretos eternos: santos, que mudando de lugar y de clima, no han mudado de costumbres; cuya santidad en el desierto estaba oculta en Jesucristo, y manifiesta en el mundo por el mismo Salva-

dor : *in manibus abscondit lucem, et præcipit ei, ut rursus adveniat.*

Tal fué, señores, el gran Benito, cuya memoria celebramos. El desierto y el siglo le poseyeron sucesivamente; y Dios, que en el primer estado le preservó de los peligros que le amenazaban en el mundo, le trajo al siglo para oponerle á su ignorancia y corrupcion : dándonos á conocer por este medio, que los que destina á tan sublimes ministerios deben ocultarse en el secreto de su corazon, para recoger en este retiro el fondo de luz y de celo que han de manifestar despues al mundo. Benito pues desaparece, y se manifiesta pendiente siempre de la voluntad de Dios. Ya vive entre peñascos y rocas, sepultado en una gruta, como pudiera en un sepulcro, recogido enteramente con el Señor, sin tener cuenta de sus años, de sus dias, ni del lugar en que habita como peregrino sobre la tierra. Ya se presenta como un hombre conocido por el esplendor de sus virtudes, por la multitud y grandeza de sus milagros : como un hombre extraordinario, á quien los reyes de la tierra, los prelados, los pueblos le escuchan y admiran al mismo tiempo como restaurador de la disciplina monástica en el occidente. Por manera que parece haberse reanimado en su espíritu las cenizas de los Paulos, Antonios é Hilariones. Insensiblemente he venido á insinuar la materia de su elogio, que para darla órden divido en dos reflexiones. En la primera vereis á Benito muerto al mundo en una estrecha union con Dios. En la segunda le vereis conocido del mundo por las ventajas que procura á la iglesia de Dios. Pidamos las luces del Espíritu santo por intercesion de la vírgen santísima, á quien saludamos con el ángel. *Ave María.*

Como los hombres ignoran los designios de Dios, porque el Señor no admite consiliario, se oponen á veces á estos mismos designios, aun cuando juzgan conformarse á ellos. Así sucedió al padre de Benito, destinado por Dios á la soledad. Con el ánimo de procurarle una educacion análoga á la grandeza de su nacimiento y á los fines que se proponia, le envió á Roma en su mas tierna juventud. Esta capital del mundo cristiano, que estaba ya sujeta á la ley de naciones extranjeras, habia recibido al mismo tiempo su libertinaje y corrupcion. Ya no se veian

en ella sino algunos restos de aquella amable y preciosa inocencia que formaba en otro tiempo su glorioso carácter. Los desórdenes mas groseros reinaban en ella impunemente : la costumbre habia hecho desaparecer el pudor : la sensualidad, la avaricia, la ambicion y la violencia eran las acciones favoritas de sus habitantes. Por manera que, siendo entre ellos todo lícito, como los satiriza un poeta gentil, únicamente no lo era el ser buenos; porque habiendo ya hecho alianza los delitos con las leyes, pasaba por lícito todo lo público, por detestable que fuese, como de las costumbres de Cartago se lamentaba san Cipriano.

Benito pues ilustrado por la gracia, reconoce el peligro de los malos ejemplos, y no juzgándose bastante fuerte para combatir con un mundo corrompido, toma el generoso designio de abandonarlo; pero sin decir nada á sus padres, parientes ni amigos, no fuese que algun mal egipcio le impidiera ir á sacrificar su corazon á Dios en el desierto. Consulta únicamente la voz de la gracia; y considerando al mundo como un vasto y peligroso mar donde se pierden tantas almas, deja á Roma, y se retira al desierto de Sublac. Aquí se une inseparablemente con Dios, renunciando á los placeres y riquezas del mundo. Representaos por un momento al jóven Benito en su soledad. El fondo de una roca, rodeada de montañas y de precipicios, es su habitacion ordinaria. Un poco de pan, que un hombre caritativo le lleva algunas veces, y que solo le servia para no desfallecer, era todo su alimento : el agua era su bebida, y las pieles de algunas bestias del campo le servian de vestido, á imitacion de los solitarios de Egipto : costumbre que los de occidente habian adoptado en su siglo. Tan duro como la roca que habitaba es su ayuno y el trato que da á su cuerpo, para reducirlo á servidumbre, como otro Paulo. Por manera que su vida no solamente es una exacta privacion de placeres, sino una penitencia rigurosa y continua. El frio, el excesivo calor, la sed y la hambre le prueban sucesivamente; pero todo lo puede en el que le conforta.

Hombres delicados y sensuales! contemplad á este jóven solitario, practicando, aunque inocente, los rigores de una dura mortificacion, y no olvideis que si no os basta su ejemplo para corregiros, bastará á lo ménos para condenaros. Esta tierna víctima de penitencia era tan agradable á los ojos de Dios,

que le dió claras muestras de su proteccion. El hambre en cierta ocasion le condujo á las puertas de la muerte. Pero la providencia de Dios, que preparó alimento para todo viviente, y que no lo rehusa, segun el salmo, á los cuervos pequeños que á su modo le invocan, suscitó un otro Habacúc que fuese á socorrer la necesidad de este nuevo Daniel. Un sacerdote que preparaba comida espléndida para un dia solemne, oye una voz del cielo que le dice, segun san Gregorio: *tú preparas una comida deliciosa, y mi siervo padece hambre en el desierto.* Al oir el sacerdote estas palabras, igualmente confuso que admirado, fué á buscar á Benito, llevándole lo que para sí mismo habia preparado, y reanimó las fuerzas de aquel cuerpo desfallecido.

¡Ah qué vergonzosa confusion la nuestra! Este sacerdote, conducido por la caridad, atraviesa un desierto sembrado de peñascos y precipicios, sin temer la crueldad de las bestias feroces que lo habitan; y nosotros que vemos diariamente tantos pobres, casi consumidos de miseria, nos pasamos de largo sin socorrerlos como el sacerdote y el levita del Evangelio: nosotros que no necesitamos recorrer las campiñas ni los bosques para hallar infelices cargados de fierro, y metidos en calabozos, ¡rehusamos visitarlos y darles algun consuelo! Otra seria nuestra conducta si consultáramos la ley divina, que nos manda depositar en el seno de los pobres parte de nuestros bienes. Pero no perdais de vista que solo el misericordioso obtendrá la misericordia del Señor, segun el Evangelio.

En este género de vida austera, mortificada y penitente pasaba Benito gozoso sus dias, avanzando de claridad en claridad por el camino de la perfeccion. Pero Dios, que con arreglo á sus impenetrables designios queria fuese probado de todos modos, permitió que el demonio le atacase vivamente en el desierto por medio de la concupiscencia, este ángel de Satanas, segun la expresion de san Pablo, que nos solicita con frecuencia, nos atrae y nos cautiva en la ley del pecado. El espíritu impuro retrató con la mayor viveza en la imaginacion de Benito la idea de una mujer hermosa, que por casualidad habia visto en Roma, é inflama su corazon con la llama de la impureza. En tan duro conflicto este penitente solitario se halló tan embarazado, que estuvo próximo á caer prisionero en poder del terrible enemigo la impureza. Una secreta revolucion se

apodera de su alma : se entibia su fervor : la soledad empieza á disgustarle, y duda si volverse al siglo. Presentad ¡ó mi Dios! á Benito vuestra mano caritativa, y retiradle del abismo donde va á caer. Vuestra gracia, Señor, le ha hecho vencer al mundo y sus peligros; ¿permitireis sea vencido por la memoria del siglo y sus delicias? No señores : Benito, asistido de la gracia, y animado de una santa cólera contra su propia carne, la hace sufrir la pena de su rebelion. Se arroja sobre agudas espinas, que hicieron bien presto correr en abundancia su sangre : el dolor destierra el sentimiento del placer : las heridas que voluntariamente procuró á su carne, contribuyeron á la curacion de su alma. La úlcera interior que le devoraba salió por tantos canales, dice san Gregorio, cuantas eran sus heridas; y las espinas que pueden mirarse como castigo del pecado, fueron el preservativo.

Temblad y estremeceos, mortales! al ver á Benito solitario y penitente, casi vencido por el estímulo de la concupiscencia que le representaba una belleza frágil; ¡y vosotros, que ni sois solitarios ni penitentes, creeis poderos conservar puros en medio de una asamblea de uno y otro sexo, donde presiden de ordinario Baco y Vénus, y donde como carbones os encendeis unos á otros en el fuego de la lascivia! ¡Vosotros, repito, que sois unas cañas frágiles, os prometeis temerariamente la firmeza de una columna en los mas vivos ataques, sin nada temer, ni considerar que el que ama el peligro en él perece, segun el oráculo del Espíritu santo! Traed á la memoria que por la hermosura de la mujer han perecido muchos, segun el Eclesiástico, porque de resultas se inflama la concupiscencia como un fuego : ni olvideis jamas que una mirada poco recatada convirtió á David de justo en adúltero y homicida, y que una sola representacion expuso á caer en el desierto al penitente Benito.

Mas por la misericordia de Dios la virtud de este jóven solitario se perfeccionó por la tentacion, y la victoria, que por la gracia de Jesucristo obtuvo contra su carne rebelde, debilitó de tal suerte su concupiscencia, que no volvió á sentir en su corazon semejante violencia. Pero esto mismo le sirvió de poderoso estímulo para avanzar en el camino de la perfeccion; y no contento con haber dejado el mundo, y estar enteramente privado de sus placeres, nada le parece haber hecho, si no re-

nuncia al mismo tiempo de sus dignidades y grandezas. Atendida la máxima comun entre las gentes, cuando el mérito viene acompañado de un alto nacimiento, opta de ordinario á los mayores y mas distinguidos empleos. Benito pues, cuyas luces y conocimientos habian servido de admiracion á sus maestros, y que entre sus ascendientes contaba cónsules, senadores, héroes, y aun emperadores, bien podia tener las mas fundadas esperanzas de colocarse algun dia en altas dignidades. Pero él se oculta á los ojos del mundo, y renuncia de todas las esperanzas del siglo, de sus dignidades y riquezas, por lograr á Jesucristo, pobre, desconocido y humillado sobre la tierra. Encerrado pues en la caverna de Sublac, desprecia las grandezas humanas, y compara en su interior la gloria del siglo, ya á la yerba del desierto, que crece, y pronto se seca; ya á un relámpago nocturno, que apénas deslumbra los ojos cuando les deja únicamente la noche y las tinieblas; ya al agua, que rápidamente corre y se precipita en el abismo. Benito hace mas caso del hábito humilde que le cubre, que de la púrpura consular que tantas veces habian vestido sus mayores. ¡Ojalá que un tal ejemplo corrigiese la desmesurada ambicion de nuestro siglo! ¡Vicio universal que deshonra al cristianismo! Idolo abominable, al cual, segun Isaías, todo se sacrifica de ordinario, el tiempo, el reposo y la conciencia!

Por otra parte, ¿qué fondo de opulencia no hubiera hallado Benito en la sucesion de sus padres? Palacios, vastos dominios, heredades inmensas, infinito oro y plata, á todo era acreedor; pero él todo lo desprecia sin reserva, pues aunque pudo considerar que Jacob al salir de Mesopotamia, sin dejar de ser justo, llevó consigo todos sus bienes; él sin embargo al dejar á Roma para siempre, se contenta con las riquezas de su inocencia y su virtud. Sin mas recurso que la Providencia, á quien enteramente se confía, pudo muy bien decir con el Príncipe de los apóstoles: yo no poseo plata ni oro; pero busco el reino de Dios y su justicia, y con solo esto aspiro á que nada me falte, y á poseerlo todo. Persuadido finalmente á que en materia de piedad es necesario avanzar siempre, para no descaecer, Benito trabajaba sin cesar por santificarse. El ayuno, las vigilias, la oracion, la disciplina y una altísima contemplacion de los inefables misterios de nuestra fe, era su ocupacion en el desierto. Este hombre de Dios, dice san Gregorio, como

una tierra cultivada, de la cual se han arrancado las espinas, producia los frutos de virtud mas abundantes. Solo el Señor era testigo de tan singulares progresos. Pero como no crió la luz para que estuviese oculta bajo el celemin, segun la expresion del Evangelio, sino para que iluminase á todos los de su casa la Iglesia, dispuso con su adorable providencia que los rayos de este hermoso astro de santidad iluminasen todo el desierto. Por este medio la fama de la virtud de Benito, oculta en la soledad por tanto tiempo, se difundió, á pesar suyo; su luz se manifestó á los ojos de los hombres, y vino en breve á servir para ilustrarlos y conducirlos: *et præcipit ei, ut rursus adveniat;* segunda reflexion de este elogio, que paso á demostraros.

Por un efecto de la bondad y misericordia de Dios, se han manifestado á veces al mundo los que para obrar con mas seguridad su salvacion, se habian retirado á la soledad á buscar con el socorro de la gracia la perfeccion evangélica. Uno de estos singulares héroes, destinados por el Señor á ministerios esenciales y gloriosos á su religion, fué Benito, á quien envió al mundo para reparar las ruinas del estado religioso, para contribuir á los progresos de la virtud, y para establecer las leyes de la disciplina monástica. Considerémosle pues como patriarca, como apóstol y como legislador, tres eminentes calidades que forman su carácter.

El órden religioso no florecia ya con el fervor que en su principio en el oriente. El instituto de san Benito estaba casi abolido. El gusto del retiro, del silencio, de la oracion y del trabajo decaía diariamente en los monasterios. Habian faltado en la mayor parte los celadores de la antigua disciplina. Los solitarios, abandonando su vocacion, solian frecuentar el siglo. Este comercio les era fatal, pues al volver á la soledad llevaban consigo el espíritu del mundo. De resultas algunos cayeron en el error, y no pocos en la relajacion. ¡Ejemplo terrible, pero instructivo! porque un religioso disgustado de su retiro es un hombre casi perdido, y expuesto á las mayores caídas. Entre tanto que la Iglesia lloraba estos desórdenes, Dios que se dignó consolarla, elige á san Benito para que reparase sus quiebras, estableciendo en el occidente lo que en el oriente habia perdido por la caída y tibieza de sus solitarios.

Los religiosos del monasterio de Vicovarro le eligen por su-

perior. La humildad de Benito se resiste, pero al fin cede á sus deseos; y apénas colocado á su cabeza procura restablecer la disciplina abandonada. Habla como padre con suavidad y fortaleza; mas los religiosos, en lugar de ceder á sus vivas amonestaciones, corresponden con murmuraciones sediciosas, y no contentos, forman el mortal designio de envenenarle. Preparado el vaso con la ponzoña, se lo ofrecen: pero Dios, protector de su vida, le salva por un milagro. Benito hace sobre el vaso la señal de la cruz, y al punto se hace pedazos, y el veneno solo sirve de manifestar la malignidad de aquellos monjes parricidas. Hermanos mios, les dijo entónces, segun san Gregorio, ¿qué motivo os he dado para que así me trateis? ¿No os dije desde luego que mis costumbres no convenian con las vuestras? Y sacudiendo el polvo de sus piés en testimonio contra ellos, dejó al instante el monasterio, y se volvió á su amada soledad.

Mas apénas llegó á ella cuando mudó de semblante. Una innumerable multitud rodeaba su caverna, diciéndole como los israelitas al Macabeo: tú serás nuestro jefe, y nosotros haremos lo que tú nos mandes. Bien presto creció tanto el número de discípulos, que la soledad de Sublac vió con admiracion fundados doce monasterios á solicitud de este ilustre patriarca. Bien presto los senadores y los patricios romanos, como otros tantos Abrahanes, condujeron sus hijos á esta montaña para consagrarlos á Dios. ¡Qué agradable espectáculo ver venir á los Mauros y Plácidos á ser discípulos de Benito! Figuraos á este patriarca, á quien Dios habia dado excelentes dones, nutriendo la piedad de estos jóvenes con su ejemplo é instrucciones, acostumbrándolos al yugo del Señor, y haciéndoles considerar la gran felicidad que es llevar de buena voluntad este yugo de la religion, bajo la obediencia y sumision á sus prelados. ¡Qué gozo el de Benito al ver que sus discípulos manifestaban una vida angélica en cuerpo mortal! ¡Qué alegría al ver retratada sobre aquella montaña la imágen del paraiso por la paz inalterable que entre ellos reinaba! ¡Qué frecuencia de oracion, qué rigor de ayunos, qué rendida obediencia, qué silencio; qué amables, qué deliciosos, ó mi Dios, eran estos tabernáculos del Señor de las virtudes! Hasta los montes se alegran, segun la expresion del salmo, al verse convertidos en casa de Dios y puerta del cielo.

Pero la malignidad de un sacerdote turbó las delicias de esta montaña. Instigado del demonio, se propuso denigrar la fama y reputacion de Benito y de su órden. Nada omitió para realizar su mal propósito, hasta poner asechanza á su preciosa vida. Benito pudo muy bien deshacerse de su adversario dando cuenta al magistrado; pero dejando á Dios la causa, tomó el partido de abandonar á Sublac, y retirarse al monte Casino. Á poco tiempo tuvo la noticia que este infeliz sacerdote habia perecido bajo las ruinas de un edificio: le llora tiernamente, como David á su rebelde hijo Absalon, y castiga la alegría que manifestó en la ocasion uno de sus discípulos; doble ejemplo de severidad y de dulzura, con que manifestó á sus hijos, que si habia sido moderado en sufrir la persecucion, era firme en vengar la caridad violada. Establecido pues en el monte Casino, edificó bien presto un monasterio. ¡Qué solicitud la de este nuevo Esdras por reparar la casa del Señor! Desde aquí destinó á muchos de sus discípulos á extender su órden por toda Europa. El cielo bendijo su designio. La Francia, la España, el Piamonte, la Sicilia y varias otras comarcas recibieron con placer á sus discípulos, y con admirable rapidez se vieron establecidos muchos monasterios. El monte Casino, donde en varios bosques permanecia el culto del dios Apolo, á la venida de Benito quedó bien presto convertido en paraíso del Señor. Benito, devorado del celo de la casa de Dios, derribó el templo erigido á la falsa deidad, destruyó la estatua, derribó el altar, y consiguió que en este monte, asilo hasta allí de la idolatría, solo fuese adorado en lo sucesivo el Dios verdadero, viniendo á ser montaña del Señor, montaña santa.

Pero la reputacion de santidad de este nuevo apóstol se extendió en breve maravillosamente. Los moradores de la ciudad y de la campiña, admirados de sus sucesos evangélicos, se presentaron á Benito á recibir las palabras de vida y de verdad que salian con frecuencia de sus labios. Los pecadores al oirlo sienten en su corazon las impresiones inefables de la gracia. Unos dejan la espada para tomar el hábito monástico; otros sin dejar las armas toman el cilicio para servir á un mismo tiempo á Dios y al príncipe. Pero lo que daba mas crédito á su apostolado, era el don de milagros y de profecía que el Señor le habia comunicado. Los fieles que tenian la dicha de oirle y hablar con él, deferian con facilidad á sus amonestaciones, acor-

dándose de sus prodigios; y este nuevo taumaturgo preparaba el suceso como apóstol. Los fieles sabian que oyendo á Benito, escuchaban al que, como otro legislador de los judíos, habia sacado de las entrañas de la piedra una fuente pura y abundante; al que habia hecho sobrenadar al fierro, á ejemplo de Eliseo; al que como san Pablo, habia quitado á la muerte su triste presa. Sabian que este mismo era el que á imitacion de Jesucristo, y por la virtud de este divino Salvador, habia hecho marchar sobre las aguas á uno de sus discípulos, para omitir por ahora muchos otros milagros de este nuevo taumaturgo. Paso en silencio su espíritu de profecía, don singular, que Dios habia comunicado á su siervo para que instruyese á los mortales en las sendas de la salud.

La fama de su santidad y de sus prodigios atraía á todo el mundo al monte Casino, á oir y consultar á este hombre apostólico; y aquí fué donde Benito acabó de componer su regla, este compendio universal de la disciplina religiosa, que contiene los tesoros de la sabiduría y de la ciencia monástica. Regla que parece dictada por el Espíritu de Dios: regla que san Bernardo llama prduccion mas divina que humana, y que muchos concilios la han aprobado por sus decretos: regla adoptada por muchos órdenes religiosos, y que ha hecho inmensos progresos en el orbe cristiano. En ella trazó Benito á sus discípulos las sendas saludables que debian seguir; y uniendo á la autoridad de legislador la ternura de padre, les ordenó la pobreza, el ayuno, el trabajo, la obediencia, la humildad, el oficio divino, la oracion y otras muchas santas prácticas, partes esenciales del estado perfecto.

¡Qué no podria yo decir aquí de los abundantes frutos que los profesores de tan santa regla han procurado á la Iglesia y al estado! Si quisiera recorrer sus anales hallaria entre los hijos de Benito papas, emperadores, reyes, reinas, cardenales, patriarcas, arzobispos, obispos, doctores de la Iglesia, escritores sabios, ministros de estado y un gran número de santos, muchos de los cuales testificaron la divinidad de Jesucristo con su sangre. Pero dejo á los lectores de su vida la noble curiosidad de tan agradables noticias. Lo que aun hoy percibimos nos trae á la memoria lo que seria en lo antiguo la órden de san Benito. En efecto vemos con alegría á sus discípulos seguir constantemente las sendas de su padre, edificando á la Iglesia

por su piedad, enriqueciéndola con sus obras, é ilustrándola con sus virtudes.

¿Y nos contentarémos por ventura con admirar la santidad de Benito? ¿Sus ejemplos no serán dignos de imitadores? Yo bien conozco que no á todos es dado caminar como él por la senda de la perfeccion; pero todos pueden y deben cumplir la ley de Dios y la justicia. ¿Quién nos impide imitar á Benito en la práctica de las virtudes cristianas, en el amor á Dios y al prójimo, en el perdon al enemigo, y en el cumplimiento de sus deberes? Yo no os digo que os retireis como él al desierto, que abandoneis vuestra patria, vuestros parientes y amigos. Una tal separacion no está en el órden de vuestras obligaciones esenciales; pero el Evangelio os manda expresamente evitar las compañías de los mundanos, que han pervertido vuestra inocencia, y os han traído á un sentido réprobo.

Yo no os mando conformaros á la rigurosa abstinencia de Benito; pero debo intimaros de parte de Dios que no violeis la ley del ayuno, y que tengais presente que la mayor parte de los motivos que alegais para la dispensa, son vanos pretextos para eludir el precepto. Yo no os digo que os arrojeis desnudos sobre las espinas como Benito; pero sí que debeis mortificar vuestra carne para reducirla á servidumbre, para no caer en la tentacion. En fin, no olvideis que el reino de Dios padece violencia, y que solo por violencia se arrebata. Es necesario pues la oracion, la mortificacion de las pasiones y sentidos, y elevar la mente á Dios para obtener sus auxilios, servirle en vida, y bendecirle en la bienaventuranza, que os desco en el nombre del Padre, de Hijo, y del Espíritu santo. Amen.

SERMON

DE SAN BENITO.

(DE CLIMENT.)

Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te : ¿ quid ergo erit nobis?

Hé aquí que nosotros todo lo hemos dejado, y te habemos seguido : ¿qué es pues lo que tendremos?

S. Mat., c. 19. *v.* 27.

Quien camina sin guia por una áspera é intrincada senda, está expuesto al riesgo de perderse. Por mas que le hayan instruído, encontrando á cada paso con encrucijadas y dificultades no previstas, ó temeroso retrocede, ó impaciente registra con la vista, y aguarda algun pastor ó pasajero que le encamine. Pero si entre estas dudas y esperanzas se cierra la noche ¡qué ansia! qué congoja! ¡qué desesperacion! Reniega de su temeridad, fatigado se reclina sobre las piedras, hasta que con la luz del dia puede volverse á su posada. Así, Señores, caminaban los hombres en este mundo ántes de la venida de Cristo Señor nuestro. Casi todos ciegos entre las tinieblas de la gentilidad, se iban sin pensarlo al camino del infierno; ó para decirlo con el Espíritu santo, por un oculto pero justo juicio, abandonó Dios á todas las gentes, y las dejó sin remedio en el camino de la perdicion : *Dimisit gentes omnes ingredi vias suas* (1). Solo en los estrechos términos de la Judea era conocido el Dios verdadero : solos los israelitas tuvieron en el Decálogo un como itinerario para el cielo. Y aun con esto casi siempre, ó llevados de su perversa inclinacion, ó atraídos del mal ejemplo de los pueblos vecinos, entregándose á los vicios y á la idolatría, se

(1) *Act. c.* 14. *v.* 15.

desviaban del camino de la virtud. Sentia Dios ver descarriadas las ovejas del rebaño de su querido Jacob, y de tiempo en tiempo enviaba al mundo algunos pastores ó profetas, para que las advirtieran sus errores y extravíos. Cuidado, cuidado, clamaba Isaías, deteneos, volved al camino, no declineis á la diestra, ni á la siniestra (1): *Hæc est via, ambulate in ea, et non declinetis ad dexteram neque ad sinistram.* Pero eran poco atendidas sus voces, porque las luces proféticas de que iban acompañadas no bastaban á alumbrar la ceguedad de aquellos entendimientos. Eran estas luces precursoras de aquellas, cuya claridad, dice el evangelista san Juan, llenaria todo el mundo. Solo el corazon mas fino que el iman podria seguir el norte, ó la estrella de Jacob, ántes de nacer. Vivian los justos de Israel en el crepúsculo de la mañana, y conociendo que eran aquellas luces del sol de Judá, suspiraban y anhelaban que se dejara ver resplandeciente. Ya es hora, decian (2) ó gran Dios de Abrahan, de Isaac y de Jacob, ya es hora que amanezca el sol, llueva las nubes al Justo, ábrase la tierra, y brote al Señor salvador, un fruto tan saludable, que sea triaca al veneno de la fruta del paraíso. Acábese ya, Señor, la guerra que desde el pecado de Adan por espacio de cuatro mil años hacen los hombres rebeldes á vuestra soberanía.

A estas súplicas de los justos israelitas añadió el profeta Daniel (3) ayunos, cilicios, ásperas penitencias, lágrimas y gemidos, para alcanzar de Dios se anticipara el tiempo de la venida del Mesías. Y con efecto, pues desde el principio de sus ruegos como le dijo el ángel, expidió el senado de la beatísima Trinidad el decreto de que en breve se diera cumplimiento á las profecías, se ungiera el santo de los santos, y viniera al mundo el rey pacífico, que mediara y ajustara la paz entre Dios y los hombres. Y así como los reyes de la tierra despues de sangrientas guerras, para mayor firmeza de las paces tratan mutuos recíprocos matrimonios; así tambien la infinita bondad del rey de los cielos, para reconciliarse para siempre con los hombres, se dignó unir en estrecho indisoluble vínculo su divina con la humana naturaleza; ó para decirlo con santo Tomas de Aquino (4), se dignó contraer matrimonio con ella. Á este fin

(1) *Isaiæ, c.* 30. *v.* 21. (2) *Isaiæ, c.* 46. *v.* 8. (3) *Dan. c.* 9 *v.* 3
(4) 3. *p. q.* 30. *a.* 1. *in Corp.*

no buscó en los palacios de los emperadores del mundo para esposa del Espíritu santo y madre del divino Verbo alguna mujer, cuyas riquezas, majestad y hermosura pudieran llenar las medidas del mas ambicioso ó desvanecido : ni ménos buscó alguna de aquellas deidades, que fingieron los gentiles para esposas de sus falsos dioses. Eligió Dios entre todas las hijas de David la mas pobre de bienes de fortuna, pero la mas rica de virtudes, la mas humilde, pero la mas magnánima, la mas hermosa, pero la mas recogida, la mas discreta, pero la mas modesta, en una palabra, á María santísima señora nuestra, asombro de la gracia y de la naturaleza.

Bien hubiera podido Dios, como supremo señor de lo criado, efectuar su designio, sin esperar el consentimiento de María; pero no quiso por las razones que alega el angélico Doctor. Era conveniente, dice el santo (1), que se le anunciara á María el misterio de la Encarnacion, para que fuera testigo de ella, para mayor crédito de su humildad, y para que interviniera María como apoderada de toda la naturaleza humana en este contrato ó espiritual matrimonio. Por eso envió el Altísimo desde la corte del cielo al arcángel san Gabriel, con una solemne embajada que llenó de admiracion á María. No ignoraba, como tan versada en las Escrituras, que muchas veces habian bajado los ángeles á la tierra, pero á ser venerados de los mas insignes patriarcas; y viendo que Gabriel le manifestaba su inferioridad y su respeto, se halló confusa (2). *Turbata est in sermone ejus.* Y aun se turbó mucho mas, cuando le oyó decir que concebiria en sus entrañas un hijo : porque deseaba obedecer los órdenes del cielo; pero no queria quebrantar el voto de virginidad, que tenia hecho. No dudaba, segun el sentir de san Ambrosio, lo que el ángel le decia; pero ignoraba el modo : *Quo modo fiet istud.* Y apénas le declaró el ángel que se efectuaria el misterio sin menoscabo de su virginidad, prorumpió en aquellas palabras : *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum :* en mí tiene el Señor una esclava, hágase en todo su voluntad.

Entónces se horrorizaron los demonios, al sospechar que aquel consentimiento era el fallo de la ruina de su imperio : entónces se regocijaron los cielos por ver que se abrian sus

(1) *Ibid.* (2) *Lucæ*, c. 1. v. 26.

puertas, para admitir nuevos ciudadanos : entónces cantaron los ángeles alegres cánticos de alabanza de su nueva reina : entónces se desposó el Espíritu santo con María : entónces el Hijo del Padre eterno bajó sin dejar por su inmensidad los cielos, á hacerse hijo de María en sus entrañas. En el mismo instante que dió la Vírgen santísima su consentimieuto, de una porcion de su preciosísima sangre se formó con el influjo solo del Espíritu santo un hermoso cuerpo, que animado con una perfectísima alma, se unió á la segunda persona de la Trinidad beatísima. De estas dos naturalezas divina y humana, realmente distintas entre sí, unidas en una persona divina, se constituyó y de hecho se constituye Cristo Señor nuestro, verdadero Dios y verdadero hombre. Verdadero Dios, engendrado desde la eternidad, igual en todo y consustancial al Padre eterno. Verdadero hombre, compuesto de cuerpo y alma, semejante á nosotros no solo en las perfecciones, sino tambien en los defectos, á excepcion de aquellos, que ó inclinan al pecado, ó retardan de la virtud. Por mas que sean dos las naturalezas de Cristo, por ser una sola la persona, se verifica que Dios es hombre, y que el hombre es Dios : se afirman con verdad del hombre todos los atributos de Dios, y de Dios todas las propiedades del hombre.

Aunque quisiera dilatarme mas, no podria daros una perfecta noticia del misterio de la Encarnacion; porque no solo es incomprensible á nuestras capacidades, sino tambien á los sublimes entendimientos de los mayores padres de la Iglesia. Mejor puede percibirse la dicha y el provecho que nos acarrea este misterio, aunque no deja de ser inefable: porque ¿quién llega á comprender todas nuestras miserias y toda la infinita majestad de nuestro Dios, para poder explicar la fineza que nos hizo en unirse con nuestra naturaleza? Solo este símil podrá darnos alguna luz. Si un monarca absoluto de las cuatro partes del mundo, jóven, galan, entendido, partiera su tálamo y su imperio, elevara á su trono, eligiera por esposa entre todas una mujer fea, loca, infame, torpe, monstruosa y abominable en el alma y en el cuerpo; y no engañosa ó ihdeliberadamente, sino con acuerdo, y despues de una madura reflexion, ni por otro fin, que por librar aquella mujer de la muerte, ¿no se pasmara el mundo? ¿No exclamaran todos : O príncipe piadoso! O feliz

(1) *Philip. c.* 2. *v.* 7,

fealdad de mujer! Siendo pues infinitamente mayor la distancia que hay entre Dios y los hombres, que la que puede haber entre dos criaturas, con mayor razon debemos exclamar agradecidos y admirados: ¡O infinita benignidad de nuestro gran Dios! ¡O feliz culpa de Adan! que dió motivo á que el Omnipotente y soberano se aniquilara, como dice san Pablo (1), ó se hiciera nada, haciéndose hombre: *Seipsum exinanivit, formam servi accipiens, habitu inventus ut homo.* Y no por librarnos de la muerte del cuerpo, sino para darnos la vida del alma: no solo por engrandecer á su madre María, sino para hacernos hijos suyos: no solo por coronarla reina en los cielos, sino tambien para darnos la corona de la gloria.

Tambien podréis conocer el beneficio que nos hizo Dios en enviar á su hijo al mundo, si os acordais de su infeliz estado ántes de su venida. Ya habéis oido, Señores, que iban torcidas las sendas del mundo, que estaba cerrado el camino del cielo. Creían los hombres que las riquezas eran el único apoyo de la felicidad, que la soberbia era inseparable compañera de la fortuna, que la humildad era bajeza indigna de un ánimo generoso. Pero apénas nuestro gran Dios se hizo hombre, empezó á clamar, que segun el vaticinio de Isaías (2) debian ya abatirse los montes mas soberbios, para que los humildes valles se exaltaran: que viéndole pobre y humilde debian los hombres imitarle: que él se ofrecia á enderezar y á allanar el camino del cielo. Ea, seguidme, seguídme, decia á unos y á otros: no malogreis el fruto de mi encarnacion. Á estas voces del Señor se manifestó Pedro tan obediente, que sin alegar excusas, le dijo resueltamente: Ea bien, Señor, ya os seguimos: *Ecce nos, secuti sumus te.* Es de reparar, que no le dijo Pedro, ya os sigo, sino que le dijo, tomando la voz de sus compañeros, ya os seguimos, dándonos á entender con esto, que por ser cabeza y primer móvil del apostolado, era el primer acreedor á la fineza de todos. Este obsequio le juzgó Pedro tan agradable á la Majestad de Cristo, que sin temer la nota de ambicioso, se atrevió á preguntarle: ¿Y qué premio tendrá nuestra obediencia? *¿Quid ergo erit nobis?*

Esta misma fineza se admira repetida en el gran Benito, primer patriarca del occidente, y principal objeto de esta festivi-

(1) *Philip. c. 2. v. 27.* (2) *Isa. c. 40, v. 4.*

dad: pues no solo siguió á la majestad de Cristo, sino que por su respecto le siguieron innumerables, mereciendo igual recompensa que Pedro. Esta cláusula del Evangelio dará el asunto á mi oracion. Intentaré manifestaros en su primera parte, que Benito fué fiel en seguir al Señor: en la segunda que fué solícito en que otros le siguieran, y en la tercera que fué feliz en que Cristo le premiara. Los admirables ejemplos de su heróica virtud deben provocaros á la imitacion, los saludables documentos de su doctrina deben alumbrar vuestros entendimientos; la felicidad de su gloria debe alentar vuestras esperanzas. Ya veo que no son mis palabras eficaces para producir en vosotros estos efectos; pero confío que el Espíritu santo por la intercesion de María su esposa suplirá con su asistencia mi tibieza. Os hallais, ó soberana Reina, empeñada á favorecer mis súplicas, ya que acuerda en este dia la piedad una de vuestras mayores glorias juntamente con las de Benito; ya que por haberme detenido en admiraros Madre de nuestro gran Dios, no puedo dilatarme en elogio de Benito, no desmerezca por corto, supuesto que vuestro gran poder no se mide con el tiempo, sino con el cúmulo de gracias de que os llenó el ángel, cuando os dijo: *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Aunque el destino de la venida de Cristo al mundo fué dirigir á los hombres en el camino de la verdad, tratando y comerciando con ellos, con todo nos dió á entender, que este camino guia hácia el desierto y la soledad, y nos aparta del comercio y compañía de los hombres; pues cuantas veces lo permitió el ministerio de su predicacion, disgustado, como dice el angélico Doctor (1), del bullicio y vanidad del mundo, tomó la retirada del monte ó del desierto. ¿Qué alabanzas no dió Cristo á su primo el Bautista al verle anacoreta en los desiertos de Judea? Le pareció poco llamarle profeta, le eligió su precursor y le hizo en el Jordan primer testigo de vista de su divinidad. Igual elogio al del Bautista se merece Benito, por haberle con tanta perfeccion imitado. Desde sus primeros años quiso per-

(1) 3. *p. q.* 40. *a.* 1.

cibir el fruto de la encarnacion del Hijo de Dios, que en sentir de san Pablo se halla reducido al retiro del siglo (1): *Qui dedit semetipsum pro peccatis nostris ut eriperet nos de præsenti sæculo nequam.* Siglo en verdad malvado para todos; pero tanto mas engañoso para Benito, cuanto mas halagüeño. La nobleza de sus ascendientes, senadores y cónsules romanos, halagaba su vanidad: la viveza y perspicacia de su entendimiento era infalible pronóstico de su fortuna: brindaban su apetito los placeres sostenidos del poder, de las riquezas, y del mal ejemplo de tantos jóvenes disolutos: delante de sus ojos se le abria un camino todo sembrado de flores, que guiaba al precipicio.

¿Quién creyera, Señores, que no habia de caer Benito en estos lazos? ¿Quién creyera que habia de volver la espalda á la fortuna, cuando se le manifestaba mas risueña? ¿Quién creyera que en tan tierna edad, á pesar de todos sus sentidos, habia de conocer con Isaías, que todas las delicias y glorias de este mundo son flores del campo que se marchitan? (2) *Et omnis gloria ejus quasi flos agri.* ¿Quién creyera que á la primera inspiracion del cielo, habia Benito de salirse del mundo? Cuanto mas me detengo en este primer paso de la vida de Benito, tanto mas me admiro: *Perpendo plane*, diré con S. Gregorio el Grande (3), *et vehementer stupeo*: porque advierto que nuestro santo no fué como aquellos que se apartan del mundo á fuerza de desengaños, ó á violencias de la necesidad, ó de una adversa fortuna, de quienes no tanto puede decirse que dejan al mundo, como que el mundo enojado con ellos los arroja de sí. Jamas vió Benito airado el rostro de la fortuna, se miraba circuído de opulencia, de fausto y de majestad: ni fué como aquellos que salen del siglo con tal tropel y tumulto, que su retiro tiene mas visos de ser á impulsos de un espíritu precipitado, que á benignas apacibles influencias del cielo. Siguió Benito la voz de Dios, que manda por Isaías se ejecute con premeditacion y con el mayor acuerdo. *Non in tumultu exibitis, nec in fuga properabitis; præcedet enim vos Dominus* (4). No fué como aquellos que huyen de los trabajos y buscan los regalos del mundo, que se acogen á los claustros como á un puerto de descanso y de comodidad, que conservando con el amor propio

(1) *Ad Galat. c. 1. v. 1.* (2) *Isaiæ, c. 40. v. 6.*
(3) *In vita S. Bened. lib. 2. dialog.* (4) *Isaiæ, c. 52, v. 12.*

el afecto á todo lo que es conforme á su genio, solamente sacrifican á Dios como aquel hermano de Abel, lo que no les agrada. Benito dejó en el mundo todos los afectos del mundo, buscó en una inaccesible roca una cueva para constituirse superior á los consuelos y á las necesidades de la naturaleza, alimentándose de un poco de pan, que le subministraba con pena, y de cuando en cuando, el único confidente de su penitencia.

Vehementer stupeo, vuelvo á decir con Gregorio, me pasmo, Señores, al representárseme Benito, todo su hermoso cuerpo denegrido, vestido de cerdas, cuyas puntas, cuyos ásperos nudos, mas le atormentan que le cubren. Reparo que para otros solitarios fué honesto desahogo la blanda corriente de los arroyos, el dulce canto de las aves, y el verdor de los campos: vuelvo la vista, y veo que de la horrible funesta cueva de Benito solo se percibe un pedazo de cielo. *Vehementer stupeo*, me pasmo al considerar á Benito dentro de aquel sepulcro tan muerto al mundo, que no acierta á distinguir los dias y las noches, sirviéndole como de luces las mismas tinieblas: *Sicut tenebræ ejus, ita et lumen ejus.* (1) Ocupado todo su pensamiento en la eternidad, pierde la sucesion de los tiempos, ni aun sabe cuándo se celebra el dia de Pascua. Poseído de todo el espíritu de Cristo, y adorándole á un mismo tiempo en todos sus misterios, no quiere separar ni la solemnidad, ni el órden. Cree que para un pecador no debe haber ni alegría ni fiesta, que todos los dias deben ser dias de lágrimas y penitencia. Así Benito sin tiempo, sin país, sin comercio, anticipadamente ciudadano del cielo, vive solo en Dios, con Dios y para Dios. Ni se acuerda Benito de los hombres, ni los hombres se acuerdan de Benito; sola la divina Providencia vela sobre Benito. Parece que oigo aquella voz celestial, que perturbando el regocijo de un sacerdote vecino le acusa su impiedad: tú, le dice Dios, te preparas un banquete, y mi siervo desfallece en esas grutas vecinas: *tu tibi delicias paras, et servus meus fame torquetur.* Va corriendo el sacerdote entre valles y riscos, y á costa de mucho trabajo encuentra la cueva, en donde Benito acosado de hambre apénas respira los últimos alientos de su vida. Convídale el nuevo huésped con el regalo, y nuestro santo estaba tan bien hallado con el desfallecimiento, que se resistió por tres veces,

(1) *Psalm.* 138. *v.* 12.

hasta que advertido de que iba enviado del cielo, tomó con el alimento algunas fuerzas, para volverlas á perder al rigor de las penitencias.

Por tres años estuvo nuestro santo anacoreta en aquella gruta. Una oracion continua y fervorosa le hizo perder el afecto, y aun la memoria de las cosas terrrenas. Cien veces todos los dias con la penitencia purificaba su corazon, nada manchado con la culpa, para ofrecerle á Dios un sacrificio agradable. De las mismas rocas formó como un terraplen ó baluarte contra los asaltos del siglo; con todo estuvo á pique de rendirse á una tentacion, y perder en el desierto la inocencia, que habia conservado en medio del mundo. El demonio de la impureza, como refiere san Gregorio, esparce un no sé qué veneno en aquella gruta. Un pájaro infernal volando á su rededor, inficiona el aire que respira. Túrbase nuestro santo, siente que su fervor se enfría, que se oscurecen las luces de su razon. Del fondo de sus sentidos mortificados se eleva á la superficie del alma un craso vapor, la memoria le representa á su disgusto la imágen de una belleza vista ya tiempo há en Roma. Este mortal pensamiento fomenta un deseo importuno, de este deseo nace un secreto disgusto de la soledad. Vos lo permitisteis, ó Dios mio, para que con la experiencia de su flaqueza, y con el reconocimiento de vuestra piedad se uniera mas estrechamente con vos, y para dejarnos un escarmiento á nuestra fragilidad.

Una vista tal vez inevitable, sin designio ni malicia, pudo hacer temblar una de las mas fuertes columnas del cristianismo; y nosotros creemos que podemos exponer sin peligro nuestra débil virtud á tentaciones voluntarias. En vez de contener con una sabia y modesta circunspeccion nuestros ojos, les abandonamos continuamente á una vaga é indiscreta curiosidad. Se celebra ya la viveza de aquellos, que con alguna superficial decencia de palabras encubren sentidos deshonestos. Todos los dias se emplean en comercios de complacencia ó de lisonja, con los cuales se encienden recíprocamente, como dice Tertuliano, las centellas de la impureza. ¿No es esto un esconder el fuego en el propio seno, un caminar sobre las brasas, segun el lenguaje de la Escritura, y pretender no quemarse? *Numquid potest homo... ambulare super prunas, ut non comburantur plantæ ejus?* (1)

(1) *Prov. c. 6. v. 28.*

Bien léjos está Benito de estos incendios, y hasta su cueva llegan las llamas; pero puede apagarlas, porque tiene bien mortificados los sentidos y bien merecida la asistencia del cielo. Apénas toca Dios con los auxilios de la gracia á su corazon, como que despierta de un sueño, vuelve en sí, segun dice san Gregorio: *Ad semetipsum reversus est:* advierte rebelde é inflamada su sangre, y resuelve curar la enfermedad con sangrías; arrójase entre unas zarzas, y revolviéndose en ellas castiga el asomo de un deleite con una infinidad de dolores. Queda ya Benito no solo sin afectos, sino tambien sin carne y sin sangre. Ya este precioso licor derramado llena de fragancia todos los contornos: ya los huesos de nuestro santo con el fuego de la caridad arden y lucen como una antorcha: ya perciben los pastores sus luces, y publican que habia un nuevo Bautista en el desierto: ya Benito despues de haberse ostentado fiel en seguir á Cristo penitente en el desierto, sale á predicar penitencia á los hombres, y á solicitar que le sigan para poderle decir con san Pedro: *Ecce nos secuti sumus te.*

SEGUNDA PARTE.

Persuadir la virtud sin practicarla, fué vano designio de los filósofos antiguos: practicar la virtud sin enseñarla, fué empresa propia de los primeros anacoretas, gloriosa en verdad y muy útil para ellos, pero casi estéril, y de ningun provecho para los otros. Por sí solos los anacoretas llegan á perfeccionarse tanto en la virtud, que sin ayuda de otros, con sus manos y brazos, como dice Benito en el capítulo 1° de su regla, vencen al mundo, á la carne y al demonio; pero no tienen ni mas plaza ni mas grado, que de soldados en el ejército de Cristo. Bueno fuera que salieran al mundo á enseñar á los hombres el arte de guerrear contra el infierno: sin competencia se les entregaria el baston de general, y atraídos todos del crédito de su valor ó de su virtud, se alistarian bajo sus banderas. Bien se vió comprobada esta verdad en el Bautista, y se vió confirmada en Benito. No os disgusteis, Señores, al oir tantas veces repetida la comparacion de nuestro santo con el Bautista. Porque ¿acaso tiene Benito otra mayor gloria que ser semejante al mayor de los nacidos?

Los dos se retiraron á la soledad desde sus tiernos años: los dos predicaron el bautismo de penitencia con las obras y con las palabras: los dos siguieron unas huellas casi del todo borradas, el Bautista de los Elías y Eliseos, Benito de los Pablos y Antonios: los dos animados de un mismo espíritu, llamados á un mismo ministerio, adornados de unas mismas gracias, haciendo patente la inconstancia del mundo, atrajeron los hombres al desierto, prepararon el camino del Señor. Tambien podemos preguntar á los que iban á la cueva de Benito: ¿qué venís á ver? ¿Un profeta que descubre los mas secretos arcanos del corazon humano, y anticipa la noticia de los futuros mas contingentes? ¿Un profeta, que dócil á la voz del Señor cumple fielmente sus órdenes? Un profeta? Mas que profeta, pues Benito no solo profetiza, sino que llena del espíritu de santidad y profecía á sus discípulos. Si á la voz del Bautista se conmovió la Judea, como dice san Marcos (1), y todos los jerosolimitanos confesaron arrepentidos sus pecados, tambien á la voz de Benito se conmovió toda la Italia, y se vieron los romanos arrepentidos.

Y aun parece que fué mayor la gloria de Benito, que la del Bautista; pues en Judea entónces pacífica no impedia el estrépito de las armas que se oyera su voz. ¿Pero cuál era el estado de la Italia al tiempo de Benito? La division la habia enflaquecido, la guerra la habia desolado, la herejía la habia corrompido, sus señores eran tiranos, sus pontífices estaban oprimidos, la idolatría aún respiraba bajo sus ruinas, y si el culto de los dioses se habia abolido, quedaban todavía las costumbres de los paganos. Los Godos, los Hunnos, los Erulos y los Vándalos habian llevado á aquel país de política y de religion la impiedad y la ignorancia. Roma por un justo juicio de Dios, era la presa y el despojo de tantas naciones bárbaras: aquella orgullosa ciudad, que en el tiempo de sus triunfos iba tomando, como escribe Salustio, los vicios de los pueblos que iba venciendo, en el tiempo de su esclavitud tomaba los vicios no ménos que las leyes de los vencedores. La injusticia, la crueldad, la incontinencia reinaban en aquella capital del mundo cristiano. O infeliz Italia! O infeliz Roma! Pero no, ¡ó feliz provincia, que lograste que Benito te librara de la tiranía del demonio, y te conquistara

(1) *Marc. c. 1. v. 5.*

para el cielo! Á los impulsos de su celo se desaloja la idolatría, que estaba atrincherada á la falda de un monte, se derriban sus fortines ó sus templos, y se coloca en ellos el estandarte de la cruz. Incorpora en el rebaño de Jesucristo aquellas infelices ovejas, que, ó por la distancia del lugar, ó por el descuido de sus pastores, estaban abandonadas á la voracidad de los infernales lobos.

Benito poseído del espíritu de Pedro y Pablo, hizo segunda vez cristiana la Italia, y no solo cristiana, sino santa; porque arrancó de raíz todos los vicios, fecundó con la doctrina, cultivó con el ejemplo aquella tierra ántes árida y seca, y sembrando en ella la semilla de todas las virtudes, la transformó en un amenísimo paraíso, poblado de inocentes. Se vió en Italia la imágen de la primitiva Iglesia, se admiraron el fervor y las heroicidades de los primeros cristianos. Despobláronse las ciudades, poblároнse los desiertos. Desde los Alpes hasta el Abruzo corrieron á porfía á tomar de Benito lecciones de piedad; unos para volverse á practicarla á sus casas, otros para quedarse en el desierto. Unos y otros, aunque por diferentes caminos, siguieron á Cristo, por influjo y respetos de Benito. De esta universal conmocion de la Italia en seguir á Cristo, se puede con facilidad inferir el gran mérito y solicitud de Benito; pero mejor se percibe si fijamos la vista en aquellos que, llamados á mayor perfeccion, se quedaban en su compañía.

Al ver Benito que, favoreciendo Dios sus buenos deseos, reconocian los hombres sus yerros, y al considerar al mismo tiempo que la corrupcion del siglo provenia de la relajacion de la disciplina monástica: que ya no quedaban discípulos de los Antonios y de los Hilariones: que aunque se habian multiplicado los solitarios, se habia ya de las soledades alejado el fervor: que los monjes, como el mismo santo dice en el exordio de su regla, vagos, ociosos, disolutos, eran el escándalo de los seculares, y que ya el cielo benigno llovia sobre los montes de Italia los rocíos de la gracia, con que ántes se fecundaron tanto las campañas del Egipto y de la Palestina: tomó á su cargo la ardua y plausible empresa de establecer una religion monástica, que reformara juntamente los desiertos y las ciudades. Erigió desde luego doce monasterios, y de entre todos sus discípulos eligió doce, para que como los doce patriarcas de Israel, se pusieran al frente de aquellas doce tribus, siendo Benito el nuevo

Moises del cristianismo. Ilustrado de Dios, formó un nuevo decálogo, promulgó nuevas leyes, mas severas que las de Moises, pero mas bien observadas. En ellas prescribe un ayuno sin intermision, un eterno silencio, una contemplacion continua, una pobreza apostólica, una obediencia ciega, una humildad que se profundiza hasta la nada por aquellas doce gradas, que señala en su regla.

Al leer la regla de Benito estaba casi para creer, que aquel compendio de severísimos estatutos mas pudo servir de asunto á la meditacion que á la práctica; pero al leer el libro segundo de los Diálogos de san Gregorio, conocí que aun fué mas exacta la observancia de sus leyes que ellas mismas. ¿Con qué vehemencia reprendió Benito á aquel monje, que admitiendo un tan corto regalo como el de unos manteles, manifestó algun apego ó dominio de las cosas? ¿Cómo abrigas, le dijo, en tu pecho tan enorme maldad? ¿Con qué gravedad despidió de su presencia al otro monje, que dió entrada en su corazon á un pensamiento algo soberbio? ¿Con qué rigor castigó la lijereza del otro jovencito que salió del monasterio sin su licencia? Con la muerte. ¿Y os parece injusto este castigo? ¿Pues el cielo confirma su sentencia, mandando á la tierra que arroje aquel infeliz cadáver, hasta que tome la bendicion de Benito.

Con esta exactitud se observaban las leyes de la pobreza, de la humildad y de la obediencia: así se practicaban todas las virtudes en los monasterios de Benito, sin que por esto se retrajeran los hombres de seguir á Cristo bajo la conducta de Benito; porque dotado de una perfecta discrecion de espíritus, medía la carga con las fuerzas de sus súbditos, repartia el rigor y la templanza segun las reglas de su prudencia, alentaba á unos, reprendia á otros; con sus gracias y consuelos endulzaba los acíbares mismos de la penitencia; y porque finalmente el espíritu de Dios con una dichosa violencia arrebataba los hombres á los desiertos. Desde las márgenes del Tíber enviaron los Eutiquios y los Tertulos, cónsules y senadores de Roma, á los Mauros y á los Plácidos á la escuela de Benito. De todas las ciudades del occidente, los príncipes mas soberanos emanciparon sus hijos, para que adoptándolos Benito en hijos suyos, cual otro Abrahan sacrificara á Dios aquellos inocentes Isaaques en el monte Casino. Estas tiernas plantas crecieron tanto con el riego de la enseñanza de Benito, que trasplantadas des-

pues en otros países, llenaron toda la tierra de saludables frutos de penitencia.

Aquellos monasterios de Benito fueron las oficinas y las armerías, en que se labraron y conservaron las armas de la Iglesia: fueron las escuelas militares en que se instruyeron los mas insignes héroes y campeones del cristianismo. ¿En dónde aprendió Gregorio el Grande la virtud y las letras? ¿De dónde salieron los Bedas, los Ildefonsos, los Damianos, los Rupertos, los Anselmos, los infinitos santos doctores que han defendido é ilustrado la Iglesia con sus escritos, sino de los claustros de Benito? De tantos bárbaros enemigos de las letras y de la fe, que inundaron toda la Europa, ¿en dónde se conservaron los Libros sagrados, las obras de los Padres, sino en las bibliotecas de Benito? Por el trabajo de unos en copiar, y por el celo de otros en esconder, logra la Iglesia tener sagradas Biblias.

Á quién debió Inglaterra, ese reino ántes tan católico, y ahora por sus pecados sentina de herejía, ¿á quién debió las primeras luces de la fe, sino á san Agustin, monje Benito? ¿Quién fué el apóstol de Alemania sino san Bonifacio? ¿A quién reconocen la Bohemia, la Hungría y la Bolonia por su apóstol, sino á san Adalberto? ¿Quién fué el universal apóstol de todo el septentrion, sino san Anscario? ¿Á quién debieron España y Francia, ya que no la noticia de nuestra fe, al ménos la pureza de ella y de las costumbres, sino á los Ildefonsos y los Mauros, todos discípulos de la escuela de Benito? ¡O prodigioso santo, ó maravillosos saludables frutos de tu instituto! Al modo que Cristo, dividió Benito las provincias del orbe entre sus discípulos, para que predicaran en ellas el Evangelio. Todo el mundo es cristiano por Benito. Ya puede pues Benito decirle á Cristo: *Ecce nos secuti sumus te.* Ea, Señor, bien veis que no os sigo solo, sino que todos os siguen por mi respeto. Ya puede preguntarle sin arrojo: *¿Quid ergo erit nobis?* ¿Qué premio corresponde á mi trabajo? Que no se le negará la divina piedad, como veréis en mi

TERCERA PARTE.

A mas de la vida eterna ofrece la majestad de Cristo á los que le sigan, en premio de la fidelidad y de su celo, ciento por

uno de lo que dejan, *centuplum accipiet*. Y aunque san Gerónimo entienda, que esta recompensa se hace en bienes espirituales, con todo Casiano y otros santos padres se persuaden, que con una proporcion posible se hace la recompensa en bienes temporales. Segun esta doctrina, para conocer la liberalidad de Dios y la dicha de Benito, no será menester subir á los cielos á medir los inmensos grados de gloria y dones espirituales con que está adornada su alma : bastará registrar, no otros libros tal vez apócrifos, sino el libro segundo de los Diálogos del gran Gregorio; porque si en solo este sagrado libro, aunque no siempre he alegado sus testimonios, por no abultar y gravaros con latines, he encontrado pruebas auténticas de la fidelidad y celo de Benito, ahí mismo hallaré señas evidentes de su mayor gloria en este mundo.

La primera que se ofrece á la vista es el haber formado el elogio de Benito el gran Gregorio, aquel Gregorio digo, primer lumbrera de la Iglesia, veneracion de todos los siglos, vicario de Jesucristo, oráculo de la Divinidad. ¿La misma boca que pronuncia los decretos del cielo, publica las alabanzas de Benito? ¡O dicha de Benito, mayor sin comparacion que la que logró Aquíles en haber tenido un Homero que celebrara sus hazañas : mucho mas digna de que la envidiara el gran Alejandro, porque las alabanzas de Aquíles en la boca de Homero quedan expuestas á la sospecha de mentira ó de lisonja; pero no las de Benito en la boca de Gregorio, que canoniza todo lo que alaba. Habiendo sido Benito el asunto de la elocuencia de Gregorio, cuando parece que por su respeto debian enmudecer todos, veo que no ha habido padre en la Iglesia que no se haya hecho lenguas en alabanza de Benito. Contaron sus glorias un san Bernardo, un san Beda, un san Bruno, un san Pedro Damiano, un san Odon, un santo Tomas de Aquino, un sinnúmero de santos y elocuentes varones.

Con estas ventajas, con este ciento por uno recompensó Dios despues de la muerte de nuestro santo la humildad con que en esta vida huyó de los aplausos; y en todo lo demas fué igualmente liberal la divina Omnipotencia. Si dejó Benito en el mundo las dignidades eclesiásticas y las honras seculares debidas á sus talentos, virtud é ilustre nacimiento, le constituyó Dios en recompensa superior, le hizo venerable á los mayores príncipes de la Iglesia y monarcas del mundo : *Glo-*

rificavit illum in conspectu regum (1). ¿No se vieron ir los mas santos y doctos prelados á tomar las instrucciones y consejos de este solitario? ¿No se vió aquel famoso rey de los Godos, azote del imperio romano, que puesto al frente de un ejército de doscientos mil hombres ó fieras, llevaba por vanguardia el terror y el espanto, dejaba por retaguardia la desolacion y la sangre, no se vió, digo, Tótila, bárbaro, fiero, inhumano, postrado á los piés de Benito? ¿Se atrevió á levantarse del suelo, hasta que nuestro santo le tomó de la mano para reprenderle sus crueldades, y prefijarle el término á sus grandezas y tiranías?

Y si aun os parece corta gloria el ser Benito venerado de los hombres, os puedo añadir, que al imperio de su voz brotan cristales las peñas, que son sus mensajeros los cuervos, que se consolidan las aguas, que el vidrio es bronce, que son peces los hierros, que le huyen los demonios, que ceden las enfermedades, que le obedecen los muertos, que se trastornan los elementos y la naturaleza: puedo deciros, que Benito es el Moises, el Elías, el Eliseo, el Pedro, el vice-Cristo, el santo de los santos; pues está poseído, como dice Gregorio, del espíritu de todos: *Spiritu justorum omnium plenus fuit.* Ya parece que no pudieron recaer en Benito ni mas gracias, ni mas glorias: ya parece que tiene toda la recompensa debida á su fidelidad y á su celo en seguir á Cristo; pero no, que el Omnipotente, ingeniosamente liberal, haciéndose cargo que Benito por el voto de religion le sacrificó su voluntad, quiso en recompensa sujetarle la voluntad de millares de religiosos, súbditos suyos.

Para mayor gloria y dicha de su patriarca, escogió Dios el órden de Benito para campo de su omnipotencia y liberalidad. Ya se me representa esta religion esclarecida como la viña del Evangelio, cuyos vástagos se extienden de mar á mar. Ya parece que veo en cincuenta y un mil monasterios de religiosos, y quince mil de religiosas, igual número de hijos de Benito al de los descendientes de Abrahan, esto es, al de las estrellas del cielo y arenas del mar. Ya se me propone á la vista como un majestuoso palacio habitado de emperadores, emperatrices, reyes, reinas, y de los príncipes mas soberanos del mundo. Ya se me representa como una sagrada fábrica que estriba sobre

(1) *Sap. c.* 14.

la piedra fundamental de Benito, tan excelsa, que llega á equivocarse con el suntuoso edificio de la Iglesia, fundado, como dice san Pablo, sobre la piedra angular Cristo; pues llegó tiempo en que fueron unos mismos los sucesores del báculo de Benito y de las llaves de Pedro. Mas de cuarenta pontífices, mas de doscientos cardenales, mas de seiscientos arzobispos, mas de cuatro mil obispos, salieron de los claustros de Benito, no tanto á gobernar como á ilustrar la Iglesia de Cristo. Llegó tiempo en que toda la santidad de la Iglesia estuvo casi reducida á los claustros de Benito. Entre mártires, vírgenes y confesores se cuentan cincuenta y cinco mil santos, y se difundió tanto la santidad en los claustros de Benito, que hubo la santa Sede de promulgar un decreto, que no se tratara ya de canonizar á otros, como dando á entender, que si fuera agotable el infinito tesoro de la sangre de Jesucristo, era de temer no le agotaran los hijos de Benito. Pueden estos con razon clamar: *Filii sanctorum sumus*, somos hijos de los santos, se nos debe por herencia la santidad.

No pudo Dios ser ménos misericordioso con los hijos de Benito á vista del mérito de su gran padre: ni pueden dejar de ser santos los hijos de Benito, si no malogran los ejemplos de virtud, los santos documentos que les dejó en su vida y en su estatuto. Hidrópico se confesaba Gregorio el Grande, y con una sed insaciable de contemplar las virtudes de Benito: *Quanto plus bibo, eo sitio:* porque en esta fuente encontraba el espíritu la mayor dulzura. Tal vez habrán desmerecido estas aguas por haber pasado por mi impura lengua: tal vez, aunque he sido tan prolijo, no se habrán inflamado vuestros corazones por la tibieza de mi espíritu. Pero no, no atendais, Señores, al conducto, atended á las eficaces y suaves voces de Benito, que nos llama á su imitacion, nos exhorta á que sigamos á la Majestad de Cristo, á que abracemos la penitencia y la pureza, que mortifiquemos los sentidos, que huyamos las profanidades y las ocasiones, para que de esta suerte merezcamos su patrocinio, y el premio de la gloria, que os deseo. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN BENITO ABAD.

(DE TRONCOSO.)

Eris quasi hortus irriguus, et sicut fons aquarum cujus non deficient aquæ. Et ædificabuntur in te deserta sæculorum. Fundamenta generationis et generationis suscitabis, et vocáberis ædificator sepium, avertens semitas in quietem.

Serás como huerto bien regado y como manantial perenne cuyas aguas jamás faltarán. Los lugares desiertos desde muchísimos tiempos serán por ti poblados; alzarás los cimientos que han de durar de generacion en generacion; y te llamarán el restaurador de los muros, y el que hace seguros los caminos.

Isaiæ, c. 58, *vv.* 11 *y* 12.

Una de las mas importantes instituciones sobre que la iglesia católica se ha apoyado para obrar el bien en el mundo, es sin disputa la de los diversos órdenes religiosos. El profeta Elías huyendo en otro tiempo de la corrupcion de Israel, parece haber sido el modelo de tantos anacoretas que despreciando el lujo y la molicie de las grandes ciudades, se sepultaron en los desiertos para pasar allí sus dias en continua comunicacion con Dios. El mismo Jesucristo se retiraba frecuentemente del mundo, para ir á orar á la soledad. San Juan Bautista habitó siempre en sitios poco frecuentados, y se alimentaba de miel salvaje y de langostas. Los Terapeutas estableciéronse en Egipto cerca del lago llamado Moeris; y mas tarde los Pablos, Antonios, Pacomios é Hilariones, poblaron de discípulos los desiertos de la Tebaida. Todo el oriente estaba lleno de varones no ménos ilustres por sus virtudes austeras que por sus edificativos ejemplos. Pero la huesuda mano del tiempo que todo lo aniquila y destruye, llegó al fin á entibiar el primitivo fervor de aquellos solitarios asilos; ya no se percibian

sino algunas reliquias de la antigua disciplina; el suntuoso edificio de la vida monástica íbase desmoronando poco á poco, y próximo estaba á arruinarse completamente; cuando el Señor que jamas abandonó á su querida esposa, suscitó un héroe que estaba destinado á restaurar en el Occidente el celo de su casa santa, y á ser el patriarca de una innumerable familia de santos que habian de conservar junto con el espíritu de abstraccion y recogimiento interior, un espíritu de ciencia y de luz que esclareceria á todo el universo. Tal fué el ínclito y nunca bien elogiado san Benito abad, padre y fundador de las órdenes monásticas de Occidente, gloria de Italia, y antorcha brillantísima de toda la iglesia de Jesucristo. Ved ahí el héroe incomparable de quien mejor que de ningun otro pudieron decirse, y para quien exclusivamente parece fueron escritas las palabras del profeta Isaías, que puse por texto de mi discurso: « Serás como huerto bien regado, y como manantial perenne « cuyas aguas jamas faltarán. Los lugares desiertos desde mu- « chísimos tiempos serán por tí poblados; alzarás los cimientos « que han de durar de generacion en generacion, y te llama- « rán el restaurador de los muros y el que hace seguros los « caminos: » *Eris quasi hortus irriguus, et sicut fons aquarum, cujus non deficient aquæ. Et ædificabuntur in te deserta sæculorum: fundamenta generationis et generationis suscitabis; et vocáberis ædificator sepium, avertens semitas in quietem.*

¿Y quién podrá dudar que el ilustre san Benito fué por su abstraccion y recogimiento, por su oracion y contemplacion, un huerto cercado é inaccesible á los impuros vientos de las pasiones, que regado con el celestial rocío de la gracia, produjo los mas abundantes y sazonados frutos de virtud? ¿Quién no sabe que desde el fondo de las soledades en donde habitó y que pobló de muchedumbre de hijos, hizo correr, á manera de manantial inagotable, arroyos de santidad que han fecundizado el campo del labrador divino, y fomentado en el mundo las costumbres puras del Evangelio? ¿No han atravesado por entre mil generaciones esos institutos sagrados cuyos fundamentos zanjó, y que le han merecido la gloria de ser llamado el restaurador de los muros del grandioso edificio de la iglesia y de la sociedad, á cuya sombra se libertaron millares de hombres de la corrupcion del siglo, y este de la barbarie y de la ignorancia que en los siglos medios le invadieran; por cuyas

sendas anduvieron con seguridad cuantos siguieron sus doctrinas? Baste, católicos, no nos detengamos mas en los preliminares del elogio del ínclito patriarca san Benito. Estas palabras encierran cuanto decirse puede de grandioso y sublime. Fundado pues en ellas, os representaré á nuestro héroe: 1° Como un huerto en donde brotaron las mas hermosas virtudes, y un manantial puro que hizo fecundos los desiertos, poblándolos de héroes que, á su ejemplo, dejaron á la posteridad el espíritu de perfeccion evangélica: *Eris quasi hortus irriguus et sicut fons aquarum, cujus non deficient aquæ; et ædificabuntur in te deserta sæculorum.* 2° Como fundador de un órden que multiplicándose en mil generaciones, ha restaurado los muros de la iglesia y de la sociedad, prestando á ambas los mas útiles servicios: *Fundamenta generationis et generationis suscitabis; et vocáberis ædificator sepium, avertens semitas in quietem.* Tengo propuesto. *Ave María.*

PRIMERA REFLEXION.

«Todos los hombres, dice un ilustre ingenio contemporáneo, tienen en el fondo de su corazon mil razones que los hacen desear la soledad. A unos les arrastra hácia ella el espíritu de contemplacion; á otros un cierto pudor tímido que les hace gustar únicamente de la comunicacion consigo mismos: á muchos en fin, una superioridad de alma y de sentimientos, en fuerza de la cual, no pudiendo hallar en la naturaleza un objeto digno de sus afectos, buscan en Dios el centro de su reposo y de su perpetua union (1).»

De este número era nuestro insigne héroe. Nacido para Dios exclusivamente, el mundo se le representa desde su misma cuna como una Babilonia, en cuyo seno el tumulto ruidoso de las cosas terrenales absorve el espíritu, le enerva y debilita para las grandes empresas, y no le deja el reposo necesario para pensar seriamente en su mayor y mas árduo negocio. Dotado de talentos extraordinarios, hubiera podido prometerse grandes ventajas en la carrera de las letras; pero si bien las estudió con la mayor aplicacion, y progresó en ellas rápidamente, solo se sirvió de ellas para mejor conocer al Dios de las ciencias á

(1) *Châteaubriand, Génie du cristianisme, lib. 5, chap. 1, abrégé.*

quien deben dirigirse todos los pensamientos del hombre (1). Conoció en efecto Benito que Dios era el único que podia formar su felicidad; y en su consecuencia, á la edad de quince años se decide á buscarle en el desierto de Sublaco. No le detiene el amor de sus buenos padres, ni las honras que, presentándose á su vista con todos los encantos de la seduccion, le brindan con el mas lisonjero porvenir. El jóven Benito solo aspira á la felicidad de los bienaventurados; y los honores, los placeres, la fortuna y cuanto de mas precioso encierra el mundo, lo juzga escoria despreciable á trueque de ganarse el afecto de su Señor Jesucristo. Parte pues, y guiado por la divina Providencia, penetra lugares jamas pisados por huellas humanas, habitados únicamente de fieras salvajes, y llega por fin á una gruta que la naturaleza misma formara en la concavidad de un peñasco cercado de horrendos precipicios. Allí fija su mansion nuestro héroe y da principio á una vida que pudo asombrar desde sus principios á los hombres mas austeros y penitentes.

Viérais al descendiente de los cónsules y senadores romanos vestido de un áspero cilicio y de las pieles de las fieras, alimentándose de yerbas silvestres ó de un poco de pan que de vez en cuando le llevaba un virtuoso monje, bebiendo el agua de los arroyos del desierto, y teniendo por único lecho la dura peña. Viéraisle orar sin intermision, domeñar su inocente carne con las vigilias y asperezas, olvidar todo lo terreno, y vivir únicamente unido á Dios á quien hizo la donacion mas entera y perfecta de todo su ser. Viéraisle en fin como huerto regado en donde crecen toda especie de flores y sazonados frutos de humildad, de resignacion, de paciencia, de caridad y de todas las virtudes.

El infierno no podia ménos de mirar con disgusto este jóven héroe. Ármase contra él, y prepara á su inocencia la mas formidable lucha. No se contenta con tentarle con el hambre; este medio no tiene efecto alguno en aquel á quien la gracia de Dios sirve de alimento, y á quien las dulzuras de la contemplacion hacen olvidar las mas precisas necesidades de la naturaleza. Por otra parte Dios que de continuo vela sobre su siervo, suscita un nuevo Habacuc que avisado por inspiracion del cie-

(1) *I. Reg. c.* 6. *v.* 3.

lo del extremo desfallecimiento en que se halla el nuevo Daniel, corre al desierto y le proporciona el sustento necesario para no sucumbir en fuerza de la necesidad. Otro linaje de combate de todo punto mas peligroso presenta á Benito el enemigo comun de los hombres. La imaginacion del santo jóven hállase acometida repentinamente de impuros fantasmas; los mas torpes pensamientos le hacen una guerra sangrienta; donde quiera se ofrece á su memoria la idea de una encantadora beldad que acaso viera en la ciudad de Roma; todos sus sentidos se miran penetrados de una llama abrasadora que amenaza reducir á pavesas el edificio de su virtud; un viento contagioso, soplando con vehemencia en todos sus mienbros, pretende marchitar la cándida azucena de su pureza angelical..... ¡Dios justo! ¿Será posible que en un momento se malogre el fruto de tantas austeridades y penitencias? ¿Habrá de sucumbir al espíritu de Asmodeo en medio de un hórrido desierto, el que por no contagiarse con sus impuros miasmas, abandonó tan generosamente las delicias de la gran ciudad de los placeres, y trocó el lujo de la sensual Roma por la desnudez y los rigores de la horrorosa Sublaco? Mas no temais, amados oyentes. En Benito se verificará el vaticinio de Isaías: su corazon será siempre un huerto bien regado; las flores que la divina gracia ha hecho nacer en él no serán agostadas por el ábrego abrasador del infierno; su inocencia quedará victoriosa de la tentacion; esa temprana rosa conservará su lozanía en medio de las espinas: *Eris quasi hortus irriguus*. En efecto, el fervoroso jóven conociendo el riesgo, y no pudiendo evadirse de él por todos los medios que le sugiere su austeridad, concibe el mas generoso designio; despójase de sus vestidos, y arrojándose en un monton de punzadoras zarzas, se revuelca en ellas hasta quedar nadando en su inocente sangre; el dolor vehementísimo que experimenta hácele desfallecer; su cuerpo es una llaga horrorosa, pero su alma libre del importuno espíritu de impureza, queda en dulce paz y en calma indecible.

¿Cómo era posible que estuviese oculto el heroísmo de nuestro santo? No; Dios le tenia destinado para hacer fecundos los desiertos con las aguas puras de sus ejemplos, los cuales á manera de manantial inagotable debian poblar la soledad de modelos de perfeccion evangélica: *Sicut fons aquarum cujus non deficient aquæ, ædificabuntur in te deserta sæculorum*. Su vida

prodigiosa llama vivamente la atencion de los monjes de Vicovarre; y hallándose huérfanos por la muerte de su abad, corren á Sublaco á ponerse bajo la direccion de Benito. En vano se excusa su humildad profunda; ruega, insta, pide con lágrimas que le dejen en su amable retiro; pero nada consigue. El que con heroísmo tanto habia renunciado á las esperanzas mas halagüeñas del mundo; el que viendo circular por sus venas la sangre de los Anicios que ocupaban los sitios mas distinguidos del romano imperio, habíase hecho insensible á los destinos de mando y superioridad que hubiera obtenido indudablemente en su patria, ahora se mira obligado á aceptar el cargo de padre y superior de una numerosa familia de monjes, que con instancia le piden sea su guia en los caminos de la perfeccion. ¡Mas ah! ¡Cuánto dista la luz de las tinieblas! ¡Cuán mal se aviene el espíritu de Dios con el espíritu del mundo! Aquellos hombres que tanta violencia le hicieran para dejar el desierto y encargarse de la direccion espiritual de sus almas, no bien se aperciben de las costumbres austeras de su abad, cuando empiezan á disgustarse de su dependencia. Religiosos únicamente en el nombre, y mundanos por sus habitudes relajadas no pueden sufrir el resplandor de unas virtudes que son una muda censura de sus vicios; la observancia de la disciplina monástica les incomoda y entristece; las suaves reconvenciones de su superior les indignan; arrepiéntense de haberle elegido por abad, y para libertarse de él, forman un club tenebroso en donde se decide su muerte. Preséntanle una bebida emponzoñada: Benito toma el vaso, bendícele segun costumbre, y en el momento queda hecho menudos pedazos.

¡Oh providencia adorable de mi Dios! ¡De este modo preparabas á tu fiel servidor para los grandiosos designios que sobre él habias concebido! Teníasle destinado para poblar en occidente los lugares hasta entónces desiertos, y hacer brotar de ellos manantiales perennes de virtud y perfeccion evangélica que jamas faltarian en los siglos por venir; y á este fin vuelve á conducirle con gloria á su antigua soledad.

Así fué, amados oyentes: poco tiempo estuvo solo nuestro insigne héroe. En vez de aquellos hijos desnaturalizados que habia perdido en Vicovarre, hállase en breve rodeado en Sublaco de una generacion tan innumerable de almas virtuosas que doce monasterios apénas son suficientes para contenerlas

Allí reina el silencio mas profundo, la austeridad mas admirable, la oracion no interrumpida, el ayuno perpetuo, los cánticos sagrados, la leccion de libros santos. El desierto es un paraíso: sus moradores son ángeles; la calma, el reposo, la inocencia del corazon pudieran ser dignos objetos de la emulacion de los moradores de la Jerusalen celeste. Benito con sus ejemplos sostiene aquel majestuoso edificio: él es el primero en las vigilias, el mas constante en la oracion, imperturbable en su humildad, invencible en su paciencia; su dulzura arrebata los corazones de sus súbditos, su prudencia los encanta, su fervor los alienta, su templanza los admira. Cuando manda, es un padre cariñoso y tierno; cuando reprende, es un amigo insinuante y sincero; cuando exhorta, es un hermano caritativo y sin acrimonia; cuando enseña, es un maestro cuyas obras son otras tantas lecciones prácticas.

En vano la perfidia de un indigno sacerdote de aquellos contornos, pretende amancillar las costumbres puras é intachables de Benito y de sus monjes. Urde en efecto contra ellos tramas inicuas; derrama sin cesar calumniosas diatribas; no perdona á medio alguno para desacreditarlos en el concepto del mundo; pero el mundo no puede ménos de rendir homenaje á la verdadera virtud. La inocencia de nuestro héroe y de sus hijos es generalmente conocida: el cielo castiga la impostura de aquel émulo con una muerte repentina; pero nuestro santo, léjos de celebrar su victoria, derrama llanto inconsolable sobre las cenizas de su enemigo, bien así como lo hiciera el generoso David en la muerte de Saúl su fiero perseguidor.

Entre tanto el Señor que disponia hacer de Benito el instrumento de una grandiosa empresa, inspírale que deje el desierto de Sublaco; y despues de haberle hecho admirable en aquella soledad que á manera de manantial perenne regó con las aguas puras de sus virtudes y pobló de héroes de perfeccion evangélica, condúcele al monte Casino para zanjar los fundamentos de un órden que habia de multiplicarse en mil generaciones, restaurando las ruinas de la iglesia y prestando los mas útiles servicios á la sociedad: *fundamenta generationis et generationis suscitabis; et vocáberis ædificator sepium, avertens semitas in quietem.* Ved aquí el asunto de mi

SEGUNDA REFLEXION.

El Señor que edificó su iglesia sobre la roca firme é indestructible de los apóstoles y profetas, y cuya piedra angular es Jesucristo, ha provisto en todo tiempo á esta su esposa de operarios que en proporcion de las quiebras que sufria su augusto edificio, fuesen restaurando como otros tantos Esdras las ruinas causadas por el error y la inmoralidad. Entre estos se presenta á nuestra vista cual colosal gigante el insigne san Benito, á quien la iglesia debe la fundacion de un instituto que á traves de siglos y generaciones viene haciendo prodigios de un órden superior á cuanto puede concebirse. Trasladémonos á aquel monte en donde en los dias de nuestro héroe habíanse atrincherado, por decirlo así, los miserables restos del culto idólatra, que la cruz del Salvador clavada sobre el Capitolio romano habia hecho huir de casi todas las provincias sujetas al imperio. Sobre las crestas del Casino alzábase un templo consagrado á Apolo, ante cuyas inmundas aras quemábanse inciensos y se ofrecian víctimas supersticiosas. Benito lo ve con la mayor amargura de su alma; siente encenderse en su cristiano pecho la ardiente llama del celo de la casa de su Dios; ármase de la fe; y con brio y valentía sin igual, derriba el altar, despedaza el ídolo, incendia los bosques que la estúpida gentilidad miraba como sagrados, y sobre los escombros de aquel templo infame edifica un templo al Dios del cielo y de la tierra, á quien en breve adoran todos aquellos paganos, convertidos al cristianismo por el nuevo apóstol. Ármase contra él el infierno; braman los espíritus de tinieblas; conmuévese la tierra con oscilaciones horribles; las nubes despiden granizo, piedras, rayos... En vano; el impávido morador del Casino nada teme: trabaja con una constancia infatigable en reparar los muros de la casa del Señor; anima á sus hijos á llevar á cabo su grandioso designio, y logra en fin fundar aquel gran monasterio que ha sido y será en las generaciones por venir, objeto de la admiracion universal: *fundamenta generationis et generationis suscitabis; et vocáberis ædificator sepium, avertens semitas in quietem.*

Imposible es referir lo que Benito trabajó en servicio de la iglesia. Aquí le vereis ocupado en escribir aquella regla que

encierra los mas inestimables tesoros de la ciencia y prudencia monástica, de la que el gran padre san Bernardo no dudó afirmar que mas bien era produccion de Dios que obra de hombres, y que ha merecido los mas ilustres elogios de todo el orbe católico. Allí le hallareis edificando nuevos monasterios, que luego se veian poblados de santos moradores; adonde el guerrero venia á trocar sus armas por el hábito monástico; adonde el descendiente de los cónsules venia á deponer la púrpura por ceñirse del cilicio; adonde el noble patricio y el opulento senador conducian sus hijos para ser educados en las máximas del Evangelio, y conducidos por las seguras sendas de la virtud: *vocaberis ædificator sepium, avertens semitas in quietem.*

Ni era de extrañar, católicos oyentes, que de todas partes acudiesen á monte Casino hombres de todas condiciones y edades. Era este el Sinaí en donde un nuevo Moises daba la ley al pueblo en medio de mil prodigios y maravillas con que el cielo autorizaba su santidad. Habíase visto á Benito sacar de la piedra raudales abundantísimos de agua, arrancar á la muerte sus víctimas, hacer marchar sobre las olas á su discípulo Mauro, expeler los espíritus malignos de los energúmenos, y penetrar los mas ocultos secretos del corazon humano. Habíase visto al soberbio Totila, rey de los godos, acercarse al monte Casino para probar con artificios el espíritu profético de Benito, y confundido á vista de la verdad postrarse á sus piés, temblar, estremecerse, escuchar sus reconvenciones y prometer ser en lo sucesivo mas humano con sus semejantes y ménos orgulloso en sus victorias. Habíase visto... Ah! permítaseme, católicos, aplicar á nuestro ilustre héroe el elogio que el Espíritu santo hace del sacerdote Aaron, y decir con sus mismas palabras, que jamas se habian visto ántes de san Benito cosas tan admirables como las que él hizo, ni las hubo despues de él, ni desde que el mundo es mundo (1). ¿Quién ha proporcionado á la iglesia de Jesucristo mayores triunfos, glorias mas admirables que el órden de san Benito? Abrid los anales, consultad la historia, y contareis entre los discípulos de este gran patriarca cuarenta mil santos de ambos sexos, cincuenta papas (2), mas de doscientos cardenales (3) y un sinnúmero de sabios que han for-

(1) *Eccl. c. 45. v. 15.*
(2) *Histoire des bienfaits du Christianisme, chap. 8. Paris, 1839.*
(3) *Croisset, Año cristiano, Vida de san Benito abad, dia 21 de marzo.*

mado las delicias de la religion, y han sido los que en todas épocas han restaurado sus fundamentos en los siglos de efervescencia y de impiedad : *Fundamenta generationis et generationis suscitabis, et vocaberis ædificator sepium, avertens semitas in quietem.*

Mas no solo la religion y la iglesia; la sociedad tambien es deudora al ilustre Benito y á sus hijos de servicios de inmensa cuantía. Y sin hablar de otros, solo me fijaré en uno que por su índole no puede ménos de llamar vivamente la atencion de todos cuantos sienten latir en su pecho los afectos de una justa gratitud. No hay quien deje de confesar (y la generacion presente lo dice altamente), que la verdadera ilustracion es el alma de las sociedades, que la ciencia es la que las hace levantarse de la postracion en que las sumieran las pasiones y las revoluciones, y las conduce á su verdadera felicidad. Pues bien, católicos oyentes, ¿qué hubiera sido de la Europa, qué del mundo todo sin la órden de san Benito? Trasladaos con vuestra imaginacion á aquellos tristes dias en que el brillante coloso del imperio romano se vió despedazado por los fieros golpes de los vándalos, de los alanos, de los suevos, de los hunos y de un enjambre de bárbaros que inundaron la Europa. El genio del gran Leon podrá contener á Atila y Gensérico; pero todos sus esfuerzos serán impotentes para impedir que la barbarie extienda sus tinieblas por todas nuestras provincias. La ignorancia mas estúpida todo lo invade; y las luces de la ciencia, apagándose de un golpe, dejan esta bella porcion del globo en una oscuridad perpetua. Entónces fué cuando la providencia del muy Alto suscita en su iglesia ese órden ilustre para que sea el restaurador de la ciencia y de la sólida ilustracion. En tanto que el mundo llora inconsolable la pérdida de los monumentos mas preciosos del verdedero saber, el Benedictino medita en el fondo de su retiro los medios de salvar el mundo, y de encender de nuevo en él la luminosa antorcha de la ciencia. Él forma bibliotecas, y sepultándose entre el povo de las escuelas, liberta del naufragio y de las injurias del tiempo las obras maestras de Aténas y de Roma; copia los manuscritos que han podido escapar de la desolacion de los vándalos; protege las ruinas de un templo en donde brillaban un dia las obras de Fidias y de Apéles; desmonta los arenales incultos y devuelve á la agricultura terrenos hasta entónces estériles; desagua las

lagunas; abate los bosques; bajo su influencia y merced á su actividad, la soledad se convierte en ciudad populosa, y establécense nuevas comunicaciones; escribe los anales de los pueblos en que se establece, y viene á ser el bienhechor universal de todas las naciones; en suma, él predica la religion, enseña la moral, atrae los hombres á la virtud, inspira la civilizacion y salva la Europa.

Católicos! hé aquí los inmensos servicios de que el universo entero se reconoce deudor al órden de san Benito. Llenas están las historias de monumentos que evidencian esta verdad que hoy dia no ignora hombre alguno de sano criterio. Todo el mundo está de acuerdo en este punto: solo aquellos que tienen un interes en rebajar las glorias de la religion, podrán negar que los hijos del grande héroe que hoy solemnizamos, son los que donde quiera se han opuesto al torrente devastador de la ignorancia; y que en los aciagos siglos en que esta pretendió sofocar hasta los recuerdos de la ciencia, la ciencia se refugió en los claustros y al pié de los altares, de donde salió despues para esclarecer al mundo.

¡Sí, insigne y nunca bastantemente elogiado Benito! Tú has sido aquel huerto bien regado en donde crecieron esas vistosas flores que han hermoseado el ameno vergel de la iglesia con las mas heróicas virtudes. Tú eres el manantial perenne de donde brotaron las aguas puras de la ciencia y del verdadero saber que han regado el mundo y hecho producir en él frutos deliciosos de cristiana y sólida ilustracion Tú el que poblaste los desiertos de héroes, y levantaste los cimientos de ese majestuoso edificio que, extendiéndose de generacion en generacion, ha servido de asilo sagrado á la virtud y de refugio á la civilizacion europea. Por eso los siglos y las generaciones te llamarán el restaurador de los muros de la iglesia y de la sociedad, y el conductor seguro de cuantos caminan por las sendas de la verdad: *Eris quasi hortus irriguus, et sicut fons aquarum cujus non deficient aquæ. Et ædificabuntur in te deserta sæculorum; fundamenta generationis et generationis suscitabis; et vocáberis ædificator sepium, avertens semitas in quietem.*

¡Plegue al cielo que el mundo sepa agradecer como es debido estos beneficios tan insignes! ¡Ojalá que siguiendo las huellas del inmortal Benito, no busque su ilustracion sino en

su verdadero orígen, en la religion de Jesucristo que es la luz del mundo y la que impide que los hombres se sepulten en las tinieblas del error y de la ignorancia! Haciéndolo así, no nos extraviaremos jamas; caminaremos seguros en esta region sombría; y despues de una vida sembrada de punzadoras espinas, mereceremos como nuestro héroe ser admitidos al goce de los bienes eternos en la interminable inmensidad, por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

DE SAN BENITO DE PALERMO.

(DE GARCÍA.)

Infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia, et ea, quæ non sunt, ut ea, quæ sunt destrueret.

Eligió Dios lo que es mas débil á los ojos del mundo para confundir á los fuertes, y se valió de lo que nada es para destruir la grandeza y el poder.

I. á los Corint. c. 1. v. 27.

Del seno mismo de las tinieblas saca Dios la brillantez de la luz; en las entrañas de la tierra deposita los mas preciosos metales; y en nuestra misma debilidad hace resplandecer la fortaleza de su brazo, la majestad de su nombre, la eficacia de su gracia, y la magnificencia de su gloria, formando de nada cosas grandes, recogiendo del mas ingrato suelo una abundante cosecha, y sacando de la masa mas vil y despreciable aquellos héroes de santidad, que arrebatan la atencion y los respetos del mundo.

No os sorprendais, pues, si honrando la memoria del grande san Benito de Palermo, le pongo en el número de aquellos instrumentos débiles, de que habla san Pablo á los Corintios. Si desde luego os presento á este admirable varon desnudo de aquellas cualidades naturales que forman los sugetos de primer órden, sin esplendor en la cuna, sin la instruccion de las letras, sin tintura alguna de las ciencias humanas, privado de los honores del siglo, sin apoyo, sin fortuna, sin crédito, sin autoridad, haciendo clase con lo mas vil de la plebe: si yo os presento esta primera idea, no es por entretener vuestra atencion, sino para deducir de su abatimiento la maravilla gloriosa de su brillante elevacion. Este hombre, despreciable por naturaleza,

y el mas pequeño, segun el juicio que le inspiraba su humildad profunda; y en efecto, negro por nacimiento; religioso lego por profesion; idiota, simple, ignorante por ejercicio; pobre y vil por condicion: ¡qué bajeza! Pues luego le vereis arrebatarse por los aires en el fervor de su oracion como Elías; conversar con Dios y con los ángeles como Pablo; pronunciar oráculos de sabiduría como Salomon; dar reglas de prudencia á los ancianos como Daniel; tomar bajo su conducta un pueblo de adquisicion; enseñar á Jacob su testamento, y revelar á Israel las voluntades del Señor como Moises; prever los acontecimientos futuros, y ser conocido por profeta del Señor como Samuel; dominar en las cortes de los príncipes, y hacerse respetar de aquellos á quienes el mundo da sacrílegas adoraciones como Jeremías; hacerse obedecer de toda la naturaleza, mandar á los mares y á los vientos como Eliseo, y esparcir á los países mas remotos el eco de su nombre, y la fama de sus prodigios como Simon, hijo de Onías. ¡Qué elevacion! ¡qué grandeza!

Ella es obra de aquel poder que para destruir y confundir la altanería de este siglo, formó de un rey un contemplativo, lo fué David: de un pastor el caudillo de su pueblo, lo fué Moises: de un hombre sin instruccion, un ilustre profeta, lo fué Eliseo; y de un hombre débil, miserable, contentible, un santo que hace clase con los Luises y Fernandos, sentados en el trono: lo fué san Benito de Palermo, elevado por Dios del polvo de la nada para colocarle entre los príncipes de su pueblo, y coronarle de gloria.

Dios, en efecto, eleva su debilidad, y corona su humildad con tres ilustres prerogativas, que serán la materia de su elogio. La condicion de Benito, y mucho mas su humildad, no le permiten aspirar al honor del sacerdocio. Contento con la humilde cualidad de religioso lego, no puede condescender en aceptar la de sacerdote del Señor, no obstante que se la ofrecen con instancia; pero sin este sagrado carácter que nos diviniza, y nos aproxima mas á la majestad divina, que otro cualquier medio, Benito tiene con Dios la mas estrecha union y las mas íntimas comunicaciones. Primera prerogativa que le distingue. Los humildes ejercicios de Benito le impiden el estudio de las ciencias: contento con saber á Jesus crucificado, ignora aquella ciencia que destruye la piedad, y viene á ser motivo de

vanidad y ostentacion; pero sin estos conocimientos que adquirimos con el socorro del arte, fué lleno Benito de las mas altas y puras luces, hasta poseer el don de dirigir las almas en el camino del cielo. Segunda prerogativa que le distingue. El estado humilde y pobre de Benito, le obligan á reputarse por el último y mas bajo en el trato de los hombres; contento con obedecer y depender, con sufrir y padecer, huye las aclamaciones y honores de este siglo; pero sin estos títulos especiosos, en que se funda la humana autoridad, Benito tiene un soberano y universal poder. Tercera prerogativa que le distingue. Así eleva Dios la debilidad cuando le agrada : la comunica su santidad, su sabiduría y su poder. Ella es baja por naturaleza, ignorancia en el espíritu, y debilidad en las manos; pero Dios eleva la bajeza de esta naturaleza, como lo hizo en san Benito por las intimidades mas santas : lo vereis en el primer punto. Pero Dios ilumina la ignorancia del espíritu, como lo hizo en san Benito con una ciencia toda divina : lo haré ver en el segundo punto. Pero Dios hace, por decirlo así, pasar á la debilidad de sus manos, como lo hizo con san Benito, su misma omnipotencia : lo mostraré en el último punto. Aprovechémonos de este bello ejemplo, é imploremos para esto el auxilio de aquella Vírgen en quien el Señor obró cosas grandes, no obstante su humildad. *Ave María.*

PUNTO PRIMERO.

No hay estado que no haya dado santos á la Iglesia, y por consiguiente no hay estado en que el hombre no pueda santificarse. Pero ello es, que entre los estados de la vida hay algunos que nos unen con mas estrechez á Dios, que nos llevan á Dios por sendas mas derechas, y nos franquean con Dios un comercio el mas íntimo y el mas sagrado. Moises, retirado en el monte, donde recibió las tablas de la ley, estaba en disposicion mas propia para hablar con Dios, que Aaron encargado de la conducta del pueblo. El gran sacerdote en el santuario descubria con mas luz los misterios divinos que Josué mandando las tropas de Israel. Y por decirlo de una vez, el sacerdocio es un ministerio que imprime un carácter de santidad, que no tienen ni pueden tener todas las condiciones del mundo : misterio que nos diviniza, nos da derecho para elevar la lengua hasta el

cielo en virtud de las bendiciones místicas pronunciadas en el altar, y abrir de par en par sus puertas para hablar rostro á rostro con Dios, como un amigo habla á otro amigo, tomarle en sus brazos, estrecharle en su pecho... ¡qué sé yo que mas!

San Benito sin duda cumpliria con todos los deberes de este ministerio, y representaria á lo vivo la imágen de aquel sacerdote fiel prometido por Dios, qué obraria siempre conforme á los designios de su corazon y de su alma, y viviria continuamente en la presencia del ungido del Señor : *Suscitabo mihi sacerdotem fidelem, qui juxta cor meum, et animam meam faciet semper, et ambulabit coram Christo meo cunctis diebus* (1). ¿Porque cuán dignamente no se acercaría á las sagradas aras? ¿Lo haria por ventura como aquellos, que fatigados con el vacío y amargura que dejan las pasiones, miran como reparacion de sus delitos un estado divino, que solamente es accesible á la inocencia? No por cierto : Benito no fué de aquella especie de pecadores que huyen del mundo, despues que el mundo los ha abandonado, y que sacrifican á Dios las reliquias de una vida moribunda, despues de haber sacrificado al placer la mas preciosa parte de la vida. En la vida de este héroe el principio y el fin todo fué santo. Dios fué el Dios de Benito, aun cuando no le conocia perfectamente. Los cielos y la tierra fueron los diestros maestros, que le descubrieron la grandeza del primer ser. ¡Oh, y con qué docilidad grabó en su corazon estas lecciones! Tocóle en suerte el inocente ejercicio que hizo feliz la suerte de los Abrahanes, de los Moises, de los Davides. Ocupado en apacentar el rebaño y ovejas de su Señor, se vale de la soledad, para fecundar su corazon con las sublimes ideas que ofrecen las criaturas á un corazon no manchado. En la inmensidad del cielo descubre la inmensidad del Ser eterno, en la estabilidad de la tierra la inmutabilidad de sus decretos, en la luz del sol el esplendor de su gloria, en los abismos del mar la profundidad de sus juicios, en el cúmulo de las criaturas unidas para componer el mundo la diversidad de perfecciones encerradas en la unidad simplicísima de Dios. Ideas embelesadoras, que le obligan á reputarse como un estólido jumento en la presencia de Dios, á rendirle los mas humildes homenajes, á convidar á los ángeles, para que canten con él entre los bosques los cánticos de Sion,

(1) *I. Reg. cap.* 2. *v.* 25.

y transporten al cielo sus alabanzas; á perderse en la grandeza del sumo bien, volar al cielo en las alas de su amor, de donde no volviera si no le llamára el corazon á cumplir con la obligacion de un criado asalariado.

¡Con qué cuidado vela sobre sus ovejas! ¡Pero con cuánta mas vigilancia aprende de ellas á velar sobre sí mismo! Su espíritu le dice lo que el esposo á la esposa: si no me conoces, sigue las pisadas de tus rebaños, y figúrate lo que debes ser á imitacion de lo que son. La sencillez, el candor, la mansedumbre, la humildad, el sufrimiento de estos animales, imágenes de un Dios sacrificado, son estímulos para que adopte aquella sencillez que mostró en todas sus acciones, aquel candor de alma, de que jamas quiso separarse, aquella humildad profunda, aquella mansedumbre inalterable en las circunstancias mas críticas, aquella virtud sólida, por decirlo de una vez, capaz de infundir emulacion á la ilustre memoria de los Pablos y Antonios. ¡Qué sacerdote hubiera sido Benito tan puro y tan inocente! *Suscitabo vobis sacerdotem fidelem.*

¿Miraría Benito el peso del santuario como aquellos que solo entran en él, porque piensan hallar grandes tesoros, no debiendo encontrar sino depósitos sagrados, destinados al alimento de las viudas y huérfanos? No lo creais: Benito, pobre por nacimiento, lo será por eleccion toda su vida. Mira los bienes del siglo como espinas que punzan el corazon, como quimeras que engañan á los que las juzgan realidades. Porque en efecto, ¿qué es lo que hace? Lo que Jeremías decia al pueblo de los Judíos: huíd de en medio de Babilonia. Dios le llama al desierto, prontamente rompe los vínculos de la carne y de la sangre: deposita en mano de los miserables lo que habia adquirido con el sudor de su rostro: nada pueden con él las halagüeñas esperanzas de un amo que habia puesto en él sus intereses y su confianza. Sale de su casa con mas desinteres que Jacob de la casa de Laban. Abraza la ley del serafin de Asís á la sombra de unos ermitaños, que por indulto de Julio III, observaban la regla primitiva del seráfico Francisco. Desde este punto la pobreza es su patrimonio, su herencia, su parte, su madre, su esposa, su compañera inseparable. ¿No llegó entónces á aquel grado de desnudez que forma el elogio de los Hilariones y Pacomios? ¿Pero un verdadero hijo de san Francisco deberá compararse á otro que á su Padre? ¡Qué desprendimiento tan com-

pleto! Él formaria en Benito un sacerdote fiel: *Suscitabo vobis sacerdotem fidelem.*

¿Se acogeria por ventura á herencia del Señor, como aquellos que hechizados con los vislumbres de gloria aspiran á funciones brillantes, y se prometen en el sacerdocio, no la salud, sino la admiracion y el aplauso de los pueblos? Glorias fugaces del mundo, vosotras lo sabeis, que Benito contento como Pablo con los abatimientos de la cruz, os miró como una escoria. ¡Qué espectáculo era ver á este hombre de bajo nacimiento, celebrado de los pueblos, visitado de los mas ilustres personajes, aclamado por la multitud de maravillas que Dios obraba por su medio; pero siempre humilde, enemigo declarado del engreimiento y de la ostentacion, ocupado en los mas humildes ejercicios de la casa! La escoba, la cocina, son las ocupaciones que llaman su atencion. Postrado sobre el sepulcro de santa Rosalía, implora con lágrimas su patrocinio, á fin de que los hombres le desprecien como al mas indigno pecador. Obliga por cuatro ocasiones á los religiosos á permitirle abandonar su habitacion, y ocultarse mas y mas entre los bosques, porque no pueden conseguir que sosiegue su corazon miéntras los pueblos le alaban y le invocan. ¿Pero adónde arrastró el pensamiento? Como del grande Aquíles, vencedor en su juventud de Troya, dijo el poeta: que lo que en otros es lo sumo del poder, fué el primer campo de fortaleza en Aquíles; así podemos decir de nuestro héroe, que hizo suyas las virtudes, y llegó en su juventud á aquel grado de perfeccion que forma el carácter de los santos en el fin de su carrera. ¿Y no seria este un sacerdote tan digno del misnisterio, como Sadoc, que llenó los designios del corazon de Dios? *Suscitabo mihi sacerdotem fidelem, qui juxta cor meum faciet.*

Sí, sacerdocio santo, tú hubieras añadido á las sagradas funciones un nuevo resplandor en la persona de Benito, si no hubieses encontrado en su baja condicion, y mucho mas en su humildad una insuperable oposicion á un estado sin controversia el mayor. Su cuna le persuade que en las disposiciones de la Providencia no ha sido destinado á iluminar, como lámpara encendida, en el monte de la Iglesia, sino á llorar oculto bajo el celemin. En vano el amor propio le presenta su estatua arrojando brillos de virtud: él no aparta los ojos del lodo en que está fundado. ¿Quién soy yo, decia? ¿No soy hijo de unos ne-

gros destinados á obras vulgares? ¿No traigo mi descendencia de la mas pequeña tribu, y mi familia no es de la última en Benjamin? *¿Numquid non filius Jemini ego sum, de minima tribu Israel, et cognatio mea novissima inter omnes familias de tribu Benjamin* (1)? Este conocimiento de su nada que admiró Samuel en Saül, léjos de hacerle pensar, como aquellos que excluídos por las circunstancias de su nacimiento de las bendiciones temporales, sentidos como Esaú de perder la primogenitura, aspiran al sacerdocio para cubrir su oscuridad con sus brillos, este héroe de la gracia, léjos de pensar así, concluye que los mas bajos ejercicios deben ser su ocupacion. ¿Sacerdocio? Ni lo pensó jamas. Desprecio, pobreza, ministerios de humildad, fueron sus pretensiones y su gloria. La constante práctica de santas operaciones es lo que le arrebata con emulacion. Y he aquí lo que pone en tortura su humildad.

Ello es, que sorprendidos con su perfeccion, sus directores llegan á persuadirse que este hombre, bajo á los ojos de la carne, es elegido por Dios para ministro del altar. Los prelados proponen, el virey de Sicilia compromete su autoridad, los obispos se ofrecen á conferirle el sagrado carácter. ¿Por dónde podria Benito conocer mejor la voluntad de Dios, que por los intérpretes del mismo Dios? ¿Por qué medio podia santificarse mejor, que acercándose á las fecundas fuentes de la gracia, y de donde se comunica con abundancia á los ministros de Dios? Poderosas razones: ¿triunfarán de Benito? Ah! Ni la ambicion le tienta, ni la grandeza le mueve, ni el empeño le vence. La humildad es demasiado ingeniosa para descubrir la propia indignidad. Tantas virtudes adquiridas no arrojan un resplandor tan luminoso que pueda esconder á los ojos de Benito su bajeza. Teme manchar con unas manos profanas el mas tremendo sacrificio. Confundido con la multitud, se postrará, como el publicano, rogará, llorará; pero dejará qué otros se acerquen al altar en calidad de mediadores para hablar rostro á rostro con Dios, y presentarle la víctima de expiacion.

Entre tanto Dios suple en Benito lo que impide su bajeza, y á lo que no se atreve su humildad. Lo dije, y no me arrepiento, que sin ser santificado mi héroe por el sacerdocio, hizo suyos todos los privilegios de la santidad, comunicándosele Dios de un

(1) *I. Reg. cap. 9. v. 21.*

modo que él no pudo esperar, ni desear, por hablar con san Agustin: *Tanta Deus in ipso fecit quanta ausa non est ipsius fides desiderare.* Ministros de Jesucristo, he aquí nuestra instruccion, y si me permitís decirlo, nuestra confusion. A las puertas del templo se encuentran almas piadosas, que gozan mas sensiblemente de la presencia de Dios que nosotros vecinos al tabernáculo, y teniéndole en los brazos. Si nos presentásemos en los altares conforme á la dignidad de nuestro carácter, ¿cómo experimentaríamos las sagradas comunicaciones que distinguen á san Benito de Palermo? ¡Oh, qué particulares fueron estas comunicaciones!

Los oradores cristianos tenemos la desgracia de no poder presentar mas que una imágen imperfecta de los santos. Solo penetramos los favores que han recibido del cielo por conjeturas, que descubren una parte, quedando la otra sepultada en el olvido. La humildad esconde en las tinieblas las sagradas comunicaciones entre Dios y sus santos. ¿Pero no podré yo correr por las escondidas cuevas de Mancusa, y por las piedras del monte peregrino, siguiendo las pisadas de Benito, recogiendo los suspiros con que hacia resonar la soledad, á fin de que me revelen los secretos que confió á estos lugares de su profunda oracion? ¿No podré hacer hablar á la tierra con el Profeta, y preguntar al mar y á los altares? ¿Y por qué estos depósitos de sus votos, de sus lágrimas y de su sangre no podrán instruirme en lo que pasaba entre Dios y Benito; en los sacrificios que ofrecia de sí mismo, y que Dios recibia con agrado; en los raptos que le trasportaban, en las altas ideas de Dios que le arrebataban, en los deseos ardientes que le consumian, y en el sueño delicioso que gozaba en Dios? Así lleno de fe Benito como Abraham, esperó contra toda esperanza; anonadado como Moises, descubrió grandes visiones; inflamado como David, se extasiaba en presencia del arca; lleno de santo amor, como Elías, se transporta por el aire; embriagado con celestiales dulzuras como Pablo, se dilataba su alma por la abundancia de consolaciones que la inundaban, y que no podia contener dentro del pecho.

Estos son misterios para nosotros, pero no son enteramente impenetrables. Mil veces se manifiesta en el exterior de nuestro santo aquel placer interior del espíritu, que nace de la posesion del bien amado, no de otro modo que el sol por medio de su calor y de la luz, produce y hace ver en las huertas

y jardines la belleza de las flores, y abundancia de los frutos. La serenidad inalterable que goza en las circunstancias mas críticas, cuando le llenan de oprobios y vejámenes, la uncion y el fuego, que van unidos á sus palabras; la invariable aplicacion á todos los ejercicios de María, sin faltar á los cuidados de Marta, nos muestran, que se comunicó Dios á Benito por medio de aquellas gracias de reserva y favores excesivos, llamados por san Agustin, deliciosos arrobos, que elevan las almas á un ser celestial y divino en los pensamientos, en las ideas, en los afectos : *Delicia victrices* (1). Los éxtasis, los deliquios, los ímpetus de su espíritu, las llagas repentinas de amor que recibe su corazon en la presencia de Jesus sacramentado, y que le obligan á pesar de su humildad á elevarse sobre sí mismo en la solemne procesion del Corpus: aquella copia de luces, aquellos globos de fuego que le coronaban cuando permanecia al pié de los altares, como Moises al bajar de la montaña santa : aquellas visitas de los cortesanos del cielo, que le eran tan frecuentes : estos son indicios de que Dios infundió en su alma aquellas gracias de ternura, que llama el Espíritu santo lluvias angélicas del dulcísimo néctar y rasgos de una gloria anticipada : *Mamilla Regum lactaberis* (2). ¿Pero qué no nos muestra aquella presencia rara y extraordinaria en la que, bajo el aspecto de niño, se hizo Dios visible á su favorecido siervo, introduciendo por las puertas de los sentidos todo el paraíso en lo interior de su alma? ¿Quién podrá explicar la íntima comunicacion con que trasladó al corazon de este humilde negro las delicias de los comprensores? Abríos cielos, haced corte, serafines, apresurad vuestro vuelo, habitadores del Empíreo. El pequeño Jesus en brazos de su Madre deja la luz inaccesible donde habita, y viene á la tierra á transformar en el doméstico paraíso la pobre celda de un negro por nacimiento; de un lego por instituto. Parece que quiere nacer segunda vez, para hacerse mas amable á su favorecido Benito. Descansa en sus brazos, se recuesta sobre su pecho... ¡Ah! que una lengua mortal jamas podrá explicar la dulzura de esta comunicacion. Benito se transforma en Jesucristo, se eleva, se diviniza, toma un nuevo ser, nueva vida, comienza un nuevo órden de operaciones : *Vivo ego, jam non ego* (3). No es difícil persuadirse á que se co-

(1) *S. Aug. lib. de peccat. merit. et remisione, c.* 19.
(2) *Isaiæ, c.* 6. *v.* 10. (3) *Ad Galat. c.* 2. *v.* 20.

municó Dios á Benito hasta el extremo de hacerle gustar en esta carne mortal los frutos del árbol del paraíso con que sustenta á sus escogidos en el cielo.

Así favoreció Dios á Benito; ¿y por qué? No fué él un ministro del altar; pero sí era un penitente que llevó en su cuerpo la mortificacion de Jesucristo; pero sí era un solitario muerto al mundo, y que vivia sobre la tierra la vida de los ángeles en el cielo; pero sí era un religioso ajustado á sus deberes, y viva imágen de su padre; pero sí era un santo, digámoslo mejor, era un penitente, y sobre todo un penitente humilde en las prácticas de su penitencia; era un solitario, y sobre todo un solitario humilde en los ejercicios de su retiro: era un religioso, y sobre todo un religioso humilde en la observancia de su regla: era un santo, pero un santo humilde en su santidad; y por lo mismo elevado por Dios á la mas sublime grandeza para confusion de los soberbios y grandes del siglo: *Infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia.* Benito sin ser santificado por el sacerdocio, tuvo con Dios la mas perfecta union, y gozó las mas íntimas comunicaciones. Benito sin el estudio de las letras, poseyó los mas altos conocimientos y los mas excelentes dones para conducir las almas en el camino del Señor. He manifestado la primera prerogativa de su santidad, mostraré la segunda en el segundo punto.

PUNTO SEGUNDO.

No hay cosa que entone mas el orgullo, que la ciencia y la reputacion, que es su inseparable compañera. La habilidad, el ingenio, la erudicion dan cierta superioridad, á la que los pequeños y los grandes se someten sin resistencia. Tienen una especie de magnetismo, que roba los corazones, y puede decirse, que si los príncipes tienen dominio sobre los cuerpos, los sabios le tienen sobre las almas. Este es el motivo mas universal que anima en la fatiga del estudio. Se ama la ascendencia sobre los demas; se ve con un secreto placer recoger las sentencias que se pronuncian como oráculos. ¿Y si se junta el interes? Este es para muchos el camino de elevarse, y de gozar con complacencia los puestos sublimes que juzgan dignos de su comprension; artífices de su propia fortuna, que piensan no deberla sino á su propio mérito.

Naturalmente salta la idea que formaria de Benito la prudencia carnal; esa prudencia seductora, enferma, ciega, reprobada de Dios, que encamina á los hombres á buscar las luces y la gloria fuera del seno de donde dimanan. ¿ Y cuál seria? La idea de un hombre sin reputacion, sin ascendencia, sin nombre, escondido, olvidado como un vaso quebrado que se arroja como inútil, ó como un cuerpo muerto del que no se hace memoria. Y he aquí el fundamento: Benito era un negro simple y sin instruccion; no pisó las aulas, no abrió libros: no recibió la mas lijera tintura de las ciencias. ¡Oh hombres engañados y engañadores! Vosotros retractareis vuestro juicio. El negro de Palermo es verdad que ignoró vuestra ignorancia disfrazada con la vana apariencia de pomposa filosofía: ignoró esas ficciones y patrañas, que al abrigo de un estilo hechicero deslumbran á los hombres frívolos: no supo idear sistemas con Copérnico y Tolomeo, combinar átomos con Gasendo, dar movimiento á la materia con Cartesio: ignoró el fatal ergotismo de las aulas, que mas de una vez aniquila la caridad. Conocimientos orgullosos, que no nacen del Ser supremo, de quien la ciencia es la mas viva expresion. ¡Pluguiese al cielo que se desterrasen del mundo! No se daria pródigamente tanto incienso á una multitud de sabios superficiales, y absolutamente estériles. Puedo decir hablando el idioma de la verdad, que por ignorar Benito esta literatura entró en parte de la sabiduría del Eterno: *Quoniam non cognovi litteraturam, introibo in potentias Domini* (1). La ocupacion de su memoria fué sola la justicia y santidad de Dios, y de aquel Dios que se agrada en darse á conocer de los pequeños, porque quiere instruirlos y enseñarlos; y he aquí á mi héroe lleno de aquella sabiduría, que es un fuego que consume la vanagloria y los deleites: una agua que resalta hasta la vida eterna; un incienso que no se exhala sino por Dios; un rayo que resplandece entre los relámpagos, y una luz que vuelve á su orígen. El desierto, la oracion, el altar, Dios, en quien reposa Benito, estos son sus maestros: la disciplina, el cilicio, la maceracion de la carne, estos son sus libros: la cocina, los lugares de trabajo, la huerta, el refectorio, esta es su aula: el amor á Dios y sus prójimos, la práctica de las virtudes, estos son sus ejercicios literarios: *Domine memorabor justitiæ*

(1) *Psalm.* 70. *v.* 16.

tuæ solius (1). No os admireis pues que Benito sin el socorro del arte llegase á los mas excelentes y altos conocimientos. La palabra de David debe cumplirse : feliz aquel de quien el Señor es maestro, y que no aprende otras lecciones que las que oye de su boca : *Beatus, quem tu erudieris, Domine et docueris* (2)

Permitidme que corra el velo á los rasgos de la mas alta sabiduría, con que Benito se gobernó á sí mismo para caminar á Dios. Si se acercó al Padre de las luces en la sencillez del corazon, como lo aconseja el Sabio, ¿qué debemos esperar, sino que su razon, guiada por la fe y por la gracia, diese reglas á su entendimiento y á su corazon, dirigiese sus pasos, y los inspirase aquella celestial sabiduría de que está siempre iluminada? Yo le contemplo como maestro de las almas. Si luego que el Espíritu santo descendió sobre los apóstoles formó otros tantos Doctores de la ley, luego que llena el corazon de Benito le da otros tantos discípulos, para que fuese un maestro diestro en el gobierno de las almas. Me atrevo á decir, que él enseñó ántes de haber aprendido, y que aprendió enseñando; pero solo necesita un momento para aprender el que estudia en una escuela divina. ¡Qué espectáculo era ver que los pueblos corren tras de este hombre sin uso del mundo y sin estudio, para recibir de él consuelo en sus aflicciones, saludables consejos en sus dudas, solucion en las mayores dificultades, luz en los caminos oscuros del espíritu, recogiendo las palabras que caian de su boca como oráculos; y que en efecto eran fuego para acalorar á los tibios, luz para iluminar á los ciegos, iman para ganar á los pecadores! Así lo han visto Sicilia, Palermo, Mancusa, Platadi y Masara.

Pero mucho mas digno de admiracion es que los primeros maestros de la vida espiritual se hacen discípulos de este ciego de penetrante vista, y reciben sus consejos, como decisiones del cielo. Un Fr. Vicente de Magis, consumado maestro del Orden de predicadores, le oye en los puntos mas oscuros de los santos Libros, hallando satisfaccion adecuada á sus reparos : un Fr. Vicente Mesina, brillante astro de mi religion, que iluminó la célebre asamblea de Trento, confesaba con sinceridad no haber hablado con Benito en materias de mística teología sin ver oscurecidas sus luces. Un.... ¿pero cómo no habian de

(1) *Psalm.* 70, *v.* 16. (2) *Psalm.* 93. *v.* 12.

consultar al negro de Palermo, si palpaban en él aquel don de inteligencia, aquella discrecion de espíritus, aquel profundo conocimiento en los caminos de Dios, aquellas luces sobrenaturales que se introducen hasta los mas sombríos senos de los corazones, y que descubren en ellos sentimientos reprensibles que disipa con la fuerza de sus discursos, aquel don de profecía que le manifiesta las cosas futuras del mismo modo que si las tuviese delante de sus ojos, aquel hablar de las cosas divinas como si las viera ó las tocara, digámoslo así, con las manos? Convengamos en que Benito al traves de los velos de la fe contempla, sin apartar la vista, lo que el estudio de muchos años no manifiesta sino entre mil nubes é incertidumbre. Pero séame lícito preguntar lo que los Judíos del Hijo de Díos: ¿cómo este hombre sin estudio ha copiado tantas letras? *Quomodo hic litteras scit, cum non didicerit* (1)? ¿Cómo ha aprendido este pastor, apacentando ganados, y cultivando la tierra? *¿ Quomodo?* ¿Cómo ha aprendido este solitario sepultado por diez y siete años entre las peñas y los montes? *¿ Quomodo?* ¿Cómo ha aprendido este lego, ocupado en el claustro, en la cocina y en la huerta? *¿ Quomodo?* ¿Cómo ha aprendido este pordiosero destinado á mendigar el pan para sus hermanos?

¿Deseais saberlo? Pues oídle responder con el Salvador: la doctrina que me escuchais no es propiamente mia: es de aquel que me ha revelado sus secretos, á fin de que los comunique á los mortales: *Doctrina mea non est mea, sed ejus, qui misit me* (2). Sí señores: Benito era un pastor cerril; pero tras de sus ovejas buscaba al Dios de su corazon: abria su boca como David para atraer el espíritu del Señor: le sacrifica el amor propio y la soberbia de la carne con una humildad profunda; y á costa de mil vencimientos ofrece una hostia viva de su virginidad, penetrado del temor de Dios, que es principio de la sabiduría. Entónces se la comunica Dios para que en la edad mas avanzada predique sus obras y sus maravillas: *Deus docuisti me á juventute mea; et usque nunc pronuntiabo mirabilia tua* (3). Benito era un solitario idiota; pero supo formar en la soledad el calvario de sus penas y dolores; adoptando aquel espíritu de mortificacion, que le hace observar siete cuaresmas; que le obliga á ceñir su cuerpo con cadenas de hierro; que le lleva al

(1) *Joan. cap.* 7. *v.* 15. (2) *Ibidem v.* 16. (3) *Psalm.* 70. *v.* 17.

sepulcro de santa Rosalía para despedazar su carne con sangrientas disciplinas, hasta el extremo de asombrar á los que tuvieron la curiosidad de ser testigos de este espectáculo inhumano. En esta penitente soledad destruye mi héroe al hombre animal, y se llena de aquellas luces, que son propias del hombre espiritual, formado en esta escuela : *Ducam eam in solitudinem, et loquar ad cor ejus* (1). Benito era un lego simple; pero que no le distraen las ocupaciones de su estado : que deja á los ángeles el cuidado de la cocina para emplear los dias y las noches en las mas íntimas comunicaciones con Dios en aquel ejercicio : que hizo felices las empresas de Moises, y acertado el gobierno de David. Aquí se acaloró con aquel fuego que instruye, que advierte, que ilumina : *De excelso misit ignem, et erudivit me* (2). Benito era un limosnero por oficio; pero que conserva su recogimiento en la vocinglería de las ciudades : que camina todo el dia por las calles de Palermo, perdido, absorto, abismado en Dios del mismo modo que si estuviera en una vasta soledad. Toda su conversacion es en los cielos, donde aprende verdades, que no es permitido al hombre hablar : *Audivit arcana verba, quæ non licet homini loqui* (3). Este es el manantial de donde saca Benito la doctrina con que instruye, que verdaderamente no es suya : *Doctrina mea non est mea.*

Sí señores : era una sabiduría toda divina la de san Benito de Palermo, y como que descendia del cielo fué recta en sus ideas, justa en sus medidas, y feliz en el cumplimiento de sus designios. Aquí es donde conozco las celestiales impresiones del espíritu que le inspira, y derrama sobre él la abundancia de sus luces. El espíritu humano ha apurado todos sus resortes para dar una idea perfecta de superioridad. ¡Qué reglas para llevar los espíritus sin violencia! ¡Qué combinaciones para mantenerlos en perfecto equilibrio! ¡Qué tino para que las partes no se alteren! ¡Bellas ideas que miraron Aristóteles y Platon como fruto de sus estudios! ¡Brillante filosofía en la especulacion! ¡Pero cuántas veces agoniza y falta en la ejecucion! La experiencia lo acredita, como tambien que está libre de esta mancha la ciencia de los santos. Con la simplicidad de la paloma, saben conservar la prudencia de la serpiente; y si quereis que lo diga, sin luces de humana sabiduría, presiden á los hombres condu-

(1) *Oseæ. c. 2. v. 14.* (2) *Jer. c. 1. v. 12.* (3) *II ad Corint. c. 12. v. 4.*

cidos de una prudencia sana, sostenidos con suaves arbitrios, y coronados con éxito favorable.

¿Pero de qué quiero hablar? De la sabiduría que mostró este negro idiota cuando entró en parte de los empleos honrosos de mi religion, que desempeñaron con aplauso otros legos virtuosos; los Pedros de Alemanco, los Tomases de Escarlino, los Paulucios de Trincis. En el convento de Palermo debia establecerse aquella ilustre reforma, que guarda literalmente la regla del seráfico Francisco. ¿Será Benito á propósito para este proyecto? No hay otro mas conveniente para manifestar la fuerza del brazo del Señor: *Non est alter hunc similis: da mihi eum.* Elegido guardian, qué prudencia, qué consejo, qué luces no necesitaba para establecer y perpetuar una vida, donde todo es rigor y austeridad? Benito se insinúa en los corazones, los convence, los acalora y los gana. Como pastor vigilante consolida lo débil, sana lo enfermo, ata lo quebrado y reduce lo abatido. Todo es espíritu, todo actividad, todo fuego. Pero es espíritu prudente, aconsejado, lleno de inteligencia; pero es su actividad sufrida, humilde, sin dejar de ser fuerte; pero es fuego que ilumina y no quema; que acalora y no aniquila. ¿Cuántas veces se le vió postrado á los piés de los delincuentes, castigando en sí mismo con azotes los defectos ajenos? ¿Cuántas penetrar los corazones, y prevenir los ardides del demonio? Tambien se le vió con un dogal al cuello pedir perdon á un novicio á quien habia reprendido, luego que advierte ser falsa la acusacion.

Así inspira pensamientos de humildad, une los corazones en perfecta caridad; desata los lazos que ataban á aquellos religiosos á la relajacion; allana el camino de la regla de san Francisco, y administra el pasto de la santa doctrina. *Servavi te, ut discerес his, qui vineti sunt, exire* (1). Así hizo accesibles los montes, y que las impracticables sendas de la vida recoleta, se convirtiesen en anchurosos caminos: *Et ponam omnes montes in viam, et semitæ exaltabuntur* (2). Así al fin entregó á su padre las heredades disipadas, produciendo su espíritu varones de primer órden, que ha dado á la religion este convento reformado. Y esta es la mayor gloria de Benito, y el espejo en que reverberan las luces de su espíritu. Si la religion es un árbol, se conocerá en sus frutos la destreza del que la plantó. Si es un paraiso, se verá en sus flores la diligencia del jardinero que la cultivó.

(1) *Isaiæ, c. 49. v. 9. Ibid. v. 11.*

¡O sabios del mundo, confundíos! Vosotros formais el capital de vuestros conocimientos; ¿pero cuántas veces se burla Dios de vuestras ideas presuntuosas? El humilde Benito, sin razonamientos profundos, sin combinacion de principios, es mas sabio que vosotros. Tenia la ciencia de los humildes, y esta ciencia no se adquiere con fatiga del espíritu, ni por vivacidad de ingenio, sino con la simplicidad del corazon. Es ciencia de sentimiento, y no de reflexion: su maestro es aquel que hace elocuente la lengua de los pequeños: *Linguas infantium fecit disertas* (1). Humillémonos como Benito, y beberémos en su fuente la sabiduría. Pero concluyamos observando cómo este negro, sin alguno de estos títulos especiosos, sobre que se funda la humana autoridad, tuvo el mas soberano y universal poder. Tercera prerogativa que distingue á san Benito.

PUNTO TERCERO.

Se aspira á las dignidades para dominar; y porque los reyes llevan el cetro en la mano, gobiernan como señores las naciones que se les someten, segun la palabra del Hijo de Dios: *Reges gentium dominantur eorum* (2); pero no así vosotros, prosigue el Salvador: el que quiere ser mas grande, sea el mas pequeño, y aprenda á obedecer ántes de mandar: *Vos autem non sic, sed qui major est in vobis fiat sicut minor* (3). Ved el cumplimiento de esta importante máxima. Benito de Palermo, sin bienes, sin grado, sin autoridad, ó por mejor decir, privado de aquellas cualidades que llaman la atencion, sin mas posesion que Dios, se eleva sobre el resto de los hombres. Él podia responder lo que el otro filósofo, que preguntado quién era, cuál era su profesion, y qué llevaba consigo, dijo así: soy filósofo; mi ocupacion es pensar en mí mismo; llevo conmigo solo las virtudes. Mejor pudo responder Benito: soy negro por naturaleza, mendigo y pobre por profesion, vivo en mi cuerpo como solitario, no llevo mas conmigo que la obediencia, la mortificacion, el desprecio de mí mismo. Diria por cierto la verdad, pero no lo diria todo; su humildad ocultaria que Dios habia depositado en sus manos un poder absoluto sobre la naturaleza; que mandaba á los elementos, y cuanto obraba era un con-

(1) *Sapientiæ, c.* 10. *v.* 21. (2) *Luc. c.* 22. *v.* 25. (3) *Ibid. v.* 26.

tinno milagro; pudiéndose decir con propiedad, como decia Jesucristo, que tenia todo el poder en los cielos y en la tierra: *Data est mihi omnis potestas* (1).

Así se gobierna Dios, sirviéndose de sugetos desproporcionados en la apariencia para obrar cosas grandes: ¿y por qué? A fin, dice David, de que todo el mundo confiese que solo Dios puede hacer grandes, y que no hay otro Dios que él. Para abatir las naciones coligadas contra Israel, se sirve de un corto número de combatientes. Para humillar el orgullo de Olofernes, se vale del débil brazo de Judit. Y para honor de la religion se ha servido de un negro solitario, idiota, escondido en el claustro, depositando en sus manos su misma omnipotencia.

¿Qué hombre es este á quien obedecen los mares y los vientos? *¿Quis est hic, quia mare et venti obediunt ei* (2)? Así preguntaron los apóstoles de Jesucristo; ¿y no podremos hacer misma pregunta hablando de san Benito? Qué enumeracion de sucesos maravillosos pudiera yo haceros si el tiempo me permitiera ser mas largo! ¿Conviene multiplicar los granos y pan para alimento de sus hermanos? Él lo ejecuta, multiplicando alimento para muchos dias. ¿Conviene mandar á la muerte que restituya á la vida á los que ha herido con su acicate? ¿Qué mayor testimonio que el de aquel niño despedazado, que volvió vivo y completamente sano á los brazos de su madre? Llegó á dar vida á una bestia solo por consolar á un miserable. ¿Es necesario convencer á unos jóvenes sobre la observancia de la pobreza? Hace correr sangre de los fragmentos del pan. ¿Conviene ganar á un pecador obstinado? Se sirve de un predicador para que pelee con él como Josué; pero él como Moises levanta el corazon y las manos al cielo hasta verle saltar lágrimas de dolor. ¿Conviene lanzar los demonios de los cuerpos? Abre su boca, y los sepulta en los abismos. Las enfermedades mas desconocidas, las mas incurables, las mas desesperadas, ¿no cedieron repentinamente á la fuerza de su oracion, y aún solo á la invocacion de su nombre? ¿Y se limitó acaso este poder á los dias de su vida? Él pagó el tributo á la mortalidad, voló á Dios en forma de una hermosa paloma; pero quedó en la tierra su poder para beneficio de los hombres: la muerte pudo romper la union de aquella alma bienaventurada con el

(1) *Math. c. 28. v. 18.* (2) *Marc. c. 4.*

cuerpo, mas no pudo debilitar la fuerza y el poder de su brazo para obrar maravillas. ¿Quién le ha invocado sin experimentar su beneficencia? Su cadáver fresco, y exhalando un suave olor, ¿no es un continuo milagro?

He aquí por qué se ha hecho célebre el nombre del Negro de Palermo en todo el mundo, por qué se ve todos los dias que los grandes del mundo se postran ante las aras de este hombre despreciable en la apariencia. La Italia, España, Lisboa, el Brasil, Méjico, el Perú, le celebran, y le invocan como á hombre milagroso. La Iglesia, el oráculo de la verdad, fomenta la devocion, y le distingue como á hombre de milagro: *Eum in Ecclesia tua signis clarere fecisti.* ¿Y lo creeríamos que esta nube oscura llegase á cubrir toda la tierra: que este lego idiota seria un astro tan resplandeciente, si no conociésemos el genio de Dios, que se complace en humillar la altanería de los mundanos por los medios mas desproporcionados y débiles? Así es, y lo habeis visto en san Benito, hombre bajo por naturaleza, pero elevado á las comunicaciones mas íntimas con Dios: idiota, pero iluminado con una ciencia divina: débil, pero con la omnipotencia en sus manos. ¿Y por qué ha obrado Dios así? Porque el gran Benito fué humilde por naturaleza y por virtud. Yo os le presento como el Salvador mostró á sus discípulos un niño para instruirlos en la humildad: *Statuit eum in medio eorum* (1); y os digo como el mismo Salvador: *Nisi efficiamini, sicut parvulus iste* (2), si no os haceis semejantes á Benito, no entrareis en el reino de Dios. Semejantes á Benito, no en sus milagros, no en sus luces, no en sus comunicaciones, sino en su humildad: humillad vuestro orgullo, abatid el orgullo de esa soberbia poderosa, de que sois tan zelosos; y Dios os comunicará su presencia, su sabiduría, sus luces, su poder, y os dará por último la eterna bienaventuranza. Amen.

(1) *Math c.* 18. *v.* 2. (2) *Ibid. v.* 3.

SERMON

DE SAN BENITO DE PALERMO.

(DE GARCÍA.)

In vita sua fecit monstrua, et in morte mirabilia operatus est.

Mientras vivió hizo prodigios, y despues de su muerte obró muchas maravillas.

Eccles. c. 48. *v.* 15.

Este es el magnífico elogio con que el Espíritu santificador honra la augusta memoria del incomparable Eliseo, digno sucesor del grande Elías, cuyas heladas cenizas animaron entre las lóbregas cavernas del sepulcro los mas yertos cadáveres, y cuya extraordinaria santidad llenó de asombro los contornos de Judá; la dulce memoria del mas esclarecido israelita, que dotado del doble espíritu de contemplacion y de zelo, fué el Taumaturgo entre los profetas de su siglo; omnipotente entre las manos del Todo-poderoso, obró prodigios ignorados de las edades que le precedieron; como dueño absoluto muda todas las leyes del universo, la naturaleza atónita oye su voz, los elementos pierden su impetuosa actividad al sonido de sus palabras, la tierra sujeta le obedece, el fuego embota su voracidad; en su presencia los vientos se enfrenan y enmudecen, el mar calma sus hinchadas olas, la muerte abandona sus trofeos; de su boca sale un soplo vivificador que penetra hasta las entrañas del abismo, y restituye á la vida los cuerpos soterrados entre las tinieblas del olvido: los reyes admirados le respetan, la púrpura y la majestad se rinden á su imperio, la Palestina confiesa la fuerza de su poder, y los pueblos afligidos acuden á sus piés: *In vita sua fecit monstrua, et in morte mirabilia operatus est.*

Por estos rasgos con que el Eclesiástico pinta al mas famoso profeta que admiró el pueblo escogido, ya podeis venir en co-

nocimiento del prodigioso de Palermo, objeto digno de vuestro culto, el Taumaturgo de estos últimos tiempos, ornamento glorioso de Sicilia, astro luminoso del cielo franciscano, el Benjamin amado del nuevo Jacob, la copia mas original de su llagado patriarca, gloria de la nacion africana, luz prodigiosa del setentrion y mediodía, varon singular, alma grande de aquellas, que en los tiempos decretados por la eterna Sabiduría, extrae el Altísimo del tesoro de sus misericordias, para hacer alarde á los ojos del mundo de su poder comunicado á un hombre mortal, animándole con los esfuerzos de su mano poderosa, para que tanto en el sepulcro como en la cuna, manifieste la majestad y omnipotencia del Ser supremo con señales y prodigios : *In vita sua fecit monstrua, et in morte mirabilia operatus est*.

Consideremos á un mismo tiempo la asombrosa multitud de maravillas que obró en vida y muerte el bienaventurado de Palermo, y la prodigiosa santidad con que ilustró la Iglesia de Dios. Si la vida del glorioso Benito fué un agregado, y un cúmulo de hechos extraordinarios, no lo fué ménos de acciones heróicas que daban mayor esplendor á sus maravillas : si sus milagros asombraron desde Filadelfia las regiones del Aquilon y del Austro, por su multitud, por su variedad y por su singularidad, tambien llenó de admiracion la sublimidad de sus virtudes las soledades mas yermas, y todos los lugares donde residió : si él obró los prodigios que engrandecieron á los mayores héroes de ambos Testamentos, poseyó igualmente la santidad en que florecieron los hombres mas grandes que ha tenido la Religion en todas las edades ; por esta razon no puedo daros idea mas cabal de su carácter, que representándole como un prodigio de la gracia, tanto por el heroísmo de sus virtudes, como por la magnificencia de sus milagros. Yo me explicaré con claridad, y vosotros entendereis mi pensamiento. Voy á proponeros dos proposiciones que servirán de base y fundamento á mi panegírico, y darán toda la materia para componer su completo elogio. Escuchadme. La prodigiosa santidad de Benito ilustró y dió nuevo realce y autoridad á la multitud de sus milagros : esta será la primera parte. Las maravillas y portentos que obró Benito en vida y muerte, contribuyeron al mayor aumento y perfeccion de su santidad, segundo punto : *In vita sua fecit monstrua, et in morte mirabilia operatus est.*

Ahí teneis, ilustre auditorio, dos puntos que á manera de palmas van á entretejer una guirnalda para ceñir las sienes de mi héroe, y de vuestro glorioso patron : vosotros juntad y esforzad vuestros ruegos al divino Espíritu, para que me alcance las luces que necesito para proponer sus prodigiosos ejemplos de tal suerte, que edifiquen á vuestra piedad, y alienten la fe de mis oyentes. Para conseguir esta gracia pongamos por intercesora á María santísima, saludándola con el ángel. *Ave María.*

Aquel Dios de majestad, cuya voz de magnificencia, segun la frase de David, rompe los cedros del Líbano, divide las llamas del fuego, reprime los vórtices del aire, suspende el curso de los astros, puso término á las olas del mar, conmueve las sombrías selvas del desierto, estremece la inmensa mole del globo, conturba las potestades del abismo, humilla, abate, rinde y enmudece, cuando quiere, á toda la naturaleza : aquel Señor Omnipotente, cuya virtud poderosa transforma y engrandece á su arbitrio á la criatura mas débil elevándola sobre las potestades de la tierra, y haciéndola superior á los demas mortales : este gran Dios, único y soberano Autor del universo, escogió por un efecto de su bondad entre la esclarecida estirpe del nuevo Abrahan, al bienaventurado de Palermo, le comunicó su espíritu, y le revistió de su fortaleza para que fuese el depositario de su poder, y brillase entre todos los héroes de la ley de gracia, como un varon prodigioso : este es su carácter propio y personal que le distingue de los demas santos que han resplandecido en la Iglesia de Dios, y en el antiguo Testamento.

En efecto, si desde nuestros tiempos retrocedemos á los siglos mas remotos, apénas encontraremos en tan inmenso espacio quien se le parezca á Benito de Palermo : hallaremos justos en quienes substituyó el Omnipotente la virtud de su diviño brazo : veremos á un Moises, legislador de los Judíos, que con su portentosa vara apacigua y divide las encrespadas olas del mar Rubio : á un Josué, general de las tropas del Señor, que hace parar al primer planeta en su carrera : á un Elías que pone su boca en las nubes, y el cielo se abre y se cierra al imperio de su voz : al jóven Daniel que amansa la fiereza de los leones : á un Martin, aquel insigne obispo de Tours, que suspende el ímpetu abrasador de las llamas, y este elemento voraz le respeta y se

apaga obediente á su palabra : á un san Gregorio, que manda como soberano á los montes, y á pesar de su ingente mole se trasladan de un lugar á otro.

Pero todos estos héroes de la gracia, aunque obraron como depositarios de la Omnipotencia, la virtud milagrosa que se admiraba en ellos la recibieron con mas economía en ciertos dias, y en ciertos momentos; al paso que esta misma virtud la comunicó el Omnipotente al insigne de Palermo casi sin medida: ella empieza, por decirlo así, desde su misma cuna, y le sigue en todos los pasos de su vida: ella desciende con él al sepulcro, y desde las concavidades de la tumba parece que manda á la naturaleza, pues se muestra dócil y obediente á sus órdenes. ¡Qué espectáculo tan asombroso sería para vosotros, si yo expusiera á vuestra vista en un momento toda la serie de sus portentos y maravillas! Pero no penseis que yo me propongo hacer una puntual relacion de sus milagros, lo que intento manifestaros es que estos milagros, por estupendos y asombrosos que sean, no deben admiraros ni pasmaros en Benito de Palermo, porque su misma santidad exigia en cierto modo este don maravilloso; y siendo tan singular el heroísmo de sus virtudes, era como consiguiente y natural que hiciese todo lo que hizo. Continuadme vuestra atencion, y procurad entender el verdadero carácter de un santo, cuya sublime virtud llenó de admiracion al siglo XVI, y dió todo el lustre y esplendor á sus portentosos hechos.

La cuna, teatro funesto de las flaquezas y miserias del hombre, fué para Benito mansion de honor y de gloria : apénas ve la luz este fenómeno de la gracia, apénas se organiza su tierno cuerpecito, cuando ya ofrece al Criador las primeras aspiraciones de un corazon puro : dueño de sí en medio de las fajas que le aprisionan, levanta al cielo sus manos trémulas en ademan de unirse con el Sumo bien : las primeras palabras que articula su lengua balbuciente son cánticos de alabanza que consagra al divino Hacedor : á él se encaminan y dirigen todas sus potencias, y le hace un temprano homenaje de su entendimiento, de su voluntad, y de todos sus sentidos : superior á las flaquezas de la naturaleza, luego que descubre un rayo de la gracia, ya experimenta sus divinas influencias, ama á Dios aun casi ántes de saber los poderosos motivos que le obligan á amarle, y su edad infantil no tanto es presagio, como continuo ejercicio

de virtudes. De la infancia de los demas santos rara vez se hace mérito en sus elogios, porque arrebatados de las primeras impresiones de una naturaleza corrompida, se dejaron llevar del impulso de sus deseos ántes de escuchar la hermosa voz de la virtud, y cuando empezaron á resplandecer como astros, fué despues de un largo eclipse, que habia empañado sus primeros dias; un san Mateo, que cuando apóstol llena de admiracion á los fieles recien convertidos con su desinteres y perfecto desapropio, habia sido un publicano estafador, que taló los pueblos con usuras; una Magdalena deshecha en lágrimas á los piés del Salvador, habia sido ántes en la primavera de sus años el ídolo de la juventud, y la idólatra del mundo; las Egipciacas y Pelagias, tan célebres despues por su penitencia, fueron igualmente famosas al principio por sus desenvolturas; pero Benito no reserva para el Señor una víctima manchada con los profanos respetos que ántes hubiese tributado al mundo y á sus halagos: su corazon nunca probó la ponzoña del vicio: en él la prudencia se adelantó al uso de la razon, y la razon al número de los años: como generosa águila voló desde el nido de su infancia á los brazos de la virtud, y se puede justamente dudar si hubo alguna interrupcion entre su cuna y la virtud; porque ser hombre y ser virtuoso, fué en él una misma cosa: todavía no sabe fijar sus vacilantes plantas, y ya se dirige al templo en alas de su amor: allí alimenta su tierno espíritu con las verdades eternas: allí abrasa su corazon en los incendios de la mas ardiente caridad: allí humillado á los piés del trono se excita á formar la idea admirable de ser el héroe de las virtudes, el ejemplar de la penitencia, y el modelo de la abnegacion evangélica; otras veces se oculta de sus padres en lo mas escondido de su casa, y puestas sus pequeñas rodillas sobre el duro suelo, se ensaya en aquella perfeccion, con que despues habia de ilustrar la soledad de los yermos y el retiro de los claustros.

¡Qué sacrificios tan generosos y tan anticipados! Pero sacrificios que no eran mas que unos vislumbres precursores de la esclarecida santidad de este gigante de la gracia: su prodigiosa virtud, que ocultaba el velo de su puericia, se dejó ver con claridad luego que el jóven atleta empuñó á los nueve años el cayado de pastor: esta ocupacion inocente que habia justificado en las dos edades del mundo á los mas célebres Patriarcas de la antigüedad, fué el ejercicio que descubrió los quilates de

su grande alma : ocupado en velar sobre su rebaño en los campos de san Fradelo, se sustrae unas veces sigilosamente de la vista de sus compañeros; y á los piés de una elevada encina derrama su fervoroso corazon en presencia de su Dios : luego forma de una multitud de pieles y arbustos un pequeño santuario, y pasa las noches insomnes, entonando las canciones de Sion; ya sale de su retiro á buscar los mendigos de las aldeas, y deposita en su seno el escaso alimento que habia reservado para sí; ya practica ayunos poco ménos que continuos, y aflige sus delicados miembros con cordeles nudosos; ya se mezcla con los pastorcillos de su edad, y los instruye en los rudimentos de la fe, y en las máximas del Evangelio : unas veces postrado secretamente en tierra, levanta los ojos al cielo, y se dispone á escuchar con prontitud la voz de su Señor, otras se anima á sí mismo, y se apareja como el jóven David á observar todos los movimientos del infernal Goliat; ya concibe el arduo designio de imitar la santidad y perfeccion en que florecieron los Hilariones, Arsenios, Romualdos, Gualbertos, y cuantos héroes ocultaron las espantosas grutas de Nitria y Tebaida.

Sí señores, el deseo de buscar modelos y ejemplares de perfeccion, le arranca de la casa paterna, y le trasplanta á los bosques de Caronia, coronados de montañas estériles y escarpadas : discurre ansioso y desahogado por aquellas selvas inaccesibles á los rayos del sol, y cuyo silencio solo interrumpe el fragor de los uracanes, ó el bramido de las fieras, registra sus grutas y profundos valles, camina infatigable por entre riscos y peñas con el fin de hallar á los ancianos pobladores que habitan aquel país inculto, y satisfacer las ansias que tiene de llegar á la mas sublime santidad. ¡Qué espectáculo! Benito encuentra el precioso tesoro que solicita : ve aquellos ángeles del desierto, aquellos venerables ermitaños, que bajo el sagrado instituto del gran Francisco de Asís, habian encanecido entre las rocas y torrentes, se postra á los piés de aquellos prodigios de perfeccion, los oye y los admira como un discípulo que va á consultar á sus maestros, como un hijo que desea recibir lecciones de sus padres. ¡Ah católicos! Me parece que estoy viendo á Eliseo enriqueciéndose con el doble espíritu que le comunican aquellos nuevos Elías de la ley de gracia : Benito contempla en el silencio la austera conducta de aquellos solitarios, observa sus rigores, sus combates y sus victorias, y siente encenderse en su interior

un fuego que le consume, y un ardor que le enajena; desciende con ellos á la palestra, sigue sus admirables huellas, anda por todos sus caminos, toma parte en todos sus sacrificios, y á los primeros pasos de su carrera asombra el jóven novicio á sus mismos maestros, se remonta á la cumbre misma de perfeccion, deja muy atras á los mas provectos y adelantados en la virtud, y adquiere una santidad tan prodigiosa, que empieza por donde terminaron aquellos famosos solitarios.

Cargado el bienaventurado de Palermo de los despojos y trofeos que recogió en las selvas de Caronia, vuela en alas de su fervor á la capital de Sicilia, por órden del sumo pontífice Pio IV; el Padre santo habia disuelto y relajado la vida solitaria, que por privilegio apostólico emprendieron aquellos famosos ermitaños, y Benito escoge por inspiracion divina la conventualidad de Palermo, donde asociado á los religiosos de la reforma de santa María de Jesus, suelta de nuevo los diques á su gigante espíritu. Ah! acompañemos con el pensamiento á este humano serafin en la nueva carrera que emprende resignado á la voz del Vaticano. Luego que este célebre colono del yermo se incorpora en claustros minoritas, trae á su memoria las acciones de los mayores santos, que como luminares de primer órden brillaron en el firmamento seráfico; recorre en su imaginacion el espíritu apostólico de los Paduas, la austeridad de los Alcántaras, el celo de los Capistranos, las vigilias de los Regalados, el fervor de los Bernardinos, la humildad de los Diegos de Alcalá, la pobreza de los Luises, y los éxtasis de los Bailones: revuelve en su fervorosa fantasía los gloriosos triunfos que consiguieron de los tiranos en las mazmorras de África, y en las plazas de la Belgia los Danieles, Hugolinos, Bautistas, Otones, Acursios, Berardos y Leones; y resuelto á copiar tan sublimes originales, se empeña en unir en sola su persona todos los caractéres de santidad que hubo en ellos.

Animado de esta noble ambicion, da principio por una crucifixion general de todos sus sentidos; ¿pero qué crucifixion? Jamas tirano alguno, por inexorable que fuese, concibió odio tan implacable al nombre cristiano, como Benito contra su inocente cuerpo, y todavía mas ingenioso que ellos, inventa arbitrios de crueldad que se habian ocultado á su furor: vestido de una túnica andrajosa y grosera, arma contra sí su propio brazo, y despedaza muchas veces cada noche su carne vírgen; cuyas heri-

das aumenta con una malla de hierro que llevaba sobre sus llagados miembros; aprisiona su cintura con una cadena herizada de agudas puntas, que continuó hasta el borde mismo del sepulcro; se condena á un prolijo ayuno de siete cuaresmas, y el corto alimento que llega á sus malicentos labios, mas bien sirve para entretener la muerte, que para sustentar la vida: sus vigilias son tan prolongadas, que el poco sueño que toma sobre un manojo de sarmientos, no es otra cosa que un tributo indispensable, que por fuerza le arranca su desfallecimiento; camina descalzo por lugares sembrados de aspereza, abriendo á cada paso que daba profundas grietas en las plantas de los piés, y otras tantas heridas en el corazon; expone sus fatigados miembros á la intemperie de las estaciones, para que á un tiempo le persigan el frio, el calor y la hambre. ¿pero qué es lo que intento? Yo no soy capaz de explicar el santo furor con que une en sí todo el rigor de los mayores penitentes que florecieron en la numerosa familia del patriarca de Asís: basta decir, que redujo su afligida carne á tan asombrosa severidad, que mas parecia un cadáver animado, que un hombre vivo.

Adornado el héroe africano con las sangrientas señales de la penitencia, se apresura á copiar las demas virtudes compañeras inseparables de la mortificacion y austeridad. En efecto, luego que Benito llegó á ser el mas famoso penitente que vió la religion seráfica en los siglos de oro, tardó muy poco en plantar radicalmente en el fondo de su corazon el reino de la humildad: insensible á los impulsos del amor propio, y transformado en su misma nada, abraza con gusto los ministerios mas viles de la comunidad, se reputa por el oprobio y desprecio de los claustros, y anegado en su propia miseria se tiene en su concepto por el mas inútil y pequeño entre sus hermanos: los pueblos convencidos de su extraordinaria virtud y milagros, le aplauden; él suspira, llora y gime oprimido bajo el peso de la universal reputacion, y huye á los rincones mas escondidos del convento para no ser visto de nadie, y evitar de este modo sus importunos aplausos: si sale de allí, es para conducirse á las chozas mas humildes, y mezclarse con la mas ínfima plebe por conciliarse el desprecio de los grandes; si cruza las calles y plazas de Sicilia, es para llevar sobre sus fatigados hombros un costal de mendrugos, que ha juntado para alivio de los pordioseros; si entra en los hospitales y calabozos, domicilios del

hambre y del contagio, es para limpiar las úlceras á los leprosos, besar sus llagas, socorrer su caimiento, y acompañarlos en sus miserias; si se confunde con una chusma de muchachos, es para instruirlos en los primeros rudimentos, y hacerse al mismo tiempo mirar como insensato y extravagante. ¿Pero qué expresiones me bastarian para ponderar los extremos de su abatimiento, ni qué tiempo tendria yo para numerar las demas virtudes que resplandecian en su persona? Recojamos velas en una materia tan vasta y tan dilatada.

El insigne Benito por medio de un prodigioso enlace hermanó las cualidades mas excelentes que se hallaron esparcidas en los héroes franciscanos que le precedieron; y para formar su perfecto panegírico, seria necesario hablaros de la santidad de todos los justos de su órden; él tuvo el celo de los operarios mas famosos del Evangelio que sudaron en las cuatro partes del orbe, y se hizo participante de sus conquistas apostólicas por sus fervorosas oraciones dirigidas al Padre de las luces; él juntó la pureza mas acendrada con los rigores de la austeridad; las suavidades de la contemplacion con el empleo continuo de la mendicidad, la abnegacion y recogimiento interior con el bullicio del siglo. Él concilió la mansedumbre y sencillez con la entereza y libertad de ánimo: la separacion de las gentes con las ocupaciones públicas de la obediencia: la soledad y retiro con los ejercicios diarios de caridad. Él al fin se transformaba con la gracia en todas las formas y figuras: todas las virtudes residian en él, y él se señoreaba de todas ellas.

Este conjunto de tan heróicas virtudes le elevó, á pesar de su estado laical, á la prefectura de santa María de Jesus. ¡O, y qué resplandores no difundió este astro luminoso colocado sobre el orizonte de su prelacía! ¡Qué espectáculo tan digno de admiracion el verle rodeado de su pequeña grey! A mí se me figura que veo al grande Antonio en medio de sus discípulos, ó al celoso Capistrano ocupado en los afanes de su reforma. Á unos confirma con sus consejos, á otros dirige con su prudencia, á aquellos alienta con sus ejemplos, y á todos enseña las virtudes de su profesion: á los débiles consuela con juiciosa condescendencia, y suaviza con ellos el rigor de la regla, sin debilitar su espíritu: á los fervorosos alaba con equidad y sabiduría; á los novicios instruye en los ápices mas menudos, y á los mas provectos anima á caminar á la cumbre de la per-

feccion. Él olvida su autoridad y sus facultades, y no se acuerda de la superioridad sino para elegir la celda mas pobre y estrecha, para vestir el hábito mas burdo, para ejercitarse en los ministerios mas humildes, para ocuparse en los oficios mas viles, y para hacerse como Pablo todo para todos: no nos cansemos, él fué á manera de un sol, que en el oriente de su guardianía, y en su ocaso lució de un mismo modo para iluminar á sus súbditos con el resplandor de sus ejemplos, y fomentar en ellos la observancia de su sagrado instituto.

Un hombre tan extraordinario, ¿cómo podria dejar de ser la espectacion y el asombro de toda la Europa? ¿Ni cómo podrian los pueblos ultramarinos dejar de entender que sus virtudes iban de acuerdo con sus milagros? Y ved aquí como la prodigiosa santidad de Benito ilustró y dió mayor realce y autoridad á las maravillas que obraba. Avivad vuestra fantasía, y tened presente que esta fué la primera proposicion que elegí en el exordio de mi panegírico, y voy á demostraros con una sola pincelada.

Supuesto que san Benito de Palermo reunió en sí la virtud de todos los justos, ya no es maravilla que obrase los milagros que hicieron famosos á los santos de uno y otro Testamento; si como Moises se cubria su rostro de extraordinarios resplandores, y su cuerpo se bañaba de luces al separarse de la sagrada mesa del altar, tambien tuvo la mansedumbre, la paciencia y las demas excelencias de este gran legislador; si mandó como Elías á los elementos y á las nubes, tambien poseyó la intrepidez y ardiente celo de aquel célebre profeta; si como Samuel penetra lo mas interior de las conciencias, y antevió, como Isaías, las vicisitudes y acaecimientos futuros, imitó igualmente la fidelidad de estos profetas en la observancia de la divina ley; si gozó como Pablo en carne mortal las delicias del paraíso, tambien tuvo la encendida caridad que abrasó al Apóstol de las naciones; si restituye á la vida muchas veces como los Paduas, á los que difuntos yacian en las tinieblas del sepulcro, poseyó igualmente la inocencia y el espíritu de aquel prodigio de la gracia; si finalmente dió perfecta sanidad á los desahuciados que pisaban ya los umbrales de la muerte como los Cantalicios y Bailones, tambien tuvo la humildad y candor de estos dos héroes minoritas.

De suerte, que Dios se empeñó en hacerle un hombre ex-

traordinario, obrador de maravillas, y él trabajó toda su vida para ser hombre de prodigiosa santidad; el resplandor de sus milagros fué correspondiente á su portentosa virtud, y esta sirvió de realce y confirmacion á sus maravillas; los pueblos, testigos oculares de los milagros continuos que obraba, fueron al mismo tiempo espectadores fieles de sus virtudes, y estas les causaron mayor asombro que sus mismos milagros; los grandes de la tierra, en los que parece que tienen su centro las sospechas y las desconfianzas, estos potentados del siglo tributaban respetuosos honores á sus prodigios, porque se hallaban convencidos del tenor de su portentosa vida. Los vireyes de Sicilia, los magistrados, los duques, los prelados y todos los fieles de ambos sexos, absortos á vista de sus portentos, se maravillan aun mas al ver que este varon singular apénas pisó las primeras gradas de la juventud, cuando ya emulaba la sublime perfeccion de los Antonios, Hilariones y Pablos; al ver que en medio del tumulto de las gentes conservaba el recogimiento del mas perfecto solitario, y la mortificacion del penitente mas austero; al ver sus vigilias, sus ayunos, su humildad, su oracion, sus raptos, su comercio con el cielo, y los rayos de luz que salian de su rostro; al ver finalmente, que aquellas manos obradoras de tantas maravillas, que dan salud á los enfermos, lengua á los mudos, vista á los ciegos, piés á los tullidos, y vida á los muertos; que aquellas manos prodigiosas eran las mismas que se empleaban en los ministerios mas viles y despreciables del claustro, en limpiar las inmundas llagas de los leprosos, y en transportar el alimento preciso á los encarcelados. ¿Qué prueba mas decisiva de la verdad de sus milagros, que la evidencia de sus prodigiosas virtudes? ¿Qué señal mas clara de ser Benito el Taumaturgo de su siglo, que el verle practicar en todos los instantes de su vida los actos mas heróicos de perfeccion?

Él en su infancia pasa desde la misma cuna á los brazos de la virtud: en sus años juveniles poseyó la heroicidad de los mayores santos; y en su ancianidad conserva el mismo espíritu y las mismas virtudes: su inocente cuerpo estuvo siempre agobiado con las santas crueldades que practicó desde su tierna edad hasta los últimos suspiros: su corazon vivió siempre abrasado en los incendios de la mas ardiente caridad; y todos sus sentidos estuvieron siempre sujetos á las impresiones de la

gracia : él al fin fué un hombre que al primer paso llegó al término de la perfeccion, y en una edad sexagenaria continuaba todavía en caminar con igual fervor á vista de todo el mundo. ¿Podia darse testimonio mas auténtico, ni otra prueba mas eficaz para convencer á todos, que ver que sus milagros correspondian á sus virtudes, y que estas daban nuevo realce, y servian de apoyo y confirmacion á los portentos que obraba? Concluyamos, que la prodigiosa santidad de Benito dió nuevo lustre y autoridad á sus prodigios, y esta misma santidad hizo mas creíbles sus milagros. Esto fué lo que propuse demostrar en la primera parte. Ahora añado, que sus milagros sirvieron al aumento de su santidad, y le fueron ocasion y raíz de mayor perfeccion. Estoy en el

PUNTO SEGUNDO.

Por mas que la profana antigüedad adorne su historia con las mentidas maravillas, de que se gloría, para deslumbrar á los incautos : por mas que la Pitonisa de Endor atribuya á sus encantos la famosa aparicion de Samuel, y los hechiceros de Egipto multipliquen prestigios para remedar los portentos que obraba Moises : por mas que los soberbios paganos aplaudan los falsos milagros de un Apolino de Tianea, y Roma sea el teatro de las fingidas maravillas de Simon Mago ; solo Dios, dice el Angel de las escuelas, puede mudar las leyes del universo, y á él solamente pertenece escoger una criatura, comunicarla su poder, hacer de ella un Taumaturgo, y elevarla sobre toda la naturaleza ; entónces la sabiduría del siglo, el valor de los conquistadores, la habilidad de los políticos, la autoridad de los magistrados, la majestad del trono, la púrpura romana, toda la grandeza pierde su resplandor, y se eclipsa en presencia del hombre de milagros, á quien Dios ha escogido : este parece superior á los demas mortales, porque es depositario del poder del mismo Dios, y aun las criaturas insensibles, los elementos, el fuego, la tierra, el aire, el mar y el abismo escuchan con sumision el sonido de su voz.

De este modo se portó Dios con el incomparable Benito. Desde su nacimiento le propuso como un espectáculo extraordinario á todo el universo, imprimió en él los caractéres y señales de su poder divino, le revistió con la fuerza de su brazo,

puso en sus manos las llaves del cielo, y le enriqueció con los tesoros de su omnipotencia. En su presencia se postran las deidades sublunares, el mundo entero le tributa sus respetos, los pueblos, los monarcas, los obispos, los vireyes, los cardenales y los sumos pontífices le reverencian, y admiran los prodigios que obra en vida y en muerte, y su sepulcro se halla adornado de los trofeos que á su memoria han levantado el sacerdocio y el imperio.

¡Qué asombro, señores, ver á un pobre lego hecho árbitro, dueño y señor de todo el mundo, á cuya voz nada hay en la naturaleza capaz de resistir! Él manda, y al punto los elementos olvidan su natural inclinacion: el aire pierde sus malignas influencias, los vientos reprimen sus furiosos embates, la tierra mejora sus estaciones, el mar apacigua sus espumosas olas, el cielo se explica en abundantes lluvias, las criaturas mas insensibles se detienen ó se mueven á la voluntad de este Taumaturgo, y toda la naturaleza pasmada, atenta y obediente reconoce en él el poder del supremo Criador.

Seria poco haber tenido este imperio sobre las criaturas inanimadas, si no lo hubiera ejercido tambien sobre los mismos hombres. En efecto vieron á este varon portentoso caminar por las plazas, aldeas y ciudades populosas, llevando consigo las llaves de la vida y de la muerte. Le vieron atravesar toda la Sicilia, dejando en todas partes vestigios y señales de su mano milagrosa. Allí hace revivir á dos niños despues de muchas horas que habian espirado, y los restituye sanos á sus desconsolados padres. Aquí renueva el prodigio de san Pedro en el pórtico de Jerusalen, y hace caminar á un paralítico con el contacto de sus manos. Allí cierra el sepulcro, y libra de las fauces de la muerte á una matrona desahuciada entre los dolores del parto, y aun á otra mujer hidrópica que habia apurado en vano todos los arbitrios de la medicina. Aquí da vista á dos ciegos de nacimiento, y luego cura las calenturas mas pútridas y las llagas mas desesperadas con un sorbo de agua comun, ó dando á mascar á los pacientes una corteza de pan. Allí hace hablar á los mudos, oir á los sordos, y salir á los demonios de los cuerpos de los energúmenos que habian atormentado mucho tiempo. Ya se deja ver en los hospitales de los agonizantes, y á su vista huyen las fiebres malignas, y los enfermos quedan consolados y restituidos á una perfecta salud. Y para decirlo en

compendio, todos los lugares por donde pasa ven desaparecer los males que los afligian, ninguno invoca en vano su maravilloso poder; en una ciudad renueva los mismos prodigios que acaba de obrar en otra, y parecia que la naturaleza habia recibido órden de su Autor para obedecer en todo á Benito de Palermo: *In vita sua fecit monstrua, et in morte mirabilia operatus est.*

Taumaturgo y profeta á un mismo tiempo, rompe los velos que ocultan los sucesos de los siglos futuros, y queda todo patente á su vista: ve las revoluciones mas extrañas, y las mas singulares escenas que han de acaecer en la Iglesia y en el Estado. Reune su imaginacion las diferencias de los tiempos, señala con la mayor distincion sus circunstancias, y como si tuviera presentes todos los lugares, declara como Isaías y Jeremías lo que pasa en todas partes; los secretos del corazon se descubren á la penetracion de este Samuel, y como aquel Vidente del antiguo pueblo registra lo mas interior de las conciencias, él revela á unos, como Ecequiel, el funesto decreto de su muerte, y á otros anuncia, como Natan, sucesos prósperos y favorables.

Qué mas? Un hombre sin letras, educado en medio de las selvas, empleado en los ministerios económicos del claustro, sin haber cursado jamas las academias de Europa, habla el lenguaje de los sabios, discurre sobre los puntos mas delicados de teología, penetra los misterios mas altos de la religion, y descubre las verdades mas abstrusas, que no se alcanzan con el estudio de las letras; los varones mas famosos de su siglo, los oráculos que se habian hecho admirar en el concilio general de Trento, estos hombres que habian encanecido sobre los libros, le consultan en sus dudas: los pueblos acuden en tropel al retiro de su celda, ansiosos de oir las palabras de vida eterna que salen de su boca; la fama de su nombre vuela hasta los últimos confines de la Europa, y todos repiten admirados lo mismo que decian los doctores de la antigua ley, hablando del Salvador: *Quomodo hic litteras scit cum non didicerit?*

¿Quién creeria, oyentes, que un hombre cercado de tantos honores, lisonjeado de grandes y pequeños, y rodeado de los aplausos de un numeroso pueblo que acude á la voz de sus prodigios: un hombre, cuya gloriosa memoria todavía brilla en la oscura noche del sepulcro, y cada dia se manifiesta con nuevas maravillas, y cuyos inauditos portentos han volado por las dila-

tadas regiones del antiguo y nuevo mundo; quién creeria que este hombre, colocado en medio de las clamorosas voces de la tumultuaria muchedumbre que le aplaude, no expondria su virtud al peligro de la distraccion, su austeridad al riesgo de la tibieza, ó su humildad á los lisonjeros vapores de la vanidad? Sin embargo, acompañadle con la consideracion á las ciudades mas populosas, á la presencia de los vireyes, al palacio de los obispos, á las casas de los grandes, donde el ocio y las delicias se suceden mutuamente: seguidle por las calles y plazas mas públicas, centro y depósito de los placeres y de la disipacion, y le admirareis en todas partes el solitario mas perfecto y el religioso mas austero; y convendreis conmigo en que sus milagros contribuyeron al aumento de su santidad, y le fueron ocasion y raiz de mayor perfeccion.

No lo dudeis. Preséntanse á su vista el aparato ostentoso y pompa halagüeña del siglo, pero sin merecerle la menor atencion vive sosegado en el seno de la confusion, y silencioso en medio del estrépito; su alma se halla tan unida con Dios, que el mundo no tiene la menor entrada en su corazon: enajenado en las profundidades de una sublime contemplacion, camina por medio del tumulto olvidado de todo, desasido de la tierra, y tan absorto en las cosas del cielo, que no piensa sino en Dios, no suspira sino por Dios, no ve ni oye sino á Dios, como si en este vasto universo no hubiese mas que Dios y Benito. El bullicio tempestuoso del siglo que le embiste, no le impide sus rigurosos ayunos, su austeridad continua, el ejercicio de su oracion, el fervor de su devocion, la vigilancia de su celo, lo encendido de su caridad, ni su profundo recogimiento: él vive unido con Dios, y crucificado al mundo en medio del mismo mundo, y Dios se comunica con él con la mayor abundancia y liberalidad. ¡O famosas soledades de Egipto y de Tebaida! ¿podreis vosotras, mansion de los mas célebres anacoretas, presentarnos á la vista un ejemplo mas ilustre de perfeccion? Ah! Vivir en soledad retirado del bullicio del mundo, vivir en las cavernas subterráneas adonde no llegan los silbos lisonjeros de la sirena encantadora: esto lo han hecho gloriosamente los Arsenios, Romualdos, Hilariones y Pacomios; pero vivir en soledad en el mismo mundo, en medio de una Babilonia tempestuosa, en las ciudades de mas tumulto, y hasta en los palacios de los grandes sin arriesgar la santidad, estaba reservado para el

incomparable Benito de Palermo; la disipacion, el boato, las delicias y el estrépito de un siglo tumultuoso no pudieron turbar su recogimiento interior, su union con Dios, ni su amor á la penitencia: así como los aplausos, las honras y los obsequios de un mundo halagüeño no fueron capaces de alterar su profunda humildad.

En efecto, Benito se vió elevado al mas alto grado de reputacion: los pueblos se postran á sus piés para implorar su proteccion, los enfermos convalecidos, los ciegos que recobran la vista, y los muertos resucitados publican á gritos sus maravillas: los grandes aplauden su poder, el mundo entero asombrado con sus milagros pregona sus elogios, los prelados, los vireyes, los duques y marqueses, lo mas alto y sagrado del sacerdocio, lo mas encumbrado y augusto del siglo, todos obsequian y panegirizan públicamente sus portentos; pero estas aclamaciones tan lisonjeras, léjos de deslumbrar y de engreir su corazon, le sirvieron para humillarle y confundirle mas. De sus universales aplausos apela al tribunal de su conciencia, y llora amargamente la ceguedad de unos pueblos empeñados en tributarle alabanzas, que solo merece el supremo Criador: se llena de congoja, gime y se aflige porque no puede persuadirles que las maravillas que le ven obrar son únicamente dádivas graciosas del Omnipotente; se duele porque no le creen que él no tiene parte alguna en los milagros que tanto ponderan, y solo se consuela cuando resarce sus importunos honores con los abatimientos y humillaciones que inventa.

Representaos, cristianos, á este hombre singular hecho la admiracion y asombro de los pueblos; poderoso en obras y palabras; aclamado en todos los contornos de Sicilia, Nápoles y España; famoso en la opinion de los grandes y pequeños; el profeta que vaticina á las naciones sus futuros destinos; el Taumaturgo á quien obedece la naturaleza; el justo á quien Roma prepara ya altares y dispone templos; preguntadle qué piensa de sí, y os dirá que es un pecador miserable, digno de ser el oprobio y el desprecio de las criaturas. Si considerais sus acciones, todas son una serie de humillaciones, y una cadena de abatimientos; vedle huyendo de los aplausos que le ganan sus milagros, á los últimos rincones del claustro; vedle ocupado diariamente en los ministerios mas bajos y despreciables de la comunidad: vedle como el mas miserable pordiosero mendigan-

do dia y noche de puerta en puerta el alimento necesario para los religiosos de su convento; vedle... ¿Pero qué no veriais en un hombre extraordinario, nacido para la virtud, y que habia levantado en el fondo de su corazon el imperio de la humildad? ¿Son estos los efectos maravillosos que causan en Benito de Palermo los honores y las aclamaciones que por todas partes le cercan á vista de sus milagros? Sí por cierto, católicos: los prodigios y las maravillas que ha obrado, y los aplausos que se ha merecido solo han servido para aumentar, acrisolar y perfeccionar su santidad.

Confesemos pues que los milagros de san Benito de Palermo debieron su mayor aplauso, su mayor esplendor y su mayor gloria á su prodigiosa santidad, así como su santidad debió su mayor aumento y su mayor mérito á sus milagros; la santidad de Benito fué la prueba, el apoyo y el argumento de sus milagros, porque ella misma hizo mas creíbles sus milagros, y de ella le resultó mayor autoridad y mayor aplauso, y sus mismos milagros acreditaron su santidad, porque contribuyeron al aumento y á la perfeccion de su virtud, y fueron ocasion y orígen de mayor santidad. Por eso para pintar á san Benito de Palermo con un solo rasgo, y ceñir su elogio á las palabras de mi tema, concluyo que este grande hombre tan obrador de maravillas y prodigios, fué igualmente santo que milagroso: *In vita sua fecit monstrua, et in morte mirabilia operatus est.*

Santo mio, por tu nacimiento perteneces á Sicilia: por inclinacion eres hijo del patriarca de Asís; pero la piedad de tus devotos te reconoce por patron, abogado y protector: mira con propicios ojos desde el cielo donde habitas á esta ilustre confraternidad: extiende sobre ella tu mano fecunda en milagros para que se conserve con el mismo espíritu y fervor. No te olvides de este pueblo devoto que fija en tu proteccion toda su prosperidad: alcánzale por tu medio los auxilios y gracias que necesita para conducirse por las sendas rectas, merecer el premio eterno, y alabar á Dios en vuestra compañía por toda una eternidad. Amen.

SERMON

DE SAN BERNABÉ APÓSTOL.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

CUÁL DEBE SER EL DESEO DE LOS MINISTROS DEL SEÑOR, Y CÓMO DEBEN CORRESPONDER LOS FIELES Á LA PREDICACION DE LA DIVINA PALABRA.

Erat vir bonus, et plenus Spiritu Sancto et fide. Et apposita est multa turba Domino.

Era Bernabé un hombre bueno y lleno del Espíritu santo y de fe. Y se adquirió gran multitud de gente para el Señor.

Actor. c. 11. v. 21.

Escrito está en los Hechos de los apóstoles el elogio de san Bernabé, y nada puede añadirse que pueda engrandecer mas á este santo, ni que pueda compararse con lo que se nos dice en los sagrados libros. *Bernabé era un hombre bueno, y lleno del Espíritu santo y de fe. Y se adquirió gran multitud de gentes para el Señor.* Así nos da á conocer san Lucas á ese esclarecido objeto de nuestros cultos. ¿Y qué mas puede decirse de un varon apostólico, de un discípulo de Jesus, de un hombre que tomó á su cargo predicar el Evangelio y llevar la religion del Crucificado á los idólatras y gentiles? ¿Qué otras cualidades se requieren en los ministros del Señor para anunciar con fruto su palabra y extender con celo su reino sobre la tierra? ¿No es su mision el ganar almas para Dios? Pues san Bernabé á costa de viajes, trabajos, fatigas, persecuciones y tormentos ganó multitud de gentes para el Señor, sin que en su celo tomase parte alguna la ambicion, el deseo de los honores, de las riquezas, de una fama mundana, ni de nada de cuanto estima el mundo. Trabajó sin descanso por extender la luz del Evangelio; pero solo

por ganar almas para el Señor y sin pretender ganar nada de la tierra para sí, adquiriéndose con el trabajo de sus manos lo necesario para su sustento.

Los ejemplos, la virtud, la vida irreprensible y la inocencia y pureza de costumbres son indispensables en el varon apostólico, y no hay cosa con que puedan suplirse. El celo mas fervoroso será estéril si no se acompaña con una vida santa y si no se puede persuadir mas con el ejemplo propio que con las palabras. Será infructuoso y estéril, si las gentes ven que una cosa se manda y predica, y se hace la contraria. La primera obligacion del varon apostólico, es practicar la religion ántes de predicarla; ser virtuoso y santo para poder persuadir á los demas que lo sean. San Bernabé era un hombre bueno, lleno del Espíritu santo y de fe.

Demos una ojeada por la historia de su vida y hallaremos comprobado el elogio que se nos da hecho de él por san Lucas en su libro de los Hechos de los apóstoles, y aprenderemos para nuestra edificacion y aprovechamiento cuál debe ser el deseo de los ministros del Evangelio, y cómo deben los fieles corresponder á la predicacion de la divina palabra.

Todo don perfecto viene de vos, Dios mio, sin cuyo auxilio no podemos empezar, ni continuar, ni concluir cosa alguna buena; dispensadnos los que necesitamos y os pedimos por la intercesion de María Santísima. *Ave María.*

Erat vir bonus...

Ganar almas para Dios. ¿Qué obra tan grande, hermanos mios! ¡En qué mejor puede ocupar el hombre sus talentos y sus afanes! Aunque le ofrezca todo el mundo con sus riquezas y tesoros, aunque se ocupe el hombre en enriquecer los santuarios del Señor ¿le será tan grato como presentarle almas, por quienes derramó su sangre en el Calvario? Sentirse movido del espíritu de Dios, llamado y elegido por Dios para anunciar sus preceptos, y no buscar en esta empresa ni el honor propio, ni la vanidad, ni las riquezas, ni la fama, ni las comodidades y regalos; no buscar sino la gloria de Dios y la salud de las almas, y emprenderlo todo, arriesgarlo todo y sufrirlo todo por la salvacion de las almas. Este es el carácter de un hombre verdaderamente apostólico. El que busca en el santuario la codi-

cia, el que busca su gloria y sus aplausos, el que en el ejercicio del sagrado ministerio rehusa las empresas oscuras de que solo resulte la satisfaccion sólida de haber cumplido con la virtud, y no prometan modos de contentar á la vanidad; aquellas en que solo haya almas que conquistar y no fama que adquirir, ganará tal vez los afectos y las almas; pero no para Dios, sino para sí mismo. Aunque viésemos en la Iglesia de Dios hombres de mayor ingenio, de mayor capacidad, de mayor doctrina que los que se vieron en los primeros tiempos del cristianismo; aunque tuvieran la ciencia de los Basilios, de los Atanasios, de los Agustinos, de los Gerónimos, serán grandes ingenios, grandes oradores, grandes doctores, grandes maestros y oráculos de las naciones. Serán la admiracion, el asombro, el pasmo de su siglo; lo serán todo, pero si no buscan únicamente la gloria de Dios y la salvacion de las almas en el desempeño de su ministerio, no serán apóstoles y ministros de Jesucristo; y si lo son, serán unos apóstoles de pompa y ostentacion, unos apóstoles de vanidad y mundanalidad, unos apóstoles de fausto y opulencia; pero no serán apóstoles de salud y de gracia, apóstoles obradores de mudanzas y conversiones. Serán aplaudidos generalmente, suspenderán á su auditorio, gustarán al entendimiento de los oyentes, ganarán los corazones para sí mismos, pero nada ganarán para Dios. Serán apóstoles para sí mismos, pero no serán apóstoles para Jesucristo.

Es pues el primer cuidado, la primera virtud del varon apostólico, la primera obligacion y sin la que serán inútiles sus esfuerzos y tareas, temer y huir de la gloria del mundo, abatirse, humillarse, olvidarse de sí mismo, no querer ni desear nada para sí, sino pensar solamente en la salvacion de las almas y buscarlas para Dios no tanto con sus palabras y discursos, cuanto con sus ejemplos y virtudes, enseñando en sí mismo las verdades que anuncia.

Así se preparó san Bernabé para su ministerio, y con razon se nos dice: Era un hombre bueno, lleno del Espíritu santo y de fe. Era jóven cuando sus padres le enviaron desde Chipre, donde nació, á Jerusalen, para que bajo el magisterio del célebre Gamaliel se instruyese en las letras y Escrituras santas, y ya se dió á conocer por su modestia, su aplicacion, su prudencia y buen juicio. Su cuidado principal era hacerse digno del ministerio del templo á que estaba destinado, como nacido de la

tribu de Leví, por la pureza de sus costumbres, por su asistencia al templo, por su oracion frecuente y la lectura de las Escrituras sagradas. Comenzó Jesus á manifestarse al público. Oyó Bernabé su doctrina; presenció sus milagros, se hallaba presente al que hizo con el paralítico, y como no le obcecaba el interes, ni le detenian las pasiones; como estaba instruido en lo que habian anunciado del Mesías los profetas y suspiraba tanto por él, prevenido de la divina gracia, reconoció á Jesus por el enviado de Dios, se postró á sus piés y le suplicó que le admitiese en el número de sus discípulos. El Señor le recibió y llenó tambien su alma de aquellas gracias con que favorece á sus escogidos, y con que sabe corresponder á los que eligen el servirle.

Fué uno de los setenta y dos discípulos del Señor, y lleno de celo con la mision que le dió su divino Maestro, recorria las villas y aldeas anunciando que Jesus era el Mesías y confirmando con milagros su predicacion: pero ántes, lleno de celo y caridad, quiso dar parte á su familia del tesoro que habia encontrado, y empezar su ministerio por su misma casa. Era tia suya María, hermana de Juan, por sobrenombre Marco, que vivia en Jerusalen; la instruye de que habia hallado al Mesías en la persona de Jesus, se convierte ella y toda su familia, y desde entónces aquella casa fué el hospedaje de Jesus en Jerusalen y el asilo de sus apóstoles y discípulos.

El escándalo de la cruz, la muerte afrentosa que hicieron sufrir sus enemigos al enviado de Dios, no entibió el amor ni el celo de san Bernabé, le aumentó mas bien y le fortificó. Permaneció en el ayuno y la oracion, bajó sobre él el Espíritu santo, y desde entónces ya no quiso otra herencia ni porcion que á Jesus. Vendió la rica posesion que tenia cerca de Jerusalen, puso todo su precio al pié de los apóstoles, se desembarazó de todos los cuidados terrenos para entregarse mas libremente á procurar la honra de Dios. Así se preparó con una vida santa, pura, llena de fe, con una vida irreprensible para desempeñar el ministerio apostólico, á que era destinado y llamado por el Señor, para poder anunciar el Evangelio y ganar almas para Dios.

Desde el momento que recibe el Espíritu santo se ocupa todo en anunciar á Jesus con aquella dulzura, aquella afabilidad, con aquel genio apacible y bondadoso que le era tan propio, y por

lo que los apóstoles le dieron el nombre de Bernabé, que quiere decir *hijo de consolacion*, por el don particular que tenia para tranquilizar los corazones, consolar á los afligidos y endulzar las pesadumbres.

Saulo se declara abiertamente contra los discípulos de Jesus; Bernabé le habla, le instruye, se vale de las relaciones de su amistad por haber estudiado juntos con Gamaliel, le prueba la divinidad del Salvador. Vos, Señor, os habíais reservado esta famosa conquista para vos mismo, y el manifestar que era el vaso de eleccion : pero Bernabé es el confidente y el recurso de Saulo. Despues que volvió á Jerusalen le busca, le hace relacion de cuanto le ha sucedido en el camino de Damasco y con Ananías, y le ruega que le presente á los apóstoles instruyéndoles de su conversion y sus disposiciones.

Algunos años despues pasó Bernabé á Antioquía, por órden de los apóstoles, para que fortaleciese en la fe á aquellos nuevos creyentes. No descansa el celo activo y fervoroso de Bernabé. No lleva otro deseo ni otro fin que predicar á Jesucristo y ganarle las almas. No es de aquellos ministros del santuario que dan lugar en su corazon á miras particulares de interes y de codicia; que hacen obsequios y servicios á los que pueden premiárselos, y abandonan el cuidado de aquellos que no tienen otros bienes que un corazon que ofrecer á Dios; que saben disimular y tolerar los pecados cuando tienen algo que temer ó esperar del pecador; que tienen la bajeza de ofrecer á los grandes servicios, que niegan con dureza á los pequeños y gente comun, que solo piensan en granjearse la estimacion pública, dejando á otros el cuidado de mover y convertir; que se dejan poseer de la pereza é indolencia y se asustan del trabajo, acobardados del mal y las molestias que es preciso sufrir; que se sobrecogen de temor y retroceden á la vista del menor peligro. A Bernabé nada le detiene, nada es capaz de entibiar su celo. Se deja ver en Antioquía y obra en poco tiempo prodigiosas conversiones; predica con libertad y sencillez á Jesucristo; se aumenta considerablemente la mies y él busca tambien mas obreros. Pasa á buscar á Pablo que despues de su conversion se habia retirado á Tarso de Cilicia, y le trae consigo á Antioquía. Un año trabajaron los dos con tanto fruto y tanta felicidad, que allí comenzaron á llamarse cristianos los que creían en Jesucristo, sin avergonzarse ya de confesarle públicamente

y gloriándose de su Evangelio. Los cristianos de Antioquía no podian mirar sin compasion las necesidades y privaciones que pasaban los fieles de Judea. Reunieron sus limosnas y Bernabé y Pablo aceptaron el encargo de ir á Jerusalen á llevar estos socorros. A su vuelta este ambicioso siervo de Jesucristo se trajo consigo á su primo Juan, por sobrenombre Marco. Trabajaba sin descanso en Antioquía; pero el Señor le tenia preparados mayores trabajos, mayores conquistas y mayores glorias, un campo mas dilatado correspondiente á la extension de su celo y su fervor.

Estaban reunidos los ministros del Señor para celebrar los divinos oficios, y el Espíritu santo les dijo: *Segregadme á Saulo y á Bernabé para el ministerio á que yo los he destinado.* Quiso el Señor, y lo manifestó milagrosamente, que fueran á anunciar el Evangelio á los gentiles. Fueron consagrados y elevados á la dignidad de apóstoles por la voluntad del Señor é inspiracion del divino Espíritu, por medio de la imposicion de las manos y ordenacion de los santos de Antioquía. Salen llenos de esfuerzo y de valor, llenos de los dones del Espíritu santo, resueltos á exponerse á todo, á sufrirlo todo por la conversion de las almas. Llegan á Seleucia, pasan á la Isla de Chipre, predican la fe de Jesucristo en Salamina y en el resto de la isla con abundante fruto. Se encaminaron á Panfilia, á Perge, continuaron al Asia y llevaron el Evangelio á Antioquía de Pisidia. Fueron á Iconia, á Listria, corrieron toda la Licaonia y la Pisidia, llegaron á Panfilia, predicaron en Perga, en Atalia, y volvieron á Antioquía. En todas partes obraron grandes milagros, consiguieron muchas conversiones, fundaron iglesias y dejaron sembrada la fe. Tuvieron que sufrir el ser apedreados, arrojados de las ciudades, ser tenidos por impostores; pero ganaban almas para Dios y esto compensaba todos sus trabajos y persecuciones.

En Antioquía no dió treguas á su infatigable celo; hizo sus viajes apostólicos á la Tracia y hasta la Iliria, haciendo siempre grandes conquistas para Jesucristo. La pretension de judíos convertidos, de conservar y unir á la observancia del Evangelio las ceremonias de la ley de Moises, dió ocasion al concilio de Jerusalen á que asistieron Pablo y Bernabé, donde hicieron relacion de los progresos que hacia la fe entre los idólatras y la fe-

licidad con que iban levantándose iglesias, y fueron reconocidos por apóstoles de los gentiles.

Vueltos á Antioquía, no pudo contenerse su fervoroso celo en tan estrechos límites. Bernabé en compañía de Juan Marco su discípulo, partió para Chipre y muy pronto convirtió á toda la isla y se llegó hasta Italia, gloriándose la célebre iglesia de Milan de tenerle por su fundador y primer obispo. Confirmó en la fe á los fieles de Chipre con sus exhortaciones y ejemplos, y recibió con gozo la muerte que le hicieron sufrir los enemigos de Jesucristo arrastrándole furiosamente hasta fuera de la ciudad de Salamina, y concluyendo con su vida á pedradas.

Lo sufrió todo por la salvacion de las almas; por adquirir, como lo hizo, *gran multitud de gente para el Señor*; consumó su gloriosa carrera con su muerte en defensa de la fe, y desempeñó su ministerio apostólico con los grandes ejemplos de una virtud que edifica, persuade y gana los corazones: *siendo un hombre bueno, lleno del Espíritu santo y de fe.* Tal debe de ser el ministro fiel del Señor, y á procurar su gloria y la salud de las almas es á lo que deben encaminarse sus deseos.

Los fieles tambien deben corresponder á la palabra divina que el Señor les anuncia por boca de sus ministros. El Señor es el que habla en sus sacerdotes, y el que los desprecia, desprecia á Jesucristo; el que los oye, oye á Jesucristo. El que no atiende á los sacerdotes y ministros que el Señor le envía para que le amonesten é instruyan, no atenderia tampoco á los que resucitasen despues de haber estado en el otro mundo y le dijesen las mismas verdades. El Señor, celoso siempre de conservar y aumentar su Iglesia, tiene cuidado de enviar profetas, maestros, doctores y predicadores. ¡Ay de aquellos que los desprecian, que los persiguen, que los atormentan y crucifican! ¡Ay de aquellos que los hacen morir por no sufrir la molestia de sus amonestaciones! ¡Ay de aquellos que están continuamente resistiendo al Espíritu santo! ¡Que oyen la palabra de Dios y endurecen su corazon! ¡Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan! San Bernabé, san Pablo, los apóstoles y demas santos predicadores del Evangelio le anunciaron al mundo y muchos los creyeron, y otros se obstinaron en sus errores, en sus ignorancias, en sus vicios, y cometieron el crímen detestable de perseguir y quitar la vida á los enviados del Se-

ñor. ¿Habrá quien se atreva á seguir este detestable ejemplo?

Si la vida de los ministros del Señor no es tan pura como debiera; si no son santos y tan llenos del celo y espíritu de Dios como san Bernabé, no por esto serán excusables los que no oyen con docilidad y observan la palabra de Dios: no por esto deben dispensarse de oirla con fruto y ser dóciles á lo que anuncian los sacerdotes, por pecadores é indignos que ellos sean.

Hoy, hermanos mios, no se oyen, es verdad, aquellas palabras llenas de uncion y de dulzura con que anunciaba á las gentes san Bernabé el Evangelio de Jesucristo, pero nos habla y predica con su ejemplo; el recuerdo de su santa vida nos dice mas que cuanto pudiera decirnos con su boca. ¿Queremos honrarle, venerarle y serle verdaderamente devotos? Sigamos sus ejemplos, observemos la doctrina que anunció, la misma que hoy se anuncia en la Iglesia de Jesucristo; la única que dará el reposo y la salud á nuestras almas, la única que puede hacernos dichosos en la tierra y eternamente felices en el cielo. Amen.

SERMON [1]

DE SAN BERNARDO.

(DE GONZÁLEZ.)

SAN BERNARDO DIFUNDIÓ POR EL ORBE LA SABIDURÍA CELESTIAL CON QUE EL CIELO LE HABIA ADORNADO.

Spiritu intelligentiæ replebit illum : et ipse tanquam imbres mittet eloquia sapientiæ suæ.

Le llenará de espíritu de inteligencia : y él derramará como lluvia las palabras de su sabiduría.

Eccli., c. 39. *vv.* 8 *y* 9.

Siendo por lo general tan dulce la satisfaccion que experimentan los hijos al escuchar una exacta relacion de las acciones gloriosas de sus padres; cuánto mas deliciosa será la que experimentan los cristianos que aspiran á la perfeccion del Evangelio, al oir la historia de las virtudes mas sublimes, del celo mas ardiente por la gloria de Dios y la salvacion de las almas, de la vida en extremo austera, penitente, espiritual y laboriosa de aquellos héroes que con sus instrucciones y ejemplo los han colocado en la senda de la inmortalidad despues de haberla puesto llana y expedita? Para conocerlo de algun modo no necesitamos sino atender al extremado regocijo que manifiestan estas vírgenes religiosas al promover el honor, y publicar las glorias del celebérrimo patriarca san Bernardo. A pesar de la triste situacion en que se encuentran, descuidan enteramente todo cuanto pueda conducir al remedio de las necesidades que las afligen, y se esmeran en el modo posible, y á costa de sacrificios sumamente penosos, en solemnizar los religiosos cultos en que la iglesia nos recuerda los relevantes méritos con que aquel gran santo se hizo acreedor á la gloria que actual-

(1) *Predicado en la iglesia de monjas Bernardas de Segovia.*

mente disfruta. Mas esta consideracion me confunde é intimida en gran manera; porque, cómo es posible que yo satisfaga los justos y plausibles deseos de las hijas de un héroe tan inimitable, hallándome destituido del talento, de la ciencia y de la virtud, cualidades indispensablemente necesarias para realizarlas? Sin embargo, no desmayaré por eso: colocado en esta sagrada cátedra con el fin de publicar las virtudes de san Bernardo, trataré de presentárosle, en el modo que me lo permita la debilidad de mis fuerzas, como un prodigio de ciencia y de virtud destinado por la providencia del Señor para propagar una y otra entre los cristianos; demostrando al mismo tiempo que durante su vida desempeñó con toda exactitud un ministerio tan interesante como glorioso. En el discurso de mi oracion os ofreceré ocasiones de admirar á Bernardo iluminado prodigiosamente con la brillante antorcha de la sabiduría celestial: *spiritu intelligentiæ replebit illum:* y trabajando infatigable y con el éxito mas feliz para difundirla por los diversos estados del cristianismo: *ipse tamquam imbres mittet eloquia sapientiæ suæ.*

Dignaos, Señor, comunicarme alguna pequeña parte de esa clarísima luz, á fin de que haciendo admirar á mi auditorio tan prodigiosas virtudes, excite en él un eficaz deseo de imitarlas. Así os lo pedimos por la intercesion de vuestra madre purísima y nuestra protectora. *Ave María.*

Spiritu intelligentiæ....

Cuando el Señor, justamente indignado por los pecados de su pueblo, le aflige y parece oprimirle con el peso de las tribulaciones, es impelido, por lo comun, mas bien por su misericordia que por su justicia: léjos de tratar de abandonarle en su desgracia, y sumergirle en el abismo de la desesperacion, pretende principalmente fijar su atencion, abrir los ojos de su alma, obligarle á conocer su extravío, y reducirle al camino de la felicidad. Cuando las abominaciones y la idolatría condujeron á los judíos á la dura é insoportable esclavitud de Faraon en el Egipto, bien distante estaba el Señor, cuya providencia lo habia dispuesto así por uno de sus admirables designios, de querer acabar por este medio con una nacion que él mismo

habia escogido entre todas para objeto principal de su amor y de sus mas apreciables favores; al contrario, le preparaba para una libertad gloriosa, para una prosperidad completa, para vencedor de los reyes mas poderosos, y de los mas aguerridos ejércitos; para dueño y poseedor de un país cuyas delicias y fertilidad le hacian el símbolo é imágen del cielo. Al efecto envia á Moises, hombre lleno de espíritu, adornado de una sabiduría, de un poder, de una virtud.....

Pero mi objeto en este dia no es precisamente recordar las miras benéficas de la Providencia divina para con el antiguo pueblo de los hebreos, sino hablar de los imponderables beneficios por cuyo medio ha querido proporcionar al pueblo cristiano la felicidad verdadera. Sumergido este en el abismo de la ignorancia, esclavizado por las pasiones, y entregado á una relajacion monstruosa y casi universal, parecia caminar precipitadamente hácia su completa ruina; mas el Señor, compadecido de su miseria, resuelve sacarle de su abismo enviándole al intento un nuevo Moises, un Bernardo revestido, por decirlo así, de su mismo espíritu, adornado de un talento extraordinario, y bañado por los resplandores mas brillantes de una ciencia sublime, de una sabiduría admirable, de una virtud eminente : *spiritu intelligentiæ replebit illum.*

Así es : al concluir el siglo once envía Dios al mundo este astro en extremo luminoso. Bernardo desde su mas tierna edad descubre una rara disposicion, una propension indestructible á la carrera de las letras : desea adornar su entendimiento con la ciencia; no con esa ciencia del mundo que sin dejar conocer al hombre su ignorancia, sirve solo para fomentar el espíritu de la soberbia; sino con la ciencia y sabiduría de los cielos; con aquella sabiduría que, demostrando al hombre su debilidad, su miseria, su nada, le humilla, le hace buscar en solo Dios, que es la verdadera fuente de todos los bienes, la fortaleza, la sólida virtud : en una palabra, con una sabiduría semejante á la del Apóstol que, habiendo sido arrebatado hasta el tercer cielo en que se le descubrieron los mas sublimes y profundos misterios, asegura no saber otra cosa que á Jesucristo crucificado.

No es extraño; porque si la muerte le privó en su niñez de de su madre que, instruida por el cielo de los designios de la Providencia con respecto á este hijo predilecto, se esmeraba en proporcionarle una educacion correspondiente á su desti-

no ; y parecia quedar, por tanto, expuesto á que se apoderára de su corazon la inclinacion á la nobleza, á las diversiones, á los placeres del palacio de su padre; el Señor, que velaba cuidadosamente sobre él para impedir su desgracia, se le aparece una noche de Natividad en el estado de pobreza, de abatimiento, de humildad, de mortificacion en que habia venido al mundo. Bernardo enternecido, arrebatado de admiracion, de gratitud y de amor hácia un Dios que á tantas miserias se ha sujetado por hacerle feliz, no sabe, no puede separar de su imaginacion esta idea : en ella se ocupa dia y noche : no hay libro mas instructivo y edificante para él. Allí bebe sin cesar, y en la mayor abundancia los conocimientos mas sublimes é interesantes : allí conoce toda la elevacion de su destino, toda la debilidad y corrupcion de su naturaleza, todo el objeto del amor y de la misericordia de Dios : allí descubre los misterios de que no puede llegar á penetrarse el soberbio filósofo : allí mira la insubsistencia, la falacia, la nada de todos los bienes del mundo, los lazos y peligros que le exponen, el veneno cruel que en ellos oculta y trata de hacerle beber un pérfido enemigo, un vil y maligno adulador á quien él desprecia, aborrece y declara la mas sangrienta y obstinada guerra. Ya el mundo no existe para él : sus glorias, sus riquezas, sus placeres, léjos de tener algun atractivo, le horrorizan, le obligan á investigar y poner en práctica todas las precauciones necesarias para evitar la caída en sus redes : y cuando los miserables sabios segun el mundo, aquellos hombres que con el brillo de una ciencia superficial arrebatan la admiracion de sus semejantes; cuando estos presumidos sabios, sin poder ni saber descubrir los peligros, dan frecuentes y lastimosas caídas en los lazos mas funestos con pérdida del honor, de la virtud, y hasta de la fe sin cuyo auxilio es absolutamente inevitable su eterna confusion y desgracia; Bernardo descubre con la mayor facilidad todos los peligros; los evita; triunfa completamente de los sagaces y poderosos enemigos que se los proporcionan; y sus triunfos arrebatan la admiracion y aclamaciones de los espíritus celestiales, y las bendiciones y el amor de todo un Dios.

Nada diré, por no ofender á los oídos castos de sus hijas y demas oyentes, de la señalada victoria que con un solo grito de horror y detestacion consiguió de aquella miserable, que de improviso le presenta el demonio revestida de todos los encan-

UNIVERSIDAD BIBLIOTECA

tos, gracias y adornos á cuyo atractivo parece imposible que pueda resistir la debilidad humana. Bien sabido es que, si la vista curiosa pero inadvertida del rostro de una mujer empieza como á excitar en su corazon el detestable fuego de la lascivia, en el momento que lo advierte se arroja con precipitacion en un estanque de agua congelada, sin resolverse á salir de él hasta que conoce haberse apagado aquel incendio sin quedar la mas leve chispa. Apénas se ve libre de este peligro, hace, como otro Job, un pacto solemnísimo con sus ojos y con todos sus sentidos para que jamas puedan dirigirse á objeto alguno capaz de excitar una pasion tan perjudicial; y ved aquí á Bernardo sin ojos, sin oídos, sin paladar, sin lengua, sin manos, sin piés para gozar las cosas del mundo. Los sabios segun la carne miran con el mayor desprecio semejante conducta, al mismo tiempo que Bernardo se llena de una tierna compasion al ver tan funesta ignorancia: diferencia cuya causa es el que aquellos tomaban sus conocimientos de las fuentes corrompidas del siglo en que todo es error, tinieblas, ignorancia; y Bernardo los adquiria en el manantial purísimo de la verdad y de la sabiduría. Así es que sin otra escuela que un sombrío desierto; sin otros maestros que las hayas y las encinas; sin otro estudio que un ímprobo y continuado trabajo, y una meditacion profunda y nunca interrumpida; sin otros libros que la cruz del Salvador, la Escritura santa y las obras de los Padres; se vió lleno del espíritu de sabiduría; de aquella sabiduría que se pone de manifiesto en sus escritos inmortales, justamente admirados de todos los sabios cualesquiera que sean sus opiniones; recomendados por todos los obispos; elogiados por todos los historiadores, y buscados con ansia por todos los ministros de la religion. No puede ponerse en duda; el mismo Dios inspiró á Bernardo su prodigiosa sabiduría: *spiritu intelligentiæ replebit illum.*

Ahora pregunto; esconderia este sabio un tesoro tan apreciable como si temiera exponerle? Ah! *et ipse tamquam imbres mittet eloquia sapientiæ suæ:* conoce muy bien que el cielo no se le ha concedido precisamente en beneficio suyo, sino ademas para bien de sus hermanos y de la iglesia toda. Semejante á una nube tempestuosa que apenas se divisa en sus principios, pero que dilatada con extraordinaria rapidez, derrama en abundancia por todas partes sus aguas, con las que fertiliza to-

da la tierra; ó como el astro luminoso del dia que, apénas aparece, despide sus brillantes rayos iluminando al golpe el inmenso horizonte; así Bernardo sin necesidad de nuevos impulsos aparece en el mundo lleno de la sabiduría del cielo, y al punto extiende por todo el orbe sus clarísimos resplandores. A su presencia se desvanecen las tinieblas de la ignorancia y del error; la fe y la religion como que adquieren su primitivo lustre y engrandecimiento; huyen despavoridas la discordia y las rivalidades que abrigaban los fieles; el cristianismo, espantosamente dividido hasta entónces, recobra la union, la paz, la seguridad: el vicio, la disolucion, el desenfreno pierden el poderoso ascendiente que tenian sobre los mortales, y ocupan su lugar el amor al retiro, á la oracion, á la penitencia, á la virtud.

Su ministerio da principio con los auspicios mas felices; gana para Dios á treinta de sus conciudadanos, entre los que tiene la satisfaccion de contar á cuatro de sus hermanos; ó por mejor decir, á todos cinco y á su mismo padre. Tal era la dulzura de sus palabras, y tan irresistible la fuerza de su persuasion, que habiendo ya convenido con toda su familia en que el hermano menor quedaria en compañía de su padre para conservar el brillo, la opulencia y los derechos de la casa, y diciéndole al despedirse para marchar al desierto, que él quedaba encargado y dueño de todo, pues le cedian todos sus derechos, y le declaraban heredero de cuanto pudiera pertenecerles en el mundo, "bueno es eso, le contesta el jóven enternecido; dejarme á mí la tierra que ha de devorarme, y tomar para vosotros el cielo que ha de haceros inmortales!" Esta reflexion, á que dieron lugar las palabras de Bernardo, produjeron tal efecto en el jóven que, tan luego como se lo permite la edad, abandona sus posesiones, sus títulos, su rango, sus honores, sin que nada sea capaz de detenerle; y siguiendo el ejemplo de Bernardo, acompañado de su padre y hasta de su hermana, se despide para siempre del mundo, y se consagran todos á Dios en la práctica de la vida monástica.

Ilustre abadía del Cister; depon tus temores de ser sufocada en la cuna: muchos obstáculos se presentan á tu futura existencia, es verdad; pero no temas, que un hombre, cuyo celo le eleva sobre su misma naturaleza, sabrá desvanecerlos completamente.

El célebre san Roberto, angustiado al ver la excesiva relaja-

cion introducida en el monasterio de Benedictinos cuyo hábito vestia, determinado á refrenar el desórden, y á restablecer en su primitivo vigor aquel instituto, se resuelve á reparar una brecha tan funesta retirándose al desierto del Cister con unos veinte de sus compañeros: al efecto emprende un género de vida toda espiritual, laboriosa, en extremo mortificada; pero esta misma austeridad, léjos de atraer, alejaba de su seno á unos hombres habituados á las comodidades, á los placeres, á la vida mundana; de suerte que el santo fundador temia ver próxima la ruina de su fundacion. En este conflicto se incorpora en ella Bernardo por disposicion de la Providencia; y todo cambia de aspecto. Bernardo hace amables las mayores austeridades: Bernardo atrae á los desiertos mas espantosos no solo á los miserables, sino á aquellos que estaban acostumbrados á vivir en la abundancia y en la prosperidad: Bernardo gana para Dios un número tan crecido de almas, que en el espacio de dos años fué preciso fundar dos nuevas abadías donde se recogieran.

Aquí no puedo ménos de llamar vuestra atencion hácia su inimitable humildad: rehusó constantemente el honor de la abadía que le ofrecian á los dos años de su profesion; mas á pesar de su resistencia fué elegido abad del Claraval, de aquel árido y espantoso desierto que, cultivado por su celo, se transformó en un ameno vergel que exhalaba por todas partes la fragancia de las virtudes mas preciosas; en el terreno mas fértil en que se multiplicaban prodigiosamente los mas sazonados frutos. En pocos años reune hasta setecientos novicios, y acrecentándose de dia en dia el número con una rapidez asombrosa, se difunde el nuevo instituto por los reinos de Francia, Italia, España, por todo el orbe cristiano: en todas partes se edifican monasterios, á cuyo abrigo acuden los sabios, los nobles, los grandes de todas las naciones; circunstancia que proporciona á este patriarca ilustre la dulce satisfaccion de ver ántes de su fallecimiento colocadas en mas de cuarenta de sus hijos la tiara, las púrpuras, las mitras, sin que (y vuelvo á llamar vuestra atencion sobre su humildad) fuera posible obligarle á tomar para sí alguna de aquellas, por mas que lo solicitasen con ansia muchas iglesias.

No se crea por eso que se entregó á una ociosidad criminal: desechaba los honores y dignidades, pero se reservaba el tra-

bajo y las fatigas : rehusó adornar su cabeza con la mitra, mas no dejó de prestar por eso á la iglesia los mas interesantes servicios en circunstancias difíciles. Si la ignorancia, usurpando el nombre de la sabiduría, siembra el error por todas partes; si el espíritu funesto de la discordia introduce el mas horroroso cisma, rompiendo la unidad y pretendiendo por este medio destruir la verdadera y única iglesia fuera de la que nadie puede salvarse; Bernardo hace brillar los fulgentes rayos de la sabiduría que habia recibido del cielo : Bernardo se opone como un muro inexpugnable á los ataques de la herejía : Bernardo es el alma de todos los concilios : Bernardo habla, y al eco de su voz enmudecen los oráculos; es decir, los hombres mas instruídos, mas ponderados por sus raros conocimientos; un Pedro Abelardo, un Pedro de Bruis, los secuaces de Arnaldo, los del obispo Gilberto, un Leon de la Estrella..... Todas las herejías de su tiempo son descubiertas, confutadas, condenadas, abjuradas por el celo de Bernardo. Bernardo, sin dejar de ser un solitario, recorre las ciudades, las provincias, los reinos; desengaña á los sábios; persuade á los ignorantes; convence á los pueblos; domina á los príncipes; instruye á los prelados; pone á todos de manifiesto la verdad. El horroroso cisma huye despavorido : el sucesor legítimo de san Pedro es reconocido de todos los cristianos, y ocupa su solio sin el menor obstáculo : el rebaño todo de Jesucristo conoce á su verdadero pastor, y descubre con claridad el seguro puerto en que puede salvarse de las garras de la sangrienta fiera que amenazaba devorarle.

Ni debo, ni puedo ser mas molesto. Confieso con ingenuidad que me es imposible no solo compendiar, sino aun insinuar los inumerables hechos que consigna la historia en esta materia; y que aunque estuviera hablando muchos años, sería nada lo que dijera, comparado con lo muchísimo que me quedaría que decir. Sin embargo, de lo poco que os he dicho podeis inferir cuán fundadamente aseguré en el principio que Bernardo, lleno del espíritu de una sabiduría celestial, trabajó incesantemente y con un resultado feliz para ilustrar al mundo, y hacer ver á todos los mortales la senda que conduce á la inmortalidad : *spiritu intelligentiæ replebit illum, et ipse tamquam imbres mittet eloquia sapientiæ suæ.*

Esclarecido santo, héroe gloriosísimo de la religion! en el

dia eterno, en la mansion clarísima de la verdad, en el reino de la gloria donde habitas, es incomparablemente mayor, que lo fué en esta vida, tu sabiduría, tu poder, tu valimiento con el Omnipotente : mira, pues, por esta porcion de aquel rebaño que con tan esmerado celo cuidaste de apacentar durante tu carrera : mira con especialidad por los hijos á quienes procuraste infundir tu mismo espíritu; y sobre los que gravita al presente todo el peso del infortunio : y si aun no es tiempo de que el Señor los libre de él, alcánzales por lo ménos la gracia de la resignacion ; y á todos los cristianos la de la perseverancia para que podamos ser felices como tú en la gloria. Amen.

SERMON

DE SAN BERNARDO.

(DE BENCOMO.)

Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te.
Mirad que hemos dejado todas las cosas, y te hemos seguido.
S. Mat. c. 19.

No dejar cosa alguna de cuantas se poseen ó pueden llegar á poseerse, ese es el sistema de un avaro, cuyo corazon es semejante al mar, donde por mas que entren todos los rios jamas se satisface : *omnia flumina intrant in mare, et mare non redundat.* Dejar solo las cosas que nos estorban en nuestro destino, y conservar las que no estorban, á manera de los enfermos que se abstienen de todos los manjares nocivos; pero comen de los saludables, eso es del prudente, de Sócrates, del mismo Salomon, que decia al Señor : no me deis ni pobreza que me precipite ni riqueza que me corrompa; pero concededme un moderado sustento : *paupertatem et divitias ne dederis mihi, sed tantùm tribue victui meo necessaria.* Pero dejar absolutamente todo sin reservarse cosa alguna : mirarse como un moribundo que dispone de todo sobre la tierra, y no se reserva sino el cielo : esto no puede ser sino de los santos, que quieren seguir perfectamente al que nació en un establo, vivió sin tener donde reclinar su cabeza, y murió en una cruz : *Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te.*

Pero entre los santos mismos hay esta considerable diferencia, que unos solo dejaron todas las cosas en el afecto, porque tuvieron muy pocas que dejar en el efecto : tales fueron Pedro, Andres, Jacob y Juan, que no tenian mas posesiones que una barca. Otros como Mateo pudieron decir realmente que lo habian dejado todo, porque los grandes bienes que poseían

les proporcionaban efectivamente todo. Estos fueron, sin duda, mas valerosos, porque tuvieron mayores obstáculos que vencer para hacerse discípulos del Señor; aquellos fueron mas felices, porque tuvieron ménos espacio que correr para llegar á él. Unos y otros vendieron cuanto poseian para comprar el campo donde estaba la margarita del reino de los cielos; pero unos lo compraron mas caro vendiendo grandes tesoros, grandes honores, grandes placeres: otros mas barato, dejando solo sus pequeños intereses. Pero de ambos es verdad decir que dejaron cuanto tuvieron por seguir á Jesucristo: *Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te.*

¿Y en cuál de estas dos clases pensais colocar al grande santo cuya memoria celebramos? ¿Con quién compararémos al verdaderamente incomparable san Bernardo? ¿Con Pedro ó con Mateo? Paréceme que debemos compararle con ambos: con Mateo por la grandeza de los bienes que dejó, y con Pedro por la generosidad con que los despreció. En él se reunieron las disposiciones interiores de este con las proporciones exteriores de aquel, y resultó un héroe tan extraordinario y tan singular, que no lo ha habido hasta aquí, y quizá no lo habrá igual en toda la serie de los siglos. Porque, señores, ¿dónde, cuándo, ó cómo podremos encontrar un hombre tan colmado de los honores y de todos los bienes de este mundo, y que haya huído tanto de ellos? ¿Un doctor de la Iglesia, un pasmo de sabiduría sin haberla aprendido de nadie, y que ménos presuma tenerla? ¿Un anacoreta en medio del siglo, y un apóstol en medio del desierto? ¿Una alma tan unida á Dios, y tan ocupada en los mayores negocios? ¿Un espíritu que sea al mismo tiempo la luz de los sabios que dirige, el consuelo de los pecadores que convierte, la paz de los pueblos que reconcilia, el azote de las herejías que destruye, el perseguidor de los cismas que extingue, el alma de los Concilios que congrega, el Patriarca de los monjes que forma, el apoyo de los reyes que sostiene, el maestro de los papas que gobierna? En una palabra, ¿dónde hallarémos un hombre, si no es este, que haya sido todo, y lo haya dejado todo por Jesucristo: *ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te.*

Bernardo, hermanos mios, seria siempre, como él se reputaba á sí mismo, la quimera de su siglo, si la santa Iglesia no le propusiera como el ejemplo y el asombro del nuestro. Yo me perderia en esta multitud y contrariedad de ideas, si no me atu-

viera al santo Evangelio que se acaba de cantar para formar su elogio : por eso no haré mas que repetir literalmente lo que nos dice aplicado á Bernardo, y es que dejó al mundo y siguió á Jesucristo. Pero añadiré estas dos palabras que descubren todo su mérito : que dejó al mundo todo cuanto se le puede dejar, y siguió á Jesucristo todo cuanto se le puede seguir : *ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te.* Para ejecutarlo con el fruto que corresponde, recurramos á la que él tenia por madre, y que tenia á él por hijo; á quien él miraba como el objeto de sus continuas alabanzas, y que miraba á él como el depósito de sus continuos favores : digámosle fervorosamente : *Dios te salve, María,* etc.

PRIMERA PARTE.

Si el hombre, hermanos mios, hubiera perseverado tal como Dios le crió, dueño de todas las cosas, señor de las demas criaturas, y habitador del Paraíso, no hubiera tenido jamas que renunciar esta felicidad, porque esta era el verdadero destino para sí y para todos sus descendientes. Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza, dijo el Señor, para que presida los peces del mar, las aves del cielo, las bestias y todo lo que se mueve sobre la tierra. Pero habiendo sido por su culpa arrojado de este afortunado lugar, y puesto un querubin en su entrada para que no le permitiese volver á él, tenemos que llorar toda nuestra vida la felicidad que perdimos. Así, ¡qué engañado vive el infeliz que la busca! ¡Pero qué alucinado el que cree haberla hallado! Sus imaginarios placeres no son mas que un veneno mortífero, que despues de un sorbo de dulzura le despedazan las entrañas : sus riquezas un polvo vil que ahoga su corazon; y sus honores un humo, un vapor, una sombra que se le escapa sin llegar á poseerla. Por esta causa la religion cristiana, establecida por la misma verdad, nos obliga á renunciar al mundo y sus pompas, á huir el mundo y sus peligros, á crucificar el mundo y sus concupiscencias ; y por eso Bernardo creyó mas fácil andar sobre espinas sin herirse ó abrigar en su seno ascuas sin quemarse, que vivir en medio de tantos lazos sin perecer en ellos. Pero ved hasta qué punto llegó á dejar las riquezas del mundo, los honores del mundo, los placeres del mundo : *ecce nos reliquimus omnia.*

Las riquezas del mundo, ved aquí la tentacion mas general de este enemigo de nuestra alma para los infelices mortales; infundirles una hambre rabiosa del oro, obligarles á atravesar la inmensidad del mar, y arrostrar los mayores peligros en busca del dinero, y hacerles que adoren y que esperen, no del Dios verdadero, sino de Manmon, de una divinidad de plata, la abundancia de sus frutos, la defensa de sus intereses, el socorro de sus necesidades y la fuente de todos sus bienes. Cristianos ciegos, ¿cómo quereis reunir en un solo punto la luz y las tinieblas: sacrificar en un mismo altar á Cristo y á Belial: dividir vuestros sentimientos entre un vano ídolo y el que pide que le ameis con todo vuestro corazon, con toda vuestra alma y con todas vuestras fuerzas? No veis que no es posible servir á dos señores, y que cuantos sacrificios hagais por el uno, han de ser otros tantos desacatos para el otro? Por eso decia nuestro Salvador: que era mas fácil entrar un camello por el ojo de una aguja, que un rico en el reino de los cielos.

Tal fué la tentacion con que el mundo acometió á Bernardo desde ántes de nacer; porque la casa de su padre era de las mas ricas y opulentas del país. Pero tambien la divina Providencia que le destinaba para vencedor del mundo, le cubrió desde entónces con el escudo inexpugnable de la pobreza: su piadosa madre, habiendo concebido grandes esperanzas de Bernardo desde que le tenia en su vientre, se propuso criarle con la misma escasez y economía que si fuera de la fortuna inferior del pueblo. Así, desde que nació el santo niño no vió mas que ejemplos heróicos de desprecio del dinero, de liberalidad con los necesitados, y de un cristiano odio á la avaricia, como á la raíz de todos los males. Á estas lecciones exteriores juntó Dios sus gracias interiores, una luz sobrenatural que le descubria la nada de estos tesoros imaginarios, y un corazon naturalmente desapegado de todos los bienes terrenos. Por consiguiente, reservar para los pobres los manjares mas delicados, y los vestidos mas ricos, ved aquí la primera pasion del pequeño Bernardo. Sin embargo él aspiraba ya á cosas mas grandes, á excusarse de todo, y á no tener que dar cosa alguna. Deseaba un lugar que solo produjese el sustento absolutamente necesario para la vida, y una vida que no tuviese mas necesidad que del sustento absolutamente necesario.

Tal era, y tal le pareció el desierto del Cister, adonde se en-

derezó secretamente con aquellos de sus hermanos, á quienes pudo inspirar el mismo desapropio. Fervoroso Bernardo, ¿podrás tú trocar el palacio magnífico de las fuentes donde has vivido por esa celdilla de piedras mal puestas donde vas á vivir? ¿la cama blanda, que convidaba al sueño, por esa tierra dura donde arrojarás tus miembros rendidos del trabajo? ¿los costosos vestidos de que usabas por ese tejido de cortezas de árboles con que se cubrirá tu desnudez? ¿la variedad de manjares que te servian por ese pan de cebada mezclado con ceniza, y esas hojas de hiedra cocidas con agua y sal? Sí pudo, señores, y dentro de poco tiempo habia aborrecido ya las riquezas en tal grado, que habiendo ido á visitarle una hermana suya con aquel fausto que correspondia á su clase, no quiso verla. Huye luego de aquí, chimenea adornada, le mandó á decir con uno de sus hermanos; de modo que la infeliz avergonzada del desaire, y tocada de la divina gracia, le pidió consejo para dejar al mundo.

Si yo tuviera este mismo espíritu de Bernardo, hermanos mios, ¿qué no podria deciros ahora, viéndoos presentar en este templo quizá con mayor fausto que la hermana de aquel siervo de Dios? ¿Y qué no ejecutariais vosotras, si tuvierais la docilidad de aquella ilustre matrona? Aquí mismo empezariais á llorar los escándalos pasados, y á tomar medidas para precaver las caidas futuras: ofreceriais vuestros aderezos para el socorro de los pobres; y en vez de dejaros obsequiar por esa tropa de amantes que os galantea, buscariais un asilo seguro donde pudiérais dejar para siempre aquellas pompas que renunciásteis en el bautismo, y acabar vuestros dias en la pobreza bienaventurada del Evangelio. Así lo ejecutó Umbelina, así lo habia ejecutado Magdalena, y así lo ejecutarán todas las almas que quieran imitar el desapropio de Bernardo.

Nacia esta pobreza en nuestro santo de aquella humildad de espíritu, que él opuso á la tentacion mas perversa que puede sufrir el hombre, y es la soberbia de la vida, ó el deseo inmoderado de su exaltacion. Tentacion en que cayó el mas hermoso de los ángeles Lucifer, suponiéndose semejante al Altísimo: tentacion en que cayeron nuestros primeros padres, queriendo saber el bien y el mal, del mismo modo que una divinidad: tentacion en que cayó Nabucodonosor, cuando se atribuyó á sí mismo sin respeto á Dios la gloria de haber edificado la gran

ciudad de Babilonia : tentacion en que cayó Heródes, oyendo lleno de complacencia que el pueblo decia al oir sus palabras : esta no es voz de un hombre sino del mismo Dios. Pero estos mismos ejemplos nos enseñan que no hay pecadores, á quienes el Señor resista con mas rigor que á los soberbios. Luzbel fué al instante precipitado en los abismos : Adan y Eva arrojados del paraíso : Nabucodonosor condenado á comer paja con las bestias; y Heródes consumido por los gusanos.

Nada de esto pudo suceder al humilde Bernardo, porque abismado en su propia nada, se reputaba por la criatura mas vil del universo. Fiel imitador del grande Arsenio, jamas se le oyó tomar en la boca la grandeza de su casa : así dejaba de intento para los otros monjes los ejercicios mas honrosos, y él se reservaba los mas despreciables. ¡Cuánto edificaba el ver á un hombre, que merecia el primer lugar entre los nobles, entre los sabios, y aun entre los santos, ocupado en cavar la tierra con su azadon, en condimentar el sustento, y en asear los vasos inmundos de los enfermos! Si la Europa entera le reputa por un hombre de Dios á causa de su extraordinaria santidad, ¡ah, qué amargura para su humilde corazon! Yo no soy ese que vosotros pensais, decia con lágrimas : *non sum talis qualis putor*. Yo no soy mas que un monstruo moral, que teniendo algo de todos los estados, no puede cumplir con ninguno : *monstruosa vita mea*. Ni soy monje, porque vivo lo mas del tiempo fuera del desierto : ni seglar, porque hago profesion de monje : así no soy mas que una quimera, que merece todo el desprecio y la burla de su siglo : *quimera mei sæculi*. Por eso rehusó invenciblemente las mitras y demas honores con que los sumos pontífices intentaron remunerar su mérito. En fin, baste deciros, que quizá no ha habido en la Iglesia quien haya merecido mas obsequios que Bernardo por sus servicios singulares; pero tampoco ha habido otro que ménos crea merecerlos.

¡Ó humildad divina! tú produces en nosotros la verdadera grandeza. ¿No veis, hermanos mios, como en una balanza cuando baja un extremo sube necesariamente el otro? Pues del mismo modo cuando bajamos en nuestro concepto subimos en el de los demas; y al contrario bajamos en el de los demas cuando subimos en el nuestro. Así Saúl subió al trono de Israel reputándose el mas desproporcionado, por ser de la última casa,

y de la última tribu. Así Abigail, Ester, Sunamitis, de un estado comun llegaron á ser reinas. Así el Bautista fué el mayor entre los nacidos, suponiéndose una mera voz que clamaba en el desierto; y así la santísima Vírgen mereció ser madre de Dios, creyéndose solamente la esclava del Señor: cuando el que es Omnipotente hizo grandes cosas en ella, derribando á los poderosos de su trono y levantando á los humildes. Ahora podreis entender bien la fuerza de esta máxima tantas veces repetida por nuestro Salvador: el que se exalta será humillado, y el que se humilla exaltado. Segun esto ¿os exaltais, soberbios? pues sereis abatidos delante de Dios y de los hombres. ¿Os abatís, humildes? pues Dios y los hombres os exaltarán: *qui se humiliat exaltabitur, et qui se exaltat humiliabitur.* Por esto nuestro santo, preguntado cuál debia ser la primera virtud de un cristiano, respondió, la humildad: preguntado cuál debia ser la segunda, respondió, la humildad: preguntado, en fin, cuál debia ser la tercera, respondió, la humildad: *primò humilitas, secundò humilitas, tertiò humilitas.*

Sin embargo á esta humildad con que él abatia la arrogancia del espíritu, añadia la penitencia, para afligir la concupiscencia de la carne: ó segun se explica el Apóstol, para crucificar la carne con sus concupiscencias. ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte, de esta carne de pecado que batalla contra el espíritu? Ved aquí las dos voluntades que sentia el Apóstol, una en su alma, otra en sus miembros: esta que contradecia á la ley, aquella que se sometia á la ley; de donde resultaba que hacia muchas veces el mal que no queria, y dejaba de hacer el bien que queria. En efecto, cuántas veces el alma quiere la abstinencia, y el cuerpo se resiste á ella: el alma concibe sentimientos espirituales, y el cuerpo sentimientos animales. Esta es aquella milicia en que segun el santo Job, consiste la vida del hombre sobre la tierra. ¡Dichoso el que batalla hasta el fin; pero mas dichoso el que triunfa!

Bernardo, señores, triunfó tantas veces cuantas combatió. ¡Pero qué triunfos tan gloriosos! Como la naturaleza le habia dotado de una figura arrogante y gallarda, se vió expuesto en su juventud á mil peligros, en que su castidad hubiera naufragado, si no hubiera sido tan robusta como la del antiguo José. ¡Cuántas veces se halló en su mismo aposento con personas que le venian á solicitar al mal! Ladrones, gritaba al instante,

para que vinieran sus compañeros. Y reconviniéndole en una ocasion, ¿qué ladrones podia haber en donde no veian mas que mujeres? De esos hablo, respondió, porque vienen á robarme la castidad. ¡Con qué atencion velaba siempre contra este enemigo, que vela noche y dia contra nosotros! Porque dió inadvertidamente una ojeada sobre una persona de otro sexo, se entró en un estanque helado hasta que estuvo cierto, no solo de que no se le suscitaria mal pensamiento, sino de que peligraba su misma vida. Este espíritu de penitencia fué quien le sacó de su casa para conducirle al Cister, y quien le sacó despues del Cister para conducirle á Claraval.

¡Ay! hermanos mios, ¿quién creeria que un hombre sin mas vestido que un saco de jerga, sin mas sustento que unas yerbas amargas, y sin mas compañía que la de los que guardaban su misma austeridad, habia de suponer en todo esto una intolerable relajacion, y aspiraria á buscar como el Bautista un desierto tan espantoso que horrorizase con su sola vista? ¿Una habitacion sin mas techo que el cielo, sin mas cama que el suelo y sin mas comodidad que la que se puede hallar en un sepulcro? Tal era sin duda Claraval, ó Clarovalle, que bañado continuamente del sol, no tenia mas que á este astro por testigo de lo que se ejecutase en él. Lugar hasta allí el mas detestable, porque solo era habitado de los malhechores que buscaban este asilo inaccesible á la justicia; pero valle mucho mas claro desde entónces, porque empezó á ser un santuario de la virtud, una puerta del cielo, un verdadero paraíso, donde Bernardo y los suyos anochecian y amanecian en la oracion: donde no se oía voz humana, sino para alabar al Señor: donde el ayuno mas riguroso no se interrumpia, sino con lo que no podia negarse á la naturaleza sin pecado: donde maltrataban continuamente sus cuerpos con el horrible cilicio y la sangrienta disciplina; en fin donde los habitadores no eran ya hombres, sino ángeles. Su santo abad les enseñaba con su ejemplo á vivir tan absortos, que casi hubiesen perdido el uso de sus sentidos, á morar muchos años en aquella soledad, sin saber si los oficios divinos, á que asistia diariamente, se celebraban con luz artificial ó natural: á no ir al coro y demas actos de comunidad, sino siguiéndose por la sombra de los demas: á no conocer jamas á los monjes por sus rostros: á viajar un dia entero por un lago sin conocer si tenia agua: á caminar muchas jornadas en una bes-

tia, sin saber si estaba ó no enjaezada. Ved aquí lo que era Bernardo en aquella comunidad de santos, el Moises que conducia al pueblo de Dios, la columna de luz que le guiaba, el ángel del Señor que le precedia.

¿Á cuántos de nosotros parecerá este ejemplo mas digno de admiracion que de imitacion? ¡Contristémonos siquiera de ver cuánto distamos de su santidad, cuán estrecho es el camino que le llevó al cielo, y cuán ancho y espacioso el que nos conduce al abismo¡ ¿Cómo podemos dirigirnos al mismo fin, él huyendo al retiro, y nosotros buscando el tumulto: él cerrando sus sentidos para que no entrase por ellos la muerte, y nosotros abriéndolos á toda sensualidad: él sustentándose de la hambre y de la sed, y nosotros saboreándonos con los manjares mas delicados y las bebidas mas exquisitas: él velando en la oracion, y nosotros durmiendo en una cama de delicias: él castigando su cuerpo, y reduciéndolo á la mas dura servidumbre, y nosotros halagándolo con la ociosidad, con la diversion, con los placeres? ¡Gran Dios, si se puede ir á vos como nosotros vamos, qué vana fué la penitencia de Bernardo!

Yo temo que él se levantará contra nosotros en el último dia, diciendo al Señor: si dais el reino de los cielos á los que han seguido todo el ímpetu de sus concupiscencias, ¿qué premio dareis á los que hemos dejado todas las cosas: á los que pudiendo disfrutar tantos honores, no hemos buscado mas que desprecios: á los que poseyendo grandes riquezas, las hemos trocado por una absoluta pobreza: y á los que siendo como los demas inclinados naturalmente á los deleites, nos hemos entregado á los rigores de una continua mortificacion? *ecce nos reliquimus omnia ¿quid ergo erit nobis?* Paréceme que le veo ya sentarse sobre una de las doce sillas, para juzgar las doce tribus de Israel. Sentarse, digo, con Abrahan, con Isaac, con Jacob, con todos los humildes, para condenar á los soberbios: con Job, con Tobías, con Lázaro, con todos los pobres de espíritu, para condenar á los avaros: con el Bautista, con Elías, con los Ninivitas, para condenar á los que no quisieron hacer penitencia: *sedebitis super sedes duodecim judicantes duodecim tribus Israel.*

SEGUNDA PARTE.

Pero esto no es mas que una parte de los cargos que nos ha-

rá, del mérito de nuestro santo : su mayor gloria consiste, no solo en haberse separado de lo malo, sino en haber ejecutado lo bueno : no solo en haber dejado al mundo cuanto se le puede dejar, sino en haber seguido á Jesucristo cuanto se le puede seguir : *ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te.* Y á la verdad que dejar al mundo le seria comun con Sócrates, y con otros filósofos, que renunciaron todos los bienes de la tierra : la gloria de los héroes cristianos consiste mas bien en dirigir sus obras al cielo, en proponerse por modelo á Jesucristo, que murió, dice san Pedro, dejándonos un perfecto ejemplar, para que sigamos sus pasos. Así amar á Dios como debe ser amado, amar al prójimo como imágen viva de Dios, y procurar la gloria del Señor entre nosotros ; ved aquí, hermanos mios, cuál fué la vida de nuestro Redentor, y la vida del perfectísimo Bernardo : nadie fué mas unido á Dios : nadie mas caritativo con sus prójimos : nadie mas celoso por el bien de la Iglesia : *et secuti sumus te.*

¿Quién fué mas unido á Dios? No hablo aquí de la union que tienen con el Ser supremo las criaturas insensibles, que no existen sino en él, ni de la que tienen los animales que solo se mueven por él, ni de la que tienen los mismos hombres que deben vivir para él : *in ipso vivimus, movemur, et sumus.* Hay todavía otra union mucho mas inefable entre las criaturas y el Criador, union en que Dios se hace presente al alma, aunque no se le puede tocar : union del entendimiento que le ve con claridad, de la voluntad que le ama con fervor, y de toda el alma que se hace una con Cristo, como Cristo es uno con su eterno Padre : union que sentia la esposa cuando dijo del esposo : mi amado es todo para mí, y yo toda para mi amado : y el Apóstol, yo vivo, pero no soy yo quien vivo, sino Cristo quien vive en mí. Esta union fué la que hizo á Bernardo volar tan rápidamente hasta la cumbre de la perfeccion.

Pero ved aquí cómo la adquirió : pernoctando como el Salvador en la oracion, esto es, poniéndose á orar ántes de anochecer, y quejándose del sol despues de amanecer, de que venia muy pronto á interrumpirle las dulzuras de su contemplacion. De allí salia como Moises del monte, arrojando de su rostro un cierto esplendor que le comunicaba el trato con el Señor. Así andaba siempre como fuera de sí, tan absorto y endiosado, que era preciso para que contestase estimularle con voces

muy fuertes, como á quien se despierta de un profundo sueño. De esto provenia aquella especie de insensibilidad con que tomaba aceite por agua, ó sebo por manteca, sin advertir su equivocacion: aquellos raptos, en que la carne misma tenia que seguir por los aires al vuelo de su espíritu, y aquellas visiones admirables, con que elevado como san Pablo al tercer cielo, comprendia muchos arcanos de Dios, de que no es lícito hablar al hombre, ya de los misterios pasados de la sagrada Pasion, ya del estado presente de las conciencias de los monjes, ya tambien de los acontecimientos futuros de su instituto y de la Iglesia. Nada parece que ignoraba despues que fué unido á aquella luz inaccesible, porque aunque su cuerpo andaba entre los hombres, su alma conversaba entre los ángeles. No olvidaré la ternura inexplicable con la santísima Vírgen, que hace su carácter, en cuyas alabanzas se liquidaba su corazon como la cera, y se melificaban sus labios como el panal, para destilar en Francia la misma devocion que Anselmo en Inglaterra, y que Ildefonso en España. ¿Quién ignora que hallándose en una catedral de Alemania cuando se cantaba la salve, arrebatado de un santo frenesí, hizo tres profundísimas genuflexiones, añadiendo aquellas tres devotísimas salutaciones, con que se termina despues acá: *ò Clemens, ò Pia, ó dulcis Virgo Maria?*

¡Quién me diera, señores, aunque fuera con lágrimas de sangre, poder resucitar su espíritu en estos dias miserables, en que la mujer ignorante, el criado mas infeliz, y el niño que para vestirse necesita aun todo el socorro de su madre, se burlan tan descaradamente del tierno afecto á la reina del cielo, del esmero en su culto, de la veneracion á sus imágenes, de las prácticas con que nuestros padres fomentaban su devocion, de la justa prodigalidad con que los sumos pontífices la enriquecen, del fervor con que el pueblo la implora, de las señales con que le mostramos nuestro reconocimiento! Ved aquí los frutos de vuestra sabiduría, ó espíritus anti-Bernardos; así cuando este siervo de Dios llevará á la divina presencia las innumerables almas que sacó de la perdicion, inspirándoles su tierna piedad; vosotros al contrario llevareis esas víctimas desgraciadas, á quienes quitándoles su tierna piedad, habeis arrojado en la perdicion. ¡Ah, guias farisáicas, ni entrais en el reino de los cielos, ni dejais entrar á los demas! Y vosotros, cristianos ciegos, que os dejais conducir por otros ciegos, ¿no veis siquiera

que la desgracia no se aparta de vuestra casa, ni la enfermedad de vuestra familia, ni la amargura de vuestro corazon, despues que habeis abandonado á esta fuente de todos los bienes? El que me ofendiere, dice ella, ofenderá á su misma alma : *qui autem in me peccaverit, lædet animam suam.*

En las entrañas de la madre de Jesucristo es donde el gran Bernardo bebió visible é invisiblemente aquella llama sobrenatural, que no solo le unió á Dios, sino que le hizo el mas amante de sus prójimos. El amor del prójimo es un precepto grande; pues que es igual al del amor del Señor : *secundum autem simile est huic : diliges proximum tuum sicut te ipsum.* Es un precepto nuevo, porque Cristo le renovó purificándole de las tradiciones humanas con que le habian desfigurado : *mandatum novum do vobis.* Es un precepto especial que hace el distintivo de todos los cristianos : *in hoc cognoscent omnes quod discipuli mei estis, si diligatis invicem.* Es un precepto divino, que nos une á Dios, en quien nos amamos : un precepto celestial, que nos asemeja á los ángeles que se aman en Dios : un precepto eterno, que se cumplirá hasta en la vida que no tiene fin. Pero, señores, confesémoslo de buena fe, tambien es un precepto terrible, que diferencia mucho nuestra tibieza de la caridad de nuestro Santo.

Caritativo Bernardo, ¿quién podrá explicar ese incendio que te devoraba por la salud corporal y espiritual de todos los hombres? ¿Quién enfermó en su tiempo, sin que él enfermase, sintiendo mayor tristeza por las enfermedades que los mismos dolientes? ¡Qué de ciegos, sordos, mudos, cojos, tullidos, leprosos, febricitantes y dementes recobraron la salud por la bendicion que él les daba, por la señal de la cruz que les hacia, ó por el nombre del Señor que invocaba! ¡Cuántas veces manifestó el cielo que no podia resistir la eficacia con que este justo se interponia en las aflicciones de sus hermanos! Ver una necesidad, levantar el corazon á Dios, y aparecerse el remedio, solo era negocio de un momento. Pero el bien de las almas le era mucho mas precioso que el de sus cuerpos. ¡Qué de consejos, qué de exhortos, qué de sermones! La palabra de Dios, mezclada con la miel de sus labios, jamas volvia sin haber causado todo su efecto en los sabios y en los ignorantes, en los ricos y en los pobres, en los grandes y en los pequeños. ¡Qué de grandes renunciaron sus títulos! ¡qué de filósofos cautivaron

su entendimiento en obsequio de la fe! ¡qué de inicuos dejaron sus perversos caminos al oir á este nuevo Bautista cuando salia á predicar por todas las regiones, por la Francia, por la Italia, por la Alemania, por la Flandes, por las orillas del Marne. Los padres dejaban encerrados á sus hijos, los maestros á sus alumnos, y las mujeres á sus maridos, temiendo no se huyesen á los monasterios al oir á este hombre poderoso en obras y en palabras: así Claraval solo llegó á tener hasta setecientos novicios juntos; y durante la vida de nuestro santo se fundaron ciento y sesenta monasterios.

¡O caridad de Bernardo! pero tambien ¡ó docilidad de los pueblos! ¡ó hambre piadosa de la divina palabra! ¡ó santas disposiciones para recibirla! ¿Obraria él hoy entre nosotros estas asombrosas maravillas? Esto es lo que yo no me atrevo á resolver, viendo el poco fruto con que se le anuncia cada dia. Es que se le anuncia, me direis, sin aquella admirable elocuencia. Pero decidme ¿cuando se le anuncia muy elocuentemente, se le ve por eso producir mas fruto? Aun entónces, decís, falta á nuestros predicadores el espíritu y la uncion del santo abad de Claraval. ¿Y cómo quereis, hermanos mios, que tengamos ese espíritu, si no vemos en vosotros aquellas admirables disposiciones? ¿Un cuerpo puede calentarse en medio del hielo? Oid con devocion nuestros sermones, y vereis qué de Bernardos hay entre vosotros.

Vengamos ya á aquel celo sin igual con que procuró el bien de la Iglesia. Este ha sido el carácter de todos los amigos de Dios, defender con ardor los intereses de esta esposa suya y madre nuestra, ardor como el de Moises, cuando rompió las tablas de la ley, viendo la idolatría del pueblo: como el de Fineés, persiguiendo de muerte á los públicos transgresores: como el de David, conmoviéndose sus entrañas contra los infames prevaricadores: como el de Elías, deseándose la muerte, por no ver las iniquidades de su tiempo: como el de Jeremías, llorando toda su vida las desgracias de su templo y de su patria: como el de Esdras, rasgando sus vestidos á vista de los matrimonios ilícitos: como el de Matatías, exclamando con lágrimas: ¡Ay de mí! mas valiera no haber nacido que llegar á ver estos males.

Tal fué el celo que devoró á Bernardo, cuando se halló la Iglesia en el estado mas deplorable que nunca ha visto. Ya sabeis,

señores, que por muerte del papa Honorio, los cardenales divididos, unos eligieron á Inocencio, y otros á Anacleto : que cada uno de estos tirando para sí, despedazaban la túnica inconsútil del Señor, y que los sabios, los reyes y los mismos santos no sabian á cuál debian pertenecer. Entónces la hermosa hija de Sion, tan perfecta como es interiormente, se parecia en lo exterior á un monstruo acéfalo de dos cabezas, que se siente agitado de los movimientos mas contrarios, resistir y obedecer á otro. Bernardo emprende la reunion, y él solo era capaz de conseguirla : junta concilios, persuade á los monarcas, y logra en fin que toda la cristiandad se someta á Inocencio. ¿Suscita Abeilardo en sus dias las herejías de Arrio, de Nestorio y de Pelagio? Bernardo disputa, predica y escribe hasta que le confunde. ¿Vomita Gilberto mil errores contra la divina simplicidad, asegurando que las razones porque Dios es lo que es, no son el mismo Dios; de donde infiere que la sabiduría, la bondad, la omnipotencia y todos los atributos son cosas distintas de su ser, teniendo por divinidad este inmenso agregado de ideas? Bernardo ocurre á Roma, hace celebrar numerosos consistorios y famosos concilios, de que él es el alma, donde se declara la verdadera fe.

¿Combate Henrique los sacramentos, que son los tesoros de la Iglesia, y los sacerdotes que son sus ministros, por lo cual muchos pueblos derribaban sus templos, rehusaban el bautismo á sus párvulos, y se burlaban de los sacrificios y oraciones por los difuntos, de la invocacion de los santos, de la cesacion del trabajo en los dias festivos y de todas las prácticas y ceremonias eclesiásticas? Bernardo corre como un rayo á Tolosa, repara todos los daños, y hace aprisionar al que es orígen de ellos. ¿Decláranse guerras sangrientas entre los soberanos de la Europa? Bernardo es el íris de paz que restituye la serenidad. ¿Es preciso representar al mismo soberano pontífice el fausto de su corte, las injusticias de sus tribunales y otros abusos dignos de remedio? Bernardo lo ejecuta con la prontitud de un Basilio, con el espíritu de un Ambrosio y con la elocuencia de un Crisóstomo.

No penseis abusar de este ejemplo, espíritus rebeldes, como abusais del de san Cipriano, para autorizar vuestra inobediencia á la Cabeza visible de la Iglesia : ved el respeto con que le habla un hombre, á quien la misma santa Sede debia la extin-

cion del cisma que la iba á destruir. Vos sois, dice él á Eugenio III. en el libro cuarto de la Consideracion. «Vos sois la gloria del sacerdocio; habeis heredado el primado de Abel, el órden de Melquisedec, la dignidad de Aaron, la judicatura de Samuel, el poder de Pedro, la uncion del mismo Jesucristo. Estos son vuestros títulos, estas vuestras prerogativas, esto lo que el universo respeta en vos. Pero ved tambien lo que espera de vos el universo. Conoced vuestras obligaciones, dároslas á conocer es afianzar su cumplimiento. Es verdad que sois superior á los demas hombres, pero sois hombre como ellos. Que el fausto pomposo que os rodea, no os haga olvidar que debeis ser el apoyo de la justicia, la imágen de la piedad, el defensor de la fe. Como sucesor de los apóstoles, debeis hacer revivir su noble simplicidad: el Evangelio es vuestra regla, Pedro es vuestro modelo: acordaos que sois mas bien el sucesor de Pedro, que el de Constantino. Así es como siendo el primero de los obispos por la superioridad de vuestro grado, lo sereis tambien por la superioridad de vuestras virtudes.» Ya que no imitais á Bernardo, hermanos mios, en esta reverencia interior al que está encargado por el Señor de confirmaros en la fe, pudierais siquiera darle aquella reverencia exterior, que á lo ménos calla, cuando este divino oráculo ha hablado.

Pero ¿cómo se ha de ver esta sumision, si no se halla entre nosotros, ni la heroica piedad de nuestro santo que le unia á Dios, ni la caridad verdadera con que amaba á sus prójimos, ni el celo ardiente que le obligaba á no buscar otro interes que el de la Iglesia? ¡O incomparable, ó inmortal, ó divino Bernardo! ¿será posible que dejaréis algun dia al mundo y todo lo que le pertenece, no solo en el sentido espiritual, mirándolo como el apóstol crucificado para vos, y vos crucificado para él, sino tambien en un sentido material, en que no contento con crucificar vuestra carne con todas sus concupiscencias, llegaréis hasta despojaros de ella para devolverla al polvo de donde salió, y seguireis á Jesucristo, no solo por el camino de la perfeccion, sino por el de la inmortalidad? Llegó en fin, señores, el tiempo en que dijo, no ya en esta vida mortal, en que lo dijo Pedro, sino en la vida eterna, en que lo repiten sin cesar todos los escogidos: mirad, señor, que ya hemos dejado absolutamente todas las cosas, nuestros trabajos á la posteridad, nuestro cuerpo al sepulcro, nuestro nombre á los siglos futuros: *ecce nos reliqui-*

mus omnia. Ya te hemos seguido : ya hemos llegado al fin de nuestra peregrinacion, al término de nuestras esperanzas, y al objeto de nuestros deseos : *et secuti sumus te.* ¿Cuál será el premio de nuestra lucha, la corona de nuestro mérito, la recompensa de nuestras virtudes? *¿ quid ergo erit nobis?*

No se turbe vuestro corazon : Bernardo no ha muerto; él vive y vivirá en sus escritos, que serán siempre la prueba de nuestra Religion, la fuente de nuestra disciplina, la regla de nuestra moral, la decision de nuestros dogmas, la exposicion de nuestros misterios, el depósito de nuestros ritos, y el encanto de nuestras lecciones. Él vive y vivirá tambien en tantos Bernardos como hay de religiosos, en tantos Claravales como hay de monasterios, y en tantas almas como siguen sus pasos. Conservad, señores, esta vida de vuestro padre, vida oculta á los ojos de un siglo impío, ciego, corrompido; pero vida infinitamente preciosa á los ojos de un Dios santo, justo y remunerador de sus siervos. Ya que habeis manifestado al mundo que todavía se le puede dejar, manifestad tambien á Jesucristo que aun se le puede seguir, para que todos veamos vuestras buenas obras, glorifiquemos al Padre celestial, y participemos de sus frutos ahora y por los siglos de los siglos. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN BERNARDO ABAD,

DOCTOR DE LA IGLESIA.

(DE TRONCOSO.)

Magnificavit eum in timore inimicorum, et in verbis suis monstra placavit.

El Señor le ensalzó haciéndole el terror de los enemigos, y con sus palabras aplacó los monstruos.

Ecci. c. 45. v. 2.

Difícil es, católicos, presentar un cuadro perfecto del héroe cuya memoria hoy solemnizamos. Son tantos y tan variados los caractéres que ofrece su santidad, que el entendimiento se encuentra perplejo en la eleccion. Por una parte le veo hecho el árbitro de los poderosos, la luz del mundo, el oráculo de la iglesia, el consuelo de los pontífices, y el defensor acérrimo de la mas pura y exacta disciplina eclesiástica. Por otra se me representa oculto en lo mas retirado del desierto, hecho la norma de los monjes, el modelo de los penitentes, el tipo de la abnegacion mas profunda, de la contemplacion mas extática, y del desprendimiento mas universal. Ora me parece un Josué diestro y aguerrido en las batallas del Dios de Sabaot y escogido por él para ganar con la espada de su doctrina la tierra prometida á los hijos de Israel. Ora un Moises escuchando en el retiro de la montaña santa de la boca del mismo Dios los preceptos de vida, para conducir en el desierto á un pueblo numeroso por las vias de la más austera perfeccion. En una palabra, en el dulcísimo y celoso san Bernardo veo, católicos oyentes, el compendio de todos los santos, el heroísmo de todas las grandes acciones, el prodigio de la sabiduría, de la religion, de la política, del valor, y de una santidad universal y

multiplicada; digno de las atenciones del cielo, y acreedor á los aplausos de toda la tierra.

Preciso nos es empero fijar de una manera segura el carácter privativo de nuestro insigne héroe, para poder trazar su elogio. Yo, señores, no hallo otro que mas llame mi atencion, que el que desde luego indiqué en las palabras del libro del Eclesiástico que puse por texto del presente discurso. Ellas son el elogio del caudillo del pueblo israelítico; y entendidas literalmente, dicen relacion á los prodigios con que aquel santo patriarca sacó de la cautividad á los hijos del pueblo santo que yacian aherrojados en Egipto por el bárbaro y tiránico Faraon. « El Señor, (dice el autor de aquel precioso libro) le engrandeció é hizo terrible á los enemigos, y él con sus palabras aplacó los monstruos : » *Magnificavit eum in timore inimicorum, et in verbis suis monstra placavit*..... ¿Y quién mas engrandecido en la iglesia de Jesucristo que nuestro celosísimo Bernardo, por el terror que infundió á los enemigos de esta esposa santa del Cordero? ¿Quién mas poderoso que él para pacificar con su doctrina y elocuentísimos escritos los monstruos del error, del cisma y de la impiedad? Si Moises mereció un elogio tan magnífico, porque con la virtud que fué dada á su vara milagrosa, deshizo los prestigios de los magos, se burló de sus astucias, é inutilizó sus ardides: ¿será ménos acreedor á él un hombre que con su vida pura é irreprensible supo hacer enmudecer al vicio y á la inmoralidad, y con sus palabras de sobrehumano poder convirtió en menudo polvo las artería, los amaños y los encantos de que el error se sirviera para combatir la verdad, los dogmas, la unidad de la iglesia, y su disciplina pura y santísima? Los mismos enemigos de la cruz, edificaron el templo de su fama. Tan poderoso fué no solo en sus obras sino tambien en sus palabras, que ellas solas, á manera de espada cortante y de dos filos, bastaron para dividir y destrozar los mas ensangrentados monstruos de la irreligion : *Magnificavit eum in timore inimicorum, et in verbis suis monstra placavit.*

Ved aquí indicado el rumbo de mi discurso. Bernardo fué ensalzado por Dios para que con sus virtudes confundiese á los enemigos de la verdadera virtud : 1ª parte. Bernardo con su celo y doctrina pura, pacificó á la iglesia ahuyentando de ella los monstruos que la combatian. 2ª Parte.

¡Quién pudiera, oh dulcísimo Bernardo, tener ahora tu celo, tu fervor y tu lenguaje tierno, eficaz, insinuante y encantador! Mas ya que no me sea dado poseer tu elocuencia, consígueme al ménos la proteccion y auxilios de aquella en quien tú hallabas recurso y seguro asilo en todas tus necesidades, y á quien con tanta ternura y efusion de tu alma saludabas: ¡Oh clemente! ¡Oh pia! ¡oh dulce vírgen María! A tí, oh vírgen excelsa acudimos, á tí invocamos, y como tu apasionadísimo y fiel hijo, te dirigimos aquellas sublimes palabras: *Ave María*.

PRIMERA REFLEXION.

Mil veces nos hemos visto obligados á combatir las falsas ideas de los enemigos de la verdadera virtud. No será asi empero en este dia en que la iglesia nos propone al dulcísimo san Bernardo como un modelo perfecto de santidad, y cuya vida es á la verdad la vindicacion mas completa de esta contra los ataques de la calumnia y de la mordacidad. La Francia vió nacer por los años 1091 este sol luminoso destinado á deslumbrar al mundo con los resplandores de una virtud insigne y de un carácter singular. La amabilidad y modestia de su rostro, la compostura de todas sus acciones, la buena inclinacion de su voluntad, su amor al retiro, la fuga de los entretenimientos pueriles y su piedad como innata hicieron juzgar á Tescelino su padre y á su piadosa madre Aletha, que iba á realizarse en su hijo el misterioso sueño que esta tuvo, cuando estando en cinta, la pareció traer en su seno un perrillo que ladraba de continuo, cuyos ladridos, segun la interpretacion de un siervo de Dios, significaban la vigilancia con que un dia habia de ahuyentar á los enemigos de la verdad del rebaño del eterno pastor. No tardará mucho el virtuoso jóven en verse rodeado de fieras que atentarán contra su virtud: empero él será un segundo Hércules que al nacer sofocará las serpientes; un David que en su juventud desquijarará los leones.

Enviado por sus padres á Chatillon sobre el Sena para enriquecerse con los despojos de los egipcios, como san Gerónimo llamaba á las ciencias humanas, sus progresos fueron tan rápidos, que en breve pudo ser propuesto como modelo á todos sus condiscípulos. Mas no era este un puerto seguro para su inocencia. El concurso de una juventud licenciosa, el lujo, la

vanidad, los vicios todos, hacíanle la mas cruda guerra. Su mismo semblante era para él el enemigo mas implacable de su virtud. Dotado por Dios de una belleza extraordinaria, vióse rodeado de Dalilas impúdicas que en todas direcciones le acechaban y tendian lazos para aprisionarle. ¡Cuántos ataques no sufrió su castidad! ¡En qué conflictos no se vió su inocencia! Si vos, oh gran Dios, no hubiérais fortalecido á ese jóven en lucha tan difícil y comprometida, ¡cuántas veces hubiera dado al traves la frágil navecilla de su alma! Pero Bernardo, en el seno de la corrupcion, en medio de la licencia y del desenfreno, se conserva puro é irreprensible, como un Moises entre los israelitas idólatras, como un Joseph entre los sensuales egipcios, como un Loth entre los sodomitas escandalosos. Mas conociendo como este que las victorias no disminuyen los peligros, y que es preciso huir al monte para no ser alguna vez víctima de la maldad que cuenta con tan poderosos auxiliares en un siglo corrompido é inmoral, nuestro jóven héroe, renunciando con resolucion magnánima todas las glorias, riquezas, honores y felicidades que podia prometerle su cuna brillante y sus dotes naturales, corre á ocultarse en el silencioso albergue del Cister, llevando consigo los mas ilustres trofeos de la victoria que acababa de conseguir contra el mundo émulo eterno de la virtud.

Al ver, católicos, á Bernardo, que seguido de treinta jóvenes de lo mas distinguido de la ciudad, de seis hermanos suyos que ántes se opusieron vivamente á sus piadosos designios y de otros muchos personajes frutos todos de su temprano celo, va á sepultarse en un desierto cuyo solo aspecto hacia estremecer á los hombres mas esforzados; ¿quién no admirará en él un glorioso conquistador que está destinado á ser el terror de los enemigos de la virtud? ¿Y quién no concebirá las mas faustas esperanzas de las futuras empresas de un hombre que á los veinte y dos años de su edad, es tanto el ascendiente que ejerce con su vida pura, ejemplar y extraordinaria, que las madres se ven precisadas á ocultar sus hijos, las esposas á sus maridos, temerosas de que las abandonen por seguir sus huellas y huir con él á la soledad?

¡Ah! llegad, hombres sensuales, almas muelles y afeminadas, acercaos al Cister y marayillaos á vista de ese asombro de perfeccion evangélica. Contemplad de cerca la vida de Bernar-

do, y permitidme os pregunte como en otro tiempo el Salvador á los admiradores del Bautista : ¿Qué es lo que habeis visto en el desierto? ¿Á un hombre vestido con lujo y afeminacion? No : Bernardo cubre sus miembros con un áspero cilicio; y aunque de complexion extremadamente delicada, el ayuno mas riguroso, las abstinencias continuas, las austeridades mas espantosas son sus delicias y su mayor contento; si alguna vez se alimenta con raíces y yerbas silvestres ó con un poco de pan y agua, experimenta el mas cruel tormento de verse reducido á la indispensable necesidad de pagar este tributo á la naturaleza. ¿Qué es lo que habeis visto en el desierto? ¿Una caña que se mueve al mas ligero viento? No : Bernardo, firme é imperturbable en su santo propósito, jamas falta á la menor de las leyes de su santo instituto; ora continuamente; alaba dia y noche al Señor con armoniosos cánticos; edifica á sus hermanos con su fervor y puntualidad á las horas canónicas; su silencio es tal, que jamas habla sino cuando la obediencia lo exige; su humildad tan profunda, que se juzga el menor de los hombres y el mayor pecador de todos ellos; su modestia tan excesiva, que aun ignora cuántas ventanas hay en la iglesia del monasterio. ¿Qué es en fin lo que habeis visto? ¿Un ser indolente y ocioso que, dejándose arrastrar de un pernicioso misticismo, se concreta al estrecho círculo de sí mismo y en nada sirve á sus semejantes? Así lo juzga mas de una vez un mundo egoista y calumniador eterno de la virtud. Pero seguid á Bernardo á Claraval á donde es destinado por sus superiores para formar una nueva colonia de santos. Vedle cómo trabaja incansable en aquel nuevo plantel, y le convierte de madriguera de asesinos en paraíso de héroes de la penitencia, en ángeles de paz. Aquí exhorta á sus hijos á la laboriosidad, desmonta con sus propias manos aquellos sitios cubiertos de malezas, edifica unas celdillas de madera, y no descansa hasta haber levantado un monasterio que despues se ha hecho célebre en todo el orbe. Unas veces enseña á los mas jóvenes las reglas de la oracion y de la vida espiritual; otras instruye á los mas provectos en los medios de caminar al ápice de la perfeccion monástica; ora escribe, ora predica; tan pronto está empleado en las ocupaciones mas ínfimas de la comunidad, como contestando á las consultas que de todas partes se le dirigen sin cesar. Sí, católicos, Bernardo sabe unir y hermanar perfectamente las cualidades

del solitario con las del hombre público; el silencio de María con la actividad de Marta; el recogimiento y abstraccion con los negocios de la gloria del Señor.

Tal es el gran Bernardo, sabios y prudentes del mundo; ved ahí, enemigos de los claustros, la apología mas cumplida de esos institutos sagrados que, so pretexto de ser inútiles á la sociedad, el genio de la destruccion hiciera desaparecer de nuestro suelo. Ved ahí un hombre cuyas virtudes son el mas solemne mentís contra vuestras calumniosas diatribas respecto de la virtud; un héroe que os hará enmudecer ínterin dure la memoria de sus acciones, y haya una página que conserve los monumentos de su heroísmo.

¿Y qué mayor prueba de la virtud y santidad de Bernardo que el ver aquellos escuadrones de personas de todas edades, que diariamente acudian á Claraval á reforzar los ejércitos de Jesucristo bajo los estandartes del santo abad? ¿No se vieron en muchas ocasiones llegar á pedirle consejo grandes, nobles, príncipes, reyes y obispos! El mismo Vaticano, ¿no le honró con su confianza y estuvo en correspondencia no interrumpida con el humilde solitario? Francia, Portugal, España, Italia, Inglaterra, Escocia, Sicilia, Alemania, ¿no le vieron trabajar incansable en la fundacion de mas de cien monasterios, proveyendo á todos en sus temporales y espirituales necesidades, edificando siempre con sus preciosos ejemplos, consolando á los afligidos, confortando á los débiles, reprendiendo á los tibios, animando á los fervorosos, siendo, en suma, un espejo en donde se miraban los mas perfectos, y un mudo censor en quien los díscolos hallaban la sorda reprension de sus vicios?

Increíble parece, católicos oyentes, que rodeado Bernardo de tantos y tan graves asuntos, pudiese conservar su corazon extranjero á las distracciones mundanales. Y sin embargo, ¿quién no admiró en él aquel espíritu de contemplacion continua que le tenia como embelesado en el cielo, hasta el extremo de no distinguir entre el agua y el aceite que mas de una vez bebió indistintamente? ¿A quién no llenará de asombro verle tan absorto en la meditacion de las grandezas de la dulcísima vírgen María, que parece que su corazon se derrite cuando pronuncia su nombre, que no tiene mas ansias que obsequiarla, que por todos sus poros no respira mas que el suavísimo néctar de una ternura la mas entrañable hácia aquella á

quien mira como su única madre? Pera no es posible, amados oyentes, expresar en pocos términos todo cuanto el entendimiento concibe acerca de la virtud y santidad prodigiosa del gran Bernardo. Sean otros los que con mas limado acento tomen á su cargo ensalzar las glorias de nuestro héroe; por mi parte juzgo que nada puedo hallar que mejor compendie el heroísmo de este portento de la gracia, que decir fué engrandecido por el Señor á un grado de santidad tan eminente, que su vida fué el terror de los enemigos de la virtud: *Magnificavit eum in timore inimicorum.* Habeislo visto en mi primera parte. Réstaos ver como con su celo y doctrina pacificó la iglesia, ahuyentando de ella los monstruos que la combatian: *et in verbis suis monstra placavit.* Esto será el asunto de la

SEGUNDA REFLEXION.

Con tristes auspicios comenzaba su carrera el siglo XII. Monstruos horrendos habian invadido la heredad santa del Dios de Sabaot. Las raposas del error desolaban la viña del labrador divino; el áspid tortuoso del cisma envenenaba las entrañas de la madre comun de los predestinados; y la impiedad, aumentándose especialmente en Francia con la licencia de las armas, extendiera las tinieblas de la ignorancia y de la superstícion en casi todos los pueblos. La religion, pues, no ménos que la sociedad, necesitaban de un genio extrardinario que supiese colocar la verdad en el sitio que usurpára el error; que supiese, en suma, arrancar la máscara hipócrita de la sabiduría mundanal, y hacer brillar la luz de la verdadera ciencia y de la sólida piedad.

Todo esto lo consiguió con su celo y doctrina admirable el solitario de Claraval. Sí, católicos, Bernardo era el Moises destinado por el cielo para aterrorizar á los enemigos de Dios y aplacar los monstruos que acometian su santuario. Dos hombres extraordinarios habia producido entre otros aquel siglo, que eran como los baluartes en que se habia atrincherado el error. El primero llamado Pedro Abeylardo, de ingenio sublime, pero de costumbres corrompidas; profundo en la ciencia filosófica, pero superficial en la ciencia de los santos; sabio, en fin, pero arrogante y presuntuoso. El segundo, cuyo nombre era Arnaldo de Brescia, discípulo del precedente, hipócrita, re-

voltoso y fanático en demasía, cuyos errores pusieron mas de una vez en conflicto á la iglesia, y cuyas turbulencias encendieron el fuego de unas guerras que hicieron correr la sangre de los ciudadanos. Contra estos dos monstruos hubo de luchar el celo y la doctrina de nuestro santo; y lo hizo con tan felices resultados que no les dejó el menor efugio, y les obligó á confesar su derrota. ¡Con qué profundidad desentraña Bernardo los ardides y astucias de estos dos hombres de perdicion! «Vigi-« lancia (decia en una de sus cartas), vigilancia contra Abeylar-« do..... Habemos escapado del leon, pero hemos caido en po-« der del dragon.... La abeja que estaba en Francia ha silbado « para llamar á la que estaba en Italia, y ambas se han unido « contra el Señor y su Cristo..... Hablo de Arnaldo de Brescia; « y ojalá que su doctrina fuese tan pura como austera parece « su vida; pues es un hombre que no come ni duerme; pero « está sediento de la sangre de las almas; es de aquellos á quie-« nes define el apóstol, y cuyo carácter pinta el mismo Salva-« dor diciendo: Vendrán á vosotros con piel de oveja, pero en « lo interior son lobos carniceros. No conoce el camino de la « paz, es enemigo de Jesucristo, el autor de la discordia, el per-« turbador del reposo, el destructor de la unidad. Sus dientes « son armas y flechas, su lengua es una espada cortadora, sus « discursos son mas suaves que el aceite, pero son dardos in-« flamados que causan horribles estragos. (1)» Armado de este celo y con el profundo conocimiento que tenia de estos dos hombres, preséntase Bernardo al concilio de Sens obligado de la obediencia, y en presencia de aquella santa asamblea de obispos, descubre y pulveriza las sutilezas con que intentan eludir el nervio de sus raciocinios; confunde su orgullosa temeridad; oblígales á rendir homenaje á las verdades católicas que combatian, y levanta trofeos á la fe de Jesucristo: *In verbis suis monstra placavit.*

Con igual denuedo peleó contra el monstruo del cisma. Sabido es de todos el conflicto en que se vió la iglesia de Dios en los dias de nuestro héroe. Colocado en la cátedra romana el virtuoso Inocencio II, disputábale la autoridad el ambicioso cuanto pérfido Anacleto, merced á las intrigas de un partido numeroso que se habia formado entre sus adeptos. Terco, y sostenido

(1) *S. Bernardo, carta* 187 *dirigida al Pont. Inocencio.*

de la muchedumbre, favorecido por los poderosos, secundado por la violencia y la rebelion de los descontentos, por las astucias de la política y por los ardides de Satanas, consiguió separar á los pueblos entre sí, alarmó á los príncipes, desunió á los obispos, fascinó al clero, y arrojó en el seno de la Europa la tea de la discordia. ¡Oh Dios de la verdad! ¿Permitireis que vuestro querido Israel sea destrozado por los incircuncisos filisteos? ¿No os conduelen los gemidos de vuestra esposa, cuyo majestuoso ropaje hállase desgarrado por sus enemigos, y cuyo corazon se mira inundado de amargura? Enviad vuestro ángel como en los dias de Ezequías rey de Judá, para que sean exterminados los que con blasfemia gritan contra vuestro santuario!

Vedle, católicos: Bernardo está ya armado de la espada de la verdad y presto á lidiar con ese Senaquerib soberbio. La ciudad de Estampes es la arena en donde caerá yerto cadáver el monstruo del cisma. Allí se hallan congregados todos los prelados de Francia, el rey Luis el Craso, y muchos príncipes de sangre. Bernardo es compelido á asistir, á pesar de sus humildes excusas, y en negocio tan arduo y difícil, toda la santa asamblea hace al santo solitario árbitro de la cuestion, y le confía la decision de la legitimidad entre Inocencio y su rival Anacleto. ¡Qué portento! Bernardo es el alma de todo un concilio. ¡Un pobre y oscuro solitario es el órgano del Espíritu santo! En efecto; nuestro santo ora, examina la cuestion, delibera en fin, y sentenciando á favor del virtuoso Inocencio, le declara verdadero y legítimo Pastor de la iglesia; desmenuza los falsos argumentos con que su contrario pretende aun hacer valer sus soñados derechos; allana todas las dificultades; cautiva todos los corazones á quienes el torpe interes hiciera seguir las huellas del intruso, y hace triunfar la unidad: *In verbis suis monstra placavit.*

¡Oh héroe magnánimo! ¡Cuán deudora te es la iglesia de Jesucristo! Su paz, su gloria, sus derechos, su felicidad... todo es obra de tu celo ardoroso y de tu doctrina celestial! Mas no le debe ménos, señores, la sociedad, para quien este grande acontecimiento tuvo los mas felices resultados. ¿Quién proporcionó á la Francia el reposo y la calma que habian turbado las escisiones de Anacleto? ¿Quién refutó los pretextos de la Alemania, disipó las pretensiones de la Inglaterra, y sosegó las turbulencias de Flandes y la Sicilia? Aquí, señores, no puedo ménos de

recordar con entusiasmo un rasgo admirable del celo santo de Bernardo. Guillermo, duque de Aquitania, continuaba con tenacidad sosteniendo el cisma con sus excesos de todo género. En vano nuestro héroe multiplica sus exhortaciones, reitera sus súplicas, y hace continuos viajes á la corte de aquel príncipe para reducirle á la unidad. El obispo de Angulema, Gerardo, atizaba el fuego de la escision y neutralizaba los efectos del celo santo de Bernardo. ¡Pero oh fuerza irresistible de la verdad! Ármase el intrépido solitario de la fe y de la virtud del Altísimo, amenaza terriblemente al díscolo Gerardo, y cual si fuese un ángel de Dios, anúnciale su muerte, la cual se verifica con las mas funestas circunstancias. Dirígese despues al duque, y ¡qué espectáculo tan tierno, al par que terrible, se ofreció entónces á los ojos de Dios y de los hombres! Estaba á la sazon celebrando el tremendo sacrificio de nuestros altares; cuando he aquí, que despues de la consagracion, toma en sus manos la sagrada hostia, sale á las puertas de la iglesia en donde se hallaba Guillermo, y con el rostro encendido y los ojos centellantes, háblale en estos términos: «Os hemos suplicado, y « nos habeis despreciado: aquí, pues, teneis el Hijo de la Vir« gen que viene á buscaros, el que es cabeza y Señor de la « iglesia á quien perseguis; este es vuestro juez á cuyas ma« nos ha de venir á parar vuestra alma. ¿Le despreciareis aca« so, como habeis despreciado á sus siervos?» A estas palabras el duque cae por tierra privado de sus sentidos; Bernardo le toca con el pié y le manda que se levante para oir la sentencia que el Señor le intimaba por su boca; y luego continúa: «Ved « aquí el obispo de Poitiers á quien lanzasteis de su silla; re« conciliaos con él, llevadle vos mismo á su iglesia, y prestad « obediencia al Sumo Pontífice á quien acata toda la iglesia.» Bernardo obtiene el mas completo triunfo; Guillermo ejecuta sus órdenes, se humilla, hace penitencia, entra en la unidad católica, el cisma es destrozado, y la iglesia queda en pacífica posesion de sus derechos. *In verbis suis monstra placavit.*

No descansa el celo ardiente de este nuevo Macabeo con las conquistas que acaba de reportar. No bien habia tornado á su delicioso albergue de la soledad, cuando es llamado de nuevo á luchar contra nuevos monstruos. La sabiduría mundanal, la ciencia de la carne que siempre fué y será enemiga declarada de Dios, intentaban todavía reanimar las cenizas recien apagadas

del mal, y en diversas partes advertíanse chispas que amenazaban encender un nuevo fuego. Lotario, rey de los Romanos, si bien prestó obediencia al legítimo pontífice, no cesaba de molestarle con pretensiones importunas. Bernardo se presenta; habla al monarca; le convence; y los negocios se arreglan á satisfaccion de la silla apostólica. Imposible es seguir á nuestro héroe en los viajes que emprendió por la gloria del Señor y el mayor esplendor de la unidad católica. En todas partes parecía hallarse presente este ángel pacificador, sin que por eso dejase de estar siempre dentro de sí mismo absorto en la divina contemplacion. Ora le vereis en Flandes haciendo numerosas y brillantes conversiones, y aumentando el número de los solitarios que en tropas le pedian ser admitidos bajo su direccion: ora reconciliando en el concilio de Plasencia á los de Pisa con los genoveses; ya en calidad de legado del papa componiendo las diferencias que existian entre Conrado duque de Sanbia y el emperador de Alemania: ya en la corte de Rogerio, rey de Sicilia, desvaneciendo la falsa elocuencia de un cardenal, su protegido, que se oponia al reconocimiento de la santa Sede; unas veces decidiendo las cuestiones mas importantes en los concilios: otras combatiendo á los herejes llamados apostólicos, á Gilberto Porretano, á Leon de la Estrella, y otros muchos de este temple. Casi á un mismo tiempo admiró Claraval la sabiduría de su gobierno; Paris la fuerza de su elocuencia; Reims fué sorprendida de sus luces; Milan con sus multiplicados prodigios. En Roma su heroísmo arrebata la atencion de los purpurados; en Tolosa su predicacion y hechos portentosos arrancan las aclamaciones de todo el pueblo; y en medio de una muchedumbre de negocios tan complicados, hace brillar en sus escritos una elocuencia encantadora, una profundidad inimitable, una dulzura que cautiva, una sublimidad que embelesa, una sabiduría, en fin, que causa la admiracion de los sabios y de todo el mundo. Leed el comentario sobre *el cántico de los cánticos;* leed los cinco libros *de la consideracion* que dedicó al papa Eugenio III; leed, en fin, todas sus producciones, y quedareis absortos á vista de tan profundo saber en un hombre sepultado en el retiro de un desierto.

Preciso nos es, empero, concluir. Nada nos es posible decir de su tierno amor á la madre del amor hermoso, ni de los señalados favores con que por ella fué enriquecido; nada del des-

interes con que renunció cuantas dignidades le ofreciera la silla apostólica, satisfecho únicamente con recibir en premio de sus brillantes servicios una reliquia de san Cesáreo mártir; nada, en fin, de los sacrificios, penalidades y persecuciones que le proporcionó su celo, especialmente en la predicacion de la cruzada contra los infieles. Solo nos contentaremos con decir, que un santo á quien visitaron y consultaron los sumos pontífices, los obispos y cardenales, á quien obedecieron los príncipes mas soberbios, á quien los pueblos veneraron, á quien escucharon como un oráculo los concilios; un santo que por la gloria de Dios y de su iglesia pasó tres veces á Alemania, recorrió la Francia, átravesó los Alpes, é iluminó á toda la Europa con los resplandores de su doctrina, y hoy dia ilustra á todo el orbe católico; un santo, que uniendo el retiro y la austeridad del solitario á la infatigable actividad del apóstol, destronó el error, ahuyentó el cisma y confundió la impiedad, es en toda su expresion un héroe ensalzado por Dios para ser con su vida el terror de los enemigos de la virtud, y con su celo y doctrina el pacificador de los mas horrendos monstruos : *Magnificavit eum in timore inimicorum, et in verbis suis monstra placavit.*

¡Oh dulcísimo Bernardo, honra y prez del doctorado católico! la iglesia deudora por mil motivos á tu infatigable celo, y tus relevantes servicios, te ha conferido justamente este nuevo título; y tu doctrina suave como la miel, y como el néctar purísima, es y será siempre un baluarte firmísimo contra todos sus enemigos. Ahuyenta, como lo hiciste en tu vida, los monstruos que todos los dias aborta el averno para desventura de la humanidad, y prueba de la firmeza de la fe. Inspíranos el santo celo con que defendiste la verdad, la moral y la unidad católica; consíguenos del Señor, á quien con tanto fervor serviste, y de María, á quien tan apasionadamente amaste, gracia para imitar tus virtudes, á fin de merecer ser un dia contigo moradores de la celestial Jerusalen, la gloria.

SERMON

DE SAN BLAS, OBISPO Y MÁRTIR.

(DE ANDRES.)

Si quis venit ad me, et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios... non potest meus esse discipulus.

Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre y madre, y mujer é hijos... no puede ser mi discípulo.

S. Luc, c. 14. v. 26.

Cuantas veces como desde una alta atalaya me paro á considerar los estudios y conatos de los hombres, apénas puedo detener el curso á mis lágrimas, viendo la miserable ceguedad de los mortales. Como si las honras y dignidades fueran el colmo de la suma felicidad, segun locamente creyó Aristóteles, así enderezan á su consecucion todos sus pensamientos y diligencias. Proponen subir al alto monte de la honra, aunque no conozcan otros caminos que los de la iniquidad.

Puede darse mayor ceguedad en los mortales? ¿Pudiera creerse si no se viese, tal estolidez de entendimiento, semejante corrupcion de voluntad? O hombres insipientes, diria yo! O necios, (para decirlo con las mismas palabras de los Proverbios) ¿hasta cuándo habeis de amar la infancia, y desacordados buscais las cosas que os son nocivas? *Usque quo parvuli diligitis infantiam, et stulti ea, quæ sibi sunt noxia cupient!* (1) ¿Dudais que haya otros caminos que llevan á las honras mucho mas espaciosos que los de la iniquidad? Creeis que el delito es el único brazo que puede levantaros? Os persuadireis que á la injusticia es á quien debais reconoceros deudores de vuestras pretendidas exaltaciones? Os engañais. Registrad las historias divinas y humanas, y vereis que hay

(1) *Prov.* c. 1. v. 22.

medios mas poderosos para levantaros. En ellas leereis que la virtud ha sido siempre el camino mas trillado para llegar los hombres al mayor honor, y afianzarlos en él contra todas las oposiciones del mundo. Y si no quereis tomar el trabajo de revolver historias, bastará para convenceros atender solo al objeto de nuestra solemnidad. Mirad á san Blas hecho obispo de la ciudad de Sebaste, pero él no alcanzó esta dignidad con el ardid y negociacion, como Alzimo alcanzó de Demetrio le restituyese al sumo sacerdocio (1); no la obtuvo con el fraude y el dinero, como Jason compró de Antioco el pontificado (2); no con la simonía, como Graciano pretendió la dignidad mas augusta de la Iglesia. (3) Todos los méritos de nuestro santo se formaron del esplendor de su santidad, de la pureza de su conciencia, del candor de sus costumbres : *Qui cum omni sanctitate poleret, electus est à christianis in ipsius civitatis episcopum.* Todos leían en él como en un Evangelio vivo, las saludables máximas que dió el Salvador del mundo á las turbas que le seguian. Le miraban como un hombre, en quien no hacian impresion los afectos de la carne y de la sangre; un hombre aborrecedor de sus padres (4) y de su misma vida (entendido este aborrecimiento segun el espíritu de quien lo pide á sus discípulos en el Evangelio, y como lo entendió san Gregorio en su homilia 37.), un hombre arrojado en brazos de la cruz y crucificado al mundo, para vivir solo á Jesucristo; un hombre finalmente irreconciliable con los sentimientos del amor propio. Por este carácter era conocido cuando de comun consentimiento del pueblo fué elegido obispo de su ciudad. Y como en esta eleccion no intervino la lisonja, ni se miró parentesco, ni se cuidó del soborno, sí solo al mérito de las virtudes, por lo mismo hizo Blas su gobierno feliz. Ante todas cosas tuvo presente aquel consejo de los Hechos apostólicos : *Attendite vobis, et universo gregi, in quo vos Spiritus Sanctus posuit episcopos regere Ecclesiam Dei* (5). Atendió de suerte á sí y á sus ovejas, que fué visto hecho un modelo de obispos perfectos. Llenó tan á satisfacion las esperanzas que desde el principio se tenian concebidas de sus talentos y de su mérito, que no dudó intitularle : *El obispo perfecto.* Veis aquí la proposicion. Creeré ha-

(1) *I. Mach. c.* 7. (2) *II. Mach. c.* 4. (3) *M. Flo. Cla. Hist. sigl XI.*
(4) *Et non odit Patrem suum. Luc. c.* 14. *v.* 26. (5) *Act. c.* 20.

ber hecho cuanto debo y puedo para satisfacer vuestras esperanzas, y el mérito de nuestro santo, si llego á hacerle, no solo conocido, sino distinguido por el carácter del *obispo perfecto*. *Ave María.*

Si quis venit ad me, et non odit Patrem suum, etc.

Cualquiera que no esté instruido de las calidades que deben concurrir para formar un obispo digno, juzgará que yo no elogio bastantemente á nuestro santo, cuando me propongo representarle como obispo perfecto. Mas quien sepa que segun el sentir del apóstol debe ser el obispo un hombre, cual el mismo san Pablo le describe en su epístola á Timoteo, no reputará vulgar el elogio que yo doy á nuestro santo intitulándole el obispo perfecto; ántes bien quedará persuadido que si yo cumplo cuanto promete el elogio, no habré podido hacer cosa mas gloriosa para nuestro santo. Tan arduo empeño conoció Blas llegar á ser un obispo perfecto, que si no desconfió de salir con ello, creyó á lo ménos deberle costar todo su desvelo y aplicacion. Y porque consideraba podian retraerle ó los halagos, ó las amenazas con que Diocleciano pretendia extinguir la fe en Sebaste, se determinó á partir á la soledad, donde como en lugar mas propio para la virtud, pudiese adquirir el tesoro riquísimo de merecimientos, á que consideraba poder anhelar por su dignidad. Yo, cuando miro á Blas hacer sus disposiciones para retirarse al desierto, temo que él no se acuerda ya de que es obispo. Obispo, y al desierto? No es esto Blas lo que corresponde á la dignidad de obispo. La fuga que meditas deshonrará tu carácter. Eres pastor? Pues vela sobre tus ovejas, llévalas á los pastos saludables, y no las expongas á ser presa del sangriento lobo Diocleciano. Acuérdate que no eres mercenario que abandona las ovejas, dejándolas á la discrecion del lobo. Eres obispo, son tus feligreses ovejas propias; y así, segun el consejo de Jesucristo, debes poner tu alma por su defensa. Con la dignidad de obispo se te intima aquella ley de Jeremías: *Ecce constituite hodie: Ut evellas, et destruas, ut dissipes, et ædifices, et plantes* (1). Debes arrancar los abusos, debes exter

(1) *Jer. c. 1. v. 10.*

minar los vicios; debes plantar las virtudes, debes inspirar un cristiano valor á tus súbditos, y debes proponerte por ejemplo de quien aprendan á burlar todos los esfuerzos de la crueldad, y á eludir las bárbaras pretensiones del tirano.

Por tanto no desampares, Blas, tu silla de Sebaste. Quédate á repartir el pan de la doctrina. Haz robusta la fe de tus súbditos con los saludables documentos. Mas qué digo yo? Pártete, Blas, presuroso á los desiertos. Dáte prisa á salir de Sebaste y encaminarte á la profunda soledad. No temas por esto faltar á tus deberes, pues el mismo Jesucristo aconseja á sus discípulos, que cedan el lugar y muden domicilio, cuando se levantan contra ellos sangrientas persecuciones : *Cum autem persequentur vos in ista civitate, fugite in aliam* (1) Y acaso, señores, faltan razones para persuadir, no solo que fué lícita, sino digna de alabanza la fuga al desierto de nuestro Blas? Era nuestro santo persona pública, y muy necesaria para conservar en el pueblo las obligaciones de la Religion : quedándose en Sebaste, era de temer que con su muerte acabase tambien la pobre cristiandad. En el tiempo de la persecucion era verisímil que se entibiase en muchos el fervor, y padeciese en otros sus quiebras la pureza de la fe, y así se hacia forzoso que atendiese Blas á ponerse en salvo, para poder despues acudir á reparar las pérdidas de la Religion, y volver sus ovejas á los antiguos caminos. Ni retirándose Blas al desierto creyó privar enteramente á sus súbditos de los socorros tan necesarios de su doctrina. Él continuaba en el desierto este empleo de su misericordia y su dignidad, repartiendo desde allí el pan de las cristianas enseñanzas. Entre los muchos que debieron su salud al celo de nuestro santo, fueron aquellas siete mujeres, las cuales recibieron la fe tan constantes, que no dudaron ofrecer sus cuellos al bárbaro cuchillo. Sobre todo la fuga de Blas al desierto no fué sugerida de su capricho, sino de la inspiracion de Dios; porque si no fuera así, no hubiera dado el cielo en tantos prodigios otros tantos testimonios de su aprobacion. Qué otra cosa fué que un testimonio auténtico que daba Dios de lo que se complacia en la resolucion de Blas, aquel doblarle su rodilla el leon, aquel caer á sus plantas humilde el tigre, aquel visitarle á porfía en su cueva el lobo voraz, el tímido corzo, el lijero venado, sin quererse

(1) *Matth. c. 10. v. 23.*

partir hasta que el santo les diese su bendicion? Prodigio fué este concedido á Adan mientras fué inocente, y que se trasladó á nuestro santo, por haber mantenido siempre la rectitud inocente que recibió en el Bautismo.

Sucedía, dice san Vicente Ferrer, que llegada la hora de tomar Blas su preciso alimento, se salia de su cueva á esperarlo de mano de la Providencia. Luego renovándose en uno de los milagros hechos á beneficio de muchos justos, se veían venir á la mano de Blas, ahora bandadas de palomas con granos de trigo en sus picos, luego multitud de tordos con aceitunas, y por usar los cuervos las mismas atenciones con nuestro santo que usaron con los Pablos y los Onofres, le traían higos para su sustento, contribuyendo con esto todas las aves á calificar aquella sentencia de David : Que el Señor provee de alimento á sus siervos en el tiempo mas oportuno (1). Ni lo extrañeis, pues ya dijo el profeta Rey : Que la paciencia y el sufrimiento del justo no perecerian en el fin (2); y el mismo David lo testifica con la experiencia, pues despues de muchos años, y habiendo llegado á una provecta senectud, dice : No haber visto algun pobre jamas desamparado, ni que su familia hubiese quedado sin pan (3). Por esta experiencia exhortaba David á todos cuando decia: *Jacta super Dominum curam tuam, et ipse te enutriet* (4). ¿Y no son todos estos prodigios renovados en nuestro santo, otras tantas calificaciones de lo grata que le era al Señor su morada en la soledad? En efecto, asegurado Blas con las maravillas del cielo que nada obstaba el desierto para cumplir á medida del divino gusto con las obligaciones de un perfecto obispo, no quiso volver á la ciudad sino precisado por la fuerza del cruelísimo Agricolao.

Sucedió, pues, que en el tiempo de aquella persecucion que padeció la cristiandad (5), como maquinase Agricolao modos cruelísimos con que atormentar á los mártires, creyó satisfacer su odio si llegaba á hacer perecer los cristianos entre los colmillos y las garras de las fieras. Con esta mira mandó á sus soldados salir á los montes, para que le trajesen cuantos animales cayesen en sus manos. Asustando los montes con su ruidosa caza iban los ministros de Agricolao, cuando la casualidad

(1) *Psalm.* 144. *v.* 15. (2) *Psalm.* 9. *v.* 19. (3) *Psalm.* 36. *v.* 25.
(4) *Psalm.* 54. *v.* 23. (5) *Bol. Act. S. Blas. fol.* 337. *lit. c.*

ó la providencia les guió á la cueva de nuestro Blas. Allí le vieron rodeado todo de indómitas fieras, á las cuales curaba sus llagas, y con quienes alternaba cánticos de loores al Dios de los cristianos: pasmados con la novedad, corrieron á contarla á Agricolao, el cual dió luego órden, que tomando el socorro necesario de mejores armas y mas animosos soldados, volviesen al monte y trajesen á su presencia aquel hombre de quien le hablaban. Corrió al desierto la espantosa tropa, y previniendo Blas su llegada, salió á hacerles el recibimiento todo alborozado y lleno de gozo. Seais bien venidos, les dijo, dias ha que impaciente os esperaba. Esta noche se me ha aparecido tres veces mi Redentor, y me ha dicho que me levantase á ofrecerle sacrificio, y así vamos en hora buena en el nombre de mi señor Jesucristo. Llega Blas á la presencia de Agricolao, el cual recibiéndole con el mayor agrado, le dijo con blandura y suavidad: Bien venido Blas, amigo mio carísimo, y de nuestros dioses inmortales. Dios te guarde, ó presidente, respondió Blas, y para que te guarde, ruégote no llames dioses á los que son depósitos viles de iniquidad, obras de las manos de los hombres y escondrijos de los demonios, en cuyas manos serán entregados todos aquellos que los adoran.

Herido con esta respuesta el bárbaro Agricolao, revístese de sangrienta cólera, y manda luego, que colgado de un árbol nuestro Blas, le azoten con cadenas de hierro, y le despedazen sus carnes con peines y garfios acerados. Déjase ver el bendito mártir cubierto todo con la púrpura de su sangre, y sin balancear un punto en la firmeza de su fe, ni mostrar flaqueza entre tanto diluvio de tormentos, tiene ánimo para encararse con el presidente y hablarle en esta forma: O cruelísimo Agricolao, engañador de las almas, y perseguidor de la verdadera y casta Religion, ¿piensas contrastar mi entereza con tus tormentos? Esperas que cederé á la violencia de los garfios y de los peines? Aguardas verme doblar la rodilla ante esos ídolos escandalosos, llevado del temor á la muerte con que me amenazas? Te has prometido sacar de mí ventajas á fuerza de dolores? Mal conoces Agricolao á los cristianos. Multiplicar llagas sobre llagas es hacernos mas invencibles. Nosotros amamos ardientemente la muerte, como que ella nos ha de introducir en los contentos eternos, y por esto es, que cuanto mas crueles é inexorables son los tormentos, tanto mayor es en ellos nuestro

gozo, pues nos van acercando á aquella hora de la muerte tan suspirada. La vida en nada la estimamos nosotros, sino para hacer de ella al Señor que adoramos gustoso sacrificio; mira, pues, qué tristeza nos causará el perderla. Al fin desengáñate, Agricolao, que, sobre mi palabra, no tendrás el bárbaro gusto de verme adorar tus falsas divinidades. Yo me reiré siempre de tus tormentos. Emprende arbitrar nuevos modos de atormentarme, pero está cierto, que primero habrá de ceder tu crueldad que mi sufrimiento. A resolucion tan animosa de Blas, dióse por vencido Agricolao, y mandó cerrar á nuestro bendito mártir en una oscurísima cárcel, para que la hambre triunfase de aquella vida, contra quien nada habian podido los garfios, los peines y los azotes.

Yo cuando me retiro allá dentro de mí mismo, y abstraído de todo aquello que puede serme estorbo, atiendo solamente á nuestro benemérito obispo puesto en la cárcel y rodeado solo de las tinieblas, sin mas aliento que las lágrimas, sin mas lecho que la desigualdad del duro suelo, sin mas compañía que la invisible de su ángel custodio; sin otro lenitivo de sus dolores que la mordacidad de sus llagas: cuando yo, pues, conseguida la deseada abstraccion de todo bullicio, miro á Blas segun los sentimientos de la carne en un estado tan deplorable, me parece tambien estar oyéndole que hablando con su Dios, le da estas ó semejantes amorosísimas quejas: Señor, y Dios altísimo, muchas veces os he dicho: hablad, Señor, que vuestro siervo oye; ahora os ruego que oigais vos, porque vuestro siervo habla. Mirad, Señor, nuestros padres nos hicieron una larga narracion tan sincera como verdadera de las grandes obras que hicisteis á beneficio de nuestros mayores. Nos dijeron la condescendencia de vuestra benignidad con Abrahan, Isaac y Jacob. Que los hicisteis respetables á los pueblos, autorizados para con los príncipes, temibles á los soberanos, agradables á todos. Oímos cuán soberano se mostró tu poder para beneficiarlos en la salida de la cautividad. Que desataste las nubes en horrorosas granizadas: que abriste calles entre las aguas; que sepultaste entre las hondas caballeros y caballos; que hiciste resolverse los cielos en delicadísimos manjares; que á pesar de los ardientes rayos del sol, les hacia sombra en sus jornadas una densa y hermosa nube; que de noche para que no echasen ménos la claridad del sol, sustituiste como farol hermoso, una

columna de fuego. Sabemos, Señor, con cuán amorosa vigilancia los guardasteis, para que no fuesen ofendidos de las naciones. Protestasteis que cualquiera que los ofendiese, heriria las pupilas de vuestros ojos. Estas y otras maravillas habeis obrado, Señor, con nuestros mayores. Así lo hemos oído con nuestros oídos, y de ellas nos han informado nuestros padres: *Auribus nostris audivimus, Patres nostri annuntiaverunt nobis* (1). Cómo pues, Señor, se ha barajado tan lastimosamente nuestra fortuna con un metamorfósis tan extraño? Sobre mí, Dios mio (por no hablar ahora de los otros mártires) sobre mí descargan toda su ira los hombres, y como si no tuviese Dios que me guardara, me acometen y prevalecen contra mí. Soy hecho semejante á los que caen en el lago, ó como hombre solo y sin compañía para la defensa. Cualquiera tiene salvo conducto para ofenderme, y como si nada pudiera el Dios á quien sirvo, me maltratan impunemente mis enemigos. Todo el dia me cubre la cara el rubor y la vergüenza, por la voz del que me da en rostro y me persigue. Señor, en qué he desmerecido yo vuestra proteccion? Yo he caminado siempre por los caminos que me señalasteis, he vivido penetrado de vuestro temor, y si no cuento mis misericordias con los pobres, mi cuidado pastoral sobre mis ovejas, y mi solicitud por la exaltacion de vuestra gloria, es porque no parezca que me glorío y envanezco en otra cosa fuera de vos mismo. No obstante tengo ánimo para deciros, Señor, que nunca fuisteis tan bien servido de aquel antiguo pueblo, como de mí. Tantas veces se revelaron contra vuestra Majestad y vuestros ministros. Os dejaron á vos para ir con las naciones á ofrecer inciensos á los ídolos. Fueron incrédulos á vuestros oráculos, ingratos á vuestras mercedes, groseros á vuestra familiaridad, y desconocidos á vuestras abundantes misericordias. Nada de esto podeis imputarme á mí, Señor. Ahora, pues, dadme licencia para que os pregunte, Dios mio: De dónde nace tanta blandura y suavidad con aquellos y tanta severidad para conmigo? A las aflicciones de nuestros mayores siempre propicio; en mis trabajos y persecuciones siempre inexorable. Ninguno los ofendia que no fuese conocido como sujeto á vuestra venganza; todos me atormentan, y ninguno siente el efecto de vuestro enojo. Ea

(1) *Psalm.* 43. *v.* 2

pues, altísimo Dios, renuévense en mí vuestras misericordias antiguas. Por tí me mortifican todo el dia, y soy estimado como oveja llevada al matadero. Dejáos finalmente obligar de mis ruegos. No escondais, ni aparteis mas vuestro rostro, mostrando olvidaros de mi tribulacion y necesidad. Levantaos os repito con el perseguido profeta, levantaos en mi defensa, y sacadme á salvo de tantas tribulaciones. Levantaos, por qué dormís Señor? Con vuestra asistencia triunfaré yo de la tiranía; pero si me dejais, seré sumergido por las aguas de tantas tribulaciones.

De esta manera, Señores, me imagino yo que nuestro Blas formase sus amorosas quejas al Señor, no para que le librase de las tribulaciones y dolores que le rodeaban, sino para empeñarle á que fuesen mayores los socorros de su poderoso brazo para mantenerse. Quiso el presidente hacer nuevas pruebas de la constancia de Blas, y hallándole tan invencible como al principio, le mandó arrojar en una laguna para que sumergido entre las aguas, fuese alimento sabroso de los pezes. Hizo el santo la señal de la cruz, y entrándose animoso, caminaba sobre ellas con la seguridad que si caminara sobre un enlosado de cristal; y haciendo de ellas púlpito, predicaba las maravillas de Dios y la verdad incontrastable de nuestra fe. Venid, ciegos idólatras, decia á los ministros de justicia, y experimentad si por ventura sois tan felices que por beneficio de vuestros dioses os paseeis festivos sobre las aguas. Entrad aquí conmigo con la confianza en vuestras falsas divinidades, que os librarán de naufragar. Avergonzados los idólatras (1) con estos insultos, entraron en el lago 65 hombres, todos los cuales cayeron sumergidos en lo profundo de las aguas como plomo, de la misma manera que aquellos otros infieles de quienes habló Moises en su cántico cuando dijo: *Submersi sunt, quasi plumbum in aquis vehementibus.* Mirando este triunfo del divino Poder estaba nuestro santo, cuando oyó la voz de un ángel, que le decia: *Egredere, et præparatam á Domino coronam justitiæ accipe.* O pontífice amigo de Dios, sal de esas aguas y ven á recibir la corona de inmortal gloria que te tiene preparada el Señor. O nueva la mas dichosa que se puede dar á un hombre! Y quién, señores, podrá explicar el gran gozo de que seria lle-

(1) *Bol. Act. S. Blas.*

no el espíritu de Blas? Es creíble que absorto todo, le tomaria á David sus palabras para decir con él: Héme alegrado con lo que se me ha dicho, iremos á la casa del Señor. Ó dia sereno, ó dia claro que ya has amanecido! Luego diré con el Profeta, que así como lo he oído, así lo he visto en la ciudad de mi Dios y mi Señor. Entónces, alma mia, verás, abundarás, se admirará y dilatará tu corazon.

Apenas el presidente Agricolao miró á Blas fuera de la laguna, pronunció contra él definitiva sentencia, y mandó que al punto fuese degollado. Arodillóse Blas en el suelo, y clavando sus ojos y corazon en el cielo, hizo al Señor la siguiente súplica: Dios y Señor de las virtudes, que á mí tu indigno siervo os habeis dignado concederme victoria de mis enemigos, conceded, Señor, por vuestra gloria y mi memoria la salud á todos los que humildes os la pidiesen. Apareciósele Jesucristo Señor nuestro, y otorgó propicio la peticion de su siervo. Entónces se llegaron los ministros, y descargando sus espadas con bárbaro valor, le hicieron caer en el suelo la cabeza. Este fué el último y mayor ejemplo que dió Blas á sus ovejas, que fué dar la vida por la fe que les predicaba. Esto fué ser obispo perfecto: esto fué atender á sí, y á sus ovejas encomendadas: *Attendite vobis, etc.* Mas esta atencion y cuidado que tuvo Blas de sus ovejas, la ha extendido despues de su muerte á todos los cristianos. Fuera materia prolija, y aun imposible, contar los beneficios espirituales y temporales, de que ha llenado á todos los hombres. Su beneficencia amorosa con los que padecen enfermedades de garganta, ha sido muy apreciada y conocida en el mundo. Por los prodigios que ha obrado á beneficio de sus devotos en todos tiempos y en todas materias, le intitula Bolando, último escritor de su Vida: El obrador de milagros: *Patrator miraculorum* (1). Y su beneficencia no la ha mostrado solo socorriendo en las mas extremadas urgencias corporales, segun que de ello nos da un testimonio auténtico san Findano. Oraba este santo una noche junto á un altar, donde se veneraban algunas reliquias da nuestro insigne mártir. Imploraba con ardientes súplicas su patrocinio para alcanzar de Dios la absolucion de sus pecados: en lo mas fervoroso de su oracion, se dejó oir una voz que le decia: *Sedes tua in cœlo, jam demis-*

(1) *Bol. Act. S. Blas. in principio.*

sis peccatis, posita est; tus pecados son perdonados, y ya tienes en el cielo preparada la silla de tu descanso.

¿Tenemos necesidad, señores, de que se nos perdonen nuestros delitos? Hemos concebido un verdadero deseo de salvarnos? Pues obliguemos el mérito de san Blas, para que nos reconcilie con nuestro Dios ofendido. Él en la hora de su martirio intercediendo por sus devotos, no limitó su peticion, ni el Señor puso término á su promesa. Todos igualmente podemos salvarnos por su patrocinio, si todos igualmente le obligamos con la imitacion de sus virtudes.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN BLAS, OBISPO DE SEBASTE Y MÁRTIR.

(DE TRONCOSO.)

In vita sua fecit monstra, et in morte mirabilia operatus est.

Durante su vida obró prodigios, y en su muerte hizo cosas admirables.

Ecci. c. 48. *v.* 15.

Queriendo Jesus hijo de Sirach trazar el elogio del gran profeta del Carmelo, ved aquí cómo se expresa en el capítulo 48 de su precioso libro, llamado comunmente el Eclesiástico: « Elías era semejante á un fuego, y sus palabras eran como ardientes teas. Con la palabra del Señor cerró el cielo, del cual por tres veces hizo descender llamas abrasadoras. Hízose célebre por sus milagros, y ¿quién como él pudo gloriarse de haber hecho ostensible el poder y la virtud del Señor? En fuerza de su palabra arrancó vivo del sepulcro á un difunto, arrojó á los reyes al precipicio, quebrantó sin trabajo su pujanza, y en medio de su gloria los traladó del lecho al polvo de la tumba. Oyó en el monte Sinaí el juicio del Señor y en Horeb los decretos de su venganza. Ungió reyes para que castigasen á los impíos, y en pos de sí dejó profetas sucesores suyos. Escrito está su nombre en los decretos de los tiempos venideros para aplacar el enojo del Señor, reconciliar el corazon de los padres con los hijos y restablecer las tribus de Jacob. No hubo cosa alguna de este mundo que pudiese doblarle. Durante su vida obró prodigios, y en su muerte hizo cosas admirables. »

No es posible, católicos oyentes, leer estas palabras, sin apercibirse desde luego del carácter del ilustre obispo y mártir, cuyas glorias solemniza hoy la iglesia católica. Todas las brillantes cualidades que el autor del Eclesiástico nos hace admirar en aquel profeta, vénse reunidas de un modo prodigioso en este héroe incomparable. Los estupendos milagros que la omnipotente diestra dignárase obrar por su medio, su fortaleza heróica en defender las verdades de la religion contra la audaciosa impiedad del paganismo, su celo en sostener los derechos de Dios y de su iglesia, sus palabras de fuerza irresistible para confundir á los que abusaban del poder para hacer guerra al Evangelio, ¿no retratan al vivo todos los caractéres de aquel hombre de Dios? Si Elías en virtud de la palabra del Señor hizo descender el fuego del cielo (1), ¿no ejerció san Blas el mas maravilloso imperio sobre los elementos? Si á la voz de aquel, el sepulcro arrojó sus víctimas (2), ¿no obedeció tambien la muerte á la voz de este? Si el uno confundió la orgullosa soberbia de los reyes de Samaria, que pretendieran colocar ídolos en el lugar destinado al culto del Dios de Israel (3), ¿no llenó el otro de ignominia á aquellos señores del mundo, que con el mas decidido empeño intentaban abolir los dogmas del cristianismo para quemar incienso ante las estólidas divinidades del Capitolio? ¡Ah! Del insigne san Blas, no ménos que de aquel profeta podemos decir hoy. Tú te has hecho célebre por tus acciones maravillosas, ¿y quién como tú ha merecido una gloria tan universal (4)? No seré yo, católicos oyentes, quien me atreva á aventurar comparaciones odiosas : no seré yo quien en el exceso de una devocion poco meditada intente rebajar la gloria respectiva á que se hicieran acreedores delante de Dios los demas héroes del cristianismo. Empero, por lo que respecta á la gloria accidental, en cuanto á la pública veneracion que forma una parte del honor que Dios decreta á sus siervos, ¿quién podrá disputar á nuestro santo uno de los sitios mas distinguidos? ¿Hasta dónde no se ha extendido su culto? ¿Qué iglesia hay que no tenga algun altar dedicado á su nombre? ¿quién que no invoque su intercesion, especialmente en ciertas dolencias que tan frecuentemente aquejan á los hombres? Y si á esto se agrega el carácter con que san Blas se

(1) *Eccl. c. 48. v. 3.* (2) *Ib. v. 5.* (3) *Ib. v. 6.* (4) *Ib. v. 4.*

vió distinguido entre los pastores que Dios destinó para regir y gobernar su iglesia, ¿qué nos restará para persuadirnos de la exactitud, de la comparacion establecida entre él y aquel antiguo profeta? Sí, católicos, san Blas es la imágen mas acabada de aquel hombre singular. Como él escuchó en el Sinaí el juicio de Dios y en Horeb los decretos de su venganza, porque fué lleno de la sabiduría del espíritu de Dios para anunciar á los hombres los preceptos de vida, y prevenir á los que marchaban por los caminos del error los juicios inapelables del que tiene en sus manos el porvenir de los hombres. Como él dejó en pos de sí sucesores de su espíritu (1) que continuasen la obra de reconciliacion entre Dios y los pecadores, y trabajasen en el restablecimiento de las tribus de Jacob (2), fomentando el culto y restaurando los altares del Crucificado que demoliera la impiedad pagana. Como él no se dejó amedrentar de los príncipes y poderosos, ni se doblegó ante las exigencias y amenazas de los enemigos de su fe (3). Como él, en fin, obró en su vida una multitud inumerable de prodigios, é hizo memorable su muerte con las mas extraordinarias maravillas (4).

Lo prodigioso, pues, de la vida de san Blas, y lo admirable de su muerte debe ser el asunto de este discurso. Para fijar mejor las ideas, os representaré aquella como *una norma de un perfecto cristiano y de un celoso pastor;* y os ofreceré esta como *el modelo de un defensor invencible de los dogmas sagrados de la religion de Jesucristo.* En una y otra vereis verificado el elogio que me sirvió de tema : *In vita sua fecit monstra, et in morte mirabilia operatus est. Ave María.*

PRIMERA REFLEXION.

Conocer á Dios con fe viva es la perfeccion de la justicia, y confesar su justicia y poder es la raíz de la inmortalidad. (5) A esta perfeccion aspiró desde sus primeros pasos en la carrera de la vida nuestro insigne héroe, y ella fué el fin hácia donde se dirigieron todos sus pensamientos desde el instante en que pudo conocerse á sí mismo. La ciudad de Sebaste en Armenia fué su cuna, y el siglo tercero tan fecundo en seres portentosos

(1) *Eccl. c. 48. v. 8* (2) *Ibid. v. 10.* (3) *Ibid. v. 13 et 14.* (4) *Ibid. v. 15.* (5) *Sap. c. 15. v. 3.*

le vió nacer para honra de la religion y edificacion de sus semejantes. Nada nos dicen las crónicas de su edad infantil, sino que se grangeó la estima y veneracion de todos sus contemporáneos por las brillantes cualidades que le adornaban. Todos convienen en que sus costumbres eran las mas puras, su prudencia superior á sus años, su modestia admirable, su pureza angelical. Suave y cariñoso en su trato, recto y veraz en sus palabras, humilde sin bajeza, caritativo sin ostentacion, circunspecto sin acrimonia, retrataba en sí mismo todas las virtudes puras del Evangelio, y hacia admirar en su persona el verdadero espíritu del cristianismo.

Persuadido de que el universo es la obra del supremo Autor, y que las criaturas todas están destinadas á ayudarnos á adquirir el conocimiento profundo de las perfecciones de aquel Ser sin semejante, busca en el estudio de la naturaleza el medio de elevarse hácia su divino artífice. Desentraña los secretos de la filosofía, investiga los profundos arcanos de la medicina, sondea las sinuosidades de la tierra, penetra hasta las nubes, estudia en fin el mundo y todos los seres criados, y al par que admira el poder sumo, la infinita sabiduría, y los atributos todos de Dios que tan prodigiosamente se ostentan en las obras de su eternal diestra, se persuade de la caducidad de todo lo humano, y con el mas sabio de los reyes de Israel reconoce que cuantas grandezas encierra el universo, sus encantos, sus honores, sus atractivos, gloria, prosperidad, todo, si no se refiere al servicio de su dueño y Señor, no es mas que vanidad y afliccion de espíritu. Tal es el fruto que el insigne san Blas sacó del estudio de las ciencias humanas. ¡Dichosos los que como él saben aprovechar las sábias lecciones de la naturaleza! No serán estériles sus descubrimientos, ni dejarán de tener un éxito feliz sus empresas. ¡Infelices, empero, los que apegándose á lo terrestre y perecedero, no buscan en las criaturas al autor que las formara! Ellos hallarán su perdicion en lo mismo que debia causar su dicha: y seducidos por el brillo de los goces del momento, no podrán gustar de los sólidos bienes que encierra la eternidad.

A estos bienes aspiraba nuestro héroe; y en su consecuencia, íntimamente convencido de que el mundo y las pasiones se oponen á su consecucion, propónese desde luego domeñar estas bajo el yugo de una constante mortificacion, y burlar los

designios de aquel por medio de una fuga generosa y de un total desprendimiento de todo cuanto él estima. No está satisfecho con velar continuamente sobre sí mismo, y con reducir sus miembros á una santa esclavitud; las austeridades, los ayunos, la oracion continua, la meditacion no interrumpida sobre las verdades eternas, acrecen sus deseos de unirse á Dios con toda la intimidad posible. Peregrino y sin mansion fija en este cuerpo corruptible (1), anímase á caminar cada dia con nuevo fervor hácia su verdadera patria. Al cielo dirige todos sus pensamientos, al cielo encamina sus ardientes suspiros, hácia el cielo tienden todas sus palabras y acciones: anhela como san Pablo ver desatados los lazos que le aprisionan con un cuerpo terrestre (2), por no conversar sino con los moradores de aquella celestial patria, y con igual fervor que el Profeta (3) exclama: ¿Qué puedo yo hallar en la tierra que pueda llenar el inmenso vacío que experimento en mi corazon? ¡Oh Dios, herencia mia y único bien que ansía mi alma! ¡Cómo desfallece mi carne y cuál se aflige mi espíritu al verme léjos de vos en esta tierra cubierta de enemigos, sembrada de peligros y ebria de vicios y de impiedad! ¡Quién me diera alas como á la paloma para volar al lugar de mi descanso! Yo me alejaría huyendo y permanecería en la soledad. Allí esperaría á aquel que me ha de salvar del abatimiento de ánimo y defenderme contra la tempestad de los crímenes que inundan la tierra (4).

Así proyectaba hacerlo san Blas; ya se habia decidido á abandonar de una vez el mundo; resuelto estaba á marchar á la soledad para entregarse á una vida retirada y silenciosa, cuando la divina Providencia que tenia dispuesto en sus eternos designios darle á la iglesia por modelo del celo y santidad pastorales, como lo fuera al mundo de todas las virtudes y perfeccion cristiana, permitió que quedase vacante la silla episcopal de Sebaste. Léjos, muy léjos estaba nuestro humilde héroe de pensar en ser el escogido para llenar aquel cargo, si bien honroso, lleno por do quiera de peligros y de la mas estrecha responsabilidad. Mas no los que buscan el honor del obispado son los que apetece y busca la iglesia, sino aquellos que á él son llamados como Aaron; y ved aquí lo que á san Blas aconteció. Cuando

(1) *II. ad Cor. c.* 5. (2) *Ad Philip. c.* 1. *v.* 23. (3) *Psalm.* 72.
(4) *Psalm.* 54. *v.* 7. 8. 9.

todos sus pensamientos se hallaban reconcentrados en sí mismo; cuando sus únicas ideas eran el separarse en todo de cuanto puede tener contacto con el mundo; cuando solo meditaba el medio mas oportuno de sustraerse á la vista de los hombres, cuando á lo único que aspiraba era unirse con su Dios en el silencioso albergue del desierto; Dios, el mundo, los hombres le llaman á ocupar la primera dignidad de aquella iglesia. Todos unánimes le piden por pastor, todos le desean por padre: no hay uno que no apruebe la eleccion, ni uno solo que no se regocije de tener por conductor á un varon tan justo, tan ilustrado, tan prudente, tan caritativo y lleno del espíritu del Señor. No hay medio de resistir á una vocacion tan manifiesta. Blas ha oido la voz de Dios en el Sinaí y en Horeb los decretos de su venganza, y en su consecuencia, temeroso de caer en la animadversion del que le llama á ser centinela y custodio de la casa de Israel, acepta aquella dignidad, que mira únicamente como un motivo de ser mas santo, como un estímulo que le obliga á caminar mas rápidamente á la perfeccion.

Reunid en vuestra imaginacion todas las virtudes que deben caracterizar á un pastor de la iglesia, y todas las hallareis en un grado heróico en la persona de san Blas: en él admirareis la sobriedad mas extremada, la honestidad mas intachable, la humildad mas profunda, la mas suave hospitalidad. Celoso sin segundo del bien de su grey, no descansa un momento, solícito siempre de proporcionarla los saludables pastos de la sana doctrina y de la verdad católica. Lleno del espíritu de la mas entrañable caridad, busca aquí y allí á los pecadores que descaminados vagaban por los senderos del vicio y de la corrupcion. Su beneficencia no conocia límites; hacíase todo para todos á fin de ganarlos á todos para Jesucristo. ¡A cuántos no redujo á abrazar una vida cristiana y morigerada con el solo ascendiente de su paternal afabilidad! ¡A cuántos hizo renunciar de las seductoras pasiones del siglo, con sus exhortaciones llenas de fuego y de uncion divina! ¿Vióse jamas un ardor mas activo en trabajar por la gloria de Dios y el bien de su iglesia? ¿Vióse una exactitud mas cuidadosa en ahuyentar de su grey los lobos de la impiedad? ¿Vióse una vigilancia mas continua en arrancar del campo del labrador divino las ponzoñosas yerbas del error y de la inmoralidad?

Mas no se crea por esto que ocupado en santificar á sus pró-

jimos, se descuidase de trabajar en su propia santificacion. Aunque como á san Pablo el amor de sus hermanos y el deseo de serles útil le haga anhelar ser anatema por ellos, el amor prudente de su propio bien espiritual oblígale á reducir su cuerpo á una dura servidumbre, temeroso no ménos que aquel apóstol de incurrir en una reprobacion eterna cuando á tantos habia conducido á la eterna salvacion (1). Este pensamiento renueva en su alma el afecto á la soledad; y no pudiendo contener los ímpetus que le arrebatan hácia aquella mansion de paz, escoge por morada una gruta situada sobre la cresta del monte Argeo, no distante de la ciudad de Sebaste.

¡Oh monte santo! Tú que fuiste testigo de las maravillas obradas por nuestro héroe, tú solo podrias referir lo que á mi tosca lengua no es dado pintar sin desfigurar el bello cuadro, el espectáculo sublime que presenció el cielo y contemplaron entusiasmados los ángeles. Allí fué, católicos oyentes, en donde este nuevo Elías se hizo célebre por los portentos nunca vistos con que le honró el Señor. Allí fué en donde se verificó el vaticinio del hijo de Amos cuando dijo: « Vendrá un dia en que el lobo « habitará junto con el cordero, y el tigre reposará al lado del « cabrito: el becerro, el leon y la oveja pastarán unidos. Ellos « no dañarán ni matarán en mi monte santo; porque el conoci- « miento del Señor llenará la tierra como las aguas llenan el « mar. » (*Isaiæ.* 11.) En efecto, católicos, no solamente se vieron acudir en tropas multitud de gentes en busca de san Blas, deseosos de obtener por su medio la salud espiritual y temporal; no solamente se vió inundado el monte Argeo de ciegos que al contacto de nuestro santo recobraban la vista, de tullidos que con su oracion recibian la flexibilidad de sus miembros, de enfermos de varias dolencias que con su intercesion adquirian la mas completa salud; viéronse hasta las mismas fieras salir de sus cavernas y correr á manadas hasta la gruta de este virtuoso solitario á demandar á su modo el alivio de los males que las afligian; vióse al leon, al tigre, al oso, al leopardo postrarse á los piés del siervo de Dios, respetar su reposo, esperarle silenciosos cuando estaba en oracion, y no retirarse de la puerta de la gruta hasta haber recibido la bendicion que cariñosamente les prodigaba. ¡Oh Dios excelso! ¡cuán grande y

(1) *I. ad Cor. c.* 9.

poderoso se ostenta tu nombre augusto en aquellos que eliges para instrumentos de tu gloria! El mundo, ese mundo réprobo que ha lanzado de sí la luz de la fe en tus palabras, mira con indiferencia y aun llega á veces á menospreciar como ensueños y fábulas, unos prodigios que es incapaz de concebir. Desconoce la mano que los obra; no ve en ellos mas que al hombre, y olvídase de que es Dios quien da la virtud y reviste á sus servidores de ese poderío que los hace superiores á todos los acontecimientos del tiempo y á las leyes de la misma naturaleza. Empero nada importa que el error y las pasiones se esfuercen en oscurecer y desmentir estos hechos que tan palpablemente demuestran la divinidad de la religion. La religion no ha menester de los inciensos de sus enemigos: su verdad brilla á despecho de las calumnias de la mentira, y la gloria de tus escogidos no se disminuye, ántes se aumenta con la incredulidad de sus émulos. Así es, amados oyentes, por mas que algunos espíritus poco reflexivos hayan pretendido poner en ridículo los prodigios que admiramos en la vida de san Blas, su memoria no es ménos digna de la veneracion de todos los hombres sensatos, de todos los hombres de fe. No hay entre los verdaderos católicos quien deje de engrandecer en nuestro santo á aquel Dios que tan pródigo de su poder se manifestó en su fiel discípulo; y al par que admiran su vida como un monumento de las maravillas mas inexplicables, no pueden ménos de admirarla como *la norma de un perfecto cristiano, y de un celoso pastor*. Réstanos proponer los prodigios de su muerte, y en ella *el modelo de un defensor invencible de los dogmas sagrados de la religion de Jesucristo*. Este será el asunto de la

SEGUNDA REFLEXION.

Ninguna necesidad tenemos de recordar en este momento que la religion de Jesucristo nació entre enemigos, se crió en medio de persecuciones y creció entre la sangre de sus hijos. Las crónicas de los primeros siglos de la iglesia ofrecen el cuadro mas expresivo de sus guerras, de sus triunfos y de sus conquistas. En proporcion que arreciaban los combates de sus enemigos, acrecentábase la fe de sus defensores, y el celo y el va-

lor de los héroes enardecíase á medida que se encendia el odio y la implacable saña de los tiranos. Muchos fueron los que con decision é intrepidez asombrosa defendieron los sagrados dogmas del cristianismo en aquellos siglos de encarnizada lucha. Entre estos figura nuestro insigne san Blas, cuya muerte fué tan admirable como su vida, y su celo en sostener los derechos de la verdad no ménos portentoso que su fervor en practicarla.

Bien así como faro luminoso colocado en la eminencia para dirigir el rumbo de los que navegan en procelosos mares, resplandecia nuestro santo obispo por sus virtudes y milagros sobre la cima del monte Argeo, y desde allí encaminaba al puerto de la salvacion eterna á los que en el onduloso océano del mundo vogaban contra los vicios y la seduccion : cuando el Señor satisfecho de su fidelidad y heróicas virtudes, dispuso darle el premio digno de tanta santidad. Empero la corona que le habia decretado estaba reservada para despues de un glorioso combate. Acababa de llegar á la ciudad de Sebaste Agrícola, gobernador de Capadocia y de la Armenia menor, y en cumplimiento de las órdenes del emperador Licinio, expedido habia un decreto para que todos los cristianos acusados de no querer ofrecer incienso á los ídolos, fuesen sin demora expuestos á la voracidad de las fieras. Para llevar á cabo este detestable decreto, hízose preciso salir á los bosques á caza de leones, tigres y demas bestias salvajes; y con esta ocasion los ministros del gobernador, circuyendo en torno del monte Argeo, llegaron á la gruta habitada por el santo obispo, á quien no sin el mayor asombro vieron que, en medio de una multitud de fieras, posaba tranquilo en oracion fervorosa. Atónitos con este espectáculo tan sorprendente, no osan acercarse á él; dan cuenta inmediatamente á Agrícola de lo que acaban de presenciar, y este no ménos admirado dispone que Blas sea conducido á su presencia. Intímasele en efecto el mandato del gobernador, y nuestro santo, sin acobardarse por el peligro, sin intimidarse por los tormentos que le esperan, cual si hubiese recibido la nueva mas lisonjera y satisfactoria, levántase al punto y dice á los que le conducian : « Vamos, hijos mios, vamos á « derramar nuestra sangre por nuestro señor Jesucristo. Dias « há que suspiro por el martirio, y esta misma noche me ha « dado á entender el Señor que se dignaba aceptar mi sacrifi-

«cio (1).» ¡Oh Dios de fortaleza! ¡Qué suaves atractivos encierra esa religion que tú fundaste sobre la tierra, pues de este modo hace correr á unos seres naturalmente cobardes y tímidos á los padecimientos y á la muerte! Dulcísimos deben ser los frutos de tu cruz adorable, cuando así se abalanzan tus discípulos á sus raíces amargas y desabridas. Al ver al insigne san Blas caminar con paso acelerado hácia la ciudad de Sebaste, en donde sabía no debia esperar mas que crueles tormentos, dolor, amargura y muerte; al considerar que como otro Isaac no bien ha herido sus oídos la órden del cielo que le llama á ofrecerle un sacrificio de alabanza, se apresta desde luego y ni aun á inquirir se detiene la causa de tan inesperado acontecimiento: ¿quién podrá resistirse á reconocer un impulso sobrehumano, una causa independiente de todo lo terreno, un Dios que en la criatura quiere demostrar la grandeza de su fe y lo heroico de su religion?

Así lo reconocieron sin duda los habitantes de Sebaste, cuando tan luego como llegó á su noticia la prision de su santo obispo, abandonan sus hogares, le salen al encuentro, y bien así como las turbas se agrupaban en torno del Salvador cuando entraba en las ciudades de la Judea, rodean á nuestro héroe, se apresuran á pedirle les bendiga, y se digne aliviarles de sus dolencias. Entónces fué cuando presentándosele una madre en el mas extremo desconsuelo, trayendo en sus brazos un hijo casi espirante de resultas de una espina que se le atravesara en la garganta, el santo obispo obró en virtud de su oracion aquella curacion portentosa que ha dado orígen á la universal confianza que el cristianismo tiene en la intercesion de este siervo de Jesucristo en las dolencias de esta especie. Entónces... Pero, ¡oh ilustre confesor de Cristo! No me es posible continuar el elogio de tus prodigios. La voz de la fe te llama á dar el testimonio de tu constancia, y yo debo seguir tus pasos hasta el tribunal de Agrícola, en cuya presencia debe decidirse el triunfo de la verdad contra los desmanes del error.

Preséntase en efecto el santo obispo con ánimo resuelto y nada medroso ante el gobernador, quien desde luego le manda que sin dilacion alguna sacrifique á los dioses inmortales. «No

(1) *Croisset. Año cristiano, Vida de san Blas, dia 3 de febrero, página 42. Edic. de Madrid, año 1780.*

es posible, responde san Blas, que yo me resuelva á reconocer por tales á unos seres maléficos, y á unos objetos que solo son obra de las manos de los hombres. No hay mas que un Dios eterno é inmortal á quien de justicia se debe adorar, y á quien pertenece el cielo, la tierra, y cuanto en ellos se contiene. A este es á quien yo reconozco y confieso, y ante cuyas aras ofrezco el sacrificio de alabanza perpetua, y los homenajes de la mas profunda adoracion. » No bien hubo acabado nuestro héroe de proferir estas palabras, cuando fuera de sí el gobernador, le manda apalear; lo cual fué ejecutado con tanta crueldad, que sin una gracia sobrehumana, imposible hubiera sido sobrevivir á este suplicio. Pero san Blas alegre en medio de tan fieros golpes, y lleno del mas indecible consuelo, no cesaba de repetir el nombre de Jesucristo y de publicar sus grandezas. ¿Qué hará pues Agrícola en el despecho que le abrasa? ¿Cargará de hierros los doloridos miembros del impertérrito confesor? ¿Le arrojará en una oscura prision? ¡Mas ah! Los hierros no pueden esclavizar el espíritu; la prision es insuficiente para contener los progresos de la verdad. La fe obra los mas sorprendentes prodigios en aquella mansion horrífica; Jesucristo reporta conquistas admirables por el ministerio de su siervo, y el error avergonzado apela á nuevos medios de atormentar á aquel que entre cadenas se ostenta mas poderoso que las impotentes deidades del paganismo. La sangre del mártir, que fluye en abundancia por todos sus miembros rasgados con inclemencia con uñas aceradas, produce los mas opimos frutos; siete mujeres virtuosas, que hallándose presentes á este tormento recogian aquella sangre venerable, son denunciadas ante el gobernador como cristianas, y su constancia en confesar al Dios á quien el santo obispo adora, las merece la corona del martirio. Crece la rabia del furibundo Agrícola; multiplícanse los tormentos contra el santo mártir; pero todo se convierte en gloria de la religion verdadera, y en testimonios de su divinidad. En vano pues nuestro insigne héroe es arrojado á un profundo lago : el Señor que por su profeta habia prometido á su siervo Israel asistirle en sus peligros, y le dijo : cuando pasares por medio de las aguas estaré contigo y no te arrebatarán sus corrientes (1), realizó estas palabras en su servidor

(1) *Isaiæ*, c. 43. v. 2.

san Blas, para hacer ostensibles los prodigios de la fe, y acabar de confundir al paganismo. Bien así como si las aguas se hubiesen convertido en una tierra firme y sólida, marchaba por ellas el santo mártir sin hundirse, y desde allí convidaba á los infieles á que hiciesen otro tanto, para probar que sus ídolos eran verdaderas divinidades. No faltó quien osase arrostrar el peligro, llevado de un fanatismo ciego é imprudente; pero la muerte fué el único resultado de su arrojo.

¡Oh Dios de los cristianos! ¡admirable sobremanera te manifiestas en tus escogidos, y tu santidad sin semejante resplandece en las portentosas obras que ellos hacen en tu nombre! ¿Quién pues dejará de reconocer y confesar que no hay otro Dios fuera de ti, que pueda obrar tamaños prodigios? ¡Ah! endurézcase en buen hora el corazon de ese nuevo Faraon. Cébese Agrícola en la sangre de su víctima. Muera Blas al golpe del acerado alfanje. Su muerte será siempre un modelo de constancia en defender los sagrados dogmas del cristianismo, y los portentos y maravillas en ella obrados, el orígen de una gloria que no podrá arrebatarle el tiempo ni las humanas vicisitudes. Donde quiera se pronunciará con veneracion el nombre del ilustre obispo y mártir de Sebaste, y las generaciones por venir repitiendo el eco de las presentes y pasadas, reconocerán en él un varon santo al par que admirable, cuya vida fué la norma de un perfecto cristiano y de un celoso pastor, y cuya muerte fué el modelo de un defensor invencible de los sagrados dogmas de la religion de Jesucristo. No habrá quien al leer las páginas de su historia deje de exclamar entusiasmado : He ahí un nuevo Elías que durante su vida obró los mayores prodigios, y en su muerte hizo las cosas mas admirables : *In vita sua fecit monstra, et in morte mirabilia operatus est.*

Efecto es de estos prodigios multiplicados en todas épocas y en todos los lugares, la universal veneracion que se rinde á este insigne obispo y mártir. No solo en la iglesia griega se celebra su festividad, sino que tambien en la latina se ha extendido su devocion hasta en las poblaciones mas insignificantes. Apénas se encuentra ciudad ni aldea, en donde no se le hayan consagrado templos. En los mismos despoblados el viajero extraviado tropieza á cada paso con ermitas dedicadas á su nombre.

Digno eras ¡oh insigne y sin par obispo! de que todo cuanto el orbe cristiano encierra de mas ilustrado y positivamente fiel

á las verdades de la religion católica, te decretase ese culto público y solemne que la iglesia regida y gobernada por el Espíritu santo, autoriza y secunda con sus cánticos y armoniosos conciertos. Gloria pues, loor y bendicion sin fin á aquel Dios omnipotente y santo, que revistiéndote de sus dones, te hizo el modelo y ejemplar de cuantos hoy se reunen para celebrar tu memoria. Plegue al Señor que te imitemos en tu vida pura é intachable, y que como tú sepamos defender las verdades que hemos profesado hasta derramar nuestra sangre si fuere necesario en testimonio de nuestra fe. Consíguenos del Eterno remunerador fidelidad imperturbable en seguir por las sendas que tú nos marcaste, para que como tú seamos tambien coronados en la mansion eterna de la bienaventuranza.

SERMON

DE SAN BLAS, OBISPO Y MÁRTIR.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

NOS OFRECE EJEMPLOS DE FE Y DE FORTALEZA, Y NOS PROTEGE Y AMPARA EN LOS PELIGROS DE ESTA VIDA.

Dilectus Deo et hominibus cujus memoria in benedictione est.
Amado de Dios y de los hombres, cuya memoria permanece en bendicion.

Ecclesiast., c. 45. v. 1.

Católicos :

Dice la Sabiduría eterna : que el justo es amado de Dios y de los hombres, y que su memoria permanece en bendicion : que el Señor le hizo semejante á la gloria de los santos, que le engrandeció haciéndole terrible á sus enemigos, y que amansó á los monstruos con sus palabras : que le glorificó á presencia de los reyes, que le dió preceptos á la vista de su pueblo y que le manifestó su gloria. De aquí el asombro y admiracion con que exclamaba el real profeta David cuando decia — *Admirable es Dios en sus santos* — (1). *Admirable,* porque en ellos brillan sus maravillosas perfecciones, su grandeza y su bondad, su justicia y sus misericordias, su poder y su sabiduría, su fuerza y su santidad, su gracia y su providencia. *Admirable* : porque los santos son los modelos y ejemplares de las virtudes que deben formar nuestro adorno, animan nuestra indolencia, sacuden nuestra pereza, hacen inexcusables nuestra cobardía y vanos pretextos, interceden por nosotros y nos enseñan á emplear contra los peligros de esta vida las mismas armas que ellos em-

(1) *Psalm.* 67. *v.* 36.

plearon para vencer y triunfar de los enemigos de nuestras almas. *Admirable* en fin es Dios en sus santos por su prodigiosa multitud, puesto que hay coronados en el cielo hombres y mujeres, ancianos y niños, pobres y ricos, reyes y vasallos, sabios é ignorantes, casados y vírgenes, eclesiásticos y seglares de todo reino, de toda familia, de toda lengua, que nadie puede enumerar como se dice en el Apocalípsis (1), y porque todos, todos se prestan á interceder por nosotros, á socorrernos y auxiliarnos, sin que deje de haber especiales patronos encargados de estimularnos con sus ejemplos, para que nos hagamos amados de Dios y de los hombres con nuestra buena vida, y para que demos honor y gloria á nuestro Dios, como se ve en el héroe de nuestra devocion en la gloria, en el esclarecido y admirable san Blas, objeto digno de los cultos que ofrecemos á la Divinidad en este dia.

Sí, amables oyentes: san Blas, este fruto de honor y honestidad con que se decora la Armenia y se embellece la iglesia santa, este obispo santo que dominó á las fieras, á los hombres, al infierno y á la muerte, este médico celestial á cuya voz huyen las enfermedades, cesan los peligros y se asegura la salud, es el ángel tutelar que ha puesto el Omnipotente en este pueblo para nuestra felicidad temporal y eterna. Él nos ofrece admirables ejemplos de fe, de fortaleza y de constancia, nos protege, ampara y consuela en todos nuestros peligros, nos enseña á hacernos amar de Dios y de los hombres, como os lo demostraré en el discurso que voy á pronunciar en loor de este santo prodigioso.

Vírgen adorable: escuchad nuestras súplicas y no aparteis vuestro rostro de nuestras deprecaciones. Todos los mortales perciben el calor celestial de vuestra clemencia; sois la Madre de los hijos de los hombres, vuestra piedad rebosa paz, gracia y bendicion, y nosotros nos postramos á vuestras plantas para merecerlas. Alcanzadnos los auxilios que necesitamos para imitar á san Blas, para ser como él vuestros devotos, y para deciros con filial amor, que sois la dichosa criatura á quien todos los fieles saludan llena de gracia, diciéndoos con el ángel: *Ave María.*

(1) *Apoc. c. 7. v. 9.*

Dilectus Deo et hominibus... etc.

¡Qué diferencia hay entre la memoria de los santos, y la de los grandes y poderosos con que se envanece el mundo! Aquella se conserva en bendicion, entre alabanzas y continuas gracias al cielo: la de los héroes del siglo es tan fugaz y transeunte como la de las sombras que pasan sin dejar tras sí vestigio alguno. ¿Qué ha quedado entre nosotros de aquellos grandes hombres que tanto ruido metieron en el mundo miéntras hicieron en él tan bella figura? ¿En qué han parado sus pompas y vanidades, sus influencias, sus riquezas y ostentosos aparatos? Todo se acabó con la muerte. Miéntras vivieron recibieron el incienso de los aduladores, se alimentaron de apariencias, figuraron en este suelo de maldicion como los heraldos de un teatro, y todo se resolvió en vapor de humo segun la expresion de un profeta. Murieron; y á la posteridad no dejaron mas que horror, pavura y sobresalto; porque ¿no es cierto que el solo recuerdo de un difunto causa temor y miedo? ¿No se miran las cosas que le sirvieron de uso con repugnante desvió y escrupulosa prevencion? Pero volvamos la hoja y hagámonos cargo de que se trata de un difunto santo. ¡Ah! en este caso se mira su cuerpo con la mayor veneracion: léjos de causar horror, el cuarto en que murió y el atahud en que se depositó inspiran mas bien ideas de consuelo, de alegría, de respeto, de confianza y de devocion: todos se agrupan para besar sus manos y piés: todos se postran sumisos y obsequiosos delante del que fué virtuoso y amado de Dios. Los grandes del mundo, los que dominan la tierra, los soberanos y monarcas, toda la grandeza humana se humilla ante los despojos mortales de un santo, por baja, por vil y despreciable que haya sido su condicion: todos imploran su proteccion y se encomiendan á sus oraciones; la fe descubre en el cadáver del justo un destello de la divinidad, y la gracia que dirigió sus pasos hace tan dulce la muerte preciosa de los santos, que hasta sus cuerpos muertos se hacen dignos de la pública veneracion. Los siglos mas remotos celebrarán con entusiasmo religioso su memoria: en todas partes resonarán sus elogios, las gentes todas se agruparán al rededor de su imágen colocada en los altares, en los templos dirán los fieles con emocion santa: « *Admirable es Dios en sus santos.* »

¿No sucede todo esto al pié de la letra con el bienaventurado san Blas? Mas de mil y quinientos años hace que murió en las lejanas provincias de la Armenia, y su memoria permanece tan viva entre los fieles, que puede decirse que es de todos los tiempos y lugares, que es llevada con bendicion por todos los siglos y pueblos de la tierra, y que ella sola prueba demostrativamente que fué virtuoso y amado de Dios y de los hombres. El fué desde niño muy inclinado á la virtud, modesto en la juventud, y temeroso de Dios en todos los dias de su vida. Desde luego ascendió á la dignidad del episcopado; Sebaste tuvo la gloria de tenerle por obispo y de admirar sus grandes virtudes; pero el monte Argeo adonde se retiró por inspiracion divina, fué en donde imitando á los antiguos anacoretas de la Nitria y de la Tebaida, pasó su vida escondida en Jesucristo, como fiel discípulo del grande apóstol, dando lecciones prácticas de fe, de fortaleza y de constancia á los que le contemplaban. Horrorosa cueva en que halló asilo el grande obispo de Sebaste, ¿no nos dirás lo que hizo san Blas en tu seno, cuando retirado de los hombres negociaba su salvacion y la de todos los pecadores con el omnipotente que le dirigia? Sabemos que en tu sepulcral silencio halló sus mayores delicias, que encontró obediencia en las fieras, seguridad en los monstruos, abundancia en los desiertos y deleites puros en la soledad. Pero sus penitencias, sus contemplaciones, sus actos de amor divino y las obras con que mereció aquella excelencia é imperio que tuvieron nuestros padres sobre las bestias en el dichoso estado de su inocencia, no podemos comprenderlas ni explicarlas. San Blas vivió en las sinuosidades y cavernas del Argeo, como Elías en el desierto, como el Bautista en las regiones del Jordan, como los Pablos, Antonios, Arsenios, Hilariones y Pacomios en el retiro á que los llamó Dios para hablarles al corazon y hacerlos dignos de su confianza. San Blas... pero este prodigio de santidad no cabe ya en los montes de la Armenia. El Omnipotente dispone que brille como un astro luminoso en medio del firmamento, que sirva de ejemplo á los fieles en la fe, en la fortaleza y en la constancia, y que le admiren, ensalcen, engrandezcan, veneren y respeten como al vencedor del mundo, del infierno, de la muerte y del pecado.

Agricolao, presidente de los emperadores Diocleciano y Maximiano, recibe órden de estos monstruos para prender, atormen-

tar y hacer morir á todos los cristianos de Sebaste y su comarca. Para cumplirla manda buscar fieras que despedacen á los hijos de la fe y diviertan á los paganos. Rodean al efecto el monte Argeo, llegan á la cueva en que moraba san Blas, le encuentran absorto en la oracion, y á su lado gran número de animales feroces, leones, tigres, osos, lobos y otros que le hacian compañía con la mayor concordia y amistad hasta que recibian la bendicion del santo. Dan parte al presidente de tan extraña ocurrencia, y cerciorado de que el santo obispo dirigia á los cristianos por los caminos de las verdades evangélicas, manda soldados que le prendan y traigan á su presencia. Llegan á la cueva de san Blas, le hallan orando, le interrumpen y le dicen: « Blas: el presidente te llama: ven con nosotros. » Sí, responde el santo con alegría: Sí: bien venidos, hijos mios: tengo órden del Señor para seguiros y ofrecer el sacrificio de mi vida en testimonio de la fe: vamos, vamos en nombre del que murió por los hombres todos en una cruz afrentosa. « Enciende los corazones de muchos con sus palabras y milagros, se convierten y confiesan á gritos por Dios verdadero al que predicaba san Blas, y los hijos de la fe se multiplican como las arenas del mar por los maravillosos esfuerzos del grande obispo de Sebaste. Es presentado al fin al presidente, se le requiere para que sacrifique á los dioses del imperio, para que ofrezca incienso á los ídolos y reniegue del Crucificado. Pero ¿habria de acceder á tan infernal propuesta el digno sucesor de los apóstoles en el órden, en la jurisdiccion, en la fe y en la virtud? Nada ménos que esto. San Blas confiesa con valor y constancia á Jesucristo delante de los tiranos, despreciando sus amenazas, invoca la proteccion del cielo, se arma con el escudo de la fe, y encendido con el fuego de la caridad, desafía á los tormentos y se prepara para sufrir y padecer por el amado de su alma. Le azotan y apalean con crueldad; revolcado en su propia sangre le arrojan en una cárcel asquerosa, y en ella pone cátedra de sabiduría eterna revestido con los poderes del cielo, para obrar milagros estupendos en favor de la fe que defendia. Multitud de enfermos acudian al santo pidiendo alivio en sus dolencias, y todos eran curados milagrosamente. Le presentan un muchacho casi ahogado con una espina que tenia atravesada en la garganta, y no solo le sanó san Blas, sino que dijo á los circunstantes que todos los que

padeciesen de aquel mal y se encomendasen á él sanarian completamente, y así se ha verificado siempre, habiendo sido tantos y tan señalados los milagros que Dios ha hecho por los méritos de su siervo, en los que han tenido atravesado en la garganta algun hueso, raspa ú otro impedimiento, que Accio, famoso médico de la Grecia, decia que para este mal no habia remedio mas eficaz que la invocacion y patrocinio de san Blas. Vosotros mismos ¿no habeis experimentado en algunas ocasiones la virtud de este santo prodigioso? Nuestros padres aleccionados por una tradicion constante confirmada por la experiencia, ¿no nos han enseñado á invocar á san Blas en los apuros en que suele ponernos cualquiera mal de la garganta? Pues ved aquí una prueba demostrativa de la virtud de este mártir ínclito del Señor; apreciémosla, aprovechémonos de ella para confesar y decir que Dios es admirable en sus santos, y que san Blas ha sido, es y será eternamente amado de Dios y de los hombres.

Pero, señores, á la vista de tantos prodigios, ¿no se os figura el partido que tomarian las malignas potestades para atormentar, destruir y aniquilar á nuestro santo? Satanas se apodera del presidente Agricolao para mandar que cuelguen de un madero á san Blas, que le azoten de nuevo y despedacen sus carnes con garfios de hierro, que le atormenten con brutal fiereza, que le hagan padecer y sufrir los mas acerbos dolores, y así lo ejecutan los mas desapiadados verdugos, hasta que cansados de atormentarle sin mas resultado que el de hallar cada vez mas fuerte y constante al santo mártir, resolvieron llevarle á la cárcel con intencion de volver á la carga, y renovar con mayor fiereza los tormentos mas crueles y exquisitos. Pero ¿puede haber consejo contra Dios? ¿Pueden las potestades infernales vencer al Omnipotente? Por creerlo así Lucifer y los ángeles rebeldes fueron arrojados para siempre en los fuegos sempiternos. El Dios que peleaba en san Blas infunde su gracia en siete mujeres piadosas, las que llenas de valor limpian y recogen la sangre del invicto mártir, se encomiendan á sus oraciones, confiesan á gritos á Jesucristo, sufren el mas glorioso martirio y vuelan al cielo con los ángeles santos que vinieron á fortalecerlas y acompañarlas en la tortura. Una de ellas deja dos hijos pequeñitos encomendados á san Blas; gritan y dicen los inocentes que quieren morir por Jesucristo pa-

ra ir al cielo con su madre, y Agricolao se desespera. Manda que azoten y rasguen las carnes virginales de aquellos niños, pero en lugar de sangre salen torrentes de leche blanca como la nieve, y el cielo demuestra que de los infantes salen alabanzas al Señor. Quereis mas prodigios? Pues escuchad un poco mas.

Viéndose vencido Agricolao, trata de tantear el camino de los halagos y caricias, y ver si por estos medios podia vencer al que no habia podido con tormentos apartar de la caridad que anima á los discípulos de Jesus, segun san Pablo. Usa con el santo de un lenguaje dulce, le hace reflexiones, le ofrece dones, gracias, dignidades, riquezas, placeres y cuanto ilusiona á los sabios y prudentes del siglo: pero todo en vano. San Blas siempre constante en la fe, predicaba la virtud omnipotente de Jesus crucificado, exhortaba al presidente á que se hiciese cristiano, á dejar las obras del pecado, á detestar la idolatría, á renunciar al mundo, sus pompas y vanidades y á seguir los caminos de los hijos de la fe. Era con Agricolao lo que san Pablo con Agripa Feliz y Festo, lo que despues fué san Ambrosio con san Agustin y mi padre san Bernardo con Guillelmo de Aquitania: pero sin otro resultado que el determinado en los consejos inescrutables del Eterno.

Agricolao se enfurece, brama como un toro, quiere evocar las sombras de las furias infernales, manda que arrojen á san Blas en lo profundo de una laguna, para que quede sumergido en ella olvidado de los hombres, y al momento se ejecutan sus órdenes execrables; pero todo para honor y gloria de nuestro santo, porque san Blas andaba á pié enjuto sobre las aguas como Jesus y san Pedro sobre las del lago de Genesaret, y en medio de ellas predicaba á Jesucristo. Entran sesenta y ocho paganos en el lago, confiados en el poder de sus falsos dioses, y todos quedan ahogados bajo los piés del discípulo de Jesus. Le dice por último que salga á recibir las órdenes del tirano, y obedeciendo ántes á Dios que á los hombres, salió confiado en la gracia del que le llamaba para el cielo, y dice resuelto á sus verdugos: « Aquí me teneis: soy siervo de mi Señor Jesucristo y á él solo sirvo con todas las veras de mi alma. » Le dicen que se arrodille y ofrezca su cuello á la cuchilla, un verdugo le corta la cabeza, los ángeles santos le llevan en triunfo á la corte celestial, quedan confundidos los gentiles, y asegurados de

peligros los cristianos que encomendados á las oraciones de este santo creen, aman y esperan como él.

¿Qué os parece, amados oyentes? ¿Pudiera yo proponeros modelo mas edificante que el que os ofrece la bondad de nuestro Dios en el glorioso san Blas? Su vida y su preciosa muerte, ¿no están llenas de ejemplos admirables de fe, de fortaleza y de constancia? Vengan, vengan á san Blas los prelados de la iglesia, y en él aprenderán las virtudes propias de su alto ministerio. Acudan á san Blas los enfermos, y alcanzarán salud; los pecadores, y conseguirán perdon; los hombres y las mujeres, y todos serán consolados, los niños y serán dirigidos á la gloria. Prosternémonos todos ante el grande obispo de Sebaste, y dejémosle confiados en el Dios que le hizo tan santo y admirable.

Glorioso san Blas. Vos que fuisteis tan amado de Dios y de los hombres. Vos cuya memoria permanece en bendicion, porque fiel á las inspiraciones de la gracia caminasteis de virtud en virtud, hasta llegar al monte de la perfeccion cristiana orlada con el martirio; miradnos desde el cielo con piedad, y no aparteis vuestro rostro de los devotos que os invocan con confianza. Ayudadnos, protegednos, alcanzadnos la gracia que necesitamos para vivir y morir cristianamente: pues que así tendremos la dicha de ir á haceros compañía por toda la eternidad en la gloria, que á todos deseo. Amen.

SERMON

DE SAN BRAULIO, OBISPO DE ZARAGOZA.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

FUÉ UN GRAN SACERDOTE QUE AGRADÓ Á DIOS EN TODOS LOS DIAS DE SU VIDA.

Ecce sacerdos magnus qui in diebus suis placuit Deo.
Mirad al gran sacerdote que agradó á Dios en los dias de su vida.
Sapient., c. 44.

Lleno, amables oyentes, lleno está el mundo de falsas ideas que nos preocupan, de falsas brillanteces que nos engañan, de falsas aprensiones que nos alucinan, de falsos principios y de erradas máximas que nos pervierten y todo lo trastornan. No hay en él mas que falsos bienes, falsos honores, falsos deleites, falsa paz, y felicidad quimérica. En vano buscan los mundanos entre tantas falsedades su dicha y su ventura. Por mas que traten de adormecer sus pesadumbres y disgustos con el ruido de sus diversiones y la bulla de sus fiestas, jamas dejarán de tener perpetuas inquietudes, eternos escozores, remordimientos atroces, una vida miserable. Buscad, buscad si no en el mundo un solo gusto que sea puro, sólido y verdadero: un bien que satisfaga y llene completamente el corazon: un regocijo que no esté lleno de amargura, que no deje elevada en el alma alguna espina. Presentadme un grande, un poderoso, uno de esos Cresos opulentos, que deslumbran á los necios con su ostentosa pompa y brillante magnificencia, y hagámosle dar cuenta de su aparente felicidad. El nos dirá, como Salomon, que todo es vanidad y afliccion de espíritu, que no busquemos la verdad en donde reina la mentira. Pues bien, sigamos los consejos de la experiencia: cambiemos de rumbo: escuchemos

la voz del Sabio que nos dice : — Mirad al grande sacerdote que agradó á Dios en los dias de su vida. *Ecce sacerdos magnus qui in diebus suis placuit Deo.*

Ya estamos en el terreno de la verdad, en el camino del cielo, en la morada de los justos, en la santa y adorable religion que produce verdaderos héroes cuya memoria no se entierra en el sepulcro, cuya santidad es mas durable que los siglos eternos, como se ve en el glorioso santo de vuestra devocion; en el célebre obispo de Zaragoza, en el esclarecido y respetable san Braulio, gloria de nuestro pueblo, ornamento del episcopado español, maestro de las virtudes cristianas, y predicador insigne de las verdades y doctrinas que pueden hacernos dichosos y felices en esta y en la otra vida. Yo os le voy á proponer como un gran sacerdote que agradó á Dios mientras vivió; para que viendo la santidad de vuestro gran padre, os conduzcais como sus verdaderos hijos, seais santos en esta vida y eternamente felices con él en la gloria.

Vírgen adorable, que os dignasteis favorecer á vuestro devoto san Braulio con las gracias que le hicieron tan amado de Dios y de los hombres : alcanzadme la suficiencia que necesito para elogiar á este gran sacerdote, que fué hallado justo porque ofreció incienso digno en olor de suavidad. Os lo pido unido con los fieles que se arrodillan gustosos para deciros con el ángel : *Ave María.*

Ecce sacerdos magnus qui in diebus suis placuit Deo.

Celebren en hora buena los mundanos sus ideas, sus pensamientos y sus fastuosas locuciones. Encomien y engrandezcan á los sabios del siglo de Augusto y posteriores, y hagan brillar sus nombres en la historia con el designio de inmortalizar su memoria, y hacerla pasar con honor por todas las generaciones : que yo siempre diré, que si se condenaron, fueron sabios de pura perspectiva : que si se condenaron, están ahora diciendo en los infiernos : — « *Ergo erravimus.* — *Luego he-* « *mos errado.* Nosotros que estábamos reputados por hombres « de grande entendimiento, y teníamos lástima de los hom- « bres simples, sencillos y justos ; nosotros que coronados de « rosas y de flores éramos los dioses de la tierra, ante cuyo

« acatamiento todos se nos encorvaban : nosotros hemos erra-
« do ; fuimos unos insensatos cuando teníamos por necedad
« y por insensatez la vida de los justos : mirad como ellos han
« sido computados entre los hijos de Dios, y herederos de su
« gloria. » Esta, señores, es la confesion que la eterna sabiduría arranca de los mismos condenados en favor de los justos que amaron y sirvieron á Dios en esta vida. ¿Aguardarémos nosotros á conocer y confesar en el infierno, que la ciencia mas cierta, mas sencilla, mas consoladora y la única necesaria es la de la salvacion que nos enseña el grande sacerdote que agradó en sus dias á su Dios? Reflexionad, por Dios; apartaos de la orilla del precipicio eterno en que se hallan los pecadores; retroceded; mirad á san Braulio y dejaos conducir por la predicacion de su doctrina, por la persuasion de sus ejemplos, por la santidad de su vida.

Si consideramos á este santo en su infancia y niñez, mucho bueno podrémos aprender en él. Un jóven de un espíritu fácil y pronto, de un ingenio vivo, sólido y penetrante; aficionado á las letras y tan aplicado al estudio, que en breve tiempo hizo los mayores progresos tanto en las ciencias naturales como en las de la religion y ciencia de los santos; es admirado de muchos, amado de todos y querido de Dios : es como la piedra iman que atrae así los metales, como la virtud que es venerada aun de los viciosos y pervertidos; como el rosicler de la aurora que todo lo alegra y embellece. Tal era Braulio en su juventud. Fué discípulo del grande, esclarecido y admirable san Isidoro, arzobispo de Sevilla : y ¿cómo no habria de conocer este astro luminoso de la Iglesia santa los talentos y bellas disposiciones del piadoso y devoto Braulio? Se esmeró en su enseñanza; le miró como á su preferido Benjamin, se encontraron las santidades cara á cara; Braulio bebiendo con abundancia el espíritu, la doctrina y sentimientos de su maestro, apareció en público como un vivo retrato suyo; pudiera muy bien decirse, que en Sevilla habia dos Isidoros. Así vino despues á manifestarlo el maestro en las cartas llenas de amor y santidad, de decoro y confianza que escribió al discípulo, á quien consultaba, y presentaba sus escritos para que los aprobara, corrigiera ó enmendara. Ahí está el libro de los Sinónimos, y el de las Etimologías de san Isidoro, distribuído y puesto en distinta forma por san Braulio. ¡Qué gloria esta para nuestro santo! ¡Alternar y

confundirse con un maestro como el hermano y sucesor de san Leandro! Nada mas puede decirse en su elogio.

Fué san Braulio un doctor insigne, un varon docto, un verdadero sabio; pero lleno de virtud y piedad; fiel imitador de san Pablo en no querer gloriarse sino en Jesucristo crucificado. Él mirando á Dios en la cruz avivaba su fe, encendia su devocion, alentaba su confianza: descubria en el signo de nuestra salvacion el precio y mérito de las humillaciones, de los abatimientos y de los trabajos, y los apetecia y buscaba ejercitándose en los oficios de la caridad y en los rigores de la penitencia. En alto grado poseía san Braulio las ciencias naturales: aquellas ciencias que siendo unas emanaciones de la eterna sabiduría, ennoblecen al hombre librándole de los caprichos, de los intereses, del orgullo y vanidad de los necios, y le disponen para recibir la ciencia de los santos y enseñarla á los fieles, encomendados á la direccion de los Doctores que ha puesto el Espíritu santo en la Iglesia para regirla y gobernarla, como lo dice el apóstol. Adquirió nuestro santo los conocimientos que hacen al hombre sabio, virtuoso é ilustrado, no para hacer vana ostentacion de su saber, sino para debelar y confundir á los herejes, para defender el dogma y la disciplina, para manifestar las bellezas de nuestra santa y adorable religion, para hacer que todos glorificasen al Padre que está en los cielos, y entendiesen los sabios del mundo que es racional, justo y debido el obsequio que los católicos prestamos á la fe. Por estos fines cultivó san Braulio las ciencias naturales, buscando siempre su sancion en los piés de Jesus crucificado, en la oracion jamas interrumpida, en la penitencia y ejercicio de las virtudes cristianas. ¡Qué disposiciones estas para llegar á ser un gran sacerdote! Lo fué en efecto san Braulio. Deseoso de servir en la casa del Señor como doméstico de Dios, se acercó al gran Padre de familias para que le destinara al trabajo de su viña, le suplicó que le indicase la vocacion en que habia de permanecer, como lo encarga san Pablo: cerciorado de que era llamado al santuario como Aaron, se ordenó de presbítero, y aquí puede decirse que principia la vida fervorosa y edificante de san Braulio. Aunque su conducta anterior fué sobria, justa y piadosa, se manifestó despues con el sacerdocio dando tanto realce á sus virtudes con su modestia, con su circunspeccion y vida ejemplar, que todos todos se admiraban y edificaban al ver

en este nuevo Samuel un dechado de virtudes cristianas, un modelo de perfeccion, un maestro en accion de la ley santa del Señor.

No : no era posible que tan relevantes prendas permaneciesen ocultas en la oscuridad de la vida privada. Dios, autor de ellas, queria valerse de su virtud y poder en favor de su Iglesia santa, y dispuso que á Braulio se le confiriese la dignidad de arcediano de la Iglesia de Zaragoza, en que se portó con tanta rectitud y justificacion, que satisfechos el clero y el pueblo de su caridad con los pobres, viudas y pupilos, de quienes era tenido y respetado por padre, tutor y defensor, de su grande prudencia, economía y acierto, y de las extraordinarias virtudes que forman el carácter de un gran sacerdote, clamaban y decian que Braulio era digno y acreedor á mayores dignidades. Esta voz del pueblo sí que era la de Dios! Murió el obispo de Zaragoza; y aunque todos designaban á san Braulio por sucesor de su ilustre antecesor en aquella santa iglesia, el cielo se reservó dirigir la eleccion de obispo en esta ocasion. Estando los obispos comprovinciales reunidos para proveer de prelado y elegir un digno obispo de Zaragoza, se vió descender repentinamente del cielo un globo de fuego sobre la cabeza de Braulio, y se oyó una voz que repetia estas palabras de Isaías : — *Este es mi siervo, en quien descansa mi espíritu.* — Fué, pues, electo obispo de Zaragoza el grande, virtuoso y admirable san Braulio, y ya tenemos al gran sacerdote ocupado en servir á Dios, como los Ambrosios, Ciprianos, Martinos y otros muchos varones apostólicos.

Espíritu consolador : ahora mas que nunca necesito yo de vuestra gracia, para manifestar á mis oyentes las grandes virtudes que hicieron ver en san Braulio al gran sacerdote de que se habla en el libro de la Sabiduría. Inspiradme, y no me dejeis entregado á mi insuficiencia. A los libros santos recurro, y en ellos hallo todo lo que conviene á mi propósito. « San Brau-
« lio fué aquel gran sacerdote que agradó á Dios en los dias de
« su vida : el que hallado justo fué la reconciliacion del pueblo
« para con el Señor en el tiempo de su ira : el que no tuvo se-
« mejante en la observancia de la ley del Altísimo. Por lo
« mismo juró el Señor acrecentarle en su pueblo. Dióle la ben-
« dicion de todas las gentes, y confirmó su testamento sobre
« su cabeza. Reconocióle entre sus escogidos; conservó con él

« su misericordia; encontró gracia en los ojos del Señor, fué « engrandecido á presencia de los reyes, y se le dió la corona « de la gloria. Le concedió el gran sacerdocio, y le beatificó. » ¿Hay necesidad de demostrar que san Braulio se halla retratado en estas palabras del Espíritu santo? La Iglesia se las aplica, su vida se las apropia, yo á ellas me atengo para formar el elogio del gran sacerdote en cuya santidad debeis mirar el ejemplo que debeis imitar en lo posible para ir al cielo.

Colocado este santo en la silla episcopal de Zaragoza, se aplicó á conservar el sagrado depósito de la fe, á defender su pureza contra los herejes que la corrompian, á dirigir el rebaño que se le habia confiado por los caminos de la virtud, á agradar á su Dios ejercitándose en las virtudes que tanto recomienda el Apóstol á los obispos. Todo él era una viva y continua instruccion para su pueblo, á quien con el fuego de sus palabras y la fuerza de sus ejemplos exhortaba á la virtud y le enseñaba la verdad. No obstante la santidad de su vida, la inocencia de su alma, y la rectitud de sus costumbres, castigaba su cuerpo y le reducia á servidumbre; maceraba su carne, se gloriaba como san Pablo en llevar consigo las señales de la pasion de Jesucristo, y nada omitia por servir á su Dios en espíritu y en verdad. Era benigno, dulce y suave con todos : en las sentencias justo, en los razonamientos fervoroso, eficaz en las disputas, generoso en las limosnas, incansable en instruir y enseñar á los poco instruidos, y tan singular en la gracia de aprovecharse de la Escritura santa y promover las verdades eternas en ella contenidas, que los mismos enemigos de la fe se veian obligados á confesar que sus discursos eran irresistibles, que su ciencia era triunfante y victoriosa, que su caridad se insinuaba en los corazones, que los acaloraba, los convencia y los ganaba. ¿Pero qué mucho, si mas de una vez se vió en sus hombros una paloma, símbolo del Espíritu santo, que le dictaba lo que habia de decir y predicar? Ya no extrañaréis despues de esto, que este gran sacerdote fuese llamado á los concilios IV, V y VI de Toledo, y que en ellos diese exuberantes pruebas del gran fondo de su sabiduría y de su celo por la pureza de la disciplina eclesiástica. Os parecerá mas bien muy natural que san Braulio fuese el destinado para dirigir sus acciones, arreglar sus cánones y decretos, y remitirlos para su aprobacion al papa Honorio con una carta tan elegante, enér-

gica y llena de juicio, que llenó de admiracion y asombro á la capital del mundo cristiano, al ver el correctísimo estilo, la doctrina y la elocuencia de este nuevo Crisóstomo, ocupado todo en servir á Dios cumpliendo con los cargos de su ministerio pastoral.

Fijad ya vuestra consideracion en la hora suprema en que se decide la suerte eterna que ha de caber al hombre, segun sus buenas ó malas obras. Acudid al lecho de la muerte en que yace el gran sacerdote; es vuestro padre, y os va á dejar en testamento bienes inefables, riquezas inmensas, tesoros que no roe la polilla, ni los ladrones pueden robaros. Veinte años se ocupó san Braulio en dirigir la grey cometida por Dios á su cuidado. Agradó á Dios en todos los dias de su vida, y su preciosa muerte fué tan agradable á los ojos del Señor, que al fallecer se obraron los mas estupendos milagros en demostracion de su santidad, en prueba de que fué el gran sacerdote que agradó á Dios miéntras vivió. *Ecce Sacerdos magnus qui in diebus suis placuit Deo.* Su sepulcro fué glorioso. Su bendito cuerpo fué depositado con veneracion en la Iglesia de nuestra Señora del Pilar; pero muy luego hubo necesidad de ocultarle, por no exponerle á las sacrílegas profanaciones de los árabes que inundaron nuestro reino. Permaneció oculto seiscientos años, hasta que en 1232 se sirvió Dios revelar el sitio en que se hallaba el cuerpo de su siervo íntegro é incorrupto, como si acabara de espirar: tambien se encontraron sin alteracion ni podredumbre sus sagradas vestiduras, que despedian un olor suavísimo, teniendo los fieles estas particularidades maravillosas por señales ciertas con que el cielo queria manifestar á su pueblo, que san Braulio fué el gran sacerdote que fué hallado justo en los ojos del Señor, y recibió de su mano la corona de gloria prometida á los que le sirven y agradan en esta vida. Se conserva tan precioso tesoro en el suntuoso sepulcro que se ve en la Iglesia de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, en donde es venerado por los fieles, habiéndolo elegido el reino de Aragon por uno de sus patronos.

Nada mas. Os he propuesto á san Braulio como un justo ocupado en servir y agradar á Dios en todos los dias de su vida. Habeis visto que con su ciencia y virtudes mereció ser el gran sacerdote que puso Dios al frente de su pueblo para edificarle con su santidad y dirigirle al cielo con su doctrina. Vuestras

almas se han llenado de gozo al considerar que este santo prodigioso es la gloria de nuestro pueblo, el ornamento del episcopado español, el maestro de las virtudes cristianas, y el predicador insigne de las verdades y doctrinas que pueden hacernos dichosos y felices en esta vida y en la eterna, y como que todos en estos momentos quisierais participar de su suerte. Pero, amados mios, ¿puede haber premio sin triunfo, victoria sin pelea, y gloria sin cruz? El camino del cielo ¿puede ser el de los vicios, pompas y vanidades tan frecuentado por los insensatos que tienen por locura la vida virtuosa de los santos? Reflexionadlo y reparad en que si el mundo está tan lleno de falsedades como os lo indiqué al principiar este sermon, tambien tenemos un Evangelio eterno que las descubre y manifiesta; un san Braulio que nos conduce por la senda recta que conduce al cielo; una religion divina llena de verdades que nos ilustran, nos perfeccionan y hacen santos y virtuosos. Dejemos el error; repudiemos al vicio; huyamos de los conventículos de los pecadores; no tengamos parte con los que blasfeman de Dios, ni seamos del número de los que atormentados en los infiernos confiesan desesperados la verdad y son los verdugos de sí mismos. Dejémonos gobernar y dirigir por el gran sacerdote que agradó á Dios miéntras vivió: sigamos sus doctrinas, imitemos sus ejemplos, recurramos á su intercesion, y confiemos en que el Dios de las misericordias nos dará la gloria que os deseo. Amen.

SERMON

DE SAN BUENAVENTURA.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

LA SABIDURÍA CELESTIAL LE HIZO GRANDE Y ESCLARECIDO, INSPIRÁNDOLE LA IDEA DE AGRADAR AL SEÑOR EN LA REGION DE LOS VIVOS.

Placebo Domino in regione vivorum.
Agradaré al Señor en la region de los vivos.
Salmo 114. *v.* 9

Es muy cierto, amables oyentes, es muy cierto que en la sociedad en que vivimos hay infinitos escollos en que fluctúa la inocencia, inminentes peligros que ponen á pique la virtud, y males irreparables que hacen gemir muchas veces á los justos, y pedir al Señor alas de paloma para volar y esconderse en el desierto. No es nuestra sociedad como debiera ser, la Jerusalen santa de los hijos de Dios: es mas bien un Egipto abominable, una Sodoma impura, ó una Babilonia adúltera en que hasta los mismos santos llegan tal vez á prostituirse y á profanar los sagrados cánticos del Señor. ¿Pero diremos por esto que es imposible vivir en este mundo sin contaminarse en sus errores, sin ser inficionados de su corrupcion, y sin gemir bajo la tiranía de sus vicios y pasiones? No; no podemos decir con razon semejante cosa. Moises permaneció justo en la corte de Faraon, Lot no mancilló su virtud en Sodoma, ni Daniel dejó de cantar con sus santos compañeros los cánticos de Sion en Babilonia. Millares de ejemplos conspiran á demostrar esta verdad: todos los justos de la antigua y nueva ley que se santificaron en la poblacion la patentizan: pero en este dia, el doctor seráfico, el grande y esclarecido san Buenaventura es el que nos la hace amable. Este es el santo de que se vale la divi-

na Providencia para hacernos entender, que podemos y debemos ser virtuosos, sabios é ilustrados, conformándonos con las máximas y doctrinas del Evangelio; arreglando nuestra conducta por la ley santa del Señor; y diciendo, como él decia con el real profeta : —Agradaré al Señor en la region de los vivos. *Placebo Domino in regione vivorum.*

Ved aquí indicada la senda recta que conduce al cielo; el medio de librarnos de los escollos y peligros del mundo, y lo que puede ennoblecernos y ponernos en el catálogo de los hombres grandes de nuestra época. Porque, señores, desengañémonos; la impiedad ya no es de moda; un nuevo racionalismo ha avanzado sobre las revoluciones, y él nos dice que hay un Dios á quien debemos respetar, amar y servir, cumpliendo con los deberes que nos impone la religion que él mismo nos trajo del cielo, para llevarnos con ella al paraíso de delicias en que serán eternamente felices los justos. No hay en el dia un solo racional que se atreva á negar estas verdades. Dichosos los que teniéndolas por regla de su conducta se dejan dirigir por ellas; porque superiores á la ciencia carnal y terrena, que infla, envanece y hace orgullosos é intratables á los hombres, siguen la celestial y divina de la cruz, y son humildes, sabios é ilustrados segun la sabiduría del cielo, que es la que hizo tan grande y esclarecido á san Buenaventura, inspirándole la idea de agradar al Señor guardando sus divinos preceptos, como voy á demostraros.

Vírgen adorable : Sin vos, nada concede el Omnipotente á los mortales. Sois la depositaria de las gracias que pueden hacernos gratos á los ojos del Señor, y de vuestra clemencia deben descender á nuestras almas. Nosotros os pedimos humildemente las que necesitamos para imitar al gran santo cuya memoria celebramos en este dia. El fué vuestro devoto, y él nos dice, que os agradan los fieles que os saludan diciéndoos con el ángel : *Ave María.*

Placebo Domino in regione vivorum.

La sabiduría del mundo es una sabiduría de ilusion que deslumbra, engaña y conduce al precipicio. Una sabiduría fantástica que no mira los objetos como son en sí, sino como los presentan las pasiones llenas de corrupcion y malignidad. Una sa-

biduría en fin enteramente opuesta á la ciencia del Evangelio, en que se forman esos falsos sabios y discretos del mundo que tan apenas tienen idea de la religion cristiana; que son diestros en disfrazarse, y solo estudian el arte de aparecer francos, sociables, condescendientes y flexibles sin serlo; que se llaman á sí mismos *hombres de bien*, *agasajadores*, *serviciales*, *honrados*, *finos*, *oficiosos y de un mérito superior*, no siendo mas que hombres artificiosos dirigidos por el espíritu mundano, que es el mortal enemigo de Jesucristo. Estos son los vasos de ira expuestos á perecer, *vasa iræ apta in interitum*, de que nos habla el Espíritu santo; son los que ponen en peligro la inocencia, los que arrastran hácia el crímen á los justos, los enemigos de la virtud, los encargados de abolir y desterrar las máximas del Evangelio y de reducir á los hombres al estado de abominacion en que se hallan, y los que prueban, vejan, oprimen y mortifican á los hijos de la gracia. ¿Qué seria de la sociedad, si en ella faltaran los sabios, virtuosos é ilustrados que se forman en la escuela de Jesus? ¿En dónde estaria el mundo sin la sabiduría eterna, celestial y divina que nos enseña á renunciar las riquezas, pompas y vanidades: á aborrecernos á nosotros mismos por amor de Jesucristo; á llevar su cruz, y á vivir de la fe que hace justos de pecadores? Si la divina Providencia en consonancia con la misericordia infinita no hubiera puesto al lado de los sensuales, ambiciosos, altivos y crapulosos hijos de la carne hombres de virtud y santidad, capaces de hacer amable la religion y odiosa la impiedad, ¿podria imaginarse el reinado de la gracia, de la virtud y de la perfeccion cristiana? Reflexionadlo, y prorumpid en general accion de gracias al Dios que para hacernos mas sensibles los beneficios de su bondad inmensa, ha llenado de su sabiduría á los santos que veneramos en nuestros altares, constituyéndolos maestros de la verdad y de la virtud que hacen de la tierra un nuevo cielo. Mirad al seráfico doctor san Buenaventura y en él vereis, que la ciencia de los santos le inspiró la idea de agradar al Señor, cumpliendo con los divinos preceptos, que con la gracia logró vivir entre los mundanos sin participar de sus errores, y que lo que él hizo podemos hacerlo todos si nos resolvemos á llevar la cruz de Jesucristo, siguiendo el camino que nos señala el Salvador del mundo para nuestra dicha y felicidad.

Nace este santo en la Toscana en el siglo XIII, de unos pa-

dres nobles, virtuosos, ricos y opulentos, y educado segun las máximas de la verdadera nobleza, basada en las máximas de nuestra santa y adorable religion; desde luego se conoció que Dios le habia concedido el don de su sabiduría, y que el cielo le destinaba al servicio del santuario como á Samuel. En su infancia enfermó de gravedad, le desahuciaron los médicos y su muerte se tenia por segura é inevitable; pero en esta ocasion se presentó el gran padre san Francisco, le sanó milagrosamente, é hizo que desde entónces le llamasen sus padres el hijo de la *Buena aventura*, y de aquí el haber sido siempre conocido con este nombre. Dedicado á la carrera de los estudios, hizo en ella tan rápidos progresos, que aun sus mismos maestros confesaban que no eran dignos de ser sus discípulos. Dios le habia infundido el don de su sabiduría, y con él conoció san Buenaventura que sin virtud, todo es vanidad y afliccion de espíritu; que sin ella no puede haber en el mundo mas que pecados, desórdenes, trastornos, injusticias, ruinas y devastaciones; que ella es aquella preciosa margarita en cuya comparacion nada valen todas las riquezas de la tierra, como lo dice el Sabio, y que con sus luces se camina con seguridad por los caminos de la gracia que conduce á la gloria. De aquí el haber sido un estudiante aplicado, afable, sufrido y complaciente con sus compañeros, porque los amaba, los servia, los consolaba y los edificaba con su conversacion santa, y con su conducta irreprensible. La sabiduría de los santos que infunde el Espíritu santo en los cristianos al recibir el bautismo, inspiró al jóven Buenaventura la idea de agradar á Dios cumpliendo con sus divinos preceptos, le enseñó á ser virtuoso, siendo devoto de Jesus, de María Santísima y de los moradores del cielo, y le hizo un modelo y ejemplar digno de imitarse por los jóvenes que en los colegios, seminarios, escuelas y universidades deben formarse para ser útiles á la religion santa que profesan, y á la sociedad culta en que viven. Sí, san Buenaventura enseña con su ejemplo á los estudiantes á corresponder á los afanes y desvelos de los padres, maestros y rectores que tanto se interesan en que sean aplicados, sobrios, morigerados, humildes, corteses, francos, discretos y virtuosos, segun la sabiduría del cielo, enemiga de la carnal y terrena que todo lo invierte, trastorna, malea, corrompe y adultera. Imítenle esos jóvenes que son la esperanza de nuestra patria; estudien en su escuela, y en ella verán,

que la virtud inmortaliza á sus héroes; que ella imprime un esplendor indeleble aun en las acciones mas ordinarias; y que su eficacia es tan activa, que hace que el hombre virtuoso sea amado de Dios y de los hombres, que sea digno de las honras universales, y que su memoria sea respetable y llena de bendicion en las futuras generaciones.

Llegado el tiempo de tomar estado, recurre al cielo san Buenaventura, invoca la proteccion de María santísima, é ilustrado por esta hija de las gracias, determina dejar el mundo lleno de peligros, lazos y tropiezos, y buscar un asilo á su virtud en el silencio del claustro, en que tiene Dios su habitacion, segun san Agustin. Entra guiado por la sabiduría eterna en la órden de los frailes menores; viste el hábito de la penitencia, se acomoda á las prácticas y ejercicios de los pobres, obedientes y castos, que todo lo sacrificaron por seguir de cerca al Cordero inmaculado, y fijando su atencion en esta indefectible sentencia del divino Maestro: *El que no lleva su cruz, no puede ser mi discípulo;* se entrega con toda su alma á todo lo que puede agradar al Señor, y es la copia mas parecida al original del grande patriarca, que hasta entónces se habia conocido. Era la persona en quien estaban reunidas todas las virtudes monásticas, en quien obraba la sabiduría celestial de lleno, y en quien se veía fructificar la gracia como en su terreno propio. Perfeccionó su espíritu en los lugares de santidad que habia elegido, y adornado con las virtudes de los humildes; es mandado á Paris á enseñar la sagrada teología, y todos, todos se asombraron al oir á este nuevo Salomon, destinado para ser la luz de las naciones, y el honor de los claustrales. Los sumos pontífices, los maestros, doctores y prelados de la Francia, respetan á san Buenaventura como al héroe de la virtud y de la ciencia, todos le consultan, todos le reciben por maestro, todos se le rinden como al oráculo de su siglo, como al varon insigne en quien residia el don de la sabiduría con que le habia enriquecido el Omnipotente. Es nombrado general de su órden en un capítulo presidido por Alejandro IV; y no, no es posible que yo os haga percibir lo que obró en este elevado destino por agradar á su Dios y Señor. Él se insinuaba en los corazones, los convencia, los acaloraba y los ganaba. Como pastor vigilante consolidaba lo débil, sanaba lo enfermo, ataba lo quebrado y reducia lo abatido. Era un vivo retrato de los antiguos Anto-

nios, Pacomios y Arsenios; tenia las gracias de los apóstoles, de los mártires, de los confesores y de las sagradas vírgenes, y ya brillando como doctor esclarecido en la escuela de Paris, ya confundiendo á Gerardo de Abreville y á Guillelmo de santo Amor, enemigos de las prácticas monásticas; ya elevado á la dignidad de cardenal, y ya en fin como asistente al concilio Lugdunense bajo Gregorio XI, siempre se vió que no pensaba mas que en agradar al Señor cumpliendo con sus divinos preceptos, enseñando con sus doctrinas y ejemplos los caminos de la virtud, y advirtiendo á todos que puede vivirse en el mundo sin contaminarse en sus errores, sin ser inficionados de su corrupcion, y sin mancillarse en medio de sus abominaciones. San Buenaventura ha hecho ver á los mortales, lo que estos pueden con la sabiduría del cielo, con la virtud de la cruz y la gracia del que da al que le pide, escucha al que le busca, y abre las puertas de su misericordia al que le llama. San Buenaventura ha enseñado á los jóvenes á estudiar, á los maestros á enseñar, á los padres de familia á educar, á los religiosos á perfeccionarse, á los prelados á mandar y dirigir, y á todas las clases de la sociedad á vivir santa, sobria y virtuosamente, para agradar y complacer al Señor que nos ha criado y redimido para glorificarnos.

Venid todos á san Buenaventura, y en él aprendereis á andar por el mundo sin manchar vuestras almas con la iniquidad, á vivir sobriamente y ser virtuosos, sabios é ilustrados con las luces de una sabiduría celestial y divina. Los jóvenes verán en este santo un modelo de aplicacion, de sumision y respeto á sus mayores, y se santificarán imitándole: los maestros le hallarán con todas las virtudes propias de los que dispensan en nombre de Dios las luces de su eterna sabiduría, y podrán aprender á distribuir la ciencia condimentada con la sal de la virtud: los padres de familia en nadie como en san Buenaventura pueden aprender á educar científica y virtuosamente á sus hijos, para que sean útiles á la religion y al estado; pues que repetidas veces dice el santo en sus escritos, que la educacion científica y religiosa es el alma y vida de los imperios, el fiel termómetro de la elevacion ó decadencia de los estados, la esperanza de las naciones y el preservativo de los vicios, de los errores y desastres que lleva consigo la iniquidad. Los claustrales que se propongan por modelo á san Buenaventura y le tengan por maestro de la vida ascética, propia del estatuto de su

profesion, se perfeccionarán mas y mas, y llegarán de virtud en virtud hasta el monte santo en que se entra á los tabernáculos eternos de la gloria. Los prelados, al lado de este santo, hallarán todo cuanto pueden necesitar para dirigir á sus súbditos por los caminos de la virtud, evitar que se tiznen con el contacto del mundo pervertido, y hacer que aparezcan limpios y purificados ante la santidad del Dios que ha de juzgarlos. Los fieles en fin, de cualquier clase y condicion que sean, no pueden dejar de ver en san Buenaventura un astro luminoso puesto por Dios en el firmamento de su Iglesia santa, para dirigirlos con la brillantez de sus doctrinas y ejemplos por la senda recta que conduce al cielo. Él á todos enseña á abrazar y seguir la sabiduría celestial que se nos infunde en el Sacramento de la regeneracion, para que acertemos á escoger los medios que pueden conducirnos al fin de nuestra salvacion, y á vivir segun las máximas del Evangelio. Si todos, como es justo, nos resolvemos y decidimos á imitar á este doctor seráfico, por el ardiente amor con que procuró agradar á su Dios en la region de los justos, templos vivos del Espíritu Santo, ¿tendrémos que temer á ese mundo de farsa en que todo es ilusion, todo apariencia, todo informal, insubsistente, caduco y perecedero? Con la sabiduría del cielo y la ciencia de los santos, que enseña á agradar, á bendecir y reverenciar al autor de la naturaleza y de la gracia ¿no aseguramos la virtud que debe ser el adorno de los hijos de Dios? Yo reclamo vuestro buen juicio, para que reflexioneis y me digais, si no es cierto lo que os dije en un principio: que la divina Providencia se ha valido de san Buenaventura para hacernos entender, que podemos y debemos ser virtuosos, sabios é ilustrados, conformándonos con las máximas del Evangelio, arreglando nuestra conducta por la ley santa del Señor, y diciendo con el real Profeta: — Agradaré al Señor en la region de los vivos. — *Placebo Domino in regione vivorum.*

No sean para nosotros infructuosas y estériles las doctrinas y enseñanzas de san Buenaventura, ni demos lugar á que el Señor que nos le ofrece para que imitándole nos justifiquemos, se aparte airado de nosotros, y nos deje entregados á los furores de una conciencia atormentada con los remordimientos del crímen, precursora del infierno destinado para los que viven sin Dios, sin religion y sin virtud. Evitemos mas bien las ocasiones voluntarias del pecado, y no olvidemos que el Espíri-

tu Santo nos dice : *que el que ama el peligro perecerá en él.* Anatematicemos la ciencia carnal y terrena, enemiga de nuestra salvacion; cerremos los oídos para no escuchar al mundo empeñado en justificar sus usos, sus modas, sus diversiones y sus injusticias con pretextos de atencion, de buena crianza, de decencia y de razon de estado, porque todo es error, todo engaño, todo falsedad y todo contrario á la sabiduría celestial y divina que á todos inspira, como inspiró al santo cuya memoria celebramos en este dia. Seamos fieles á estas inspiraciones, y Dios nos concederá aquella gracia victoriosa y triunfante que lleva á los justos por medio de los basiliscos y dragones del mundo, sin lesion ni daño alguno. En este caso, serémos como san Buenaventura superiores á los artificios, enredos, lazos, intrigas y sugestiones de ese mundo reprobado por Jesucristo, y nuestra suerte será la de los justos que se proponen agradar á Dios en la region de los vivos; en la Iglesia con la vida de la gracia, ó en el cielo con la vida de la gloria.

Por haberse gobernado y dirigido san Buenaventura por estos principios de la sabiduría eterna, logró tener una vida virtuosa y una muerte preciosa á los ojos del Señor, que se complace en glorificar á los que procuran agradarle cumpliendo con su ley santa. Por esto dispuso el Omnipotente manifestar la grandeza de este admirable santo, haciendo que á los 260 años del fallecimiento de san Buenaventura, se hallase su cabeza tan entera como ántes de morir, su lengua tan fresca, sus labios tan encarnados y el color de su rostro tan perfecto como si el santo estuviera vivo. Esto, señores, significa que la naturaleza obedece y se subordina á la virtud de la gracia, y que con la sabiduría del cielo se triunfa no solo del mundo, del demonio y de la carne, enemigos de nuestras almas, sino tambien de la corrupcion propia del cuerpo, que aparecerá glorioso en el dia de las recompensas, como lo dice el apóstol, y nos lo enseña la fe.

Anímenos esto á imitar á san Buenaventura en el propósito que formó de agradar á Dios, viviendo como justo en la region de los vivos, que aman, sirven, bendicen y glorifican al Señor en la Iglesia militante, para hacerse digno de alabarle por eternidad de eternidades en las regiones felices de la gloria que á todos deseo. Amen.

SERMON

DE SAN CÁRLOS BORROMEO.

(DE ALMEIDA.)

Qui autem unum acceperat, abiens fodit in terram.
El siervo que habia recibido un talento, le fué á enterrar.
S. Mat., c. 25. *v.* 18.

¡Qué admirables son los caminos de la providencia de Dios, y qué profundos los consejos de su sabiduría! Envía el Señor de tiempo en tiempo á su Iglesia nuevos modelos de virtud, que al mismo tiempo exciten nuestra admiracion, y nos convidan á seguir su ejemplo. Uno de estos es el grande santo y arzobispo de Milan san Cárlos Borromeo, cuya festiva memoria llena toda la Iglesia de extraordinario contento, al mismo tiempo que nos ocupa con no menor admiracion.

Que el camino del cielo sea el abatimiento y la humildad, que lo sea el silencio y el retiro, que lo sea la obediencia y la pobreza, es lo que claman las divinas Escrituras y los santos padres, lo que persuade la razon, y lo que enseña la experiencia. Pero que tambien se halle camino por la grandeza, por la exaltacion, y por entre la gloria del mundo, esto es una cosa muy rara. Todos esos hombres que se encerraron en los claustros condenándose á un perpetuo retiro; los que se entraron por los desiertos huyendo del comercio humano; los que buscaron en las avecitas del cielo quien los excitase á las divinas alabanzas, y en las indómitas y bravas fieras quien los enseñase á temerle; los que profesaron odio irreconciliable y perpetuo á las riquezas, violentando de raíz el humano corazon, siempre inclinado á apetecerlas; los que sujetaron todas sus acciones á voluntad ajena, negándose para siempre á la propia libertad tan estimada, sin la mas leve esperanza de

poder gozar de ella algun dia; los que mezclados con el polvo de la tierra, se sometieron á los piés de todos, se enterraron en las cuevas por huir de las honras, de las estimaciones y del aura popular; los que vivieron cautelosos del aire venenoso de la vanidad como de un contagio, porque enloquece la imaginacion, turba el celebro, hace trocar los pasos y errar el seguro camino : todos estos, digo, no hubieran tomado una vereda tan ardua, si no la tuviesen por precisa para lograr la bienaventuranza. Pero ahora vemos que las glorias y estimaciones del mundo, la pompa y magnificencia, la exaltacion y el gobierno, los negocios y tumulto de la corte, las riquezas y abundancia, últimamente que aquellos espíritus altivos, que suele inspirar en las almas la ilustre sangre, tambien nos pueden llevar á Dios abriendo por ellos camino para el cielo.

¡Que la cruz de Cristo, sagrada señal de la ignominia y desprecio, no sea incompatible con las honras y estimaciones del mundo! ¡Que sin salir de la estrechez de la ley del Señor se pueda caminar por ella con toda la pompa y grandeza mundana! Maravilla es esta del poder de Dios, consejo de su altísima sabiduría, y elogio grante de la virtud de san Cárlos. Aquella misma grandeza del mundo, que es el talento desgraciado que se suele esconder; talento con que los mas de los siervos del Señor solo consiguen desagradarle, y merecer el título de malos siervos, fué el talento con que san Cárlos supo merecer el título de siervo diligente y fiel. Dios le hizo grande en la tierra, y san Cárlos con el santo uso de esa misma grandeza supo ser grande en el cielo. Dios con su providencia le hizo un gran señor, y san Cárlos con su virtud llegó á ser un gran santo. Esto es lo que justamente nos admira, y lo que oireis en este discurso. Aprendan los que viven en la abundancia, y los que están colocados en altos empleos á cambiar en caminos del cielo los mismos caminos de la perdicion : avergüéncense los que viven en fortuna adversa de estarse tan tibios con los talentos escogidos y dichosos, cuando san Cárlos supo trabajar tanto con un talento, que por la mayor parte es inútil.

Y vos, señora, Madre de Dios, cuya bendicion celestial hizo á san Cárlos tan cuidadoso en servicio de nuestro Señor, enviad desde ese soberano trono de vuestra gloria la amorosa bendicion á mi talento, que es tan pobre y casi inútil, para que fruc-

tifique y rinda á mi Dios copioso lucro, pues solo confío en vuestro patrocinio. *Ave María.*

¡Infeliz talento el de la grandeza del mundo! Infeliz, digo, por el abuso de los siervos, no por las intenciones de Dios. Cuando el Señor da el nacimiento ilustre, los grandes estados, las riquezas copiosas, las altas dignidades, la general independencia aun de los mismos grandes, la estimacion y valimiento de los príncipes; por último, una fortuna risueña, en la que el rostro del mundo es lisonjero, ¡qué de ideas vanas por lo regular no ocupan el entendimiento de los mortales! ¡Pero qué nobles pensamientos despertó esa misma grandeza en san Cárlos!

Los rios que salian de aquel inmenso mar de bondad, veía san Cárlos que corrian hácia él continuamente, y de todas partes experimentaba los efectos de la beneficencia del Señor: nadaba, por mejor decir, nadaba en riquezas de la bondad de Dios, y su alma estaba íntimamente penetrada en las aguas que manan de aquella fuente de misericordias; pero el santo formó la resolucion de que era justo que los rios, como está escrito, volviesen al lugar de donde salieron (1); y los beneficios que habian venido de la mano de Dios á la suya, volviesen con grandes intereses desde su mano á la de Dios.

Le hizo el Señor príncipe por sangre; y por falta de primogénito, heredero de los grandes estados de la nobilísima casa Borromea. Las copiosas rentas que tenia eran proporcionadas al esplendor de su casa, y al cúmulo de las dignidades eclesiásticas. Baste decir que cuando el santo se despojó de una parte de sus riquezas, dejó ocho mil ducados de renta. Le habia Dios echado la bendicion de Jacob, dándole la abundancia del rocío del cielo, y de la fertilidad de la tierra, le habia hecho rico de bienes de la Iglesia, y de bienes seculares (2). Pero ¡qué peso este para un corazon humano, que no fuese el de san Cárlos! Yo no sé que tiene el oro, que no hay cosa mas pesada en cuantas Dios crió, ni que tanto oprima y haga in-

(1) *Omnia flumina intrant in mare, et ad locum unde exeunt flumina inde revertuntur. Eccl. c. 1. v. 7.*

(2) *Det tibi Deus de rore cœli, et de pinguedine terræ. Gen. c. 27. v. 28.*

clinar á la tierra. Vereis frecuentemente levantar las manos vacías al cielo; pero si Dios las llena de bienes del mundo, al instante las vereis caer é inclinarse á la tierra. Solo el deseo del oro y su esperanza bastan para oprimir el ánimo; y por esto clama el Espíritu santo, que si abundasen las riquezas, libremos de ellas nuestro corazon. Pero ¡qué cosa tan rara! Con todas esas riquezas volaba á Dios el corazon de Cárlos, y tan léjos estaban de llevársele consigo hácia la tierra, que ántes bien Cárlos volaba y llevaba las riquezas al cielo. De la mano de Dios le habian venido, y volvian á parar en las manos de Dios. Siervo fiel, que empleaba en la viña del Señor todo el caudal que le habia dado.

Poco mas contaba de veinte y dos años, y ya entónces se hallaba arzobispo de Milan, y cardenal de la santa Iglesia. Como era sobrino del papa Pio IV, que tenia bien conocida su rara prudencia, descargaba sobre sus hombros el inmenso peso del gobierno de todo el mundo cristiano; y con razon se dice de san Cárlos, que era el brazo derecho, la lengua, los oídos, y los ojos del pontífice. Con los buenos servicios crecia la estimacion, y con esta se iban acumulando las dignidades: fué sumo penitenciario, legado á latere, protector de Portugal, de Alemania y los Cantones, protector de las órdenes de san Francisco, la del Cármen, la de los canónigos reglares, de los caballeros de Malta, y de los de Cristo. Llovian, si es lícito decirlo así, llovian las dignidades sobre sus méritos. Parece que Dios de industria le honraba cada vez mas, y que se esforzaba san Cárlos por volver á Dios todas estas honras con inmensas ganancias El humo de la vanidad, que en los lugares altos suele cegar los ojos de los hombres, parece que despejaba mas los de san Cárlos. No se valia de su grandeza, como los mundanos, para atropellar la cruz de Cristo, poniendo sacrílegos debajo de sus piés la sacrosanta ley del Evangelio, y aspirando á subir mas, por levantarse mas sobre ella. Este santo cardenal la adoraba reverente, y la ponia sobre su cabeza: cuanto mas Dios elevaba á este santo, tanto mas se exaltaba el Evangelio, y los preceptos de Jesucristo triunfaban de sus enemigos. Recorred con lijeros pasos, á lo ménos, las acciones de la vida de san Cárlos, y os pasmareis de ver como se valia de su misma grandeza para servir al Señor.

Muy pocos años contaba san Cárlos, cuando su tio resignó

en él una muy pingüe abadía: como era niño, servian sus rentas con las de su casa para ostentar la figura correspondiente á su carácter, á su sangre y sus empleos. No obstante, ya advirtió el santo que no era lícito emplear los bienes de la Iglesia en servir al mundo, ni el patrimonio de Jesucristo en lujo y vanidad. Conoció que, como está escrito, no era bueno tomar el pan de los pobres, pan de los hijos de Dios, para darle á los perros de caza, ó sustentar briosos caballos con la sangre de los pobres; y así guardando el respeto y atencion que se debe al carácter de padre, le amonestó que administrase santamente los santos bienes. Se pasmó su padre, conoció su yerro, se avergonzó, y cedió á la mucha prudencia de los pocos años el gobierno de muchas rentas.

Pero ¡qué nuevo y extraño espectáculo es, ó mundo, el que se te dispone! ¡Qué sonrojo tan justo, y qué confusion os va á cubrir el semblante, ó eclesiásticos! Con sangre ilustre, educacion regalada, pocos años, mucha riqueza, y entera libertad, ¡qué es lo que hizo san Cárlos! Saca una corta porcion para su sustento, y todo lo demas lo entrega á Dios: el culto de los templos y las limosnas de los pobres consumen todas sus rentas. ¡Qué cosa tan extraña! Mas no canseis todavía vuestras admiraciones, porque se os preparan nuevos motivos en el resto de su vida. Miradle cardenal y arzobispo: ¡qué padre de pobres! en solo un dia hizo repartir en ellos cuatro mil escudos. ¡Qué noble y ántes nunca oido golpe de grandeza! Mas no lo habeis visto todo: reparad y miradle en el tiempo de aquella peste que corrió toda su diócesi: ¡qué bien empleada generosidad!

En ocasion de aquel azote cruelísimo con que en tiempo de san Cárlos hirió el Señor, no se si diga á su pueblo, ó al corazon de su santo prelado, ¿qué no hizo? Era un espectáculo terrible ver al ángel del Señor con la espada fulminante de la ira de Dios desenvainada, discurriendo por toda la ciudad, hiriendo y matando sin dolor, piedad ni compasion: morian los ancianos, los jóvenes y los niños. Caían á un lado las madres, dejando los niños vivos y pendientes de los exangües pechos, al mismo tiempo que otras se esforzaban por nutrir, si fuera posible, y animar en su amoroso seno los que ya estaban difuntos. Todo era luto, todo afliccion, todo tristeza. Enfrente de sí veía la esposa enferma espirar al desamparado esposo:

los hijos tiernos é inocentes iban al cadáver del difunto padre, pidiendo ignorantes pan, y no habia quien los oyese y matase su hambre : huían los ricos de los pobres, los amigos unos de otros, y hasta los propios padres desamparaban á sus hijos, huyendo de ellos por evitar la muerte, y tal vez daban con ella, acompañando en la sepultura á los que habian dejado en el lecho. A todos ocupaba la muerte, ó el temor de morir : para unos era la peste un grande mal, para otros aun era mayor el miedo de la peste : unos morian por heridos, otros por desamparados. El mal se embravecia, y crecia el temor de los pueblos : faltaba el sustento, y venia el hambre á matar á los que el mal perdonaba. Continúa la ira de Dios, y del temor nacia la confusion, de la confusion desórden, la insolencia y los robos. Con las manos llenas de hurtos caian muchos heridos de la peste : huían cobardes los párrocos, faltaban los sacramentos, y como brutos morian los que habian vivido como brutos. En medio de esta afliccion, entre tanto horror, solo daba consuelo el ver al santo cardenal acudir como un padre afligido á sus hijos dispersos y moribundos, con las lágrimas en los ojos, con el corazon penetrado y lleno de amargura : con la bolsa de las limosnas en una mano, y los sacramentos en la otra, se entraba por las casas de todos, por las humildes chozas de los pobres, ó por las cabañas de los rústicos pastores.

En las procesiones de penitencia la devota y mortificada figura del santo prelado movia á compuncion ; y aun de los corazones mas tibios y de los ojos mas enjutos sacaba abundantes lágrimas. Triste, pálido, afligido y deshecho con ásperas penitencias, salia con capa roja, cubierta la cabeza, y con un grueso cordel al cuello : llevaba una grande cruz enarbolada en sus brazos, fijando en ella los ojos, el corazon en Dios, y sus esperanzas en sola su misericordia : caminaba descalzo, y heridos lastimosamente sus delicados piés, derramaban copiosa sangre, dejando sangrientos vestigios por donde pasaba. En volviendo á su casa redoblaba las penitencias para aplacar la ira de Dios, y multiplicaba las limosnas para aliviar la miseria de los pueblos.

Mas ¿quién podrá explicar su generosidad y grandeza en semejante afliccion? Si sus limosnas jamas tuvieron límites, ¿cómo los tendrian ahora? Mas de sesenta mil personas hallaban limosna cotidiana dentro de la ciudad en la caridad de Cárlos,

y aun mayor en el ejemplo que este daba á los ricos. ¡O bien consumidas riquezas de la tierra! ¡O bien empleada grandeza del mundo! Mas de trescientos desamparados fueron á buscar cierto dia al santo, pidiéndole socorro, y á todos admitió, á todos recogió el que era amparo de todos. Consumió las rentas, vendió la vajilla, se deshizo de los muebles preciosos, y llegó á dar la propia cama, por no tener ya que dar á los enfermos : mandó repartir de limosna toda la provision de su casa, y se quitaba el pan de la boca para dárselo á sus pobres. Llegó á padecer muy repetidas veces hambre, y hambre grande, el que mataba la de tantos : él era mas pobre que los mismos mendigos, y solo de sí mismo no tenia compasion, cruel consigo, y compasivo con los otros.

Apretaba el frio en el invierno, gemian desabrigados los pobres, y el santo prelado se condolia de verlos : caia la nieve, se enfriaba la sangre, tiritaban los miembros, los inocentes niños lloraban arrecidos de frio por falta de vestido : enfermaban los jóvenes, caian los ancianos, y en todos enfermaba san Cárlos Borromeo; pero como ardia en su pecho el fuego activo de la caridad, este solo fué suficiente calor para abrigar á todos. Ved lo que hace. Anda por las antecámaras de su palacio, despoja las paredes, quita los doseles, desnuda las puertas de sus ricas cubiertas, y preciosas cortinas, saca los reposteros y soberbios pabellones, y manda que toda aquella tapicería se corte en vestidos para que se abriguen los pobres. Sale aquel numeroso ejército de la presencia de Cárlos con esta tan nueva librea de la caridad : se esparce por la ciudad toda, y el pueblo se admira y se confunde : lloran todos de ternura, y no cesan de alabar á Dios en su santo prelado. Parecian soldados cubiertos de los despojos despues de un glorioso triunfo. Quién jamas hizo que triunfase de este modo la caridad evangélica de la vanidad mundana! ¡Quién hizo servir así la grandeza del mundo á los pobres de Jesucristo! Bendito sea el Señor, que dió á este santo tanta grandeza; y bendito sea san Cárlos, que supo usar de la grandeza para gloria del Señor. Mas no fué este el único fin para que Dios le hizo tan poderoso al santo : para otra empresa mas noble le habia destinado su providencia : para la mas santa reforma de su Iglesia. Hallábase esta en aquellos tiempos todavía mas enferma que los apestados : la que era hermosa y sin mancha, se hallaba pálida, macilenta y desfigurada : ninguno

que atento la considerase, diria que era la esposa de Jesucristo. Los templos, casas de Dios, ni aun casas de hombres parecian: servian de lo que entre nosotros las eras, y lo que aun es mas escandaloso, para bailes, máscaras, ludibrios : desamparados de sus ministros é indecentes, mas parecia que se habian erigido para desprecio de Dios, que para adorarle en ellos. Los ministros de la Iglesia solo lo eran en el nombre; pues ni en las vestiduras, ni en las acciones, ni en las costumbres lo parecian. Andaban vestidos como los seculares, y armados como ellos : las insolencias y las cuchilladas eran muy frecuentes; y así con las manos torpemente manchadas de humana sangre, se atrevian á ofrecer á Dios la hostia incruenta. Vivian públicamente amancebados, sin horrorizarse de tratar en el augusto sacramento á Jesucristo vivo y purísimo con sus abominables y torpísimas manos : siendo su cuerpo, por la frecuente comunion, como uno mismo con el del Hijo de Dios, se atrevió, como se lamenta san Pablo, á hacer de los miembros de Cristo miembros del pecado (1). Habia párrocos que ni la forma de la absolucion sabian; y párrocos que estaban persuadidos á que no debian confesar sus propios pecados, porque absolvian de los ajenos; y siendo tan ciegos los que guiaban, ¿en qué precipicios no darian los que de ellos se dejaban guiar? Hallaríais hombres ancianos que jamas se habian confesado, ignorantes de lo que era este sacramento : muchos aun persignarse no sabian. ¡Qué agreste tierra, qué inculta habitacion de fieras! Ochenta años habia faltado pastor á estas ovejas. ¡Qué estrago no seria el que habian hecho los lobos : lobos que nunca duermen, y lobos que no se cansan!

Pero grande es el poder de Dios y el mérito de san Cárlos. Esta tierra áspera, esta viña silvestre, cultivada por este grande obrero del Señor, ¡qué suaves, qué hermosos, qué sazonados frutos produjo en poco tiempo! El culto de los templos, la decencia de sus ministros, las sagradas ceremonias, el servicio de los altares, el aseo, la pompa, la magnificencia y decoro, todo respiraba la grandeza del Dios que habitaba en ellos corporalmente. Venian de países distantes los obispos á vivir muchos dias con san Cárlos : decian lo que la reina Sabá al ver el deco-

(1) *Corpora vestra membra sunt Christi: tollens ergo membra Christi, faciam membra meretricis. I. Cor. c. 6. v. 15.*

ro y magnificencia del rey Salomon. Baste decir que la iglesia de Milan vino á ser el modelo, la norma y el ejemplar de todas las demas iglesias.

Para esto estimó san Cárlos toda su grandeza : era para el culto de Dios rico, magnánimo, caballero, y príncipe de la Iglesia : para la reforma de las costumbres se consideraba arzobispo, legado del papa, cardenal, y venerado en todo el orbe cristiano. Fundó seis seminarios en diversos lugares del arzobispado, en los que segun su espíritu se criasen eclesiásticos dignos de servir al Santo de los santos. Fundó la congregacion de los oblatos, hombres que se ofrecen al prelado voluntariamente para ayudarle en las largas misiones, en las visitas de la diócesi, ó en la falta de los párrocos. El solo se opuso como muro de la casa de Israel contra casi todo el mundo que el infierno habia conjurado; y su celo, su autoridad y su trabajo fueron suficientes á vencer y arrancar de raíz las costumbres antiguas y pésimas.

No temia los peligros ni la misma muerte; porque la ilustre sangre que le corria por las venas, y que sus mayores habian ofrecido gloriosamente por la patria y por los reyes, la ofrecia él con el mayor gusto por la casa de Dios. En su oratorio miéntras estaba el santo en oracion, se oye un tiro repentino, que dispararon contra él; se atemoriza la familia, cae el santo en tierra con el impulso de las balas : mas volviendo luego á su anterior compostura, manda que ninguno se mueva á seguir ó examinar el delincuente, y que se sosieguen los criados, continuando como ántes su oracion. Mas ya vienen sus canónigos airados contra el santo prelado : ya vienen escandalosamente armados, sacan las espadas, acometen al santo, descargan golpes sacrílegos sobre la cruz arzobispal : san Cárlos es el mismo que ántes era : continúa intrépido la reforma, y no desiste de la empresa.

Mas no cabia tanto celo en un hombre solo : dispuso Dios que como de otro Moises se repartiese y derramase su espíritu por otros muchos. Introdujo de nuevo algunas órdenes religiosas, y reformó otras, que por la miseria de los tiempos estaban relajadas; y todos sus individuos, animados con su espíritu y ejemplo, hacian dura guerra al infierno. Predicaba no solo por sus ministros, sino por sí mismo ; y sus palabras llenas de celo, de espíritu, y de aquel respeto que infundia la autoridad de

su persona, compungian, movian y arrastraban los corazones: todo predicaba en san Cárlos, predicaba su lengua, predicaba su persona, y predicaba su ejemplo. ¡O mil veces dichosa iglesia de Milan! Feliz mil veces con un arzobispo tan celoso: venturosos siglos, los que merecieron honrarse con tan gran prelado. Alabemos la altísima providencia del Señor, que en aquellos calamitosos tiempos dió al mundo un hombre semejante, que sirviese de remedio á la corrupcion casi general que se habia por todas partes difundido. No solo la Iglesia de Milan, sino la universal Iglesia, ¡ó piadosísimo Dios! postrada delante de vuestros altares os da gracias por haberla concedido en san Cárlos un santo á quien se debe la destruccion de las herejías, la reforma de las costumbres, la decencia de los ministros, y la perfeccion de la disciplina que hoy goza.

Cuando esto digo, católicos, tengo puestos los ojos en el sagrado concilio de Trento: en aquel concilio que restituyó á la Iglesia la paz y serenidad. Bien sabeis que la nave de san Pedro se hallaba en aquellos tiempos fluctuando entre las olas, como en una oscura y tempestuosa noche: los luteranos, los calvinistas, los socinianos, los zuinglistas, y toda la multitud de víboras que los abismos habian vomitado sobre la faz de la tierra, habian envenenado ya á Alemania, á Hungría, á Inglaterra, á Suecia, á Dinamarca, á gran parte de Francia, é iban entrando por la Italia: todo era confusion: todo atrevimiento en los herejes, todo recelo y peligros en los concilios. El concilio habia empezado muchos años ántes, y como no se concluía, estaba sin vigor y sin efecto: el mal se difundia, y no se remediaba; pero ¡bendito sea Dios! acudió san Cárlos, persuadió, instó, hizo resolver al pontífice, para que le hiciese concluir: los herejes se oponian, los príncipes se interesaban, contradecian los demonios, y á cada paso se ofrecian insuperables dificultades. Temian el daño, recelaban el golpe, y hacian por evitarle. Por último cometió el papa á san Cárlos todo el negocio del concilio, y el santo le hizo concluir, publicar y ejecutar.

Se mordian con esto llenos de rabia los torpes y furiosos monstruos de la herejía: andaban fugitivos y avergonzados, porque la ley de Dios manifestada en este santo concilio descubrió claramente su torpe y enorme falsedad. Ponian en tierra la atrevida boca que habian abierto sacrílegos contra el cielo, y la palabra de Dios manifiestada en este sagrado congreso los

hizo enmudecer. Pero quéjense de san Cárlos, que fué el que los causó tan grave ruina : quéjense del santo, que á este confiesa la universal Iglesia que debe los mayores y mas gloriosos triunfos que logró en aquellos tiempos de los herejes, de los vicios y de los abusos : triunfó del mundo, del pecado y del infierno todo, que se habian conjurado contra ella. Veis aquí en lo que empleó san Cárlos su valimiento, su poder y su grandeza. Veis aquí el fin para que Dios hizo al santo tan poderoso.

Pero justo es que hagais sobre vosotros mismos una prudente reflexion. Las obras de Dios, oyentes mios, todas son santas, todas son justas y prudentes. Siempre tiene algun fin cuando reparte los talentos; y si Dios os hizo grandes, no es para vosotros esa grandeza, es para Dios, y la debeis emplear para su servicio. Si creeis que los bienes que poseeis os vinieron de la tierra, empleadlos en la tierra; pero si como católicos confesais que os vinieron de Dios, empleadlos en Dios. Lo que Dios os ha dado en esta vida no es premio, pues no es tiempo todavía sino de merecer : os lo dió para tener con que negociar la vida eterna : quiere Dios ver la diligencia que poneis en servirle. Y á vista de un san Cárlos, ¿qué disculpa podrán tener vuestra negligencia y pereza?

Nosotros, me respondereis, somos personas humildes y pobres : no nos ha fiado Dios los talentos de san Cárlos; y faltos de talentos, ¿cómo hemos de mostrar nuestra diligencia? ¿qué es lo que hemos de emplear en el servicio de Dios? Os engañais, fieles, porque el gran Padre de familias con todos ha repartido de sus bienes : esta misma pobreza, ¡ó qué grande talento es, y cuánto bien de Dios! Si teneis enfermedades, aun es mayor beneficio : si gozais prosperidad, es merced de Dios : si padeceis mortificaciones, todavía es mayor merced : si no lo creeis, decidme ¿habia Dios de ser liberal con los enemigos, y escaso con los amigos? ¿Será liberal con los herejes, ricos, abundantes, poderosos, y escaso con los santos que vivieron pobres, perseguidos, afligidos y humildes? Luego las prosperidades son dones del cielo, y beneficios de Dios. Pero aun son mayor beneficio los trabajos : estos son los talentos mas útiles, y los que suelen dar mayor lucro con la diligencia de los siervos; porque el talento de las riquezas, honras y poder, por lo regular es desgraciado é inútil : es un talento con que solamente un siervo como san Cárlos sabe lucrar.

Avergonzaos á vista del grande siervo que veneramos en este dia, confundíos al verle con tantas dificultades para servir á Dios, y cómo las vence, y muestra ser siervo fiel; cuando vosotros sin tantos impedimentos os entorpeceis en el ocio, y sois siervos inútiles: animaos, pues, y sírvaos de ejemplar san Cárlos Borromeo: si fué viviendo en el mundo protector de nuestro reino, ¿por qué ahora viviendo en el cielo no lo ha de ser de los que procuren imitarle?

¡O Cárlos, siervo fidelísimo! aun en la gloria podeis lucrar para Dios con vuestra grandeza: aun allá podeis hacer útil para Dios vuestra dignidad: todavía sois nuestro protector, emplead esta dignidad en alcanzar de Dios que nos haga buenos siervos acá en la tierra, para que logremos gozar despues de su liberalidad en el cielo. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN CÁRLOS BORROMEO,

ARZOBISPO DE MILAN.

(DE TRONCOSO.)

Sacerdos magnus, qui in vita sua suffulsit domum, et in diebus suis corroboravit templum.

Hé aquí un gran sacerdote que durante su vida levantó de nuevo la casa del Señor, y en sus tiempos fué el restaurador del templo.

Eclesiástic. c. 50. *v.* 1.

Si hubo jamas un héroe á quien pudiesen aplicarse en toda su verdad las palabras con que el autor del libro del Eclesiástico traza el elogio del grande hijo de Onías, es sin duda el santo cuya festividad celebra hoy la iglesia nuestra madre. ¡Cárlos Borromeo! Hé aquí un nombre que despierta desde luego las ideas mas sublimes de virtud, de santidad y de celo por la gloria de Dios y de su inmaculada esposa. Recordar su memoria es lo mismo que renovar todo cuanto de mas honroso puede haber en el sacerdocio católico, es decir, cuanto de mas admirable decirse puede en elogio de esa tribu escogida para ser el sósten del grandioso edificio que Jesucristo fundára en la tierra, para depositar en él su verdad y su doctrina; es pintar, en una palabra, al gran sacerdote que admirado contempló el siglo XVI, que reuniendo en su persona las mas brillantes cualidades, no solo sirvió al Señor con toda fidelidad siendo el ejemplar vivo de sus contemporáneos, sino que, destinado al ministerio de los altares, hizo renacer la antigua disciplina de

la iglesia, devolvió al culto su esplendor, reformó el clero y fué la piedra angular del templo del Señor : *Sacerdos magnus qui in vita sua suffulsit domum et in diebus suis corroboravit templum.*

Tal se presenta á nuestra vista el dignísimo arzobispo de Milan, cuya vida ha sido y será siempre la norma de los sacerdotes, el ejemplar de los prelados, el consuelo de los fieles, un motivo de gloria para la religion, y de ignominia para la impiedad. ¿Cuándo se vió mas honrada la púrpura romana que en los dias de Cárlos Borromeo? ¿Cuándo se dejó ver mas respetable el obispado que cuando este virtuosísimo prelado ocupó la silla del grande Ambrosio? Cuándo la inmoralidad recibió golpes mas funestos que cuando este celosísimo pastor trabajando de consuno con los padres del concilio de Trento atajaba los desórdenes, anatematizaba los vicios, y oponia un poderoso dique al torrente devastador de la corrupcion que osara invadir el ameno campo de la iglesia? ¡Ah! si me fuera permitido detenerme en hacer una bella pintura de este sacerdote del Altísimo, yo recogeria las flores que la sabiduría esparciera sobre el sepulcro del gran Simon, y aplicándolas á nuestro héroe, os diria que en sus dias se renovaron los manantiales de las aguas de la verdad, difundiéndose como un mar en toda la sobrehaz de la tierra; que brillaba en el templo del Señor como el lucero de la mañana entre tinieblas, como la luna en toda su plenitud, como el sol en medio del dia, y como el arco iris entre las trasparentes nubes; que el olor de sus virtudes era semejante al de la rosa en tiempo de primavera, al de la azucena que crece junto á la corriente de las aguas, y al del árbol del incienso que despide su fragancia en tiempo del estío; que en el ejercicio de sus funciones parecia un olivo que retoña ó un cipres que por su altura descuella sobre todos los demas árboles, ó mas bien una hermosa palmera cercada de sus renuevos. (*Eccl. L.* 3 *et seq.*)

Pero dejemos aparte estas imágenes brillantes, y busquemos en la vida del insigne san Cárlos Borromeo el verdadero carácter que le distingue entre los demas descendientes de Aaron. Yo advierto en él desde luego una exacta observancia de la disciplina canónica que le hace el modelo de todos los prelados, y un celo ardoroso en mantener intacto el sagrado depósito de la doctrina de la verdad, que le constituye su restaurador : y

bajo este punto de vista voy á considerarle en el presente discurso. Esto solo bastará para formar la idea mas completa de su santidad, y para estimularse á seguir sus ejemplos. Cárlos Borromeo fué, pues, un gran sacerdote, porque viviendo en todo conforme á las leyes de la disciplina eclesiástica, sostuvo en su persona toda la grandeza y santidad del ministerio sacerdotal : *In vita sua suffulsit domum.* Primera reflexion. Cárlos Borromeo fué un gran sacerdote, porque con su celo infatigable restituyó á la disciplina su antiguo esplendor, reformó las costumbres del clero, y reparó las quiebras que habia sufrido el ministerio sacerdotal : *In diebus suis corroboravit templum.* Segunda reflexion.

Invoquemos la gracia del Señor para poder desempeñar dignamente este asunto, poniendo por intercesora á la Vírgen de vírgenes; y á fin de obtener su mediacion poderosísima, valgámonos de aquellas sublimes palabras con que en Nazaret la saludára el celestial enviado, diciéndola con él : *Ave María.*

PRIMERA REFLEXION.

No dudo que nada hay insignificante en los santos, y que aun las mas minuciosas circunstancias de su infancia, suelen ser presagios indefectibles de su futuro heroismo. Gustosamente me detendria yo en referiros los pormenores de la niñez de san Cárlos Borromeo, si no me lo impidiesen una muchedumbre de hechos portentosos que desde luego se agolpan en mi memoria y que deben arrastrar toda nuestra atencion. Baste decir que en el momento en que se dejó ver en el mundo esta criatura privilegiada, el castillo de Arona su cuna, se vió rodeado de una luz tan resplandeciente, que dió motivo á formar sobre el tierno recien nacido las mas felices conjeturas. Unido esto á la buena índole que desde luego manifestó, á sus inclinaciones en un todo conformes con la mas pura virtud, á su amor al retiro, y á los actos de piedad que formaban sus mayores delicias, no hubo quien no le considerase destinado por Dios para ser uno de sus mas dignos ministros. ¡Qué sería cuando despues de algunos años, abrazando el estado eclesiástico, se le vió separarse de todas las compañías, dedicarse al estudio continuo de la ciencia sagrada, hacer del templo su morada,

orar con un fervor edificante, y distinguirse entre todos los de su clase por una exactitud nada comun en la observancia de la mas severa disciplina? ¡Ah! No se engañó en su juicio aquel digno sacerdote de Milan, que, pasmado á vista de la precoz virtud del jóven Cárlos, anunció que un dia habia de ser una gran columna de la iglesia.

En efecto, no bien habia dado los primeros pasos en la carrera clerical, cuando se advirtió en él todo el espíritu de un hombre consumado en la virtud y en la ciencia de los santos. Condecorado con una pingüe abadía, solo pensó en hacer á los pobres participantes de todas sus rentas, pues que él no se consideraba sino como un mero depositario de ellas, y juzgaba un sacrilegio abusar torpemente del patrimonio de los miembros menesterosos de Jesucristo. ¡Que ejemplo tan admirable en unos dias en que el interes y la venalidad habian invadido el santuario, y degradaban el sublime carácter del sacerdocio! Pero Dios que le destina á ser el ejemplar vivo de la tribu escogida en la observancia exacta de la disciplina eclesiástica, abre ante su vista un vasto campo en donde pudiese desarrollar todo el heroismo de su gran virtud.

Acababa de ser sublimado al sumo pontificado Pio IV, tio de nuestro héroe. Tan luego como se sentó en el solio, le llama á su corte; le nombra cardenal, arzobispo de Milan, y le confía la administracion de los negocios mas arduos de la iglesia. ¡Terrible tentacion para un jóven que solo contaba á la sazon veinte y dos años de edad! Mas no, no era Cárlos del número de aquellas almas pequeñas que viéndose en la elevacion, se olvidan de sus deberes, y todo lo sacrifican al fausto y á la gloria mundanal. Modesto, humilde, desprendido de todo cuanto deslumbra la vista de los mundanos, miró su nuevo estado como una carga pesada que hubiera abandonado gustoso si la obediencia no le obligara á llevarla, y como un nuevo motivo que le obliga á mayor perfeccion. ¡Con qué integridad llena los deberes de su mision! Con qué celo se aplica á los arduos negocios de la iglesia que le están confiados! ¡Con qué anhelo procura fomentar el decoro del culto y el esplendor de los divinos oficios! En vano el artificio intenta corromper su corazon para hacerle desviar de la justicia en la distribucion de los beneficios y dignidades de la corte de Roma. Imparcial y recto por deber y por conciencia, examina minuciosamente

el mérito y cualidades de los que los pretenden, y jamas deja vencer la balanza de la justicia hácia el favor ó la influencia humana, siquiera su incorruptibilidad le granjee odios y enemistades sangrientas. Si alguna vez hizo uso del ascendiente que le proporcionaban los vínculos del parentesco con la suprema cabeza de la iglesia, solo fué para apoyar las pretensiones justas, para sostener los derechos del desvalido contra las violencias del poderoso, para defender á la viuda y al huérfano, para proporcionar socorros al menesteroso, y alentar el ingenio que yacia en la indigencia.

Si le contemplais ejerciendo el oficio de penitenciario mayor de Roma, admirareis en él una prudencia consumada junto con la caridad mas ardiente hácia los pecadores que llegaban al santo tribunal de la reconciliacion. Es un padre que tiende los brazos á unos hijos á quienes ama entrañablemente, y les exhorta á volverse á aquel Dios á quien abandonaran. Es un maestro que instruye á los ignorantes en los misterios de la fe, para que no perezcan por no saber lo que les conviene para obtener la salvacion. Es un médico que aplica el dulce bálsamo del consuelo y de la esperanza sobre unos corazones ulcerados por la culpa, y venda las heridas de unas ovejas á quienes el lobo devorador acometiera por haberse descarriado del aprisco del eterno Pastor. Es en una palabra, el ángel del Señor que moviendo de tiempo en tiempo las saludables aguas de la piscina misteriosa de Siloé, restituye la salud á una innumerable muchedumbre de enfermos que no podian dar un paso en los caminos de la salvacion.

De este modo edificaba san Cárlos con su ejemplo á aquella ciudad de Roma, que no podia ménos de admirar en su persona todas las dotes que constituyen á un verdadero sacerdote del Altísimo. Mas ¡ah! el corazon de nuestro héroe no estaba tranquilo. Ausente de Milan, cuyo pastor era, dia y noche pensaba en su grey; ardia en vehementes deseos de apacentarla por sí mismo con los saludables pastos de la doctrina y el ejemplo; veces mil habia manifestado estos deseos al sucesor de Jesucristo, y habíalos apoyado con ruegos y lágrimas; pero sus instancias habian sido infructuosas. El sumo pontífice, que no queria desprenderse de un hombre cuyos servicios eran tan importantes á la iglesia, le retenia á su lado á despecho de sus continuas representaciones. Pero llegó al fin el momento

tan deseado de aquel corazon paternal; sus reiteradas súplicas inclinaron el corazon del pontífice á concederle el beneplácito para restituirse al seno de su rebaño. ¡Regocíjate, oh grey dichosa! ya tienes en medio de tí ese gran sacerdote que el cielo te destina para ser tu conductor fiel, tu padre tierno y tu perpetuo bienhechor! ¡Feliz y venturoso pueblo si sabes aprovecharte de los ejemplos de ese ángel que va á llevarte el eterno testamento de Dios, y con él la verdadera dicha!

¿Quién podrá referir la vida admirable de san Cárlos y sus virtudes heróicas en el cumplimiento de su ministerio pastoral? No bien hubo tomado posesion de su nueva morada, cuando estableció en ella la mas severa reforma y la mas exacta disciplina. No se veía en ella sino la mas modesta sencillez, tanto en los muebles como en su mesa y en todo lo demas que pertenecia á su servicio. Despójase de todos sus beneficios, vende dos grandes estados que le pertenecieran de la herencia patrimonial, enajena hasta sus mas preciosos ornamentos, y emplea el producto de ellos en alimentar á los pobres, en dotar doncellas menesterosas, en fundar asilos para la humanidad doliente, y en procurar todo el bien posible á sus ovejas, por quienes no duda reducirse á sí mismo á la mas estrecha necesidad. ¿Quién ignora que llegó ocasion en que ni aun cama en que dormir le quedára porque la habia dado á los pobres? A la beneficencia corporal une la beneficencia espiritual. Ve sus pueblos hambrientos de la divina palabra, y como buen pastor recorre toda su diócesis repartiendo el pan de la doctrina en proporcion de la necesidad. Los ve sedientos de la gracia, y como padre tierno no cesa de administrarles los sacramentos, que son las fuentes perennes de la vida y de la inmortalidad. Los ve amenazados por el monstruo del error que comienza á hacer tentativas para introducirse en sus dominios, y como centinela vigilante, no descansa dia y noche hasta haberle ahuyentado ignominiosamente.

¡Oh pueblo de Milan! tú mejor que nadie podrás decirnos lo que fué tu pastor, trayendo á la memoria aquellos dias de luto y de angustia universal en que te viste sumergido bajo la pesada mano de un Dios vengador é irritado. Yo te contemplo hecho un lúgubre teatro, por donde la muerte se pasea haciendo caer al golpe de su guadaña millares de víctimas heridas por un contagio horrible. Veo á los poderosos abandonar pre-

cipitadamente tu recinto por no ser sorprendidos de ese azote terrible. Tus muros encierran solamente una muchedumbre de pobres desvalidos, que en vano alargan una mano suplicante para pedir algun auxilio. No hay quien escuche el clamoroso quejido de las víctimas; ni uno solo que se atreva á acercarse al lecho del moribundo; nadie que derrame un bálsamo consolador sobre tantos corazones afligidos... ¡Mas hé ahí el ángel de la paz; espera, consuélate, humanidad desventurada, tu pastor no te ha abandonado! En medio del desaliento universal, Cárlos Borromeo se presenta en medio de aquel espectáculo punzador. Su corazon se derrite en afectos de compasion; visita los asilos del dolor, pasa al triste hogar de la viuda por entre la multitud de cadáveres hacinados en las calles y plazas; corre de aquí á allí donde quiera que hay enfermos que consolar y socorrer; hácese todo para todos; á estos confiesa, á aquellos exhorta á morir cristianamente; ora lleva á los unos las medicinas necesarias para curar sus cuerpos, ora administra á los otros los auxilios indispensables para que no perezcan sus almas. En vano hombres cobardes y egoistas le aconsejan que huya de aquella ciudad en donde nada hay mas que infeccion y horror... ¿Huir? ¡Cómo! ¿No es un deber del buen pastor el dar su vida por sus ovejas! ¿Pudiera Cárlos abandonarlas precisamente cuando mas necesitaban de su presencia? En manera alguna. A su lado permanece constante; con ellas padece, con ellas llora, con ellas clama al cielo, y como el Aaron destinado á ser el mediador entre Dios y el pueblo, quema ante las divinas aras el incienso, sacrifica la víctima sin mancha, cúbrese de cilicio y ceniza, y con una cuerda al cuello en señal de penitencia, se ofrece á la justicia divina en holocausto por su amada grey.

Hé ahí el gran sacerdote que en sus dias supo agradar á Dios, y en el tiempo de la indignacion del Eterno fué el reconciliador del cielo con la tierra. Jamas se vió otro que mejor que él supiese observar la ley del Excelso, y por eso le engrandeció en medio de su pueblo (1). Sí, católicos, jamas se borrará de los fastos de la historia este rasgo de heroísmo: jamas olvidará Milan que tuvo un pastor á quien debió los mas importantes servicios en los dias de su mayor conflicto. El nombre

(1) *Eccl. c. 44.*

de san Cárlos Borromeo no será ménos grato á los habitantes de esta ciudad, que á los de Cartago el de los Ciprianos, y el de los Gregorios á los de Neocesarea. Cerca de tres siglos han pasado ya, y su memoria no ha podido disminuirse. La fama de sus virtudes renuévase de dia en dia, como se renuevan los retoños de un árbol frondoso á quien sin cesar riegan las aguas del manso arroyuelo: porque sus ejemplos permanecen hoy como entónces, y diariamente producen nuevos frutos de santidad.

Aprendamos todos los que estamos investidos del sublime carácter del sacerdocio las estrechas obligaciones que están anejas á este ministerio divino. Tomemos por ejemplar de nuestra conducta á san Cárlos Borromeo, y hagámonos un deber de observar en todos sus puntos la disciplina de la iglesia. No le olviden jamas los que están puestos por el Espíritu santo para ser los pastores del rebaño de Jesucristo y rectores de su divina esposa. Siguiendo sus huellas, llenarán un deber de que no pueden desentenderse sin una estrecha responsabilidad, cual es la residencia en sus diócesis, ínterin no se lo impidan causas justas y gravísimas; serán la providencia visible de su grey, por cuya salvacion sacrificarán, si es menester, hasta su propia vida; trabajarán infatigablemente en proveer á sus ovejas de los auxilios que reclaman sus necesidades; serán, en una palabra, todos de Dios y de sus pueblos, á quienes se han unido con los mas estrechos vínculos.

Así lo hizo, señores, nuestro santo, y de este modo mereció el dictado de gran sacerdote, porque viviendo en todo conforme á las leyes de la disciplina eclesiástica, sostuvo en su persona toda la grandeza y santidad del ministerio sacerdotal: *Sacerdos magnus qui in vita sua suffulsit domum.* Réstanos ver cómo trabajando con infatigable celo por la observancia de la antigua disciplina, reformó los costumbres del clero y reparó las quiebras que habia sufrido el ministerio sacerdotal. Este será el asunto de la

SEGUNDA REFLEXION.

Los pastores de la iglesia son, segun el divino oráculo, otras tantas antorchas destinadas á alumbrar en la casa de Dios, no solo con sus ejemplos, sino tambien con su doctrina. Al tiem-

po mismo que ofrecen con una mano el incienso ante el altar, deben con la otra trabajar en la restauracion de las ruinas del templo. En ninguna época tal vez tuvo la iglesia de Jesucristo mas necesidad de una mano robusta que trabajase en defensa de su santa disciplina, como la en que vivió san Cárlos Borromeo. Todo se hallaba en un completo desquiciamiento. Las guerras intestinas trabadas entre los príncipes cristianos habian dado lugar á una desmoralizacion universal. Los pueblos veíanse sin pastores que les condujesen por los caminos de la salvacion, porque todos participaban de la corrupcion que, merced á pasiones innobles y vergonzosas, introdújerase hasta en el mismo santuario. El clero en nada se distinguia de los demas fieles; la disciplina estaba abandonada; la herejía levantaba orgullosa su altiva cerviz, y oíanse crugir los fundamentos de la esposa del Cordero, bien así como un edificio vetusto que amenaza próxima ruina.

Entónces fué cuando el Señor, que siempre vela por su iglesia, la dió ese nuevo Simon, que trabajando sin descanso en restaurar las leyes del santuario, la devolviese todo el lustre y esplendor que el trascurso de los años y de los vicios la habian hecho perder. ¡Con cuánto celo se consagró Cárlos al servicio de la iglesia! No satisfecho con ayudar al sumo Pontífice su tio con sus consejos, busca todos los medios de llevar á cabo una total reforma en las costumbres. A este fin, ya como un Jeremías hace resonar su voz doliente y á la vez poderosa en la sagrada cátedra, atacando al libertinaje y exhortando á los fieles á la penitencia: ya como un Ezequiel rompe las murallas del templo, esto es, escudriña atentamente las causas de la decadencia de la disciplina que se observa en el sacerdocio, y proporciona los remedios á medida de las necesidades. ¿Se hace preciso desterrar la ignorancia, orígen funesto de la corrupcion? Cárlos forma una academia de eclesiásticos y seglares, reune en torno suyo á todos los hombres que se distinguen en todos los ramos de la ciencia; promueve conferencias públicas en donde se discuten y desenvuelven los puntos mas importantes de la disciplina, en donde se bebe el espíritu de los primitivos siglos de la iglesia, y se toman todas las medidas convenientes para restaurarle en toda su santidad y belleza. ¿Conviene hacer reformas saludables en los reinos en donde la herejía ó el cisma han introducido su mortal veneno? Cárlos se

avoca con los embajadores de las respectivas naciones; les pide explicaciones acerca del estado de la religion en aquellos países; se pone de acuerdo con ellos sobre los medios de evitar los abusos; da cuenta á la suprema cabeza, y obrando con ella de mancomun, se lleva á efecto cuanto dicta la prudencia y reclama el interes de la cristiandad.

Empero la necesidad mas apremiante de la esposa de Jesucristo en aquella época desgraciada era la terminacion de la santa asamblea de Trento, que, comenzada bajo el pontificado de Paulo III, habia sufrido funestas interrupciones, que eran tanto mas de lamentar, cuanto que por todas partes iba tomando incremento el error y amenazaba esterilizar el ameno campo del divino labrador. ¿Quién no sabe los ardides y esfuerzos del áspid tortuoso por introducir la desolacion en el lugar santo? ¿Quién ignora que á la sombra de los conflictos políticos y de las guerras que tenian volcanizada toda la Europa, de dia en dia iba ganando terreno el asqueroso cisma, al tiempo que la hermosa hija de Sion veia marchitarse su encantadora beldad? ¡Oh! ¡cómo latia el corazon de san Cárlos á vista de estos males! ¡Con qué vehemencia deseaba ver el término de aquel concilio, único que podia reparar las brechas que en el corazon de la iglesia abrian diariamente el libertinaje y el error ¡Con qué actividad se dedicó á trabajar por llevar á cabo la obra comenzada! Exhorta con fervor al sumo Pontífice á no levantar mano en tan importante negocio; dia y noche consagra sus tareas á esta gloriosa empresa, y no admite descanso hasta ver realizado su deseo.

¡Oh iglesia santa! Ya por fin has triunfado de tus enemigos. Engalánate con el ropaje de la alegría y lanza al olvido tu profundo dolor. En Trento se ha dado el último golpe á la serpiente ponzoñosa de la herejía; allí se han promulgado las leyes mas sábias de disciplina, y esta de hoy mas volverá á recobrar con creces las conquistas que la usurpára la relajacion. Recoge, pues, gozosa los opimos frutos de una obra en que tanta parte ha tenido el gran Cárlos Borromeo, á quien el cielo tenia destinado para ser el restaurador de tu templo y de tu altar.

No se manifestó ménos celoso nuestro héroe en su arzobispado de Milan. El olvido de la antigua disciplina cundiera allí no ménos que en las demas iglesias del órbe católico. La avaricia, la venalidad, el concubinato, la ignorancia, el abandono to-

tal de los deberes era igual en el pueblo que en el sacerdocio. Este escandalizaba á aquel con sus perversos ejemplos, y uno y otro parecian rivalizar en maldad. ¡Dios santo! Tú permites á veces que los que debieran ser los conductores de tu grey se conviertan en lobos que la devoren desapiadadamente; pero tu sabiduría infinita sabe hacer que los lobos se transformen en corderos para que mejor brille tu poder y tu santidad. ¡Ah! tu iglesia de Milan gemia mucho tiempo hacia en una funesta viudez, porque de largo tiempo sus pastores se desentendian de la obligacion de residir en medio de su aprisco. ¿Cómo, pues, no se habia de descarriar la grey si les faltaba su conductor? Pero ya el cielo apiadado la ha concedido un pastor cortado á medida de tu corazon, y este será el que restituirá á tu seno las ovejas perdidas, y devolverá á tu esposa su hermosura antigua.

Con efecto, católicos, nada omitió san Cárlos para conseguir este laudable objeto. Visitas pastorales, exhortaciones, sínodos, todo cuanto le inspira su ardiente celo, le parece poco para el fin deseado. Aquí establece colegios: allí funda asilos de penitencia: ahora convoca concilios para confirmar los decretos del de Trento: luego instituye seminarios episcopales, cuyos sabios reglamentos han servido de norma á cuantos se han establecido en lo sucesivo, y cuyos resultados han sido tan preciosos para la iglesia, que, como dice un sabio escritor (1), cuando el emperador José II intentó destruir en sus estados la religion católica, no juzgó poder hallar un medio mas eficaz para conseguirlo, que abolir los seminarios sustituyendo en su lugar unas escuelas profanas, á las que justamente llamaban los católicos la nueva Babilonia.

No le costó poco á san Cárlos la reforma del clero. Bien hallado este en sus desórdenes, comenzó desde luego á oponer la mas tenaz resistencia á los esfuerzos del virtuoso pastor. Todo era inútil para hacer doblar sus cervices bajo el yugo de una disciplina que miraban con horror y con desprecio. Entónces nuestro santo, revistiéndose de un carácter de justa severidad, levanta su voz enérgica, reprende, amenaza, castiga, y no descansa hasta doblegar aquellos empedernidos corazones y hacerles entrar en sus respectivos deberes. ¡Con cuánto gozo vió por fin el celoso arzobispo renovarse en su iglesia la antigua seve-

(1) *Feller. Dictionnaire biograph., art.* Borromee (*Charles*).

ridad de las leyes canónicas! ¡Con qué satisfaccion contempló á aquel clero, poco ántes sumido en el libertinaje, aplicado ahora á llenar las graves funciones del sagrado ministerio, y atento á repartir al pueblo fiel el pasto de la divina palabra y de los santos sacramentos! ¡Cómo se anegaba su alma en gozo al ver los frutos preciosos de virtud que diariamente brotaban en aquel jardin cultivado por operarios celosos é infatigables!

¿Mas pensais acaso que por eso se lanzase Cárlos en los brazos de la indolencia? No, católicos, no duerme ni dormita este custodio de la casa de Israel. A donde quiera que le llaman los intereses de la iglesia, allí está pronto á sacrificar hasta su propia existencia. Bien lo manifestó en el ardiente celo con que emprendió la reforma de los monasterios de su arzobispado. No pudo ver sin grave pena las brechas que la relajacion habia abierto en aquellos venerables asilos consagrados un dia al retiro y á la oracion, y convertidos á la sazon en albergues de disipacion y de vicios. Hondamente conmovido de tamañas desgracias, se propone no levantar mano hasta haber restituido la observancia monástica á su estado primitivo. Su voz paternal penetra bien presto en los corazones de las vírgenes del Señor. Como palomas que fuera del nido no han experimentado sino los lazos del astuto cazador, vuelven gozosas á él tan luego como escuchan el arrullo del amante palomo, así aquellas almas que alucinadas por la falsa libertad del siglo habian seguido la voz de sus fementidos halagos y experimentado sus tristes consecuencias, no bien escucharon las paternales amonestaciones del santo prelado, cuando lamentándose de sus pasados extravíos volvieron á encerrarse entre la concavidad de aquella mística piedra, y colocando un muro eterno entre ellas y el mundo, renovaron sus promesas y vivieron gozosas en el silencioso retiro del santuario.

No fué ígual el éxito de su empresa respecto de los religiosos. Á la voz de reforma, amotínanse tumultuosamente, murmuran, amenazan, acuden al Vaticano, sorprenden la credulidad de los príncipes, atribuyen á su prelado proyectos de destruccion y de desórden, y por último meditan su exterminio á todo trance. Uno de los conjurados se introduce en la capilla del palacio arzobispal; espera al santo prelado cuando venia á hacer oracion con sus domésticos; y no bien este se ha puesto de rodillas delante del altar, cuando dispara sobre él un arma

de fuego. Al ruido del tiro cesan los cánticos sagrados, los circunstantes quedan consternados, todos se levantan, mas el santo sin inmutarse, hace señal á todos para que vuelvan á arrodillarse, y concluye su oracion con igual tranquilidad que si nada hubiese acontecido. ¡Oh humana perfidia! Tu creiste haber acabado de un golpe con aquel cuya integridad de costumbres era un fiscal severo de tus desórdenes, y cuyo celo no podias sufrir porque no se atemperaba á las exigencias de tu libertinaje; pero Dios que con su sombra le cubria, no permitió llevases á cabo tu infame designio. En efecto, señores, la bala disparada por el asesino no habia hecho mas que quemar lijeramente el roquete del santo prelado, y habia caído á sus piés sin causarle la menor lesion.

Y creeriais que por eso se amenguase el celo de san Cárlos? No, católicos, su corazon abrasado en la llama del amor divino, no se perturba con las contradicciones. Cuanto mas crecen los trabajos, mas se aumenta su fervor en restaurar la disciplina de la iglesia. Por ella se dedica á vigilias continuadas; por ella multiplica las visitas de su diócesis; por ella no duda sostener los derechos del obispado contra las demasías del poder; por ella lanza los rayos de la iglesia contra los que á merced de la fuerza intentan enervar la jurisdiccion que tiene dimanada del mismo Dios; por ella, en fin, escribe cartas pastorales y de diversos géneros, que en número de treinta y un volúmenes conserva preciosamente la biblioteca del santo Sepulcro de Milan; publica instrucciones para los confesores, que hoy dia son miradas como un tesoro inestimable; da á luz las actas de su iglesia y un gran número de obras, tanto dogmáticas como morales, monumentos célebres de su celo y de su incansable solicitud por la gloria de Dios y el engrandecimiento de su divina esposa.

¿Qué mas se necesita para concluir que san Cárlos Borromeo fué un gran sacerdote, que no solo se contentó con sostener con su vida en todo conforme á la disciplina eclesiástica, la grandeza y santidad sacerdotal, sino que trabajando por su observancia, fué el restaurador mas glorioso y el que consiguió en sus dias reparar las quiebras que habia sufrido en el transcurso de los siglos?

Lo eres, ¡oh bienaventurado Cárlos! La iglesia de Jesucristo te es deudora de servicios que jamas podrá olvidar. Donde quiera

publicará, que como otro hijo de Onías, levantaste con una mano los muros de la casa del Señor y con la otra restauraste la gloria de su templo. Hadnos, pues, participantes de tus virtudes y del celo que te animó en obsequio de la canónica disciplina : para que siendo como tú, dignos ministros del santuario, merezcamos tambien iguales gracias, y lleguemos á poseer la bienaventuranza de que gozas en premio de tus trabajos en la celestial Jerusalen de la gloria.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SANTA CATALINA VÍRGEN Y MÁRTIR.

(DE FORTEA.)

O mulier!
¡ Oh mujer!
S. Mat., c. 15, *v.* 28.

Mujer: cuando yo empiezo mi discurso por esta sola palabra, ¿qué pensais de mí, señores? ¿Vendré á representar la naturaleza por el aspecto mas ambiguo? ¿Intentaré hablar del ente mas indefinible que aparece sobre el globo? ¿Me llevarán mis ideas al término de la descripcion, y os haré ver en este instante la poquedad, la miseria, lo peligroso, lo voluble, lo caduco de esta costilla del hombre? ¡Ah! no os engañais. Estos son mis pensamientos. Aprended á conocerlas, y aprendereis á evitarlas. ¿Qué es la mujer? Hablad, filósofos. Naufragio del varon, tempestad doméstica, obstáculo de la quietud, cautiverio de la vida, daño cotidiano, guerra voluntaria, batalla suntuosa, enemiga convidada, solicitud confidente, hiena peligrosa, mal necesario. Secundo lo dice (1), Aristóteles lo afirma, Herodoto lo concede, Ciceron lo escribe, Valerio Máximo lo enseña. ¿Qué es la mujer? Decidlo vosotros, poetas. Son la misma fragilidad, vasos quebradizos á cualquiera movimiento, sueños de la sombra, juguete de la fortuna, balanza de la envidia, idea del tiempo, imágen de la calamidad. Así hablan un Focílides, un Plauto, un Menandro, y en especial un Eurípides (2).

(1) *Secund. Maxim. serm.* 9. (2) *Eurip. in Medea.*

Oigamos á los padres. La carne engendra fuego, el hierro rubin, la mujer concupiscencia. Su canto es peor que el silbo del basilisco. Así se expresa san Agustin (1). Conozcan las mujeres tu buen nombre, ignoren tu cara. Así san Gerónimo (2). Es la mujer enemiga de la amistad, pena intolerable, mal temible, tentacion cierta, fatalidad deseable, peligro doméstico, deleitable detrimento; por ella Adan es arrojado del paraíso, David entrega la carta de muerte á su fidelísimo Urías, Salomon idolatra, Sanson se enerva, José es colocado en un calabozo, el Precursor es degollado. Hasta aquí el Crisóstomo (3). ¡O mal intolerable, víbora implacable, veneno incurable! (4).

Consultemos la Escritura. ¿Tendrán aquí mejor causa? Veamos. Salomon invoca la sabiduría para huir de la mujer. Ezequiel se queja amargamente de ellas, y las amenaza de parte de Dios. El Espíritu santo exhorta al siervo de Jesucristo á que evite la mujer, porque es mas amarga que la muerte. Sexo frágil, humíllate bajo la mano poderosa de tu Dios: conoce los inferiores quilates que te concedió naturaleza: conténtate en el órden en que te colocó la Providencia... Sí: nosotros lloraremos vuestra suerte y nuestros males; aquellos males que debemos á vosotras, y de que no pudieron librarse ni los cedros mas robustos ni las encinas mas fuertes. Sentirémos que el adorno mas bello de la sociedad sea acaso su mas cruel enemigo. Os mirarémos como unos sepulcros blanqueados, que por cualquiera resquicio están brotando infeccion. Sereis en nuestro concepto objetos de compasion por vuestra constitucion natural, por vuestra poca aptitud para los oficios del mundo, por vuestra esencial miseria...

¿Qué digo yo? Las obras de Dios son perfectas; la mujer es semejante al varon: el sexo tiene sus monstruos, y si contra estos truenan los filósofos, los poetas, los doctores y hasta la misma Escritura, todos se acuerdan unánimes para exaltar esta noble generacion. Miremos la cosa á otra luz. El Espíritu santo nos dice, que la mujer graciosa hallará la gloria: que la amante es la corona de su esposo: la prudente edifica su casa: la buena es un verdadero bien. Manda que las respetemos, y antiguamente mandó que se les salvasen las vidas entre los horrores

(1) *In lib. de sing. cler.* (2) *Ad Nepotian.* (3) *Sup. Matth.* 19.
(4) *Id. in serm. de Decollat. Joann. Bapt.*

de la guerra. ¿En qué virtud no resplandecen? ¿Que dotes de alma no poseen? Continuemos el divino oráculo.

Piedad. Una Séfora y Fira en Egipto, salvando las vidas á los niños, sin temer á Faraon: una Rut adherida inviolablemente á Noemí en tiempo de desconsuelo: una Sareptana, una Sunamitis, llenas de expresion sensible con Elías por la resurreccion de sus hijos: una Josaba ocultando al pequeñuelo Joas y librándole de las crueldades de Atalía: una Maria, una Róde, que recibieron con la mayor alegría á san Pedro: una Lidia de la ciudad de los Tiatirenos, á quien abrió el corazon y la ilustró el Apóstol de las gentes: una Tábita, fiel discípula de los apóstoles.

Fortaleza. Una Débora que destruye á Sísara, libra á los israelitas, admira á Efrain, á Pamá, á Beteel: una Michol que salva con denuedo á David, burla los cuidados de Saúl, alegra al pueblo de Dios: una Judit, que degüella á Holofernes, postra á los asirios, guarda á Betulia: aquella madre que canoniza el Espíritu santo, que anima sus hijos al martirio, que le padece ella misma, superando los preceptos de Antíoco.

Sabiduría. Sara, á quien visitó Dios en cumplimiento de sus promesas: una Raab, conduciéndose sabiamente con los esploradores: una Abigail con David á favor de su esposo Nabal: una Técuitis con el rey de Israel: una Bersabé con el Profeta: una Sabá con Salomon. ¿Descenderé de la Escritura á la historia? ¡Qué campo tan dilatado! Plutarco alaba sobremanera á las focenses, á las milesianas, á las de Esparta: los griegos las prestaban homenaje, y el mismo Demóstenes cedia á su imperio. ¿Hablaré de las romanas? ¿Nombraré á las Porcias, á las Julias, á las Hortensias, á las Junias, á las Livias, á las Octavias, á las Popeas? Ya la antigüedad las decretó su apoteósis. ¿Alabaré las Letas, Eustoquias, Paulinas, Marcelas, Albinas? Ya lo hizo el orador mas famoso del siglo cuarto (1). ¿Diré de las mujeres que han sido astros luminosos, de quienes han recibido una ilustracion católica los reinos de Inglaterra y Francia, los imperios de Alemania y Rusia, la Bohemia, la Baviera, la Hungría, la Lituania, la Polonia, la Persia y aun la España y la Lombardía, que por su medio abjuraron el arrianismo? ¿Diré de las mujeres que se han visto en las campañas, en las cru-

(1) *San Gerónimo.*

zadas, en los combates, asaltando castillos, atacando plazas, mandando ejércitos, defendiendo fortalezas, sembrando campos de cadáveres? ¿Diré de las mujeres, que entre millares han tenido una Margarita de Anjou, general y soldado que da doce batallas, quebranta dos veces las cadenas de Enrique VI y le restablece en el trono? ¿Correré la cortina de los tiempos, y en una era mas brillante haré ver la sabiduría de las Casandras y Modestas de Venecia, de las Sarroquias de Nápoles, de las Victorias de Roma, de las oradoras de Milan; una duquesa de Rets en Francia, las Seamur, Grai y Estuard en Inglaterra; una Aloisia en Toledo, versada en las lenguas; una Isabel de Córdoba, honor de nuestra nacion; una Isabel de Roseres, predicadora clarísima en Barcelona, apóstola en Roma y comentadora de Escoto á presencia de los cardenales y del romano Pontífice? (1)

¿Serán estas las pruebas, el apoyo, el fundamento del sexo, para gloriarse en todo tiempo, despues de dejar como su mayor trofeo el haber tenido en él á la reparadora de los hombres? No hay duda. Grandes y á todas luces magníficos son estos triunfos; pero todos ellos resaltan sobremanera al verse reunidos en una criatura, en quien la naturaleza y la gracia compitieron para distribuirla sus dones.

Naturaleza. Sangre nobilísima; pingües riquezas; reino hereditario; espíritu vivo, vasto, penetrante; ingenio agudo, elevado sublime; memoria tenaz, universal, prodigiosa; conocimientos profundos; ideas altísimas; pensamientos soberanos; produccion feliz; elocuencia natural; erudicion suma; hermosura peregrina; denuedo esforzado; valor inexpugnable; fortaleza constante; talle gallardo; prudencia suma; moralidad perfecta; acciones brillantes; hechos heróicos; empresas asombrosas; éxito feliz.

Gracia. La previene, la toca, la mueve, la ilustra, la dirige, la inflama, la enardece, la devora, la atrae, la arrastra, la saca de las tinieblas, la coloca en la region de la luz, la da un genio luminoso, una índole buena, un corazon recto, un espíritu santo, una piedad sin límites, una humildad profundísima, una paciencia invicta, una serie de trabajos soportados con resignacion, unas entrañas de misericordia, una sabiduría celestial, un triunfo divino. ¿Quién es esta? ¿Quién es esta? ¿Es Judit, Es-

(1) *M. Thomas.*

téi, Jael, Débora, Ana? ¿Es Raquel, Abigail, Salomé? Es un compendio de todas. CATALINA. Esta es la gloria del sexo devoto, el blason de la iglesia, el timbre de la religion, el decoro del catolicismo, el ornato del martirio. CATALINA. Esta es la que debe llenar el campo de mi discurso, el objeto de vuestra atencion, la materia de mi panegírico. Yo dejo á los críticos curiosos el cuidado de sumergirse en el caos de la antigüedad para disertar en la vida de nuestra santa. Sé muy bien que alguno de sus historiadores calla algunas circunstancias de su vida, que otros refieren sin dudar; pero el no mencionarlas no es negarlas (1). Respetaré la autoridad de los sabios, siguiendo el órden de los hechos. No intentaré darle á CATALINA combates imaginarios para atribuirle unos quiméricos triunfos. Ved aquí mi proposicion. CATALINA la gloria, el esplendor y el decoro de su sexo; la mujer buena. Este es todo su elogio.

¡Gran Dios! purificad mis palabras. El primer ensayo de mi ministerio como predicador de cuaresma en esta iglesia parroquial, vaya acompañado de los golpes de vuestra gracia. *Ave María.*

REFLEXION UNICA.

Catalina es la gloria de un sexo que ennoblece; el esplendor de un sexo que ilustra; el decoro de un sexo que ensalza. Por esto la llamo por excelencia : *la mujer buena, mujer noble, mujer fuerte, mujer gloriosa. O mulier!* Discurramos.

Yo te amé con caridad perpetua : te atraje á mí por un efecto de misericordia : te saqué de las tinieblas : te coloqué en el centro de la luz. Dios habla de esta manera. Su oráculo se cumplirá en Catalina, noble por su nacimiento, noble por su vocacion. El siglo tercero de la iglesia verá nacer este astro : el cuarto será el tiempo de su ocaso. El África se gloriará de tener por suya esta heroína : á ella pertenece Alejandría (2). Alejandría, célebre entre todas las ciudades de la tierra (3), destruida por Nabuco, reedificada por Alejandro, trescientos veinte años ántes de Cristo (4); Alejandría, á quien Zoroastro enriquece con el Faro (5), otra de las maravillas del mundo; Ale-

(1) *Véase la nota del traductor del Año cristiano, dia 25 de nov.*
(2) *Plin. Hist. n. l. 3.* (3) *Moreri, v. Alexand.* (4) *Just. 1. 2. p. 77.*
(5) *Nebriss. v. Pharo.*

jandría, famosa en la historia sagrada, célebre en la profana, hermoseada con los setecientos mil volúmenes (1) de la librería de Filadelfo, con la habitacion de los setenta intérpretes sagrados (2). Alejandría, primera silla de san Marcos Evangelista (3), gobernada por mas de cincuenta y tres famosos patriarcas (4), ilustrada por los dos concilios que celebró en ella su patriarca san Atanasio, escuela de Orígenes, Filon, Apiano, Didimo y san Ambrosio (5), regada con la sangre de mas de mil mártires; Alejandría es la patria de nuestra santa.

Esta tierra verdaderamente feliz recibe al nacer á esta niña prodigiosa. Si yo os dijera que los reyes de Armenia (6), de Chipre (7), de Salamina, de Alejandría, prestan su sangre real; que Costo es su padre y Sabinela su madre; que estos reyes dulcemente enlazados con los vínculos del amor, suspirando por tener el fruto de su union, piensan, discurren, inventan, consultan; y que Alforabio, en tono de oráculo, les significa que vivirán en esterilidad, á ménos que no sacrifiquen al Dios de los dioses; nada añadiria á lo que afirman un Juine, un Alfonso de Soria y un Pelbarto. Ellos continúan así su relacion. Costo confía, Alforabio predice, Sabinela concibe, el tiempo corre, el dia llega, el parto se efectúa... ya está en el mundo Catalina. ¡Mundo infame! ¡qué de escollos la preparas! Las sombras del gentilismo, mas densas que las de Egipto, le ocultan la claridad de la tierra de Gesen. La púrpura atrae, el cetro lisonjea, el palacio acaricia, la opulencia adormece, la lisonja ciega. Sus padres la aman tiernamente; su hermosura singular sorprende, trasporta, enajena; su rostro es el compendio de la belleza; sus ojos insinuantes.... ¡Ah! todo esto es Catalina en la cuna, en la infancia, en la niñez. Todo se aumenta en proporcion de sus años. Donde quiera se convierta, no hallará mas que lazos, emboscadas, precipicios. La vigilancia de Costo puede guardarla: la solicitud de Sabinela sabrá defenderla. No aprenderá el gentilismo de unos padres criados en el error. No hallará malos ejemplos que la sumerjan en el mal. El cielo destina á esta mujer para prueba de su omnipotencia: la Omnipotencia la sacará triunfante de los peligros. Los de Catalina son grandes.

(1) *Getis* 16. *cap ult.* (2) *Cirill. Cat.* 4. (3) *Sixt. Sen. Bibl. Sac.* 1. 5. (4) *Ap. Bolland.* (5) *Baron. t.* 3. *Anal.* (6) *Juigne in d. v. Cat.* (7) *Alfonso de Soria.*

A los trece años queda enteramente huérfana. ¡Qué golpe para su tiernecito corazon la muerte de lo que mas amaba en este mundo! Vos la probasteis, Señor, vos quisisteis que la grande obra de esta santa fuese enteramente vuestra. Ella no tiene sobre la tierra cosa que fije su atencion : el cielo será su objeto, su patrimonio, su herencia. Las olas se suceden unas á otras : las tempestades amenazan : la vanidad sopla : el incienso humea ; pero todo lo supera su prudencia. Ella concilia la justicia y misericordia. Como otra Abigail sabe pacificar los corazones : como otra Ester se hace amable á su pueblo. La sabiduría antecedia todos sus pasos : el estudio de las ciencias era su ocupacion favorita : sus acciones tenian siempre testigos que respondian de su conducta. Esto hacia una mujer en una edad en la que todo halaga, todo acaricia, todo tienta. Esto hacia una mujer, y esto era muy bueno que imitasen las mujeres de nuestro siglo. El Altísimo se complaceria de sus disposiciones : las llamaria para sí, así como llamó á Catalina.

¡Qué vocacion tan noble, tan divina ! El oriente la visita desde lo alto, ilumina á la que andaba entre tinieblas y oscuridades de muerte, dirige sus pasos por las sendas de la paz. Un venerable ermitaño es el instrumento de su conversion (1). El Altísimo pone en su boca un óraculo de vida. Catalina le oye. Le habla del reino eterno, de la grandeza del alma : le muestra el camino para ir el Padre, que es Jesucristo : le promete la efusion del Espíritu santo, el patrocinio de María, cuya imágen le entrega como prenda de su palabra. El triunfo de la gracia va á manifestarse en breve : el dia feliz de Catalina llega. Su espíritu medita : su memoria acuerda : su entendimiento conoce : su voluntad desea : su alma suspira por su amado : el amado se le manifiesta en una vision en los brazos de su madre cubierto el rostro, haciéndole ver que aun no era digna de él. Así lo escribe san Vicente Ferrer. Faltaba el agua de la regeneracion : el sagrado bautismo debia borrar sus culpas. Catalina lo pide, lo suplica, lo logra. ¡Iglesia santa ! cuenta como otra de tus épocas mas brillantes el dia que entró por tus puertas esta mujer. Ella será una heroína que extenderá tu gloria, vengará tus derechos, sostendrá tus intereses, defenderá tu causa, celará tu pureza. Esto hará por la gracia de aquel Dios

(1) *Pelbart. I. Serm. de Santa Catalina.*

que la eligió entre muchos pueblos para exaltacion de su nombre. ¡Qué misericordia la suya con esta hija de su amor! La llena de su espíritu: derrama sobre ella con abundancia sus celestiales carismas.

Una nueva vision la hace tan dichosa como Esteban, tan feliz como Pablo, mas favorecida que los Paduas, mas regalada que los Tolentinos, casi singular en el órden de los santos. Os hablo, señores, de aquellos celestiales desposorios de Catalina con Jesus, segun nos refiere el Cartusiano. ¡Dicha grande! Jesus coloca un anillo en el dedo de Catalina (1): Catalina coloca su corazon en Jesus. Jesus se desprende de los brazos de su Madre y pasa á los de Catalina: Catalina se desprende de todo afecto terreno y vive no mas que para Jesus. De esta mujer puede decirse con mucha propiedad, que el Señor la eligió y preeligió, que la buscó para su esposa y se constituyó su amante. Este amante en un momento se le transforma, y desde el Tabor de la gloria la conduce al Calvario de las penas. Se le manifiesta sin hermosura ni especie, llagado de pies á cabeza, coronado de espinas, exangüe, debilitado, cárdeno, hecho un varon de dolores. Hé aquí, sierva mia, lo que padecí por ti: hé aquí, esposa mia, el esposo de la sangre, camina por los senderos del dolor: ellos conducen á la tierra deseable (2). Catalina queda instruida en la vision de su amado: la Madre de misericordia le da luego lecciones saludables: le enseña la humildad, la misericordia, la fidelidad, la abstinencia, la oracion, la predicacion (3).

Esta doctrina no será en vano. Las Brígidas, las Gertrudis, las Gerónimas de Vinasco, las Catalinas de Sena, las Osanas, las Agredas, en el principio de los tiempos y en el fin de los siglos, no serán mas exactas en oir á la Madre y en cumplir lo que les dicte. Catalina lo podrá todo por corresponder á la gracia. ¿Correspondeis vosotras, señoras, á la gracia de vuestra vocacion? ¿Os esforzais á llegar al colmo de la felicidad por el camino de la penitencia? ¿Son acaso las galas, los dijes, los atavíos, la desnudez, la profanidad, lo que responde de vuestra conducta á presencia del Padre celestial? ¡Infelices! Si así

(1) *Dion. Cart. Serm. de Santa Catalina.*
(2) *Pelb. Serm. de Santa Catalina.*
(3) *San Vicente Ferrer Serm. de Santa Catalina.*

envileciéreis al sexo, perdereis el alma, vivireis en zozobra, morireis con inquietud : será vuestra herencia el llanto, el horror, el crugir de dientes. En el momento en que se acabe vuestra mortalidad perecedera, entrará vuestra eternidad desgraciada. Sed fieles á la gracia del Señor y experimentaréis las misericordias de Catalina, que os ennoblece por su vocacion y por su sangre, os ilustra por sus virtudes y sabiduría. *Mulier.*

El principio de la sabiduría es el temor del Señor : la sabiduría no entrará en un alma malévola : la sabiduría viene al alma que la invoca : sus frutos son incomparables, mucho mas preciosos que el oro y que las piedras de estima : es mas amable que la salud y que la hermosura; todo en su cotejo debe reputarse escoria. ¿Quién conoció mejor que Catalina la solidez de estas palabras? Miró como el mayor arte haber llegado á la virtud, y la ciencia de la dicha fué el estudio de su vida. Vida virtuosa, vida sábia. La virtud. En la mañana de sus dias escuchó con precaucion las palabras de los hombres : no dejó escapar su corazon entre los dulces transportes del amor : la inocencia estuvo en su alma : su rostro llevaba esculpida la modestia : renunció el fausto, la pompa, la vanidad. Su palacio tenia visos de oratorio, sus ocupaciones eran continuas, su oracion frecuente : la presencia de Dios constante : todo respiraba la perfeccion evangélica. A los adornos antiguos sustituyó un decente vestido con la librea de la humildad. La clemencia, la dulzura, la compasion, eran una corona que ceñia su cabeza : su mesa era frugal : sus palabras modestas : sus respuestas moderadas : la sumision, la obediencia la procuraban la quietud y la paz. La prudencia la antecedió : la santidad estuvo á su diestra : la ternura la predicaban sus ojos, y la discrecion llevaba el cetro como reina de sus procedimientos. Buscó la paz : mandó con cordura, fué obedecida con sumision : su bondad era el modelo de sus compañeras, de sus domésticos.

Fiel á su esposo celestial, no amaba á otro que á él. Yo soy toda para mi amado, así como mi amado es para mí. (*Cant.* II, *v.* 16.) Esto podrá decir Catalina. Sabia por la instruccion de la Virgen (1) que Jesucristo es celoso de sus esposas, y esto la hacia vivir en una continua vigilia. Pudo presentarle siempre la joya de la castidad, de aquella virtud que nos hace seme-

(1) *San Vicente Ferrer serm. de la santa.*

jantes á los ángeles, que es el mayor blason de los bienaventurados : de aquella virtud, que llevándola en vasos de barro (1), debemos guardarla con la mayor precaucion, y que se pierde con la mirada del basilisco, con el silbo de la serpiente, con el rugido del leon. Esta virtud, pues, que es la que distingue á las esposas de Jesucristo, la poseyó perfectamente Catalina, sin que la manchase jamas desde el dia de la gracia hasta su muerte. Temia á Dios, y todas sus cosas iban bien. Este temor santo era el principio fundamental de su altísima sabiduría.

La sabiduría. Este es el punto de vista en que nuestra santa aparece con todo el esplendor de su majestad. Este es el timbre que la ensalza, el blason que la distingue, lo que atrae sobre ella la aclamacion de la Grecia (2), los votos de Alejandría, la admiracion de los sabios, la confusion de los presuntuosos, las alabanzas de la iglesia (3). Los herejes elogian su sabiduría (4), los padres la celebran, los doctores la encomian. Unos la llaman filósofa, otros teóloga, estos doctora, aquellos apóstola, todos sábia universal (5) ; sábia dotada de una ciencia infusa (6); sábia siempre vencedora en sus tres principales disputas ; disputas domésticas, disputas públicas, disputas tiránicas (7).

En toda ocasion acreditaba su sabiduría celestial. Efectos de naturaleza, misterios de la gracia, arcanos de la religion, puntos de fe, materias de dogma. Catalina lo sabe, lo penetra, lo profundiza, lo enseña. Vedlo. Disputas domésticas. Disputar con una madre, superar los sentimientos naturales, romper los lazos que preparan la carne, la sangre, el interes; soltar razones concebidas en el seno del amor, fraguadas en la razon del estado, meditadas con madurez y resueltas decisivamente ; disputar así, allanar obstáculos, vencer, esto es propio de Catalina, cuando desecha las bodas que le propone Sabinela (8). Disputas públicas. Aquí, señores, es preciso renovar la memoria de los dias mas crueles y funestos para la iglesia : dias de rabia y carnaje, en que colaba á largos hilos la sangre de los cristianos por la espada idólatra ; dias en que los escogidos llegaron á temer la venida del Antecristo; dias en que era un oprobio parecer cristiano, y una afrenta la confesion de Jesu-

(1) *D. Paul.* (2) *Pelb. serm. de la santa.* (3) *Eccles. in ejus Offic.*
(4) *Menoch. t.* 2. *cent.* 5. *c.* 10. (5) *Cartus.* (6) *Baron. ann.* 307.
(7) *San Vicente Ferrer, serm. de la santa.* (8) *Idem.*

cristo. ¡Qué tiempos! ¡Qué maldades! El siglo cuarto de la iglesia presenta una data de horror; no parece sino que se escribia con caractéres de sangre. Cristianos aherrojados, vírgenes afligidas, pontífices mutilados, templos derrocados, altares destruidos, libros sagrados condenados á la hoguera, catastas, ecúleos, ruedas, peines, aspas, aceros, anfiteatros, circos, gladiatores, fieras. Estos instrumentos destructores son una emanacion furiosa del odio implacable que tienen contra el catolicismo unos hombres políticos por sistema, populares por interes, crueles por complacencia, susceptibles de todos los vicios, porque estaban dominados de todas las pasiones.

Callaré los nombres de un detestable Diocleciano, de un execrable Galerio, de un abominable Cloro, de un perverso Maximino, de un impío Severo, de un vitando Teóctenes. Póngase para siempre en olvido este catálogo de sacrílegos. Bórrense de la memoria de los hombres los verdugos de un tribuno Andres, de un Antimo obispo. Acordémonos no mas de los triunfos que proporcionaron á la fe. En Zaragoza padeció un Valerio, Optato, Lupercio, Suceso, Marcial, Urbano, Julio, Quintiliano, Publio, Fronton, Félix, Ceciliano, Evodio, Primicio, Apodemio, cuatro Saturninos, Lamberto, santa Engracia con mártires innumerables. En Gerona Félix: en Barcelona Cucufate: en Córdoba Acisclo, Zoylo, Osio: en Mérida Eulalia: en Alcalá Justo y Pastor. La persecucion era general; se extendia desde oriente á occidente; hacia estragos formidables en Nicomedia, Alejandría, Palestina, Mauritania, Iliria, Tebayda, Egipto, Libia, Galacia, España, Italia, Africa, Roma... Roma, que en solo un mes vió diez y siete mil cristianos coronados con la palma del martirio. ¡Que no tenga yo la pluma, el espíritu, la expresion de Sulpicio Severo para pintar esta tempestad deshecha! Casi todo el universo, dice este escritor, fué teñido con sangre de mártires: parecia que toda la iglesia se aceleraba para dejar la tierra y volar al cielo (1). Esta era turbulenta es la que le prepara á Catalina trabajos y felicidades, combates y victorias, peleas y triunfos, argumentos y coronas, martirio y palma.

Lo vereis. Maximino manda por su edicto (2) que todos sus vasallos vengan á ofrecer sacrificios á los dioses. La órden se

(1) *Pint. de la Igles. t. 2. sigl. 4. pat.* 39.
(2) *Baron. ad ann.* 307, *núm.* 26.

cumple. Yo leo con admiracion que por todas partes chorrea á sangre de las víctimas, que se sacrifican mas de ciento treinta bueyes, que las calles se cuajan de sacrificadores, que los templos son angostos, las plazas estrechas, los campos poco recinto; que el aire resuena con el confuso alarido de los animales, se carga la atmósfera con sus hálitos, se infecta, se corrompe. La gritería se aumenta, la confusion continúa; Catalina lo percibe, sale, corre á presencia del tirano: ve allí los ídolos adorados, olvidado el Criador, la religion profanada. ¡Gran Dios! ¡Quién podrá pintar los ardores de su celo! Hombre ciego (así le habla al emperador), no quieras precipitarte. Todos tus conatos son vanos. Adoras unos seres sin virtud, unos simulacros falsos, que tienen ojos y no ven, oidos y no oyen, lengua y no hablan. Ellos son obra de las manos de los mortales. Mira el cielo, ve los astros, admira las estrellas, observa su curso, su revolucion, su periodo; conviértete á la tierra; reflexiona sobre los elementos, las plantas, los vivientes; entra en ti, escudriña tu alma, tu corazon, tus potencias... ¡ah! ¿quién te crió? ¿quién te conserva¿ ¿quién ha de ser tu remunerador? ¿son esos leños perecederos, esos metales terrenos, esas frágiles estatuas?

No: es tu Dios, el Dios de paz, el Dios de misericordia, el Dios que quiere valerse de mi debilidad para humillar tu soberbia, como en otro tiempo se valió de una mujer para vencer á Holofernes, de unas trompetas para derribar los muros de Jericó... Catalina habla: ¡qué golpe de rayo para el emperador! Se entera de su nacimiento (1), quiere responder, no acierta (2). Sus consejeros se hallan confusos. Cúmplese el oráculo de Isaías (3): perecerá la sabiduría y entendimiento de los prudentes. Catalina hablaba á presencia del rey y no era confundida (4). La noticia se propaga: el emperador, entre confuso y perplejo, resuelve convocar los mas sabios de su imperio para que vengan á disputar con esta jóven de diez y ocho años. Si la vencen, serán premiados.

El edicto se expide; la convocatoria circula; llegan cincuenta sabios; el Altísimo prepara á su esposa un fuerte certámen; la auxilia; ella alcanzará el triunfo. Prepárase la aula imperial: se forma el teatro; las conclusiones empiezan. Venid, filósofos

(1) *San Vicente Ferrer, serm. de la santa.* (2) *San Antonin. p.* 1. *t.* 8.
(3) *Isai. c.* 29. *v.* 14. (4) *Psalm.* 181. *v.* 46.

chocarreros, venid, libertinos del siglo diez y ocho, que soñando sistemas fementidos, vivis en una vida de delirio; venid, admirad en el sexo frágil los poderes de la sabiduría, la perfeccion de la naturaleza, la eficacia de la gracia. Al oir la relacion del combate de Catalina, humillaos bajo la poderosa mano de Dios, que nos dice en la Escritura : yo perderé la sabiduría de los sabios y humillaré el penacho de los soberbios. Una jovencita disputa con los mas sabios de la Grecia y los confunde. Vos, ó Dios omnipotente, que haceis expeditas las lenguas de los infantes, pusisteis palabras de victoria en la de esta criatura. ¡Qué espectáculo! A presencia de un pueblo inmenso, Catalina sostiene la unidad de Dios contra los idólatras, la existencia de Dios contra los ateos, la divinidad contra Arrio, la humanidad contra los precursores de Nestorio, la Trinidad contra Sabelio, la existencia real en el sacramento contra los necios sacramentarios, la verdad de las profecías contra los judíos, la Encarnacion contra los fantasiastas, la Providencia contra los fatalistas. Así lo insinúa san Vicente Ferrer (1). Dichos de filósofos, sentencias de poetas, oráculos de Sibilas, testimonios profanos, todo lo emplean con esta mujer; las sectas vuelven contra los mismos sectarios, caen en el lazo que preparan, en la misma mina que disponian para la santa.

¡Qué asombro! Una mujer, remedo de los Hipólitos, Justinos, Cipríanos; émula de los Gregorios, Orígenes, Dionisios, Agustinos; tan celosa como los Ambrosios, Atanasios, Anfiloquios; tan dulce como los Crisóstomos, Bernardos, Fulgencios.... convertida en una armería científica, en una atarazana de verdad, donde el ingenio mas sublime halla un surtido de instrumentos para hacer guerra al error, hollar la herejía, pisar el aspid, pasar por encima del dragon. ¡Qué prodigio! Confúndanse, Señor, á presencia de esta mujer, todos los falsos sabedores que se glorían en sus simulacros; renuévese el instante en que la santa Marcela publicó vuestra victoria contra el demonio mudo que menciona el Evangelio; venza el jóven David al perverso Goliat; trágüese la vara de Aaron las otras varas de los Magos. Triunfe Catalina para gloria de la religion.

Sí : esto es hecho. Una mujer quebranta la cabeza á la hidra

1) *Véanse sus argumentos en san Vicente Ferrer, tit.* 3 *de sus sermones, serm. de santa Catalina.*

del error. Ya los sabios manifiestan que lo son, apartándose de las tinieblas. ¡Oh emperador! ¡si conocieses el don de Dios! Así hablan : !oh si supieses los poderes de su diestra! tú te rendirias á la fuerza de la gracia. Las máximas del Pórtico no son las del Evangelio, y todo el Areopago no confundirá la verdad. Catalina dice bien, sus palabras son irresistibles, su fuerza superior, su evidencia manifiesta, su luz clarísima... somos cristianos... confesamos á Jesucristo : dispuestos estamos á morir por su amor. Ellos pronuncian, Maximino se enfurece, da el decreto, se enciende la pira, se arman con la cruz, reciben con el martirio el bautismo, mueren, sus cuerpos quedan sin lesion. ¡Qué gloria para el catolicismo! ¡Qué blason para Catalina! Ponderadlo bien, señores. Entre los muchos que convirtió el Apóstol de las gentes, solo hallo que se haga mencion de un docto : este es Dionisio Areopagita. Convertir un hombre, es grande obra : un ignorante, es maravilla; un sabio, este es golpe magistral. Ved, pues, reducidos á la fe cincuenta sabios, y muertos por su defensa. Esto hizo una mujer que podia confesar de sí misma que era mas sábia que las que la precedieron (*Ecclesiast.* I, 16); una mujer, de quien Dios se sirvio para alumbrar á los ciegos, y para confundir la casa de Nabucodonosor; una mujer mas gloriosa por este triunfo, que Jael con el suyo contra Sísara, que Abigail y Técuitis con su consejo, que Débora y Judit con su espada; una mujer, de quien se podia asegurar como de la otra de Betulia, que no la habia semejante en sabiduría, en hermosura en toda la tierra; una mujer, que si ilustra su sexo por su virtud y sabiduría, lo decora con su martirio y su gloria. *Mulier.*

Jesucristo lo dijo : sed firmes en la batalla; permaneced fieles hasta la muerte; yo os daré la corona de la vida. Los reyes y príncipes de la tierra se conjurarán contra vosotros; en sus consejos y sinagogas os apremiarán, os maltratarán, os azotarán; no temais. No busqueis frases ni palabras para responderles, yo estaré siempre con vosotros; el Espíritu de mi Padre hablará; les llenará de confusion. El éxito ha confirmado siempre la realidad de la promesa. Catalina es buena prueba. Su celo la agita, la religion la interesa; ella se constituye su defensora, su mártir, su apóstola. La constancia, los milagros, la gloria de Catalina : ved aquí lo que forma el lustre de la iglesia, el pasmo del mundo, el decoro de su sexo.

Constancia de Catalina. Tú la pruebas, Maximino. Sí. El emperador siente toda la fuerza de una pasion por esta hermosísima criatura. El amor le inspira el lenguaje mas patético. Sus palabras son el idioma de su corazon, de un corazon que ama tiernamente á un prodigio de beldad. Serás feliz; ámame; quiérete á tí misma; poseerás mis riquezas, mi imperio, mi persona; nadie te precederá en lo vasto de mi dominacion. Oye la voz, no de un tirano, sino de una víctima de tu hermosura; eres poderosa para mí, y entre mi gloria y tu dicha no media mas que tu voluntad. Confiesa los dioses; serás diosa de la tierra.... Expresiones seductoras, no quebrantaréis la constancia de esta vírgen; ella diria con Job : yo jamas me apartaré de mi inocencia. Soy esposa de Jesucristo. ¡Qué estallido tan formidable! Al nombre de Jesucristo, á este nombre santo, augusto, respetable, ¡qué mudanza! El cordero se transforma en un leon : ya no es un amante el que habla, es una furia del infierno, que no piensa mas que en vengarse. En el acceso fogoso de su ira Maximino habla, pronuncia sentencia, manda que se azote á esta mujer.

La ejecucion sigue luego al bárbaro precepto. Mujeres mundanas, que os adornais en el mundo para despojaros algun dia en los abismos, mirad el ejemplo que os da á todas Catalina. Ved á una jovencita delicada circuída de sayones malditos, que la despojan de sus vestidos (1), y queda con una desnudez afrentosa á presencia de un populacho insolente. Nervios de bueyes se emplean como mas duros. Se empuña el corbacho; el aire resuena; la tierra se estremece con los golpes. El tierno cuerpo se rasga; las venas se rompen; hilos de sangre que caen, forman regueros en el suelo; la carne cárdena, los huesos contusos... ah! ya dura dos horas el tormento : los mismos verdugos lloran (2). ¡Lágrimas crueles! Vosotras no salís sino para dar mas lugar á la cólera. Se muda de azote, se sustituyen varas con globitos de plomo. Catalina bendice á su Dios. La malicia no se apura. Planchas de hierro ardiente se aplican á su mortificada carne : ya sale el humo, y la quemazon deja llagas horrorosas... Ni esto basta. Garfios puntiagudos se hincan profundamente (3) : arrancan la carne, descubren los huesos, se agota la inhumanidad, pero no la constancia de esta heroina.

(1) *San Antonin, p.* 1. *tit.* 8. (2) *Metaphr. al dia* 25 *de noviembre.*
(3) *Cart. serm. de la santa.*

De repente es trasladada á un oscuro calabozo. Ángeles de paz, que asombrados de su fortaleza la recreabais en aquel lugar de horror, decidnos lo que pasaba en su alma (1). Dichosa emperatriz Faustina, afortunado Porfirio (2), que la visteis entre la hediondez del ergástulo, sin comer en once dias sino la comida celestial que le traían los ángeles (3); que oisteis de su boca vuestro futuro martirio; vosotros seriais unos panegiristas elocuentes que publicariais toda la grandeza de su espíritu; espíritu que pasma de nuevo á Maximino, cuando la manda comparecer ante sí para probar su constancia. Nuevo combate, nueva victoria. El tirano insiste en su temeridad; Catalina en su confesion. Soy cristiana, soy vírgen, soy esposa de Jesucristo.

¡Qué confesion tan ingenua! Ella es seguida de una órden extraña, inaudita, singular. Apúrese la fuerza; discúrrase un tormento nuevo para acabar con esta criatura extraordinaria. Maximino habla; sus consejeros inventan una máquina infernal (4). Cuatro ruedas sembradas de afilados cuchillos, agudas leznas, aceradas navajas, se disponen con un órden opuesto, en sentir de algunos autores; unas están dentro de otras; la rueda dentro de la rueda, por hablar como Ezequiel; al movimiento que le preste un ingenioso resorte, el cuerpo de Catalina se hará menudos pedazos. Se le presenta esta diabólica invencion; Maximino habla: Catalina le contradice; el prefecto increpa severamente: Catalina resiste; el presidente ofrece ídolos: Catalina los despedaza; el tirano brama: Catalina no teme; el impío expide decretos bárbaros: Catalina los recibe con gusto. Maximino manda que se ponga en movimiento la rueda. ¡Santo Dios! no desampareis esta tierna criatura. Ya empieza su preparacion: luego cortarán, rajarán, despedazarán... ¡Pobre Catalina!... ¿Pero qué? La santa ora; los milagros empiezan; las ruedas se desencadenan, se desencajan, se hacen astillas, retroceden con furia contra los gentiles; mueren cuatro mil de ellos (5), dice el Cartusiano. Aquí se verifica la sentencia del Espíritu santo: rómpese la rueda, y reduce á polvo el lugar de su nacimiento (6). Catalina sale triunfante. Faustina, Porfirio, doscientos soldados movidos del milagro confiesan la fe (7), dan la vida por el Señor. Irrítase

(1) *San Vicente Ferrer.* (2) *Teatr. vit. human.* (3) *Idem.*
(4) *Cartusian. idem.* (5) *Cartus. in hist. Sanctæ.* (6) *Eccles.* 12. *v.* 6.
(7) *Metaphr. al dia* 25 *de noviembre.*

mas el ánimo de Maximino y decreta que la corten la cabeza.

Señor, vos escribisteis en el libro eterno los dias de Catalina; su dia llega; el año diez y ocho de su edad será el último de su vida. Vos la protegereis como lo habeis hecho hasta ahora. Sí, oyentes: Catalina confía en su Dios, y camina gustosa hasta el suplicio, con una soga al cuello, atadas las manos, tirada por ministros, desnuda, llagada, corre las calles de Alejandría; el pregonero publica la sentencia; un numeroso concurso la sigue; las gentes lloran; la santa las consuela. Llegan al lugar del suplicio. Aquí se regocija su alma en el Señor; le pide asista á los devotos que la invocaren en la vida y en la muerte; oye una voz celestial: ven, esposa mia, el cielo está abierto, tu ruego está concedido (1). Cumplióse ya el deseo de nuestra santa; va á ver rotas las cadenas de su mortalidad. Un soldado empuña el acero, descarga el golpe, consuma el crímen, corta aquella preciosa cabeza, digna de la diadema del universo. Los milagros continúan. De la herida corre leche con abundancia (2): los ángeles bajan, recogen este licor, trasladan su cuerpo al Sinaí, acompañan su alma á la patria. Sube con triunfo; las puertas eternales se abren; los coros divinos entonan; el ejército de mártires se alegra; los doctores la pretenden en su clase; las vírgenes la numeran en su catálogo; los apóstoles la asocian á su compañía; el Padre eterno la bendice; el Hijo unigénito la aplaude; el Espíritu paráclito la celebra; toda la Trinidad la corona (3). Esto sucede en el cielo, y en la tierra se ve su cuerpo lleno de gloria. Su sepulcro es glorioso. Los ángeles son los que conducen su cadáver, lo colocan en el Sinaí (4). Allí se advierten maravillas estupendas. La veneracion con que miran las reliquias de esta santa los dominicos de Barcelona y Montalvan, la parroquial de Murcia, de Alcira, San Salvador de Ambéres, Italia, Venecia, Praga, Holanda, Roan, España, esto prueba cuán aceptable es su memoria. Memoria de Catalina; memoria gloriosa en los fastos de la religion, en los anales de la iglesia, en la historia del catolicismo. Todos se esmeran en su elogio, en su culto, en su devocion. Padres: un Crisóstomo, un Agustino, un Ambrosio. Doctores: un Florencia, un Aquino, que asegura (5) que excedió á la prudente Abigail en la ética, á Té-

(1) *Pelb. Serm. de santa Catalina.* (2) *Eccles. in Offic. pr.*
(3) *Pone. Cant.* 12. *f.* 159. (4) *Eccles. in orat. Offic.*
(5) *D. Thom. trat.* 16, *fol.* 42, *cap.* 2, *serm. de santa Catalina.*

cuitis en la física, á Débora en la lógica. Santos : un Bertran, un Ferrer, un Domingo, un Francisco. Universidades : las mas célebres (1) la miran como abogada y patrona ; en muchas el sello que se pone en el testimonio de los grados, es el signo de santa Catalina (2). Religiones : la esclarecida de Predicadores (3), la ilustre de san Agustin, la sagrada de Trinitarios, la provincia de Franciscos descalzos de Valencia, unas la veneran como patrona, otras la honran con una celebridad especial. Catalina, como que se merece estos obsequios por su beneficencia con los hombres.

Apariciones : santa Ludgardis es visitada por santa Catalina en su monasterio de Longres, y le promete de parte de Dios el don de la perseverancia (4) ; en el convento de *Como* se le aparece á san Pedro Mártir, y le consuela (5). En el nuevo reino de Granada se le aparece á san Luis Bertran (6). Si los dominicos saben el orígen de la imágen de santo Domingo en Soriano, lo deben á una aparicion de santa Catalina (7). Santa Gertrudis la vió en una vision sublimada en un trono de gloria, con los cincuenta sabios convertidos (8), que le servian de retaguardia. Todas estas maravillas mueven dulcemente los ánimos para que en todas partes se dediquen templos, se construyan capillas, se edifiquen oratorios en su honor. Esto movió sin duda el real ánimo de la reina doña Catalina de Aragon, mujer del rey don Martin, para fundar en Valencia la suntuosa parroquia de la gloriosa santa Catalina vírgen y mártir (9), de las mas antiguas de la ciudad, y la primera que se vió concluida (10).

Sí, amados oyentes ; la que nacida en el gentilismo fué dotada de entendimiento para conocer la verdad, fué una mujer. La que abjuró el error y confesó á Jesucristo, fué una mujer. La filósofa, teóloga, doctora, aritmética, geómetra, música, fué una mujer. La que pasmó el Asia, África, Europa : la que fué oráculo de Roma, de Alejandría, fué una mujer. La que disputó en pública palestra con los cincuenta mas sabios del

(1) *Navarr. in Man. capit.* 9 *in fin.*
(2) *Nicol. Serr. quest.* 2 *de santa Catalina.* (3) *Lopez. cap.* 83.
(4) *Ribaden. dia* 16 *de junio.* (5) *Idem.* 29 *de abril.*
(6) *Seraf. Hist. de Sto. Domingo, p.* 31. (7) *Boland. dia* 30 *de abril.*
(8) *Revel.* 2. *Gertrud. l.* 4. *c.* 57. *fol.* 279.
(9) *Escolano, I. Década de la Hist. de Valenc. P.* 1. *l.* 5. *col.* 919.
(10) *Idem.*

mundo y los venció, fué una mujer. La que superó astucias, caricias, amenazas, azotes, plomadas, ruedas, fué una mujer. La que triunfa coronada en el cielo, es una mujer. La que es el auxilio comun en los mayores conflictos, es una mujer. Esta mujer es Catalina. Catalina, la gloria, el lustre y decoro de su sexo. Ved pues compendiado su elogio en esta sola palabra : la mujer buena : *O mulier!*

Señor! vos fortalecisteis á Catalina con el poder de vuestra diestra : vos os complacereis con los obsequios que la tributamos, alabando en todo las maravillas de vuestra gracia.

Gran Dios! recibid estos homenajes consagrados á vuestra Omnipotencia, que tanto brilla en vuestra esposa. Santificad por su intercesion nuestras almas; dadnos vuestra paz, concedednos vuestra gloria. Amen.

SERMON

DE SANTA CATALINA DE BOLONIA.

(DE TRENTO.)

Vidimus gloriam ejus.
Vimos la gloria de él.
S. Juan, c. 1. v. 14.

Intento, señores mios, con las citadas palabras echar el contrapunto á la voz armoniosa de aquel angélico citarista, que fué el primero que al arpa de oro cantó las alabanzas é hizo el panegírico de aquella santa, cuya anual fiesta celebramos hoy con la mayor solemnidad; quiero decir, de vuestra santa y gloriosísima Catalina. Debeis traer á la memoria aquel famoso éxtasis ó vision por la que reducida á una enfermedad mortal, privada improvisamente de sus sentidos y arrebatada en espíritu, fué conducida á un espacioso y hermosísimo prado, adornado y brillante por todas partes de bellezas inmortales é imperceptibles para la mente humana. En medio de la hermosa y deliciosa campaña, en un trono mucho mas brillante que el sol y con un aspecto verdaderamente de príncipe afable y al mismo tiempo excelso, estaba sentado el mismo Dios, rodeándole y acompañándole en pié una multitud infinita de santos y ángeles distribuidos en innumerables escuadrones; cuando hé aquí que apartándose de su escuadron uno de los ángeles, se salió á cierto espacio que habia desocupado en medio, se paró delante del solio mismo del príncipe, y tomando la sonora arpa comenzó tocándola con la mayor dulzura á cantar y á repetir muchas veces aquel divino versículo, *su gloria se verá en tí* (1). Oyendo la santa tan suavísimo canto, no cabia en sí de

(1) *Gloria ejus in te videbitur. Is. c. 60. v. 2.*

contento y le parecia que ya era bienaventurada en el cielo, cuando el Señor mismo alargando el brazo derecho desde su brillantísimo trono, la tomó de la mano y sosteniéndola dijo: Escucha atentamente, hija, lo que dice este canto y hazte cargo de ello, pues se habla de tí. Despues de esto desapareció la vision. No me detendré á hablaros del consuelo y ánimo que dió ella á la santa, la cual sanó inmediatamente y estuvo extática muchos dias contemplando el canto y las voces que habia oido, y solamente me pongo á considerar el motete cantado por el ángel, *su gloria se verá en tí*, al cual contrapongo este otro, *hemos visto su gloria* (1). El Espíritu celestial habló de una gloria que se veria en Catalina, y yo hablo de una gloria que en Catalina se ha visto ya, y es aquella gloria misma del Señor, por la cual cantó, *su gloria se verá en tí*. Hemos visto su gloria, porque ya se entienda de la gloria del alma, ya se entienda de la del cuerpo, una y otra se manifestaron en ella, habiendo tenido Catalina un ensayo anticipado de ambas. Así es, oyentes mios. Ó se entiende de la primera, y digo que el alma de Catalina aun estando viva participó de un ensayo de aquella gloria que no se debia á Catalina hasta despues de muerta, lo cual será el primer punto: ó se entiende de la segunda y digo que al cuerpo de Catalina ya difunta, se anticipó un ensayo de aquella gloria que no se debia á Catalina sino resucitada, lo cual será el segundo. Vos, ó amada santa, que aprendisteis de un ángel á tocar el arpa, enseñadme á mí ahora á celebrar dignamente vuestros méritos y vuestras virtudes, y daré principio.

No quisiera, señores, que os engañaseis ahora y que por asegurar yo que fué anticipado á Catalina aun estando viva un ensayo de aquella gloria que no se la debia hasta despues de muerta, creyeseis que estaria exenta de los pesares, afanes y contiendas de esta nuestra infelicísima vida, de suerte que sin pasar por aquel camino de las tribulaciones que aquí en la tierra conduce las almas á la santidad, se la hubiese hecho de una vez partícipe de todo aquel gozo que constituye bienaventuradas las almas en el cielo. Por el contrario, así como lo que formó el carácter del santo de los santos Jesucristo, fué la admirable union de comprensor que gozaba de su gloria en su pa-

(1) *Vidimus gloriam ejus. Joan. c. 1. v. 14.*

tria y de viador que padecia nuestras penas en este destierro; así á proporcion la misma admirable union es la que forma el carácter de los demas santos y que formó tambien el carácter de Catalina, sin lo cual hubiera podido ser muy favorecida, pero no muy santa, hubiera podido ser muy rica de dones, pero no de virtudes. Así no permita Dios que vosotros penseis jamas tal cosa. Mas parémonos ántes de pasar de aquí, porque me parece que fijando el Señor la vista en ella y registrando hasta lo mas íntimo de su alma, la dice con las palabras del esposo de los sagrados cantares: ¡O cuán bella eres á mis ojos! Eres una y mil veces bella: bella por lo que muestra el semblante y bella por lo que oculta el corazon (1).

En efecto un jardin alegre y ameno de innumerables y hermosísimas flores de heroicas y singulares virtudes, hubiera podido llamarse aquella alma venturosa; pero era inaccesible por todas partes á causa de tenerlo ella muy bien cerrado (2). Muy bien cerrado digo, segun la exposicion de los santos padres Gerónimo y Bernardo, con una profunda humildad que no dejaba transpirarse nada, y con una firme confianza en Dios que á Dios solamente queria manifestar, prometiéndoselo todo de él solo. Y ¡ó cuán grande era su confianza! Lo era tanto, que aunque la faltaban todos los subsidios humanos, aunque no tenia solar para construir su monasterio, ni auxilios para edificarlo, ni para mantenerlo, aunque se veía en peligro de cegar ó de enfermar por obedecer, no perdia sus esperanzas, y por el contrario así como el viento sirve al fuego para encenderlo mucho mas, así la servian á ella todas las contrariedades para cobrar mucho mayores ánimos. Pues ¿y su humildad? Yo no tendria seguramente expresiones para explicarla, si ella misma no me las hubiese dado. Escuchad cómo hablaba la santa de sí misma. ¡O desdichada de mí que soy un abominable receptáculo de todos los vicios! Yo soy soberbia, arrogante, murmuradora y envidiosa: yo sirvo de impedimento y de obstáculo para que el mundo goce todo el bien de que está privado, y al mismo tiempo soy la causa de todo el mal que lo inunda. ¿Qué lugar se encontrará para mí ó en el cielo, ó en la tierra, ó en los abis-

(1) *Quam pulchra es, amica mea, quam pulchra es... absque eo, quod intrinsecus latet. Cant. 4. 1.*

(2) *Hortus conclusus soror mea... hortus conclusus. Ibid. v. 12.*

mos? No en el cielo que yo no debo contamínar ni aun con mis miradas, no en la tierra que es un teatro de la divina gloria, ni tampoco en el infierno, porque aquí en cualquiera parte por oscura y tenebrosa que sea, se exalta la justicia de Dios. En mí, pues, es necesario que yo me quede confundiéndome en mí misma, puesto que no hay lugar mas hediondo y digno de mí que yo misma. Considerad ahora, si podria tener nadie entrada en aquel huertecito tan celosamente custodiado y cerrado. Pues bien, exclama el esposo, una vez que nadie puede tener noticia de las riquezas de este huerto, ni ver, ni observar con sus propios ojos la hermosura ni abundancia de sus flores y frutos, espárzase á lo ménos por todo al rededor del impenetrable recinto y fuera de la cerca la fragrancia y el olor. Parta del helado septentrion un furioso viento que agitando y meneando todas las plantas de tan rico y bello jardin, haga correr ya rarefacto con mi templado austro una aura divina que lleve hasta muy léjos en sus veloces alas el suave hálito de sus olorosísimos aromas. Levántate, cierzo, y ven austro, se dice en los cantares: sopla en mi huerto y corran sus aromas; (1) esto es, como lo interpretan los santos Ambrosio y Gregorio Niceno, levántese la tribulacion, levántese la tentacion, levántese por dentro la tristeza del corazon y por fuera la persecucion del mundo y del demonio haciendo resaltar la santidad. Levántate, pues, cierzo, y pruebe ella los esfuerzos de Satanas, dirigidos á separar la compañía que ha de servir de basa para la nueva ereccion del convento en Ferrara: oígalo muchas veces por la noche dar vueltas y grandes alaridos como un mastin rabioso ó un leon hambriento, y vea finalmente con extremado dolor disolverse y separarse por los fraudes de él la devota compañía. Levántate, cierzo, y vengan á oprimirla y atormentarla terribles tentaciones de horrorosas culpas, como de arrogancia, de murmuracion, de maldicion y de infidelidad. No la dejen estas ni de dia ni de noche en el espacio de cinco años enteros, y tanto mas se aumenten su vigor y fortaleza, cuanto mas procure rechazarlas con asistir á la santa misa y con frecuentar los divinos sacramentos. Transfórmese en ángel de luz el mismo astuto y diabólico tentador, y apareciéndose á

(1) *Surge Aquilo, et veni Auster, perfla hortum meum, et fluant aromata illius. Cant. 4. v.* 16.

cia, ya en figura de la Vírgen, ya en figura de Jesus crucificado, procure con el pretexto de conducirla á la mayor perfeccion precipitarla en la última desesperacion. Levántate, cierzo, y por muchísimos años en la separacion de Dios su sumo bien, en la ceguedad de su entendimiento, en la estupidez del corazon, y en la afliccion y desconsuelo de toda el alma, experimente los tormentos y agonías de un alma dejada y abandonada. Levánte, cierzo; pero al mismo tiempo corran los aromas, y en la grande tolerancia de tantos males y en el ejercicio de una resignacion la mas sumisa, de una humildad la mas profunda y de una caridad la mas fervorosa, aparezcan el valor invicto, la firme constancia, la fuerza y la virtud prodigiosa de un alma aunque muy desconsolada. Y entre tanto ¿cuántas veces exclamaria Catalina en su corazon con el apóstol Pablo: ¿quién me libertará algun dia de este cuerpo mortal, para que desenredado mi espíritu de los lazos terrenos, vuele al seno de su Dios (1)? Y á la verdad yo creo que la santa pensaria haber llegado la hora, cuando habiendo descendido del paraíso algunos escuadrones de ángeles, la cantaron al oido aquel divino trisagio Santo, Santo, Santo (2) con tan dulce melodía que su alma estaba ya casi dispuesta para volar al cielo. Pero no, Catalina, no han venido para conducirte al cielo, sino mas bien para traerte el cielo á tí misma. Y ¡ó qué recíproco comercio empezó á haber entónces entre ella y el paraíso! Ya se han abierto las puertas de esta santa ciudad, y desde arriba hasta la pobre celda de Catalina veo ir y volver, bajar y subir los ciudadanos del cielo. Quien viene á ser su maestro, como un Tomas Canturiense, quien se la presenta en traje de peregrino, como José el esposo de María, y quien se ofrece á su vista rodeado de gloria, como un Juan Fosignano. Aunque esté ocupada como las compañeras en los negocios y haciendas domésticas del monasterio, y aunque hable, discurra y trabaje con ellas, vendrá en semejantes circunstancias á saludarla con mucha familiaridad María santísima y á honrarla con su visitas, por las cuales podrá decir siempre con verdad que aun habitando aquí en la tierra ha gozado de su conversacion allá arriba en el cielo (3).

(1) *¿Quis me liberavit de corpore mortis hujus? Rom. c. 7. v. 24.*
(2) *Sanctus, Sanctus, Sanctus. Apoc. 4. etc.*
(3) *Nostra conversatio in cœlis est. Philip. c. 3. v. 20.*

Así pues, ¿cuántas ilustraciones celestiales, cuántos elevadísimos conocimientos, cuántas portentosas apariciones y cuántas divinas revelaciones no llovieron desde el cielo en aquella alma venturosa? No hablo de aquellas por las que estando en Ferrara fué arrebatada maravillosamente en espíritu, para ver ya las solemnísimas fiestas que se hacian en Roma por la canonizacion de san Bernardino de Sena, ya las lastimosas derrotas que padecian los ejércitos de los Griegos por las armas de los Bárbaros allá en el oriente, y ya las insignes victorias que vosotros, magnánimos Boloñeses, conseguiais en el occidente; sino de aquellas por las que fué ensalzada con un sublime y clarísimo conocimiento de la inefable y divina Esencia y de los misterios de nuestra Religion. ¿Qué misterio enteramente impenetrable para el entendimiento humano, y solamente digno de adoracion para nuestra fe, no es el misterio de la Eucaristía? Pues sin embargo Catalina llegó á comprenderlo con tal claridad, que no solo penetró cómo estaba en aquel pan ázimo y sacramental su Dios, á quien oyó hablar verdaderamente desde la sagrada hostia; sino que tambien comulgando y recibiéndolo gustó sensiblemente del inexplicable y celestial sabor de la purísima é inmaculada sangre del divino Cordero. Misterio imperceptible es el de la union hipostática de las dos naturalezas divina y humana hecha en la Encarnacion del Verbo, y no obstante Catalina comprendió bien y distintamente cómo se efectuó esto por obra del Espíritu santo en el seno de una vírgen. Y ¿qué misterio hay mas incomprensible y mas oscuro para los mortales viadores que el de la augustísima Trinidad? Solamente la eterna é infinita lumbre de gloria que debe romper en los ojos del alma todos los velos que ha puesto sobre ella la fe, y explicar asimismo todos los enigmas, puede bastantemente aclararlo é ilustrarlo; pero con todo Catalina siempre que queria y sin tener que valerse de ningunos medios, como protestó ella misma (1), iba en derechura, por decirlo así, á embestirle, y le veía y comprendia. No me preguntéis cómo ni cuánto, pues yo no lo sé. Aunque sean verdaderas estas palabras, no me verá el hombre y vivirá (2), Catalina pudo dejar escrito de sí: yo lo ví; y si otros santos no encontrando en ninguno de los objetos que les presentan el cielo y la tierra, por hermosos y brillantes que

(1) *Sine ullo medio.* (2) *Non videbit me homo, et vivet. Exod.* c.33. v.20.

sean, cosa que pueda detener su vista, exclaman con el Profeta : contigo habló mi corazon, mi rostro te buscó y tu rostro buscaré, Señor (1); esto es: es bello el sol, pero no es Dios, son bellas las estrellas, pero no son Dios, es bella tambien la flor del campo, es bello lo verde de los collados y es bello lo azul del cielo, pero no son Dios : vuestro semblante, Señor, vuestro rostro descubierto es lo que únicamente quiero ver : Catalina pudo añadir : yo lo ví y lo comprendí por la gracia de Dios. Considerad ahora cuántas serian las revelaciones, y cuántos los éxtasis y raptos con que fué ensalzada aquella alma. Fueron tantos que pudo escribir un volúmen entero de ellos, y al mismo tiempo fueron tales y tan singulares, que si hubiese querido, por decirlo así, condescender á sus convites, hubiera sido mas el tiempo que hubiera estado enajenada y fuera de sí que el que hubiera estado, como ella decia, con otras y consigo.

Inferid vosotros de esto cuál seria en un alma que conocia y entendia tanto de Dios, el amor á Dios. Pero ahora quisiera yo para explicarlo ó la lengua de Catalina, ó el corazon de algun serafin, que pudiendo comprender en la vision intuitiva de Dios los esfuerzos, estaba por decir, intuitivos de Catalina, puede comprender en el amor el amor. Lo que ella pudo decir con toda verdad, fué que no tuvo nunca otra mira mas que la de hacer la voluntad de Dios y la de amarle con un perfectísimo amor, que todo su cuidado y todos sus esfuerzos se dirigian á esto, y que nada la importaba ser despreciada y aborrecida de todo el mundo con tal que hubiese amado á Dios. De aquí provenia el hallarse tan transformada felizmente en Dios, que Dios habia llegado á ser todas las cosas de ella. Dios era su delicia, Dios su cuidado, Dios su pensamiento, y así no sabia hablar mas que de Dios, ni por otros mas que por Dios, ni con otros mas que con Dios. Dios respiraba en todas sus acciones, á Dios buscaban todas sus miradas y á Dios se dirigian todos sus suspiros. En una palabra, todo lo que se traslucia en Catalina era Dios, porque Catalina no vivia ó no se alimentaba mas que de Dios. Mi vida es mi Jesucrito, no cesaba de decir, mi vida es mi Jesucristo. Y ¿no es esta aquella amorosa transformacion que hace bienaventurados á los bienaventurados en el cielo? ¿No es esto lo

(1) *Tibi dixit cor meum, exquisivit te facies mea : faciem tuam Domine requiram Ps.* 26. *v.* 8.

mismo que dijó aquel hombre que fué arrebatado al tercer cielo, despues de haber sido arrebatado? Unid, oyentes mios, en un mismo concierto estas dos almas que harán muy bella harmonía: de una parte Pablo y de la otra Catalina. Oid cuán acordes van. Vivo, canta Pablo, mas no vivo, pues vive Cristo en mí (1). Mi vida es mi Jesucristo (2), responde Catalina, y ambos vienen á recaer en una misma nota, y es que la vida con que subsisten, no es aquella vida con que subsisten los demas, porque á aquella alma por la cual viven los demas, se ha sustituido en cierto modo Cristo, del cual solamente saben vivir ó alimentarse (3). En esta suposicion no será de admirar lo que por otra parte causó á todos tanto asombro; es á saber, que Catalina estando todavía en mantillas pudiese pasar dos y tres dias enteros privada de la leche, sin derramar por esta causa ni una lágrima, sin dar ni un grito ni aun un gemido. Esto era á mi entender, porque desde entónces comenzaba ella á vivir de aquella vida que no de un alimento terreno y material, sino tan solo de Dios se nutre y se sustenta.

Mas para haceros ver, amados fieles, que fué anticipado al alma de Catalina aun siendo viadora un ensayo de aquella gloria que no debia gozar hasta que hubiese muerto y fuera bienaventurada en el cielo, no he apuntado todavía lo mas ni recordado lo mejor. Sombras sagradas y venerables de aquella venturosísima noche en que despuntó y apareció al mundo cubierto con la nube de su humanidad el divino Sol de justicia, en vano procurais ocultarnos con vuestra silenciosa oscuridad, lo que ya nos manifiesta y pone á la vista la brillantísima y copiosa lluvia de luz, que inunda el aire y trae aquí un nuevo dia. Por aquel camino de luz veo bajar del paraíso una infinita multitud de ángeles y á la misma reina de los ángeles, llevando en sus brazos á su amabilísimo y divino niño cual le parió en tal noche. Ah, Catalina ¿dónde estas? Id pronto á llamarla á su celda, adonde tal vez se habrá retirado á esta hora con las demas á descansar. Mas no está. Habiendo obtenido permiso de la superiora para pasar aquella noche en el coro en oracion ¡cómo está allí derritiéndose en la contemplacion de los dulcísimos misterios que la recuerda tan grande solemnidad! Cuán ardien-

(1) *Vivo autem, jam non ego, vivit verò in me Christus. Gal. II.* 20.
(2) *Vita mea Christus meus.* (3) *Vivo autem, etc. Vita mea, etc.*

tes suspiros exhala de su apasionado corazon! Y ¿quién sabe si no suspiraba ella entónces por lo que suspiraba la esposa de los sagrados cantares, cuando decia: quién te me dará á tí mamando los pechos de mi madre para que te bese (1)? Amado Jesus y bien mio, ¿qué cosa tan dulce y agradable hubiera sido veros pequeño niño en la cueva de Belen, cuando tan tierno y lindo mamabais de los pechos de María su pura leche? ¡O si me hubiera yo hallado allí entónces! ¿Quién me hubiera estorbado que os tomase siquiera una vez en mis brazos y que os diese un beso en el rostro? Mas sosiégate, Catalina, tranquilízate que justamente por tí se ha puesto en movimiento, y á tí te busca y á tí se dirige la brillante y celestial comitiva. Hela aquí ya cerca. La oscuridad y el horror de la noche han desaparecido. Haced lugar, ángeles. Mira, Catalina, el niño por quien suspiras en los brazos de María, la cual se encamina y se acerca á tí. Alarga los brazos. ¿Estás ya contenta? Ya le tienes en tu poder: con él te dejo. Tú, templo santo, y vosotras, dichosas paredes, que os convertisteis aquella noche en un cielo y fuisteis testigos de tan gran prodigio, nos direis lo demas: nos direis cómo se derretia aquel alma con su amada prenda, cómo la estrechaba y acariciaba, qué palabras le decia, cuantos besos la dió, cuantas veces acercó su cara á aquel delicado rostro, y en fin cómo la tenia puesta sobre él y gozaba de esta dicha. Si la sagrada esposa despues de haber pedido con muchas instancias á su amado que la mostrase su semblante (2), habiendo llegado por fin á lograrlo, casi fuera de sí misma decia: mi querido para mí y yo para él: le así y no le dejaré (3), ¿qué deberemos pensar nosotros que diria entónces Catalina? A mí me basta poder todavía correr tras de aquel delicadísimo y celestial olor, y tras de aquella fragrancia de paraíso que habiendo desaparecido la estupenda vision, exhalaba Catalina perfumando todo el ambiente del sagrado recinto: me basta poder observar todavía en su semblante moreno cándida y como rociada con nieve aquella parte que tocaron y sobre la cual estuvieron las carnes purísimas de Jesus. Esto me basta para convencerme cada vez mas de que Catalina aun siendo viadora

(1) *¿Quis mihi det te... sugentem ubera matris meæ... deosculer te? Cant.* 8. *v.* 1. (2) *Ostende mihi faciem tuam. Ibid.* 2. *v.* 14.

(3) *Dilectus meus mihi, et ego illi. Ibid. v.* 16. *Tenui eum: nec dimittam. Ibid.* 3. *v.* 4.

disfrutó anticipadamente un ensayo de la gloria que tan solo despues de su muerte habia de gozar en el cielo.

Mas si todas estas distinciones y todos estos favores se concedieron á aquella alma que ya ha partido de este mundo y volado á los brazos de su divino y amabilísimo esposo? qué distinciones y favores no se han concedido á sus sagradas reliquias y á su dichoso cuerpo que es lo único que permanece entre nosotros? Bastante, señores mios, os dicen vuestros ojos. No es menester que yo me fatigue mucho para persuadiros á que le fué anticipado un ensayo de aquella gloria que únicamente habia de gozar despues de la resurreccion. Miradlo ahora despues de trescientos años todavía tan entero, tan fresco y tan perfecto como en el tiempo que lo informaba la bendita alma de Catalina. Creía la muerte, como yo me figuro, tenerle ya en su poder despues de haberle dado el golpe fatal con que le quitó la vida; y mucho mas lo creía habiéndolo visto expuesto á los rayos del sol y á las lluvias en el cementerio comun, donde hacia tan grande estrago en los demas cadáveres; y así ya se disponia para hacer tambien contra él las acostumbradas tentativas. Por una parte no estaba aquel venerable cuerpo defendido de su furor ni en un arca bien custodiada y cerrada, ó de mármol ó de metal, ni con preciosos y preservativos bálsamos; y por otra parte sabemos cuán grande derecho y jurisdiccion se lisonjea de tener igualmente sobre todos, no estando exentos de la ley ordinaria ni aun los santos. Apénas los tiene bajo su dominio en un sepulcro, cuando como un implacable tirano, segun se dice en Job, se pone de piés sobre ellos, los aprieta, los pisotea y los desmenuza, por manera que no hacemos poco muchas veces, si logramos sustraer de debajo de sus soberbios piés alguna pequeña reliquia de hueso apolillado y corrompido, para colocarla en piezas de oro ó de cristal y fomentar nuestra devocion. Unicamente tendrá el cuerpo el privilegio de no estar sujeto á su imperio despues de la resurreccion. Mas sin embargo al glorioso cuerpo de Catalina se le ha concedido siempre semejante distincion. Venga la muerte y observe, si puede notar en él algun vestigio de su poder y de su crueldad, si ha podido causar ni aun la menor lesion en aquellos miembros intactos, ni aun robarle un solo cabello: venga y mírelo no como los demas cadáveres incorruptos de otros santos, sino levantado sosteniéndose por sí mismo y sentado en un trono, de

donde parece que la dice siempre insultándola : no te huelgues, enemiga mia, sobre mí, porque he caído, pues me levantaré cuando esté sentado en tinieblas (1). ¿Cuál es, muerte, tu victoria (2)? Pero lo que no pudo hacer la muerte lo hizo en una pequeña parte el indiscreto aunque amoroso apresuramiento, ó la falta de reflexion de aquellas religiosas y hermanas suyas, á quienes se encomendó el cuidado de enterrarle, las cuales no supieron hacerle tan bien este servicio, que no hiriesen parte del rostro; pero ademas del desagrado que mostró la santa misma con arrojar de improviso sangre viva y caliente de sus llagas, fué una maravilla ver como las heridas se cicatrizaron por sí inmediatamente, y como ella misma con sus propias manos se compuso el semblante y le restituyó á su primer estado, importándola mucho al parecer que en ningun modo quedase imperfecta obra tan bella y admirable del poder divino.

Mas no es este el único ensayo que participó su venerable cuerpo de aquella gloria que ha de tener despues de la resurreccion, porque si entónces ha de estar dotado de una velocísima agilidad ¿está por ventura ahora privado de movimiento? ¿Por qué se conserva todavía tan blando, tan carnoso y tan flexible? Y ¿quién ha puesto á Catalina en aquella magnífica silla en que se halla al presente? ¿No fué ella misma la que con asombro de todas sus hermanas bajándose poco á poco se acomodó allí con tanta majestad? ¿No fué igualmente ella misma la que llevada á presencia del adorable sacramento de la Eucaristía se levantó por sí, inclinó tres veces la cabeza y lo adoró con la mayor reverencia? Si entónces será rodeada de una infinita claridad y adornada con una incomparable belleza, tambien ahora se la ha visto algunas veces con brillantes resplandores y coronada de resplandecientes estrellas, mostrándose de repente tan singular hermosura en su rostro, que la hubierais creido viva, si estando viva hubiese sido tan bella. Es verdad que ahora parece que ha perdido algun tanto de su antigua belleza y que mas bien tira á morena; pero si lo moreno se opone á lo bello mayormente si lo bello se une á lo sagrado, preguntádselo á la que se vanagloriaba diciendo, soy negra,

(1) *Ne lætaris inimica mea super me, quia cecidi. .. consurgam, cum sedero in tenebris. Mich.* 7. *v.* 8.

(2) *¿ Ubi est mors victoria tua? I Cor. c.* 15. *v.* 55.

pero hermosa (1). Ello es que mirándola nosotros cual se nos manifiesta al presente con un color moreno, si hemos de confesar la verdad, aunque por una parte nos llenamos de un sagrado horror y de una profunda veneracion, por otra nos sentimos arrebatados de amor.

Dejo aparte otras innumerables maravillas que así como prueban con bastante claridad lo que hemos dicho hasta aquí, así hicieron tan glorioso el venerable cuerpo de Catalina; como por ejemplo aquel prodigioso licor que trasudó, aquel delicado olor que despidió de sí, aquellas miradas amorosas que dispensó y aquellas palabras que claramente profirió algunas veces. Tú lo sabes entre otros, buena Leonor. Hablo de aquella jovencita que al oir los estupendos prodigios que se hacian continuamente junto al cadáver de la recien muerta Catalina, que se habia expuesto al público, concibió un gran deseo de verle y de encomendarse á él, y hallándose sola y bien encerrada en su casa, se trasladó adonde estaba maravillosamente. Apénas estuvo la inocente niña en medio de un inmenso pueblo y cerca del santo cuerpo, cuando abrió este patentemente los ojos, los clavó en ella, la miró con agrado, y alzando despues la mano á vista de todos, la hizo seña de que fuese. No habiendo entendido la niña la seña, alzó la voz por último Catalina y con perceptibles y claras palabras la dijo, ven acá, Leonor. ¿Qué conjunto de maravillas no es esta sola? Sin embargo, todo esto y mucho mas dejo de traeros á la memoria, por hacer que consintais que si del cuerpo de Eliseo á causa de los milagros que obró, dijo el Eclesiástico que aun muerto profetizó (2); tambien profetizó y sigue todavía profetizando el cuerpo de Catalina. Profetizó en órden á los enfermos y les restituyó la sanidad, profetizó en órden á los ciegos y les restituyó la vista, profetizó en órden á los mudos y les restituyó el habla, profetizó en órden á los sordos y les restituyó el oido, profetizó en órden á los impedidos y les restituyó el movimiento, profetizó en órden á los energúmenos y les restituyó la libertad, profetizó hasta en órden á los muertos y les restituyó la vida; y aun mas que en órden á otros profetizó en órden á los pecadores, é impetrando para ellos una verdadera y sincera conversion, les

(1) *Nigra sum, sed formosa. Cant.* 1. v. 4.
(2) *Mortuum prophetavit corpus ejus. Eccles.* 48. v. 14.

restituyó la gracia. ¡Ó amada santa! profetizad asimismo en órden á nosotros y no os pese emplear en favor nuestro el grande influjo que teneis con Dios. Al fin sois nuestra santa, no tanto porque habeis nacido, habeis sido educada y habeis vivido mucho tiempo entre nosotros, cuanto porque Dios os destinó particularmente para nosotros, cuando se os apareció y os dijo que tal silla de gloria estaba destinada para Catalina la Boloñesa; y por tanto vuestro sagrado cuerpo ha quedado entre nosotros. ¿Á quién pues deberemos recurrir con mas ardor y con mas confianza de ser consolados que á vos? Vos en el nombre que teneis, tendreis siempre un motivo para oirnos, y nosotros en el depósito que poseemos, tendremos siempre una prenda para ser oidos de vos.

SEGUNDA PARTE.

Delante del adorado é incorrupto cadáver de santa Catalina quisiera con especialidad que te pusieses tú ahora, hombre libre, disoluto y entregado á los inmundos y carnales placeres. Es á la verdad una gran maravilla que un cuerpo frágil y corruptible por sí pueda resistir tanto y por tanto tiempo á las grandes fuerzas del tiempo mismo, devorador de todas las cosas, y tambien á las grandes fuerzas de la muerte; pero considerad que para la guarda y defensa de aquella sagrada reliquia vela la virginal pureza con que la santa Vírgen como tabernáculo del Espíritu santo le conservó siempre casto é inmaculado; y seguramente es premio de tan fiel custodia el estar libre de la corrupcion natural á que están sujetos los demas cadáveres.

¿Qué dices ahora de tí mismo, licencioso? ¿Te parece que tendrás siquiera un levísimo fundamento para aspirar á tan apreciable privilegio y á tan rara exencion? Mira tu cuerpo tan deshonrado y contaminado por ti. Aun cuando no hubiese de corromperse y podrirse por causa de su condicion, ¿no se corromperia y pudriria por causa de tus pecados? Tú no lo adviertes ahora, ni pones en ello la atencion; pero entre otras bellas cosas que haces con tus obscenos y brutales placeres, vas esparciendo semillas de destruccion y podredumbre por tus mismas carnes, que las corromperán mucho mas pronto en el sepulcro. Este es el fruto que cogerás al fin de esas deshonestida-

des que quizá á esta hora han penetrado hasta tus huesos. Ellas te acompañarán hasta la sepultura, y aquí debajo de tierra deshaciéndose y convirtiéndose en gusanos el cuerpo, corrompido por ventura ántes de ser cadáver, producirán el único fruto que pueden producir. O cuán bien harás, si te arrojas ahora á los piés de la sagrada é inmaculada reliquia de tu santa, y si avergonzándote en gran manera de tus culpas y disoluciones, y detestándolas de todo corazon, imploras su intercesion para libertar si no el cuerpo de la corrupcion del sepulcro, al ménos el alma de la corrupcion del pecado, por manera que concibas fundadas esperanzas de coger en algun tiempo el fruto de la vida eterna! Así sea.

SERMON

DE SANTA CATALINA DE SENA.

(DE GARCÍA.)

¿ *Mulierem fortem quis inveniet? Confidit in ea cor viri sui, et spoliis non indigebit. Accinxit fortitudine lumbos suos, et roboravit brachium suum. Gustavit, et vidit quia bona est negotiatio ejus.*

¿ Quién hallará una mujer fuerte? Su esposo puso en ella toda su confianza, y estuvo cierto de que no quedarian burladas sus esperanzas. Se armó de fortaleza, y resolvió emprender cuanto habia que hacer para proteger la causa del Señor, y obraba de concierto con Dios.

Prov., *c.* 31.

Es muy difícil hallar una mujer de este carácter. Hay mujeres á la verdad de gran entendimiento, de rara penetracion, de ingenio elevado y comprensivo, imbuidas en máximas muy cristianas, de una generosidad que parece superior á su sexo; pero aun entre estas son muy raras las que no se dejan deslumbrar de un aparente resplandor; pocas las que no pretenden hacer mérito de la hermosura; y son todavía ménos en las que no ejerce su dominio despótico una moda, un tocado de nueva invencion, un peinado, un vestido ó un adorno.

Una mujer que no se deje deslumbrar de estas falsas brillanteces, que conozca la extravagancia, la poca duracion de una fortuna elevada, el veneno y malignidad de las máximas del mundo; tan entregada á la virtud, que ni el contagio de los malos ejemplos haya corrompido su corazon, ni la innumerable multitud de los pecadores la haya obligado á retroceder un punto de su deber; tan intrépida, que léjos de desamparar la religion de sus padres, la defendió con indecible valor contra la malicia de los enemigos que la cercan. ¡Oh! Esta mujer es muy rara, se ve pocas veces en el mundo, es difícil encontrarla : *Mulierem fortem quis inveniet?*

Aun es mas difícil hallar otros colores para pintar cabalmente el lleno de la vírgen, cuya memoria solemnizamos. Hablo de santa Catalina, de la incomparable santa Catalina de Sena. Con solo oir este nombre, debeis formaros la idea de una vírgen, que es la mayor gloria de ambos sexos. Me es lícito decirlo, pues de ella dijo el venerable Fr. Luis de Granada, que era la mayor obra de Dios despues de las obras de la redencion. Perdonadme, Hildegardas, Gertrudis, Martas, Teresas, Claras, Rosas, Juanes, Benitos, Bernardos, Aquinos, Venturas, Neris, Gonzagas.

Hablo de una sola vírgen; pero de una vírgen dotada de una alma grande y heroica, de un entendimiento sublime y comprensivo, de un espíritu varonil y constante; en ella nada había que no fuese prodigioso, sus deseos, su comprension, sus empresas; de su pluma ingeniosa y delicada salian rayos de luz; era sabia y humilde; en sus fatigas tenia por guia á la caridad, y en valor era superior á las persecuciones. Aquel Dios que todo lo obra con peso y medida, quiso ser pródigo con Catalina, enriqueciéndola de un ingenio noble, un entendimiento divino, y una voluntad sacratísima, segun las dulces expresiones de Pio II.

De una vírgen en quien se vieron juntos aquella caridad encendida que no deja vacío alguno en el corazon, aquellos raptos sagrados que unen el alma con Jesucristo, aquella sublime contemplacion en que con toda claridad se ve la gloria del celestial Esposo; aquella inviolable fidelidad en las pruebas de su virtud; aquel glorioso privilegio de sufrir dolores milagrosos; aquella profunda doctrina que prescribe las mas seguras reglas de la perfeccion evangélica La vida de Catalina sirvió de idea para buscar á Dios, á los Felipes de Neri, á las Magdalenas de Pazis, á las Rosas de santa María, y á las Lucías de Narni.

De una vírgen que parece poseyó sobre la tierra las excelencias que los ángeles en el cielo, la caridad de los serafines, las luces de los querubines, la soberanía de las dominaciones, la vigilancia de los principados, la fuerza de las potestades, la firmeza de los tronos, la bondad de los arcángeles, la contemplacion de los ángeles, y su trato y familiaridad con Dios. Sí Señores: Dios que destinó al apóstol san Pablo para ejemplar de la infinita misericordia con los pecadores, destinó á esta ilustre vír-

gen, dice el venerable Granada, para ejemplar de la dulce familiaridad con que Dios trata á los justos.

De una vírgen de celo tan intrépido, que adquirió los gloriosos títulos de columna de la fe, defensora de la Iglesia, apoyo de la Silla apostólica, mantenedora de sus estados, y directora de los papas. Gregorio XI, Urbano VI, Clemente X, Urbano VIII, Pio II, se derramaan en sus elogios, y mas de uno de ellos la hicieron su legado en la sedicion de Florencia contra el Vaticano, cargando sobre sus hombros tantos, tan grandes y honoríficos empleos, que solo podria llenarlos dignamente una santa Catalina de Sena. No he dicho aun bastante para pintar la grandeza de mi asunto. ¿Pero qué se podra añadir á su elogio, si el Esposo la compara á aquella mujer fuerte que tanto buscaba el mas sabio de los reyes, y que es tan peregrina en el mundo como aquellos fenómenos extraordinarios que de tiempo en tiempo se presentan á la vista? *Mulierem fortem quis inveniet?* Catalina mereció oir de la boca de su Esposo estas tiernas expresiones: ya no te has de portar como mujer, sino como hombre, porque quiero hacerte tal en la fortaleza. Expresiones valientes, de donde sacaré toda la materia para representaros á santa Catalina una mujer fuerte tal cual la pinta el Espíritu santo por el Sabio. Favorecedme con vuestra atencion, no perdais una palabra de lo que os digo.

Santa Catalina fué fuerte en los designios que formó en órden á Dios: fuerte en los peligros que sufrió por Dios: fuerte en los cariños que experimentó de Dios. Catalina se propuso obrar cuanto hay de grande en la virtud, hasta ser el objeto de la confianza de su Esposo, y llenar sus esperanzas: *Confidit in ea cor viri sui, et spoliis non indigebit.* Esto llamo haber sido fuerte en los designios que formó en órden á Dios, y es la primera parte. Catalina fué combatida de cuantos trabajos pueden asaltar á una criatura, pero ella léjos de retroceder resolvió emprender cuanto habia que hacer por Dios: *Accinxit fortitudine lumbos suos, et roboravit brachium suum.* Esto llamo yo haber sido fuerte en los peligros que sufrió por Dios, y es la segunda parte. Catalina experimentó grandes favores de Dios, pero estos no fueron capaces de apartarla un punto de su primer fervor: *Gustavit, et vidit quia bona est negotiatio ejus.* Esto llamo yo haber sido fuerte en los favores que experimentó de Dios, y es la tercera parte.

Mas breve, santa Catalina fué una vírgen, á quien las pasiones no avasallan, los trabajos no acobardan, los privilegios no engríen. Tal es el carácter de santa Catalina, y toda la economía y division de mi oracion. Arrojémonos ante el trono de aquel soberano Señor sacramentado, de donde desciende todo don, para que nos franquee una de aquellas gracias victoriosas que hacen útil la palabra de la verdad. Pedidlo, Vírgen santísima, para los que os aclaman, os ruegan, os saludan: *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Hay en Dios una gracia de eleccion con la que por un efecto de su amor separa algunas criaturas de la masa de perdicion, y con una suave violencia las conduce por sendas derechas á los fines de su providencia, y al logro de la eterna felicidad. Segun esta admirable disposicion, Abrahan y su descendencia é Israel fueron elegidos del Señor en un pueblo peculiar, no porque habian vencido á los incircuncisos, sino porque el Señor los miró con especial cariño. De los dos hijos de Abrahan, Isaac fué destinado para que de su descendencia naciese el Redentor de Israel, dejado Ismael en un perpetuo olvido. De los hijos de Rebeca, Esaú se vió aborrecido de Dios, y Jacob fué objeto de su amor. De los doce hijos de Jacob, José fué elegido para príncipe de sus hermanos. Moises fué destinado para legislador de su pueblo, dejado Aaron su hermano mayor. Los Tiros y Sidonios no fueron ilustrados con la luz de la verdad, cuando Israel participa de la justicia del Señor con preferencia á las demas naciones. Este es aquel infalible propósito de la voluntad divina, que como decia san Pablo á los romanos, y desde allí á todo el mundo, segun san Agustin, es la raíz de vida que llama á los que Dios predestina, justifica á los que llama, glorifica á los que justifica. Tal es el idioma de san Pablo, y tal el órden por donde llevó Dios á la vírgen de quien hablo.

Este Dios poderoso, que como el alfarero forma de una misma masa vasos de honor y vasos de contumelia, eligió á Catalina desde los dias eternos para objeto de su amor, y se apresura en tiempo para cazar á esta águila inocente en el nido de

su infancia. A otros justos mostró Dios la gracia de su eleccion despues de una edad madura, y eclipsada con las sombras del pecado: Catalina pudo gloriarse en Dios de que se acordó de ella desde el vientre de su madre. Parece que en la formacion de sustancia se le infundió la santidad, como de la naturaleza de los ángeles dijo san Basilio: ó que la habia criado Dios para poner en ella sus delicias y su gloria.

En efecto, se la ofrece por esposo, y como al alma justa de que habla Oseas, la promete, la ofrece, la franquea la mas dichosa alianza: *Sponsabo te mihi in sempiternum.* Promesa que hizo Dios á la ciudad de Jerusalen: que cumplió, que verificó, dice san Bernardo, cuando el Verbo de Dios se unió á nuestra naturaleza. Promesa que en el sentido espiritual cumplió á la hija de Sena, cuando alargándola la mano la aseguró que se desposaba con ella por la fe, poniéndole en el dedo un anillo fabricado sin duda en el cielo.

¿Y nos hallarémos embarazados por la poca edad de esta esposa? ¿No tendrémos que decir de ella? Concluirémos como las hijas de Sion cuando llegó el dia deseado de desposarse la Sunamitis con el pacífico Salomon? *Soror nostra parvula, et ubera non habet: quid faciemus sorori nostræ in die quando alloquenda est?* No por cierto. Catalina para buscar á Dios ignoró las pausas de la primera edad, como del Bautista dijo san Ambrosio. Como los cedros del Líbano, lo mismo fué nacer que elevarse á lo sublime. Los anacoretas en su soledad, el gran padre de los predicadores en la virtud, y los apostoles en el celo son el modelo que se propone imitar, y los designios que se forma aquel gran corazon.

¿Imitar á los anacoretas? Sí, señores, es el primer designio de santa Catalina. En el tiempo en que los deleites son mas dulces, los lazos mas fuertes, los objetos mas lisonjeros, las inclinaciones mas tiernas, y las pasiones mas vivas, de edad de seis años, superior á su sexo por medio de las impresiones de la gracia, la saca su fervor impaciente de la casa de su padre: deja su parentela como Abrahan, y se endereza al desierto, no cargada como Raquel cuando salió de la casa de Laban con los ídolos de oro y plata; mas desinteresada, mas generosa, dejó al mundo las obras de sus manos, y se arrojó á los brazos de aquella generosa Providencia, que suministró á Elías un pan subcinericio, á Israel el maná delicioso, á Daniel el sustento

oportuno. Un solo pan lleva para tan largo camino, y la parece mucho. ¡Resolucion admirable!

Agar, tú te retiraste al desierto, pero fuiste precisada á salir con Ismael tu hijo de la casa de Abrahan: Catalina para salir al desierto tiene que vencer la tierna violencia del amor de su padre. Hijos de Israel, vosotros os retirasteis al desierto; pero os fastidiasteis de él, preguntando á cada instante á Moises, si os habia sacado de Egipto para mataros de hambre. Catalina en la soledad rebosa en avenidas de alegría; ya le parece que como oficiosa abeja forma para sí el dulce panal de las virtudes de los Antonios y Pablos. Sagrado Precursor, tú te retiraste al desierto para santificarte por un desprecio total del mundo; ved ahí el fin que saca á Catalina de su casa, y la obliga á caminar con pasos de gigante hasta encontrar una cueva ruinosa, que fué para ella un jardin cerrado, y una fuente sellada, donde como la esposa se propuso gozar de los dulces ósculos del esposo.

No me pregunteis, señores, cuáles serian los progresos de Catalina en esta soledad. Vosotros sabeis que el retiro, segun san Pedro Damiano, es el cielo donde se renueva el alma como la luna en la presencia del sol; que es aquel sábado delicado de que habla Isaías, aquel piadoso reposo de san Juan en el seno del Redentor, aquella parte óptima escogida de la Magdalena. Ya la veo allí inundada con aquellos efluvios de gracia, con aquellas lluvias de consuelo, con aquellos golpes de luz que experimentaron Moises en los desiertos de Arabia, Abrahan en el valle de Mambre, Elías en los horrores del Carmelo, y aquella alma santa de quien habla Oseas cuando dijo: *Ducam eam in solitudinem, et loquar ad cor ejus.*

Esta es Catalina arrebatada en el aire, abismada, perdida en el centro de la divinidad, oyendo los dulces ecos de su esposo, que la asegura de que acepta sus deseos como los de Abrahan, pero no admite el sacrificio, porque las alas de fervor de que la ha dotado, no eran para retirarse á la soledad, sino para volar adonde la llamase la necesidad de sus hermanos; y la manda que deje los castos brazos de su querida Raquel, y vuelva á la casa de su padre para darle hijos espirituales á Lia.

Ángeles del cielo, el Señor os mandó que custodiaseis á los hombres en sus caminos, y que si lo pide la necesidad, los lleveis en vuestras manos: *In manibus portabunt te.* Así lo prac-

ticasteis con Jacob perseguido de Esaú; con Elías fugitivo de Jezabel; con Tobías en busca de Gabelo; con el Macabeo y sus tropas destrozadas; con Azarías en Babilonia; con Daniel en el lago de los leones. Catalina se halla falta de fuerzas para llegar á la ciudad: ahí la teneis casi desmayada sobre esa peña. Ejecutad con ella vuestro ministerio. En efecto la transportan en una nube á casa de sus padres.

Ved ahí de nuevo á Catalina en medio de este mundo traidor en que los Sansones pierden su fortaleza entre los brazos de sus Dalilas; en que los Davides encantados con las frágiles bellezas de tantas Bersabés, escandalizan á todo Israel; en que los Salomones finalizan con amor ciego sus dias á pesar de su sabiduría: con todo Catalina desprecia la copa dorada del deleite con que la brinda la prostituta Babilonia. Llena del espíritu del temor, dispone su corazon para que se eleve por grados á la santidad: *Ascensiones in corde suo disposuit.* Se presentó á un nuevo modelo de vida, el gran Padre santo Domingo de Guzman. Y es su segundo designio.

Heresiarcas, enemigos conjurados de la gloria de la Iglesia, os atrevisteis á despreciar los órdenes religiosos establecidos en la casa del Señor, porque militan bajo diversos capitanes. Una admirable vision con que el cielo recrea á Catalina, os confundirá, y os hará ver que estos sagrados órdenes son aprobados del cielo, y mirados con justicia en la Iglesia como las fimbrias de diversos colores del vestido de la esposa; como los diversos colores de la túnica polimita de José; como las diversas flores del huerto del esposo; como los diversos criados de la casa de Salomon; como los diversos coros de los ángeles, como tropas auxiliares que entran en el cuerpo del ejército dispuesto en batalla, á quien Cristo nuestro Señor sirve de caudillo.

Pedia á Jesucristo Catalina que la mostrase el género de vida que debia seguir; y como Dios siempre oye los gemidos de los que le llaman, la representó en éxtasis los Patriarcas de las religiones, y entre ellos á mi gran padre Domingo con un hábito en la mano. Faraon convidó á José para sentarle en su trono; Asuero convidó á Mardoqueo para un dia de triunfo: David convidó á Mifiboset para que tomase asiento en su mesa; oh! y cómo aprecia el mundo estos convites! Los santos fundadores convidan á Catalina para que escoja el instituto de austeridad que mas la agrade; oh! y cuánto rehusa el mundo este convite!

Elige esta santa el instituto de predicadores, y queriendo postrarse al pié de su santo fundador, dándola este la mano, la dijo : ten valor hija, no dudes que vestirás este hábito que ves en mi mano. ¡Gran promesa! dirá el libertino ; pero Catalina le aprecia tanto que la parece que ni Salomon en toda su grandeza se habia vestido como ella : *Nec Salomon in tota gloria sua coopertus est sicut unum ex istis.*

Ya era tiempo de pregunar á estas bestias que vomitó el abismo, si el cielo podia convidar á Catalina con un estado, que segun ellos, no es sino invencion de almas ilusas; pero entre tanto que piensan la respuesta, descorramos el velo de las virtudes de esta vírgen en este nuevo estado : ellas son virtudes tan heroicas que la hacen superior aun á las almas mas raras.

Basta decir que se propuso seguir los pasos de Domingo como Eliseo el espíritu de Elías : como Aaron las reglas de gobierno de Moises : como Simon el valor de Júdas. Muy diferente de aquella falsa devota de quien habla san Gerónimo, que aunque vestida de un hábito oscuro queria que la distinguiesen en el primor de su talle, en la delicadeza de un velo muy claro con que cubria su rostro, Catalina estuvo siempre muy léjos de esta afectacion culpable, que san Gerónimo llama aire de cortesana y comedianta. Apénas viste el sayal dominicano, cuando hablando consigo misma se decia : es preciso comenzar nueva vida : este hábito blanco y negro te enseña que debes ser pura y sin mancha en el alma, mortificada y penitente en el cuerpo : manos á la obra.

Para levantar este nuevo edificio de tanta elevacion comienza Catalina por el conocimiento de sí misma, basa principal de este edificio, segun san Agustin; ó segun san Cipriano, fundamento de toda santidad. Infeliz Fariseo, tú te preciabas de inocente. Catalina juzga que tiene irritada por sus culpas la ira divina; piensa con un motivo del todo opuesto al de Jonas, que las borrascas de tribulacion que padecen las criaturas son por sus pecados.

De aquí aquel rompérsela el corazon, aquella amargura del alma, aquellos desmayos de muchas horas. Las lágrimas que derramaron Jacob viendo la ensangrentada túnica de José, los hijos de Israel cuando pelearon con los hijos de Benjamin, Neemías viendo la destruida Jerusalen; estas lágrimas solo formaron arroyos comparadas con las que derramó Catalina por

unos pecados que nunca habia cometido; el dolor de esta hija de Sion fué semejante al mar, cuyo seno no se puede ver, ni medir su inmensidad. Sus lágrimas hubieran sido irremediables como las de Ana, si Jesucristo no la asegurara que ya estaban perdonados sus pecados.

Palabra indefectible que á cualquiera otro hubiera hecho minorar sus austeridades. Catalina ántes las aumenta por mostrar que podia mas de lo que se la mandaba padecer, segun el idioma de san Agustin. Fué tan espantosa su penitencia, que se la puede aplicar lo que el Crisólogo decia del Bautista, que si esta virtud tomara cuerpo y vestido para presentarse á nosotros, hubiera tomado el cuerpo y vestido de santa Catalina.

El venerable Granada se atreve á decir que todos los tiranos juntos no hubieran atormentado tanto á Catalina como ella se mortificó. Porque ¿qué inventarian que ella no lo hubiese hecho sentir á su extenuado cuerpo con crueldad? ¿La extenderian sobre un potro? Pero su cama se componia de un bronco léño en que hacia padecer á aquel quebrantado cuerpo un prolongado martirio, para explicarme con Tertuliano. No era así la cama de aquel avaro que se decia á sí mismo: come, bebe y descansa.

¿La heririan con espadas? pero ciñe sobre sus carnes un áspero cilicio, añade una cadena de hierro que se une, se incorpora con el cuerpo rompiendo las primeras telas. Judit, no cuentes mas que te vestiste de cilicio, viendo oprimida tu patria, porque este instrumento de dolor no igualó al de Catalina.

¿La darian azotes? pero se da tres sangrientas disciplinas cada noche con una cadena de hierro por espacio de hora y media, hasta regar la tierra con su sangre, dice san Antonio de Florencia. Heliodoro, tu mereciste los azotes crueles, Catalina no.

¿La privarian del sueño? pero consigue no dormir mas de media hora, de dos en dos dias, no obstante que era la pasion que mas la violentaba. No velaste tanto, David, por mas que te propusiste no conceder sueño á tus ojos hasta que encontrases casa para tu Dios.

¿La quitarian el sustento? pero ella llega á un estado que ni come ni bebe si el confesor no se lo manda por evitar la murmuracion. Moises ayunó cuarenta dias, Catalina lo mas de su vida, viviendo por milagro, dice el santo arzobispo de Florencia.

¿La echarian al fuego? pero ella se arroja á un canal de agua hirviendo hasta abrasarse: parece otro Juan en el baño de aceite.

¿La quitarian la vida? pero ella ya no la tiene, la ha destruido, la ha aniquilado: *Nomen habet quod vivat, et mortua est*, que á otro asunto dijo el Espíritu santo. Si Tertuliano la hubiese visto, diria lleno de admiracion lo que de Job en su desgracia: *Quale feretur Deus in illo homine exstruxit!* Pero digamos á lo ménos lo que el mismo Tertuliano dijo hablando de un cierto Hermotimo que muchas veces no se podia afirmar si estaba vivo ó muerto, porque aunque le empujasen, aunque le diesen de golpes, estaba insensible: tanto, que el vulgo pensaba que su alma se huía algunos ratos del cuerpo: *Anima de corpore fugitiva.*

Á este mismo estado redujo á Catalina la austeridad de su vida y el amor á Dios. Ella anda, luego vive; pero si cae en el fuego no siente sus ardores, ántes halla en las llamas un hermoso trono en que se eleva, sin que se atrevan á tocarla ni el vestido como á los niños en Babilonia: ella respira, luego vive; pero le punza la curiosidad varias veces las plantas con agujas y lesnas, y no hace movimiento alguno: ella piensa, luego vive; pero no piensa en sí ni un momento, desde el punto que su Esposo la dijo: piensa en mí, que yo he de pensar en tí: *Nomen habet quod vivat et mortua est.*

¿Pero acaso esto la impide el buscar con inquietud la salud de sus hermanos? Ah! que como los serafines del Profeta que estaban y volaban, estaba muerta para el mundo, pero viva para volar á cumplir el tercer designio que se habia formado de ser útil á sus prójimos.

Representaos, católicos, á Moises, á Jeremías, á Elías, á san Pablo, héroes cuyo celo alaban los Libros santos. Tales fueron los ejemplares que se propuso nuestra santa, y los que solamente pueden ser imágen de su celo. Desde sus tiernos años habia deseado con ardor partir á tierras extrañas, y disimulando su sexo como la vírgen Eufrosina, vestir el habito de santo Domingo, para por este medio arrancar de la boca de los lobos tantas ovejas que murieran despedazadas. ¡Deseos vastos! ¡Empresa para una mujer de mas valor que el de Judit cuando degolló á Olofernes, que el de Débora cuando acabó con Sísara, que el de la otra mujer que quitó la vida á Abimelec!

Dios quiere á Catalina para apóstol, no de las gentes, sino de

sus hermanos. Palpita este corazon sin poder evitar dentro de su seno la perdicion de tantas almas: se siente despedazar con las mas vivas impresiones del espíritu de Dios como Pablo, y llega á tanto su ardor, que se comunican al cuerpo hasta padecer mortales raptos. Pide como Jeremías una fuente de lágrimas para llorar los excesos de su pueblo, y llega á sudar sangre con el doloroso amor.

Desea como Moises ser borrada del libro de los vivientes, por no ser testigo de los castigos de Dios sobre los pecadores. ¡Cuántas veces se la oye decir que pasaria por las voraces llamas del infierno, privada de la vista de Dios, porque no pereciese! Quiere morirse de tristeza como Elías al ver las prevaricaciones de Israel, y desea que se descarguen sobre ella todos los castigos que merecian los ingratos hijos de Adan.

¿Qué lágrimas no arrancaba de sus ojos la dureza de los pecadores? Mas que las que derramaron David por Absalon, Samuel por Saúl, Jeremias por Jerusalen. Corre á semejanza de un rayo que todo lo consume: aquí reprende como Natan, allí exhorta como san Pablo, aquí se muestra un muro de bronce como Jeremías, toda es fuego, toda actividad, toda espíritu semejante á aquella materia sutil inventada por los cartesianos, que circulando por todas partes, pone en movimiento cuanto encuentra.

Ya exhorta á los sacerdotes para que como ángeles veloces de Isaías, corran á los climas mas remotos: ya escribe cartas como Gerónimo desde Palestina llenas de caridad y de celo á toda clase de personas: veinte y dos á los sumos pontífices, nueve á los cardenales, catorce á diversos prelados de la Iglesia, cinco á sacerdotes seglares, treinta y nueve á monjes, catorce á religiosos, diez y nueve á ermitaños, treinta y una á monjas, ciento diez y ocho á reyes y príncipes, cincuenta y cinco á personas de estado.

Ya escribe diálogos, como san Gregorio, para animar á pecadores y á justos. Ya pide al papa religiosos que la acompañen en los caminos con autoridad de absolver de cualesquiera censuras. Ya pide á Gregorio X que puedan los prelados que la acompañan celebrar misa, y dar la comunion aun en los despoblados á los pueblos que la siguen: ya camina de ciudad en ciudad como una lijera nube que derrama un saludable rocío por los lugares de su tránsito.

Si penetra manchado el interior de alguna alma, allí los suspiros á su Esposo, allí el no desistir de la empresa hasta conseguir una contricion fructuosa: se promete que la cargará sobre sus hombros como el pastor á la oveja: le enciende en el corazon la luz con que la mujer del Evangelio busca la prenda perdida, y la hace conocer sus pecados: la asegura que le alcanzará del Padre celestial la estola de la gracia, y se la echará al cuello como al Pródigo.

Si aún ve al pecador obstinado, ejercita en su presencia los actos de las mas heróicas virtudes. Celebra la Escritura á Abinadab, porque pasó el primero el mar Bermejo animando con este ejemplo á los israelitas para que despues le vadeasen; pero aquí echaréis de ver ser Catalina otro Abinadab, que se arroja al mar de la penitencia para animar á los demas.

Para convencer al delicado, lame el cáncer de una mujer: parece un Tobías en los hospitales; para animar al fastidioso asiste á una leprosa, y se cubre de lepra para hacerse semejante á Jesucristo: para convencer al avaro, parte el pan con el pobre como Job, y la santísima Vírgen la ayuda á conficionarle: para animar al sensual descarga crueles azotes sobre sus espaldas: para animar.... ¿pero qué mas he de decir?

Jesucristo está satisfecho de las proezas de Catalina, y debeis estarlo vosotros del mismo modo: *Confidit in ea cor viri sui, et spoliis non indigebit.* Seguro se halla, segun la expresion de Alapide, porque con ella no habrá trofeos de que necesite, no tiene necesidad de mas despojos. Las esperanzas del Padre celestial de atraer á sí los pecadores, se llenaron por la palabra y ejemplo de Catalina, fuerte en los designios que concibió en órden á Dios. Acabais de verlo; fáltame mostraros cómo fué fuerte en los peligros que sufrió por Dios, y estoy en la

SEGUNDA PARTE.

Tú lo dispusiste, Señor, y así convenia al bien de tus escogidos y á la condicion de peregrinos que tienen sobre la tierra. Tú dispusiste que las cruces fuesen patrimonio de los santos, y que en todo tiempo hayan sido inseparables de la vida espiritual los trabajos, las aflicciones, los peligros. No es buen original de la vida de los justos Saúl en las grandezas, sino David en las injurias; Nabuco en la opulencia, sino José en las mo-

lestias; Faraon en los respetos, sino Moises en los trabajos. Conducta admirable de la Providencia, consagrada, dice san Gregorio, en la misma persona del Unigénito del Padre, á quien si como Dios le veis nacer entre los cánticos de los ángeles, poco despues le admiraréis en traje de pecador, derramando sangre en la circuncision. Si hoy le adoran los reyes, mañana le decreta la muerte un monarca ambicioso. Si goza en reposo los brazos de sus padres, luego se les pierde en el templo con sustos y dolores. Desde la ostentacion de un triunfo pasa al oprobio de un patíbulo. Conducta, repito, admirable de la Providencia, para probar la fidelidad y valor de sus criaturas, y la que observó puntualmente con nuestra vírgen.

Catalina, esta esposa del Señor que poco ántes habia arrebatado la atencion de su esposo con la hermosura de sus virtudes, semejante al sol en sus resplandores y á la luna en sus brillanteces: *Pulchra ut Luna, electa ut Sol*, ahora llama de nuevo su atencion, porque se presenta como un ejército puesto en órden, y en accion de pelear: *Ut castrorum acies ordinata:* como un muro fuerte, y un baluarte inexpugnable contra la invasion de los trabajos: *Ego murus, et ubera mea sicut turris.*

Trabajos, peligros que afligísteis á Tobías en su ceguera, á Job en el muladar, á Ezequías en su enfermedad, sois inferiores para pintar lo que sufrió Catalina: vosotros solo tocasteis al cuerpo, los de esta heróica vírgen penetraron hasta lo mas íntimo del alma. Peligros y trabajos contra la pureza de su corazon, contra la delicadeza de su conciencia, contra el fervor de su celo. Apénas podré tocar de paso lo vasto de esta materia.

Peligros y trabajos contra la pureza de su corazon. Dáme hijos, decia Raquel á Jacob, porque si no me muero. Permitidme para llorar mi virginidad sacrificada el tiempo de dos meses, decia la hija de Jepthé á su padre. Expresiones carnales propias de una ley imperfecta como la de Moises, en la que se apreciaba mas la fecundidad que la virginidad. Estamos ya en la ley de gracia, en que se complace Dios de ver padecer á sus santos en defensa de esta preciosa flor sacrificada á su honor. De diez años se habia sacrificado Catalina, despreciando por un efecto raro de su fortaleza todos los esposos de la tierra, y presentando ante Dios una carne pura, que usando de las expresiones del Eclesiástico, era como un sol que nace al mundo de las al-

turas de Dios, como una luz resplandeciente colocada sobre el candelero santo, como unas columnas de precioso oro sobre fundamentos de plata.

Al mundo, á este mundo devorador de la virginidad; al demonio, á este Asmodeo sobre quien siempre vuelan las asquerosas moscas de la impureza, no les agrada esta resolucion: á fin de que retroceda de sus proyectos levantan contra ella una deshecha borrasca: la persiguen sus padres, sus parientes, sus criados, el mismo infierno, tanto y quizá mas que lo que persiguieron los Sodomitas á Lot, Faraon á Israel, Esaú á Jacob: á lo ménos el paciente es mas débil, y los perseguidores de mas poder. Pero tampoco fué ménos el valor de Catalina que el de estos héroes invencibles. Su pureza estaba tan acastillada que la podemos aplicar lo que los de Betulia decian de su patria: *In montibus positam superari non posse.*

Padres de Catalina, que sois sus tentadores, ó como os llama san Cipriano, sus asesinos y sus verdugos, desengañaos, nada pondrá susto á la resolucion de vuestra hija. Es otro Pablo á quien se le oye decir: *propter te mortificamur tota die; estimati sumus sicut oves occisionis, et in his omnibus superamus.* La pondréis á la vista un esposo de nacimiento, de talentos, de dignidad, pero os responderá como la vírgen Ines al prefecto de Roma: me solicitas á que admita á tu hijo por esposo, pero yo he hallado otro mejor que él; el esposo que yo tengo es el mas bello, el mas dulce, el mas agradable de los hijos de los hombres. Catalina no conoce la ternura hácia sus padres en este punto. Como el gran monje de Belen, no volverá atras aunque vea desnudos los pechos de su madre: *Et in his omnibus superamus.*

La entrega á una hermana que ama mucho para que la persuada á que se adorne y se componga. Artificio fatal de que usaron Jezabel para atraer á sí los ojos de Jehu, Tamar para engañar á Júdas hijo de Jacob, las hijas de Sion para multiplicar sus amadores; pero que no obstante por una universal corrupcion de nuestro siglo, le permiten los padres á las hijas, los maridos á las esposas, como si san Agustin no hubiera gritado contra ellas. Oh! ¡cuánto no lloró Catalina el haber condescendido con su hermana algun tanto en este punto! No llegó su compostura ni á un pecado venial, dice san Antonio, pero concibió tal horror, que vuelta contra el confesor que la aseguró no habia pecado, exclamó: ¡ó Dios, qué confe-

sor tengo que así disimula mis pecados! No bastan mil infiernos para castigar tanta ofensa. Sentimientos que estaban manifestando valor : *In his omnibus superamus.*

La hablaréis con palabras que cada una sea un trueno, la daréis muchos golpes, la destinaréis á la escoba, á la cocina, mandaréis á las criadas que la gobiernen. Allí el desprecio, allí la injuria, allí la afrenta, allí el pan con corteza. No pudo sufrir Aman que Mardoqueo no le hincase la rodilla. Catalina sufre que la traten como esclava: *Et in his omnibus superamus.*

Desengañaos, padres de Catalina, ya os lo dije, para frustrar vuestras esperanzas acaba de cortarse vuestra hija la hermosa madeja de sus cabellos, en que consiste gran parte de la hermosura de la mujer, segun la frase del apóstol.

No por eso cesa la persecucion. El demonio se pone de parte de sus padres. Catalina, me duelo de tí : el enemigo que sale á probar tus fuerzas solo visto en figura tal cual la describe Job, es capaz de poner miedo al ánimo mas robusto, pero mejor te instruirán sus asaltos.

Sí señores : el ángel de tinieblas se transforma en ángel de luz, y reprende la resolucion de Catalina como opuesta á la voluntad de Dios. Catalina no le cree, le hace palpitar ante sus piés como Tobías al pez devorador. Toma otra forma. Ya no es ángel, sino verdugo. Se arroja á ella, la deja medio muerta á la violencia de sus golpes. Dios le ha dado permiso para que pruebe si hay algun otro semejante á Job. Como este príncipe de Idumea, pierde la salud en esta lucha, sin que desfallezca su valor : reune el demonio sus fuerzas, tiende sus redes contra la que tiene alas para remontarse y no caer; la pone delante aspectos lascivos, movimientos torpes; derrama en su corazon la copa del deleite impuro. ¡Qué afliccion! Qué dolor! ¡Qué rompimiento de corazon!

Ángel tutelar de Catalina, ¿á dónde estás? Tú, que sacaste á Susana de las infames manos de los viejos lascivos : tú, que bajaste á la hoguera de Babilonia para dividir sus llamas : tú, que con el azote en la mano tomaste tan pública venganza de la sacrílega impiedad de Heliodoro, que pretendia saquear el templo santo, ¿por qué no hiciste tambien estos buenos oficios por Catalina, que mas sábia que Agar, nunca se habia olvidado de su deber, mas pura que Susana, nunca habia conocido varon : embestida de mas peligrosas llamas que Sidrach, Misach

y Abdénago, esperaba del infinito poder de Dios una proteccion igualmente visible?

No la falta la fuerza de la gracia. Hace renacer su fortaleza, y encarada al demonio le dice : para mí, no solo estas molestias que padezco, sino otras que me podeis ocasionar, las sufriré gustosa por el amor de Jesucristo. Estas voces, como las trompetas de Josué, echan por tierra á esta soberbia Jericó. El demonio se precipita al abismo. Catalina, como otro ángel Rafael, aprisiona este Asmodeo en el desierto. Esta débil mujer, segun la carne, humilla á este Leviatan soberbio, temido de todos, y temeroso de nadie.

Entre tanto, ¡qué bello le parece á Jesucristo este lirio entre las espinas! ¡Qué enamorado está este incomparable Salomon de los castos ojos de esta paloma! Se la aparece, la muestra lo que ha padecido por ella, y lo que ella debe sufrir por su nombre. ¿Dónde estabas, Dios mio, dice Catalina, cuando mi corazon estaba acometido de la impureza? En tu corazon estaba, hija querida, la responde este Dios del consuelo.

Allí estaba en el corazon de esta vírgen, como el esposo de los cantares estaba en el corazon de su esposa cuando le buscaba por las calles, y las guardas de la ciudad la maltrataron. Estaba en el corazon de Catalina, como cuando navegaba con los apóstoles dormido, durante una furiosa tempestad que les amenazaba un pronto naufragio. Estaba en el corazon de Catalina como una tierna madre junto á su pequeñito hijo, que se finge dormida, y no le da el pecho luego que le pide, él grita, la tira con sus pequeñitas manos, acerca la boca cuanto puede, ya no puede disimular, le abraza, le besa, le estrecha entre sus brazos, le da el pecho con tanta mayor ternura, cuanto mas tiempo le habia dejado en su impaciencia. Así lo hiciste, ó Dios mio, con esta vírgen; la afligiste, pero luego la llenaste de consuelos, la diste un nuevo aliento para salir victoriosa de otro género de martirio en algun sentido mas duro que el martirio mismo. Voy á hablaros de los peligros y trabajos contra la delicadeza de su conciencia.

Apenas hallaréis imágen mas expresiva de los disgustos, sequedades y temores que sufrió Catalina, que la de David, cuando fugitivo de Saúl en los páramos de Idumea, pintaba las tristes calidades de la mísera region adonde le habia arrojado su desgracia. ¡Ay, decia, Dios mio! ¿qué es lo que pasa por

mí, que ni estoy á la vista del tabernáculo, ni gozo de la presencia del arca de la alianza, y me veo obligado á adorar la virtud desde una tierra desierta, sin caminos y sin agua : *In terra deserta, invia, et inaquosa.* Catalina, como David, se halla en este páramo, sin fruto, sin compañía y sin consuelo, como expone el docto cardenal Hugo.

Sin fruto : en lugar de aquellos suaves consuelos que la hacian amable la virtud, se ve en las repugnancias de la naturaleza. Ama á Dios, y no sabe si le ama. Asustada á vista de sus pecados, cae repentinamente desde el esplendor del paraíso hasta las puertas del abismo, para explicarme así : nada la llena, nada la satisface. Una triste voz sale de su interior, que oponiéndose á su confianza, la dice que no verá al Señor en la tierra de los vivientes.

Hállase sin compañía : Dios se la esconde entre nubes. Le llama, y no la responde, no puede descubrir el brazo que la sostiene, ni el escudo que la defiende. Lo mas terrible de su afliccion es, dice el venerable Granada, el juzgarse totalmente desechada de la presencia de Dios. Inundada de este cáliz de amargura, clama : Dios mio, ¿por qué me has abandonado?

Hállase sin refrigerio : las criaturas la fastidian, los flacos se escandalizan de su vida extraordinaria, los maliciosos se burlan de sus ayunos. Confesores ignorantes la miran como á ilusa, la mandan que coma, y obedece; pero se pone en las márgenes de la muerte. No halla adonde refugiarse : *Circumspexi*, dice con Isaías, *et non erat auxiliator.*

Estado fatal, dia de batalla en que los hijos de Efren, preciados de diestros en el arco, suelen volver las espaldas al enemigo, y abandonarse al miedo. Catalina por el contrario, ahora es cuando vuelta á sí se dice : ¿entraste acaso Catalina á servir á Dios por los consuelos que reparte, ó por el infinito amor que se merece? Ahora que experimentas el penoso desvío de tus desdenes, has de mostrarte mas fina en su obsequio que en otras ocasiones. ¡ O llama seráfica ! Esto llamo yo pelear contra Dios, y vencerle como Jacob.

Porque de hecho se disipan las tinieblas que oscurecian á Egipto, y aparece una hermosa luz sobre esta tierra de Jesen. María santísima la recrea con su presencia, y la manda tomar por confesor al venerable Capua, hombre de literatura y de virtud : este es el Rafael que cura la ceguedad de este Tobías,

y la columna de fuego que le enseña los caminos derechos á la tierra prometida. Él es en adelante para esta vírgen lo que Gerónimo para Paula, lo que Gregorio para Gorgonia, lo que Francisco para Clara, lo que Benito para Escolástica, lo que Alcántara para Teresa. Catalina corre viento en popa tras los perfumes de su esposo, gozando de una apacible calma despues de borrasca tan deshecha. ¿Acabáronse por eso las aflicciones? ¡Ah! que la bonanza dura poco; vienen de tropel contra ella trabajos y peligros que afligen el fervor de su celo.

La Iglesia, este reino conquistado con la sangre del Cordero, se ha dividido en partes: las columnas del templo se estremecen, y parece quiere venirse á tierra. No se ha destinado una sola águila como en Ezequiel para que desentrañe la medula de este cedro: no un solo gusano que royese la raíz de esta hiedra como en Jonas. Todo el infierno ha derramado un torrente de ira y de furor sobre la mas noble porcion del cristianismo. Los Florentines se ponen en arma contra el papa, quieren tomar injusta posesion de la heredad del Señor. ¡Qué dolor! Este acaba con la vida de Gregorio XI. Los insultos prosiguen con la muerte de este padre de la paz. La Francia levanta un antipapa Clemente VII, en todo opuesto á Urbano VI, verdadera cabeza de este cuerpo visible. El cisma crece, los escándalos se multiplican, el rostro de esta hija de Sion está cada vez mas desfigurado.

Profundicemos este pensamiento. La Iglesia habia sufrido semejantes turbulencias en otros tiempos. En el siglo III el cisma de Novaciano, que intentó colocarse sobre el trono de san Cornelio. En el siglo IV los cismas de Ursino que intentó arrojar de la silla de Roma al papa Dámaso. El de Donato que tuvo la temeridad de ordenar obispo de Cartago á Mayorino, en perjuicio de Ceciliano que habia sucedido canónicamente á Mensurio. En el siglo V los cismas de Eulalio, nombrado pontífice por los favorecidos del prefecto de Roma, el de Laurencio, que quince años hizo frente al legítimo pontífice san Simaco. En el siglo VI los cismas de Dioscoro que quiso comprar la dignidad que por mérito no alcanzó, el de Teodora que quiso introducir á Vigilio en la silla de Roma, desterrado Silverio. En el siglo VIII el cisma de Constantino y Filipo que hicieron ver en Roma un monstruo de dos cabezas. En el siglo IX los cismas de Anastasio en la eleccion de Benedicto III, el de Sergio con-

tra Formoso, y el de Focio, lego intruso en la silla de Constantinopla en lugar de san Ignacio. Pero en vano molestaré vuestra atencion y mi memoria; no hallaré en la historia de los siglos mas que cismas particulares, ó de poca duracion; el cisma del siglo XIV afligió á toda la Iglesia por el espacio de treinta años. Tormenta deshecha de truenos, relámpagos y rayos en que no pocos perecieron.

¡O Dios! ¿Quién será el Noé que prevenga tablas á tantos miserables naufragantes? ¿Quién la paloma que anunciará la serenidad en tan gran diluvio? ¿Quién el Onías que restituirá á su esplendor el magnífico templo de la Iglesia? ¿Quién? la incomparable Catalina. Manda el cielo prontamente que tome sobre sí el peso de esta empresa. Moises temeroso de no desempeñar dignamente un cargo semejante, le renunció. ¿Quién soy yo, le dijo á Dios, para hablar á Faraon? Catalina llena de un espíritu superior, aplica su vigilancia, sus prodigios, su invencible paciencia para defender el pueblo nuevo, el sacerdocio real, la nacion santa que adquirió Jesucristo con su sangre. ¡Qué bellos son los piés, y qué gracioso el andar de esta evangelizadora de la paz! ¡Pero qué terribles los trabajos que padece! Experimenta sucesivamente aquella cadena de penalidades, cuya espantosa numeracion hace san Pablo: peligros de parte de los ladrones, peligros en la ciudad, peligros en la soledad, peligros entre los falsos hermanos, la pobreza, las vigilias, la sed, el frio, la desnudez; sin embargo, ella se sostiene, triunfa por la virtud de aquel que sabe hacer omnipotente la misma flaqueza.

La acechan en los caminos para quitarla la vida, pero ella vuela de Sena á Aviñon, de aquí á Pisa, de Pisa á Florencia, vuelve á la Francia, aparece en Luca, una y otra vez se deja ver en Roma. Veis ahí á otro Pablo.

El papa mira con indiferencia sus palabras, ella le responde seriamente, le escribe cartas llenas de celo y fortaleza. Veis ahí un Bernardo hablando al papa Eugenio. Fulmina el papa censuras, Catalina impide estos dardos de terror ya con súplicas, ya con amenazas. Veis ahí á otro Ireneo deteniendo la excomunion contra los Asiáticos en tiempo de san Víctor.

Los cardenales se burlan de ella en público consistorio; ella los confunde, los convence, los aterra. El antipapa Clemente se señorea en Francia. Catalina le hace funestos anuncios, si

no obedece al legítimo pontífice. Veis ahí otro Jeremías en presencia de los grandes.

Entra en Roma: los descontentos la silban y la desprecian. ¿Hasta cuándo quieres permanecer en tu simplicidad? la dicen como á Job. Mujer ilusa, ¿este es el fruto de tus ayunos? la dicen otros como á Tobías. Todo lo sufre Catalina, nada la acobarda. Exclama con el Apóstol: estoy cierta de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni los ahogos presentes, ni cuantos me pueden venir en adelante, ni la fortaleza, ni la altura, ni el abatimiento, ni otra criatura será capaz de separarme del amor que tengo á Jesucristo.

Atraviesa los desiertos como legada de la paz: alcanza que el papa transporte la silla de san Pedro de Aviñon á Roma: restituye á la Iglesia la gloria del Líbano, y la belleza del Carmelo y de Saron: hace accesibles los montes de dificultades, y las sendas impracticables las convierte en anchurosos caminos. Cumplióse por ella lo que está escrito: *Servavi te, et dedi te in fœdus populi ut suscitares terram, et possideres hereditates disipatas.* Alabadla cielos: *laudate cœli.* Rebosa de alegría, ó tierra santa: *et exulta terra:* contad los dias de vuestra alegría, ó montes: *jubilate montes.* El Señor ha consolado á su pueblo, ha restituido la paz; se acabó la afliccion, rebosad todos en avenidas de gozo: *Quia consolatus est Dominus populum suum.*

Dios, fiel en vuestras palabras, consolad igualmente á vuestra esposa Catalina: ya asegurasteis que llenariais de bendiciones de consuelo al que pelease con valor: practicadlo pues con esta afligida vírgen que ha sabido sostenerse en los peligros, y léjos de retroceder, emprendió hacer cuanto fuese necesario para proteger vuestra causa: *Accinxit fortitudine lumbos suos, et roboravit brachium suum.* Derramad sobre ella vuestros consuelos. Así conviene para hacer de ella la última prueba, y mostrar que si ha sido fuerte en los peligros, tambien lo fué en los cariños. Señores, este es el asunto de la

TERCERA PARTE.

Llenar á una alma de una dulce serenidad despues de una furiosa tempestad; llenarla de luces y consuelos despues de una

tormenta de nubes, es obra digna de aquel Dios, cuya providencia dominante da la paz despues de haber dado los males, y que abandonando á sus escogidos por algunos momentos, los vuelve á recoger en su misericordia. Pero ¡oh y con cuánta liberalidad! Es poco para este casto amante el poner su mano bajo sus cabezas, para que no caigan ni se lastimen. Es menester que los tenga abrazados con su diestra para que esten íntimamente unidos á él.

Es poco para este magnífico Asuero el dar á su bella Esther dos mujeres de honor que la sostengan en sus desmayos; es preciso que se levante él mismo de su trono, que se ponga delante de ella, y la diga con ternura: yo soy tu hermano, acercate á mí, y toca mi cetro.

Débiles imágenes, nunca representaréis sino muy groseramente lo que Jesucristo, el mas celoso de todos los esposos, el mas magnífico de todos los reyes, hizo á favor de Catalina. Fueron tantos los favores con que el Señor enriqueció á esta vírgen, que se atrevieron á decir á vista de ellos las expresiones mas valientes dos escritores respetables en la Iglesia por su ciencia y santidad.

San Antonio de Florencia dijo que apénas se hallarian en el mundo dos hombres que tuviesen tan continua y familiar conversacion uno con otro, como tenia Catalina con su esposo. El venerable Granada añadió, que habiendo leído en todas partes maravillas de la bondad divina, nada habia leído despues del misterio de la Encarnacion que le diera una idea mas completa de la caridad divina, que los hechos de santa Catalina, y los singulares privilegios que la concedió el Altísimo. Formaréis, señores, juicio de ellos por lo que voy á decir de los favores y privilegios de su entendimiento, de los favores y privilegios de su voluntad, de los favores y privilegios de su cuerpo. En todo hallaréis á Dios liberal, y á Catalina fuerte.

Favores y privilegios del entendimiento: aquellas luces extraordinarias, aquellas magníficas ideas, aquella sabiduría sublime son la primera prueba que os ofrezco de los cariños de Jesucristo con Catalina. Porque ¿cuán recomendable no es, cuán admirable la sabiduría con que fecundó el entendimiento de esta vírgen el Padre de las luces?

Sabiduría admirable en su principio. No fué Catalina instruída con el arte como un Cirilo, bajo la enseñanza de Teófilo,

patriarca de Jerusalen: no fué formada como un Atanasio, bajo la educacion de san Alejandro. No fué criada como el Crisóstomo, bajo la direccion de san Melecio; ni como Teodoreto, obispo de Siria, bajo las reglas del Crisóstomo. Jesucristo fué su único maestro. Él la llenó de aquel divino fuego, que descendiendo de las alturas instruyó á Jeremías. Él desde la juventud la enseñó como á David.

San Gerónimo deseó con ansia instruir en las primeras letras á la pequeña hija de Leta, gran matrona romana, aun balbuciente en el hablar. Esto que deseó san Gerónimo fué lo que practicó Jesucristo con Catalina. Aun no puede sostenerse en los piés, y ya la enseña él mismo el Ave María. Él mismo la enseña á leer, y en un solo momento de instruccion lee Catalina perfectamente los Salmos de David.

Jamas leyó esta vírgen la historia de los padres, y tenia perfecta idea de sus hechos. Nunca frecuentó las academias, y respondia á las mas difíciles cuestiones de la teología. Tu, Señor, tú la enseñaste desde su juventud: *Docuisti me à juventute mea.*

¿Y de aquí cuánta gloria para nuestra vírgen? Alejandro el Grande ponia gran parte de su gloria en haber tenido por maestro á Aristóteles. El emperador Teodosio llamaba felices á sus hijos Arcadio y Honorio, porque aprendieron bajo la direccion de Arsenio. El obispo de Neocesarea Gregorio se derramó en alabanzas del magisterio de Orígenes; ¿pues cuánto mas feliz es Catalina instruída por la misma sabiduría? Sí, gran Dios, bienaventurado el que tú enseñas: *Beatus quem tu erudieris.*

Sabiduría admirable en su extension. Salomon, tu corazon fué lleno de sabiduría é inteligencia, con tanta extension que le compara el Espíritu santo á las arenas que ocupan las márgenes del mar. ¿Qué importa si ignoraste en tus avanzados años toda la plenitud de la sabiduría, que consiste, segun san Agustin, en conocerse á sí mismo, y conocer á Dios? Catalina tuvo una y otra noticia con perfeccion, despues que su maestro Jesucristo la dió esta leccion: si conoces, hija, quien soy yo, y quien eres tu, serás bienaventurada. Yo soy el que soy, tu la que no eres. Leccion que aprendió tan de memoria, que fué el móvil de todas sus acciones, y el principio por donde Dios la hizo participante de aquella sabiduría con que todo lo penetra

como los serafines, con que todo lo advierte, lo predice, lo preve; parece otra María hermana de Moises; otra Débora, mujer de Lapidot: aquella sabiduría con que escribe diálogos que abrazan todas las materias de la divina Providencia, de la soledad del corazon, de la obediencia, de la discrecion, de la luz de la razon, de las obligaciones de los sacerdotes; diálogos, que escribió arrobada en éxtasis, y llena del Espíritu santo, segun público testimonio de su amanuense; aquella sabiduría con que escribió cartas llenas de sentencias, que en otros necesitaron años para concebirse, no bastándole á Catalina cuatro amanuenses á un tiempo para dictarles. Parece otro santo Tomas, ángel de las escuelas. En este abismo de sabiduría hallaréis exhortaciones que parecen de un Bernardo; misterios tan profundos, que por sí mismos manifiestan que fueron aprendidos sobre el pecho del Redentor. No fué otra la escuela del discípulo amado. Hallaréis producciones tan sólidas, que fueron capaces de convencer á los sabios mas ilustrados. De hecho: de la Catalina de Alejandría se dice que convenció con su ciencia á los gentiles; pero la de Sena á los teólogos mas famosos. Estos incrédulos, estos curiosos llegan á dificultar si su sabiduría es de Dios ó del diablo; la prueban, la examinan. ¡Incredulidad, este es el dia de tu ignorancia! Se convence, aplauden á Catalina como maestra de los teólogos, la consultan como á oráculo, y aprenden mas en una hora de su trato, que lo que habian aprendido muchos años en el Liceo. Dejadla, dijo un sumo pontífice á los cardenales que se mostraban contrarios, dejadla; no es mujer la que habla, sino el Espíritu santo.

Sabiduría admirable en su estimacion. ¿Cuánto aprecio no se ha hecho de los escritos de Catalina? Si Mariano Victorino y Erasmo hicieron notas á los escritos de san Gerónimo: si san Ambrosio consiguió á Pedro Namnio por expositor de sus obras: si fué honra para Agustin aquellos comentarios con que adornó Luis Vives los libros de *Civitate Dei:* si es gloria de san Gregorio Magno, que de sus obras sacase san Isidoro el libro de *Summo bono;* las epístolas y diálogos de santa Catalina han sido la regla de que se ha servido san Antonino de Florencia para componer gran parte de sus Moralidades: el venerable Capua dice que aprendió en ellos las reglas mas ciertas para dirigir las almas á Dios; y el arzobispo de Toledo, aquel que solo él bas-

taba para hacer grande é ilustre á la religion seráfica, el Eminentísimo Don Fr. Francisco Jimenez de Cisneros, hizo tanto aprecio de las epístolas de santa Catalina, que las mandó traducir á nuestra lengua, é imprimirlas á sus expensas, para que todo el mundo disfrutase de un tesoro que solo poseían los Italianos.

¿Juzgais á vista de luces tan recomendables que se dejaria llevar Catalina del aire de la vanidad, y que como la desdichada Eva se rebelaria contra el Criador que la habia enriquecido con mano liberal? Oídselo decir á Catalina: vanidad nunca, nunca: gloria y honra de Dios sí. Transportado aquí el venerable Granada, exclama: ¿quién no admira que una mujer ilustre en el teatro de toda la Italia, célebre por sus elegantes oraciones en público consistorio en Roma, y aplaudida por la Sibila de aquel siglo, pudiese decir con verdad: vanidad nunca, nunca? Tanta fué la fortaleza de Catalina, tal su espíritu, y tan grande su valor: no nos detengamos; mirémosla bajo otro aspecto.

Favores y privilegios de la voluntad de Catalina. Ya me habeis comprendido que hablo de aquellas llamas amorosas que abrasaron la voluntad y corazon de esta vírgen. Yo las contemplo como aquel horno que encendió la rabia de Nabuco para abrasar los tres niños, porque si esta excedió siete veces mas la voracidad de las llamas ordinarias, el fuego que ardia en aquel seno incendiado de una llama omnipotente, la adquirió un amor siete veces mas abrasado y mas privilegiado que el de las demas vírgenes de la Iglesia, pudiendo decir con razon haber mandado Dios que en este corazon *Succenderetur fornax septuplum*. ¡Ah! ¿Quién podrá averiguar los privilegios de este amor?

Amor privilegiado en la continuacion de su objeto. ¡Qué amistad tan estrecha entre David y Jonatás, entre Ruth y Noemí, entre Job y sus amigos, entre Chusai y David! El alma de Jonatás estaba unida á la de David: Ruth prometió á Noemí que moriria siempre con ella. Los amigos de Job apénas supieron su desgracia, vinieron á hacerle compañía. Chusai aseguró á David que todos los trabajos no podrian separarle de su amistad. ¿Acaso con estos ejemplares se puede comparar el trato, la amistad y familiaridad de Jesus con Catalina? No mentiria yo si dijese que Jesucristo no podia estar sin ella.

En todo tiempo la hace compañía: si Catalina reza, rezan ambos; si se pasea, se pasean ambos; si entra, si sale, entran

y salen ambos; si come, se brindan, se rien; si se aflige, la enjuga las lágrimas; si desea recibirle, la aplica la boca á la llaga del costado, de aquel costado de donde emanaron los sacramentos, segun san Agustin, y la dice: hártate de mi cuerpo y de mi sangre. Se hablan como un amigo con palabras tan penetrantes, tan vivas, tan eficaces, que al oirle se derrite Catalina, se liquida, se pierde en el seno de su amado. Se familiariza tanto Catalina en este trato con Dios, que ya le deja solo en su celdilla, ocurre á la necesidad que la llama, vuelve; pero ahí le encuentra.

Ya lo dije con san Atonino de Florencia; pero no importa, quiero repetir que ningun hombre ha tenido sobre la tierra con otro trato tan familiar y continuo como Jesucristo con nuestra vírgen. ¿Y esto de qué modo tan particular? Gedeon, el Señor estuvo contigo, el ángel te lo anunció. Salomon, el Señor te acompañó, así te lo aseguró David en su última bendicion. David, el Señor no te desamparó en la batalla, así te lo dijo Saúl; pero esta compañía fué por un efecto de la divina proteccion. Catalina, el Señor te acompañó, te consoló, te fortaleció, te custodió en figura corporal, como es en sí, con toda la claridad que se presenta á los bienaventurados en el cielo. Por ese fué su amor privilegiado en la claridad de su objeto.

No me verá el hombre miéntras vive, dijo Dios á Moises, que le pedia le mostrase la grandeza de su gloria. Ved ahí un lugar de la Escritura que ha puesto en prueba los entendimientos mas famosos sobre un punto de delicada teología, y es si alguno ha visto á Dios como es en sí en esta vida mortal. Sientan por la negativa Orígenes, san Ireneo, san Ambrosio: sostengo con san Agustin y el Angélico Doctor haber gozado de este privilegio Moises y san Pablo: ¿y se le habia de negar Dios á santa Catalina? Cuando á otros no lo hubiera concedido, hubiera roto el velo que le oculta á nuestros ojos para mostrar su hermosura á esta dichosa criatura. Lo hizo con ella, y no una vez como con san Pablo, sino muchas.

Paso en silencio tantas veces que fué arrebatado su cuerpo por el espíritu, participando de uno y otro rayo de aquella luz inaccesible. ¿Pero acaso podré disimular aquel rapto de tres dias y tres noches, en que transportada al cielo se halla en medio de los bienaventurados; bienaventurada ella misma, admira la felicidad que goza, se ve vestida de claridad y rodeada de gloria?

Allí el Cordero la abre el místico libro sellado con siete sellos. Allí comprende aquellas místicas medidas de que habla san Pablo. Allí descubre los misterios mas impenetrables de la Trinidad augusta, del poder de Dios, de la generacion eterna: *Pro certo teneatis quod vidit anima mea divinam essentiam.* Palabras son de Catalina á su confesor.

¿Qué no podemos decir ahora de la voluntad abrasada de Catalina? Nada diria si os hiciese una particular anatomía de sus éxtasis, enajenaciones, ímpetus, llagas repentinas de amor que la obligan á clamar, desfallecer y enfermar casi de muerte. Este fué el principio de la transformacion de Catalina en su objeto, último privilegio de su amor.

Señores: ¿qué es amor? Es, dice el águila de los doctores san Agustin, una especie de vida que identifica á los amantes; es un nudo que los une entre sí, dice el Ángel maestro; es una virtud que enlaza á los que se quieren, dice el seráfico doctor san Buenaventura. No os admireis pues, si me oís decir que Catalina se transformó en Jesucristo hasta sentir en su cuerpo todos los dolores y tormentos que de Jesucristo habian anunciado los profetas, y figurado las ceremonias. Vosotros comprendeis toda la extension de su amor.

De hecho, ella siente que la atan las manos con crueles ligaduras, que la dan una cruel bofetada, que la aprietan á las sienes una corona de penetrantes espinas, que carga sobre sus hombros la cruz, que la clavan en ella de piés y manos, siente tres horas de mortal agonía, espira, y á los tres dias resucita gloriosa. ¡O víctima! ¡ó mártir del amor divino! ¿Qué podeis desear mas? En verdad que no hay mas capacidad en el corazon humano. Con todo Dios la transforma en sí de un modo mas admirable. Mírala su confesor, y no ve sino un devoto Nazareno; aun no es esto lo mas particular. Admirado pregunta: ¿con quién hablo? *Quis est qui mecum loquitur?* y oye una voz que le responde: *Ego sum qui sum.* Yo soy el que soy.

¿A quién de las vírgenes de la Iglesia se concedió tal favor? ¿Qué justo ha podido decir con verdad: ¿Yo soy el que soy? El Señor ha concedido otros nombres á sus amigos, el de fuerte á Gedeon, el de grande á David, el de sabio á Salomon, el de Dios de Faraon á Moises; pero permitir que una criatura se atribuya aquel nombre terrible con que se hizo reconocer de Moises y obedecer de Faron: aquel nombre aun mas adorable

que el de Adonai, Jehovah, Elonim, El, Saddai, Elion, El-Sabaoth, Ja, Kyrios, Cados, Jab, Sabaoth: aquel nombre augusto, que segun una teología, le distingue de todo lo que no es Dios; el nombre admirable solo se concede á Catalina, porque se ha transformado en ella en un exceso extraordinario del amor.

Elevada nuestra vírgen en este trono de luces, nada le molesta mas que los consuelos, nada desea mas que los trabajos. Le ofrece dos coronas su querido Esposo, una de claridad y de gloria, y otra de espinas. ¿Cuál pensais que escogerá? La de espinas. La toma en la mano, y la aprieta á las sienes con tal violencia, dice san Antonino, que abre profundas heridas en su frente. Sí, dice Catalina, sean las coronas de gloria para los justos; para José, la corona de castidad; para Noé, la de perseverancia; para Abrahan, la de fe; para Isaac, la de obediencia; para Jacob, la de paciencia; para Moises, la de piedad; para Caleb la de diligencia; para Pablo la de justicia; ¿y para Catalina? Para esta vil criatura solo es propia la corona de espinas. Tal es su abatimiento entre los favores. Tal su ansia de padecer entre los mas abundantes consuelos. Demos fin á las grandezas de Catalina.

Favores y privilegios en el cuerpo. Señor, ¿aun os falta algo que dar á vuestra esposa? La liberalidad de Dios con Catalina no sufre reservas. Este Señor hizo heredero de su espíritu á su Padre, de su reino al buen ladron, de su amado Juan á su madre, de su sangre á los hombres, de su cuerpo á la tierra; solo reservó su corazon y sus llagas: esta era la herencia de santa Catalina.

Jesus desciende á ella, la abre el pecho, la saca el corazon, la introduce el suyo propio. Testigos de esta verdad son la cicatriz que se registra en su costado, y aquel lenguaje extraordinario con que se explica Catalina con Jesucristo. Ya no dice: guarda, Señor, mi corazon; por el contrario: guarda, Señor, tu corazon. Pudo decir con san Pablo Catalina: *Vigo ego, jam non ego.*

¡Qué campo tan dilatado se me ofrecia aquí para probar los prodigios de Dios con esta vírgen! Porque si miro segun la física esta mudanza del corazon, la hallo imposible: jamas han concebido los filósofos vida sin corazon; ni el mas pequeño movimiento en esta parte la mas principal de nuestro cuerpo, sin

padecer síntomas mortales: una gota de sangre, que huyendo la circulacion, caiga en el corazon, un aire sutil, un vapor tenue produce mal de corazon, gota coral, desmayos, deliquios. Si la miro en lo moral, ¿qué lengua es capaz de explicar la vehemencia de los afectos que la causa? Pero á mí no me queda otro arbitrio que exclamar con san Gregorio Niceno y san Bernardino de Sena: *O dulcis plaga per quam vita subintrat!* Admiremos otro prodigio no ménos singular.

Seráfico padre mio, Benjamin, el mas favorecido entre tus hermanos en el convite de José, Catalina va á entrar en parte de tu herencia; si no hubiera sido tan humilde, ya me temiera celos y resentimientos. Si el Apóstol se gloriaba de llevar sobre su cuerpo las señales de su Salvador: si la esposa le pedia por gracia á su esposo que él se aplicase á sí mismo en su corazon y en sus brazos como un sello, Catalina recibió estas prerogativas, Jesucristo la hace participante de sus llagas en manos, piés y costado. ¡Qué espectáculo no hubiera sido ver á Catalina como aquel ángel de quien habla san Juan, que apareciendo al lado del sol llevaba la señal de su Señor, que son las sagradas llagas! Pero Catalina pide encarecidamente á su Esposo que las oculte de la vista de los hombres: le pide que la haga sentir sus dolores; pero que renuncia desde luego sus resplandores y glorias.

¡Qué peticion tan extraordinaria! Ezequiel pidió la curacion de una enfermedad; David pidió la victoria contra sus enemigos; Júdas pidió fuerzas contra Lisias; Sara pidió la fecundidad; Salomon pidió la sabiduría; la madre de los Zebedeos pidió las primeras sillas para sus hijos; el pedir que se oculte el resplandor de las llagas, solo es súplica digna de santa Catalina, de esta illustre vírgen que gustó y conoció que para agradar á Jesus era preciso amar los abatimientos, los dolores y las penalidades: *Gustavit, et vidit quia bona est negotiatio ejus.* He concluido.

Sagradas vírgenes que me escuchais, dispensadme si ha sido yerro poner á vuestra vista un ejemplar tan elevado, que no le podréis dar alcance; porque ni ha podido ménos mi reconocimiento, ni pide otra cosa el elevado mérito de vuestra Madre. Con todo, no os acobardeis, arrancadla á lo ménos un pedazo de la capa, como lo hizo en otro tiempo Eliseo con Elías: *Attendite ad Abraham patrem, et ad Saram quæ peperit vos.*

Así llamo yo al incomparable y amantísimo padre santo Domingo de Guzman, de quien se glorió ser hija santa Catalina. Así llamo á esta incomparable vírgen, de quien vosotras sois hijas. Seguid los ejemplos de uno y otro, reunid en vuestros corazones aquel espíritu de caridad que animó tan ennoblecidos héroes, y postradas con nosotros ante aquel trono de gloria y de magnificencia, pidamos á su divina Majestad por la Iglesia de Roma y su cabeza visible, por esta ilustre ciudad, y por todos los pecadores, para que llamados á penitencia nos veamos por último en la gloria. Esta os deseo en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu santo. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SANTA CATALINA DE SENA.

(DE TRONCOSO.)

Certamen forte dedit illi Dominus, ut vinceret.
El Señor la empeñó en una lucha difícil, para sacarla vencedora.
Sapientiæ, c. 10. v. 12.

No es del gran Jacob, á quien el Espíritu santo apropia las palabras que acabo de pronunciar, de quien vengo á hablaros en esta mañana, católico y religioso auditorio. Vengo á tejer la preciosa aureola de una vírgen pura, de una inocente paloma, de un alma candidísima cuya hermosura mejor que la de la rosa plantada en Jericó, cuya gallardía mas admirable que la de la palma de Cades, arrebata las atenciones de todo el orbe cristiano. Celebro á una heroína que, uniendo á la debilidad de un sexo frágil la fortaleza mas varonil, luchó en batalla mas comprometida y peligrosa que aquel santo patriarca, no ya con un ángel celeste, sino contra los príncipes de las tinieblas, contra todo el poder del infierno, del mundo y de la carne. Aplaudo la fortaleza de una esposa de Jesucristo, que sin participar del arrojo de Judit, ni del regalo de Susana, ni de la indiscrecion de José (1), supo como estas almas grandes y magnánimas triunfar del espíritu inmundo y burlar todos sus ardides. Publico la constancia invencible de la que, cual otra Ana la Sacerdotisa, se hizo superior á las burlas y denuestos de Fenenas mordaces y malévolas; de la que como otro Moises, abando-

(1) *Hablo el lenguaje del P. S. Ambrosio, el cual si bien elogia el admirable ejemplo de castidad de este santo Patriarca, dice no obstante que es preciso excusar su indiscrecion en haber entrado solo en el aposento de su señora.* (*S. Ambr. lib. de Joseph.*)

nada, y expuesta por la crueldad de sus mismos padres, supo salir ilesa de entre las aguas de la corrupcion para ser conductora de un pueblo escogido; de la que como Job probada y atribulada con todo género de dolores y adversidades, ni un instante hubo que no alabase y adorase la mano del Señor. Todo esto y mucho mas me representa la grande y singular Catalina de Sena, á quien el Dios de las virtudes escogió en el siglo XIV para hacer ver al mundo los prodigios de su excelsa diestra, y dar á los hombres un ejemplo de lo que puede la gracia en las criaturas, cuando estas saben corresponder fieles á sus divinas inspiraciones. En esta ilustre vírgen parece plugo al Omnipotente derramar con la mayor profusion los inagotables raudales de sus divinos dones. Cuanto de mas grandioso y admirable puede concebirse en los héroes de la religion, hállase reunido en la humilde vírgen de Sena. El celo del apostolado, la sabiduría del doctorado, la intrepidez de los mártires y el retiro de los solitarios, brillan en ella en un grado superior. Ella fué el oráculo infalible de la silla apostólica, la pacificadora de los pueblos amotinados contra el Vaticano, la mediadora entre el jefe de la iglesia y sus súbditos rebeldes, la restauradora de la unidad católica, el terror del cisma, y por reasumirlo todo en la expresion de un sabio pontífice, *el compendio de todos los santos* (1).

Pero no es esto lo que mas me maravilla, ni lo que debe llamar hoy vuestra atencion. No juzgueis que en el seno de la paz llegase Catalina á tan alto grado de heroísmo. Desde su misma cuna hubo de luchar contra monstruos horrendos; cual otro David tuvo que habérselas con leones hambrientos y con enormes gigantes; tuvo que combatir contra la perfidia de Saúles traidores y contra la malignidad de Semeis maldicientes. En suma, católicos, la vida de esta insigne vírgen fué una continua pelea en la que adquirió los mas preciosos triunfos: *Certamen forte dedit illi Dominus, ut vinceret.* Bajo este carácter os la voy á presentar en esta mañana para vuestra edificacion y ejemplo. Clasifiquemos sus combates en dos especies. 1.ª *Combatió contra el mundo, contra el infierno y contra sí misma, y adquirió la corona de vírgen y de santa.* 2.ª *Combatió contra*

(1) *Así llamó á nuestra santa el sumo pontífice Pio II. Garc. tomo 2 pág.* 165.

el error y el cisma, y mereció la diadema de defensora invicta de la verdad y de la iglesia. Ved aquí el asunto de mi discurso.

¡Gran Dios, que tanto ensalzaste á vuestra insigne heroína! séanle gratas las flores que mi lengua torpe y balbuciente se propone esparcir sobre el altar santo consagrado á honrar su memoria. A tí se dirige todo el honor y la gloria toda que de las grandezas de Catalina resulta á tu divina esposa la iglesia. A este único fin enderezo yo mi discurso, y para obtener las gracias necesarias á su buen desempeño, elevo mi voz hácia el solio de la augusta vírgen de vírgenes, y la saludo tiernamente con las palabras del ángel : *Ave María.*

PRIMERA REFLEXION.

Ninguno ciñe la corona, dice el grande apóstol, sino despues de haber combatido denodadamente (II. *Timot.* II. 5.) La ilustre vírgen Catalina combatió desde su infancia, combatió sin cesar durante el curso de su vida, y combatió contra enemigos tanto mas temibles y peligrosos, cuanto que moraban con ella, sin poder de ellos desprenderse. Decir que combatió con el mundo, no es decir únicamente que su lucha se limitó á hacer frente á los mentirosos encantos con que este convida á los mortales á embriagarse del vino de la prostitucion en la dorada copa de Babilonia. Este émulo encarnizado de la virtud se sirvió contra Catalina de los mas poderosos auxiliares. De sus mismos padres hizo los principales instrumentoss para probar la constancia de esa tímida doncella ; de la hermosura con que la adornára naturaleza, formó los mas fuertes lazos para hacerla caer en los extravíos de las hijas de Jerusalen ; de su piedad innata, de su virtud anticipada formó el fondo de una persecucion la mas cruel y decidida que pudo imaginarse. El mundo en suma armado de todas sus concupiscencias, pertrechado de todos sus ardides, y contando con la cooperacion de cuanto mas podia influir en la tierna alma de la vírgen de Sena, la presentó el mas duro combate tan luego como advirtió que aquel corazon estaba formado para Dios.

En efecto, al ver á Catalina que apénas ha aplicado sus labios al pecho de su nodriza, se desprende ya de él ilustrada con un rayo de celestial conocimiento que la hace apercibirse de las costumbres relajadas de aquella mujer ; al ver que aun no cuenta

un lustro de edad, y ya Sena la aclama unánimemente santa; al ver que sus balbucientes labios que casi no saben pronunciar otras palabras, no se cansan de repetir la salutacion angélica, gozándose en alabar de contínuo á la vírgen de vírgenes: ¿qué concepto podia formar de esta niña el enemigo comun de todo lo bueno? ¿Cómo no habia de mirarla con torbo ceño, y prevenirse desde entónces para atacar en brecha aquella muralla, débil entónces, pero que un dia pudiera hacerse inexpugnable?

Te engañas, empero, ¡oh mundo fementido! Esa niña está destinada á cubrirte de oprobio y de eterna confusion. Cual muro de bronce rechazará tus ponzoñosos tiros, porque la defiende el amor de Jesucristo, á quien ha hecho una donacion perfecta de todo su ser; y el amor es mas fuerte que la muerte misma. (*Cant.* VIII. 6.) Tal vez conseguirás que esa mal aconsejada doncella, cediendo á las instancias y mandatos de sus padres, adorne sus cabellos y se vista con galas que repugnan á sus designios y que en su corazon detesta. Mas no tardarás en verla adoptar la mas generosa resolucion, cortar á raíz sus doradas madejas, y cubrirse como Sara de un velo que haga su lindo rostro inaccesible á las impuras miradas de los lascivos moradores de Egipto.

Desencadénense en buen hora las furias del averno al verse ya vencidas, cuando apénas comenzaban á celebrar su victoria. Apelen á la mas extraña violencia los padres de Catalina, al ver derrotados sus proyectos de enlace con un jóven de lo mas distinguido de aquella ciudad. ¡Ah! la impávida vírgen ha visto á Jesus el mas hermoso de los hijos de los hombres; con él se ha desposado con un juramento irrevocable, con él ha trocado su corazon; está señalada con la marca indeleble de su divina diestra; ¿qué tendrá pues qué temer? ¿Que la persigan, que la insulten, que la maltraten, que la escupan al rostro? ¡Ah! nada mas dulce para un alma que no ansía sino la cruz de su divino Salvador, y cuyos padecimientos forman sus mayores delicias. ¿Temerá que la priven de su silencioso retiro y de las inefables dulzuras de la oracion? Catalina tiene en su pecho un templo do el esposo de su alma mora de continuo, y en donde como la esposa de los cánticos se embriaga con su amado de aquel licor que engendra vírgenes, y cuya suavidad excede á la que destilan los racimos de Engaddi. ¿Temerá en fin que la ocupen en los mas ínfimos servicios domésticos, y que como

á la mas despreciable esclava lancen sin cesar contra ella los mas amargos denuestos? Catalina no tiene otras miras que el Calvario, no ambiciona mas honor que la virtud; y la virtud no se encadena aunque el cuerpo gima bajo la mas innoble servidumbre. De este modo la inocente doncella lucha contra el mundo, le vence, le pone en derrota, y ciñe la preciosa corona de la virginidad á despecho de la carne y de la sangre y de los encarnizados combates del oro seductor, de la belleza encantadora y de los placeres alucinadores del siglo.

Pero aun la esperan nuevos combates, mas recios aun que los primeros, y triunfos tambien de todo punto mas gloriosos. Vencedora de sus enemigos domésticos, huye la vírgen magnánima de la prostituida Babilonia á cuyo infame cáliz no ha llegado sus castísimos labios, y deseosa de unirse estrechamente con su amado, corre presurosa á buscarle en la tercera órden de santo Domingo. Sube á aquel santo monte, y ceñida de cilicio y cubierta del tosco sayal de los predicadores, emprende una vida que pudo admirar á los héroes de la Tebaida y del Egipto. Silencio contínuo, ayuno constante, asperezas horrorosas, oracion no interrumpida, sueño corto y este sobre la dura tierra, tales eran las ocupaciones de Catalina en aquel dichoso albergue de la inocencia. Mas ni aun esto es suficiente para preservarse de los ataques del horrible Asmodeo. Bien así como si esta pura é inocente vírgen fuese el único blanco á donde se dirigiera toda la saña del infierno, mírase repentinamente acometida por todas partes de fuertes tentaciones que ponen su corazon virginal en el mas inexplicable tormento. Donde quiera ve levantarse los inmundos vapores de aquel fuego que redujo á pavesas las ciudades nefandas; imágenes lascivas, fantasmas impuros, cuanto de mas abominable y feo, cuanto de mas incitador puede inventar en este género el espíritu de lascivia, represéntase sin cesar á su fantasía: y aun sus sentidos, sus ojos, sus manos parecen ver y palpar aquellos objetos de abominacion. ¡Qué angustia para un corazon tan limpio! ¡qué tormento para un alma tan cándida! Nada de esto es sin embargo bastante para vencer á Catalina; su fervor redobla en proporcion del peligro; cuanto mas arrecia el combate, mas se aumenta su valor y sus precauciones. Embraza el yelmo de la salud; la fe, la esperanza y la caridad hácenla impenetrable á los tiros del inmundo Python; la dura disciplina, el

áspero cilicio, las cadenas aceradas, la abstinencia total de toda clase de alimento, si bien debilitan su carne inocente, robustecen su espíritu y la dan un valor sobrehumano. Ya el enemigo comienza á dudar de su triunfo; evoca á sí todo género de auxiliares, muda de armas, cambia los planes de ataque; aquí la azota, allí la abofetea; ora la arrastra por el suelo, ora disloca sus miembros con furibundos golpes. Entre tanto Catalina asida á la cruz de su divino Salvador, firme como roca azotada de las furiosas oleadas del embravecido océano, ni un instante aparta su corazon de aquel de quien espera el auxilio: llora, gime, suspira, ruega..... ¿y podrian no ser escuchados sus acentos? No; el divino esposo satisfecho de la constancia y fidelidad de su amada, hace cesar la tempestad; calma los furiosos vientos de las pasiones, despeja el horizonte sombrío de aquella alma... ¡Mas ay! ¿qué dije? No, el alma de Catalina, si bien libre de aquellos impuros fantasmas que la afligian, hállase cubierta de una nube que la impide la vista de su amado. Este no la ha libertado de las garras de Leviatan, sino para abandonarla á sí misma. En vano corre en pos del esposo á traves de los montes de Amaná; por todas partes pisa espinas y abrojos; si le llama, no es escuchada; si pregunta por él, no halla quien la responda; no hay para Catalina un profeta que la señale el camino de la ciudad santa; su mismo confesor la llena de confusion. Sequedad, tinieblas, abandono cruel, martirio de amor padece el corazon de aquella vírgen tan fiel á su divino esposo. ¿Quién podrá concebir lo terrible de este combate?

¡Dios justo! Ved á vuestra esposa cual otra Jerusalen desconsolada y abrevada de agenjos amarguísimos. Enviad á un Moises que endulce las ingratas aguas de Marat; suscitad un Ruben que la saque de esa hoya profunda dó la arrojara el desconsuelo indefinible de su alma; no tardeis en facilitarla un Rafael que la dirija por los escabrosos senderos del desierto. Al ménos, Señor, ¿no habrá para Catalina un ángel que la suministre el pan de los fuertes, para que robustecida con él pueda subir hasta la cima de la montaña santa de Dios? ¡Oh desconsuelo sin igual! Ni aun esto le es concedido á nuestra fervorosa vírgen. El cielo permite que el gran Raimundo de Capua su director espiritual, contribuya tambien á labrar la corona de Catalina; mándala que se aparte del sagrado convite en donde

ella tenia todo su consuelo; la priva de la sagrada comunion, y á esta privacion tan sensible, añade el precepto formal de que se alimente con manjares que puedan restablecer su quebrantada salud.

Jamas la fervorosa vírgen se vió en situacion mas angustiada; nunca fué mas recio el combate, ni mas terrible la lucha de su corazon. ¡Privada de recibir la sagrada eucaristía, la que por espacio de tanto tiempo acostumbraba á llegarse diariamente á la mesa de los ángeles! ¡la que desde el miércoles de ceniza hasta la Ascension del Señor no habia probado otro alimento que el cuerpo adorable de su Salvador! Vengan aquí esas almas que, afectando una devocion superficial, acostumbradas á no someterse sino á su propio capricho, sienten las mas crueles inquietudes y aun se atreven á murmurar de sus directores espirituales, cuando se les priva de la comunion sagrada. Aprendan de Catalina la verdadera virtud, que consiste en una ciega obediencia á los preceptos de los que ocupan el lugar de Dios. Verán á esa esposa de Jesucristo hacer el sacrificio mas perfecto de su voluntad, callar, padecer y obedecer con la resignacion mas sublime al mandato de su confesor. Lanzará cuando mas suspiros amorosos hácia su amado; le dirá que desfallece de amor; pero ¿desviarse un punto de los deberes de la obediencia?.... jamás. Aunque cada bocado que llega á sus labios sea un veneno que la pone en la mas mortal angustia; aunque desde entónces experimente á cada instante vómitos y náuseas que la ahogan, ni aun se atreverá á hacer de esto un motivo para pedir dispensa del mandato que se la ha impuesto. Entre tanto, sigue constante en sus austeridades y en los ejercicios de la mas heróica caridad. Aquí la vereis zambullirse en agua hirviendo de donde sale hecha una llaga universal; allí atormentar su carne con tres flagelaciones sangrientas por espacio de hora y media cada noche; ora lamiendo la podre que manan las llagas de los enfermos á quienes prodiga sus mas amorosos cuidados; ora aplicando á su pecho los miembros de una mujer cubierta de asquerosa lepra. ¿Y pensais acaso que la virtud de Catalina estuviese exenta de la mordacidad y de la calumnia? No; los mismos con quienes ejercitaba estos actos heróicos de beneficencia fueron los primeros en desacreditarla con rumores sospechosos, vertiendo por todas partes acusaciones las mas

injuriosas á su inocencia. Los unos la tratan de disoluta y relajada; los otros de fanática y visionaria; estos la insultan, aquellos la zumban; y hasta llegan á juzgarla poseída del demonio.

¿Y dormis todavía, oh vos, el amante de las almas justas? ¿Y no os acordais de vuestra purísima esposa Catalina? ¿Habeis determinado dejarla abandonada para siempre? Mas no, católicos, cerca está el dia del triunfo. Dejad que Jesucristo imprima sus llagas en su amada esposa; dejadle que traspase su mano derecha con un clavo, y rasgue su pecho con indecible dolor; dejad que sobre la montaña de Hermon ciña su frente con una corona de espinas, que esa pura vírgen ha preferido á la corona de fragantes rosas; ya nada falta: bien presto la llamará á la cumbre del Tabor para coronarla de la preciosa aureola de gloria y de regocijo celestial. En efecto, disípanse los antiguos nubarrones que ennegrecian su alma; Jesus la deja gustar de su preciosa vista, y la permite llegue con sus labios á su sacratísimo costado; María la embriaga del suavísimo néctar de sus virgíneos pechos; celestes inteligencias la suministran el pan del cielo; Raimundo de Capua admira la virtud prodigiosa de su hija fidelísima; todo el mundo respeta su santidad; los que un dia cual fieros canes mordian su conducta intachable, la miran como un portento. Catalina, en fin, combatiendo contra el mundo, contra el infierno y contra sí misma, adquiere la corona de vírgen y de santa. Ved aquí lo que me propuse probar en la reflexion primera. Concluyamos haciendo ver que combatiendo contra el error y el cisma, mereció la diadema de defensora invicta de la verdad y de la iglesia. Esto será asunto de la

SEGUNDA REFLEXION.

En todos tiempos se ha visto afligida la esposa inmaculada del Cordero; no ha habido siglo en que enemigos mas ó ménos disfrazados no hayan abierto hondas heridas en el seno de esa madre comun de los predestinados. Pero el siglo de Catalina de Sena se presenta en la historia como un negro cuadro, aflictivo al par que horroroso. Trasladada la silla de san Pedro á Francia por Clemente V por los años de 1305, continuaba rigiéndola en Aviñon Gregorio XI en 1371. Trabajada por un largo cisma la iglesia de Jesucristo habia gemido inconsolable, y no hallaba

consuelo alguno la hija de Sion en medio de enemigos que por donde quiera la asediaban y amenazaban la ruina total de la unidad católica. Vióse á los florentinos dividirse en facciones y banderías, negar la obediencia al papa, y formar clubs secretos en donde se maquinaba despojarle de la soberanía temporal. En vano lanza rayos, fulmina anatemas y multiplica las censuras: la efervescensia cunde, el fuego se propaga, y los nuevos Asirios juran exterminar al pueblo de Dios.

Entónces fué cuando se vió á una nueva Judit salir á la liza para combatir contra el error en defensa de la Iglesia católica. No contenta Catalina con llorar en el silencio del santuario la ruina de la Jerusalen militante; despues de haber, cual otro Jeremías, levantado hácia el cielo sus puras manos, pidiendo al Señor no permitiese que su heredad santa fuese hollada por los incircuncisos é inmundos, preséntase llena del celo de los Neemías y Esdras ante los promovedores de las turbulencias que hacian bambolear los muros de la ciudad del Dios de Sabaot. Animada por el mismo Jesucristo, corre á Florencia y exhorta á sus habitantes á deponer su furor contra la silla apostólica; vuelve hácia los Alpes, atraviesa sus enormes cordilleras, llega á Aviñon, y habla al papa Gregorio el lenguaje severo de la verdad. Tan pronto está en Roma reconviniendo á los miembros del sagrado colegio que fomentan la escision, como en Pisa, en Luca y en todas las ciudades de Italia, predicando penitencia y exhortando á la unidad.

¿Qué importa que los florentinos la acechen para asesinarla, ni que los cardenales la insulten, ni que un populacho bárbaro y soez la siga en pos, gritando á voz en cuello que es una ilusa, una fanática, tan perjudicial á la iglesia como á la sociedad! Por mas que el mismo papa la arroje de sí con desprecio; aunque todo el mundo se conjure contra ella, no desistirá de su empresa: luchará contra el error, combatirá contra el cisma. Está autorizada por el mismo autor y fundador de la Iglesia para defender sus derechos; está destinada para ser la que reconstruya sus muros, y liberte á su pueblo de sus enemigos, y no descansará hasta haber dado cima á este gran negocio. ¿Se opondrán á ello las pasiones de un hombre ambicioso que á todo precio intenta justificar su intrusion en el rebaño de Jesus? Catalina como otro Nathan á David, le dirá: tú eres el que has arrebatado esa oveja inocente que formaba las delicias

de su dueño; no pertenece á tí su posesion. ¿Intentará impedirlo una nube de amotinados que saliendo del castillo de Sant-Angelo armados del acero, proyectan poner fuego á la nueva Bethulia y sembrar en su seno la desolacion y la muerte? Catalina como otra hija de Merari vencerá á su caudillo, y bien presto veréis la cabeza del error, como la del antiguo Holofernes, colocada sobre las murallas de la ciudad, y á sus habitantes celebrando con cánticos de júbilo el triunfo de la unidad y de la libertad de la iglesia.

No tardó mucho en realizarse esto. Florencia que ántes la habia despreciado, y con furor y encarnizamiento inaudito intentara asesinarla, se persuade que ninguno era tan á propósito como esta heroína invicta para llevar á cabo el negocio de reconciliacion con la santa sede que habia concebido. La llama, y revistiéndola del carácter de mediadora, envíala como la paloma que ha de traer á sus habitantes el verde ramo de oliva, símbolo de bonanza y de paz despues del diluvio de males que habian inundado aquella floreciente provincia. Catalina se presenta al pontífice; este, conociendo la extraordinaria virtud de aquella alma grande y generosa, la constituye árbitra del negocio, y por su mediacion los florentinos vuelven al seno de la unidad católica.

Los prodigios siguen donde quiera los pasos de esta ilustre vírgen. No satisfecho su ardiente celo con este triunfo, aspira nada ménos que á restituir á Roma la silla de san Pedro. Cuanto no trabajó para la asecucion de este gran designio! Tenia que luchar con mil preocupaciones que el tiempo habia arraigado hondamente en el corazon de los franceses; era menester vencer mil dificultades que oponian á cada paso hombres poderosos é influyentes, interesados en sostener sus miras ambiciosas, que pendian de la permanencia de la corte pontificia en Aviñon. Colosal era el proyecto, y su desenlace ofrecia al parecer riesgos insuperables. Empero todo lo vence el Señor por medio de su sierva Catalina. Gregorio XI no puede por mas tiempo resistir á lo que juzga una voluntad manifiesta del cielo. Una prediccion de nuestra santa que revela los recónditos pensamientos del corazon del pontífice (1), acaba de determinarle á

(1) *Véase Croisset. Vida de santa Catalina de Sena. Año cristiano. Tomo IV, pág. 585, edic. de Madrid,* 1781, *y Florez, Clave historial, siglo XIV, pág.* 240.

llevar á cabo su pensamiento; y en 1373 (1) restituye á Roma su silla, con gozo universal de los buenos católicos que tiempo hacia derramaban amargo llanto, al ver la ciudad santa desposeida de aquella cátedra eterna que en su seno fijó el príncipe de los apóstoles.

Renuévanse los males de la iglesia y en proporcion de su gravedad, se reanima el celo de Catalina. La muerte del papa Gregorio da lugar á una nueva escision. Su sucesor Urbano VI mírase rodeado de enemigos que aclaman en su lugar al cardenal Roberto con el nombre de Clemente VII (2). El legítimo pontífice cual otro David abandona su palacio; errante y fugitivo no halla seguridad alguna, y ni aun casi tiene un Jonatas que alivie sus penas y le prodigue su amistad. Entre tanto la esposa del Cordero gime en una triste viudez, y solo Catalina es la que con valor nunca visto trabaja en reparar los daños causados á la Sion santa por los incircuncisos filisteos. Escribe á unos, exhorta á otros; su erudicion extraordinaria admira á los mas prevenidos contra ella; su sabiduría toda del cielo convence á los mas adictos al cisma; sus cartas á los cardenales, á los obispos, á los reyes y príncipes cristianos, destilan la miel suavísima de la divina teología; á todos persuade, á todos confunde, á todos llena de pasmo y admiracion con sus escritos; sus palabras son dardos centellantes que traspasan el corazon del monstruo del error; la verdad sale de entre las tinieblas como la hermosa aurora prósaga del sol vivificador de toda la naturaleza. Llega por fin el dia apetecido: el supuesto pontífice sucumbe al golpe de la sañuda parca; los cismáticos abandonan sus guaridas y van á esconderse entre las sombras de la noche como los monstruos de los bosques; el verdadero padre de la Iglesia vuelve á los castos brazos de su legítima esposa; Roma se despoja de las vestiduras de luto y celebra el advenimiento de su supremo pastor con júbilo extraordinario; Catalina recibe las bendiciones de todos los pueblos, y combatiendo contra el

(1) *Sigo en este cómputo al P. Croisset, vida de santa Catalina de Sena. Florez en su Clave historial, siglo XIV, pág. 240 dice que la restitucion de la silla apostolica de Aviñon á Roma se verificó en 1377. Sea lo que quiera de esto y de las opiniones de otros varios historiadores, siempre se salva lo sustancial del hecho y la cooperacion de santa Catalina, en que todos están contestes.*

(2) *Florez, Clave historial, siglo XIV, pág. 240.*

error y el cisma ciñe la aureola de defensora invicta de la verdad y de la Iglesia.

¡Llenaste tu mision, heroína invencible! Tu vida corta para el mundo, está colmada de méritos para el cielo. Abandona, pues, esta tierra de quebranto, y vuela cual cándida paloma á ornar tus sienes con la duplicada corona que has reportado en los duros combates en que te empeñó el supremo remunerador. El esposo castísimo de tu corazon te llama desde la cumbre de la celestial Sion; millares de vírgenes purísimas le siguen en pos cargadas de verdes laureles destinados á solemnizar tus triunfos. Lánzate al seno amoroso de aquel Jesus cuya imágen llevas impresa en tu alma y en tu cuerpo virginal.

Así es, católicos oyentes, Catalina en la edad de treinta y tres años, pasa de esta vida á la eterna despues de haber edificado al mundo con sus virtudes, ilustrádole con su doctrina, y dejado en pos de sí una numerosa posteridad de hijas engendradas en Jesucristo, que en sucesivas generaciones vienen honrando la tercera órden del gran patriarca santo Domingo, émulas de la perfeccion de su ilustre madre.

Loor eterno á tí ¡oh Dios de las vírgenes! Bendicion sin fin á tí que con magnificencia tanta ostentas el poder de tu gracia en unos vasos débiles. No te olvides Señor de los que reunidos hoy en tu santo templo venimos á celebrar la grata memoria de tu amada esposa Catalina. Como ella tenemos que luchar contra el mundo, contra el infierno y contra nosotros mismos; y aun mas de una vez se nos ofrecerán combates que sostener contra el error y el cisma, que desgraciadamente amenazan con frecuencia á la iglesia nuestra madre. Fortalecednos, pues, con vuestros divinos auxilios para que triunfando á ejemplo de vuestra ilustre vírgen de toda clase de enemigos, merezcamos como ella recibir la corona inmortal en la eterna bienaventuranza de la gloria.

SERMON [1]

DE LA BEATA CATALINA TOMAS.

(DE BORDOY.)

Cujus memoria in benedictione est.
Su memoria se conserva en bendicion.
Eccli., *c.* 45. *v.* 1.

Si el simple recuerdo de los héroes profanos de la antigüedad excita en algunos hombres sentimientos de placer y admiracion, dejándose arrebatar de las imágenes brillantes que á cada paso en su historia se ofrecen, ¿cuáles deberá causar en el corazon del cristiano la maravillosa y continuada serie de sucesos, que unos en pos de otros se suceden en los héroes del cristianismo? El corazon del hombre, naturalmente sensible á los rasgos de beneficencia que en favor de la humanidad se dispensan, no puede dejar de conservar una grata memoria de los que ocupados únicamente en el servicio del Altísimo, derramaron ante su divina Majestad ardientes y fervorosos votos por su prosperidad, y le dejaron memorables ejemplos de virtud que imitar. Y si registramos el grande libro, en donde se conservan escritos con mano indeleble los caractéres que distinguian á unos héroes de los otros, luego distinguiremos cuáles son los acreedores de nuestras alabanzas, y cuyos nombres deban ser bendecidos de generacion en generacion hasta la mas remota posteridad. Olvidemos enteramente á los Alejandros y á los Césares, quienes mas propiamente pueden llamarse azotes de la humanidad afligida, que no númenes tutelares de la inocencia y de la paz. Monstruos fueron, que el cielo en su cólera vomitó contra la tierra. En triunfo corrian delante de ellos la espada, la desolacion, y la muerte. Reinos enteros devastados, ciudades opulentas destruídas, fértiles campos talados, perseguida

(1) *El lector ha de tener presente que este sermon fué compuesto y predicado en Palma de Mallorca, á cuya isla se hace alusion en algunos párrafos.*

impunemente la inocencia, hollada con descaro la justicia, y la virtud menospreciada; ved aquí el cuadro horroroso que presentan á nuestra consideracion estos héroes decantados, y cuyos nombres pronuncian con cierta veneracion esos insensatos que no saben juzgar ni del mérito, ni de la virtud. Esos grandes montones hacinados de cuerpos muertos, víctimas sacrificadas á su ambicion, son unos monumentos nada equívocos de su furor y venganza; ó por decir mejor, son un padron eterno de su infamia y de su barbarie.

Borremos pues, señores, del número de los grandes hombres á esos infames conquistadores del universo. Sus nombres sean para nosotros nombres de infamia y horror, y nuestras bocas no los pronuncien sino acompañados del odio y la execracion. El Dios de las venganzas pronunció sobre ellos su oráculo; y despues de haberlos comparado á los altos y pomposos cedros del Líbano, que aplicada sobre ellos la hacha ó la segur, pierden aquel vigor y lozanía que arrebataban la atencion del viajero, y se confunden entre la polilla y el polvo, los envuelve con los demas impíos en el castigo horroroso de fuego y azufre que va á derramar sobre sus cabezas; y asegurando por su Profeta que su memoria ha sido un sonido que pasó con ellos, dice tambien que los vivos y los muertos, los padres y los hijos, los nietos y bisnietos, y los que de estos nacieren, maldecirán eternamente sus nombres. ¡Gran Dios! así manifestais á los hombres vuestra santidad y justicia, y les dais una leccion evidente de que, no la memoria de los impíos, sino de los que os sirven y os aman debe conservarse en bendicion, y ser en gran manera engrandecida con loores y alabanzas.

Pero ¡ qué lenguaje tan diferente debe usar el orador cristiano, cuando recorriendo los anales de la Iglesia, se le ofrecen aquellos verdaderos aradores del Eterno, que separados del tumultuoso mar de Babilonia, levantan sus manos puras al cielo, dirigen sus votos por la salud del universo y rinden al Cordero, que está sentado sobre todos los tronos, los mas sinceros homenajes de su corazon! Entónces las expresiones mas lisonjeras de gratitud y amor suceden á los apodos y dicterios con que cargamos á los verdugos de la humanidad. Nuestra memoria recreada continuamente con las miras benéficas que los animaban, y con los puros sentimientos de paz y tranquilidad que manifestaban, recorre sin cesar las personas y los hu-

gares que fueron el majestuoso y sublime teatro de sus heróicas acciones. ¡Venid, ó impíos, y avergonzaos! no veréis ni aprenderéis de ellos vuestra desenfrenada incontinencia, pues ellos son castos: vuestra desenvoltura y libertinaje, pues ellos son religiosos: vuestros robos y vejaciones, pues ellos son justos: vuestros proyectos de elevacion y grandeza, pues ellos son humildes: vuestros disturbios y discordias, pues ellos son pacíficos: vuestros odios y venganzas, pues ellos son caritativos: finalmente, veréis en ellos confundida para siempre esa vida estragada y viciosa que llevais con las costumbres las mas inocentes, con los modales los mas sencillos, y con la moral la mas pura.

Títulos eternos de agradecimiento conservan todos los pueblos y naciones á esos héroes del cristianismo. Y cuando no fuera el máximo de los beneficios haberles anunciado la palabra del Señor, y enarbolado sobre sus murallas el estandarte de la cruz, tantos hospitales que fundaron para el alivio del desgraciado; tantas casas de misericordia que instituyeron, asilos seguros del miserable; tantos seminarios que levantaron para la enseñanza de la juventud; tantos templos que erigieron, en donde se adora con dignidad al Eterno; y despues de todo esto, campos áridos que fertilizaron; ciudades invadidas del enemigo que defendieron; incendios voraces que apagaron; inundaciones repentinas que contuvieron; discordias sangrientas que apaciguaron; pestes malignas que cortaron; en una palabra, beneficios temporales, beneficios de gracia, que alcanzaron; estos son los obeliscos y las pirámides que se conservan de su carácter benéfico y bondadoso, y que obligaron á los pueblos y naciones á bendecir los dias de su nacimiento, á adornar con rosas y perfumes los lugares de sus sepulcros, y á engrandecer sus nombres con cánticos de loor y alabanza. Vuestra es la gloria y el honor, Dios mio, que así engrandeceis á vuestros siervos; que despues de haberlos abatido y humillado, los ensalzais hasta el colmo de la grandeza.

¡Felices nosotros, oyentes mios, que por un efecto de la singular predileccion con que siempre nos ha mirado y favorecido como á su escogido pueblo el gran Padre de las misericordias, tenemos la gran felicidad de registrar en los anales de nuestra historia un sinnúmero de hijos, vástagos preciosos de nuestros mayores, que con sus heróicos ejemplos han fertilizado y ale-

grado nuestro suelo, y que han formado despues la corona que ceñimos de gloria y honor! No hemos sido un pueblo oscuro y sepultado en el olvido de los otros pueblos; sí que los campeones que han brillado en nuestro hemisferio nos han colocado en la clase de los pueblos ilustres, y nos han merecido la estimacion y respeto de los extranjeros, mirando á nuestra patria como el suelo de la fertilidad y la abundancia, como á la region de la paz y la tranquilidad, y como al país nativo de la honestidad y de la virtud. ¡O siglos para nosotros verdaderamente de oro, en que se dejaron ver los Raimundos, los Catañys, los Abrinas, los Nets, las Paxs, las Andreus, y otros héroes y heroínas innumerables, frutos preciosos de aquella gloriosa y frondosa palma, singular distintivo de nuestra isla, y que con sus ramas nos ha cubierto de gloria y honor.

Pero tú sola, ó grande y extraordinaria Catalina, descuellas entre los demas, como el olimpo entre los montes mas elevados, por los singulares dones que con mano larga derramó sobre tu espíritu la derecha del Excelso; y tú sola has dejado en pos de tí un olor tan suave de tus virtudes, que has sido siempre las delicias de mis paisanos, y que en la realidad puedes llamarte, como la valerosa Judit, la gloria de Jerusalen, y la honorificencia de nuestro pueblo. Bendigamos, ó padres de la patria, su memoria, y reunidos en este templo al rededor de su sepulcro glorioso, recordemos las brillanteces de su inocencia, el candor en su infancia, y los memorables ejemplos de virtud en los demas períodos de su carrera; las terribles luchas con el enemigo del género humano, los extraordinarios favores del Excelso; y en fin recordemos los ardientes y fervorosos votos que Catalina dirigia al Todopoderoso por la felicidad y prosperidad del rey y por la gloria de la Iglesia, que la hicieron por cierto en gran manera benemérita de la patria y de la Religion. Todo es grande y asombroso en Catalina: sus mas pequeñas acciones interesan, sus modales encantan, su virtud admira, y su glorioso fin nos llena de regocijo y confianza.

Vos, ó gran Dios, que tan sensiblemente os empeñasteis en formar de Catalina una de aquellas obras maravillosas capaces de hacer época en los anales de los tiempos, y que reunisteis en ella lo mas precioso y exquisito de vuestros tesoros, haced que mi elogio corresponda á la dignidad de vuestra sierva; ó á lo ménos, quedeis vos por este medio en alguna manera glori-

ficado y bendecido. Para esto, Señor, os pongo por intercesora á vuestra querida madre, á quien saludarémos con las palabras del ángel. *Ave María.*

Epocas memorables lee la Iglesia en los anales de su historia. Escenas terribles que ha presenciado, combates fieros que ha sostenido, persecuciones sangrientas que ha padecido; y en fin ha visto al mundo entero asestar sus tiros contra ella para ahogarla ya en su nacimiento, ó para ofuscar la gloria y los resplandores que por todas partes la rodeaban. Esfuerzos débiles é inútiles del enemigo, que atizando el fuego de la discordia y de la malicia, ha hecho ver los soberanos quilates de esta hermosa reina del Austro, y que ha puesto en claro el oráculo del Salvador, cuando juró solemnemente á san Pedro, que todo el poder del abismo nunca arruinaria este soberano edificio. San Juan en el Apocalípsis describe menudamente las terribles y varias pruebas á que la quiere sujetar el Altísimo, para purificarla y ensalzarla despues hasta el colmo de la grandeza, con las bellas metáforas de jinetes pálidos montados sobre caballos macilentos; bestias disformes con siete cabezas y diez cuernos; granizo y fuego mezclados con sangre; montes grandes ardiendo en fuego; estrellas caídas del cielo con las llaves del abismo: emblemas todos significativos del encono de los emperadores romanos, del furor de los arrianos, del encarnecimiento de los mahometanos, del odio implacable de los griegos, y del espíritu de destruccion y ruína de los jefes de la maligna reforma.

Pero san Juan que tan circunstanciadamente describe las tribulaciones y humillacion de la esposa del Cordero, ve tambien sentado á Jesucristo sobre su trono majestuoso y brillante, que manda imperiosamente á sus ángeles, fieles ejecutores de sus órdenes, derramen sobre sus enemigos las amargas copas que tienen en sus manos hasta apurarlas del todo, y con la espada de la venganza hagan menudos trozos de sus reinos, de sus familias y de sus heredades. Con todo, *justo sois, Señor, y santo, porque esto habeis juzgado; y habeis vindicado de esta manera la sangre de vuestros siervos.*

Pero si estos terribles castigos enviados contra los rebeldes é insultadores del nombre santo del Señor han llenado de gloria al Cordero, que con su sangre borró los pecados del mundo, no

ha sido ménos glorioso para él ver al rededor de su trono una multitud innumerable de sus fieles adoradores, que se levantan como astros brillantes de en medio del denso y negro humo de los contratiempos, manteniendo puro é intacto el depósito de la fe que se les habia confiado; y que postrados reverentemente ante su Majestad, le ofrecen los inciensos odoríferos de sus virtudes, y le dicen los cánticos nuevos de la celestial Jerusalen.

Este ha sido, ¡ó Iglesia santa! el precioso galardon que tu divino fundador te ha ceñido por tus sufrimientos y heróica constancia. Al traves de tantos abatimientos y oprobios, eres comparada á aquella extraordinaria mujer que describe el Evangelista, vestida del sol y de la luna, y coronada de brillantes estrellas; adorno y traje el mas rico y augusto que la naturaleza puede ofrecer. Amargos sin duda han sido tus pesares: pero la gloria que te rodea por todas partes es igual.

Ello es así, señores, que los pensamientos de Jesus sobre su Iglesia son pensamientos de bondad y amor, enriqueciéndola con los despojos de sus enemigos, y haciéndole gustar los dulces y sabrosos frutos de la cruz. Yo no hablo aquí de los triunfos y varones ilustres que en los primeros siglos del fervor del cristianismo hicieron su mas rica herencia, y que la colocaron sobre el monte santo, de donde difundia sus resplandores sobre toda la haz de la tierra. Catalina, ese prodigio de la gracia, ese serafin humanado, ese objeto de las complacencias de la Trinidad, es la que va á juntarse ahora al numeroso y resplandeciente coro de santos para dar gloria al Cordero, y gozo y honor á la Iglesia militante. Esta es la heroína del siglo XVI, en nada inferior ni á las Catalinas de Sena, ni á las Magdalenas de Pazis, ni á las Teresas de Jesus por sus virtudes excelentes, por sus combates fieros con el enemigo, y por los grandes y extraordinarios favores que logró de su esposo. Mi imaginacion se confunde en las memorables épocas que ofrece á la consideracion del orador la dichosa carrera de Catalina, y que la colocaron sobre el candelero del Templo santo, para ostension y alarde del poder de Jesucristo, y para mengua é infamia eterna de sus enemigos.

Avivad vuestra imaginacion, señores, y seguid sus gloriosos pasos desde la cuna hasta el sepulcro. ¿Se lee acaso en los anales de los santos infancia mas devota, retiro mas interior, cons-

tancia mas heróica, oracion mas fervorosa, caridad mas encendida, obediencia mas pronta, castidad mas pura, humildad mas profunda, y contemplacion mas elevada? ¡Tiempos felices, que vieron renacer en Catalina los prodigios infantiles que en Juan Bautista admiraron los habitadores de la Judea, y que fueron el dichoso preludio de sus grandes y extraordinarias virtudes! Despreciadora de las vanidades y encantos de este mundo falaz y engañador; mortificadora de su tierno y delicado cuerpo sin haber experimentado aun la rebelion de las pasiones; amadora del retiro y la soledad; seguidora de los consejos evangélicos; ved á Catalina en su infancia una fiel y exacta copia del héroe de la Judea. El espíritu del Señor descansaba sobre su cabeza, y le hablaba á su corazon las dulces y amorosas palabras de bondad y amor con que en los Cantares se explicaba con su amante y querida esposa. Yo te he separado, ó tierna niña, le diria, del resto de los mortales: te he escogido para alarde y ostension de mis riquezas, y te he destinado para víctima la mas pura que debe sacrificarse en las aras de la virtud. Oye mi voz, querida mia, y do quiera que te llame, corre apresurada á dar cumplimiento á los soberanos designios que desde la eternidad sobre ti tengo formados.

Lágrimas de ternura, ó padres de la patria, arrancan del corazon sensible los primeros pasos que da esta gloriosa niña en la honrosa senda de la virtud. Vosotros la veriais rehusar en la cuna en los viérnes de la semana la preciosa leche que mamaba de los pechos de su madre: la contemplariais arrebatada en el templo, absorta en los grandes misterios de nuestra redencion que sobre el altar se obraban: la admirariais atenta á las importantes verdades que desde la cátedra del Espíritu santo se anunciaban: la divisariais en su casa entregada, como la Magdalena á los piés de su hermana Marta, á los placeres y encantos de la contemplacion: la seguiriais modesta y recatada en las plazas y en los caminos, como la antigua Ana en los de Jerusalen: en fin, veriais en ella el prospecto de la virtud, los modales de la inocencia, y el sello de la gracia. ¡Infancia gloriosa que nos recuerdas la de los Luises, Teresas de Jesus, Felipes Neris!

Sea dada á ti gloria inmortal, ó pueblo de Valdemuza, gloriosa cuna de nuestra santa, y hermoso teatro de sus brillantes acciones. Escribe en los fastos de tu gloria con letras de oro el

augusto nombre de esta pobre aldeana; y levanta á cada paso un monumento, que eternize las piadosas huellas que en tu suelo, fecundo de varones ilustres, dejó estampadas Catalina Tomas.

Estos son, señores, los primeros y sublimes rasgos de virtud que de Catalina Tomas se leen en su historia. Pero estos solo fueron felices presagios de los rápidos progresos que pronto habia de hacer en el camino de la perfeccion. ¡Qué sublimidad de ideas! qué conocimientos tan elevados del espíritu! qué desprendimiento tan singular del mundo! qué ejemplar de modestia en sus vestidos! qué amor de Jesus tan intenso! Observadla de cerca, y Catalina se os presentará vestida de groseros paños, de agudos y penetrantes cilicios: nunca se deja ver en los bailes y diversiones públicas, en donde la virtud tierna se sofoca y las pasiones levantan cabeza: el trato con su esposo la arrebata, y así es que despues de las faenas del campo pasa continuas y largas noches en la oracion, haciendo á su Majestad un sacrificio de sí misma y de sus haberes: á la sombra de un árbol ve arrebatada los augustos misterios que en la catedral se obraban: con su virtud sola aplaca á dos jóvenes, que encendidos en furor estaban en ademan de despedazarse: y en fin, ¿qué linaje de virtud es este, que se burla de los atractivos encantadores de este mundo, se resiste á los furiosos movimientos de las pasiones, desprecia los ardides del enemigo, amansa los soberbios, contiene á los disolutos, y que en las familias enemistadas lleva en sus manos el olivo de la paz?

Pero Dios, que desde el cielo dirige los pasos de esta tierna doncella, quiere consumar la grande obra que en ella ha empezado su diestra poderosa. Pero ¡cuán diferentes son los pensamientos de los hombres de los de Dios! Los tutores de Catalina, no respirando mas que intereses del mundo y de familia, la destinan para un honroso enlace, que en su concepto le hará su dicha y felicidad. Y para esto, ¡ó santos cielos! ¡qué de ardides no usan! de qué estratagemas no se sirven! qué de violencias no practican! qué de injurias no vomitan! Corramos un velo sobre esta triste época de la vida de Catalina, y solamente atendamos á los impulsos del Espíritu divino, que la llama á que abandone la casa de sus padres, que olvide enteramente á su pueblo, y que vaya á consumar el grande sacrificio que desde sus primeros años ofreció al Eterno.

Detened un momento, señores, el vuelo de vuestra imaginacion, y considerad ahora el período mas brillante de la vida de Catalina. Castañeda, aquel venerable varon, que en las montañas de Valdemuza dejó eternizada la fama de sus virtudes, presenta á esta pobre aldeana á los conventos de santa Magdalena, san Gerónimo y santa Margarita, para que desentendiéndose del dote, la reciban gustosas en el número de las vírgenes dedicadas á Jesucristo. El Espíritu del Señor le asegura que se cumplirán en ella los amorosos planes de su providencia; y que á pesar de los esfuerzos del siglo, gustará de los dulces y sabrosos frutos de la tierra prometida. Pero las repulsas que experimentan en todas partes hacen vacilar á Castañeda, y á Catalina la dejan anegada en amargura y en llanto. ¡Quién me diera poderos trazar un corto bosquejo de la sublime y eficaz elocuencia con que aquel hombre de Dios persuadiria á las esposas del Cordero á la admision de su candidata, por su santidad extraordinaria, por sus virtudes heróicas, por los favores que el cielo la dispensaba! Yo os juro, les diria, por el Dios del cielo, que esta doncella entre vosotras os acarreará gloria inmortal, y hará pasar vuestros nombres de generacion en generacion.

En fin llegó el tiempo destinado para dar cumplimiento á los soberanos designios del Eterno. Las mismas que ántes despreciaban á esta pobre y rústica aldeana, corren presurosas para admitirla en su compañía. Pero tú, ó dichoso monasterio de Magdalena, fuiste el frondoso jardin, en donde trasplantada Catalina dió los mas opimos frutos de virtud. Congratulaos, esposas santas, por el hallazgo de esta piedra preciosa, que añadida á la diadema que ceñís, formará vuestra gloria y vuestro honor. Así es, Dios mio, que burlais los designios de los hombres, y les haceis ver que de nada sirven la plata y el oro, cuando quereis elevar el pobre al colmo de la grandeza.

Colocada ahora Catalina en el honroso empeño de ser exactamente fiel á las nuevas obligaciones que con su esposo ha contraído, ¿cómo desempeñará los altos deberes unidos á la sublime dignidad de esposa del Cordero? Olvidad, señores, os ruego, todo lo que habeis oído hasta aquí, y representaos nuevos ejemplos de virtud heróica, nuevos rasgos de amor el mas intenso, nuevos enlaces con su esposo, y un nuevo campo cubierto con flores las mas odoríferas de santidad. Perfecta copia

del divino original Jesus, estampa en sí misma las gloriosas huellas de este soberano Redentor. En su humillacion y abatimiento aprende la humildad mas profunda, que la enseña á despreciarse á sí misma, á anonadarse á los piés de todos, á ocuparse en los oficios mas bajos de la comunidad, á encubrir secretamente los dones del espíritu, á rehusar con constancia los empleos honoríficos de la religion, á fingirse tonta entre sus hermanas, y á considerarse por la mas necia esposa de cuantas moran en los tabernáculos del Señor. Humildad profunda, que la anonada como á Pablo, que la deprime como á Francisco; y que la confunde como á Teresa.

En la desnudez del Salvador aprende Catalina la pobreza mas extrema, que le inspira un total desprendimiento de sí misma; extremo horror al lujo y vanidad, y que le hace mirar á la suma indigencia como á su único patrimonio. Pobreza extrema, que la alegra como á Alcántara; que le place como á Clara, y que hace sus delicias como á Paula.

En el cumplimiento del Salvador á los soberanos decretos de su Padre, aprende Catalina la obediencia mas ciega, que la enseña á cortar la conversacion con un respetable religioso para obedecer al primer toque de la campana; á tolerar penosísimas molestias á la menor insinuacion de su superiora; á probar una bebida inmundísima, porque así le decian estaba mandado; á dejar sus amorosos éxtasis en medio del fervor mas encendido; á subir y bajar escaleras con los ojos cerrados; y á presentarse al torno, al locutorio, y á otros parajes, como instrumento inanimado y víctima ciega de la obediencia. Obediencia sin ejemplar, que la hace sufrir como á Pablo, callar como á Ignacio, y despreciar trabajos como á Javier.

En las amorosas llagas de Jesus bebe Catalina el amor mas intenso á su Dios. Le contempla en el silencio de la noche; le llama en el secreto de su corazon; suspira por él en todas partes; le abraza, le acaricia, le estrecha; y protesta solemnemente que nada hay capaz de apartarla de su amor. Amor grande y extraordinario, que la hace desfallecer como á la esposa de los Cantares; que la derrite en suavidades como á Felipe Neri; y que la hace morir como á la Magdalena.

En las espinas y azotes de Jesus aprende Catalina la mortificacion mas severa. Émula de los Pablos y Antonios, renueva en el claustro las austeridades y rigores que hicieron estreme-

cer las espantosas grutas de la Nitria y de la Tebaida. Contemplad á Catalina trasformada en un cadáver viviente, extenuada con los ayunos, consumida con las vigilias, inundada en lágrimas, vestida de un tosco saco, ceñida de ásperos cilicios, y alimentada escasamente con manjares que su industria vuelve insípidos. La misma penitencia se estremece al escuchar los pavorosos estruendos de disciplinas y cadenas con que desgarra inhumana aquella carne santificada tantas veces con la uncion del Espíritu santo. Su imaginacion le abulta las infidelidades á su esposo, y despues de haberse calumniado y apropiado á sí misma los humillantes epítetos de mujer ruín, de abismo de iniquidad, de monstruo de ingratitud, vuelve á empuñar otra vez la espada de la penitencia con que añade rigores á rigores, vigilias á vigilias, cilicios á cilicios, disciplinas á disciplinas, y ejercicios laboriosos que no dejan respirar al amor propio, y que hacen el círculo de su vida. Penitencia asombrosa, que juntó en la sola persona de Catalina los inhumanos suplicios que inventaron los Domicianos, Majencios y Fálaris; esto es, los toros de bronce, las parrillas encendidas, los garfios bien afilados, y las catastas mas crueles.

¿Y qué dirémos de las otras virtudes que resplandecieron en Catalina, capaz cada una de por sí de hacerla la mayor santa que se lee en los anales de los tiempos? No abusemos mas de vuestra paciencia. Esta es la obra del Señor, y mi tosco pincel la desfiguraria si me empeñara en hacer resaltar sus colores. Os lo diré en compendio: Catalina en el claustro observa un silencio inviolable, oracion continua, soledad impenetrable, contemplacion extática, fervor indecible, austeridad asombrosa, divorcio eterno con la tierra, perfecta abnegacion de sí misma, humildad profunda, pureza acendrada, obediencia ciega, pobreza extrema, caridad ardiente, celo activo, fidelidad inalterable, candor, sinceridad y amor inmenso á su Dios.

Así es que se han cumplido los designios amorosos del Señor sobre esta pobre aldeana, elevándola al mas alto grado de perfeccion evangélica, y llegando hasta la cima encumbrada de la santidad. ¿Y quién será capaz de derribarla? Edificio tan majestuoso edificado sobre sólidos cimientos ¿quién le arruinará? El Señor es su amparo, su númen, su guarda; y así no temerá las saetas envenenadas tiradas del arco de los fuertes. Señores,

es preciso que considereis á Catalina hecha el blanco del enemigo del género humano. No hablamos ahora de delicias celestiales, de suavidad interior, de dulzuras del espíritu. Hablamos sí de tentaciones horribles, de combates fieros, de luchas sangrientas. Todo el abismo se pone en movimiento para eclipsar para siempre la gloria de Jerusalen. Se declara contra ella el demonio que afligió á Saúl, el espíritu malo que acabó con la vida de los esposos de Sara, el Leviatan atrevido que afligió á Job; el espíritu inmundo que se acogió á los cerdos, y el espíritu Piton que poseía la muchacha que curó san Pablo.

Pero ¿y quién resistirá á tan furiosos enemigos? Enemigos de la castidad: ya la provocan á las acciones mas torpes con ademanes indecentes, con palabras escandalosas, con gestos impúdicos: ya le presentan jóvenes desnudos revolcándose en la lascivia y hediondez, y le hacen sentir los ardores de la concupiscencia, de que no estuvo libre san Pablo; y ya la lisonjean con los ejemplos de David, de Salomon y la Magdalena. Enemigos de la humildad: trasformados en ángel de luz, la alaban, la adulan con los honrosos epítetos de virtuosa, de mortificada, de santa. Enemigos de la perseverancia: ermitaños fingidos que la exhortan á descansar en sus tareas, que ponderan el arduo empeño de la virtud, que le ofrecen alcanzar de su Santidad la solucion de sus votos. Enemigos de la oracion: figuras horrendas que la perturban, gritos lastimeros que la distraen, monstruos horrendos que la espantan, imágenes horribles que la asustan, y vocería interminable que la inquieta. Enemigos de la vida: la azotan cruelmente; la abofetean sin piedad; la tiran contra las paredes; la despeñan de los montes; la sofocan en las aguas; le rompen los huesos; la llenan de heridas, y le clavan un clavo en la garganta. Enemigos de la caridad.... Pero, ¿y será posible, Dios mio, que dejeis por mas tiempo á vuestra nacion santa expuesta á los maliciosos tiros de los amorreos y gebuseos, pueblos que no os conocen, y que blasfeman vuestro nombre? Conózcase, Señor, que hay Dios en Jerusalen, y endulzad las amarguras que oprimen el corazon de Catalina. Espíritus bienaventurados, anunciadores de paz, ángeles tutelares de Catalina, santos patronos de nuestra heroína, sostened á esta valerosa Judit, que pelea en las batallas del Señor. Que vuestros ruegos la defiendan; que vuestra proteccion la ampare:

que vuestra ayuda la fortalezca; y que vuestros favores le hagan olvidar el cautiverio de Babilonia, y cantar ufana los triunfos del Señor.

O! y qué hermosos y bellos son tus pasos, hija de Sion! Tú eres semejante á la cabra montes, á los collados de nieve, á las torres de David. Enamorado el esposo de tu hermosura, corre en pos de tí por los valles, por los montes, por las plazas, por las ciudades. Te halla, te abraza, te introduce en las bodegas celestiales, en donde embriaga á tu espíritu con los dulces licores del amor. O vosotros, guardadores de las viñas, no disperteis á mi querida, que duerme en paz el sueño profundo de éxtasis suaves, de arrobos amorosos y deliciosos deliquios, que la enajenan, que la trasportan, que la arrebatan como á Pablo hasta el cielo en do tengo mi morada, y por espacio de veinte y un dias contempla al sumo Bien con toda la claridad que se presenta á los bienaventurados; le goza, le ama, le adora, y oye aquellas palabras misteriosas que no se concedió proferir á ningun hombre mortal.

Estos fueron, señores, efectos de la particular providencia con que el Eterno velaba sobre la conservacion de Catalina. Providencia que la animaba en los combates, rodeándola de luces celestiales, imprimiendo en su espíritu los mas altos conocimientos de la Divinidad, y haciéndole correr los espacios de lo futuro. Providencia que contraponia á las figuras horrorosas del abismo dulces imágenes de Jesus, ya rodeado de resplandores, ya con los oprobios de la cruz, ya con la gloria del pesebre, comunicándose á su espíritu, y familiarizándose con ella: imágenes de María, que la acariciaba, la bendecia y enjugaba sus lágrimas. Providencia que la alimentaba en sus ayunos con el cuerpo de Jesucristo administrado por manos de ángeles, de santa Catalina y del mismo Salvador. Providencia que la socorre en sus necesidades, destinando á los santos médicos para que le curen una costilla rompida; á santa Catalina, á que haga lo mismo con las heridas de su cuerpo; á las santas Clara y Prajédes, para que la ayuden en sus bordados; á san Antonio, á que la conduzca por la mano en una noche tempestuosa; á la misma santa Catalina, á que le lleve un pan de azúcar delicioso, á que le corte los cabellos, y á que le limpie la cabeza. Providencia, en fin, premiadora de sus virtudes, de sus trabajos, de su cons-

tancia con el goce de la bienaventuranza, y con la union eterna con su amado.

Bendigamos pues, católicos, su memoria; pues en ella se han cumplido las promesas que al justo hace el Señor por boca del Eclesiástico. Que su nombre sea escrito en nuestros anales con caractéres de oro: y sus virtudes entállense en bronces para nuestra perpetua gloria en las generaciones futuras. Y reunidos al rededor de su sepulcro glorioso, contemplemos aquella víctima que consumó su vida á impulsos del amor, que el cielo piadoso nos dió para consuelo y honor de la Iglesia, y para nuestra proteccion y confianza. Tributémosle los mas sinceros homenajes de gratitud, y dirijamos á ella nuestros votos, para que á sus ruegos el Todopoderoso nos llene de bendiciones, y nos asista con las luces de su gracia, para que con este auxilio celestial, caminemos por las sendas de la virtud, y lleguemos á gozarle en la eterna bienaventuranza de su gloria que para todos deseo. Amen.

SERMON

DE SAN CAYETANO.

(DE SANTANDER.)

Quærite ergo primùm regnum Dei, et justitiam ejus: et hæc omnia adjicientur vobis.

Buscad pues primeramente el reino de Dios y su justicia: y todas estas cosas os serán añadidas.

S. Mat. c. 6. v. 33.

Nada vemos con mas frecuencia en el mundo que buscar todos los hombres su felicidad, y nada mas raro que hallar hombres verdaderamente felices. Si los hombres formaran ideas rectas de las cosas cuando buscan su felicidad, y acompañaran su razon con las luces de la fe, seria incomparablemente mayor el número de los dichosos; pero dando á sus luces naturales una esfera superior á la que les corresponde, se persuaden que podrán llegar con sola su razon al templo de la felicidad, y cuando ya se imaginaban á sus puertas, se encuentran miserablemente engañados á muchos grados de distancia. Piensan unos, como los Midas y los Cresos, que la felicidad consiste en las riquezas, y para conseguirlas rodean el mar y la tierra por entre innumerables peligros de alma y cuerpo: sudan, se afanan y fatigan conducidos de la insaciable sed del oro, y cuando al fin de sus dias han juntado sus tesoros, los sorprende la muerte, y los arroja desnudos en un sepulcro, dejando en manos ajenas cuanto habian adquirido con inmensos sudores y fatigas. Estos esperaron en la multitud de sus riquezas, y quedaron engañados en su vanidad (1).

Persuádense otros que la felicidad consiste en las conquistas, en la adquisicion de nuevas provincias y nuevos reinos; y para llevar á debida ejecucion sus fantásticos proyectos, botan al

(1) *Psalm. 51. v. 9.*

mar sus escuadras, y ponen en movimiento sus ejércitos: aumentan las salobres ondas con la sangre de los hombres, cubren de cadáveres los campos, demuelen las fortalezas, destruyen las ciudades, talan los campos, incendian los pueblos: y por donde quiera que marchan los ejércitos, sean de vencedores ó de vencidos, parece que ha pasado algun fuego devorador, ó que algun torrente impetuoso ó uracan irresistible ha arruinado, arrastrado ó consumido cuanto existia. Y despues de una vida tan agitada, despues de unos destrozos tan inhumanos, hallan en su corazon un vacío inmenso, que no han podido llenar los nuevos palmos de tierra que han adquirido. Lloro, decia el grande Alejandro, porque me han asegurado que hay muchos mundos, y no soy dueño de uno solo. Esta negra mortaja es todo lo que el famoso Tamorlan saca de sus conquistas, decia aquel terror de la Europa y del Asia.

Creen aquellos que la felicidad consiste en la adquisicion de las ciencias, en la extension de los conocimientos humanos, y á fin de alcanzarlos cursan las universidades, viajan por los reinos para tratar con los hombres literatos de otros países, se envejecen sobre los libros, hacen crujir las prensas con las producciones de su entendimiento, y cuando en el término de sus dias se imaginaban á la puerta de la felicidad, conocen que saben que no saben, como decia el grande Sócrates, ó los desengaña un san Pablo diciendo, que si piensan que saben algo, no han conocido todavía como conviene la sabiduría (1).

Piensan los otros que la felicidad consiste en los grandes empleos, en que colocado un hombre mira postrados á sus piés una infinidad de sus semejantes, que agobiados de sus miserias procuran á fuerza de importunaciones salir de ellas. El hombre soberbio y presuntuoso cree que será feliz si llega á ser un ídolo en cuya presencia inclinen su cuello y doblen su rodilla los otros hombres. Pretende, regala, visita, adula, maquina, y pone en movimiento todos los resortes de la amistad, del paisanaje, del parentesco, de la conexion, para subir á su soñada felicidad: al fin se acerca á ella subiendo por encima de los tristes despojos de los difuntos, ó por entre las envidias, las injusticias y las torpezas de los vivos. Y qué? ¿ha encontrado ya la felici-

(1) *Si quis autem se existimat scire aliquid, nondum cognovit quemadmodum oporteat eum scire. D. Paul. I. ad Corinth. c. 8. v. 2.*

dad? ¿Halló ya su descanso aquel ambicioso corazon? Nada ménos. Apénas se sienta sobre el trono de su empleo, cuando halla pesares en vez de alegrías, cargas que abruman en vez de satisfacciones que deleitan: inquietudes y desabrimientos en lugar de la tranquilidad y sosiego que se imaginaba: *Secuti sunt vanitates, et vanè egerunt....* dice el Espíritu santo (1).

Finalmente, innumerables imaginan que la felicidad consiste en sacudir el yugo de la divina ley, dando libertad á las pasiones y soltura á los apetitos para entregarse á todos los placeres de la vida, por mas prohibidos y criminales que sean; pero luego la divina Escritura levanta el grito, y con una voz de trueno les dice de esta manera: esto pensaron los impíos, y lo erraron: su malicia los cegó para que no viesen la santidad de Dios, la pureza de su ley y la maldad de su pecado (2). De suerte, amado pueblo mio, que la felicidad del hombre no consiste en las riquezas, ni en las conquistas, ni en la adquisicion de las ciencias naturales, ni en los grandes empleos, ni en los placeres criminales de los sentidos, ni en otra alguna de cuantas ideas pueda formar el hombre desnudo de la fe; pero si la razon humana escucha la voz de la religion, luego encuentra la verdadera felicidad. Inmediatamente el Evangelio (ese libro divino jamas alabado bastantemente de los hombres) nos enseña que podemos ser limpios de corazon para que seamos dignos de ver á Dios para siempre (3).

Podemos ser pobres de espíritu, y será nuestro el reino de los cielos. Podemos llorar nuestros pecados, y seremos eternamente consolados. Podemos usar de misericordia con nuestros prójimos, y la usará Dios con nosotros. Podemos ser pacíficos, y seremos llamados hijos de Dios nuestro señor. Ved ahí, amados mios, otros tantos hombres felices. Y á la verdad, Dios nuestro señor no nos habia de haber dado este deseo tan vivo y tan innato en nuestras almas, para tenernos mortificados con él toda la vida. No, señores. Podemos y debemos ser felices, y lo seremos infaliblemente si constituimos la felicidad en lo que nos enseña el Evangelio. Seremos felices si obedecemos á Dios é imitamos á los santos. Seremos felices siguiendo las huellas

(1) *IV. Reg.* c. 17. v. 15.

(2) *Hæc cogitaverunt, et erraverunt: excæcavit enim illos malitia eorum. Sapient.* c. 2. v. 21. (3) *Div. Matth.* c. 5. v. 8.

del gran Cayetano, hombre verdaderamente feliz. El santo buscó y halló la felicidad, porque la buscó donde Dios la habia colocado. Buscó primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demas cosas se le dieron como por añadidura: *Quærite primùm regnum Dei... et hæc omnia adjicientur vobis.*

El santo miraba que las aves del cielo ni siembran, ni siegan, ni conservan en trojes las cosechas, y el Padre celestial las alimenta: miraba que los lirios del campo crecen adornados de aquel hermoso vestido que les cortó la adorable Providencia, y que ni Salomon en toda la grandeza de su gloria le tuvo semejante: miraba que el Señor nos manda tener mas cuidado con el alma que con el cuerpo, y no ser demasiado solícitos de la comida, de la bebida y del vestido; porque ya nuestro Padre celestial sabe que de todo esto necesitamos: miraba en fin que nada le faltaria al que de todo corazon buscase primero el reino de Dios y su justicia; y enseñado por todos estos oráculos divinos se entregó en los brazos de la divina Providencia para obedecer á Dios, para seguir á Dios, y para llevar por Dios con igualdad de espíritu y tranquilidad de corazon todas las cosas: las alabanzas y los vituperios, los honores y las ignominias, la abundancia y la pobreza, la salud y la enfermedad, los bienes y los males. Ved ahí un hombre superior á todas las cosas de la tierra: superior á las riquezas, á la nobleza, á las dignidades y á los placeres que nos disipan, ensoberbecen y llenan de vanidad y de orgullo: superior á la enfermedad, á los dolores, á la pobreza, á las contradicciones y calumnias que nos amilanan, abaten y acobardan. Ved ahí, en una palabra, un hombre feliz. Tal es la idea que he formado de este gran santo, y que nos enseñará á todos á ser felices en la vida, felices en la muerte y felices por toda la eternidad. Ciertamente no hay uno solo en mi auditorio de cuantos nos hemos congregado en este santo templo para bendecir y alabar á Dios en sus santos, á quien no sea utilísimo mi asunto. Todos deseamos ser felices. No es verdad? Pues aquí aprenderemos á serlo imitando al hombre feliz san Cayetano.

Vos, Señor y Dios altísimo, que me habeis traído á este pueblo para que yo hable de las virtudes de vuestro siervo Cayetano, para la edificacion de los fieles, hacedme, Dios mio, digno instrumento de vuestra adorable voluntad, para que en todo promueva vuestra gloria, el culto de vuestros santos, la per-

feccion de los justos y la conversion de los pecadores. Esta gracia os pedimos por la intercesion de la santísima Vírgen, á quien saludamos devotos con el ángel: *Ave María.*

Es menester, amados mios, confesar como una verdad indisputable, que la verdadera felicidad solamente podremos conseguirla allá en la gloria. Allí se descansa de todas las penalidades de la vida: allí se conoce, se ama y se goza aquel Ser supremo, infinito y eterno, que es nuestro Dios, para cuya posesion fuimos criados; y allí finalmente es donde nuestra alma se saciará perfectamente como decia David, con el conjunto de todos los bienes, y con exclusion perpetua de todos los males. Acá en la tierra, como estamos fuera de nuestra patria, no podemos ver ni gozar á Dios como es en sí mismo, ni llegamos á conseguir el fin para que fuimos criados, y por eso nuestro corazon suspira siempre, como decia san Agustin, por aquel bien sumo que le falta (1). A esto se añade ser tantas las miserias que por todas partes nos rodean en este valle de lágrimas, que estamos, como decia el santo Job, henchidos de ellas. Por una parte la pobreza, las pesadumbres, los desprecios, las ingratitudes de nuestros prójimos, los destierros, las cárceles, las enfermedades, las guerras, las esterilidades, los dolores y otra infinidad de desdichas nos entristecen, nos acobardan, arrancan lágrimas de nuestros ojos, y llenan el corazon de disgusto y amargura. Por otra, las riquezas, la nobleza, los empleos brillantes, la salud, la ciencia, el poder y una multitud de cosas que se llaman felicidades en el mundo, nos ensoberbecen, nos sacan fuera de nosotros mismos, y nos llenan de vanidad y de orgullo.

Sin embargo, aunque no podamos ser perfectamente felices en la tierra, podemos y debemos todos aspirar á un cierto grado de felicidad compatible con las miserias que nos rodean, y que nos constituya en la clase de viadores bienaventurados, como los llama David, por la observancia de los mandamientos del Señor (2). Un hombre pues que sometido á las disposiciones de Dios, y observando sus mandamientos, mirase con igualdad

(1) *Fecisti nos ad te, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te... S. August. de sum. bon.*

(2) *Beati immaculati in via: qui ambulant in lege Domini... Psalm.* 118. *v.* 1.

de espíritu las dichas y las desgracias : un hombre que mantuviese su corazon siempre tranquilo entre las alternativas de los gustos y pesares que nos cercan : un hombre que con una alma limpia de pecado recibiese con un mismo semblante la pobreza y la riqueza, la enfermedad y la salud, las alabanzas y los vituperios, seria verdaderamente feliz, seria lo que fué san Cayetano : seria lo que podeis ser vosotros : seria lo que voy á demostraros: feliz en las prosperidades y feliz en los trabajos. Ved aquí las dos partes de este sermon. Oídlas atentamente.

PRIMERA PARTE.

Nació el glorioso patriarca san Cayetano en la ciudad de Vincencia el año de 1480, de la noble familia de los condes de Tiené. Sus padres Gaspar de Tiené y María Porta, aun mas recomendables por su virtud que por su hacienda y nobleza, procuraron educarle tan cristianamente, que muy presto manifestó el niño que el Señor le habia prevenido casi desde la cuna con las mas copiosas bendiciones. No parecia posible natural tan blando, semblante tan modesto, ingenio tan despejado, genio tan dócil, ni corazon tan recto y tan sencillo. Ya en aquella tierna edad daba bien á entender que solo Dios era el único objeto de sus deseos. Todas sus diversiones se reducian á ejercicios de devocion que al parecer superaban á su infancia, siendo la mas frecuente y la que mas le divertia el representar en su cuarto las sagradas ceremonias que observaba en las iglesias. Como venia destinado por el cielo para adelantar el culto del Señor con la reforma de las costumbres del clero, con la limpieza y aseo de las iglesias y la observancia de las ceremonias eclesiásticas, ya desde sus primeros años le encaminaba la divina Providencia á estos fines tan altos y divinos; pero no se descuidaba por eso en la aplicacion mas atenta á los estudios. Es verdad que la devocion era efectivamente su principal empleo; mas no le estorbó la aplicacion al estudio, ni que en él hiciese tan rápidos progresos en las ciencias, que en pocos años se le admiró hábil filósofo, sabio teólogo, docto canonista y consumado jurisconsulto, recibiendo los grados de doctor en ambos derechos en la universidad de Padua, donde fué repu-

tado por uno de los mas insignes literatos de su tiempo. Un jóven noble, sabio, rico y virtuoso no debia estar oculto, ni vivir desconocido de las gentes, sino presentarse en la capital del cristianismo para ser dignamente colocado sobre el candelero de la Iglesia y alumbrar á cuantos entrasen en ella. Con efecto pasó á Roma nuestro Cayetano con determinacion de hacer en aquella ciudad una vida retirada y escondida, empleándose únicamente en los mas bajos ejercicios de la humildad. Pero no le valió; porque su insigne virtud, acompañada de su grande reputacion, le descubrieron luego, dándole á conocer á los personajes mas ilustres. El papa Julio II, quiso verle, y reconociendo en él señales muy visibles de un extraordinario mérito y de una eminente santidad, que algun dia podian ser muy útiles á la Iglesia, le mandó que se quedase en la corte, y le condecoró con una prelatura ó protonotaría apostólica.

¿No veis, amados mios, como la voluble rueda de la fortuna parece que ha fijado su clavo delante de Cayetano para mirarle siempre con un aspecto risueño y favorable? ¿Qué mas le faltaba para ser un hombre feliz? Ah! Bien sabia Cayetano que nada de esto constituía su felicidad. Habia nacido noble, es cierto; ¿pero qué utilidad podia sacar de su ilustre genealogía, si él la hubiera manchado con la corrupcion de sus costumbres (1)? Todos procedemos de un principio: todos tenemos un mismo padre por tronco y orígen de todas las familias, y faltando el mérito personal es una vanidad insufrible llenarse de orgullo por una cualidad que está fuera de nosotros, y una virtud que tuvieron nuestros abuelos, á quienes deshonramos con nuestros desórdenes y mala vida. Por eso nuestro Cayetano fué hombre feliz no precisamente por haber nacido noble, aunque esta sea una cualidad apreciable, sino porque fué noble en su proceder, irreprensible en su conducta, y dió nuevo lustre á su casa y cuna con su virtud personal.

Tambien fué rico nuestro Cayetano, es verdad. Sus padres cuando pasaron de esta vida á la eterna le dejaron un patrimonio cuantioso; ¿pero podia ignorar el santo que las riquezas escondidas sin darlas un cristiano destino, se convierten en daño del que las posee? ¿Podia ignorar aquel oráculo divino: *Divi-*

(1) *Quæ utilitas in sanguine mea, dum descendo in corruptionem? Psalm. 26. v. 10.*

tiæ conservatæ in malum Domini sui (1)? ¿Cómo hubiera sido feliz siendo un avaro? Las riquezas si se manejan con prudencia y se administran con caridad, nos harán ganar el cielo; pero si se adquieren con injusticias, si se conservan con inquietudes y se invierten con fatigas y pesares ¡ay, y que vida tan triste hacen pasar á sus poseedores! El santo lo conocia muy bien, y léjos de amarlas las arrojó de sí de un modo nunca visto en la Iglesia desde el tiempo de los apóstoles. Ya no pocos santos fundadores de las órdenes religiosas habian abdicado el dominio de todos los bienes en particular: ya la familia serática habia dado otro paso mas adelante, renunciando todos los bienes no solo en particular, sino tambien en comun; pero al cabo los unos recurrian en sus apuros á los fondos del monasterio, y los otros á la mendicidad. Estaba pues reservado para Cayetano y sus hijos el heróico desprendimiento de todo lo terreno: la total entrega de sí mismos en los brazos de la Providencia divina y el vivir como los apóstoles de las limosnas espontáneamente ofrecidas, y no mendigadas. ¡Resolucion asombrosa que ha llenado de espanto á los mayores sabios del mundo.

Cayetano fué reputado por uno de ellos; pero no penseis que el santo colocase su felicidad sobre este título. No ignoraba la grandísima distancia que se encuentra entre ser verdaderamente sabio y parecerlo, ó ser reputado por tal; y sabia bien que el mismo Dios habia declarado que la sabiduría de la carne era enemiga de Dios, y que este mismo Señor prometia perder la sabiduría de los sabios segun el mundo, y reprobar la prudencia de los prudentes del siglo (2). Por estos útiles conocimientos colocó el santo toda su sabiduría en el temor de Dios, en la observancia de sus preceptos, en el cumplimiento exacto de las obligaciones de su estado, llegando á ser feliz en su sabiduría, porque no supo mas de lo que convenia saber, y aun aquello lo supo con sobriedad, como encarga el grande apóstol san Pablo (3).

Por último los empleos le elevaron á aquella clase de felicidad tan apetecida de los miserables mortales, que tan mal se hallan

(1) *Eccles. c. 5. v. 12.*

(2) *Perdam sapientiam sapientium, et prudentiam prudentium reprobabo. S. Paul. epist. ad Corinth. I. c. 1. v. 19.*

(3) *Non plus sapere quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem. Ad Rom. c. 12. v. 3.*

con su quietud, y suspiran con tanta frecuencia en medio de las pretensiones. Es cierto que el santo se vió rodeado de una estimacion indecible en la corte de Roma. Los prelados, los obispos, los cardenales y el papa mismo le profesaban una veneracion muy singular. Juan Pedro Carrafa, obispo de Teati, que llegó á ser pontífice con el nombre de Paulo IV, era uno de sus discípulos, á la manera que Eugenio IV lo fué del gran padre san Bernardo. Entre los muchos que le reconocian por maestro, fundador y cabeza de su órden, habia hombres de un mérito extraordinario y de un talento superior. Venecia, Nápoles, Vincencia, Verona y otras ciudades de Italia le escuchaban como á un oráculo, le recibian como á un apóstol, y le veneraban como á un santo. Pero Cayetano nunca alteró su recogimiento interior enmedio de tantas ocasiones de distraccion: su devocion particular á la Vírgen, su humildad, su penitencia, su trato íntimo con Dios, y su celo por la salvacion de las almas, era lo que únicamente le ocupaba el corazon. Todos los otros empleos los miraba como unas cargas pesadísimas que abruman el espíritu y el cuerpo de cuantos los obtienen. Se pretenden los cargos porque no se conocen cuando no se poseen; pero apénas se experimentan, luego se desea arrojarlos de sí como una carga insufrible. Feliz mil veces nuestro Cayetano, á quien la nobleza de su casa no llena de orgullo, ni las riquezas le ensoberbecen, ni le envanecen las ciencias, ni los empleos le hacen perder de vista á su Dios. Siempre conforme con la divina Providencia, siempre obediente á sus adorables disposiciones, pasa sosegadamente la vida, y espera con tranquilidad la muerte. ¡O si nosotros imitáramos este provechoso ejemplar! Pero ay! ¡Cuántas veces nos llena de una altanería insufrible la nobleza de nuestro linaje! ¡Cuántas veces empleamos las riquezas en perjuicio nuestro y daño de nuestro prójimo! ¡Cuántas veces abusamos de la ciencia para seducir la sencillez y candor de las personas! ¡Cuántas veces atropellamos la ley, la razon y la justicia por hacer valer una injusta determinacion de nuestro empleo! No así, amados mios, no así: imitemos á Cayetano, feliz en las prosperidades por el buen uso que hizo de ellas: imitémosle tambien en los trabajos, en los cuales fué feliz por la paciencia y resignacion con que los toleró. Ya hemos visto lo primero: vamos á demostrar muy brevemente lo segundo.

SEGUNDA PARTE.

Es la vida del hombre una perpetua alternativa de gustos y pesares, de placeres y tormentos, de desdichas y felicidades. Nada mas frecuente vemos cada dia que aparecer hoy como un pobre desterrado, el que ayer era un rico poderoso : ser reputado hoy malo el que ayer era adorado, y creíamos ser santo y bueno; y mirar hoy derribado sobre el polvo al que ayer era adorado en su trono. Sí, señores : ya sabeis que es una verdad de fe que la vida del hombre es comparada al viento, que jamas permanece en un mismo estado. Esta es nuestra triste situacion sobre la tierra. No extrañareis que tal fuese tambien la vida de nuestro insigne Cayetano. Le hemos visto en el colmo de sus felicidades. Justo es verle tambien en el abismo de sus desprecios, para que en todas las cosas aparezca como hombre verdaderamente feliz.

Como el fin de su instituto era desterrar la indevocion é ignorancia de los eclesiásticos, el desórden de las costumbres en los legos, la negligencia del culto divino en las iglesias, y la poca aficion á la frecuencia de sacramentos, le fué forzoso pelear valerosamente para restaurar la pureza de costumbres, el amor al estudio, la circunspeccion y porte arreglado de la clerecía, el aseo y limpieza de los templos, destruir la avaricia en los ministros de la Iglesia, las bajezas, los abusos y profanidades de los que proponian desde los púlpitos la palabra del Señor, y confundir la audacia y obstinacion de los herejes. ¡O Dios inmortal! ¿cómo era posible que un proyecto tan vasto, tan admirable y tan difícil no le costara á Cayetano inmensos sudores y fatigas? Sí, amados mios : el santo se propuso este plan maravilloso; pero experimentó en su ejecucion peligros en todas partes : peligros en el mar, peligros en la tierra, peligros en la ciudad, peligros en el campo, y peligros hasta en sus falsos hermanos, como decia de sí mismo el grande apóstol san Pablo (1).

¡Que no pueda yo dar á estos preciosos pensamientos la extension que merecen! Le veríamos entónces abandonado de no pocos de sus mismos amigos, que pareciéndoles demasiadamen-

(1) *Ad Cor. II.* c. 11. *v.* 26.

te severo su instituto, le ocasionaron muchas pesadumbres con sus temores y desconfianzas, y expusieron mas de una vez á toda su congregacion al peligro de ser suprimida en sus principios : le veríamos perseguido, calumniado y compelido á viajar pobre y á pié de unas ciudades á otras con inminentes riesgos de su vida, procurando siempre la salvacion eterna de sus mismos perseguidores : le veríamos insultado y maltratado por los herejes, cuya perversa doctrina descubria el santo con celestial sabiduría, y la confutaba con los sólidos principios de la fe. Pero en estas y otras muchas ocasiones le veríamos tambien siempre conforme con la divina voluntad; siempre obediente á los decretos de su adorable Providencia, y siempre contento entre los brazos de su Dios : en suma, le veríamos como un hombre verdaderamente feliz á quien no amilanan los trabajos, ni acobardan las contradicciones: un hombre que lleno de confianza filial en la bondad de su Dios, espera tranquilamente la proteccion divina, y tolera con paciencia las incomodidades del siglo. Mas aunque yo no pueda explicaros todas estas verdades, reflexionad siquiera sobre su mayor tribulacion: esta fué cuando las tropas del emperador estaban saqueando y destruyendo la gran ciudad de Roma, donde se hallaba á la ocasion el santo.

Imaginad á la tropa llena de furor militar, y agitada exteriormente por sus jefes, é interiormente por el deseo de enriquecerse con el pillaje : imaginaos, digo, si podeis, cómo entra en un pueblo, causando espanto á todos con su gritería y con el formidable estruendo de las armas. Cuanto se les pone delante lo atropellan y despedazan : rompen las puertas, los cofres, las arcas, desenvuelven y arrojan por unas partes y por otras las ropas, los muebles y las alhajas : roban lo mas precioso y ménos embarazoso para llevar : maltratan á sus dueños, intimidando á sus mujeres y sus hijos : levantan el grito los infelices, y mezclando sus clamores con el ruido de los caballos que corren, con las voces de la tropa que se desordena, con los repiques arrebatados de las campanas, con los redobles de las cajas y con los horribles tronidos de los cañones, se forma de todo esto una confusion y desórden solamente comparable á la confusion y desórden del infierno. Imaginad que llegan á los cinco primeros Cayetanos, que prenden á estos religiosos, y que al santo como á superior le preguntan por los caudales

de su casa. Respóndeles el santo, que nada tiene, que vive de la divina Providencia; y que no creyéndole los soldados, le meten entre dos tablones y le dan un cruel tormento descoyuntándole los huesos. No veis? ¿Acaso el santo se irritaria contra sus crueles agresores? ¿Maldeciria á los que tan injustamente le atormentaban? ¿Pretenderia á lo ménos con los jefes que se le diese la debida satisfaccion? Nada ménos. El santo inalterable padece aquel tormento: pide á Dios por sus mismos atormentadores, y luego que ellos le dejaron de mortificar, junta sus religiosos, y sin mas ajuares que el breviario debajo del brazo, salen de Roma, se embarcan en el Tíber, abandonándolo todo á la avaricia de la tropa, y entregándose ellos en los brazos de la providencia de Dios. ¡Qué espectáculo éste tan digno de la admiracion de los ángeles, y de tanta confusion para los hombres! ¡Cuántas veces por injurias infinitamente menores llenamos de clamores nuestras casas, de imprecaciones á nuestros prójimos, de disturbios, enemistades y cismas los pueblos y de litigios los tribunales! No, no fué esta la conducta de los santos. No se portó así nuestro hombre feliz. Cayetano fué humilde y benéfico en las prosperidades de la vida: ya lo vimos en el primer punto. Cayetano fué pacífico, sufrido y constante en los trabajos y penalidades de la vida: ya lo acabamos de oir en este punto segundo. Cayetano siempre grande, siempre conforme con las disposiciones de Dios, siempre entregado á los brazos de la divina Providencia, fué el verdadero hombre feliz en la tierra, y logra ahora un premio inmenso en el cielo.

¿Qué resta, pues, amados mios, sino á imitacion de este grande santo *inspice, et fac secundum ejemplar*, entregarnos en los brazos de la providencia de Dios para que su Majestad nos encamine segun los designios de su adorable voluntad?

Que resta sino que procuremos vivir pacíficos, humildes, castos, aplicados al trabajo, cuidadosos de nuestras casas y haciendas, misericordiosos con nuestros prójimos, y religiosos con nuestro Dios; y así seremos verdaderamente felices sobre la tierra, como lo fué san Cayetano. Pobres viudas: podeis ser felices llevando con paciencia vuestra pobreza y desamparo. Pobres huérfanos: podeis ser felices buscando á Dios por padre vuestro, y observando su santa y divina ley. Honrados labradores: podeis ser felices ofreciendo al Señor con limpieza de conciencia las fatigas que sufrís en esos campos, como lo prac-

ticaba san Isidro en vuestro mismo ejercicio, y lo hacia san Cayetano en su respectivo ministerio. Hombres ricos, á quienes el Señor ha concedido bienes de la tierra : podeis ser felices usando bien de ellos, ejercitando la misericordia con vuestros prójimos, manteniendo en paz á vuestro pueblo, evitando los litigios que tanto deterioran los caudales y tanto gravan las conciencias, y mostrándoos en todo hombres de bien y ciudadanos útiles.

Venerables sacerdotes : podeis ser felices residiendo en vuestras parroquias, y siendo un todo para todos en sus necesidades espirituales y corporales : dando doctrina á los ignorantes en nuestros católicos dogmas y en sus respectivas obligaciones : consuelo á los atribulados con las frecuentes tentaciones del mundo, del demonio y de sus pasiones : procurando la paz en los matrimonios desavenidos é inquietos por la diferencia y contrariedades de los genios, ó por la perversidad de sus costumbres : socorriendo á los necesitados y hambrientos : vistiendo á los desnudos, asistiendo y acompañando á los enfermos y á los afligidos moribundos : promoviendo el culto del templo y la devocion de los altares : mostrando celo en vuestros púlpitos, ciencia en vuestra lengua, modestia en vuestro porte y edificacion, y buen ejemplo en toda vuestra conducta.

Vosotros solos, pecadores de mi alma, vosotros sois los únicos que no podeis ser felices en el estado del pecado en que os hallais; porque ¿cómo podrá ser una persona feliz hallándose enemiga de Dios, esclava de Satanas, desterrada del cielo y destinada para arder eternamente en el abismo? No, amados mios, no : el pecado es incompatible con la verdadera felicidad que logran las almas justas, que con la divina gracia y el ejercicio santo de las virtudes, viven tranquila y dichosamente sobre la tierra. Vosotros podeis solamente ser felices dejando de ser pecadores. Dejad pues ese infelicísimo estado, y venid á la misericordia de Dios que os espera : venid á oir la misericordia de Dios que os llama : venid y sereis bien recibidos de la infinita misericordia de Dios, si con verdadera contricion en vuestro corazon, si con afectuosas lágrimas en vuestros ojos, si con una detestacion sincera de vuestras culpas, y una eficaz resolucion en vuestras almas de servir á Dios, os presentais al Señor. Yo os lo aseguro : no lo dudeis. Vamos todos, pues to-

dos somos pecadores. Acudamos confiadamente al trono de la divina gracia, para que aprovechándonos de ella nos apartemos del mal y obremos el bien : aborrezcamos el vicio y practiquemos la virtud ; y perseverando en ella seamos felices en la vida, felices en la muerte y felices por toda la eternidad en la gloria. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN CAYETANO.

(DE TRONCOSO.)

In te projectus sum ex utero : de ventre matris mex Deus meus es tu.

Desde las entrañas de mi madre fui arrojado en tus brazos : desde el seno materno te tengo por mi Dios.

Salmo 26. *v.* 11.

Desde que el Profeta rey pronunció estas palabras, hablando en persona del Salvador (1), ninguno tal vez como el héroe cuya memoria hoy solemnizamos pudo decirlas con tanta verdad. Viéronse en la antigua ley entre los santos patriarcas, hombres que por su perfecta adhesion á las voluntades del Altísimo, por su imperturbable confianza en sus promesas, por un total desprendimiento de todas las cosas criadas, merecieron ser llamados hombres de Dios, y pudieron llamar al Señor el Dios suyo, pues que solo en él tenian colocados sus afectos y nada esperaban sino de su providencia benéfica. El Padre de los creyentes pudo mirarse como un modelo en este género. Conducido desde sus primeros pasos por el Dios de sus padres á traves de acontecimientos extraordinarios, su vida toda no fué mas que un sacrificio continuado. Ora se le manda que abandone el suelo que le vió nacer, la techumbre bajo que moraba, sus allegados y compatricios, y camine peregrino hácia una tierra para él desconocida : y sin vacilar un momento, á la edad de setenta y cinco años sale de Aran, atraviesa todo aquel país, se dirige al

(1) *Todos los sagrados expositores convienen en que este salmo es una prediccion de Jesucristo, hablando con su eterno Padre y anunciando su resurreccion y su gloria en toda la tierra.*

valle de Siquen y no cesa de peregrinar, protestando en todas partes su confianza suma en las palabras de Dios. Ora se le ordena que ofrezca á su mismo Hijo en holocausto: y sin pararse á considerar lo duro de esta prueba, levántase ántes del alba, apareja su asno, toma consigo á Isaac, y caminando al monte de la *Vision* (1) por espacio de tres dias, prepárase á consumir la víctima, y lo hubiera ejecutado á no haberlo impedido el ángel del Señor. Admirable fe! ¡Confianza portentosa en la Providencia del cielo! Justo era que el Señor pactase con su siervo ser desde entónces su posesion, su herencia y todos sus bienes; justo era que en adelante se declarase su protector, su Dios y de toda su posteridad.

¿Pero acaso, católicos oyentes, es esto mas digno de admiracion que el espectáculo que ofrece á nuestra consideracion la portentosa vida de Cayetano? ¿Vióse jamas en un mortal un enlace tan admirable de hechos, que con mas perfeccion justificasen la providencia de Dios con sus criaturas? Sí Abrahan en cumplimiento de una órden expresa del cielo se separó de su patria, anduvo errante y peregrino y se sometió á sacrificios amargos, ¿no hizo otro tanto Cayetano, y esto no en fuerza de un mandato, sino por una mera inspiracion? Sí, hermanos mios, y aun mucho mas; él renunció sus bienes, sus esperanzas y hasta sus afectos mas naturales, por lanzarse en los brazos de la amorosa providencia de su Dios. Deseoso de ser todo de su Criador, ni aun del sustento mismo quiso cuidar, bien así como las avecillas del cielo, que contentas con lo que su hacedor las proporciona, ni atesoran riquezas, ni ambicionan posesiones, ni se ocupan en proveerse contra el hambre y la necesidad (2). Satisfecho únicamente con merecer la gracia y el amor de aquel para quien ha nacido en el mundo, el mundo no es para él sino una tierra extranjera, un país de peregrinacion; si alguna cosa desea, es Dios; si algo busca, es su gloria; si se fatiga, no es mas que por su servicio; nada en las criaturas ve que no le dirija á Dios; en suma, señores, en Cayetano se nos ofrece un hombre que representa en el mundo la imágen de la Providencia, ó la Providencia misma puesta en accion.

(1) *Moriah, que significa* vision, *sobre cuya cumbre fué edificado despues Jerusalen.* (*Véase Amat. Anot. al cap.* 22 *del Génes.*)

(2) *Matth. c.* 6. *v.* 26.

¿Quién pues como nuestro héroe pudo jamas decir con tanta verdad que habia sido arrojado al mundo en los brazos de Dios desde las entrañas de su madre, y que desde entónces no habia conocido, deseado, ni buscado mas que á Dios? Justifiquemos estas expresiones que pusimos en boca de nuestro santo en el encabezamiento del presente discurso, haciendo ver que Cayetano fué todo de su Dios: 1°, porque guiado por la Providencia, no aspiró sino á hacerse semejante á él en la santidad de su vida: *In te projectus sum ex utero:* 2°, porque secundando las miras de la Providencia, no buscó en el mundo sino la gloria de Dios y el bien de sus semejantes: *De ventre matris meæ Deus meus es tu.* ¡Plegue á vos, oh Padre de las luces, y dador de todo bien, comunicarme la gracia necesaria para desempeñar mi asunto! Os la pido encarecidamente por los méritos de aquella á quien jamas negasteis cosa alguna, y que mereció ser ensalzada sobre todas las criaturas, por la humildad profundísima con que se sometió á las disposiciones de la Providencia del cielo, cuando el mensajero divino la saludó diciendo: *Ave María.*

PRIMERA REFLEXION.

La Providencia que rige los destinos de las criaturas, señala á cada una el rumbo que debe seguir para llegar á su último fin. Á unas conduce por las vias del honor, á otras por las de la abyeccion y del desprecio; á estas destina para ser faros luminosos, que colocados en la eminencia alumbren al mundo con su doctrina; á aquellas para confundir la soberbia y altanería de los sabios del siglo con la ignorancia de la cruz. El espíritu de Dios es uno; pero sus dones se multiplican en proporcion de las necesidades de su esposa; él los derrama sobre los escogidos segun su divino beneplácito. Monumento augusto de esta verdad fuera en todos los siglos la casa de Tiené, cuna de nuestro héroe. Fecunda en hombres grandes en todos ramos, habia producido prelados insignes, guerreros famosos, doctores eminentes (1). Pero el blason mas honorífico de esta ilustre familia, era la piedad y religion con que venia distinguiéndose entre

(1) *Entre estos se cuenta el célebre Gaetano de Tiené, canónigo paduano, que fué mirado como el mas docto teólogo de su siglo.*

todas las del señorío de Venecia. Todos sus descendientes se habian hecho un nombre célebre en los fastos de la historia por su celo en defender la verdad católica, y por sus virtudes y edificantes ejemplos. Llegaba empero un dia en que de este árbol debia brotar un arbusto preciosísimo, destinado á embellecer el ameno jardin de la iglesia, cuyo ramaje extendiéndose despues por todo el globo, cobijaria bajo su sombra á una multitud innumerable de héroes que habian de ser los hijos de la divina Providencia.

Tal fué nuestro insigne Cayetano. Ya iba caminando á su ocaso el siglo XV, cuando vió nacer este astro brillante. Su piadosa madre, que deseaba ver ilustrada su familia con un santo, vió cumplidos sus deseos en este hijo de bendicion. Desde su mismo seno le consagra al servicio de Dios y le deposita en sus manos; y Cayetano, dócil desde su cuna á los designios de la Providencia, que le destinaba á una virtud nada comun, acreditó de una manera inequívoca que todas sus miras se dirigian á ser todo del que le criara; á hacerse un perfecto modelo del que ha dicho: « Sed santos porque yo lo soy. » A este fin encamina todas sus acciones. Si á pesar de una humildad profunda y de una modestia que le ennoblece mas que la sangre que circula por sus venas, se lanza en la carrera de las letras, y adquiere en ellas adelantamientos prodigiosos, no juzgueis que la ciencia le despoje del conocimiento que tiene de la caducidad de unos todes que se disipan como el humo; ántes bien ella le conduce á buscar en Dios, señor de las ciencias, un objeto digno de emplear sus talentos y su profundo saber. Los mentirosos inciensos que ante sus aras quema la célebre universidad de Padua, ornando sus sienes con la laurea doctoral en ambos derechos, la reputacion que disfruta entre sus coetáneos que le honran como al mas hábil filósofo, como al mas insigne teólogo, como al canonista mas docto, como al jurisconsulto por excelencia, léjos de alucinarle y distraerle, no consiguen sino acrecentar mas su piedad y hacer mas admirable su virtud. Su amor á Dios, su tierno afecto hácia la Vírgen de vírgenes, su asistencia al templo, su fidelidad en cumplir los preceptos de la iglesia, su fervor en frecuentar los sacramentos, hacíanle un ejemplo vivo y un fiscal mudo, en unos tiempos en que la rela-

(1) *Lev. c.* 19. *v.* 2.

jacion de las costumbres habia cundido desmedidamente, en que el desprecio de las prácticas religiosas era universal, y el escándalo y la impiedad llegaban al mas alto grado.

No era empero este el terreno en que la divina Providencia queria hacer ostentacion de la virtud de su siervo. Una voz interior le llama á la ciudad eterna; y él, cuyos deseos son únicamente dejarse conducir por la voluntad del cielo, se desprende heróicamente de sus inmensos bienes, cuyos productos emplea en edificar y dotar una iglesia para comodidad de las gentes de aquella comarca, y emprende su viaje hácia aquel país que Dios le ha mostrado, y en donde se propone hacerle saber sus futuros destinos. Pero ¡oh Providencia adorable! cómo burlas á veces las esperanzas del hombre! ¡cómo te complaces en contrariar sus mas íntimos deseos, si bien todo lo encaminas á su mayor bien! Cayetano busca en Roma la oscuridad, y encuentra la gloria y los aplausos; corre en pos de la abyeccion, y sálenle al encuentro las dignidades y los honores; ansía el retiro, y se mira colocado en la corte! ¡Cuán peligrosas son, amados oyentes, las grandezas para las almas pequeñas y comunes! Mas de una vez hemos visto arruinarse edificios que parecian inmobles como las rocas del Océano, tan pronto como llegaron á tocarlos los vientos de la vanidad y de la lisonja, que de continuo sop'an en los palacios de los príncipes. No así empero la virtud de Cayetano. Las honras que el Vaticano le dispensa, el título de proto-notario que le confiere el papa Julio II, la confianza con que le distinguen los mas ilustres purpurados, no son para él mas que motivos de confusion, y pruebas de su profunda humildad. Sus ejemplos edifican á toda la corte; su fervor en las prácticas piadosas destierran la indolencia y promueven la devocion; su conducta intachable reforma las costumbres, destierra la relajacion y hace renacer los bellos dias de la primitiva Iglesia.

No está satisfecho todavía el fervoroso corazon de nuestro héroe. De dia en dia siente acrecentarse sus deseos de perfeccion. Alistado en la milicia santa, es un nuevo Sadoc, cuya alma está inseparablemente unida con la de su Dios. Tal vez no habia visto hasta entónces el santuario un sacerdote mas fiel, mas puro, mas irreprensible que Cayetano. Su corazon, muerto á las cosas visibles, solo suspira por las invisibles y eternas. Renuncia pues todos los destinos que le detenian en la corte de

Roma, parte á Vincencia su patria; hace una total cesion de cuanto le quedaba en beneficio de los pobres; y haciéndose compañero inseparable de estos, se dedica con celo infatigable á servirlos en los hospitales, en las cárceles y en los asilos de la mendicidad. En estos ejercicios se ocupaba incesantemente, brillando entre sus compatricios como el sol en dia hermoso de primavera, cuando por segunda vez se ve precisado á abandonar aquel suelo por seguir la voz de la obediencia de su director, á quien en un todo habia sometido su voluntad. En vano las lágrimas de sus amigos, las representaciones de sus deudos y las súplicas de todo Vincencia intentan detenerle. Al modo que las tiernas avecillas que anidan en los frondosos ramajes del bosque, cuando empiezan á remontar su vuelo por los aires, son llevadas por la cariñosa madre donde quiera que las llama, atentas siempre á escuchar sus amorosos trinos, así Cayetano que no sabia dar paso alguno sino dirigido por aquel que habia escogido por su padre en Jesucristo, tan luego como escuchó su voz, se dispuso á caminar á donde se le mandaba. Seguid sus pasos; ora le veréis en Venecia trasformado en un apóstol, á cuyas exhortaciones y ejemplos se convierten innumerables pecadores; ora en Roma, en donde unido á los principales miembros de la congregacion del *Amor divino*, trabaja sin descanso en levantar el edificio de las virtudes puras del Evangelio sobre las ruinas del informe coloso de la inmoralidad y del vicio.

Dias de luto y de tristeza fueron para la Iglesia aquellos en que vivia Cayetano. El templo, el altar, el sacerdocio, todo participaba de la corrupcion universal que desgraciadamente se habia introducido, merced á mezquinas pasiones presididas por la ambicion. Sumidos los descendientes de Aaron en una apatía lamentable, inútilmente pedian los pueblos el pan de la doctrina. No se oía apénas resonar la voz de los verdaderos profetas de Israel: y en cambio adivinos profanos anunciaban á los incautos falsedades y errores, que tendian á arruinar sin remedio el templo augusto de la verdad y de la fe,... Mas hé aquí que en medio de la general consternacion que necesariamente produjera este estado de cosas, aparece en medio de aquella Jerusalen un nuevo Elías, cuyos ojos esplendentes como el fuego, despiden rayos que abrasan los corazones de algunos pocos que no habian adorado á Baal: y uniéndose á su

caudillo, emprenden reformar el decoro santo de Sion, y devolver á la esposa del Cordero la antigua belleza de que la despojaran los incircuncisos é inmundos. Cayetano es el alma de esta grande obra: entra en relaciones íntimas con el gran Pedro Carrafa, obispo á la sazon de Teati, despues sumo pontífice bajo el nombre de Paulo IV, con Pablo Consigliere, de la ilustre casa de Gisleri, y Bonifacio de Cola, gentilhombre milanes; declárales su designio, manifiéstales el plan que se propone desenvolver, y cual otro Macabeo ardiendo en celo por la casa de su Dios, exclama: « Si alguno quiere vengar la gloria del Señor, sígame. »

¿Y qué es lo que se propone nuestro héroe? Nada ménos, católicos oyentes, que fundar una congregacion de sacerdotes, cuya vida tenga por norma la vida de los apóstoles. Pensamiento grande! pero ¡cuántas dificultades no ofrece la ejecucion! Despojarse de todo lo terreno, hasta de la facultad de buscar el necesario sustento: reducirse á una pobreza mas estrecha aún que la misma mendicidad; entregarse totalmente al cuidado de la adorable providencia del cielo, ¿no es lo mas sublime de la perfeccion evangélica? ¿Puede haber sacrificio mas heróico? ¡Y esto intenta Cayetano puntualmente en unos dias en que la sed del oro, el hambre de los honores, la ambicion y la codicia son los ídolos ante quien se arrodilla indistintamente el grande y el pequeño, el sacerdote y el lego, el jóven y el anciano! Sí, amados oyentes, esto intenta, y esto lleva á cabo á traves de mil persecuciones, odios y dificultades que hubieran hecho sucumbir al corazon mas fuerte é inalterable. Dios es quien le guia, Dios es quien le inspira, Dios es quien le sostiene, y nada habrá que pueda acobardarle. Vedle ya con sus compañeros en presencia de Clemente VII, pidiendo el beneplácito para ejecutar su pensamiento, y haciendo una solemne renuncia de sus empleos y beneficios eclesiásticos. Tal vez el supremo pastor de la Iglesia, sorprendido á vista de una resolucion tan generosa, admirado de un tenor de vida que no ha tenido ántes semejante, vacila, duda, y no se atreve á aprobar lo que le parece impracticable. Pero al fin los ruegos, las instancias, y mas que todo la virtud de aquellos ángeles de paz consiguen un triunfo completo. El Vaticano expide la bula de aprobacion del nuevo instituto el dia 24 de junio de 1524; sus primeros profesores se lanzan en la espinosa carrera de los trabajos apos-

tólicos; Cayetano como fundador y caudillo de esta noble estirpe de héroes, se distingue entre todos por su celo, por su fervor, por su santidad extraordinaria. Nuevo hércules, dispónese á exterminar de sobre la tierra los monstruos del vicio que la infestan; y despues de acreditar que era todo de su Dios por el heroísmo con que, guiado por la Providencia, aspiró á conformarse con él en la santidad, da principio á un nuevo linaje de sacrificios que le hacen en un todo de su Dios, por el empeño con que se consagró á defender los intereses de su gloria y á procurar el bien de la humanidad. Veámoslo en la

SEGUNDA REFLEXION.

No puede dudarse, católicos oyentes, que el sacerdocio es por decirlo así el alma de la religion. Destinado por una vocacion especial á servir en el santuario, á él cumple fomentar en el corazon de los fieles el verdadero espíritu de piedad que vivifica todas las prácticas sagradas, que tienden á dar al hombre una idea grandiosa de la Divinidad. De aquí su vida debe ser tan ejemplar, sus costumbres tan puras, y tan irreprensibles todas sus acciones, que pueda ser en toda la verdad de la expresion, luz que alumbre y sol que purifique, segun las sublimes palabras del mismo Salvador. Este pensamiento era el que de continuo ocupaba la imaginacion de Cayetano; y ved aquí lo que causaba su mayor desconsuelo al ver los abusos que en su siglo habian penetrado en la iglesia, y desfigurado el antiguo brillo de la raza de Leví. Sus ojos no pueden sufrir el espectáculo que ofrece en aquellos dias desventurados la esposa del Cordero. Ve los templos desiertos, olvidadas las solemnidades, el culto abandonado, muda y silenciosa la cátedra de la verdad..... y entre tanto los pastores de Israel entregados al ocio y á la disipacion: los custodios del Arca santa mezclándose en sus profanaciones con el pueblo sensual é idólatra: los ancianos y doctores de la ley nueva, autorizando con sus venalidades la ambicion y los desórdenes de los transgresores de aquel código sagrado! ¿Cómo no se habia de conmover el espíritu de este Moises santo é irreprensible? ¿Cómo no habia de poner en movimiento todos los resortes de su celo para evitar

tantos males, destinado como estaba por el cielo para ser el defensor de su culto y de su gloria en dias tan aciagos?

Ah! ¿quién podrá describir el interes con que se consagra Cayetano á promover la santidad del sacerdocio, á extirpar los abusos que habian reemplazado á las antiguas tradiciones, á dar á las augustas ceremonias de la iglesia aquel esplendor y magnificencia que las hacen tan respetables aun á los ojos de la misma incredulidad? Viéraisle trabajando sin cesar, ya en el púlpito, ya en el confesonario; ora en medio del dia, ora en las vigilias de la noche; exhortando, reprendiendo, instruyendo, catequizando y haciéndose todo para todos, no ménos que el grande Apóstol de las gentes, por el deseo de atraer á todos al amor de Dios y á la práctica de los divinos preceptos.

¡Cuán poderosa es, católicos, la palabra de los santos! ¡cuán eficaces son sus ejemplos! Al ver á un hombre tan desprendido de todas las cosas terrenas, que ni aun del pan de cada dia se halla solícito; que descansando únicamente en la solicitud maternal de la Providencia, vive en el mundo cual si no viviese y solo aspira á extender la gloria de Dios y á procurar como Nehemías la majestad de su culto, la Italia toda le mira como á un enviado del cielo, como á un ángel de paz: y en su consecuencia, grandes, pequeños, sabios, ignorantes, todos le escuchan con respeto, le obedecen con docilidad, le veneran con entusiasmo, y siguen sus máximas cual si inmediatamente las recibiesen de la boca de Dios, cuya imágen representaba. Viéronse entónces los ministros del santuario salir de su apatía, y unirse á Cayetano para trabajar sin reposo en el cultivo de la viña del Señor; viéronse los altares servidos con una pureza que tiempo hacia no se habia conocido; viéronse los divinos oficios celebrados con una gravedad que hacia honor á la religion y hablaba al corazon de los fieles; viéronse en fin los hombres mas eminentes de aquella época abrazar el instituto de este hombre singular, despojarse de todos los bienes perecederos, hacerse hijos de la Providencia, y consagrarse enteramente á Dios, á su iglesia y á sus semejantes.

No temas ¡oh pequeña grey! Tú no tendrás mejor suerte que los demas institutos que en las pasadas edades han hermoseado el campo del divino Labrador. Como todas las grandes obras, habrás de luchar con enemigos terribles; las pasiones de los hombres corrompidos te harán una cruda guerra; verás levan-

tarse en torno de ti preocupaciones envejecidas, antipatías enconosas, odios, envidias y gritos de anatema y de exterminio; empero no por eso conseguirán tus émulos destruirte. Atravesarás un mar embravecido; veces mil se verá esa frágil navecilla disputando su existencia con las soberbias oleadas que promoverá el infierno; mas Dios es tu protector, y llegarás con su ayuda á un puerto seguro y bonancible.

En efecto, católicos, no faltaron hombres carnales, que llevados de una prudencia segun el mundo, calificaron de novedad perniciosa el nuevo tenor de vida apostólica que nuestro héroe introdujera en la Iglesia. Despechados al ver en el heróico sacrificio de aquel hombre y de sus hijos, una condenacion expresa de sus vicios, y en especial de su ambicion, no perdonan medio alguno para lograr su ruina. Acontecimientos bien funestos vienen á secundar los malévolos designios de aquellos hombres de perdicion. Roma se halla invadida por las tropas de un emperador irreligioso, y entregada al saco y al pillaje. Una soldadesca inmoral y atrevida se lanza sobre la casa do Cayetano moraba con sus virtuosos cooperadores. Maltratan inhumanamente á sus hijos, y cebando su saña en el padre, le hacen sufrir el mas cruel tormento. Colócanle entre dos enormes tablones, y á la manera que se exprimen las uvas en el lagar, oprímenle con tanta violencia, que le impiden la respiracion y le descoyuntan todos sus huesos. ¡ Pero oh providencia amorosa de mi Dios! tú cuidaste de tu siervo, y no quisiste que el furor de sus enemigos llegase á sacrificar enteramente aquella víctima, porque la reservabas para los designios de tu mayor gloria. Cayetano sufre el peso de las cadenas, los horrores de una negra prision, los insultos y vejaciones de unos hombres sin fe y sin Dios; pero de todo sale victorioso, y con mas brio que ántes para continuar en la carrera que ha comenzado.

Vedle, católicos, salir de las puertas de Roma acompañado de sus hijos, sin mas que el breviario que cada cual lleva debajo del brazo, y dirigiendo sus pasos al puerto de Ostia. Id, ángeles veloces, y llevad el testamento eterno á los mortales! Donde quiera hallaréis contradicciones y cruces que tolerar; pero tambien encontraréis gloria y consolacion inefable! Así es, amados oyentes; Venecia franquea sus puertas á estos ángeles peregrinos. Allí como en Roma, el celo de Cayetano hace prodigios. Convertida aquella floreciente ciudad en un teatro de

horror y de infeccion por la peste, no cesa dia y noche de correr con sus hijos al lecho del enfermo, á la casa del indigente, al asilo del rico, aquí para implorar la caridad y excitar la compasion, allí para llevar el socorro y el consuelo de que tanto necesitan unos seres abandonados. ¡Y cuántos milagros no obró la divina Providencia por medio de su siervo en aquellas circunstancias, en que todas las clases se resentian de la miseria universal, en que los mas opulentos apénas contaban con los necesarios recursos para su subsistencia? No seré yo quien emprenda referirlos. Para mí el mayor de todos es el mismo Cayetano; pues al verle que sin poseer cosa alguna de este mundo, basta por sí solo para cubrir tantas necesidades en momentos tan críticos y desgraciados, casi empiezo á dudar si era él el que obraba, ó mas bien la Providencia misma disfrazada bajo la imágen de ese prodigioso mortal.

Si pasa á Verona, en el momento se experimentan idénticos frutos de santidad que en las demas partes donde habia permanecido. Á su vista todo cambia de aspecto. Discordias envenenadas que infortunadamente tenian divididos á los ministros del santuario, desaparecen desde luego con los consejos y prudencia del hombre de Dios. Una paz dulce sucede á las turbulencias que tenian en choque continuo al sacerdocio y al pueblo. Los templos, solitarios á la sazon, vuelven á verse poblados á todas horas; el servicio del altar adquiere un nuevo esplendor; la religion triunfa; la virtud recobra todo su ascendiente sobre los corazones; huye el vicio; destiérrase la inmoralidad y el error... Mas no es aquí, señores, en donde nuestro héroe hubo de combatir de frente con este monstruo enemigo de Dios y de los hombres. Nápoles era el teatro principal de su celo. Tres espíritus orgullosos é impíos habian infestado aquella ciudad con sus ideas reformadoras. Valdes, Mártir, y Ochin derramaban en el seno de aquellos crédulos napolitanos el veneno de una herejía, importada de las riberas del Támesis, ó mas bien del seno de los abismos. Con audacia inaudita se atrevian á predicar el luteranismo y á atacar los principales dogmas de la religion católica. Ya empezaban á recoger los frutos de sus seductoras doctrinas, cuando apareció Cayetano. Con igual celo que se consagrara á restituir la santidad del templo y del altar, dedícase á conservar la pureza de la fe. Descubre los amaños de aquellos predicantes; arranca la máscara hipócrita con que tra-

tan de disfrazar su error; manifiesta la verdad en toda su luz: arguye, combate, persigue sin cesar al monstruo, hasta que avergonzado de su derrota, huye de la ciudad y deja á sus moradores en pacífica posesion de sus creencias.

Oh! No es posible, amados mios, referir todo lo que trabajó nuestro santo en el discurso de su vida; ménos aún sus virtudes heróicas y los portentos con que el Señor le favoreció. Su celo santo, su caridad sin límites, su desprendimiento hasta entónces desconocido desde el tiempo de los apóstoles, han dejado á los siglos posteriores recuerdos tiernos, y levantado gloriosos trofeos que honran la religion y consuelan á la humanidad. El instituto de clérigos reglares fundado por él, y que bajo la denominacion de Teatinos hemos visto propagado en Italia, Francia, Nápoles, España y en casi todos los reinos de Europa, será, á pesar de las injurias del tiempo que le hiciera desaparecer de entre nosotros, el mejor elogio de un hombre que supo concebir y llevar á cabo un pensamiento que hasta el mismo Vaticano vaciló algun tiempo en aprobar, juzgando imposible su observancia. Celebren otros, norabuena, los favores que recibió en premio de su virtud. Contémplenle arrebatado en éxtasis maravillosos, tiernamente estrechado con Jesucristo en la figura de un hermoso niño, y gozando de las dulzuras de su presencia y divinos coloquios. Admírenle dando la salud con la señal de la cruz á uno de sus hijos en el momento en que se disponia á sufrir la amputacion de la pierna. No cesen en fin de ensalzar su nombre glorioso en todo el orbe, por la muchedumbre de testimonios con que el cielo autorizó visiblemente su santidad. Bástame habérosle presentado como un hombre que desde el seno materno fué todo de su Dios; porque dócil á las inspiraciones de la Providencia que le destinaba á ser su hijo y al tiempo mismo su vivo apologista, no aspiró sino á hacerse conforme en todo á la santidad del Unigénito del Padre, y á secundar sus miras, consagrándose á defender los intereses de su gloria y á procurar el bien de sus semejantes.

Imitemos, amados mios, la vida de Cayetano; honremos como él la religion con nuestras costumbres puras, con nuestra pureza y santidad; trabajemos en fomentar el culto católico y las prácticas de devocion; frecuentemos los divinos misterios con el fervor y espíritu que nuestro santo enseñó, mas con sus ejemplos que con sus palabras; seamos á imitacion suya celosos

de la integridad de nuestros dogmas y de la pureza de nuestra fe; lancémonos en los amorosos brazos de la maternal providencia de Dios, que no se desdeña de interesarse en nuestras mas pequeñas necesidades, confiando en nuestras mas arduas empresas en la proteccion del cielo; trabajemos en fin en nuestra santificacion y en la de nuestros prójimos; y de este modo mereceremos experimentar la intercesion de nuestro santo, tenerle propicio y favorable en los lances mas apurados, y despues de una vida trabajosa, llegar como él al eterno descanso de la gloria.

SERMON [1]

DE SAN CECILIO, PATRON DE GRANADA.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

Ego elegi vos... ut eatis et fructum afferatis.
Yo os elegí... para que vayais y lleveis fruto.
S. Juan, c. 15, *v.* 16.

Ilustrísimo Señor,

Estas notables palabras intimadas por Jesucristo á sus apóstoles en ocasion de encargarles el ministerio del reino de Dios, y de darles reglas fijas para recoger el fruto de su predicacion, á pesar del odio y persecucion de los mundanos; estas palabras, repito, al paso que nos manifiestan con claridad las previas disposiciones que el Señor exige en los que han de anunciar su Evangelio á los pueblos, para que la divina palabra produzca su fruto, nos presentan el fundamento del verdadero elogio del héroe cuya memoria celebramos. Hablo de san Cecilio, obispo y mártir de Granada, nuestro apóstol, nuestro patrono, nuestro tutelar.

Á pesar de la escasez de noticias que en el dia conservamos de su preciosa vida y trabajos apostólicos, le vemos revestido del verdadero carácter de ministro fiel de la palabra, que describe Jesucristo en las expresiones de mi tema. Una verdadera vocacion y una exacta correspondencia á ella son las dos indispensables calidades que Dios exige en sus ministros; y estas mismas son las que caracterizan á Cecilio. Esta será la materia de su elogio, dividido en dos breves reflexiones. En la primera os haré ver su legítima vocacion; y en la segunda su fidelidad al ministerio apostólico. Pidamos las luces del Espíritu santo

(1) *Predicado al cabildo de la catedral.*

por la poderosa intercesion de su augusta Esposa. Saludémosla con el ángel. *Ave María.*

La sabiduría de Dios, cuyos designios y divina economía son impenetrables á la razon humana, para confundir las luces de los sabios y la prudencia de los políticos segun el mundo, hace á veces eleccion de personas, al parecer inútiles, para los altos fines á que las destina. En efecto, cuando se propuso la reforma del universo, sumergido á la sazon en las mas espesas tinieblas de error y de ignorancia en materia de religion y de costumbres, no hizo eleccion de personas ilustres, recomendables á la sociedad por sus talentos, su esfuerzo y sus riquezas; sino de unos pobres pescadores, ignorantes, sin política, bárbaros, como los llama el Crisóstomo, é ineptos segun las miras humanas, para avanzar una conquista tan difícil. Mas como las obras y designios del Señor distan infinitamente de los del hombre, su misma eleccion sirve de base al acierto en el desempeño del ministerio á que Dios destina al sugeto.

Por falta de esta eleccion de parte del Señor se ven de ordinario frustrados los planes de la humana política, confundida la sabiduría de los sabios segun la carne, y trastornado el órden de la sociedad. Esta consiste en un cuerpo organizado, cuya economía no puede subsistir sin que sus diferentes miembros ocupen el lugar que les corresponde segun las miras de la Providencia, que prescribe á cada uno su grado y sus funciones. En esta hipótesi será un cuerpo sano y robusto, cuyas partes colocadas con analogía á sus usos conservarán una entera armonía, se auxiliarán mútuamente, y mirarán de acuerdo á la conservacion del todo. Desde el cedro hasta el hisopo; es decir, desde el mas alto monarca hasta el ínfimo plebeyo, todos contribuirán al bien de la sociedad. El príncipe será obedecido de sus vasallos, y él mismo obedecerá las leyes. El ministerio apoyando las intenciones del gobierno trabajará por su gloria y por la felicidad de los pueblos. Las escuelas públicas bajo la direccion de maestros elegidos por el cielo, difundirán por todas partes el gusto de las ciencias y el amor á la virtud. El afecto al príncipe y á la patria hará mirar la milicia como una escuela de honor. El comercio, semejante á estos rios caudalosos, que fertilizan las campiñas, llevará por todas partes una feliz abundancia. Las artes útiles proveerán á las necesidades del

ciudadano. Se darán los empleos con respecto al mérito. En una palabra, los talentos y la virtud serán la única escala para la exaltacion.

Por el contrario, si los hombres resisten el órden de la Providencia; si para elegir estado, dice un sabio, toman solo consejo del capricho, del interes ó las pasiones; si las manos formadas para las armas se apoderan del incensario; si manda los ejércitos el que debia ser pastor de los pueblos; si los oráculos de justicia se confian á lenguas destinadas al silencio; si las escuelas son dirigidas por maestros solo á propósito para engrosar el vulgo; si los que nacen para obedecer se apoderan de la autoridad, ¿qué podrá resultar sino un caos, una confusion, un trastorno general? Basta en efecto que el hombre se ingiera á ministerio á que Dios no le llama, para que yerre en su ejecucion, y que en lugar de edificar destruya.

Por este principio universal de vocacion al estado, debemos pues formar idea de la eleccion para fiel dispensador de los misterios de Dios; porque aunque todo sacerdote deba segun el Apóstol ser tomado de entre los hombres, es necesario que sea llamado por el Señor como Aaron. La vocacion de Jesucristo al sacerdocio es el modelo de las vocaciones legítimas. El Salvador, dice san Pablo, no entró por su propio movimiento en el honor del sacerdocio; pues como el pontífice del antiguo Testamento no entró sino llamado por Dios, tampoco el pontífice de la ley nueva quiso recibir esta gloriosa cualidad sin haber ántes oído: tú eres mi Hijo muy amado.... tú eres el eterno sacerdote segun el órden de Melquisedec. Corresponde pues exclusivamente á Dios, que escruta los corazones, que es solo el que conoce los que son suyos, y el único que penetra los pensamientos de los hombres, la eleccion y vocacion de los dispensadores de sus misterios y palabra. Y hé aquí, señores, el fundamento y primer título del heroísmo de nuestro patron san Cecilio, fundador de esta metrópoli,

Santiago el mayor, este hijo del trueno (apelacion que le dió Jesucristo), en su rápida expedicion á España, despues de la venida del Espíritu santo sobre el colegio apostólico, entre otros varios discípulos que convirtió á la fe del Salvador, fué uno san Cecilio. Despues del gran suceso del pilar de Zaragoza, partió á Jerusalen con su maestro, á quien llamaba Dios á la corona del martirio. Aquí fué testigo de la gloriosa y temprana

muerte de aquel apóstol en defensa de la religion del Crucificado; y aquí parece que como otro Elías á Eliseo, dejó su doble espíritu Santiago á Cecilio. Pasado algun tiempo, se transfirió á Roma con algunos de sus condiscípulos, estando ya en aquella capital del mundo los apóstoles san Pedro y san Pablo. Ordenáronle y consagráronle obispo con otros seis varones apostólicos, y todos fueron destinados á España á evangelizar el reino de Dios. Cecilio oye la voz del Señor como otro Samuel, y obedece como otro Saulo.

Dióse bien presto á la vela para Andalucía. Arribó al puerto de Almería ó al de las Águilas, y marchando con pasos de gigante, procuró internarse á buscar el centro de su mision apostólica. Llegó á la famosa colonia Acci, hoy Guadix. Aquí empezó su carrera y su persecucion. Celebraban los gentiles á la sazon su fiesta á Marte ó al Sol, bajo el nombre de *Neton*; y conociendo que los apostólicos eran extranjeros y de extraña religion, los persiguieron para quitarles la vida. Pero habiendo llegado al famoso puente que estaba sobre el rio *Fardes*, dispuso la divina Providencia que se hundiese, sumergiendo en sus aguas á los perseguidores, apénas pasaron los apostólicos, como las del mar Rojo á los egipcios que perseguian al pueblo de Dios. De resultas obró el Señor la conversion de Luparia, matrona principal, á cuyo ejemplo se convirtieron otros muchos, y empezó á brillar en Guadix la fe del Salvador por medio de sus obreros.

Aquí se dividieron estos varones apstólicos cada uno al distrito que el espíritu de Dios le sugirió; y todos á excepcion de san Segundo, que pasó á Ávila, se derramaron por la Bética ó Andalucía. Dios que los habia llamado al ministerio de su palabra, inspiró á cada uno su diócesis ó territorio en estas vastas provincias, no ménos feraces en errores y vicios que en frutos y riquezas. Á Cecilio le tocó Granada y su distrito; y como ciervo que busca presuroso las fuentes de las aguas, marcha para ella. Las montañas mas ásperas y escarpadas le parecen espaciosas llanuras sembradas de olorosas flores.

Entra pues en Iliberi, ciudad populosa, literata en materia de mitología, y que con el motivo de haber arribado á sus costas tantas naciones extranjeras, atraídas de la riqueza de sus minas y fertilidad de su suelo, habian adoptado sucesivamente el culto, ritos y falsas divinidades de los fenicios, de los grie-

gos, egipcios, cartagineses y romanos. Osíris, Ísis, Príapo, Pluton, Marte, Vénus, Rea, Diana y otros insuisos personajes eran objeto de su culto. Qué mas? los ajos, las cebollas, los mas viles insectos eran divinizados, y aun al demonio mismo se ofrecian víctimas humanas. Las costumbres seguian el paso de la religion. La rapiña, el dolo, la ambicion, la avaricia y demas vicios capitales se graduaban de materia indiferente ó de la moda, como en nuestros dias. Todo era lícito ménos el ser justos. Al cultivo de esta selva llena de malezas, de esta viña inculta, que solo producia espinas y abrojos de los mas horrendos crímenes, envió el gran Padre de familias á este obrero, á evangelizar su reino y recoger su fruto; y aquí fué donde Cecilio manifestó su fidelidad á la vocacion de Dios.

Cecilio entra en Ilíberi como un cordero entre lobos: pero fiel á su vocacion, fiado únicamente en aquel que prometió palabras y energía á los que evangelizan su doctrina, sin temer á los que solo tienen potestad sobre el cuerpo, salió desde luego á manera de un rio caudaloso que inunda y fertiliza las campiñas, á sembrar el grano del Evangelio en los incultos campos de esta capital y su distrito. ¡Qué hermosos fueron, mi Dios, los pasos de este evangelista de la paz y de los bienes eternos! Los oráculos enmudecen, los ídolos caen por tierra como á la entrada de Jesucristo en Egipto, la usura, la mala fe, los vicios capitales, ó se ocultan ó desaparecen; el estandarte del Crucificado se enarbola sobre las ruinas de la idolatría; y la mansion de los demonios se convierte en casa de Israel; el pueblo que yacía en tinieblas empieza á gozar de la verdadera luz, que es Dios.

¿Mas quién será capaz de anunciar dignamente la fidelidad de Cecilio á su vocacion, los esfuerzos de su celo y su constancia en hacer cierta y fructuosa su eleccion al ministerio? ¿Qué solicitud igual á la de un hombre que pasaba el dia en el trabajo y la noche sin reposo? que bastaba por sí solo á predicar al pueblo, á catequizar los rudos, á dirigir los perfectos, al socorro de los pobres, al alivio de los enfermos? Hecho todo para todos como otro Pablo, trabajaba sin cesar en el cultivo de esta viña silvestre que el Señor le habia confiado, para rendirle el fruto á su debido tiempo, como siervo fiel y prudente; y nada deseaba tanto como ser anatematizado por sus hermanos.

¡Víctima preparada del celo! lograrás tus designios: morirás

con la gloria de mártir de Jesucristo; pero tendrás ántes la gloriosa satisfaccion de haber establecido entre las malezas del gentilismo una viña fructífera, una metrópoli cristiana, que ha permanecido visible y constante en la fe del Salvador desde su fundacion, á pesar de la entrada de los bárbaros del norte y de la inundacion de los mahometanos, que poseyeron esta capital cerca de ocho siglos. Sobre tan sólidas bases la dejó Cecilio fundada. Efecto consiguiente de su vocacion, para decirlo así; pues el mismo que le eligió para recoger el fruto de su palabra, le concedió la gracia que fuese permanente. *Ego elegi vos.... ut fructum afferatis, et fructus vester maneat.*

Á la solidez y permanencia de este edificio espiritual contribuyó no poco el ilustre testimonio que dió de Jesucristo con su sangre. Los sacerdotes de los ídolos conspiraron contra Cecilio y su Cristo, le persiguieron, le acusaron al magistrado, y le hicieron morir en una hoguera; martirio análogo al fuego del amor de Dios y de su verdadera fe, que interiormente le abrasaba.

Hé aquí, Ilmo. Señor, un breve rasgo del precioso apostolado y frutos de vida eterna que recogió Cecilio en Granada. Llamado por Dios al ministerio, correspondió con fidelidad á su vocacion: medios únicos de adquirir y conservar el honor del santuario. Si generalmente se adoptasen, habria ménos Balaanes que procurasen maldecir al pueblo de Dios, ménos Jonadaes que indujesen á horrendos crímenes á los nuevos Amnones; ménos Aquitofeles que adulasen á los Absalones; ménos Artajérjes que se opusiesen al culto y reparacion de los templos. Ni veríamos con dolor tantos Datanes y Abirones, tantos hijos de Helí, tantos Heliodoros que sacrílegamente los roban y profanan. Atendamos pues, os ruego, á la piedra de donde fuimos cortados: si nos gloriamos de hijos de Abrahan, que sean de Abrahan nuestras obras: hagamos cierta nuestra eleccion y vocacion al sacerdocio con un celo digno de Dios, principalmente en estos dias lúgubres en que nuestra madre la Iglesia es batida en brecha por sus mas furiosos enemigos, hagamos frente con pecho apostólico al torrente de iniquidad que nos rodea, y conservemos fieles (á imitacion de Cecilio) el sagrado depósito de la fe y sana doctrina de nuestros padres hasta agonizar por la justicia. Amen.

SERMON

DE SAN CECILIO, OBISPO Y MÁRTIR.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

SAN CECILIO NO TUVO OTRO FIN EN SU MINISTERIO SAGRADO QUE LA CARIDAD, Y CON LA MISMA CARIDAD LE DESEMPEÑÓ DIGNAMENTE.

Ignem veni mittere in terram ¿et quid volo nisi ut accendatur?

Vine á traer el fuego á la tierra, y ¿qué otra cosa quiero sino que se encienda?

S. Luc. c. 12. *v.* 29.

Cuando al oir el nombre de san Cecilio recordamos el desprendimiento de todos sus bienes, la ausencia de su familia y de su patria, las molestias de un viaje penoso para ir con sus santos compañeros á plantear en España la religion del Crucificado á costa de peligros, de fatigas, de contradicciones, de la salud y de la misma vida; á plantear una religion nueva, que contradice abiertamente á las costumbres recibidas y las creencias del país, á las preocupaciones y el culto antiguo que recibieron los habitantes de sus padres, y de que tan difícilmente se desprenden los hombres; que declara la guerra á todos los vicios y no ofrece recompensa alguna en esta vida; que léjos de estar protegida por los emperadores y potestades de la tierra, la han proscrito de todos sus dominios y persiguen de muerte á cuantos la profesan; ¿qué descubrimos en este hombre grande empeñado en una empresa que el mundo llamaria temeridad y locura, sino aquella caridad benigna y paciente que todo lo sufre, todo lo sostiene, todo lo emprende y todo lo espera? ¿Qué descubrimos sino un hombre encendido en aquel

fuego del amor de Dios que trajo Jesucristo á la tierra, y lleno de deseos de encenderle por todas partes?

Los horrores y persecuciones de los tres primeros siglos de la iglesia y la oscuridad de los tiempos, si bien no han podido borrar la memoria de san Cecilio, ni destruir la obra que edificó en nuestro suelo, no nos han permitido saber sus hechos particulares y circunstanciados, que no se trasmitieron á la posteridad y quedaron en el silencio, hasta el dia en que el Señor los manifieste todos y veamos su valor y la justa recompensa. ¿Pero qué necesidad tenemos de saberlos para formar su elogio, reconocernos deudores suyos, tributarle nuestros obsequios é implorar su proteccion? Sin entrar en un exámen crítico, ni exponernos á conjeturas dudosas, vemos desde luego un hombre apostólico encendido en el amor de Dios, y no temo ser reprendido si pongo en su boca las palabras del mismo Jesucristo: *Ignem veni mittere in terram ¿et quid volo nisi ut accendatur?* Vine á traer á la tierra el fuego de la caridad y amor de Dios, y ¿qué otra cosa quiero sino que se encienda?

He aquí la idea de mi discurso, reducido á manifestar que no se propuso otro fin san Cecilio nuestro patrono en su ministerio apostólico, que la caridad, y que con la caridad le desempeñó dignamente. Si nosotros tuviéramos esta caridad y nos inflamásemos en el amor divino, nos seria lijero el yugo del Señor y suave su ley, procuríaramos su honra y gloria por todos los medios, y seria otra nuestra vida y nuestras costumbres. He aquí lo que debemos contemplar y los propósitos que debemos hacer con el ejemplo del que nos engendró en Jesucristo, ofreciéndole este obsequio al paso que celebramos su memoria. Dispensadnos Señor, los auxilios que necesitamos y os pedimos por la intercesion de María santísima. *Ave María.*

El Apóstol de las gentes, propagador celoso y admirable de la religion de Jesucristo y vaso escogido para llevar el nombre de Jesus á todas las naciones, de cuya grande alma no se apartaba la solicitud de las iglesias que habia planteado, incansable en sus tareas despues de haber visitado nuestra España, fué á la ciudad de Roma, y en union con san Pedro como príncipe de los apóstoles, cabeza de toda la iglesia y vicario de Jesucristo, envió á esta region siete varones escogidos llenos de fe

y del amor de Dios á predicar la ley del evangelio, plantarla y asegurarla con sus virtudes, con sus milagros, con sus ejemplos y con su sangre.

¡Feliz España, alumbrada tan á los principios con las luces de vida y con la buena nueva que bajó de los cielos para todos los hombres! ¡Feliz España, sobre quien vela muy particularmente la prudencia de tu Dios, que te envía para tu consolacion y destruir de tu suelo la idolatría y la supersticion tantos operarios cuantos fueron los dias que ocupó en la creacion del mundo entero! ¡Feliz tú, ciudad de Granada en que está refundida la antigua Elvira; á quien despues de los trabajos de la peregrinacion y los prodigios con que el Señor aprobó y bendijo las tareas y deseos de sus nuevos profetas, cupo en suerte para sembrar la palabra divina en tu seno y cultivarla sin descanso el obispo san Cecilio, tu glorioso patrono y padre de tu fe!

¿Y qué objeto ha podido proponerse san Cecilio al penetrar por las puertas de la ciudad de Elvira para destruir sus ídolos, derribar sus altares, trastornar sus antiguos usos y plantear la cruz y la religion del Crucificado? El emperador Neron ha publicado la persecucion mas sangrienta contra todo el que se declare por cristiano, y se niegue á adorar á los dioses del imperio. Las gentes oyen con horror una nueva religion cuyo fundador acaba de ser muerto por los suyos en el patíbulo de los infames; los príncipes y potestades del infierno salen presurosos del abismo á defender su imperio; el universo se conjura y convoca á sus reyes, á sus magistrados, á sus filósofos y sus capitanes para vengar á sus dioses y defender los derechos en que se hallan las pasiones corrompidas; los sacerdotes y el pueblo, los grandes y pequeños se mofarán, insultarán, perseguirán á cuantos traten de alterar sus creencias y contener el freno de sus pasiones divinizadas con el ejemplo de sus dioses, con sus ritos y sus fiestas. Y cuando san Cecilio quisiera desentenderse de todas estas justas y ciertas consideraciones, no se lo permitirá lo que acaba de presenciar en la misma Roma, los cadalsos y hogueras que se levantan y encienden por todas partes para exterminar á los cristianos, y los edictos repetidos del emperador Neron que se hacen saber á todos los pueblos. ¿Qué pretende pues al encaminarse á Elvira á desempeñar el ministerio santo de su apostolado? ¿Busca los hono-

res, los aplausos, la gloria humana, las comodidades y regalos? La prudencia y la política humana le dictan todo lo contrario, y dan bastante á conocer que en aquellas circunstancias no era este el camino para lograr los bienes y felicidades que apetece el mundo. Sabe muy bien que le perseguirán, que le maltratarán, que será llevado de tribunal en tribunal y de cárcel en cárcel, y que al fin será muerto por Jesucristo; pero pretende predicar en público la religion de salud, confundir á los sabios, humillar á los poderosos y rendir á los pueblos que le ha destinado la divina Providencia al yugo suave de la fe. Pretende que se oiga la voz de la verdad, de una verdad temible y espantosa entre los que viven en la idolatría y el error, la voz del pudor y la modestia entre los que se han connaturalizado con la impureza, la voz de la humildad y la sencillez entre unas gentes acostumbradas á no apreciar sino la arrogancia, soberbia y vanidad; pretende que se rindan todos á Jesucristo y le reconozcan por su salvador, su redentor y su Dios; que todos le confiesen, le adoren y bendigan; no lleva ni se ha propuesto otro fin en la penosa mision que ha tomado á su cargo, que el encender á todos los hombres en el fuego de la caridad y amor de su Dios; el hacérsele conocer y amar como deben para que sean eternamente felices. *Ignem veni mittere in terram.* Si para esto ha de padecer tormentos, se gloriará en ellos y alabará á Jesucristo. Si ha de cargarse con los odios y sufrir los ímpetus y el furor de sus enemigos, se tendrá por dichoso. Si han de llenarle de oprobios y de ignominia, rebosará de gozo; si ha de morir en los tormentos y derramar su sangre en un patíbulo, esas son sus ansias y su corona. Todo lo considera, pero á todo se arroja, por todo atropella, nada es capaz de contener ni apagar el fuego de la caridad que arde en su alma, y ninguna otra cosa apetece, y por nada suspira tanto como porque se encienda y comunique á todos los hombres. *¿Quid volo nisi ut accendatur?* Todo está dispuesto á perderlo, porque nada estima ni apetece sino á su Dios, porque no tiene ni se ha propuesto otro fin en su sagrado ministerio que la caridad y amor de su Dios y de los hombres.

Gloríate, pueblo afortunado, y abre gustoso tus puertas al ángel que te envía el Señor para tu consolacion, para darte á conocer la salud que ha obrado con los hombres y para romper las cadenas de tu vergonzosa esclavidud y servidumbre.

Gloríate, y recibe en tu seno al que corre con pasos presurosos para evangelizarte. No temas los horrores de un conquistador sanguinario; no viene á usurpar tus riquezas, ni á explorar tu política para perderte, no viene á sembrar la discordia y desconfianza entre tus habitantes, no viene á corromperte y engañarte con ilusiones y mentiras; viene á predicarte la palabra de Dios oportuna é importunamente, á anunciarte el camino que ha de conducirte á la verdadera gloria; viene como un cordero entre los lobos lleno de humildad y mansedumbre á reengendrarte en Jesucristo, á hacer á tus hijos participantes de los bienes eternos, á padecer, á sufrir, á dar su vida en testimonio de la religion que te anuncia, á sacrificarse gustoso á trueque de encender en tu recinto el fuego de la fe y amor de su Dios. *Ignem veni mittere in terram ¿et quid volo nisi ut accendatur?*

¿De dónde nace, hermanos mios, que haya en nosotros tanta frialdad é indiferencia, tanto descuido y falta de celo cuando se trata de nuestro Dios y nuestra religion? ¿De dónde nace esa tolerancia y serenidad y tantas condescendencias reprensibles, tantos efugios políticos, tantas agudezas de la sabiduría y prudencia humana con que queremos cohonestar nuestro silencio inoportuno y perjudicial, nuestro temor á los furores de la impiedad y de la irreligion, nuestro miedo de perder los intereses y comodidades terrenas ántes que salir á la defensa de nuestro Dios, y ponernos como un muro delante de Israel? Nace de que no tenemos la caridad de Dios, de que no arde en nuestro corazon el fuego celestial que trajo Jesucristo á la tierra, de que en nuestro ministerio sagrado no nos hemos propuesto el fin recto de la caridad; nace esta falta de celo reprensible y criminal en todos los cristianos, de que no amamos á Dios. Si le amásemos, nuestro corazon y nuestros afectos serian otros, nuestras ideas y sentimientos serian otros, no esquivaríamos las batallas, seríamos los primeros á entrar en ellas y envidiaríamos la gloria de los que padecen y sufren en defensa de su Dios. ¿Qué hace el que está poseído del amor sensual de un objeto de la tierra, del interes, de la honra ó de cualquiera otra cosa perecedera? Y ¿es posible, me atrevo á quejar con amargura y dolor, es posible que el mundo y el infierno, que la relajacion y el error hallen sectarios y propagandistas intrépidos, y que la virtud y la fe escarnecida, mofada y combatida

de mil modos por todas partes, reclame el socorro de sus hijos y no haya quien oiga y atienda á sus lamentos? ¿Es posible que el incrédulo y el filósofo para defender y presentar con un aspecto agradable los delirios de su entendimiento bullicioso y rebelde, y para mezclar el veneno en sus conversaciones y escritos de un modo que no se deje sentir y se beba con gusto, trabaje dia y noche, combine la ciencia de los tiempos y las edades, fabrique el laberinto en cuyas calles se pierda y extravíe el pueblo incauto, sacrifique su fortuna, su fama, su sosiego y su vida con tal de que vea encendido en la iglesia el tizon de la discordia y el error, y que vivamos nosotros sepultados en el sueño de nuestra indolencia y permanezcamos insensibles al ver hundirse los altares y perderse la religion? ¿Es posible que en la relajacion de costumbres y extravíos de la fe apénas se halle uno que vuelva por la causa de Jesucristo, cuando en la causa de Dios y de la iglesia todo hombre debe ser un soldado? Y si no tenemos valor para defender una fe admitida y sostenida por tantos siglos y comprobada con tantos milagros, ¿qué valor hubiéramos tenido ni tendremos para llevarla á pueblos en que sea desconocida y plantearla de nuevo, venciendo todos los obstáculos y dificultades como nuestro patrono san Cecilio?

Tuvo la caridad y no se propuso otro fin que la caridad en el ministerio santo que tomó á su cargo; amó á su Dios y á sus prójimos, y no se propuso otro objeto ni otros intereses en su mision evangélica que este amor y caridad, y esta misma caridad le suministró los medios para desempeñar dignamente su ministerio apostólico.

Para extender Jesucristo su religion por todo el mundo envió á sus discípulos sin armas, sin defensa, sin recursos y sin mas provisiones que el anunciar su palabra con paciencia y humildad; pobres, desconocidos, de nacimiento humilde, sin ciencia para alucinar á los pueblos, como ovejas en medio de los lobos, dispuestos á sufrir, á padecer y á morir, tales eran los apóstoles á quienes confió el divino Maestro la conquista de todo el mundo; pero encendidos en el amor de sus Dios, llenos de una fe viva que obra por la caridad, llenos de amor á los hombres, enseñando con su ejemplo el precepto de la caridad que predicaban en nombre de su Maestro, no haciendo mal, volviendo bien á los que los aborrecian, orando y bendiciendo á sus per-

seguidores y verdugos, sufriendo sin quejarse, rogando á Dios, y muriendo en los tormentos vencieron al fin y extendieron la doctrina celestial, cooperando el Señor y confirmándola con sus milagros.

El Apóstol, instruído perfectamente en los medios necesarios para anunciar el Evangelio, y en las cualidades que deben tener los obispos para gobernar sus iglesias y para conquistar los pueblos á la fe, enseña con frecuencia que conviene que sean irreprensibles, que sean fuertes en la fe, de doctrina sana, que muestren en sí mismos el ejemplar de todas las buenas obras, y sea su vida tal que se avergüencen y confundan los enemigos, no teniendo cosa alguna que echarles en cara; que su virtud sea el arma poderosa y eficaz, y establezcan la religion mas bien practicándola que predicando. *Non in persuasibilibus humanæ sapientiæ verbis, sed in ostensione spiritus et virtutis.*

Elegido san Cecilio por los mismos apóstoles san Pedro y san Pablo para anunciar el Evangelio en España, su misma eleccion es suficiente prueba de que concurrian en él la paciencia y humildad, el amor de Dios y la caridad de los hombres, el buen ejemplo y vida irreprensible que recomendaba Jesucristo y los mismos apóstoles despues, en los que habian de evangelizar la paz á los pueblos. Pero cuando no quedásemos convencidos con esta demostracion, de que san Cecilio desempeñó dignamente su ministerio con la caridad, nos lo dicen patentemente los felices resultados de su mision. Vino á una tierra inculta, sumergida en la idolatría y supersticion del paganismo y á oponerse á los judíos, enemigos no ménos temibles, que en su dispersion se habian acogido á la ciudad de Elvira y otras de nuestra patria. No venia á dominar, á juzgar y hacerse temer, no venia á gobernar segun las leyes del imperio con el auxilio de las armas; venia solo, sin auxilios del mundo, á mudar á los hombres, á convertirlos. Pondérese cuanto se quiera su sagacidad, su prudencia, su sabiduría; yo diré siempre que predicaria en vano si los pueblos no veían en él la práctica y el ejemplar de la caridad y las virtudes que anunciaba; yo diré siempre que solo una caridad y celo infatigable acompañados del ejemplo, pudo vencer tantos obstáculos, sobreponerse á tantas dificultades y salvar tantos inconvenientes para coger un fruto tan copioso. Yo diré siempre que si la sabiduría, la prudencia, la política y la fuerza pueden hacer á los hombres sabios, conteni-

dos, obedientes, subordinados y apacibles, el convertirlos y hacerlos santos no puede ser obra sino de la santidad. Y si san Cecilio mudó y convirtió á los pueblos, si reunió un rebaño abundante y le introdujo en el aprisco del pastor divino, prueba es el fruto de sus tareas, de su virtud, y de su admirable caridad. Prueba convincente eres tú, iglesia de Granada, en que despues de diez y nueve siglos dura la fe, las devociones y el culto que plantó en tu suelo y supo inspirar en tus habitantes san Cecilio, sin que haya sido interrumpido durante los tiempos de persecucion y de morisma. Prueba es la sucesion de dignos prelados que han conservado hasta nuestros dias la fe de Jesucristo en la cátedra de san Cecilio. Prueba son los varones santos que han ilustrado á esta iglesia y los concilios nacionales celebrados en Elvira, recomendables por su doctrina y disposiciones saludables, en que se trasluce el espíritu, la fe y la caridad de san Cecilio, ante cuyas cenizas se sancionaron. Prueba es en fin su muerte gloriosa y martirio sufrido en defensa de la religion que anunció, porque al fin murió en los tormentos para acreditarnos mas su amor á Dios y á los hombres, y para no dejarnos duda alguna de que no tuvo otro fin en su santo ministerio que la caridad, y que le desempeñó dignamente con una caridad que llegó al extremo de dar la vida por su Dios y por sus hermanos. Murió encendido en el fuego del amor de Dios que dejó ardiendo tambien en la tierra.

Vive ahora en la paz, hermanos mios, y en el reino del que ofreció llevar consigo á sus ministros. Vive en la doctrina que se nos enseña y los consejos que se nos dan en su iglesia. Vive en el ejemplo de caridad de Dios y de los hombres que dejó á nuestra imitacion. Vive para ser nuestro patrono, nuestro intercesor y nuestro abogado en el cielo. Nos gloriaremos en vano de ser de san Cecilio, si no tenemos su espíritu. Alcanzadnos, glorioso santo, el fuego de vuestra caridad, aquel amor á Dios y á los hombres que fué el alma de vuestras obras, para que con él procuremos la honra y gloria de nuestra religion, la confesemos, la defendamos y la observemos; nos sea gustoso el yugo del Señor, y nuestra vida y costumbres sean segun nos anunciaste y enseñaste con tu ejemplo: vida y costumbres cristianas, vida y costumbres de santos, vida y costumbres que nos merezcan acompañaros en la gloria. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SANTA CLARA, VÍRGEN DE ASÍS.

(DE TRONCOSO.)

Sicut meridiana lux clara est.
Es clara como la luz del dia.
Isaias, *c.* 18. *v.* 4.

A creer y dar oidos á las fastidiosas declamaciones de una ciencia impía y disolvente, que por nuestra desventura ha llegado á extender demasiado sus ideas corruptoras, los santos que el cristianismo venera sobre la tierra, no han sido sino unos espíritus débiles y limitados, unas almas menguadas y de sentimientos vulgares; su piedad es conceptuada como una supersticion pueril; sus virtudes son despreciadas como excesos de fanatismo; toda su religion es mirada como una preocupacion grosera, funesta á veces para los pueblos, y casi siempre inútil á la sociedad. Tal es el juicio que un mundo incrédulo y corrompido en sus costumbres forma de la santidad y del heroísmo de esos grandes genios, de esas almas fuertes y generosas, de esos espíritus vastos y emprendedores que tantos dias de prez dieron á la religion, y á quien los pueblos y las sociedades deben los mas relevantes servicios.

¿Y habrá de caber igual suerte á aquella alma á todas luces grande, á aquella heroína en todos conceptos ilustre que hoy arranca los aplausos y las bendiciones de la iglesia nuestra madre, y cuya intercesion vienen á implorar los cristianos para con aquel Dios bueno é inmortal que corona á sus escogidos en la celestial Sion? ¡Oh gloria de Italia, orgullo santo de Asís, honor del cristianismo, antorcha luminosa de la estirpe seráfi-

ca! Clara.... ! Al pronunciar tu nombre mi pecho se enardece, mi corazon late, y mi alma se regocija justamente con la idea de tus glorias. ¿Y es posible que tengan estas necesidad de una apología, que las vindique de la mordaz calumnia de una generacion mal avenida con todo cuanto no está en armonía con sus máximas, que por donde quiera solo respiran orgullo, vanidad, licencia desenfrenada, y maldad, y egoísmo, y odio implacable contra todo lo bueno y virtuoso? Seria menester reproducir en esta mañana cuanto han dicho mas de seis siglos y millares de generaciones en defensa de la santitad de la insigne vírgen de la Umbría, de la hija predilecta del gran Francisco, de la heroína del siglo XIII. Mas no; los raciocinios no hablarian con tanta elocuencia como los hechos á un siglo positivo (como se dice comunmente), y que parece haber renunciado á toda especie de creencia, segun que propende al escepticismo. Hechos pues debemos presentarle, y hechos tales que sean por sí solos capaces de confundir la calumnia y la impostura.

¿Y qué hechos mas convincentes que los que nos ofrece la historia de nuestra ilustre santa? ¿No es ella una heroína magnánima, que superior á la debilidad de su sexo, supo triunfar de un mundo fementido, que la brindara en dorado cáliz á embriagarse de aquellas delicias, que trastornando el espíritu é hiriendo de vértigo la inteligencia, mas de una vez hicieran caer de su elevacion á los que parecian robustos é imperturbables como los cedros del Líbano? ¿No es ella la que en el seno de un siglo cuyo carácter era el de la corrupcion y la inmoralidad mas desenfrenadas, supo conservarse pura é intachable, inculpable delante de Dios, y sin nota en presencia de los hombres? No es ella, en fin, una criatura que, dotada por su criador de una alma grande y generosa, de un corazon dócil, de una fuerza de ánimo extraordinaria, consiguió de sí misma una victoria tanto mas gloriosa cuanto mas difícil, hollando por Jesucristo todo cuanto no era su cruz y sus padecimientos, renunciando á la gloria, á los honores, al oro, ídolos á quienes inciensan los mundanos, falsos fantasmas en pos de los cuales corren con avidez, y á quienes mas de una vez sacrifican su misma existencia? ¿Y esta victoria, no es mas digna de los elogios del hombre sensato que cuantas reportaran sobre sus enemigos los conquistadores de los pueblos, los tiranos de las naciones? Lo es sin duda, católicos; el hombre mas sabio que ha

conocido el mundo, no ha dudado decir que es necesario mas valor para triunfar de sí mismo, que para expugnar ciudades.

No dudaré yo tampoco presentaros hoy la prueba de esta verdad en la persona de la incomparable Clara de Asís. Veréis en santa Clara una heroina que se ostentó en el seno de un siglo oscurecido con las tinieblas de la mas horrorosa corrupcion, tan brillante y luminosa como la luz del mediodía, é hizo resplandecer la mas bellas virtudes en medio de los mas vergonzosos vicios; una vírgen magnánima que luchando con el mundo, y triunfando de todos sus engaños, deslumbró con su santidad á los ciegos apologistas del mundo: *Sicut meridiana lux clara est.* Ved ya manifestado el asunto de mi discurso y de vuestra atencion. Solo nos resta invocar al Espíritu divino. Hagámoslo por medio de su esposa inmaculada, diciéndola con la mayor ternura: *Ave María.*

REFLEXION ÚNICA.

Tanto mas brillante se ostenta la luz, cuanto mas ennegrecida se halla la atmósfera en que derrama sus resplandores. La virtud jamas se dejó ver tan hermosa y radiante como en los dias en que la atmósfera intelectual se encontró tan cargada de densos nubarrones, que los hombres buscando la luz no palpaban sino tinieblas. Tal era el carácter de aquel siglo con quien debia luchar la ilustre vírgen de Asís, y en el que debia esparcir sus luminosos resplandores. Siglo hereje, siglo cismático, siglo impío, siglo de corrupcion. El África entregada á los delirios del Coran, separada el Asia del centro de la unidad católica, la América sentada aún en las sombras de la muerte, la Europa envuelta en los horrores de una inmoralidad espantosa, olvidada de sus antiguos ritos, indiferente á sus dogmas sacrosantos, extranjera á la santa severidad de la disciplina canónica.... Tal era el lastimoso cuadro que se ofrecia á los ojos de la religion. En medio de tamaños desórdenes, una ciudad parecia distinguirse entre todas las demas; y cual informe coloso descollaba por sus errores, por sus delirios y por la general corrupcion en que, como en un cenagoso lago, se revolcaban indistintamente todas las clases de la sociedad. Tal era la ciudad de Asís.

¿Y es este, ¡oh gran Dios! el terreno que preparais para que sea el teatro de los triunfos de una doncella tierna, tímida como la paloma? ¿Quién podrá entrar en liza con ese mundo preñado de errores tan abominables, é imágen viva del dragon que vió san Juan en la isla de Patmos? Quién...? La incomparable Clara, la hija de Favorino y Hortolana. Es posible? Cielos! brotad cual rocío benéfico esa preciosa criatura! Enviad cuanto ántes á la que á manera de luz del mediodía ha de ahuyentar las espesas tinieblas que cubren la tierra! Mas aún no es tiempo. Preciso es que un don tan inestimable sea fruto de la virtud y de la oracion. Los piadosos consortes huyen de aquella tierra anatematizada, como Lot y su esposa salieron en otro tiempo de la abominable Sodoma. ¿Y á dónde se encaminan? Ah! vedlos ya en la Palestina; ved cómo riegan con su llanto aquellos sitios venerandos consagrados con las huellas del Hombre Dios.... Esposos venturosos! No serán infecundas vuestras lágrimas, ni estériles vuestras plegarias. El Dios que no léjos de esos sitios, si bien en época bien distante, prometió á Abrahan multiplicar su descendencia como las estrellas del cielo y las arenas del mar, os dará un fruto de bendicion que colmará vuestras dilatadas esperanzas. De vosotros nacerá una luz que desterrará la oscuridad del vicio, y como el sol en la mitad del dia alumbrará á todo el universo: *Sicut meridiana lux clara est.* Así lo prometió el Señor á Favorino y Hortolana, y así lo cumplió efectivamente. Nace Clara en el mundo; y no bien sabe que existe, cuando ya sabe que debe luchar con él, que debe hacer frente á sus arterías, que debe evitar sus lazos, huir de su corrupcion y de sus depravadas máximas.

El primer veneno que el mundo procura inocular á la criatura, es el error que mas de una vez se introduce en el alma con la leche de los pechos maternos; pero el alma de Clara, inaccesible á sus inmundos hálitos, conoce desde luego á Dios por su principio y único fin; y en su consecuencia desde sus mas tiernos años no tiene otros pensamientos que los de la vida eterna. Jesucristo es ya el objeto de su amor ántes que su entendimiento sea capaz de comprender sus perfecciones; su nombre dulce y adorable es el primer acento que forma su lengua todavía balbuciente; y la salutacion angélica hace todas sus delicias cuando apénas sabe expresar sus conceptos. Ah! Si la hubierais visto señalar el número de sus oraciones con

piedrecitas que tenia al efecto, porque aun no sabia contarlas; si dejados los entretenimientos propios de su edad, la hubierais visto correr con avidez donde quiera que se hablaba de las verdades eternas; si la hubierais contemplado en el templo, confundiendo con su respetuosa atencion á los ancianos y á las personas mas virtuosas; si en suma hubierais observado el singular placer con que se privaba de los mas delicados manjares para dárselos á los pobres, y se despojaba de sus vestidos para cubrir su deznudez; ¿qué concepto hubierais formado del porvenir de esta niña?

Entre tanto crece nuestra virtuosa vírgen, y con la edad recibe un prodigioso incremento su virtud. Acércase ya el tiempo en que va á empezar á brillar como la luz del mediodía en medio de la corrupcion del mundo. Ved á ese enemigo cruel de todo lo bueno preparando armas para combatir esta inexpugnable fortaleza. Ya ha lanzado el grito de alarma; ya está en la arena; ningun medio omite para ganar aquel corazon; pone en movimiento cuantos resortes le inspira su malicia para triunfar de la inocencia de su rival... ¿Y lo conseguirá? No, católicos, porque la virtud de Clara está basada sobre el indestructible cimiento del amor de Jesucristo, á quien desde su infancia ha hecho una donacion perfecta de todo su ser. ¿Quién pues será capaz de separarla de su centro? ¿El lenguaje seductor de las pasiones? las invenciones del lujo? ¿la liviandad de esos placeres con que comunmente alucina el mundo á un sexo débil, y cuyos envenenados estímulos, imponiendo una especie de necesidad, arrastran casi irresistiblemente á las almas incautas? Ah! Presenta, siglo infame, presenta á esa inocente doncella todo cuanto de mas halagüeño posees; tú la verás apartar sus ojos de ese brillo alucinador, retirarse á lo mas recóndito de su habitacion, observar el mas profundo silencio, y entregarse únicamente á la contemplacion de las cosas celestiales. ¿La vencerás acaso sirviéndote de su misma belleza, como lo hicieras un dia con la incauta hija de Jacob (1)? No; Clara está muy léjos de dar entrada en su corazon á la curiosidad que causó la ruina de aquella vírgen imprudente. No solamente huye despavorida de la presencia de los Siquimitas, que encantados de su hermosura intentan poner lazos á su pudor, sino que, opri-

(1) *Gen. c. 34. v. 2.*

miendo sus virginales miembros con el áspero cilicio, procura marchitar aquel rostro en quien naturaleza, pródiga de sus favores, habia derramado todas las gracias.

Sin embargo de todo esto, sus dotes naturales junto con su acreditada nobleza, su pingüe patrimonio y su índole amable, preparan á nuestra vírgen la mas encarnizada lucha. Casi todos los jóvenes de Asís aspiran á competencia á obtener la mano de Clara. Entre ellos, uno consigue la preferencia en la aceptacion de los padres de la ilustre doncella, quienes la proponen un enlace ventajoso que lisonjea en todos conceptos sus miras y sus deseos, y parece prometerla á ella el mas fausto porvenir. ¿Qué hará en situacion tan crítica y comprometida la vírgen de Asís? ¿Escuchará gustosa unas proposiciones tan ventajosas? ¿Oirá con placer un idioma que tan grato suele ser á las de su sexo, en una edad propia de las ilusiones y de la irreflexion?... No lo creais, católicos oyentes; una sentencia de muerte quizás no hubiera afectado tanto su alma virginal. Horrorízase al escuchar un lenguaje que sus oídos no pueden sufrir; un pavor extraordinario la acomete al pensar se trata de arrebatarla aquella joya preciosa, aquel don inestimable que desde su niñez habia consagrado al celestial esposo. ¿Qué medio adoptará para eludir los compromisos que la rodean? Si se niega abiertamente, cae en la animadversion de sus padres que miran aquel enlace como el apoyo de su suerte futura. Si obedece, hace traicion á sus mas íntimas convicciones y á las inspiraciones de su Dios. Permanecer en el siglo... qué peligros! qué lazos! qué corrupcion! Huir del hogar paterno... ¿Mas qué se dirá de la hija de Favorino? ¿qué juicio formará de su reputacion? ¿cómo interpretará sus intenciones? ¡Angustias mortales afligen su inocente corazon! Pero Dios que en otro tiempo envió sus ángeles para fortalecer á un Daniel afligido, á un Elías tiranizado, á una Agar angustiada, proporciona á Clara un serafin en carne que calme sus temores, esclarezca sus dudas y fortalezca su debilidad. Tal fué para nuestra vírgen el gran Francisco patriarca de los menores. Á él se dirige la tímida doncella, ábrele los senos de su corazon, en el cual descubre aquel hombre de Dios los secretos mas inefables, y ve en aquella á quien el nombre de madre llenaba de estremecimiento, una nueva Sara que con su espiritual fecundidad habia de llenar el orbe de un prodigioso número de hijas,

que brillarian en el hemisferio católico como astros luminosos del firmamento.

Ello es hecho: Clara huye de un mundo á quien mira como su mas encarnizado adversario. No la intimidan sus gritos furibundos, ni la arredran sus preocupaciones. Ya está en la pequeña iglesia de la Porciúncula, en donde la espera con sus hijos el padre san Francisco. Vedla postrada ante aquel altar, consagrándose al Señor en precioso holocausto, y haciéndole el sacrificio de sus dorados cabellos. ¡Oh vírgen magnánima! De hoy mas puedes decir con el real Profeta: «El Señor es la «parte de mi herencia y la porcion destinada para mí; él mi «único y mas precioso patrimonio.» (1) ¿Pero acaso piensas, generosa vírgen, que ha concluído tu lucha con el mundo? No: prepárate á sostener aún nuevos y mas rudos combates. Tus domésticos serán ahora tus mas crueles enemigos.

Así fué, católicos. Cual brama una leona furiosa á quien han arrebatado sus tiernos cachorrillos, no de otro modo la madre de nuestra santa lanzaba los mas inconsolables alaridos por la pérdida de su hija. El padre, sobre todo, ménos tolerante y mas propenso á los excesos del furor, irrítase sobre manera, cual si la fuga de Clara hubiese sido un borron eterno para su familia. Convoca á sus parientes como interesados en el asunto; invítales á tomar parte en su determinacion; y lleno de rabiosa inquietud, parte al monasterio de san Pablo, en donde se hallaba encerrada su hija; se presenta á ella, y ya con halagos, ya con amenazas, ora acusando su resolucion de imprevenida y pueril, ora disculpando su impremeditacion, no hay medio que no ensaye para disuadirla de su propósito. En vano; ni las lágrimas de una madre inconsolable, ni los bramidos de un padre febricitante de cólera, ni los dictados con que la apostrofan sus parientes, nada es capaz de hacerla vacilar un solo instante. Apelarán á un lenguaje seductor; despues volverán al improperio: los unos calificarán sus designios de extravagancia, los otros juzgarán sospechosa su vocacion; empero de todos conseguirá Clara la mas completa victoria. En efecto, al ver que todas las razones con que procuraba calmar sus ánimos irritados contra ella, eran inútiles, se postra humildemente en tierra, y asida fuertemente del frontal de un altar á que estaba arrimada, des-

(1) *Psalm.* 15. *v.* 5.

cubre su cabeza despojada de la hermosa madeja de sus cabellos, y lanzando una mirada llena de expresion hácia un santo crucifijo que tenia delante, dice á sus padres: «Ved ahí á «quien elegí por esposo y á quien he entregado todo mi cora«zon. Él será mi refugio y mi fortaleza para libertarme de «vuestras injustas exigencias.» ¡Lenguaje elocuente, que desarmando á sus padres y parientes de su furor, la dejó por entónces en pacífica posesion de su amado!

¿Quién podrá referir las admirables virtudes que ejercitó en este jardin ameno de la religion, el heroísmo de su caridad, el fervor de su oracion, los rigores de su penitencia, su pureza angelical, su silencio jamas interrumpido...? ¿Mas qué es lo que pretendo? Ni es posible enumerar las virtudes de Clara en un corto panegírico, ni tampoco es este el objeto principal que me propuse; mi discurso se dirige á manifestaros á nuestra ilustre vírgen luchando con el mundo, triunfando de él, y resplandeciendo como la luz del mediodía á pesar de la corrupcion y de la inmoralidad. Para evidenciar este último miembro de mi proposicion, bastará deciros que aun no hacia quince dias que moraba en el monasterio, y ya, á manera de antorcha brillantísima, ofuscaba con sus resplandores á las antiguas moradoras de aquel albergue de la inocencia; y cual colosal gigante en la virtud, desde los primeros pasos de su carrera á todos llenó de asombro por los estupendos prodigios que por su mediacion obraba la diestra del Omnipotente. ¿Quién sino la oracion de esta humilde y fervorosa vírgen obró una mudanza tan inesperada en el corazon de su jóven hermana, á quien en medio de los placeres del mundo inspiró el designio de consagrarse víctima del amor de Jesucristo en el mismo monasterio en que ella habitaba? Y cuando despechados sus parientes por la resolucion de esta, se arrojan de nuevo sobre el monasterio, la maltratan con furor diabólico, la insultan, emplean la fuerza de doce hombres armados para sacarla de aquel religioso albergue, ¿á quién acude la tierna doncella Ines en este conflicto? ¿quién la arranca de las manos de aquellos doce leopardos que cuentan ya seguros con la presa? ¿á quién es deudora de su libertad? Á la oracion de su hermana Clara. En efecto, hácia ella dirige sus ojos suplicantes: á ella clama, y casi exánime en fuerza de los brutales tratamientos de sus tiranos, dícela con lánguido acento: «¡Ayúdame, hermana mia, mira que me ar-

«rebatan de la casa del Señor!» No bien hubo invocado el nombre de Clara, apénas esta elevó su corazon hácia el cielo, cuando Ines, inmóvil como una roca, se hizo superior á todo esfuerzo humano; por manera que, no pudiendo sus parientes moverla del sitio en que yacia, hubieron de ceder el campo con ignominia. En vano un tio suyo mal contento de ver frustrado su designio, se arma del acero y se dispone á descargar sobre su cabeza un golpe homicida; Clara levanta sus ojos al cielo, y en el momento aquel hombre queda sin movimiento y permanece así por algun tiempo en expiacion de su impiedad.

¿No veis cómo Clara brilla cual astro luminoso del mediodía, en un siglo cubierto por donde quiera de las mas espesas tinieblas del vicio? Pues seguidla al monasterio de san Damian á donde es trasladada por órden del seráfico Padre, y admiraréis á ese sol en toda su plenitud. Allí la veréis cerrar de golpe todos sus sentidos, á fin de interceptar á su alma toda comunicacion con las criaturas, y conversar únicamente con el Criador. Jamas levanta sus ojos del suelo; jamas sus labios se desplegan, si no es forzada á ello por una extrema necesidad; su alimento es un poco de pan y agua, y esto solo en ciertos dias señalados; su lecho es la tierra desnuda. Añadid á estas austeridades los rigores de un cerdoso cilicio que ciñe sus virginales miembros, cuyas puntas penetran hasta sus huesos; las cuerdas nudosas que surcan su cintura y la convierten en una sola y encancerada llaga; las sangrientas disciplinas, la sed, la hambre, las aflicciones interiores... Baste decir, católicos oyentes, que el mismo san Francisco, cuya austeridad ha sido el asombro del universo, se vió precisado á moderar los rigores de esta tierna vírgen, temiendo sucumbiese víctima de su fervor.

¡Oh Dios, protector de la Iglesia! Tú quisiste resucitar en aquellos dias de corrupcion universal la antigua severidad de la virtud, y el fervor primitivo que tanto habia desmayado á impulso de los continuos choques que sufriera vuestra esposa, y por eso suscitaste en su seno ese milagro de fervor, ese portento de virtud, ese pasmo de penitencia que confundiese la relajacion de un siglo marcado con todos los caractéres de reprobacion y de anatema. Opusiste la inocencia de Clara á la inmoralidad que hervia en la Europa; su penitencia á la molicie y afeminacion que gangrenara al mismo sacerdocio; su virginidad á la licencia con que el monstruo de la herejía albigense

pretendia autorizar los mas torpes crímenes; en una palabra, quisiste que en el seno del error, de la maldad y del desenfreno, apareciese Clara como la luz del mediodía, para ahuyentar y desterrar con sus resplandores las sombrías tinieblas que enlutaban el mundo todo : *Sicut meridiana lux clara est.*

No es dable, católicos oyentes, admirar dignamente la santidad á que se elevó nuestra heroína en los cuarenta y dos años que vivió en la religion, ora en cualidad de súbdita, ora como prelada y superiora de una numerosa grey que por largo tiempo apacentó con sus ejemplos mas bien que con sus palabras. Hecha el modelo de sus hijas, á ninguna cedió en desprecio de sí misma, en caridad ardiente, en humilde abenegacion; pues siendo la primera, jamas se reputó sino la última, y como lo mas abyecto y despreciable de aquella comunidad. Viéraisla asistir á las enfermas, curar sus heridas, limpiarlas á veces con su misma lengua, ser en fin la sierva de sus hermanas en la mesa, en la enfermería, en los oficios mas repugnantes, en las ocupaciones mas viles del monasterio. ¿Y qué diremos de su total desprendimiento de las cosas terrenales? No se contenta con llevar hasta el extremo la pobreza, oponiéndose á toda especie de posesion efectiva de caudales y rentas, renunciando heróicamente al abundante patrimonio que por muerte de su padre heredara, sino que ni aun el menor afecto tuvo á los bienes caducos del mundo. Bien sabido es que, habiéndola instado en una ocasion la santidad de Gregorio IX para que admitiese algunas rentas que asegurasen la subsistencia de sus monasterios, Clara, queriendo depender únicamente de la caridad de los fieles, y lanzándose en los brazos de la adorable Providencia, renunció con heróico desinteres los ofrecimientos del sumo pontífice, diciéndole aquella expresion que no ha podido ménos de llenar de asombro al universo : « Beatísimo Padre, la única cosa que deseo y necesito, es que me absolvais de mis pecados ! »

¿Qué extraño es, católicos, que el Señor hiciese como empeño de enriquecer continuamente con dones celestiales á un alma en quien los bienes del mundo, léjos de hallar la menor simpatía, eran por el contrario objetos de aversion y de desprecio? ¿Cómo no habia de engrandecer á vista del cielo y de la tierra á una criatura, que en lucha la mas comprometida habia triunfado de ese siglo inmoral, impío y seductor, y dado á

toda una generacion ejemplos de virtud, cuyas consecuencias habian de ser las mas felices para la Iglesia y el estado? Ah! la engrandeció sí, y no solamente la hizo célebre por su virtud, sí que tambien por los prodigios que por su medio obró para terror y espanto de los enemigos de Dios y de su iglesia. Siempre se conservará en veneracion en los fastos de la historia aquella accion heroica de nuestra santa, cuando asediada por el impío Federico II la ciudad de Asís, y próximo ya el momento de ser allanado el monasterio por sus huestes infieles, Clara, si bien en un estado de postracion que apénas podia moverse, se hace conducir por sus hijas á las puertas de aquel asilo de inocencia, y postrada en presencia del augustísimo sacramento de la Eucaristía que mandara llevar en una urna, exclama con fervor y confianza, como en otro tiempo el profeta Joel: « ¿Será posible, Señor, que abandoneis al oprobio « vuestra heredad, entregándola en manos de sus enemigos? « ¿Habrán de ser víctimas del furor de los que no conocen « vuestro santo nombre estas vuestras siervas, que solo en vos « colocan su confianza? » En el mismo instante déjase oir una voz consoladora que las alienta: y los infieles aterrados, se precipitan del muro que habian escalado, y huyen vergonzosamente de la ciudad (1).

Pero ya es tiempo que esta luz brillantísima pase á derramar sus resplandores á la Sion celeste, para ser como un sol en perpetuas eternidades. Llegó en efecto el momento. Vedla postrada en su lecho de muerte hecha una viva imágen de los dolores de Jesucristo, dando á sus hijas las mas sublimes máximas de virtud y exhortándolas á llevar á cabo la obra de perfeccion que habia comenzado. Allí es visitada por el cardenal de Ostia, despues Alejandro IV, quien desde Perusa hace un viaje á Asís solo por tener la satisfaccion de verla. Allí es honrada con la presencia del mismo pontífice Inocencio IV, quien en compañía de muchos ilustres purpurados se dignó concederla una indulgencia plenísima junto con su bendicion apostólica. Allí... Mas no es posible continuar: el grande astro de la Iglesia se acerca ya á su eclipse; ya el celestial esposo acompañado de una corte brillante de purísimas vírgenes, se la aparece y la convida á las bodas del Cordero divino; ya sus

(1) *Eccles. in off. Sanctæ Claræ in lect.* 6.

párpados se cierran; lánguida de amor como la esposa de los cánticos, desaparece de sobre la tierra, y cual varita de oloroso incienso, penetra las nubes y se pierde en el seno de la inmensidad.

La muerte no es capaz de apagar esta luz del mediodía, sus esplendentes rayos se derraman por donde quiera, y de todas partes acuden en tropel gentes de todos estados, condiciones y sexos á honrar la memoria de nuestra santa. El sumo pontífice retrocede de su viaje y viene de nuevo con su corte á rendir sus obsequios á la humilde vírgen de Asís. El cardenal de Ostia derrama sobre su tumba las flores de su elocuencia, y pronuncia el elogio de sus virtudes. Los sagrados restos trasladados en triunfo á la iglesia de san Gregorio, multiplican los prodigios en toda clase de dolencias. El Vaticano pronuncia dos años despues su juicio infalible acerca de la santidad de Clara, y expide la bula de canonizacion que la eleva á los honores del culto. En todo el orbe es venerada y reverenciada esta vírgen singularísima, porque luchando con el mundo y triunfando del mundo, resplandeció como la luz del mediodía en medio de la corrupcion del mundo: *Sicut meridiana lux clara est.*

¡Oh luz brillantísima de la Iglesia! ¡cuán hermosos son tus resplandores! Ellos iluminaron miéntras viviste á toda la Italia, á Francia y Flándes, por donde extendiste ese sagrado instituto de vírgenes seráficas; y hoy dia no hay rincon del globo á donde no hayan penetrado, admirándose donde quiera el fervor de tus hijas, cuyas virtudes y vida prodigiosa edifican á la humanidad, honran al cristianismo y consuelan á la Iglesia. No dejes pues de continuar desde el cielo la mision sublime que en la tierra comenzaste. Conserva en todo su brillo esa órden que fundaste, y que dividida hoy en muchas y diferentes ramas, cubre cual árbol majestuoso toda la sobre haz de la tierra. Manifiesta en favor de tus devotos el poderoso valimiento que tus plegarias tienen en el acatamiento del Señor; para que mereciendo por tu intercesion la gracia de vivir pura y justamente, consigamos un dia la corona de la inmortalidad en las celestiales mansiones de la gloria.

SERMON

DE SANTA CLARA VÍRGEN.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

DE LA NECESIDAD Y POSIBILIDAD DE LA ABNEGACION PROPIA.

Si quis vult post me venire, abneget semetipsum.
Si alguno quiere seguirme, renúnciese á sí mismo.
S. Mat., c. 16. *v.* 24.

Esta sola máxima del Evangelio, hermanos mios, comprende todas las máximas del Evangelio. En ella están comprendidos todos los preceptos; en esta sola virtud está el lleno y la abundancia de todas las virtudes; aquí está el único medio de santificarse y de llegar á la perfeccion; el primer paso y el último en el camino de la salvacion eterna; lo que la gracia pide á los que empiezan, y el último esfuerzo de la gracia en los mas perfectos. *Renunciarse á sí mismo.* Ved aquí lo que no pensaron enseñar jamas los filósofos y grandes políticos en sus academias y escritos: lo que el mundo hubiera rechazado siempre á no haberlo recibído de la boca del mismo divino Redentor. Jesucristo nos lo enseñó en la simplicidad de sus discursos, y no nos queda lugar á dudarlo: si queremos seguir á este divino Maestro, es necesario renunciarnos á nosotros mismos.

Hoy recordamos las glorias de santa Clara, de esa ilustre vírgen que lo renunció todo; abandonó las comodidades y riquezas, se hizo penitente y pobre por Jesucristo; dejó la casa de sus padres y siguío al Cordero sin mancha en la simplicidad de su corazon; fué el ejemplar y asombro de pobreza; pero fué mas grande y mas admirable aún por la renuncia que hizo de sí misma; porque hizo una entrega absoluta de su corazon

á su Dios, y no tuvo otros pensamientos, otros deseos, ni otros afectos que el servir á su Dios. Sin este todos los demas sacrificios hubieran sido inútiles; pero unidos al sacrificio del corazon, á la entrega de sí misma, á la renuncia de su propia voluntad, toman todos un valor inmenso y hacen que siendo toda de Dios y para Dios, Dios tambien sea suyo y se la comunique sin reserva. Por eso fué santa y la veneramos en nuestros altares. Pero no hay otro camino tampoco para llegar á la santidad; no hay otro camino que conduzca al cielo, ni se puede seguir á Jesucristo sino renunciándose cada uno á sí mismo: el seguir otra senda no es ir por el camino de Jesucristo. Nuestro amor propio y nuestras inclinaciones viciadas se resienten; el entendimiento y la razon se alborotan contra esta ley; pero es ley de Jesucristo, es ley necesaria para todos los cristianos; para los que viven en el mundo y para los que se ocultan en los claustros; para los sacerdotes y los legos, para los ricos y los pobres; para todo el que quiera seguir á Jesucristo y conseguir la salvacion de su alma.

¿Queremos eximirnos de esta ley como no necesaria para nosotros ó como imposible de practicar? Pues santa Clara nos convence con su ejemplo, no ménos de la necesidad que de la posibilidad de renunciarnos á nosotros mismos. Recordemos en su elogio esta obra grande de su generosa alma, y aprendamos en su vida, toda de Dios y para Dios, lo que tanto nos interesa, á renunciarnos á nosotros mismos.

¿Qué elogio mas digno de vos, gloriosa y esclarecida santa, puede hacerse que reducir con vuestro ejemplo á los fieles á los caminos de la salvacion, á los caminos de Jesucristo? Pero ¡qué mayor desgracia tambien que el quedarse en los caminos extraviados, en el apego á su propio corazon, fuera del camino del cielo, sin alentarse á entrar por él despues del importante ejemplar de esa santa! Para que obremos y nos resolvamos con acierto, pidamos al Señor los auxilios de su gracia por la intercesion de María santísima. *Ave María.*

Nosotros mismos, nuestro amor propio es nuestro enemigo. ¿Qué es pues lo que amamos cuando nos amamos á nosotros mismos? Amamos cabalmente todo lo que es contrario á la salvacion, los bienes de la tierra, los deleites sensuales, la licen-

cia, la libertad, las distinciones, los honores y preeminencias, todo lo que lisonjea los sentidos, todo lo que fomenta la concupiscencia, todo lo que corrompe el corazon, todo aquello, en una palabra, que nos desvía de Dios; el odio, la venganza, la ambicion, el orgullo, y todos los frutos de nuestra concupiscencia corrompida que nos engañan, nos alucinan y nos pierden. ¿Qué es pues, y qué debemos entender por renunciarnos á nosotros mismos? Hacer una continua oposicion á las inclinaciones naturales y mortificar sin descanso nuestros apetitos y nuestros sentidos. Es vivir en guerra y con las armas en la mano, digámoslo así, contra todos los deseos, resistir á todas las malas inclinaciones, y tener sujetos todos los apetitos. ¿Y quién no ve la necesidad que tenemos de vivir en esta guerra y esta continua resistencia? ¿Quién no ve que sin esta abnegacion y renuncia de nosotros mismos caerémos con frecuencia en los mayores delitos, y que serán inútiles, vacías y sin mérito alguno hasta nuestras mismas virtudes, porque no irán encaminadas á agradar á Dios, sino á agradarnos á nosotros mismos; porque no le entregamos en ellas nuestra alma y nuestro corazon sin reserva, sino solo en la parte que á nosotros nos conviene?

En el año de 1193 nació en la ciudad de Asís de unos padres ricos, nobles y muy distinguidos por sus bienes, por sus ejemplos y por sus virtudes santa Clara, que desde ántes de su nacimiento fué encomendada á Dios por su piadosa madre Hortolana. Su virtud se anticipó á su edad, y sin pasar por los pasatiempos de la niñez, ni por las distracciones de la juventud, se la vió siempre recogida, siempre obediente, devota, caritativa con los pobres, humilde y enemiga de las alegrías y vanidades del mundo. Se la vió siempre apartada de los juegos, de las diversiones y las galas del mundo. Su hermosura y sus riquezas era el conjunto mas á propósito para inspirar delicadeza y regalo aún sin salirse de los límites de lo que ordena la religion; pero las joyas y adornos de que no podia desentenderse, como propias y correspondientes á su calidad, eran para ella un tormento, y solo suspiraba por mortificarse y macerar sus carnes. Feliz madre la de santa Clara, que en vez de quejarse y tener que contener los excesos de vanidad, de lujo, de la livandad, del orgullo y altanería de su hija, se veía en la precision de tener que corregir y contener los que en una tierna edad

podian llamarse excesos de mortificacion, de penitencia, de retiro y de desprecio del mundo.

No podian ocultarse á esta alma tan entregada á la piedad las admirables virtudes de que daba ejemplo san Francisco de Asís en su pequeño convento de la Porciúncula, y le busca, le habla, no para satisfacer una vana curiosidad, sino para consultar con él los medios de que habia de valerse para santificarse, para consagrarse enteramente al servicio de su Dios, para emprender una vida de perfeccion. Bien pronto se la vió en la iglesia de la Porciúncula, despojándose de todas sus galas, cortándose el cabello y recibiendo el grosero saco de penitencia y una cuerda con que ceñirle de mano del mismo san Francisco, en presencia de sus frailes, que entonaban las alabanzas del Señor é imploraban las bendiciones celestiales sobre aquella sierva suya. Se la vió, por disposicion del mismo santo patriarca, en la clausura de las religiosas benedictinas, resuelta á vivir muerta para el mundo y solo para Jesucristo. Sus padres, sus parientes, sus amigos, el mundo todo mira esta resolucion como inconsiderada, como un arrebato propio de una edad de diez y ocho años, como un furor religioso de que muy pronto se arrepentirá. Pero santa Clara conoció bien que no bastaba renunciar á las comodidades, á las riquezas, á los honores, á las diversiones y placeres del mundo; que no bastaba hacerse pobre por Jesucristo, mortificarse por Jesucristo, emplearse en las obras de piedad que son tanto del agrado de Jesucristo; que con todo esto y despues de todo esto nada habremos hecho, si no nos renunciamos á nosotros mismos, si nos reservamos nuestro corazon y nuestra voluntad, si no hacemos á Dios dueño único de todos nuestros afectos y tenemos otra voluntad que la suya; y para entregarse enteramente á su Dios, para hacerle dueño de todo su corazon, huye del mundo y busca en el retiro, en la pobreza y la penitencia el desprendimiento de sí misma, sin lo que todas las demas obras serian puramente humanas y vacías por lo tanto de todo valor y merecimiento: busca la renuncia de la propia voluntad y vivir bajo la regla de la mas estrecha obediencia, que es el sacrificio mas grato á Dios, el mas necesario y el camino mas seguro para el cielo.

Dispónganse enhorabuena los parientes á arrancarla por fuerza del asilo en que se ha refugiado, en que la consideran como siendo la afrenta de su casa y la mancha de su reputa-

cion. Santa Clara los hará entender que nada hay que pueda alterar su resolucion, y asiéndose fuertemente al altar les dirá: *Sabed que jamas tendré otro esposo que Jesucristo, ni vestiré otro traje que este sayal de penitencia.*

Hé aquí, amados mios, el heroísmo de nuestra santa. Declararse por esposa y esposa fiel de Jesucristo, sin otra voluntad, sin otros deseos, sin otro corazon que el de Jesucristo. Hé aquí la perfeccion del alma cristiana, y sin lo que, como ya he dicho, no podemos dar un paso en el camino de la santidad y virtud. Tal vez no nos será poco costoso renunciar los regalos y placeres, las comodidades y riquezas, á los amigos, los parientes y á todo lo que está fuera de nosotros; aún nos costará mas el renunciarnos á nosotros mismos, á nuestra propia voluntad; pero entendamos que sin esto no seguimos á Jesucristo, no agradamos á Jesucristo; entendamos, como santa Clara, que nos es necesario este sacrificio, renunciar á nuestras inclinaciones, á nuestros apetitos; que nos es necesario, en una palabra y para no molestaros, hacer á Dios el único dueño de nuestro corazon, el único esposo de nuestras almas, el único que rija y domine nuestra voluntad; y que si tenemos otra voluntad que la suya, otro esposo que no sea él, otro amor que ocupe nuestro corazon, no serémos suyos, ni podrémos aspirar á su reino, bien seamos sacerdotes ó legos, ricos ó pobres, grandes ó pequeños; bien sea que vivamos en el bullicio del mundo ó que nos consagremos á servir á Dios en los claustros. Lo que Jesucristo dice á unos, nos lo dice á todos: *Quod vobis dico, omnibus dico.*

Si con su ejemplo nos convence santa Clara de la necesidad de renunciarnos á nosotros mismos, nos convence tambien de la posibilidad de hacerlo. Lo que esta esclarecida jóven pudo hacer á la edad de diez y ocho años ¿no lo podremos hacer nosotros despues de tantos desengaños, despues de tanto tiempo empleado en conocernos y no hallar en nosotros sino contradicciones, trabajos y miserias? ¿Son mayores nuestras esperanzas en el mundo, mas fuertes los lazos que nos unen á nuestros parientes y nuestros amigos, mas grandes y costosos los sacrificios que tenemos que hacer? Y ¿qué idea tan tétrica y melancólica es la que nos formamos de un alma que no ama sino á Dios, que no tiene otra voluntad sino la de su Dios, que vive en una guerra contra sus enemigos y en una vigilancia

continua sobre sí misma para no desagradar á su Dios, que hace una entrega absoluta y completa de su corazon á su Dios? ¡Ay, hermanos mios! El Señor mira y reconoce á estas almas como suyas y muy pronto las llena de bendiciones y consuelos. Quince dias no habia estado en el monasterio santa Clara, cuando vino á buscarla y acompañarla en su nueva vida su hermana Inés. Reparó san Francisco la iglesia de san Damian que estaba arruinándose, y compró la casa contigua á donde trajo á sus dos hijas, y á estas se unieron muy pronto la misma madre de santa Clara y su hermana Beatriz, otras doce señoritas jóvenes que hicieron sus votos monásticos en manos del mismo san Francisco, y á ejemplo de estas se extendió con celeridad por todas partes la órden de religiosas de santa Clara, que tantos ejemplos de virtud ha dado y está dando al mundo y tantas santas al cielo. Santa Clara fué elegida por la madre y superiora; pero no cuidó sino de inspirar en sus hijas el espíritu de pobreza evangélica, de abnegacion y desprendimiento, el espíritu de amor á Dios y solo á Dios, que ardia en su corazon.

Yo no me detendré á manifestar aquella prudencia con que supo gobernar, aquella humildad con que se ocupaba en los oficios mas viles y despreciables, el esmero con que servia á las enfermas, las grandes prendas que la hicieron ser una prelada ejemplar y perfecta, y ciñéndome á mi propósito os diré, que nos engañamos en el juicio que formamos de los siervos de Dios; que viven en el mayor gozo y alegría de sus almas, que entregadas enteramente á su Dios, Dios la posee, las ocupa, las llena, las dirige; Dios las ama y ellas aman á Dios. No extrañemos ya las penitencias espantosas, las vigilias, las noches empleadas en oracion, el amor á los trabajos y aflicciones, la pobreza y cuanto nos ofrece de grande la vida de santa Clara. Se renunció á sí misma y entregó todo su corazon á su Dios, y de aquí nacian aquellas austeridades, aquellas humillaciones, todo cuanto sabia y conocia que podia ser del agrado de Dios. Se renunció á sí misma, se entregó á su Dios, amó con todo su corazon á su Dios, y Dios tambien la amó como esposa suya, y de aquí tantos consuelos y dulzuras interiores, tantas comunicaciones; el gustar anticipadamente en la tierra las dulzuras del cielo; de aquí el fervor en la oracion, el gusto en padecer, la prontitud para las cosas santas, el celo en emprender la propagacion de su órden, la ternura con que amaba á María santísi-

UNIVERSIDAD BIBLIOTECA

ma, la gran confianza en Dios con que tomando al santísimo sacramento en sus manos, imploró su auxilio en los momentos en que los sarracenos, enemigos de su Dios y de su patria, íban á penetrar en su convento, y los puso en desconcertada fuga.

Confesemos pues, en vista del ejemplar de santa Clara, que no solamente es posible con la ayuda del Señor el renunciarnos á nosotros mismos, sino tambien gustoso, deleitable; que ningun uso mejor podemos hacer de nuestro corazon que entregarle todo entero á Dios, que Dios nos paga con usuras el amor que le consagramos, y que nada podemos ni debemos apetecer mas que el ser correspondidos por un Dios que se digna aceptar el sacrificio que le hacemos de nuestro corazon, sin necesitar de él mas que para llenar su inmensidad y hacerle eternamente dichoso.

Sea el que fuere nuestro estado y nuestra condicion, convenzámonos y conozcamos la necesidad que tenemos todos de renunciarnos á nosotros mismos aun viviendo en el mundo, y que sin esto, sin declarar la guerra á nuestras pasiones y apetitos, sin entregar todo nuestro corazon á Dios y hacerle dueño absoluto de nuestra voluntad, son inútiles todos nuestros sacrificios y estériles todas nuestras virtudes. Conozcamos con el ejemplo de nuestra santa, que no solo es posible sino fácil con la ayuda del Señor, y que dando este primer paso en el camino de la santidad, seguirémos hasta la perfeccion y el Señor nos llevará por los caminos de su Providencia de virtud en virtud, no solo sin que nos fatiguemos sino llenándonos de las dulzuras de su amor. Resolvámonos á renunciarnos á nosotros mismos y á seguir á Jesucristo.

Vosotras sobre todo, las que os gloriais del título de esposas suyas, las que teneis la dicha de seguir la regla y la senda que os dejó marcada vuestra madre santa Clara, entended y recordad que á la renuncia que habeis hecho del mundo, de sus pompas y vanidades, de sus placeres y espectáculos, de sus riquezas y esperanzas, debeis añadir la renuncia de vuestro corazon, haciéndoos todas de Dios y no teniendo ni queriendo otra cosa que lo que Dios quiere y pide de vosotras: que no os basta el ser pobres, si no o sois por Jesucristo y si sois dueñas todavía de vuestros afectos, y no habeis renunciado á vuestras inclinaciones, á esas propensiones con que nos torcemos á la ira, á la impaciencia, al pecado. Bien puedo deciros hoy como el Após-

tol á los primeros fieles, que habitais en medio de una nacion inicua que cuenta vuestros pasos, que observa vuestras acciones, que todo lo ve y que nada os excusa. La honra de la religion está en vuestras manos; sean vuestras costumbres, como lo han sido hasta aquí, su mayor elogio, y que se vean precisadas á enmudecer tantas bocas temerarias que se han abierto para blasfemar atrevidamente de la religion y de la gracia que os ha llamado á servir á vuestro Dios en el silencio del claustro. Gloriense de empobreceros, de humillaros, de presentaros como inútiles y despreciables, de abriros las puertas para que apostateis y volvais al mismo mundo que renunciasteis, pero que no se apague en vosotras el espíritu de santa Clara. Que no puedan gloriarse de trastornar vuestro corazon y de que hagais traicion á vuestro Esposo, y deis lugar en vuestras almas á otros afectos ni deseos que los de servir y agradar á Dios. El Señor os fortalecerá para sufrirlo todo, y santa Clara intercederá para alcanzaros la paciencia y las gracias necesarias (1).

Santa gloriosa, que despues de una vida llena de virtudes y una muerte pacífica, ejemplar y llena de incendios de amor divino, gozais la recompensa debida á vuestros merecimientos, rogad por nosotros; alcanzadnos del Señor el que sepamos servirle y agradarle; el que nos esforcemos todos con vuestro ejemplo á renunciarnos á nosotros mismos y seguir á Jesucristo por los caminos de la virtud, hasta unirnos con él y bendecirle con vos en la gloria por los siglos de los siglos. Amen.

(1) *Este párrafo podrá omitirse si no se predicase en convento de religiosas de san Francisco.*

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN COSME Y SAN DAMIAN, MÁRTIRES,

(DE TRONCOSO.)

Isti sunt duo filii olei, qui assistunt dominatori universæ terræ.

Estos son dos ungidos, los cuales están ante el dominador de todo el orbe.

Zacar. c. 4. v. 14.

Por mas que una filosofía enemiga de Dios y de su Cristo haya intentado dar por el pié al colosal edificio de la religion católica, sus esfuerzos no han tenido otro resultado que robustecer cada vez mas los fundamentos indestructibles en que estriba. Las continuas objeciones que han inventado para desmentir las pruebas de la divinidad de ese culto extendido hoy por los cuatro ángulos del globo, se miran reducidas á polvo ante los hechos que los siglos unos en pos de otros vienen presentando, en confirmacion de las divinas promesas hechas en ambos testamentos á la militante Jerusalen. Los mártires, mal que les pese á los discípulos de la escuela de Dodwel, Bayle y otros de este temple, son una prueba invencible de la verdad de estos hechos en que se funda el orígen divino del cristianismo. Ellos son unos testigos irrecusables de cuanto las sagradas Escrituras nos anuncian acerca del Hombre-Dios, y jamas la voz de la impiedad podrá sofocar esa voz que sale de los sepulcros de unos hombres, que no solo supieron vivir conforme á las máximas que de él recibieran, sino que tuvieron tambien el valor suficiente para morir y sellar con su sangre unas creencias de cuya verdad estaban persuadidos por cuantos motivos de credibilidad pueden contribuir á formar una conviccion fuerte y profunda.

No hay en el mundo nacion alguna que haya dejado de suministrar á la religion pruebas de este género. Donde quiera halla el cristiano observador esa raza de hombres divinizados que han servido de bases sobre que se ha alzado el majestuoso edificio de la iglesia. La Arabia nos ofrece hoy en los dos santos hermanos Cosme y Damian un traslado de aquella misteriosa vision que el profeta Zacarías tuvo en tiempo del rey Dario : « Vió pues un candelero de oro sobre el cual posaba una « lámpara, y otras siete luces repartidas en sus siete brazos, y « sobre el tronco del candelero dos olivas, una á su derecha y « otra á su izquierda. Entónces el profeta preguntó al ángel « que le manifestaba estas cosas : Señor, ¿qué viene á ser esto? « Á lo que el ángel respondió : Escucha lo que el Señor dice á « Zorobabel : No confíes en los ejércitos ni en la fuerza de las « armas, sino en mi espíritu divino. ¿Qué eres tú, oh monte « grande, delante de Zorobabel? Serás reducido á una llanura « y arrasado hasta tus fundamentos. Sus manos han puesto los « cimientos de mi templo y ellas le acabarán ; y conoceréis en- « tónces que el Señor de los ejércitos me ha enviado á vos- « otros..... Esas dos olivas que rodean el candelero de oro, son « dos ungidos que asisten de continuo ante el dominador de « todo el orbe. »

Mas de setecientos años hacia que esta brillante vision se habia ofrecido á los ojos de Zacarías. Ya la iglesia de Jesucristo designada en el candelero de oro iluminaba con la inextinguible lámpara de la fe una gran parte del mundo. La montaña grande del gentilismo iba desmoronándose insensiblemente para hacer lugar al gigantesco edificio de la religion católica. El espíritu del Señor se propagaba prodigiosamente sobre la tierra á despecho de las armas de los tiranos, de los ejércitos de los conquistadores, y de los esfuerzos de los que un dia se burlaban de los cortos progresos de la fábrica de este templo destinado á llenar todos los ámbitos del orbe. Érase el siglo tercero de la iglesia, cuando en la ciudad de Egia se realizó la vision de Zacarías. La lámpara de la fe iluminaba aquella ciudad con sus luces puras y divinas. El candelero de oro se mostraba en medio de sus habitantes en su mayor brillantez, porque á través de las tinieblas de la idolatría, el cristianismo tenia muchos discípulos que semejantes á las siete lámparas que vió el profeta, despedian á su alrededor rayos esplendorosos. Pero

¿quién son esos dos personajes que semejantes á dos olivos floridos se ven al lado del candelero? Ah, ellos son dos ungidos del Señor que asisten de continuo ante el dominador de toda la tierra.

Tal se presentan á mi vista, católicos oyentes, los dos santos hermanos Cosme y Damian. Bien así como dos atletas robustos é invencibles, ungidos con la gracia de Dios, pelearon denodadamente por conservar inextinguible la antorcha de la fe. Fieles depositarios de la verdad, permanecieron firmes al lado del candelero, esto es, de la iglesia católica, lámpara eterna que derrama sus resplandores por todo el mundo; y por eso ahora gozan de la vista del Ser eterno é inmutable, y triunfan gloriosamente en presencia del dominador de toda la tierra, haciendo ver que fueron dos enviados de Dios para dar testimonio de la divinidad del cristianismo, tanto con sus costumbres puras é irreprensibles, como con su valor y constancia en sostenerla en los tormentos á costa de su sangre: *Isti sunt duo filii olei qui assistunt dominatori universæ terræ.* Ved aquí mi pensamiento en el elogio que me propongo hacer de nuestros dos ilustres mártires. Quiera el Señor comunicarme las luces que necesito para el efecto; las que le pido encarecidamente por la intercesion de la soberana Reina de los mártires, dirigiéndola las sublimes palabras del ángel. *Ave María.*

PRIMERA REFLEXION.

El gran Tertuliano, escribiendo á los mártires, dice que la vida del cristiano es un ensayo del martirio. San Agustin añadió aun mas, y no dudó asegurar que ella es un martirio continuado; porque para vivir segun las máximas del Evangelio, se hace preciso estar siempre en lucha con las pasiones, reprimir los apetitos desordenados, y enfrenar los movimientos y deseos de una naturaleza corrompida y siempre propensa al mal desde su orígen: *Vita christiani, si secundum Evangelium vivat, crux est et martyrium* (1). De aquí es de inferir, que así como el martirio de sangre es una prueba convincente de la verdad de la religion católica, lo es tambien el martirio á que se reduce el

(1) *S. Aug. Serm.* 32 *de Sanctis.*

cristiano que arregla su conducta á las leyes de Jesucristo. Ambas pruebas dieron los ilustres hermanos san Cosme y san Damian. Con sus costumbres puras y con su vida en un todo conforme al Evangelio mostraron la santidad del cristianismo; y con su constancia en sufrir y morir ántes que separarse de la fe de su maestro, dieron el testimonio mas ilustre de su divinidad.

La suma de la religion pura y sin mancha delante de Dios Padre consiste, dice el apóstol Santiago, en visitar y socorrer á los huérfanos y á las viudas en sus tribulaciones, y preservarse incontaminado en medio de la corrupcion del siglo (1). Que es lo mismo que decir, que toda la santidad de la religion está basada en la caridad de Dios y del prójimo, como dijo con un laconismo inimitable el mismo Salvador en su Evangelio (2). Convencidos de esto los dos santos hermanos, y persuadidos de que si estaban obligados á amar á Dios sobre todo cuanto existe, no lo estaban ménos á amar á sus hermanos como á sí mismos, desde luego dieron á conocer que estos dos objetos ocupaban toda su atencion y eran el término único de todas sus operaciones.

Su fe ardiente les muestra en Dios una belleza superior á todas las bellezas, una sabiduría mayor que todos los conocimientos, una bondad mas perfecta que todas las bondades, un ser, en fin, mas grande que todos los seres, el ser por excelencia, el ser inmutable, el ser independiente, el ser eterno é infinito. Avivada esta fe con los ejemplos y máximas de una madre altamente virtuosa y profundamente cristiana, produce en los corazones de aquellos dos buenos hijos la firme esperanza en las bondades de aquel Unigénito que vino al mundo á salvar á la humanidad, y el amor mas tierno hácia un corazon que es el centro de la caridad y el símbolo de la felicidad sin mezcla de amargura, prometida á los mortales despues de esta vida triste y penosa. ¡Con qué fidelidad cumplen los deberes que les impone el nombre de cristianos! ¡Con cuánto cuidado evitan los menores defectos que pueden ofender la santidad del Dios á quien adoran! ¡Cómo se esmeran en darle el culto debido en el templo de su alma, ya que no les sea dado ir á postrarse en su presencia en el templo material! Del mismo modo adoraban un dia al Dios de sus padres en el palacio de un rey idólatra,

(1) *Jacob. c.* 1. *v.* 27. (2) *Matth. c.* 22. *v.* 40.

aquellos jóvenes hebreos llevados cautivos á Babilonia bajo el imperio de Nabuco.

El amor de Dios produce naturalmente el amor del prójimo, ó por mejor decir ambos están tan inseparablemente unidos, queno es posible concebir el uno sin el otro segun la enérgica expresion del apóstol san Juan (1). ¿Cómo pues hubieran podido dejar de amar á sus hermanos nuestros ilustres santos, estando sus corazones devorados del amor de Dios? Ah! Ellos ejercieron esta virtud, y no así como quiera, sino en lo que ella tiene de mas heróico y sublime. No contentos con cumplir con lo material de la beneficencia, llenaron perfectamente aquel precepto que á cada cual impuso el Señor acerca del bien espiritual y eterno de sus prójimos. Vedles cómo se consagran al penoso y largo estudio de la medicina. ¿Creeréis por ventura que se propongan un objeto puramente terrenal, mucho ménos que busquen en aquel ejercicio un medio de engruesar sus fortunas, ó de hacerse un nombre célebre entre sus compatricios? No, católicos, el amor de su Dios y el celo por el bien de las almas les ha inspirado este medio de llevar á efecto sus designios. Hallándose á la sazon en un total abandono esta facultad en aquel país, creyeron que su ejercicio les proporcionaria una ocasion favorable de insinuarse con los gentiles, y que por este medio les seria fácil conducirles al conocimiento del autor de la naturaleza, cuya gloria tanto resplandece en sus obras. ¡Oh celo ingenioso! ¡Oh admirable caridad! Tú engrandeces el alma del cristiano, tú elevas sus pensamientos, tú eres el orígen de las ideas mas puras y luminosas. Jamas la beneficencia filosófica llegó á engendrar en sus adeptos un heroísmo semejante al que tú inspiraste á esos dos hombres á todas luces grandes y magnánimos. Cuando la mayor parte de los mortales abusan torpemente de la naturaleza para olvidar á su eterno hacedor, Cosme y Damian desentrañan sus recónditos secretos para hacerlos servir á la propagacion de su gloria; y al paso que otros miran la sabiduría como el medio de satisfacer miras mezquinas y ambiciosas, estos dos hermanos la buscan únicamente para llegar por su medio al logro de un objeto que tiene por último término la eterna felicidad de sus semejantes.

No se engañaron Cosme y Damian, ni les salieron fallidas sus

(1) *I. Joan. c. 4. v.* 20.

esperanzas. Muy en breve se notaron los grandes resultados que habian obtenido en la difícil ciencia de curar. Sus preciosos talentos cultivados con un estudio profundo y con una incansable perseverancia, les merecieron una reputacion universal. Viéronse desde luego rodeados de un sin número de dolientes que acudian á buscar en su penetracion el alivio de sus males. El cielo que veía los designios de los santos médicos, bendecia de un modo ostensible su empresa; y dando á sus remedios una virtud sobrenatural, hacíales obtener los mas felices efectos en toda clase de dolencias por inveteradas que fuesen. Esta circunstancia unida al heróico desinteres con que ejercian su facultad, sin querer jamas aceptar de sus clientes la menor recompensa, aumentaba extraordinariamente el gran prestigio de que gozaban ya entre sus conciudadanos, y les proporcionaba el medio de hablarles del reino de Dios, móvil principal de sus acciones. Fieles imitadores de su divino maestro Jesus, procuraban curar las almas de aquellos á quienes daban la salud del cuerpo.

Cuando un fuego violento se halla oprimido en las entrañas de la tierra, no hallando en aquella tenebrosa prision expansion suficiente á sus llamas, aquí abre una boca, allí lanza un peñasco; y por donde quiera busca un medio de respirar y de colocarse en su centro. El fuego de la caridad que abrasaba los pechos de los santos hermanos Cosme y Damian, hallábase aprisionado mucho tiempo hacia. Desde que tuvieron la dicha de conocer á Dios, este fué el único centro hácia donde les llevaba su celo, pero no les habia sido dado manifestarle hasta entónces: así que tan luego como se vieron en ocasion de hacerlo, estalla con violencia aquel incendio reprimido, y sus corazones se convierten en volcanes que despiden por todas partes llamas abrasadoras. ¡Cuán grande fué, señores, el fervor con que desde aquel momento se dedicaron á trabajar en la conversion de los idólatras? ¡Con qué empeño tomaron á su cargo hacer conocer á aquellos ciegos adoradores de unas divinidades inmundas, que no hay en el cielo ni en la tierra otro Dios fuera de aquel que con su palabra omnipotente dió el ser á toda la naturaleza! ¡Cómo sabian poner en juego todos los resortes de una prudencia cristiana y de una caridad ilustrada, para conducir los acontecimientos al objeto apetecido de la gloria del Señor! Pero por elocuentes que fuesen sus expresiones, por per-

suasivos que fuesen sus discursos, lo eran mas de todo punto los hechos portentosos que los acompañaban. Veíanse unos hombres que parecian disponer á su grado de toda la naturaleza: aquí restituían la vista á los ciegos; allí hacian andar á los tullidos; ora calmaban los mas agudos dolores; ora ahuyentaban las fiebres mas malignas; los obsesos se hallaban repentinamente libres, los moribundos sanos; todos en fin cuantos acudian á los santos Médicos, admiraban unos prodigios extraordinarios y superiores á los alcances del arte y á las observaciones de la experiencia. ¿Cómo era posible que aun los hombres mas ciegos dejasen de reconocer un principio sobrenatural en estos hechos que regularmente se obraban con el contacto de la cruz aplicada á los miembros dolientes? Ah! El Señor que era el principal agente en estas ocasiones, disponia los corazones de aquellos paganos para recibir la luz de la verdad. El asombro que naturalmente producian las curaciones prodigiosas que se efectuaban á cada paso, daba á los santos hermanos motivo para ganarse la benevolencia pública. Entónces, aprovechándose de aquellos momentos favorables á sus designios, convertíanse en apóstoles para predicar á Jesucristo, y persuadir la divinidad de una religion que daba á sus discípulos tanta virtud sobre la naturaleza: como Pedro y Juan en el pórtico del templo de Jerusalen, decian á sus admiradores: « No os maravilleis de « esto como de un efecto de nuestra virtud y poder. El Dios del « cielo es quien ha querido glorificar á su hijo Jesus por medio « de tamañas maravillas; su poder sumo es quien las ha obrado « por nuestro débil ministerio, y la fe en su nombre es la única « que puede salvar el alma y dar la salud al cuerpo. » (1)

Á la manera que los robles mas robustos se desgajan á la violencia del rayo que cae en medio de un espeso bosque, veíanse á los paganos caer á la presencia de los santos hermanos heridos de las palabras de fuego que salian de sus labios, y confesar que solo el Dios de ellos era digno de ser adorado por todas las criaturas. Los que solamente habian ido á buscar la salud del cuerpo hallaban la salud del alma; los ciegos recibian á la vez la luz material y la espiritual; los que ántes no podian andar por un impedimento físico, no solamente adquirian el movimiento de sus miembros, sino tambien la facultad de marchar por las sen-

(1) *Act. c.* 3.

das de la salvacion. De este modo triunfaba la fe; acrecíanse los discípulos de la cruz; se afianzaba la religion y extendia sus dominios la verdad.

Ahora bien, católicos, ¿quién hizo tan eficaces las pruebas que estos santos dieron de la verdadera religion? ¿Hubieran acaso obtenido resultados tan felices si no las hubieran autorizado con la santidad de su vida? Sus mismos prodigios ¿no hubiesen sido mirados con desconfianza, si su inocencia admirable, su caridad sin límites, su desinteres heróico, y demas prendas que en ellos brillaban no los hubieran hecho creíbles? Aun cuando la religion resplandezca por sí misma independientemente de las costumbres de sus hijos, porque emana del cielo y en su frente lleva impresos los caractéres de divina: ¿quién duda que ella triunfa tanto mas fácilmente del error, cuanto mas embellecida se mira de las virtudes de los que la profesan? Es incontestable, señores: la santidad de los cristianos es una prueba de la santidad del cristianismo. Los dias mas bellos que ha conocido la iglesia han sido aquellos en que la fe y la piedad de los fieles era un objeto de admiracion universal, como se congratulaba san Pablo con los de Roma. Jamas la verdad reportó mas ilustres victorias contra el error, que en aquellos tiempos en que los discípulos de Jesucristo se hacian un deber de ser sus fieles imitadores. Tales fueron nuestros santos Cosme y Damian; vivieron cual cumple á unos hombres en quienes la fe habia echado hondas raíces; en quienes el amor de Dios y la caridad con el prójimo, producidos por la fe, eran los únicos móviles de todas sus acciones, y cuya gloria estaba cifrada en la gloria de Jesucristo su divino maestro; la procuraron con celo, la buscaron por todos los medios imaginables, y unieudo á sus palabras las virtudes todas del Evangelio, mostraron en sus acciones la belleza del cristianismo que predicaban, siendo su vida la prueba mas convincente de su santidad. Veamos ahora como con su constancia en sufrir y morir por no separarse de la fe de su maestro, dieron el testimonio mas ilustre de su divinidad.

SEGUNDA REFLEXION.

«Vosotros me seréis testigos en Jerusalen y hasta en las mas remotas extremidades de la tierra,» dijo el Salvador á sus

apóstoles, y en ellos á todos cuantos en la sucesion de los tiempos marcharian por sus huellas, y como ellos darian su vida en comprobacion de los hechos en que se fundaba su fe. Y en efecto, no puede concebirse un testimonio mas ilustre de la divinidad de la religion cristiana, que el que han dado aquellos hombres magnánimos que plenamente convencidos de la divina mision de su fundador, de su doctrina, de sus milagros, de su resurreccion, de su ascension á los cielos, y del cumplimiento de todas las profecías á él relativas, arrostraron los peligros, sufrieron la persecucion, el odio y la muerte por confesar que Jesucristo era el Unigénito de Dios, y Dios como él con el Espíritu santo. « El verdadero *mártir*, dice un célebre deista, es aquel que muere por un culto cuya verdad le está demostrada. »

Nuestros santos hermanos Cosme y Damian no podian dudar de la verdad del culto del Dios del Calvario, ántes bien estaban plenamente convencidos de que era el único entre todos cuantos reinaban en el mundo, que tenia en su favor todos los caractéres de la infalibilidad. Si como los apóstoles no podian decir: « nosotros anunciamos lo que han visto nuestros ojos, lo que han escuchado nuestros oídos y lo que han palpado nuestras manos acerca de la palabra de vida » (1); podian empero decir llenos de seguridad: nosotros anunciamos lo que vieron aquellos primeros discípulos del Cristo, lo que confirmaron con sus milagros, lo que sellaron con su sangre; nuestros abuelos lo vieron y oyeron, ellos se lo contaron á nuestros padres, y de estos lo hemos recibido nosotros; así que nuestra certidumbre no es hoy menor que la de los apóstoles, pues está apoyada en una tradicion que da á los hechos evangélicos un testimonio inmortal, y llevará la conviccion hasta las postreras generaciones del universo.

Prueba evidente de esta conviccion íntima fué sin duda la constancia de nuestros santos mártires, cuando fué llegado el momento de mostrar con los hechos lo que habian predicado con sus palabras. Habíase extendido maravillosamente la fama de los prodigios obrados por los santos hermanos. En todas partes se oían referir las curaciones que hacian, y la multitud de conversiones que se efectuaban. Llegó en esto á aquel país

(1) *I. Joan. c. 1. v. 1.*

el prefecto Lisias con órdenes severas de los emperadores Diocleciano y Maximiano, para exterminar á todo trance á cuantos rehusasen ofrecer sacrificios á los dioses del imperio. No bien hubo fijado allí su pié el tirano, cuando se le presentan los sacerdotes de los ídolos, y le dicen: « Señor, el culto de las divi- « nidades del Olimpo no podrá sostenerse, y caerá en mengua « y descrédito ínterin permitais que dos impíos que existen en « esta ciudad continúen sublevando el pueblo con sus sortilegios « y encantamientos. Ellos son dos célebres médicos que en virtud « de los prestigios del cristianismo obtienen en toda clase de « dolencias resultados que sorprenden á los incautos, y los ar- « rastran en pos de ese culto abominable detestado justamente « por los dioses. Si pues los dejais continuar impunes, llegará « dia en que nuestros dioses, nuestros templos, nuestros sacri- « ficios dejarán de existir entre nosotros, porque todo el país « abrazará la religion de los cristianos. » Del mismo modo resonaron un dia en la deicida Jerusalen las voces de los pontífices y fariseos, que no pudiendo sufrir la luz de los milagros del Salvador, decian: « ¿Qué es lo que hacemos? Este hombre multiplica extraordinariamente los prodigios. Si le dejamos así, todos creerán en él, y vendrán los romanos y arruinarán nuestra ciudad y toda la nacion » (1).

La delacion dada contra los santos hermanos tuvo el efecto apetecido por los delatores. Lisias expide luego una órden para que comparezcan en su presencia cargados de hierros, y teniéndoles delante de sí, trábase entre el tirano y los acusados un diálogo, que demuestra por una parte la rabia insaciable del paganismo, y hace resplandecer por otra la gloria y divinidad de la religion de Jesucristo. « Quién sois? » les pregunta el prefecto. — « Somos, contestan, dos hermanos cristianos. — ¿Cuál es vuestra patria? — La Arabia. — ¿Y vuestra profesion? — La medicina. — ¿Teneis familia? — Sí, otros tres hermanos que como nosotros siguen la misma religion. — Segun esto, ¿sois vosotros esos dos famosos embusteros que recorreis las provincias y ciudades, alucinando al vulgo y sublevándole contra los dioses del imperio con los prestigios de vuestro arte? — « Nosotros á ninguna parte vamos sin ser llamados. Léjos de sublevar ni engañar á nadie, no hacemos mas

(1) *Joan.* c 11. v. 47.

que ejercer con todos indistintamente nuestra honrosa facultad, y sin aceptar recompensa alguna por nuestro ministerio. Nuestros prestigios son la virtud de Jesucristo, por medio de la cual, mas bien que á favor de la medicina, damos la salud á los enfermos, y al mismo tiempo que curamos sus cuerpos, procuramos curar sus almas, librándoles de su ceguedad, y haciéndoles conocer al único Dios verdadero, que es á quien nosotros adoramos. »

¡Qué testimonio tan insigne de la grandeza de la religion! ¡Qué lenguaje tan sublime y divino! ¡Oh Jesus, rey de los mártires! Vos cumplis en vuestros ilustres siervos lo que prometiste á los tuyos, diciendo: « cuando estuviereis en presen- « cia de los reyes y de los tiranos, yo os daré una elocuencia, « una sabiduría á que no podrán resistir vuestros impíos ad- « versarios. » (1) ¿Y cómo era posible no reconocer en este lenguaje de los dos santos hermanos el idioma del cielo? Si Lysias no hubiera estado dominado por el torpe interes y por una ambicion desmedida, sin duda alguna hubiese quedado persuadido de la verdad que tan clara se le manifestaba. La inocencia de costumbres de sus presuntos reos brillaba á sus ojos de una manera capaz de arrebatar el corazon: su desinteres heróico era una prueba inequívoca de sus intenciones puras y generosas; los prodigios obrados por su ministerio eran tan palpables, que era necesario para negarlos renunciar el testimonio de la evidencia. Pero ah! su alma era incapaz de rendirse á las convicciones de su entendimiento, porque preponderaba en ella el temor de caer en la animadversion de los señores del imperio. Renuncia pues á todo sentimiento de honor, lanza de sí la verdad, toma el partido del terror, y se decide á sacrificar aquellas dos víctimas inocentes ante las aras de su cruel supersticion. « Escoged, les dice, entre la vida y la muerte: ó adorais á las « divinidades del imperio romano, ó dejais de existir á la vio- « lencia de los tormentos. »

El guerrero que en el momento del combate oye el clarin que anuncia la sangrienta lucha, ve relucir el formidable acero del enemigo, escucha el estremecedor retumbo de las cajas y el horrísono fragor del cañon que siembra la muerte por los campos, no muestra una serenidad tan inalterable como mani-

(1) *Luc. c. 21. c. 15.*

festaron Cosme y Damian al oir la sentencia que les condenaba á morir en los suplicios. Fieles á las banderas que han jurado, apréstanse á la lucha, y como otro Pablo, contestan al prefecto: « Jesucristo es nuestra vida, su cruz nuestra gloria; así que, preparados estamos, no solo para ser encadenados, sino tambien para dar hasta la última gota de nuestra sangre por el nombre de nuestro divino maestro » (1).

En vano pues se les aplica el tormento. En medio de los mas agudos dolores no cesan de glorificar á Jesucristo y de anunciar su divinidad. Sedientos de padecer por su gloria, dirígense á los verdugos y les exhortan á aumentar el rigor de los suplicios, seguros de que con la gracia del que les sostiene tendrán valor suficiente para soportarlos. Sí, ¡filosofía blasfema! la gracia de Jesucristo fué siempre el apoyo con que contaron los mártires. Tú has querido mas de una vez atribuirles sentimientos de orgullo, para enervar la fuerza del testimonio que su constancia ha dado á la divinidad de la religion. Pero es porque jamas supiste ni quisiste comprender la elevacion de sentimientos que engendra la fe, y la confianza que inspiran las promesas del Salvador. Nuestros santos creían y esperaban; sabian que su maestro era infalible, y que sus palabras debian cumplirse á despecho del mundo; habian leído que el infierno jamas prevaleceria contra su iglesia; estaban persuadidos de que todo es posible al hombre contando con el auxilio de aquel que le conforta; resonaban en sus oídos aquellas palabras de fuerza y de virtud: « No temais á vuestros enemigos: que os « maltraten, que os hieran, que os atormenten y maten.... Yo « estoy con vosotros: yo ante quien el mundo ha quedado « ignominiosamente vencido. » Por eso, pues, si bien desconfiando siempre de su propia debilidad, temerosos de su flaqueza, y abismados en su humildad, firmes no obstante en la esperanza y jamas recelosos de ser engañados, pedian al Señor sus divinos auxilios, y con ellos insultaban á los tormentos, miraban con frente serena la sangre que corria por sus miembros, y ansiaban padecer mas en proporcion que se aumentaban sus dolores.

¿Quién pues no admirará un principio sobrenatural en la constancia de nuestros dos ilustres mártires, al verlos pedir al

(1) *Act. c.* 21. *v.* 13.

tirano que inventase nuevo género de tormentos, cual si aquellos que sufrian no fuesen suficientes á satisfacer sus deseos de martirio? ¿Habrá quien se obstine en negar que esta constancia es un testimonio irrecusable de la divinidad del cristianismo? ¿Exigirán otras pruebas mas positivas? ¿Mas qué pueden pedir? Prodigios? Tambien el Señor los hizo en el martirio de san Cosme y san Damian. Si atados de piés y manos son arrojados al mar, el mar los lanza de su seno y aparecen salvos é incólumes en la playa. Si se les echa en medio de abrasadoras llamas, las llamas, como allá en el horno de Babilonia, ni aun osan tocar á las plantas de sus piés, ni á los cabellos de su cabeza. Si amarrados á un grueso tronco, llueven sobre ellos dardos envenenados, los dardos se vuelven contra los que los disparan y dejan invulnerables á los mártires.

¡Triunfado has, religion augusta de mi Dios! La constancia de esos dos mártires invictos autorizada con los milagros del cielo, prueban que eres divina, que emanas del seno del Eterno, y que tu cuna es el cielo. Ciñe pues las sienes gloriosas de esos invictos campeones que tan bien han combatido en tu defensa. Tiempo es que despues de la refriega entonen el himno del triunfo. Nada hay mas justo que el que ganó la palma en la guerra disfrute de las delicias de la paz. Volad pues ¡oh felices soldados de Cristo! Las puertas del empíreo se abren ya para franquearos el descanso eterno. La numerosa turba de mártires que os precedieran, os convidan á disfrutar con ellos de las delicias inmortales de la triunfante Sion.

Llegó, señores, el momento de la recompensa. Cosme y Damian ofrecen sus cuellos al cuchillo; reciben con firmeza el golpe fatal; su sangre riega aquel suelo que han fecundado con la semilla del Evangelio; espiran, y con su muerte confirman el testimonio que han dado con su vida de la religion de Jesucristo. Viviendo segun sus preciosas máximas probaron su santidad, y muriendo por sostenerlas, evidenciaron su divinidad.

¡Pluguiese al Señor, católicos oyentes, que la vida y la muerte de nuestros santos mártires fuese la norma que siguiésemos desde este punto! ¡Ojalá que nuestras costumbres no desmintiesen nuestra fe, y que nuestras obras estuviesen siempre en justa proporcion con nuestras creencias! Mas desgraciadamente no es así: estamos muy léjos de dar con nuestra vida un testimonio incontestable de la santidad de esa religion que tenemos

la dicha de profesar. Dijérase que no seguimos la misma fe que los santos mártires, ó que es distinto nuestro culto del suyo, segun que estamos distantes de ejercitar sus virtudes. ¡Mengua es por cierto que alimentados desde nuestra infancia con la misma doctrina, herederos de la misma fe y de las mismas verdades que ellos, sea tan criminal nuestra vida, como la suya fué pura é irreprensible! Confundámonos pues, hermanos mios, y aprendamos de nuestros insignes santos Cosme y Damian á vivir cual cumple á unos verdaderos discípulos de Jesucristo. Si no somos llamados como ellos á probar con nuestra constancia en los tormentos la divinidad de nuestra religion, hemos sido llamados para autorizar su santidad con la santidad de nuestras costumbres. Sea pues nuestra vida pura, intachable, rica en virtudes, extranjera á todos los desórdenes de los mundanos, y tan conforme á las creencias que profesamos, que siendo en este mundo objeto digno de los ángeles y de los hombres, nos merezca para la eternidad la inefable recompensa que el Dios de las alturas tiene destinada para los justos, que á manera de olivas fructíferas, plantadas en la casa del Señor, esperan en su misericordia, y permanecen constantes en la fe y en la caridad, sirviendo al dominador del orbe.

¡Oh Dios remunerador de los que sufren la persecucion por vuestro augusto nombre! haced que los ejemplos de los dos santos hermanos Cosme y Damian sean para nosotros un aliciente poderoso para animarnos á sostener sin temor los intereses de vuestra gloria, siquiera sea menester derramar como ellos nuestra sangre para conseguirlo. Si vos nos asistis con vuestra gracia, ni los tormentos, ni las privaciones, ni la muerte mas cruel y dolorosa serán suficientes para hacernos desmentir el honroso título de cristianos que llevamos impreso en nuestras almas. Como vuestros ilustres mártires, nos gozarémos en la tribulacion, seguros de que ella es el camino mas cierto para llegar á la interminable felicidad de la gloria.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE LOS SANTOS CRISPIN Y CRISPINIANO,

MÁRTIRES.

(DE TRONCOSO.)

Vicerunt propter sanguinem Agni et propter verbum testimonii sui, et non dilexerunt animas suas usque ad mortem.

Vencieron por los méritos de la sangre del Cordero, y en virtud de la palabra de la fe que han confesado, y por la cual despreciaron sus vidas hasta perderlas por obedecer á Dios.

Apocal. c. 12. *v.* 11.

Ved aquí, católicos, el elogio que el apóstol de Patmos hace de aquellos guerreros invencibles que lucharon contra el infernal dragon que vió en su maravilloso rapto. Representósele en efecto en una vision misteriosa « un monstruo de color bermejo con siete cabezas y diez cuernos, que tenia en las cabezas siete diademas. Traía arrastrando de su cola la tercera parte de las estrellas del cielo, las cuales arrojó á la tierra. En esto púsose en acecho delante de una mujer que estaba de parto, fin de tragarse al hijo luego que saliese á luz. Pero esta parió un hijo varon destinado á regir todas las naciones con cetro de hierro, y fué arrebatado para Dios y para su solio... Entre tanto trabóse una batalla grande en el cielo entre Miguel y sus ángeles de una parte, y de otra el dragon y los suyos; pero estos fueron vencidos; y el dragon, serpiente antigua llamada diablo y Satanas, que andaba engañando á todo el universo, fué lanzado á la tierra y sus ángeles con él. Entónces se oyó en el cielo una voz sonora que decia: Hé aquí el tiempo de la salvacion, de la potencia del reino de nuestro Dios y del poder de su Cristo, porque ha sido ya precipitado el acusador de

nuestros hermanos... y ellos le vencieron por los méritos de la sangre del Cordero, y en virtud de la palabra de la fe que han confesado, y por la cual despreciaron sus vidas hasta perderlas por obedecer á Dios. » (1)

Al número de estos héroes pertenecen los dos santos mártires que hoy arrebatan las atenciones de este piadoso pueblo y forman el objeto de la presente solemnidad. Semejantes á aquellos valerosos campeones que san Juan vió luchar en el cielo contra el dragon, pelearon denodadamente en la tierra contra el monstruo de la idolatría. Personificada esta en el imperio romano, monstruo de siete cabezas y de diez cuernos porque tuvo en su seno siete emperadores que persiguieron el cristianismo, y vió suscitarse en su seno por diez veces la mas cruel guerra contra los adoradores del verdadero Dios, intentó arrastrar en pos de sí una gran parte de estas luminosas estrellas que resplandecian en la iglesia, y tragarse al hijo de María haciendo desaparecer de sobre la tierra su fe, su religion y su culto. Pero Dios suscitó tambien entónces quien defendiese sus intereses é hiciese brillar su poder contra el dragon. De la sangre cristiana derramada en todos los dominios del romano imperio, viéronse brotar entre infinidad de hombres magnánimos, dos santos hermanos que abandonando sus casas, sus títulos, sus comodidades, y olvidados de la nobleza de su sangre, se lanzaron impávidos á la lucha, predicaron la fe de Jesucristo, sostuvieron sus creencias, permanecieron invencibles en su religion, y vencieron al error por los méritos de la sangre del Cordero, por quien no temieron entregar sus vidas al cuchillo del tirano, convencidos de que el verdadero honor y la mas completa victoria consisten en morir mil veces ántes que renunciar al carácter de cristianos: *Vicerunt propter sanguinem Agni, et propter verbum testimonii sui, et non dilexerunt animas suas usque ad mortem.*

Nada pues tienen de vulgar los nombres de los dos insignes santos Crispin y Crispiniano. Ellos son en todos conceptos dignos de la mas profunda veneracion. El hombre observador que sin mirar á la superficie de las cosas, examina y estudia el fondo de ellas, no puede ménos de admirar en esos dos ilustres hermanos el carácter del mas extraordinario heroísmo. No-

(1) *Apoc. c.* 12.

bles por su cuna, mas nobles por su fe, y mas de todo punto por su constancia en sostenerla, hiciéronse acreedores á la veneracion de todo el orbe, porque como buenos cristianos vencieron al mundo con su vida pura y arreglada á los preceptos evangélicos : *Vicerunt propter sanguinem Agni et propter verbum testimonii sui;* y como fieles discípulos de Jesucristo, vencieron al error con su muerte gloriosa y llena de heroísmo : *Et non dilexerunt animas suas usque ad mortem.* Ved aquí el carácter bajo el cual voy á presentaros á los insignes Crispin y Crispiniano, de donde deduciréis que tanto en su vida como en su muerte fueron verdaderos mártires, en la justa acepcion de este término que equivale á testigos; pues con la una no ménos que con la otra dieron testimonio de su fe y de su religion, y por los méritos de la sangre del Cordero inmaculado, Cristo, triunfaron del dragon infernal y adquirieron la corona de la inmortalidad.

Dignaos ¡oh Cordero sin mancha, Cordero dominador del orbe, concederme vuestra gracia para hablar dignamente de vuestros ilustres servidores, á fin que todo ceda en honor vuestro y edificacion de mis oyentes. Al efecto interpongo la mediacion de vuestra divina Madre, saludándola como el ángel : *Ave María.*

PRIMERA REFLEXION.

Ved aquí, católicos, reasumida en breves palabras la doctrina del Evangelio : « Si quieres ser perfecto, ve y vende cuanto tienes, distribúyelo á los pobres y sígueme. » Es cierto que no á todos impone el Señor este deber. Sacrificio tan heróico solo se exige de aquellos que aspirando á una perfecta imitacion de su celestial maestro, desean marchar por las huellas que dejó marcadas en el mundo miéntras como humano vivió y conversó entre los hombres. Crispin y Crispiniano fueron del número de aquellas almas que no se satisfacen sino con las grandes acciones. Su fe viva y ardiente, su esperanza superior á todos los contratiempos, su caridad radicada en la caridad infinita de Jesucristo, hácenles desear lo mas perfecto de aquella religion

(1) *Matth.* c. 19. v. 21.

que han recibido : y en su consecuencia, enemigos de un mundo que lo es del Dios á quien adoran, propónense luchar contra sus máximas y vencerle con las máximas del Evangelio.

Nacidos de una familia ilustre de Roma, nada les faltaba de cuanto puede lisonjear los deseos de la naturaleza. Nobleza, riquezas, placeres, esperanzas halagüeñas, todo lo que el mundo llama bienes de fortuna, gloria y felicidad, rodeaba á los dos santos hermanos, y les convidaba á disfrutar de una vida muelle, alegre y llena de satisfacciones. Empero ellos, no mirando como bienes sino los del cielo, y persuadidos á que todos los tesoros del mundo de nada pueden aprovechar al que los posee si llega á malograr su alma, todo lo desprecian por ir en seguimiento de aquel Nazareno que naciendo en pobreza y viviendo en las privaciones, venció al mundo, humilló al infierno y mereció ser honrado por su Padre celestial con un nombre superior á todo nombre, ante quien todo dobla la rodilla en el cielo y en la tierra (1). El reino celestial es el único á que aspiran, porque solo allí conciben bienes positivos, paz duradera, y gloria permanente; así que, juzgando que no es mas que un estiércol vil y despreciable ese oro á quien los mortales adoran como á una divinidad, desposéense heróicamente de su pingüe patrimonio, depositanlo en las manos de los miembros desvalidos de Jesucristo, y semejantes á aquellas aves que tan luego como consiguen romper el lazo en que las aprisionara el astuto cazador, vuelan con una rapidez tan prodigiosa que en un momento se remontan hasta una altura á donde apénas puede llegar la vista del hombre, así los dos ilustres hermanos, no bien se vieron libres de aquellas riquezas que les tenian encadenados al mundo, cuando á manera de ángeles de paz se elevan á una esfera superior á la de los demas mortales, y solo piensan en llevar á todas partes el testamento eterno de Jesus, y predicar su nombre á los pueblos idólatras.

Mundo infiel y calumniador tenaz de los discípulos del Dios del Calvario, ya tienes en la arena á esos dos campeones dispuestos á luchar contra tus envenenadas máximas, y hacer frente á tus persecuciones. Arma contra ellos tus huestes; apresta tus máquinas de guerra; haz valer tu astucia y todo tu poder para derrocar el colosal edificio de su virtud. ¿Mas qué

(1) *Ad Philip. c. 2. v. 9 et 10.*

podrás hacer que no sea para tu propia ignominia? ¿Les harás experimentar todos los rigores de la indigencia, todas las amarguras que son consiguientes á una total privacion de los humanos recursos? En vano; ellos encuentran en la pobreza una dulzura que tú no conoces ni eres capaz de penetrar. La sola idea de parecerse á aquel Jesus que dió á los hombres las primeras y mas sublimes lecciones de esta virtud desconocida de los antiguos, les llena de un consuelo inexplicable, y hace rebosar en sus corazones un júbilo celestial. Si les ves reducidos á la humilde ocupacion de hacer calzado, no es porque les aflija el hambre ni les acobarde la necesidad, sino porque, á imitacion del grande Apóstol, no quieren ser gravosos á sus prójimos, y prefieren adquirir con el sudor de su frente el escaso alimento con que conservan su existencia. ¿Añadirás á su voluntaria humillacion el desprecio, los insultos y las vejaciones de unos seres corrompidos, que por donde quiera les siguen en pos burlándose de su sencillez evangélica? Inútilmente; aun cuando Crispin y Crispiniano sientan correr por sus venas la sangre de la primera nobleza del imperio romano, aunque por los lazos del parentesco se miren unidos á una serie gloriosa de patricios, de héroes y de conquistadores famosos, este pensamiento en nada entibiará aquel ardor con que se consagraron á la humildad; su hambre de padecer los oprobios por Cristo no se satisface sino con cuanto hay de mas sensible á la naturaleza; su abnegacion profunda sabe triunfar de las humanas preocupaciones, hacerse superior á los caprichos de los mundanos, y condenar su orgullo y su desmedida sed de honras y de distinciones.

¡Oh insignes soldados de Cristo! ¡cuán heróicamente luchasteis con ese mundo engañador, que tan ingenioso es cuando se propone corromper el corazon del hombre! Vosotros pudisteis decir que no pertenecíais á él, porque como peregrinos en esta region desventurada, no reconocisteis mas patria que el cielo hácia donde se dirigian todos vuestros deseos, y en donde únicamente colocásteis el término de vuestras esperanzas.

Por eso, católicos, nuestros ilustres santos, cuyo objeto era extender los límites del imperio de Jesucristo, despues de haber edificado con su vida pura y ejemplar á aquel suelo que les vió nacer, salen de él como dos apóstoles ardiendo en celo

por la gloria de su Dios, y enarbolando por donde quiera que pasan el sagrado pendon de la cruz, predican á los pueblos idólatras la fe de Jesucristo, y anuncian que no hay otro nombre bajo del cielo, fuera de él, que pueda salvar á los hombres y hacerlos verdaderamente felices. ¡Qué activo es el amor que enardece los pechos de esos dos insignes predicadores del Evangelio! Viéraisles correr de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, enseñando aquellas sublimes verdades que constituyen la doctrina del cristianismo, y practicándolas al mismo tiempo con una exactitud que da á sus palabras una fuerza irresistible. Viéraisles ser los primeros en todas las ocasiones en que sus servicios podian ser útiles á sus prójimos, ejerciendo la caridad evangélica no solamente con los de su misma religion, sino aun si cabe mas particularmente con los que seguian el culto pagano. Viéraisles tolerar con un heroísmo digno de unas almas superiores á todo lo terreno, las calumnias, el odio, la ingratitud y la perfidia de aquellos mismos en cuyo obsequio se desvelaban y por quienes no dudaban entregarse á toda clase de trabajos. Viéraisles unas veces orando como Daniel al Dios del cielo y de la tierra, y ofreciéndole en el templo de sus corazones el sacrificio puro de sus alabanzas: otras como Elíseo socorriendo las necesidades de la viuda, y constituyéndose los agentes de la Providencia para con los necesitados, y siempre como unos ángeles de paz solícitos del bien temporal y espiritual de aquellos á quienes deseaban ganar para Jesucristo.

De este modo ejercian Crispin y Crispiniano el ministerio apostólico que por inspiracion divina habian abrazado. Á su ferviente predicacion unian todas aquellas virtudes que hacen respetable la palabra de Dios, y daban con su vida en todo conforme con el espíritu del Evangelio, un realce extraordinario á las verdades que enseñaban. Mansos, humildes, caritativos, afables, insinuábanse en los corazones de sus oyentes, y estos no podian ménos de escuchar con gusto una doctrina, que, si bien se oponia á las envejecidas preocupaciones que desde la infancia habian mamado, y luchaba de frente con lo que aprendieran en los libros de sus poetas y filósofos, se presentaba no obstante á su vista llena de bellezas en las personas de sus predicadores. De aquí aquellos felices resultados que los santos hermanos obtenian diariamente; de aquí aquellos

frutos copiosísimos de virtud que recogian á manos llenas en cuantas ocasiones favorables se ofrecian para arrojar la semilla evangélica; de aquí aquellas conversiones instantáneas del error á la verdad, que á despecho del mundo y del infierno se verificaban en todos los pueblos en donde anunciaban á Jesucristo; de aquí en fin aquellas maravillas de la gracia que por donde quiera seguian los pasos de estos héroes de la religion, como testimonios inequívocos de la proteccion que el cielo les dispensaba.

¡Quién pudiera, católicos oyentes, referir cuanto de grande y heróico ejecutaron nuestros ilustres hermanos Crispin y Crispiniano en sus expediciones por la gloria del Señor! Ah! la mano destructora del tiempo que todo lo consume y aniquila, ha extendido un espeso velo sobre muchas de las grandes acciones que inmortalizaron la gloria de esos dos incansables atletas de la fe; empero si no nos es dado individualizar los viajes que hicieron, los trabajos que hubieron de tolerar, las víctimas que arrancaron de las garras del demonio, las hostias que ofrecieron á Jesucristo, sabemos no obstante que el cristianismo triunfaba donde quiera que ellos predicaban; que la idolatría perdia considerablemente su prestigio; que la verdad se presentaba engalanada con todos los atavíos de divina, y el error despechado huía precipitadamente á esconderse en sus tenebrosos antros, bien así como huyen las sombras de la noche tan luego como la aurora se deja ver sobre el horizonte.

Nada pues nos queda que desear en la vida de Crispin y Crispiniano, para considerarla como un testimonio inequívoco de la santidad de aquella religion pura é inmaculada que del cielo nos trajera el Hijo del Eterno. Ellos la honraron con sus costumbres irreprensibles, la fomentaron con sus exhortaciones y ejemplos, la autorizaron con sus prodigios, y la hicieron admirar con sus heróicas virtudes, venciendo de este modo al mundo enemigo de Jesucristo por medio de los méritos de la sangre del Cordero inmaculado y con la palabra de su fe que no se ruborizaron de confesar y predicar en el seno de la idolatría y de la corrupcion universal: *Vicerunt propter sanguinem Agni et propter verbum testimonii sui.* Justo era que con una muerte gloriosa derrotasen al monstruo del error, y testificasen que no puede ménos de ser divina una religion que eleva el espíritu del hombre hasta mirar con desprecio una

vida que no puede conservarse sin menoscabo de su fe y de su eterna felicidad : *Et non dilexerunt animas suas usque ad mortem.* Hé aquí lo que hicieron los ilustres mártires Crispin y Crispiniano, como vais á oirlo en la

SEGUNDA REFLEXION.

Mal avenida la incredulidad con todo cuanto pueda ceder en honor del cristianismo, ha hecho en todos tiempos los mas poderosos esfuerzos para debilitar las pruebas en que descansa. Como quiera que no hay un testimonio mas auténtico de su divino orígen que la constancia de aquellos hombres portentosos, que por confesar sus dogmas y sostener sus principios llevaron su heroísmo hasta entregar sus miembros á los tormentos y sus cuellos al cuchillo de los perseguidores, los incrédulos para enervar este testimonio han apelado al sofisma, y han apurado la calumnia con el fin de probar que nada hay de sobrenatural en la constancia de los mártires de Jesucristo. Los unos no ven en ella sino un efecto de la vida austera que practicaban, y que segun ellos les hacia naturalmente capaces de tolerar los tormentos mas crueles; los otros no alcanzan á distinguir mas que un deseo de gloria que les arrastraba á buscar por medio de la muerte los honores que se prodigaban á los que morian por la fe; y todos á su vez se atreven á tacharla de fanatismo, comparando á los mártires de Jesucristo con los estóicos ó los indios que se precipitaban bajo el carro de sus ídolos, ó con aquellos salvajes estúpidos que insultaban á sus verdugos en el acto de ser arrojados en la pira. El cristianismo ha desmenuzado estos sofismas, y ha hecho ver que sus mártires nada tienen de comun con unos hombres que morian sin convicciones y llevados únicamente de un furor inspirado por pasiones ardientes y á veces vergonzosas. No hay ni puede haber fanatismo en los mártires cristianos, porque habia en ellos convicciones, y una certidumbre inalterable de las pruebas en que se fundaba su fe.

Pero dejando aparte la discusion, sin hacer mencion de las muchas pruebas de hecho que pudiéramos presentar de esta verdad, admiremos en nuestros dos ilustres mártires Crispin y

Crispiniano la fuerza de la gracia, y esa constancia sobrenatural que descubre en el hombre todo el poder de Dios, y el influjo de su fe divina. Vedlos ya en Soissons, ciudad populosa de Francia que el cielo ha destinado para ser el teatro de los gloriosos triunfos de sus siervos. Las cárceles, los hierros, las bestias feroces, cuanto de mas inhumano y cruel puede inventar el furor pagano para atormentar á sus enemigos, todo se prepara para rendir su constancia y hacerles abjurar sus principios. Mas ¿qué podrá la humana é infernal malicia contra unos corazones poseídos del verdadero amor de Jesucristo? Ah! Crispin y Crispiniano podian, como el Apóstol, desafiar á la tribulacion, á la angustia, á los peligros, á la persecucion y á la espada de los tiranos, seguros de vencer en la lucha con el auxilio del Dios en quien confiaban.

Bien lo manifestaron, señores, en la heróica intrepidez con que arrostraron el odio, la calumnia, los tormentos y todo género de crueldades, ántes que ceder un ápice del terreno en que la fe les colocara. Inútilmente Ricciovaro, gobernador de aquella ciudad por los emperadores Diocleciano y Maximiano, ardiendo en cólera al oir la nueva de los prodigiosos resultados de la predicacion de los dos santos hermanos, manda que abrumados bajo el peso de duras cadenas sean conducidos á su presencia. ¿Qué intentas, oh monstruo de impiedad? ¿Que renuncien á las creencias que han recibido desde su infancia y que tan dignamente han practicado? ¿ que hagan traicion á sus principios hondamente arraigados en el fondo de sus corazones? ¿que abjuren las promesas que en el bautismo hicieran, y se degraden y envilezcan ante Dios y los hombres, manchando su vida con una detestable apostasía? No, no es posible: el aparato estremecedor de los suplicios es incapaz de intimidar unos pechos en quienes mora el Dios de la fortaleza y de la virtud. Si como seres criados para vivir, tienen como todos los demas el instinto de la conservacion, si como racionales aman naturalmente la existencia, como cristianos empero aprecian mas que todo esto aquella fe que de Dios hubieron, y que es el principio y á la vez el camino de la verdadera inmortalidad. Léjos, muy léjos de Crispin y Crispiniano ese furor fanático que los seudo-filósofos de nuestro siglo atribuyen á los mártires de Jesus. Sus convicciones son fuertes y robustas: las pruebas que determinan sus creencias son ciertas, incon-

testables, emanadas del seno de la verdad esencial. Saben que Dios mismo es quien ha revelado todo cuanto forma el símbolo de su fe, y en su consecuencia prefieren mil veces una muerte temporal á una reprobacion eterna. ¿Qué cosa pues mas prudente? ¿qué cosa mas racional? El verdadero fanatismo consistiria en anteponer una existencia caduca á una existencia imperecedera; en temer á los hombres mas que á Dios; en abandonar unos principios ciertos por seguir unos principios positivamente falsos; en ser traidores por no ser víctimas. No será así, pues; Crispin y Crispiniano no abandonarán cobardes las banderas de su divino maestro, siquiera sea menester hacer frente á numerosas huestes de enemigos, aunque hayan de luchar con todo el poder del mundo y del infierno. En efecto, Ricciovaro les intima desde luego que cesen de predicar á Jesucristo. — No es posible, contestan los santos hermanos, jamas enmudecerémos cuando se trate de la gloria del Dios del cielo y de la tierra, y de su unigénito Jesucristo. — Soy vuestro superior, y os lo mando.—Mas justo es obedecer á Dios que á los hombres. — Vuestro Dios no es mas que un hombre que ha muerto con ignominia en una cruz.—Esa cruz es el trofeo mas augusto de sus glorias; él ha resucitado triunfante, y ahora está sentado á la diestra de su Padre, desde donde domina á todo el universo, y de allí vendrá un dia á juzgar á todos los hombres. — Ofreced incienso á las divinidades del imperio, ó preparaos á experimentar todo el rigor de las leyes. — Preparados estamos no solo para sufrir y padecer, sino para morir por el nombre del único Dios á quien adoramos.

Ya llueven sobre sus cuerpos extendidos en la troclea millares de azotes que despedazan sus miembros y hacen correr de ellos torrentes de sangre; ya les introducen por entre las uñas cañas agudísimas que les causan dolores violentos é insufribles; ya aquella carne inocente despojada de la piel no presenta mas que una horrible llaga que no puede mirarse sin estremecimiento... Gran Dios! Sucumbirán á la fuerza de tormentos tan inauditos?... ¿Os negarán debilitados con tan atroces suplicios?... En manera alguna; los invencibles mártires sienten reanimarse su valor en proporcion de sus dolores; cuanto mayor es la violencia del suplicio, tanto mas eficaz es la gracia que experimentan del cielo; no solo no se acobardan, sino que alegres y animosos no cesan de bendecir y alabar al

Señor, porque les ha hecho dignos de padecer por su gloria tamaños tormentos.

¿Qué importa que atados de piés y manos sean arrojados en las profundas aguas del Aisne? Cuando Dios quiere hacer ostensible su poder, ¿podrán impedírselo los elementos? ¿No es él el que crió los rios, los encerró en su cauce y dió giro á sus corrientes? Pues este Dios en quien esperan Crispin y Crispiniano, y por cuya gloria padecen, sabrá sacarlos incólumes de entre las olas á vista de sus verdugos, que no podrán ménos de reconocer la accion de un principio sobrenatural en este acontecimiento tan fuera del órden comun. Así sucedió, católicos oyentes; Crispin y Crispiniano triunfantes de las aguas no ménos que de los azotes y demas suplicios, aparecen en la ribera entonando himnos de alabanza al Dios de las alturas que tan glorioso se manifiesta en sus servidores, cumpliendo literalmente los oráculos que pronunciara por boca de sus profetas. El Señor habia dicho: «Cuando pasares por el agua, estaré contigo y no te anegarán sus corrientes; cuando anduvieres por medio del fuego, no te quemarás, y ni aun el olor de las llamas podrá perjudicarte si yo me propusiere confundir á tus enemigos, porque yo soy el señor Dios tuyo, el santo de Israel, tu Salvador» (1). Por eso, bien así como quiso que sus mártires saliesen victoriosos del agua, plúgole tambien que lo fuesen del fuego. Prepárase un horno encendido, colócase sobre él una caldera en donde se hace hervir una gran cantidad de plomo, y en aquel horrible líquido son arrojados los santos hermanos. ¡Oh Dios de Ananías, de Azarías y de Misael, que con el soplo de tu virtud omnipotente refrigeraste á tus siervos en el horno de Babilonia! Hé ahí esas dos víctimas inocentes que por tu nombre sufren. Tiempo es de hacer ver á los que con blasfemia se atreven á poner sus lenguas en tu religion santa, que ella sola es la única verdadera, y en cuyo seno se obran los verdaderos prodigios. Vean cuantos osan atribuir la constancia de tus mártires á un exceso de furor imprudente, que eres tú mismo el que los sostienes en la lucha, y que cuando te place cambiar el órden de la naturaleza, ni el cielo, ni la tierra, ni los hombres, ni los ángeles, ni los elementos son capaces de impedir que se cumpla tu divino beneplácito.

(1) *Isai. c.* 43. *v.* 2 *et* 3.

Cumplióse en efecto : el que en otro tiempo envió sus ángeles á Daniel, á Elías, á Tobías y á los mancebos de la corte del rey Nabuco, envió tambien un espíritu celestial á Crispin y Crispiniano, les consoló en su tormento, neutralizó la actividad de aquel fuego consumidor, y extrayéndoles sin la menor lesion, hizo ver que la gracia de Jesucristo es superior á la naturaleza, que no hay quien resista al poder de la divinidad, y que esta hace á los hombres superiores á sí mismos siempre que así conviene á los intereses de su gloria.

¿Qué resta pues para convencerse de que los santos mártires Crispin y Crispiniano fueron dos testigos irrecusables de la divinidad del cristianismo, puesto que por los méritos de la sangre del Cordero vencieron al dragon infernal, se hicieron superiores á las amenazas, triunfaron de los tormentos, y aun miraron con indiferencia una vida temporal, ántes que negar su fe y hacer traicion á su Dios? Vedles como por último, cual inocentes corderillos, entregan sus cuellos al cuchillo de un tirano, y espiran gozosos alabando á su Dios y proclamando altamente sus grandezas. Ved aquel suelo regado con su sangre preciosa, de donde brotan á millares discípulos del Crucificado que á porfía se disputan el honor del martirio. Ah! Este es un fenómeno que la filosofía de la incredulidad no ha podido resolver jamas, y solo ha hallado un término favorito para desvirtuar su mérito, llamando á la constancia de los mártires exceso de fanatismo! No lo entendió así el gran Tertuliano. « La « constancia que nos reprochais, decia, es una leccion cuya « causa es preciso investigar. Cualquiera que examine nuestra « religion no puede ménos de abrazarla. Abrazándola se sien- « te arder en deseos de padecer, á fin de conseguir á pre- « cio de su sangre la gracia de Dios de que se hiciera in- « digno. (1) »

¡Ojalá, católicos oyentes, que convencidos de estas verdades, os animaseis á imitar los ejemplos de vuestros ilustres patronos, y que en vuestra vida ajustada á las leyes del Evangelio se viese una prueba inequívoca de la divinidad de esa religion que teneis la dicha de profesar! Entónces podríais esperar la proteccion del cielo en vuestros infortunios, bien así como la experimentaron Crispin y Crispiniano en los momentos

(1) *Tert. Apol. c.* 50.

de prueba y de tribulacion. Entónces el Señor haria ostensible su virtud omnipotente haciéndoos triunfar de vuestros enemigos, como triunfaron nuestros santos de los suyos por los méritos de la sangre del Cordero sin tacha, y por la fe en su palabra infalible. Entónces seríais felices en esta vida por la posesion de la gracia, y mas de todo punto despues de la muerte por la fruicion completa de la divina esencia en la morada eterna de la gloria.

SERMON

PARA EL DIA

DE LA CONMEMORACION DE LOS DIFUNTOS.

(DE BOURDALOUE.)

Amen, amen dico vobis, quia venit hora, et nunc est quando mortui audient vocem Filii Dei, et qui audierint, vivent.

Con verdad os digo, que esta es la hora cuando oirán los muertos la voz del Hijo de Dios, y los que la oyeren, vivirán.

S. Juan, c. 5. v. 25.

Este misterio nos propone Jesucristo en su Evangelio; pero aun despues de la declaracion que de él nos hizo el mismo Señor, tiene todavía oscuridad: pues los padres de la Iglesia no están conformes en el sentido de este lugar. Unos creyeron (y es pensamiento de Orígenes) que se debia entender de la resurreccion general, en que los muertos saldrán con efecto de sus sepulcros para comparecer ante el tribunal del Hijo de Dios, y recibir su última sentencia. Otros (como san Cirilo) lo entendieron de las resurrecciones particulares, esto es, de los milagros que obraba el Hijo de Dios cuando en virtud de una sola palabra resucitaba los muertos. San Agustin lo interpretó en sentido moral de la resurreccion espiritual, y justificacion de los pecadores, que estando muertos por la culpa, resucitan con a gracia interior de Jesucristo, y con la virtud de su sacramento. Permitidme, cristianos, y tened á bien que en tanta variedad de dictámenes siga el que me parece mas conforme al espíritu de la Iglesia; y que sin entrar en la discusion de este misterio, me contente con aplicarlo á la festividad que celebramos: *Venit hora, et nunc est quando mortui audient vocem Filii Dei.* Hoy es cuando los muertos han oído la voz del Hijo de Dios, porque hoy es cuando en todo el mundo se ha ofrecido por los muertos el sacrificio solemne del cuerpo y

sangre de Jesucristo. La sangre de Jesucristo tiene voz, como la sangre de Abel, pero voz mas fuerte que aquella voz que penetra hasta los cielos, y que se hace obedecer hasta en el centro de la tierra. Sí, hermanos mios, la sangre de este Cordero sin mancha ha clamado hoy sobre nuestros altares, y ha pedido á Dios el alivio de aquellas almas fieles, que aunque separadas de sus cuerpos y predestinadas, no dejan de padecer y gemir con la esperanza de su bienaventuranza; porque aun tienen que expiar reliquias de sus pecados: por esto se ha sacrificado hoy esta divina sangre, y por eso dió voces, primeramente al cielo, para abogar allí á favor de estas almas que padecen; y despues hasta el lugar en que estas almas están detenidas, para anunciarles la dichosa nueva de su libertad, y decirles que llegó la hora de salir de sus prisiones. Esto sucede en esta solemnidad mas auténtica y generalmente que en ningun otro dia del año; pues este está consagrado únicamente á la memoria de aquellas almas santas, y á las exequias públicas que les hacemos, ofreciendo por ellas el sacrificio de nuestra Religion: *Venit hora, et nunc est quando mortui audient vocem Filii Dei.* En cuanto á lo demas, cristianos, cualquiera de los muertos que oiga esta voz favorable de la sangre de Jesucristo, gozará de una vida bienaventurada, porque libre al mismo tiempo de los lazos de la culpa, entrará á poseer la herencia de los hijos de Dios, en la que hallará un principio de vida que jamas se acabará: *Et qui audierint vivent.* De esto he de hablaros, despues que hayamos implorado la asistencia del Espíritu santo por la intercesion de María. *Ave María.*

Tres cosas segun san Bernardo hacen perfecto el cumplimiento de una obligacion cristiana, y deben todas necesariamente concurrir á ella, que son, fe pura para conocerla, devocion tierna para amarla y obras sólidas para cumplirla; y otras tres cosas (segun el mismo padre) son esencialmente opuestas á ella: la ceguedad del espíritu, la indiferencia del corazon y la inutilidad de las obras. La ceguedad del espíritu hace ignorar aquella obligacion, la indiferencia del corazon hace insensibles á ella, y la inutilidad de las obras hace que se cumpla mal. Sobre este principio, amados oyentes mios, fundo este discurso, en el cual intento obligaros á que socorrais las almas

de vuestros hermanos difuntos, ejercitando con ellos vuestra caridad en el infeliz estado en que voy á representároslas. Este es mi designio. Yo hallo en la cristiandad tres clases de personas, que por diferentes motivos en nada contribuyen al alivio de las almas del purgatorio: las primeras porque no creen sus penas; las segundas aunque las creen no se compadecen de ellas; y las últimas aunque se compadecen, no practican medios eficaces para aliviarlas. En los primeros entiendo á los libertinos y herejes, que por un espíritu de incredulidad no creen que haya purgatorio. En los segundos, algunos católicos indiferentes y sin compasion, que creyendo el purgatorio, les falta la caridad para socorrer á las almas que la justicia de Dios ha condenado á él. Y los terceros comprendidos son un sinnúmero de cristianos, que lisonjeándose de tener en esta parte todo el celo necesario, solo tienen las apariencias; porque solamente ejercitan obras estériles y vanas, que no son de efecto alguno delante de Dios. Para inspiraros en cuanto me sea posible la devocion que ejercita hoy toda la Iglesia, cuyo único objeto son las almas del purgatorio, estableceré contra los primeros la verdad de esta devocion: excitaré á ella á los segundos, y arreglaré los últimos en el ejercicio y uso que de ella hacen. Permitidme que aun os aclare mi pensamiento. No socorrer á las almas del purgatorio porque no se creen las penas que padecen, es una conducta tan fuera de razon como llena de error: esta es la primera parte. Creer las penas que padecen, y no interesarse en socorrerlas, es una dureza tan culpable como impía é inhumana: esta es la segunda parte. Estar dispuesto á socorrerlas, y usar á este fin de medios ineficaces, es un desórden tan comun como digno de llorarse en la cristiandad: esta es la tercera parte. La primera es una especie de controversia, pero fácil, y que servirá de confirmaros en los dogmas católicos respectivos á la caridad que se debe á los difuntos: la segunda será una exhortacion eficaz para moveros á cumplir fielmente la obligacion de esta caridad; y la última una instruccion práctica para enseñaros en lo que consiste. Este es todo el objeto de vuestra atencion.

PARTE PRIMERA.

Es un carácter inseparable del error obrar inconsiderada-

mente; y san Gerónimo observa muy bien, que para preservarse de la herejía y no dejarse llevar del torrente del libertinaje, basta observar los falsos modos de proceder, y los visibles extravíos de los unos y los otros. Esto se manifiesta muy claramente en el modo con que proceden los que no creyendo el purgatorio no quieren orar por los difuntos. En este error, aun sin penetrar lo esencial de él, y juzgando solo segun las naturales luces de un juicio recto, descubro tres grandes defectos: pero no penseis, amados oyentes mios, que para convenceros de ellos excite aquí una controversia formal, ni que á fuerza de pruebas quiera establecer la fe del purgatorio contra el hereje y el libertino que procuran destruirla. Mi designio no se extiende á tanto, y es de mayor edificacion para vosotros; porque solo quiero manifestaros cuán mal discurren el hereje y el libertino, aun suponiendo sus mismos principios, cuando rehusan orar por los difuntos. Atended.

El primer extravío es decir que no tienen seguridad de que haya purgatorio despues de esta vida; y no teniéndola, no trabajan por aliviar las almas que á él están condenadas. Yo digo que esta conducta á lo ménos es temeraria é imprudente, porque desde un error de especulacion se precipitan en un desórden práctico, renunciando la costumbre de la Iglesia, y despreciando el riesgo á que se ponen de faltar á una de las mas importantes obligaciones de la justicia y caridad cristiana. Os pido que comprendais esto. Los herejes, y los que por libertad de creencia siguen sus dictámenes en este punto, están obligados á reconocer á pesar suyo, que así como no tienen seguridad de que hay purgatorio, tampoco la tienen de que no le hay. Ellos dicen que la Escritura no les ha revelado que haya purgatorio; pero confiesan tambien que no nos ha revelado lo contrario. Esto supuesto, el testimonio que les damos de esta verdad católica; las pruebas, no solamente sólidas, sino plausibles por la autoridad en que las fundamos; y la posesion inmemorial en que estamos de creerla, deben á lo ménos hacerlos dudar: como por confesion propia no tienen evidencia de lo contrario, á lo mas pueden confirmarse en la incertidumbre. Pues decidme: ¿en la incertidumbre aparente de esta verdad, tienen excusa cuando abandonan la práctica y uso de toda la Iglesia, y no quieren orar por los difuntos? Y dudando si las almas de sus hermanos se hallan ó no en estado de padecer, ¿qué cosa mas justa que orar siempre por ellos? La duda sola ¿no de-

beria determinarlos á ello? ¿Se necesita mas para hacerlos del todo inexcusables, cuando rehusan cumplir esta obligacion? Me parece que todo esto lo hace conocer con evidencia la recta razon.

Pero ved cuánta fuerza tiene este argumento, principalmente en la materia que trato. Pregunto yo á los secuaces de la herejía, valiéndome contra ellos de sus mismas disposiciones: si estuvierais seguros como nosotros de que hay purgatorio ¿no os creeriais obligados como nosotros á orar por vuestros hermanos, cuya muerte llorais? ¿No hariais por aliviarlos todo lo que nosotros hacemos? En esto convienen conmigo: y ahora añado yo, y les digo: aunque creyeseis el purgatorio, no por eso estariais asegurados de que las almas de vuestros hermanos fuesen del número de aquellas por quienes se puede orar útilmente; porque podrian estar ya en el cielo, y no necesitar de vuestros sufragios, ó condenadas al infierno, y así incapaces de aprovecharles. ¿Dejariais por esto de rogar á Dios por ellas? No por cierto; ántes porque dudabais de su paradero tomariais el partido mas favorable. ¿Por qué nosotros que creemos el purgatorio, y le tenemos por un punto de fe, oramos y pedimos por las almas de los fieles? Porque puede suceder, decimos, que aquellas almas, aunque fieles, no habiendo acabado de pagar á Dios lo que debian á su justicia, padezcan en medio de las llamas que las purifican. No sabemos ciertamente si es así; pero nos basta el no saber ciertamente lo contrario, y saber que puede ser; y esta duda, en lugar de entibiar nuestra caridad para con los muertos, la excita mas: pues como dice excelentemente san Agustin, mas vale exponernos á hacer por estas almas santas oraciones superfluas, que ponernos á peligro de no hacer por ellas las que necesitan. Observad sus palabras que son decisivas, y parecen hechas á mi asunto: *Melius enim ista viventium suffragia iis supererunt animabus, quibus nec prosunt, nec obsunt, quam deerunt iis quibus prosunt.* Ved aquí cómo discurrimos: y nuestros contrarios están obligados á confesar, que segun nuestros principios discurrimos bien. Pues ahora me valgo contra ellos de esta regla, y les arguyo así: Vosotros no sabeis si hay purgatorio; luego debeis orar por vuestros hermanos, para que si le hay no estén abandonados en aquellos tormentos. La verdad del purgatorio no depende de vuestra opinion ni de la mia; y aunque vosotros y yo lo creamos, ó le hay, ó no le hay; si no le hay, como vosotros

pensais, mi oracion será inútil á aquellas almas; pero si le hay, como yo creo, no podeis dejar de confesar que sois culpables para con las almas que en él padecen. Yo que me intereso y pido por ellas, nada aventuro; pero vosotros que las abandonais, os exponeis mucho para con ellas, y para vosotros mismos. Cuando me decis ¿de qué sirve orar por los difuntos, si no hay purgatorio? me es fácil responderos, que cuando mis oraciones sean inútiles para los muertos, serán siempre meritorias para mí, porque proceden siempre de la caridad, que es su principio y fin. Pero cuando yo os diga, que si hay purgatorio faltais no orando por los difuntos á una de las obligaciones mas indispensables de la caridad, nada teneis que os defienda ni os liberte de esta reconvencion.

En efecto, cristianos, ¿qué diriais (la comparacion es evidente, y muy propia para aclarar mi pensamiento) qué diriais de una madre afligida y desconsolada, que no sabiendo el destino de su hijo, ni en qué vino á parar despues de una sangrienta batalla, se contentara con llorarle, sin dar mas pruebas de su amor? Ella duda si le hicieron prisionero, y si actualmente está reducido á un duro cautiverio; pero se le da á entender, que aun en ese caso tiene un recurso fácil, porque la libertad de su hijo depende solo de las diligencias que hiciere por rescatarle. ¿Qué diriais, repito, si esta madre en lugar de tomar las medidas necesarias para librarle, se ocupase en disputar y defender, que no habia apariencia alguna de que su hijo hubiese caído en tal desgracia; si toda su atencion la pusiera en buscar razones para persuadirse á que no era así, y asegurase que á no tener evidencia de su desgracia, no queria dar paso alguno por su libertad? ¿No la tendriais ó por insensata ó por inhumana? Este es justamente el proceder de los herejes que intento destruir. Se les dice que las almas que tanto quieren, y cuyos intereses deben tomar á su cargo, puede ser que estén en un lugar de tormentos, que llamamos purgatorio; y que si están allí, pueden sacarlas con medios fáciles. ¿Y qué hacen? Se obstinan en sostener que no están allí; argumentan y disputan contra la verdad de este purgatorio; tienen por partidarios á los que lo creen, y se fatigan en inventar pruebas para manifestar que es una quimera: pero si no obstante sus pruebas tiene el purgatorio alguna realidad, y si aquellas almas, cuyos intereses confiesan que no deben mirar con indiferencia, padecen

en él penas muy grandes, en esto es en lo que no quieren pensar; que padezcan allí y giman con la esperanza de su felicidad, que ellos viven tranquilos; y con tal que nada crean, juzgan que cumplen con ellas todas las obligaciones de piedad. Discurrir y obrar así ¿es conducta prudente y sábia?

Pero no lo es mas otro modo de proceder, que no os admirará ménos. ¿En qué consiste el error práctico de los partidarios de la herejía en el asunto que se trata? En no orar por los difuntos, porque no creen la verdad del purgatorio. Este es su segundo extravío: y deberian por el contrario inferir y creer la verdad del purgatorio de la necesidad de orar por los difuntos. Me explicaré: comparando estos dos artículos, de los cuales el uno es consecuencia del otro, es preciso convenir en que el que nos manda orar por los difuntos, nos está mas expresa y claramente manifiesto segun todos los principios de la fe, que el que establece la verdad del purgatorio. En cuanto á este quizá pudiera haber alguna oscuridad, pero todos los oráculos de la religion nos hablan clara y expresamente de la oracion por los difuntos. La Escritura nos la encarga en términos formales; toda la tradicion nos la enseña; los concilios mas antiguos la han autorizado; esta ha sido siempre la práctica de la iglesia; y los mismos judíos la observaron, y aun la observan hoy en sus sinagogas: y segun santo Tomas, este consentimiento de la cristiandad y del judaísmo es una especie de demostracion. Júdas, jefe de los Macabeos, mandó hacer sacrificios por los que murieron en la batalla defendiendo la ley del Señor, y no se dudaba entónces que el pensamiento de orar por los muertos fuese útil é inspirado por Dios: *Sancta ergo, et salubris est cogitatio* (1). La historia en que se refiere este hecho se tiene entre nosotros por canónica, decia el grande Agustino: *Machabæorum libros pro canonicis habemus.* Y cuando no tuviéramos (añadia) este testimonio de los sagrados Libros, bastaria tener el de la Iglesia universal, que es mas auténtico, y vemos que jamas dejó de orar por los difuntos en el altar y en los misterios santos. Nosotros hacemos (dijo Tertuliano dos siglos ántes que san Agustin) ofrendas por los muertos, y si nos preguntais la razon de ello, nos contentarémos con alegaros la tradicion y la costumbre: *Oblationes pro*

(1) 2 *Mach. c.* 12. *v.* 46.

defunctis facimus, harum si rationem expostules, traditio tibi prætenditur auctrix, confirmatrix consuetudo, fides servatrix. Estas palabras manifiestan, que desde el principio de la religion se tuvo siempre la oracion por los difuntos como una tradicion divina y un depósito de la fe : *Fides servatrix.* ¿Qué puede decirse mas convincente en esta parte? Si fuera verdad que los herejes estaban tan ilustrados é instruidos como se lisonjean, discurririan así : Es necesario orar por los difuntos, porque todas las luces de la religion lo demuestran así; luego debo convencerme de que hay purgatorio, esto es, un lugar de tormentos y penas en que los muertos padecen, y donde los muertos se alivian con las oraciones de los vivos. No puedo creer lo uno sin confesar lo otro; y pues la fe me revela lo uno con evidencia, es justo que me sujete á lo otro, aunque me parezca oscuro, y crea que hay purgatorio, porque no puedo dejar de confesar que es necesario orar por los difuntos. Esta consecuencia, digo yo, debian sacar, y sería legítima : ¿pero qué hacen? Todo lo contrario, pues trastornan el órden, y dicen : La revelacion del purgatorio es oscura : luego no debo sujetarme á ella; y porque no creyendo el purgatorio se arruina el fundamento de la oracion por los difuntos, la desprecian, aunque sea muy santa : y como el uso de esta oracion es el mas antiguo que hay en la tradicion, tienen la tradicion por inútil; y porque el libro de los Macabeos habla expresamente á favor de esta oracion, no admiten tal libro; y porque todos los padres y concilios autorizan el orar por los difuntos, no creen á los unos ni á los otros; y porque desde los primeros siglos está establecida solemnemente esta práctica en la Iglesia de Dios, dicen que esta se corrompió desde entónces; y porque finalmente miró san Agustin como una obligacion de su religion orar por el alma de su madre, dicen que incurrió el santo en esta parte en los desvarios é ilusiones populares. Hasta este extremo, amados oyentes mios, llega la obstinacion de los herejes. Bien saben que nada les impongo. Todo esto han defendido y escrito ellos mismos mas de cien veces. ¿Pero qué cosa mas incapaz de defenderse, ni mas irracional?

En fin su tercero y último extravío está, en que por cosas que no son ciertas, ni están reveladas en cuanto al purgatorio, forman prevenciones y preocupaciones contra la fe de él, en lugar de valerse de la fe del purgatorio, que es sólida y racio-

nal, para destruir en sí mismos estas preocupaciones que son efectos de su flaqueza. ¿Qué es lo que les choca en el purgatorio? Las imágenes ó pinturas espantosas con que le figuramos; diversas circunstancias no reveladas, que dicen adoptamos; y esto es lo que los inquieta y subleva; pero si yo me hallara en su lugar, me libraria sin dificultad de estas preocupaciones, oponiendo á todo ello la sustancia de la fe del purgatorio, que es la cosa mas sencilla, y la mas conforme á razon que hay en el mundo, porque me diria: El estado de estas almas que necesitan purificarse despues de esta vida no le conozco; esto es, no sé donde padecen, ni lo que padecen, ni cómo lo padecen; pues estos son secretos que Dios quiso ocultarme, y de nada sirve investigarlos; pero me basta saber que por la justicia de Dios padecen verdaderas penas, y que es muy justo que padezcan: porque no es razon que almas manchadas con culpas, aunque veniales, sean glorificadas al salir de sus cuerpos, como las puras y sin mancha. No es razon que pecados que jamas se expiaron con la penitencia, ó que no lo fueron como debian ser, entren en la morada de la bienaventuranza, donde solo se admite la santidad. No es justo que un cristiano tibio que no ha satisfecho á Dios por sus omisiones, reciba el premio y la corona tan pronta y fácilmente como aquel cuya vida, por otra parte inocente, fué del todo fervorosa. Esto repugna á todos los derechos de la justicia de Dios. Luego es necesario que despues de esta vida haya un lugar donde, como dice san Agustin, ponga Dios las cosas en órden, acabe de castigar verdaderamente lo que es digno de castigo, estas almas que predestinó como esposas suyas se acrisolen, sus manchas se borren, y pasando por el fuego, segun la expresion de san Pablo, adquieran aquel grado de pureza consumada que necesitan para ver á Dios. Este lugar es el purgatorio; todo lo demas me es incierto, y de consiguiente no debe ser para mí motivo de turbacion, porque puede ser que me altere de una cosa que no hay. Pero sea como fuere, yo no puedo figurarme el purgatorio como la Iglesia me le propone, sin experimentar que mi razon se conforma con mi fe. De este modo evitaré el escollo de la preocupacion; pero el hereje, en lugar de portarse así, tropieza en este escollo, y por circunstancias dudosas del purgatorio, que no conforman con sus sentidos, se preocupa injustamente contra el purgatorio mismo.

Ah! cristianos, alabemos á Dios porque nos dió una fe, no solo mas santa y rendida, sino de mayor edificacion y de mas consuelo. Démosle gracias porque nos llamó á una religion, donde el afecto y la caridad exceden los límites de nuestra mortalidad; y tengámonos por dichosos en ser hijos de una Iglesia, que aun despues de cerrarnos los ojos, tiene cuidado de asistirnos. La de los herejes los abandona en la muerte, y en perdiéndolos de vista, no piensa mas en ellos. Como para ellos no hay purgatorio, porque estando en el cisma están fuera del camino de la salvacion, á consecuencia de su error los trata así; pero la Iglesia de Jesucristo, teniendo para con nosotros otras esperanzas y designios, tiene tambien otra conducta muy diferente; pues no deja de pedir por nosotros hasta ponernos en el seno de nuestra bienaventuranza. Hasta entónces está con pena de nuestro estado, prueba evidente de que es nuestra madre verdadera. ¡Qué consuelo es saber que miéntras estemos en el terrible paso del juicio de Dios á la eternidad feliz, toda la Iglesia estará rogando por nosotros, como lo estuvo por san Pedro cuando estuvo el santo en la prision! ¡Qué consuelo es poder esperar que todos los fieles del mundo se ocuparán en nuestra libertad; que sin pensar ellos en nosotros, participarémos de sus buenas obras y sacrificios; que como damos hoy á nuestros amigos y parientes este tributo, que nuestra religion prescribe, se hará por nosotros algun dia el mismo oficio; y que nuestra memoria no perecerá como la del impío, sino que será (segun la expresion del mismo Espíritu santo) llena de la bendicion eterna; pues hasta el fin de los siglos se hará memoria de nosotros en los divinos misterios. Esto es, Dios mio, lo que espero y á lo que aspiro, y esto lo que me sostiene y fortalece: sin esta esperanza estaria abatido, y vuestros juicios, demasiado terribles para mí, acabarian de consternarme. Por mas asegurado que estuviese de estar justificado delante de vos, y haber recobrado con vuestros sacramentos la gracia que perdí, las muchas deudas de mis culpas me llenarian de terror y espanto; porque sé, oh Dios mio, que nada manchado entrará en vuestro reino, que nadie saldrá de las manos de vuestra justicia sin haber pagado hasta la mas mínima deuda, y que por esta regla la santidad mas exacta no puede fiar en sí misma: todo esto me haria caer en una especie de desesperacion; pero cuando reflexiono, Señor, en las miseri-

cordias que la fe me descubre en vos; cuando considero que si soy tan dichoso que muera en vuestra gracia, por mas que deba á vuestra justicia, tendré con qué satisfacer; que toda vuestra Iglesia me socorrerá con sus oraciones; que el tesoro de los méritos de vuestro Hijo estará abierto para mí; que todos los de su pasion y muerte me servirán despues de haber fallecido; y que aun entónces podré sacar aguas con alegría, como dice el Profeta, de los preciosos manantiales de mi Salvador. Ah! Señor, si no dejo entónces de temer enteramente, á lo ménos empiezo á esperar; y esta esperanza me consuela, me asegura y me anima: pues acompañándola con una sincera y verdadera penitencia, hallo en ella un firme y sólido apoyo, y á ejemplo de vuestro siervo Job conservo gustoso esta esperanza en mi corazon: *Reposita est hæc spes mea in sinu meo* (1). Pasemos adelante; y establecida ya la devocion para alivio de las almas del purgatorio contra los que no creen las penas, inspirémosla, si es posible, á los que creyéndolas no se compadecen: esta es la materia de la segunda parte.

PARTE SEGUNDA.

Creer que hay purgatorio, y no compadecerse de las penas que padecen las almas sentenciadas á él, es una especie de insensibilidad que debe extrañarse mas, porque se opone, no solo á la piedad y caridad, sino á todos los principios de la humanidad. No obstante, este es el segundo desórden que intento destruir. Y no puedo daros mejor idea de él, que diciéndoos que se opone y perjudica igualmente tres distintos intereses, que sin delito no podemos dejar de advertir: estos son el interes de Dios, el de nuestros hermanos y el nuestro propio. Portarse así es no tener celo alguno por Dios, que interesándose su gloria en la libertad de estas almas justas, quiere facilitársela por medio nuestro, y tiene derecho á quejarse de nosotros cuando ve que no lo consigue; es tambien tener un corazon de bronce para con estas mismas almas que esperan seamos sus libertadores; pues sabiendo que Dios puso su libertad en nuestras manos, y que el complemento de su felicidad depende de algun modo de nosotros, esperan con santa impaciencia que

(1) *Job*, c. 19. v. 27.

hagamos á su favor este importante oficio. Pero principalmente portarse así es renunciar nuestras propias utilidades, y perder muchos bienes que á poca costa nos resultarian de aquí, los cuales seguramente nos produciria este ejercicio de caridad para con los difuntos. ¿Y será tal nuestra dureza, que no alcancen estos motivos para obligarnos á remediar en nosotros este desórden?

Se trata por este medio de aumentar la gloria de Dios, y puede ser que este aumento sea uno de los mayores que puede recibir. ¿Se necesita mas motivo para hacernos abrazar con fervor la devocion de que hablo? Ah! cristianos, permitidme que haga aquí con vosotros una reflexion de que confieso me hallo penetrado, y espero que vosotros lo quedaréis tambien. Algunas veces tenemos celo por Dios, pero nuestra ignorancia tan grosera como inexcusable en las cosas de Dios, hace que no apliquemos este celo á los asuntos en que verdaderamente se interesa Dios. Por ejemplo, nos admiran los hombres apostólicos, que inspirados del espíritu de Dios atraviesan los mares, y van á países bárbaros á ganar en ellos almas para Dios. Tambien es este un asunto heroico en nuestra religion; pero bien sabemos lo que enseña Pedro de Blois, fundado en la mas sólida teología; esto es, que la devocion para alivio y libertad de las almas del purgatorio es una especie de celo, que por su objeto no cede al de la conversion de los paganos, y aun la excede en algun modo: porque las almas del purgatorio, aunque santas, predestinadas y confirmadas en gracia, son incomparablemente mas nobles delante de Dios que las de los paganos; son mas amadas y queridas de Dios, y son actualmente mas capaces de dar gloria á Dios que las de aquellos. Sabemos tambien que el mismo Jesucristo quiso darnos con su ejemplo la idea de esta devocion y afecto por las almas del purgatorio: y fué cuando descendió á los infiernos, esto es, á aquella cárcel en que las almas de los antiguos padres estaban detenidas, segun la Escritura, para consolarlas con su presencia, y sacarlas de allí: y así san Pedro en su primera Epístola canónica nos habla de esta bajada á los infiernos, como de una mision divina que hizo allí el Salvador del mundo: *In quo, et his qui in carcere erant spiritibus veniens prædicavit* (1). Sabemos tambien

(1) 1 *Petr. c. 3. v.* 19.

que podemos imitar en esto á Jesucristo, y que sin bajar como el Señor á las prisiones subterráneas, podemos á su ejemplo libertar almas tan perfectas y santas, y que haciéndolo como él, y con el fin de la gloria que puede á Dios resultar de ello, participamos (seamos del estado ó condicion que fuéremos) de este espíritu apostólico, cuyo principio fué él, y el cual quisiera yo inspiraros hoy. Si no lo sabemos, desgraciados somos en haber ignorado una instruccion tan saludable; y si sabiéndolo no pensamos en orar por estas almas santas, es para nosotros aun mayor desgracia ser tan insensibles á los intereses de Dios.

Añado á esto un pensamiento del abad Ruperto aun mas interesante. Muchas veces habreis oído que las almas que padecen en el purgatorio están allí con grande violencia, porque están privadas de la vista de Dios: el asunto es evidente, pero puede ser que jamas hayais comprendido, que el purgatorio es un estado de violencia aun para el mismo Dios, y esto es lo que os declaro de su parte. Que la privacion ó separacion de Dios sea estado violento para un alma justa, no me admira; pero que lo sea tambien para Dios, nos debe admirar mucho, y el interes del mismo Dios no nos permite mirarlo con indiferencia. ¿En qué consiste pues este estado de violencia respecto de Dios? En que ve en el purgatorio las almas que quiere con un amor sincero, tierno y paternal, á las cuales no obstante no puede hacer bien alguno; ve almas llenas de mérito, santidad y virtud, y no obstante no puede recompensarlas todavía; y almas que son sus escogidas y esposas, á las cuales se ve obligado á castigar y hacer padecer. ¿Hay cosa mas opuesta á la inclinacion de un Dios tan misericordioso y caritativo? Pero nosotros podemos, dice el abad Ruperto, hacer que cese esta violencia, libertando estas almas de su prision, y abriéndoles con nuestras oraciones el cielo que tienen cerrado. En él se reunirán á Dios, y Dios se unirá á ellas para siempre. Allí derramará sobre ellas todos los tesoros de su magnificencia, y allí el amor que las tiene obrará segun toda su extension. Miéntras están en el purgatorio, el amor de Dios es como un torrente de delicias, que está pronto á inundarlas, pero está detenido por el obstáculo de una culpa, cuya deuda aun no está satisfecha. ¿Qué debemos hacer nosotros? Quitar el obstáculo, satisfaciendo por ellas. Atended, cristianos: Dios se ligó las manos (ex-

plicándolo así) pues nosotros se las desatarémos; y se puso en una especie de imposibilidad de hacer bien á unas criaturas que le son muy queridas, pero nosotros le facilitarémos el medio de que se le haga. Digo que se puso en una especie de imposibilidad de hacerles bien, porque Dios en el órden sobrenatural solo tiene dos clases de bienes, que son los de la gracia y los de la gloria. En el instante que estas almas predestinadas salieron de este mundo, ya no hay mas gracias para ellas, porque no están en estado de merecer: tampoco puede darles la gloria, porque no están purificadas suficientemente para poseerla; luego está reducido á la necesidad de amarlas, porque son justas, y no puede hacerlas bien alguno, porque aun no están capaces de gozar del soberano bien; y estando separadas de él, son incapaces de cualquier otro. Aun mas: predestinadas como son, se ve obligado á tratarlas con mas rigor que trata á los pecadores del mundo, que son sus enemigos mas declarados; y es la razon, porque no hay pecador en el mundo á quien en sus desórdenes mismos no dé Dios algunas gracias para merecer y satisfacer; pero en el purgatorio, por mas santa que sea un alma, está excluída de esta clase de gracias, y por este motivo es su estado violento para Dios.

Pero no obstante, cristianos, Dios por otra parte ha franqueado medios á este fin, dándonos poder para que intercedamos por estas almas, y como diciéndonos: por vosotros recibirán estas almas afligidas algun alivio en sus penas, por vosotros experimentarán los efectos de mi misericordia, no obstante las leyes de mi justicia rigorosa; y vosotros negociaréis y solicitaréis su libertad: de modo que vuestra caridad en socorrerlas, será motivo para que yo use de la mia. De este modo parece nos habla Dios. Cuando con efecto, usando de este poder, libertamos con nuestras oraciones una de estas almas, no solo procuramos á Dios una gloria muy pura, sino que le damos una alegría muy sensible; y no solo hacemos triunfar su bondad, sino que nos conformamos con las disposiciones secretas de su justicia; y la razon es bien clara, porque la justicia que Dios ejerce con las almas del purgatorio, no es una justicia fuerte, sino fácil de aplacar, y que solo necesita un intercesor que lo solicite. Cuando Dios en otros tiempos queria castigar á los israelitas, prohibia á Moises el que se le opusiese: *Dimitte*

me, ut irascatur furor meus contra eos (1). Déjame obrar Moises, le decia, y no me impidas exterminar estos rebeldes; y así entrégamelos para que mi ira descargue sobre ellos; pero Dios se porta aquí de distinto modo, porque aunque estas almas que padecen sean actualmente víctimas de su justicia, desea que intercedamos por ellas, y aunque las hace padecer el grave peso de su justicia, se complace mas en que le ruegen por ellas. En lugar de decirnos como á Moises : *Dimitte me, ut irascatur furor meus*, nos dice al contrario : oponeos, cristianos, á mi venganza, y no abandoneis á mi ira estas almas que amo y debeis amar. No permitais que mi justicia exija de ellas sin remision todo lo que me deben, pues aun siendo tan inexorable, vosotros la aplacaréis, vuestras oraciones la desarmarán, y cederá á vuestras buenas obras. ¿Serémos tan duros que podamos resistirnos convidándonos de este modo?

Nada os digo, amados oyentes mios, del interes de las almas mismas, para quienes procuro conmover hoy vuestra piedad; pues las penas que padecen hablan bien fuertemente á su favor. Me preguntaréis, ¿qué es lo que padece un alma en el purgatorio? Á lo que os respondo, que seria mas fácil decir lo que no padece. Padece (dice el concilio de Florencia) el mas intolerable de todos los males, que es la privacion de Dios; este solo haria un infierno del purgatorio, si no la sostuviese la esperanza. Padece (dice san Agustin) las impresiones milagrosas, pero verdaderas, de un fuego que es para ella un segundo suplicio : *Torqueatur miris, sed veris modis.* De un fuego tanto mas vivo en obrar, cuanto sirve de instrumento á un Dios vengador del pecado; de un fuego (añade aquel santo doctor) en comparacion del cual es nada el fuego que vemos en el mundo; de un fuego, con el que penetrada el alma, sea como fuere, padece ella sola mas que en todos tiempos padecieron todos los mártires, y siente dolores mas agudos que los de todas las enfermedades complicadas en un mismo cuerpo, en lo cual convienen todos los téologos. No puede haber bárbaro que dejara de conmoverse con lo que digo, si lo entendiera y estuviera persuadido á ello como nosotros. Con efecto, ¿qué seria si Dios en este instante os hiciese presentes estas almas afligidas, y fueseis testigos de sus tormentos? ¿Qué seria si oyeseis sus ge-

(1) *Exod.* c. 32. v. 10.

midos y lamentos, y si desde lo mas profundo de sus calabozos os gritasen de este modo tan lamentable : *Miseremini mei* (1)? Tú, amado oyente mio, que tienes una compasion tan tierna, y que no podrias ver sin estremecerte un delincuente en el suplicio, ¿verias sin piedad tantas almas justas en el triste estado á que están reducidas? ¿Quereis saber quiénes son estas almas? Pero ¿podeis ignorarlo? Acercaos y os lo diré : reconocedlas. Esta es el alma de tu padre, cuyos bienes posees, de aquel padre, digo, que se consumió por ti, y á quien debes cuanto eres; padece quizá por haberte enriquecido demasiado, y espera de tu reconocimiento que á lo ménos tomes ahora á tu cargo sus intereses delante de Dios. Pasa mas adelante, y mira á aquel amigo, cuya memoria te deberia ser tan preciosa, y en quien puede ser no pienses ya : al presente se halla necesitado de experimentar si tu amistad fué sincera, pues padece, y no puede ser aliviado sino por ti; ruega por él á Dios, y pondrá fin á sus penas : en una necesidad tan urgente ¿le negarás un socorro que tanto necesita, y que tan poco te puede costar?

Pero puede ser que seas de aquellos hombres tan amantes de sí mismos, que solo atienden á su propio interes : pues amado oyente mio, si eres de este carácter, aunque este espíritu de interes es muy ajeno de la pura y perfecta caridad, convengo y consiento en que busques tu propio interes, con tal que lo solicites por caminos derechos y por los medios legítimos que la religion te ofrece. ¿Qué interes mayor para ti, que contribuir á libertar un alma del purgatorio? ¡Qué gran cosa es poder decir : un alma hay en el cielo que me debe en parte su felicidad, un alma he puesto en posesion de su bienaventuranza, y un alma está obligada especialmente á rogar por mí! No tiene comparacion entre las gracias de salvacion, y aun quizá ni entre las señales de la predestinacion. Ah! cristianos, si Dios por una revelacion expresa me manifestara hoy en la gloria un alma que yo hubiese sacado del purgatorio, y me la señalara particularmente, ¡con qué fe no la invocaria yo! ¡Con qué confianza no recurriria á ella! ¡Y con qué fervor no la encomendaria mi eterna salvacion! Pues nosotros podemos tener este consuelo, porque si hay alguna de estas almas fieles,

(1) *Job.* c. 19. v. 21

cuya felicidad hemos anticipado, aunque no la conozcamos, nos conoce á nosotros, y podemos siempre contar con ella como con una alma que nos estará siempre reconocida de lo que hubiéremos hecho en algun modo por su libertad; y de consiguiente no nos olvidará jamas. No se portará como aquel oficial de Faraon, que no se acordó mas de José, ni de las estrechas obligaciones que le tenia, luego que salió de su cautiverio; y no será necesario que digamos á esta alma gloriosa lo que dijo José á aquel hombre ingrato y desconocido: *Memento mei, cum bene tibi fuerit, et facias mecum misericordiam* (1). Alma santa, cuya libertad y bienaventuranza pedí y solicité aunque pecador, tenedme presente en el lugar de vuestro descanso, y usad de misericordia conmigo como yo la tuve con vos; compadeceos de mi estado como me compadecí del vuestro, y obligad á Dios con vuestros ruegos á que me saque de la esclavitud de mi culpa, como yo le obligué con los mios á que os sacase del lugar de vuestras penas. No se necesita, digo, que la hablemos de este modo; pues siendo santa y bienaventurada, es incapaz de faltar á ninguna obligacion. ¿Pero sabeis, cristianos, lo que nos sucederá, si no tenemos este celo por las almas del purgatorio? Se nos tratará algun dia como tratamos hoy á los demas, y permitirá Dios que nos abandonen, como abandonamos á los otros. Verdad es esta tan constante, que en el sentir de un docto teólogo, un cristiano que nunca hubiera rogado con la Iglesia por las almas del purgatorio, por justo castigo de Dios, no participaria en el purgatorio de las oraciones que la Iglesia ofreceria por él; y aunque esta opinion no esté enteramente recibida, á lo ménos es mas que probable: porque si en virtud de las oraciones de la Iglesia hay gracias para las almas del purgatorio, ninguno debe aspirar ménos á ellas, ni será excluído con mas razon, que quien durante su vida haya abandonado el orar por las almas de sus hermanos. Es pues seguro que todo género de intereses nos obligan á esta devocion. Pero ved aquí el último desórden. Se creen las penas del purgatorio, se compadecen de las almas que padecen en él, y se quisiera aliviarlas; pero no obstante no se las alivia, porque no se usan á este fin los medios convenientes y eficaces. De esto he de hablaros en la tercera parte.

(1) *Genes.* c. 40. v. 14

PARTE TERCERA.

Con razon decia un grande obispo, que en tiempos antiguos fué una de las mas claras luces de la Francia, que en el mundo cristiano habia pocos que segun los principios y reglas de la religion tuviesen con los muertos una sólida y verdadera caridad : *Non præter æquum opinabere* (estas son sus palabras) *si perpaucos esse conjicias, qui mortuos verè diligant.* Sin mas pruebas, la experiencia sola justifica demasiado este dictámen de Sidonio Apolinar, pues juzgando por lo que vemos, y por los diversos abusos que es imposible no hayamos advertido, aunque en el dia haya muchos cristianos persuadidos de la verdad del purgatorio, aunque sean tan humanos, y aun si quereis tan tiernos, que se compadezcan del estado en que quizá están las almas de sus amigos y parientes, y aunque se vean hijos que se interesan por el descanso de sus padres, y mujeres por el de sus maridos, no obstante esto se puede decir y es constante que se ven pocos que tengan para con estas almas que padecen una caridad eficaz; y es la razon, porque se ven pocos que realmente contribuyan á aliviar sus penas, y pocos que usando de los medios que nos da á este fin la religion, les procuren los socorros que necesitan, y que puedan servirles. Yo confieso que no deja de haber piedad para con los difuntos; pero lo que se llama piedad para con ellos es en unos una piedad estéril é infructuosa, y en otros de ostentacion y fausto; en estos una piedad mundana y gentil, que no obra segun los designios de la fe; y en aquellos una piedad que aun siendo cristiana, solo produce obras muertas, esto es, obras sin mérito, porque no están en estado de gracia. Esto nos hace conocer la experiencia, y podrá confundirnos al tiempo mismo que me valga de ello para instruíros y edificaros.

Llamo piedad estéril é infructuosa para con los difuntos, la que solo consiste en vanos sentimientos, en lamentos inútiles, en exclamaciones lúgubres, en demostraciones de dolor, en torrentes de lágrimas y en extravagancias y desesperaciones. Pues no hay cosa mas comun. *Videmus* (decia san Bernardo en el discurso fúnebre que hizo en la muerte de su hermano) : *Videmus quotidiè mortuos plangere mortuos suos, fletum multum, et fructum nullum; et verè plorandi qui ita*

plorant (1). Vemos todos los dias muertos que lloran á otros muertos : vemos á hombres vivos, pero del todo mundanos, y por esto muertos delante de Dios, que lloran sincera y amargamente la muerte de los que amaron en vida. ¿ Pero qué nos parece todo esto? Muchas lágrimas y pocas oraciones, poca caridad y pocas buenas obras : *Fletum multum, et fructum nullum.* Gemidos que compadecen, pero de ningun efecto, y excesos de desconsuelo sin fruto alguno. En verdad (añadia el mismo padre) que los que así lloran, merecen bien que los lloren á ellos : *Et verè plorandi qui ita plorant.* Este abuso, cristianos, que condenaba san Bernardo, parece haberse pasado á nosotros, no solo como costumbre, sino como decencia y obligacion, pues hoy los que se precian de vivir segun las leyes del mundo, en habiendo llorado sus muertos, como que se dispensan de orar por ellos. Apénas veréis ahora que una mujer de alguna distincion en el mundo, en el dia de la muerte ó exequias de su marido se llegue á los altares y satisfaga á la obligacion esencial de la religion. Diréis que no asistir ese dia es una señal de su ternura. Miéntras los extraños, mas oficiosos que ella, acompañan el cuerpo y encomiendan su alma á Dios, esta mujer en su casa se manifiesta inconsolable y desesperada : y si en otros tiempos los gentiles (atended á esta observacion) buscaban hombres que llorasen en las exequias de sus parientes, miéntras ellos se ocupaban en hacer los sacrificios comunes para aplacar los manes, ó las almas de los difuntos, creyendo (dice Séneca) que satisfacian mucho mejor la obligacion de la piedad filial con su devocion que con sus lágrimas, y que era mucho mas justo confiar á otros el oficio de llorar que el de orar, nosotros por una oposicion extravagante, y por una ceguedad lamentable buscamos al contrario hombres que oren, y nos contentamos con llorar. ¡ Qué abuso para un siglo tan ilustrado y tan espiritual como el nuestro! Zenon obispo de Verona no permitió que una mujer cristiana, asistiendo á los divinos oficios que se celebraban por el alma de su padre, interrumpiese á los ministros del altar con gritos y sollozos, que le parecieron profanos : *Quod solemnia divina, quibus quiescentes animæ commendantur, profanis interrumperet ululatibus.* Pues mas indigno es no asistir á los oficios santos, y dispen-

(1) *Bernard.*

sarse de las oraciones solemnes de la Iglesia, por tributar á los difuntos unas lágrimas, que ni nos piden, ni á ellos les sirven. ¿De qué alivio puede serle á un alma el exceso de vuestro dolor? Todos estos testimonios de una afliccion excesiva y sin término, ¿serán capaces de minorar sus penas? ¿Pensais que aquel fuego que las purifica y cuya viveza sienten, puede apagarse con las lágrimas de vuestros ojos? Ah! hermano mio (escribia san Ambrosio á un señor de distincion para consolarle en la pérdida de una hermana á quien amaba tiernamente), arreglaos hasta en vuestro dolor, y por mas violento que sea, sed equitativo y cristiano. Dios os quitó una hermana que amabais más que á vos, orad por ella y por vos; por vos, porque sois un pecador expuesto á las tentaciones y peligros de esta vida, y por ella á fin de libertarla de los tormentos que padece. Este es el celo que debeis tener, porque esto es lo que la puede ser útil, y de lo que eternamente os estará agradecida. Así hablaba aquel santo obispo; ¿pero qué sucede? Contra una instruccion tan saludable como esta (que bien podiamos aplicar á nosotros mismos) se cree cumplir con los difuntos las obligaciones que se les deben, con la sola demostracion de un dolor y sentimiento desordenado, y mas que indiscreto. Por él suele querer ser distinguida una viuda desconsolada, haciendo vanidad de poder servir á las demas de ejemplo y de modelo: en estas demostraciones de dolor suelen perseverar, de modo que no dan oídos á consideracion alguna que pudiera templarlas; pero quizá tienen mas de afectacion que de verdad, y aun por eso suelen las gentes interpretarlo maliciosamente, tomando esa singularidad por motivo de sus censuras, como se mofarian tambien de quien en igual caso no hiciese demostraciones de sentimiento; porque así se burla el mundo de sus propios abusos.

Llamo piedad de ostentacion y fausto para con los difuntos, la que se reduce á lo exterior de las exequias fúnebres, á las ceremonias de un duelo, al aparato del convite y acompañamiento á su entierro, y á todo lo que puede brillar á los ojos de los hombres, buscando este falso esplendor hasta en las cosas mas santas, como son los oficios de la Iglesia, en los que por lo comun hay mas pompa que religion, poniendo á los ojos esta vanidad hasta en los altares, colocando en ellos mas blasones de la nobleza del difunto, que señales augustas de la

religion cristiana; erigiendo para un cadáver sepulcros y túmulos mas magníficos que los santuarios y tabernáculos en que se guarda el cuerpo de Jesucristo: cuidando mucho mas de observar todo lo que la ambicion humana introdujo, que de practicar lo mas necesario, que es socorrer á las almas fieles con nuestros sacrificios y oraciones. No intento, cristianos, condenar absolutamente todas las exterioridades que se practican en los funerales; ni nuestro abuso puede impedir que en su orígen fuesen santas y conformes á la intencion de la Iglesia que las instituyó; solo quiero decir, que no se ha de reducir á esto toda nuestra piedad para con los difuntos; que si nos paramos en esto, nada hacemos á su favor, pues como observó muy bien san Agustin, todo este cuidado de una sepultura honrosa mas es consuelo para los vivos, que alivio para los muertos: *Solatia vivorum, non subsidia mortuorum.* Que un alma en el purgatorio mas nos agradece las buenas obras y limosnas, cuyo fruto la aplicamos, que todo el gasto y magnificencia de sus exequias; que una comunion aplicada por ella la manifiesta mejor nuestro reconocimiento, que los mas ricos y soberbios mausoleos; y que en cuanto á lo demas, es una especie de iniquidad ó infidelidad hacer tan excesivos gastos para enterrar un cuerpo que solo es polvo, y no tener caridad ni misericordia con su alma, que es esposa de Jesucristo y heredera del cielo.

Llamo piedad enteramente pagana con los difuntos, á la que no teniendo mas objeto que la carne y sangre, no obra segun los principios de la fe, la que solo inspira para con los difuntos sentimientos naturales poco subordinados á Dios, opuestos al gran precepto del amor de Dios, que nos manda preferirle á todo, y honrar á Dios mas que á todos. Con esta piedad que llamo pagana, dan bien á entender que no aman las criaturas por Dios, sino que si aman á Dios, ó recurren al Criador, solo es por las criaturas. Ah! hermanos mios, decia san Pablo á los Tesalonicenses, no permita Dios que os deje de enseñar lo que se debe á los muertos, y cómo os debeis portar con ellos. Quiero que lo sepais, para que no los lloreis como las naciones infieles que no tienen esperanza alguna de una vida eterna: *Nolumus vos ignorare de dormientibus, ut non contristemini sicut et cæteri qui spem non habent* (1). Atended (dice san Juan

(1) *I. Thesal. c. 4. v. 12.*

Crisóstomo explicando este lugar) que no les prohibia llorar la muerte de los que amaron y debian amar en vida; sino que les prohibia llorar como los paganos, que no estando iluminados con las luces de la verdadera religion, confunden en esta parte la piedad con lo sensible, la obligacion con la ternura, y lo que debe ser de Dios con lo que es puramente del hombre. La fe sola nos enseña á discernir esto, y arreglando en nosotros lo uno por lo otro, nos hace tener para con los muertos sentimientos cristianos y razonables.

¿Pero es posible que nuestra piedad con los muertos pueda ser estéril é inútil, aunque cristiana en sí? Acabo con este pensamiento, pero atended á esta doctrina: y ojalá quede para siempre grabada en vuestros espíritus. Sí, cristianos, se puede tener para con los muertos una piedad como digo; y este es el mayor desórden, al cual os ruego por fin de este discurso que apliqueis el remedio necesario. Si quereis saber á quiénes comprendo en este pensamiento, y en quiénes hallo estos dos caractéres tan difíciles de conciliar en la apariencia, piedad cristiana en sí misma, y no obstante inútil delante de Dios, escuchad. Son los que ruegan por los muertos, hallándose ellos en estado de muerte, esto es, en desgracia y enemistad de Dios. En tan funesto y desgraciado estado, pecador que me oyes, en vano haces sufragios por las ánimas del purgatorio, en vano oras é intercedes por ellas, en vano das limosnas á los pobres, y en vano practicas por ellas todo lo que el fervor de una devocion particular puede inspirarte: pues estas almas que padecen, jamas experimentarán con ello algun alivio. Miéntras Dios te mire como enemigo suyo estás incapaz de aliviarlas, pues tus oraciones no son admitidas, todas tus limosnas se pierden, y todos tus ayunos y penitencias son de ningun efecto; porque el pecado con que está grabada tu conciencia destruye la virtud de todas tus buenas obras. ¿Cómo puede ser que lo que haces sea de algun valor para estas almas santas, cuando es de ningun precio para ti? ¿Cual pues puede ser el medio de facilitarles satisfagan la justicia divina, cuando es cierto que por ti mismo no recibe Dios entónces cosa alguna de ti en pago, sin derogar su misericordia? Socorrer un alma en el purgatorio es cederla el fruto de las buenas obras que practicas: luego tus buenas obras en el estado de culpa tendrian delante de Dios algun mérito, si pudieses aliviarlas con

ellas; pero es de fe que no le tienen; porque sin la gracia y sin la caridad son obras muertas, que carecen del principio de la vida; y siendo muertas para ti que las haces, no es de admirar que lo sean mucho mas para los otros por quienes las aplicas.

No obstante exceptúo de esta regla el sacrificio de la misa, porque su valor no depende de la santidad del que le ofrece, y mucho ménos del que le hace ofrecer, sino que únicamente está ligado á la persona de Jesucristo y al precio de su sangre: de lo que se infiere, que un pecador en el estado mismo de su culpa puede contribuir al descanso de las almas del purgatorio, haciendo ofrecer por ellas este sacrificio, entre cuyas principales propiedades es una ser excelentemente propiciatorio por vivos y muertos. Puede, digo, y debe hacerlo así con tanta mas razon cuanto este sacrificio es el único medio que Dios le deja para suplir la imposibilidad en que se halla de socorrer de otro modo aquellas almas predestinadas; y Dios entónces mira la hostia que se le ofrece, que es Jesucristo, y no á aquel por cuyo cuidado se le ofrece, que es el pecador. En cuanto á lo demas, es siempre cierto que obrando el pecador por sí mismo, nada puede hacer que sea útil á los muertos; y este es el fundamento de una devocion tan autorizada hoy, y tan solemne en la iglesia de Dios, que consiste en purificarse por el sacramento de la penitencia y participacion del cuerpo de Jesucristo, para disponerse á socorrer útil y seguramente á las almas del purgatorio. Siempre se ha orado en la cristiandad por los difuntos, pero reservaba Dios á nuestro siglo esta excelente práctica de santificarse por ellos. En la antigua ley se usaba alguna cosa semejante, y san Pablo escribiendo á los de Corinto hace mencion de una especie de bautismo que acostumbraban los judíos para alivio de los muertos: *¿ Alioquin quid facient, qui baptizantur pro mortuis ?* (1) Así explicaron este lugar doctos intérpretes, y este es el sentido que me parece mas literal y verdadero; pero lo que hacian los judíos era una figura de la verdad que habia de cumplirse en nosotros; *Sed hæc omnia in figura contingebant illis* (2). Esto es, amados oyentes mios, lo que Dios os pide hoy, y á lo que os exhorta él mismo por su profeta: *Mundi estote, auferte malum cogita-*

(1) *I. Cor. c.* 15. *v.* 29. (2) *Ibid. c.* 10. *v.* 11.

tionum vestrarum, quiescite agere perverse, discite benefacere (1). Lavaos, nos dice, y purificaos; lavaos en las aguas de la penitencia, y purificaos con la sangre del Cordero. Aplicaos con una contricion verdadera este segundo bautismo, tan saludable como el primero, pues es el bautismo de un corazon contrito y humillado : *Auferte malum cogitationum vestrarum.* Quitad de mi vista todo lo que haya corrompido en él, no solo en vuestras acciones, sino en vuestros pensamientos; renunciad las compañías y tratos viciosos, dejad de hacer lo malo, aprended á hacer lo bueno, y no os contenteis solo con hacerlo bien : *Et venite, et arguite me, dicit Dominus.* (2) Y despues venid y defended ante mí la causa de esas almas por quienes os interesais, que entónces os oiré, aceptaré vuestros sacrificios y me aplacaré con vuestros ruegos. Aprovechémonos, cristianos, de esta advertencia, y experimentarémos la verdad de las promesas del Señor. Por este medio le glorificarémos, consolarémos á nuestros hermanos en su afliccion, alcanzarémos para nosotros las mas abundantes gracias de salvacion, que nos conducirán á la vida eterna, que es la que os deseo. Amen.

(1) *Isai. c. 1. v. 16.* (2) *Ibid. v. 18.*

DISCURSO

PARA EL DIA

DE LA CONMEMORACION

DE LOS FIELES DIFUNTOS.

(DE TRONCOSO.)

Sancta ergo et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut à peccatis solvantur.

Es un pensamiento santo y saludable el orar por los difuntos, á fin de que sean libres de las penas de sus pecados.

II. á los Macab. c. 12, *v.* 46.

Aun cuando la voz de la humanidad no hablase á nuestros corazones en favor de las almas que yacen en el lugar de la expiacion, no creo sea posible desentenderse de ese lenguaje mudo que hoy nos hace escuchar la religion en este templo augusto. Donde quiera que dirigimos nuestra vista, nada advertimos sino símbolos misteriosos al par que lúgubres, insignias de duelo, monumentos de tristeza, fúnebres cánticos, llanto inconsolable y recuerdos amargos. La muerte con su acerada guadaña preside esta escena sombría. Aquí vemos una tumba enlutada, allí antorchas amarillentas cuyos pálidos resplandores reflejan tristemente en las ennegrecidas murallas; ora un altar desnudo y sin ornato; ora sacerdotes compungidos y ocupados de dolor.... Cristianos! ¿qué significa todo este aparato tan imponente? ¿Nada dice á vuestras almas la religion en este momento? ¿No os recuerda que sois hijos del polvo y que el polvo es vuestro último fin? Mas qué! ¿Nada hay mas allá del sepulcro para el hombre? ¿Finará por ventura con el cuerpo ese espíritu que es en nosotros el principio del movimiento, de la inteligencia y de la vida? ¿Perecerá entre la corrupcion esa alma que un Dios criara á su imágen y semejanza, en quien impri-

miera el sello de su propio espíritu? ¡Léjos, léjos de este templo el impío materialista que pretende destruir la obra de Dios y asemejarla á la obra del hombre! El cristiano que puesto de hinojos ante esa pira fúnebre, derrama llanto amargo sobre las cenizas de aquellos á quienes en el mundo amaba, tiene pensamientos mas elevados, y estos se los inspira la religion. ¿No le veis cómo clava sus ojos en esos símbolos de nuestra mortalidad, y luego los vuelve hácia el tabernáculo del Dios inmortal y juez supremo de vivos y muertos? ¿Qué prueba mas positiva del convencimiento íntimo en que está de que las almas de los difuntos sobreviven á la accion destructora del tiempo? Si así no fuese, ¿á qué conducirian estas demostraciones de pesar que todo hombre religioso viene hoy á hacer ante los santos altares?

Es pues una verdad innegable que las almas de los finados, despues que se separan de los vínculos que las aprisionaran en este mundo, viven todavía para recibir el condigno galardon ó castigo á que les hicieran acreedoras sus buenas ó malas obras: y lo es tambien que hay un lugar destinado á purificar aquellas que, si bien murieran en el ósculo santo y en la justicia, conservaron algun resto que no acabaron de satisfacer. Hé ahí el dogma del purgatorio. Mas no pretendo establecer su existencia en el presente discurso. Harto demostrada está en vosotros esta creencia, puesto que venís á orar por vuestros hermanos difuntos conforme al espíritu de nuestra madre la Iglesia. Convencidos como el virtuoso Júdas Macabeo de que no hay pensamiento mas santo y saludable que el ofrecer plegarias al cielo en sufragio de los que pasaron de esta vida, para que el Dios de toda misericordia les conceda la remision de las penas de sus pecados, ninguna necesidad teneis de que yo os recuerde los títulos que os obligan á practicarlo. Si pues os hablo de este deber que la religion impone á sus hijos, no será mas que para fomentar todavía mas vuestra compasion hácia las benditas almas del purgatorio, y haceros apreciar el mérito de vuestros sufragios. Elevaré vuestras ideas á un objeto digno de vuestra religiosidad, haciéndoos ver que el pensamiento de orar por los difuntos es santo y saludable, porque de este modo ejercemos la mas heróica de las virtudes, cual es la caridad, del modo mas excelente y mas perfecto, y en toda su extension y heroísmo; primeramente con Dios, cuya gloria procuramos; se-

gundo con nuestros prójimos, cuya libertad conseguimos; tercero con nosotros mismos, cuya salvacion merecemos. En una palabra, « debemos orar por los difuntos segun el espíritu de la religion, porque haciéndolo contribuímos á hacer resplandecer la gloria de Dios, á libertar de sus penas á nuestros prójimos, y á granjearnos á nosotros mismos nuestra salud eterna. » Hé aquí tres motivos poderosísimos que deben alentar nuestra devocion hácia las almas del purgatorio, y que van á formar el asunto de vuestra atencion en este discurso.

¡Oh Cristo Jesus, cordero sin mancilla que borras los pecados del mundo! Hoy que me intereso en favor de esas almas privilegiadas, que redimidas con tu sangre preciosa esperan el momento de ceñir la corona que las tienes destinada en tu glorioso reino, haz descender de lo alto á mi corazon y á mis labios aquella uncion persuasiva que sabe conmover hasta á las mismas criaturas inanimadas é insensibles. Que mis palabras sean ardientes centellas que enciendan en los pechos de mis oyentes el deseo eficaz de aliviar á tus esposas que padecen por tu amor. Vírgen santa! Sé tú la mediadora con tu divino Hijo, y déjate mover de la ternura con que te saludamos con las misteriosas palabras del ángel: *Ave María.*

REFLEXION ÚNICA.

Si es cierto que en virtud de un precepto que es el primero y máximo de la ley divina, estamos obligados á amar al Señor con todo nuestro corazon, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas, lo es tambien que por una consecuencia necesaria de este expreso mandato, debemos darle toda la gloria que nos es posible, y procurar que todos los hombres le glorifiquen y alaben en el cielo y en la tierra. Es verdad que nada podemos añadir á la gloria esencial de Dios, pues tiene en sí mismo el principio de su felicidad; pero podemos sí contribuir á aumentar su gloria accidental, multiplicando el número de los predestinados que sin cesar celebren sus grandezas, y le amen y sirvan por toda la eternidad. Hé ahí puntualmente la gloria que proporcionamos al Señor por medio de una devocion constante hácia las benditas almas del purgatorio. Orando por ellas y procurándolas los socorros espirituales que nos dicta la religion, entramos, por decirlo así, en los mas caros inte-

reses de la divinidad, nos hacemos cargo de sus derechos y honramos sus inviolables atributos. ¿Cómo mejor pudiéramos engrandecer su justicia, que encargándonos de darle la justa reparacion que le es debida por las ofensas de nuestros hermanos, ya que ellos en el estado de expiacion en que se hallan en el purgatorio solo pueden satisfacer con las penas que allí padecen? ¿Qué modo mas eficaz de glorificar su bondad suma, que arrancando de sus manos unas víctimas que le son caras, á quienes no castiga sino á su pesar, cual padre tierno que siente en su corazon los golpes que descarga sobre unos hijos culpables? ¿Qué medio mas propio para hacer resaltar su misericordia, que defendiendo en el tribunal de su corazon compasivo la causa de unas almas á quienes desea eficacísimamente perdonar, y dándole ocasion con nuestras obras meritorias de acelerar el momento de hacerlas bienaventuradas? ¿Cómo, en fin, podremos mejor reconocer su grandeza infinita y sus atributos todos, que abriendo las puertas del cielo á una innumerable muchedumbre de justos que en adelante no cesarán de colmarle de bendiciones y de cantar sus alabanzas?

Pues ved, católicos, lo que hacemos socorriendo á las almas de los difuntos que yacen en el lugar de la expiacion. ¿Puede haber acaso un acto mas heróico y excelente de caridad hácia Dios? Y si lo consideramos con respecto á Jesucristo, ¡cuán grato debe serle el vernos eficazmente interesados en favor de aquellos á quienes amó desde la eternidad con una caridad perpetua, y que, á pesar de las penas que se ve obligado á imponerles, son para su corazon como la pupila de sus ojos! Oh! Si el mas pequeño obsequio hecho á sus escogidos lo acepta cual si se hiciese á su propia persona, ¡qué satisfaccion no experimentará ese Pastor amable viendo que con nuestras oraciones enviamos á su eterno aprisco unas ovejas que todavía estaban de él ausentes! ¡Qué gozo no tendrá ese Salvador adorable cuando con nuestras obras meritorias habrémos hecho participantes del precio de su sangre preciosísima á los que con ella lavó de sus manchas en el Calvario! ¡Qué gloria no cabrá á ese jefe y conquistador insigne, al ver que con nuestros sacrificios le rodeamos de un ejército brillante de almas que formarán parte de su corte y el ornamento de su trono inmortal!

Paréceme, señores, oir la voz del Salvador, que volviéndose á los que se interesan por esas almas predestinadas, les dice:

« ¡Oh fieles servidores mios! Vosotros habeis comprendido perfectamente el deber de amarme con todo vuestro corazon. No satisfechos con cubrir mi desnudez vistiendo á mis miembros menesterosos, con alimentarme en mi necesidad partiendo vuestro pan con mis miembros hambrientos, y con refrigerar mi sed alargando el vaso de agua á mis miembros sedientos, habeis avanzado aun mas en el ejercicio de la caridad. Visteis mis almas predestinadas gimiendo en un triste destierro, y contribuisteis á darlas libertad; las visteis perseguidas por el brazo de la divina justicia, y procurasteis detenerle; las visteis nadando en un lago de fuego infatigable, y trabajasteis por apagarle. Así que, cuantas veces orasteis, ayunasteis ó practicasteis alguna otra obra de piedad por mis queridas almas, otras tantas pusisteis sobre mis sienes una corona de regocijo indefinible, porque yo reino en ellas y ellas reinan en mí. »

Cristianos! La voz de la religion es la que os habla en este momento; escuchadla. ¿No es verdad que en algunos instantes de fervor habeis deseado manifestar vuestro amor á Jesucristo, siquiera fuese á costa de los mayores trabajos? ¡Cuántas veces habeis suspirado y dicho: Jesus! yo os amo mas que á mí mismo; gustoso daria mi vida por vos! Pues no, no se trata ahora de derramar la sangre por Jesucristo. No exige que le mostreis vuestro amor á tan caro precio. Si quereis hacerlo, ahí teneis á sus amigos; consoladlos, socorredlos, y haced por ellos lo que en obsequio suyo desearíais practicar. Bajad, almas generosas, bajad á esas negras prisiones que la fe os manifiesta en el purgatorio, y apresuraos á desarmar la justicia de Dios; arrancadle su presa, poned en libertad á esos ilustres forzados á quienes la cólera celestial encadena, y no dudeis que Jesucristo se mostrará complacido de la santa violencia que le hicíereis.

Es pues indudable que con nuestros sufragios por las almas del purgatorio glorificamos á Dios y honramos á Jesucristo, pues es lo mismo que decir: « Señor, vos sois sumamente digno de todo amor y de toda alabanza, y sin embargo no se os rinden todos los homenajes de adoracion que os son debidos. Yo debo procuraros todo el honor y toda la gloria que me sea posible, y ya que en la tierra no me es dado hallar una completa satisfaccion á mis deseos, descenderé hasta los abismos, traspasaré los espacios del mundo, é iré hasta el purgatorio á bus-

car quien multiplique vuestras divinas alabanzas, poblando el cielo de almas justas que os amen sin cesar y publiquen vuestras eternas bondades.» En vano, católicos, nos lisonjearíamos de amar á Dios como se merece, sin este celo por el socorro de nuestros hermanos difuntos. No son las palabras, sino las obras, las que testifican nuestro amor. ¿No tendria el Señor un justo derecho á mirar como una ilusion nuestras protestas en este punto, si sabiendo nosotros que existen en los tormentos del purgatorio un sinnúmero de almas á quienes Dios ama entrañablemente, no nos apresurásemos á derramar el agua de nuestras oraciones sobre aquel fuego que solo ellas pueden mitigar? Pues si á ello estamos obligados por un motivo de caridad hácia Dios cuya gloria procuramos, no lo estamos ménos por un motivo de caridad hácia nuestros prójimos, á quienes por este medio libertamos de sus penas.

Cuando el Señor nos manda que amemos á nuestros semejantes, nos dice en términos expresos que lo hagamos como á nosotros mismos; de consiguiente nuestro amor no debe ser un amor de especulacion, de política ó de bien parecer, sino un amor verdadero, positivo, práctico y comprobado con toda especie de testimonios que le hagan real y efectivo. Ahora bien, católicos, puesto que prójimos y hermanos nuestros son los difuntos cuyas almas yacen en el purgatorio, ¿nos lisonjearíamos de satisfacer cumplidamente con ellos el precepto del amor, viviendo en un profundo olvido de sus desgracias, limitándonos á manifestar ciertos sentimientos de una compasion estéril, á derramar algunas lágrimas infructuosas ó á pronunciar algunas oraciones superficiales? Ah! Recordemos los rasgos de semejanza que con ellos nos ofrece la religion, de los lazos que á ellos nos unen, lazos que no ha podido quebrantar la muerte. Como nosotros, ellos eran hijos del Padre celestial, y lo son ahora por títulos mas estrechos: como nosotros eran miembros de Jesucristo, y lo son ahora mas que nunca: como nosotros estaban llamados á la posesion del reino celestial, y ahora tienen ya un derecho adquirido é irrevocable. ¡Qué rasgos tan bellos y tiernos! Pues bien, aun cuando yo os hablase en este momento en favor de vuestro mas implacable enemigo, ¿no deberiais sucumbir y rendiros al precepto formal del Evangelio que os intima ameis á vuestros prójimos como á vosotros mismos? ¡Cuánto mas cuando intereso vuestra caridad en favor de unas

almas que os están unidas con las mas tiernas relaciones y con los nudos mas sagrados, que os aman entrañablemente y os desean con toda eficacia la gracia, la santidad, la perseverancia y todo cuanto ellas poseen, á excepcion de sus tormentos? ¿Opondreis á esto la dureza de la ley ó la corrupcion de la naturaleza? Oh! Convengamos, señores, en que sola una detestable insensibilidad puede hacernos sordos á sus gemidos é indiferentes á sus padecimientos.

Pero aun prescindiendo de los términos de la ley y de los rasgos de semejanza que nos unen con las benditas almas del purgatorio, ¿no habla todo en su favor con un lenguaje capaz de conmover las entrañas mas empedernidas? Lancemos una mirada expresiva sobre ellas, y veamos si puede concebirse una situacion mas triste y lamentable que la suya. Ah! En la tierra, al ménos, podian ayudarse á sí mismas; si les faltaban las cosas necesarias para la vida, suplia el trabajo, y á falta de este no dejaba de hallarse algun corazon benéfico que les proporcionase socorros; si experimentaban los efectos de una enfermedad dolorosa, podian buscar algun remedio que mitigase al ménos la violencia del padecer; si la calumnia las perseguia, si un enemigo tenaz se encarnizaba contra ellas, ó les era dado huir, ó les quedaba el derecho de resistir á la opresion... Hoy empero, entregadas al brazo vengador de la divina justicia, sumergidas en un lugar tenebroso, atadas al instrumento del suplicio, solo pueden lanzar impotentes suspiros; padecen sin intermision, sin recurso, solo les resta la esperanza del fin. ¡Justa providencia de un Dios que ha determinado que el mérito finalice con la vida, y que mas allá de la tumba el hombre nada pueda hacer para su propia santificacion! Católicos, ¡qué ventaja tan grande tenemos sobre las almas del purgatorio! ¡Cuán lamentable es hasta cierto punto su suerte comparada con la nuestra! Nuestra suerte es incierta, no hay duda; frecuentemente caemos en culpas que nos llenan de temor con respecto á la eternidad; empero no obstante, una corta oracion, una limosna, una lágrima virtuosa puede borrar las manchas y satisfacer las deudas. El que se ha herido puede aplicar el bálsamo y la venda sobre la llaga; el que ha encendido la llama puede apagarla, y no solamente podemos satisfacer á la divina justicia con nuestras buenas obras, sino que con ellas podemos conseguir un lugar distinguido en el cielo; en vez que tan luego

como el alma se ha separado del cuerpo, ya no há lugar el merecimiento; pasó el tiempo precioso de obrar la salvacion; ya no puede conmutar su pena, ni terminarla, ni disminuirla, ni suspenderla; la víctima está atada : preciso es que reciba el golpe y en el sitio señalado por la mano del sacrificador.

¿No gemís, católicos, á vista de tan amarga desgracia? ¿Es posible que no os intereseis en favor de esos infelices? ¿Permaneceréis impasibles cuando la religion os llama en su auxilio? ¿Teneis en vuestras manos la llave que puede franquearles las puertas del cielo, y permitís que permanezcan cerradas? ¡Qué inhumanidad! ¡Venid despues á decirme que teneis caridad! ¿Dónde están las obras que la comprueban? Inútilmente repetireis mil veces en momentos de pasajero fervor, que estais prontos á sacrificar vuestra vida misma en obsequio de vuestros hermanos. ¿Qué crédito podremos dar á vuestras palabras, cuando os vemos tan indiferentes respecto de unas almas cuya suerte es la mas precaria y lamentable; cuando ni aun sufrir quereis por ellas la menor mortificacion; cuando se os hace molesto pasar un cuarto de hora en oracion en su obsequio al pié de los altares; cuando jamas supisteis sacrificar en alivio suyo una pequeña parte de ese dinero que tan fácilmente prodigais en gastos superfluos? ¡Dariais por ellas vuestra vida! Daríais la tal vez por un ídolo vergonzoso que os encanta, por un punto de honor que os alucina; empero por vuestros hermanos que gimen en los fuegos del purgatorio, ni un solo instante de ella consagraréis, aun cuando sin cesar suene á vuestros oídos la voz de la religion y del deber. Ah! Se vierten en abundancia lágrimas inútiles sobre la tumba de un padre, de un hermano ó de un amigo... No condenamos estas demostraciones que la naturaleza misma excita en corazones sensibles; pero diremos con san Gerónimo : « cristianos! suspended vuestro llanto, y rociad las cenizas de vuestros difuntos con abundantes limosnas; comprad con ellas las lágrimas de la viuda y del huérfano, lágrimas preciosas que, cayendo sobre las brasas del purgatorio, mitigan su actividad y las hacen perder todo su rigor. » Y tanto mas debemos hacerlo así, cuanto que nuestros sufragios por las almas de los difuntos, no solo glorifican á Dios y libran á nuestros prójimos de sus penas, sí que tambien nos ayudan á nosotros mismos á conseguir nuestra eterna salvacion.

En efecto, católicos, haciendo bien por las almas del purgatorio, os preparais un asilo contra la cólera de Dios y contra el mayor de los peligros, cual es el de vuestra reprobacion; os procurais una fortuna no así como quiera inconstante y perecedera, sino estable, permanente, cierta, una perfecta felicidad. Vuestra piedad os da una especie de autoridad y ascendiente sobre aquellos á quienes habeis socorrido, que no puede ménos de seros sumamente favorable. Como en otro tiempo José prisionero en las cárceles de Egipto hizo valer los servicios hechos al copero de Faraon, para que este se acordase de él en el tiempo de su prosperidad, vosotros podréis hacer valer los que hiciereis en obsequio de las benditas ánimas y decirlas: Dentro de algun tiempo saldréis de esas moradas tenebrosas en que os detiene la justicia de Dios; iréis á gozar de las delicias del cielo y seréis unos mediadores poderosos ante el acatamiento del rey de los siglos. No os olvideis pues de mí en el tiempo de vuestra felicidad; acordaos de un amigo que tomó parte en vuestras desgracias, y decid al Señor alguna palabra en mi favor. ¿Y pensais que pueda caber ingratitud ni olvido en esas almas justas? No, ellas hablarán, no lo dudeis, ellas se interesarán por vosotros, ellas presentarán sus votos ante el trono de la misericordia y de la gracia, y no tardaréis en experimentar el resultado de vuestros servicios.

Yo me figuro, católicos, ver una muchedumbre numerosa de ilustres cautivos, que libres de los hierros que les oprimieran en el purgatorio, se elevan hácia aquella bienaventurada mansion en donde el Dios del amor les tiende sus brazos y les franquea su divino seno. ¡Cuál será en aquel momento su reconocimiento hácia los que con sus sufragios les ayudaron á salir de su prision! ¡Con qué placer recordarán al Señor las lágrimas que por ellos derramasteis, las mortificaciones que practicasteis, las limosnas, los ayunos, los sacrificios que por ellas ofrecisteis! ¡Con qué celo emplearán por vosotros todo su valimiento para con el justo remunerador! ¡Cómo aprovecharán los instantes favorables para obteneros los auxilios eficaces de que necesitais para sosteneros en la justicia durante vuestra peregrinacion! Católicos! aun cuando fueseis insensibles al dulce placer de hacer la felicidad de vuestros hermanos, ¿lo seréis tambien á vuestro propio interes? ¿podreis mirar con indiferen-

cia un negocio de que podeis reportar frutos tan preciosos de santificacion y de vida?

Suponed que en una empresa de gran momento se os ofreciese la influencia de un protector poderoso y acreditado, ¿rehusaríais una oferta tan ventajosa? ¿No la aceptaríais desde luego sin titubear un instante? Es indudable. Y sin embargo ¿quién son esos protectores? Unos hombres demasiado ocupados de sí mismos y muy poco de sus semejantes; hombres á quienes el capricho eleva y el mismo capricho destruye; hombres que hoy dan la ley y mañana arrastran entre el polvo; hombres que deben morir, y muriendo arrastrarán en pos de sí á aquellos á quienes sirvieron de apoyo. Tal es el curso de las cosas humanas. Aquellas soberbias columnas que sostenian un vasto edificio, caen por tierra y con ellas el edificio mismo se convierte en ruinas; aquellos copudos árboles que todo lo cubrian con su sombra, son arrancados por el impetuoso huracan y todo lo dejan expuesto á los ardientes calores del mediodía. Vos lo permitis así, oh rey de reyes, para que los hombres aprendan á conocer la nada de las cosas de acá abajo, y á poner en vos solo toda su confianza. Pues bien, ¿quereis, hermanos mios, un brazo poderoso que os sostenga, un apoyo firme é inalterable? ¿Quereis tener un sinnúmero de mediadores que ofrezcan sin cesar ante Dios en favor vuestro unas plegarias cuyo efecto no puede ser incierto? No vacileis un instante; acudid al socorro de esas almas escogidas y amadas de Dios; sacadlas de aquellos hornos vengadores; toda la utilidad que ellas reporten de vuestros servicios se refundirá en vosotros; no lo dudeis, este es el medio mas eficaz de asegurarnos un porvenir dichoso. ¿Podria el cielo cerrar sus puertas á los que á tantos otros se las han abierto? ¿Se os negaria la entrada en un reino en donde resuenan vuestras alabanzas, y que está lleno de vuestros beneficios? ¡Oh cristianos! En el momento de vuestra muerte, cuando os veais acometidos de las convulsiones de la agonía, ¡cuántos justos ofrecerán al Señor por vosotros sus ardientes votos y sus fervorosas oraciones! Paréceme verlos que, precipitándose en torno del Cordero inmaculado, le ruegan, le instan, le importunan, y no cesan de suplicar hasta haberos obtenido el don de la perseverancia, y obtenida, os traen la buena nueva de vuestra justificacion. Y cuando hayais exhala-

do el último aliento, ¡con qué alegría os saldrán al encuentro para conduciros en triunfo á la patria celestial! ¡Y cuál será vuestro regocijo al pisar sus umbrales acompañados de aquella numerosa turba de amigos, á quienes ántes introdujisteis con vuestros sufragios y oraciones! Entónces será cuando experimentaréis la recompensa centuplicada de los servicios que hicisteis á las benditas ánimas; mas si, por el contrario, ahora que podeis aliviar sus penas os hicisteis insensibles y no usáreis con ellas de misericordia, sin misericordia seréis juzgados; Dios permitirá que quedeis abandonados á toda la severidad de su justa venganza, sin que haya ni uno solo que se interese por vuestra suerte.

Reanimemos pues, católicos, nuestra piedad hácia los difuntos. Considerémonos en la tierra como los mediadores entre dos mundos, como encargados de subir en espíritu al cielo, para de allí sacar socorros y llevarlos hasta el centro de la tierra. Estemos convencidos de que la devocion á las almas del purgatorio, enseñada en la Escritura, fundada en la religion é inspirada por la caridad, es el comercio mas respetable y santo que une entre sí á los miembros de la iglesia, poniendo á los que combaten en la tierra en contacto con los que padecen en el purgatorio, y á estos con los que triunfan en el cielo. Inferid al mismo tiempo de todo lo dicho, cristianos virtuosos, cómo debeis juzgar acerca de tantos defectos que cotidianamente cometeis, de esas alegrías inmoderadas, de esas conexiones tal vez peligrosas, de esos caprichos y veleidades, y sobre todo de esas animosidades que alimentais sin escrúpulo, de esos discursos con que vulnerais la caridad, de ese orgullo con que fomentais la enemistad... Vosotros calificais tal vez estos defectos de minuciosidades de ninguna entidad; los reiterais sin temor... Ah! hermanos mios, lanzad una mirada hácia el purgatorio, y ved si son de despreciar unas faltas que excitan la venganza de un Dios hasta el punto de castigarlas con unos suplicios tan severos. Y si tal es el destino del justo, ¿cuál será el vuestro, pecadores, que osais violar abiertamente la ley y os lanzais sin escrúpulo á cometer las mayores abominaciones? Si una palabra ociosa atrae tan terribles castigos, ¿cómo serán castigados vuestros enormes crímenes? Me extremezco al considerar los tormentos que se os preparan. Al ménos en el purgatorio reina la dulce esperanza de ver á Dios; pero en el infierno no po-

dréis tener este consuelo, porque vuestro padecer nunca tendrá término, jamas veréis el cielo miéntras exista Dios.

Prevengamos pues, amados oyentes, esta desgracia. A vista de esas prisiones subterráneas que la fe nos muestra en el purgatorio, concibamos á la vez una tierna compasion hácia nuestros hermanos que en él yacen para aliviarlos, y un justo rigor para con nosotros mismos, á fin de expiar nuestros desarreglos y merecer la recompensa de los justos. No nos desentendamos de la voz de la religion, que al tiempo mismo que nos exhorta á interceder por los miembros de Jesucristo que padecen en el fuego encendido por su clemencia, nos pone á la vista aquel otro fuego que arde sin consumirse, porque está sostenido con el soplo de su eterna cólera, para que no seamos sus víctimas. Derramemos lágrimas y oraciones por nuestros hermanos que murieron en el Señor; ofrezcamos sacrificios expiatorios, aflicciones voluntarias, y en especial la sangre del Cordero sin tacha que borra los pecados del mundo; pues que haciéndolo así, glorificamos á Dios, aliviamos las penas de nuestros prójimos y nos granjeamos méritos eficaces para obtener la salud eterna.

Y vos, Salvador clemente y misericordioso, escuchad hoy benignamente nuestras plegarias en favor de vuestras esposas, á quienes haceis experimentar los tormentos de vuestro amor. Vuestras son, á vos pertenecen, y solo esperan el momento de verse libres de sus prisiones para volar á vuestro seno. Acelerad pues ese instante dichoso que ha de poner término á sus lágrimas, y dar principio á una serie continuada de goces sin fin. Interesaos tambien por ellas, oh vos, Madre de la clemencia y de la gracia, ofreced en expiacion de sus penas una de aquellas lágrimas de precio imponderable que un dia derramasteis al pié del duro leño dó fué crucificado vuestro divino Hijo. Ofrecedle uno de aquellos suspiros que exhalasteis junto á su sepulcro. Ofrecedle en fin las amarguras que en abundante cáliz apurasteis en los dias de vuestra inconsolable soledad. Decid á Jesus que alivie los padecimientos de las benditas almas del purgatorio, y seréis escuchada. Á vuestra voz se romperán sus hierros, se apagarán sus llamas, se abrirán las puertas del cielo, y volando al seno de Dios, descansarán en él por los siglos de los siglos.

SERMON

DE SANTO DOMINGO DE GUZMAN.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

Etenim Dominus dabit benignitatem, et terra nostra dabit fructum suum.

Porque el Señor dará su benignidad; y nuestra tierra producirá su fruto.

Salmo 84. *v.* 13.

Señores:

La Iglesia, esta columna y firmamento de la verdad, esposa del Cordero inmaculado, plantada á costa de su preciosa sangre, y dirigida siempre por su divino Espíritu, ha padecido desde su orígen las mas duras persecuciones. Pero el Señor, que desde luego la prometió su asistencia hasta el fin de los siglos, y que las puertas ó potestades del infierno jamas prevalecerán contra ella, usando de su benignidad, y en cumplimiento de su divina palabra, ha suscitado en ella en todos tiempos ministros celosos de su honor y gloria, que la instruyan en su doctrina, que la defiendan de sus enemigos, impugnando sus errores con celo y pecho apostólico hasta agonizar por la verdad y por la justicia en caso necesario.

Como el Redentor del mundo jamas ha perdido de vista la salud de su rebaño, ha proveído siempre á las necesidades de su Iglesia, dotándola de ministros capaces de sostenerla en las mas crueles persecuciones y deshechas borrascas. En los siglos primitivos suscitó en su defensa á los Policarpos, Ignacios, Justinianos, Ireneos, Arístides, Arnobios y Cuadratos contra los gnósticos ó iluminados, contra los crinitas y marcionistas, contra Manes y sus secuaces. Contra Arrio y su gavilla envió á san Atanasio, san Eusebio Vercelense, al Nazianzeno, á san

Nicolas de Bari y muchos otros defensores de la divinidad de Jesucristo y de su consustancialidad con el Padre celestial. Contra la pluma sacrílega del apóstata Juliano consagró la de san Cirilo Alejandrino, que rebatió y confundió todas sus blasfemias contra el supremo Legislador y su augusta religion. Contra los donatistas y el hipócrita Pelagio suscitó el Señor, entre otros muchos padres sabios y santos, á san Agustin principalmente, que los hizo confesar sus errores, é ilustró hasta la evidencia la doctrina de la Iglesia.

Bajo el mismo plan de providencia vemos en todos los siglos que el gran Padre de familias ha enviado obreros á su viña á recoger frutos de vida eterna; y entre ellos, á principios del XIII, al célebre santo Domingo de Guzman, cuya memoria celebramos. Como Jesucristo ántes de morir pidió á su eterno Padre hombres llenos de su divino Espíritu, enriquecidos de sus dones y de sabiduría para que socorriesen á la Iglesia en las urgentes necesidades que debia padecer en la sucesion de los siglos, la vigilante caridad de este pastor universal hizo ver en espíritu á Domingo los males que en sus dias afligian á su tierna esposa. Le hizo ver de una parte la ignorancia de los ministros del santuario y la corrupcion de los malos cristianos; de otra la multitud y furor de los herejes albigenses, el adormecimiento del mayor número de los fieles, miéntras que el hombre enemigo sembraba á manos llenas la zizaña entre el buen trigo. El ministerio de la palabra estaba casi abandonado, divididos entre sí los príncipes cristianos, en grave perjuicio de la piedad y de sus estados.

En tan críticas circunstancias suscitó Dios el celo de Domingo de Guzman, y le envió al mundo á sostener la fe con su divina palabra, con su ejemplo y á fuerza de milagros; á disipar numerosos ejércitos de herejes, que rasgaban con sus errores la túnica inconsútil de Jesucristo, y á manera de crueles viboreznos despedazaban las entrañas de su piadosa madre la Iglesia. Á contener este torrente de iniquidades envía Dios á Domingo, y él cumple exactamente con su encargo. Insensiblemente os he anunciado la materia de su elogio, que por mayor claridad divido en dos reflexiones. En la primera os mostraré su mision extraordinaria á defender la religion de Jesucristo; y en la segunda os haré ver la fidelidad con que correspondió á tan alto ministerio. Pidamos las luces del Espí-

ritu santo por medio de la poderosa intercesion de su augusta Esposa. Saludémosla á este fin con el ángel. *Ave María.*

PRIMERA REFLEXION.

Cuando Dios, para acreditar su omnipotencia y sus inescrutables designios, ha querido de tiempo en tiempo socorrer las necesidades de su pueblo, y enjugar las lágrimas de su afligida esposa la Iglesia; cuando ha querido formar grandes establecimientos en apoyo de su religion y en defensa de sus imprescriptibles derechos; cuando ha querido avivar su fe, renovar su culto, y erigir trofeos á su honor y gloria sobre la ruina de sus enemigos; entónces con adorable providencia ha enviado hombres extraordinarios que sirvan de instrumento para la ejecucion de sus designios. Si arrojamos la vista sobre la historia de nuestra religion, hallarémos que la ley judáica y la libertad de este pueblo de la esclavitud de Egipto está todo apoyado sobre la mision extraordinaria de Moises, y que los profetas fueron los órganos que manifestaron las promesas ó castigos que habian de participar, y á veces los ejecutores de los decretos infalibles del Señor. La ley evangélica asimismo está fundada sobre la mision de Jesucristo y de los apóstoles á evangelizar el reino de Dios. Estas son propiamente las dos misiones extraordinarias y capitales, de las cuales han dimanado todas las demas. Moises de órden de Dios dió á su hermano Aaron la uncion del sacerdocio judáico, que se conservó perpetuamente en su familia; y Jesucristo, confiriendo el sacerdocio á sus apóstoles, les comunicó el poder de enviar á otros en lo sucesivo, como ellos habian sido enviados por Jesucristo. En la ley de Moises y por su muerte suscitó el Señor caudillos y profetas, aquellos para gobernar su pueblo, y estos para anunciar sus voluntades. Del mismo modo en la ley de gracia, el Custodio de Israel, que vela sin cesar sobre su Iglesia, ha suscitado de tiempo en tiempo hombres, que sin variar el órden de la mision legítima de sus apóstoles y discípulos, se han presentado al teatro del gran mundo como enviados extraordinarios para anunciar su reino y socorrer á la Iglesia. Con este designio envió á Domingo de Guzman, encargándole reparase la predicacion evangélica. Mision verdaderamente extraordinaria y ardua. Reflexionemos brevemente sobre los motivos que la causaron y las cualidades del sugeto enviado.

Las obras de Dios siempre fueron perfectas. Así cuando ha enviado al mundo varones apostólicos, ha sido por motivos urgentes, ya con el fin de abrir los tesoros de su misericordia, ó ya de sacar y acopiar preciosos frutos de vida eterna. «Ántes de enviar á Moises, como reflexiona un sabio, esperó que su pueblo, oprimido bajo el yugo de Faraon, alzara el grito de su afliccion hasta su trono. Su providencia entónces se sirvió de la crueldad de este rey bárbaro para que educase en su corte al libertador de Israel. Para enviar á Elías esperó que inmolados sus sacerdotes por la impía Jezabel, quedase sin sacrificio su templo, y que los sacrílegos altares erigidos al ídolo Baal, le robaran los verdaderos adoradores en Israel. Para enviar al Mesías esperó que toda la tierra estuviera envuelta en las espesas tinieblas de la idolatría, y que en el solo lugar del universo, en que su nombre era reconocido, estuviese corrompida la pureza de su legítimo culto, por las supersticiones de un judaísmo carnal del todo y terreno.»

En semejantes circunstancias, Dios que sabe proporcionar los remedios á las llagas, como médico omnipotente, para curar las que afligian á su esposa la Iglesia, entre otros facultativos envió para su consuelo á Domingo de Guzman. La túnica de esta esposa sin mancha estaba á la sazon desgarrada por el fatal progreso de la herejía de los albigenses, que habia inficionado con sus errores una gran parte de los reinos cristianos. Sabemos ademas por la historia de su siglo, que los reyes cristianos estaban entre sí divididos por sangrientas guerras, no ménos funestas á la piedad que á sus estados. El ministerio de la palabra de Dios, este medio eficaz para sostener la religion, y como una especie de dique contra el torrente de la impiedad, yacía en gran parte interrumpido ó despreciado. Para remedio de estos males, entre otros muchos operarios, envía el Señor principalmente en aquella época á Domingo. Oye la voz de Dios como otro Samuel, y obedece como Saulo. Con el motivo de acompañar á su tio el obispo de Osma, que pasaba á Francia en calidad de embajador para tratar una alianza entre aquel soberano y el de España, pasó Domingo á Paris, donde acabó de informarse de los estragos que la herejía causaba en todas partes; y devorado del celo por la casa de Dios, marchó á Roma con pasos de gigante, y presentándose á Inocencio III, le pidió auxilios para atajar los progresos de este monstruo, compa-

rable con la bestia del Apocalípsis, que turbando la paz de la Iglesia, habia encendido el fuego de una guerra infernal en casi toda la Europa. Estimulado el sumo pontífice del celo de este varon apostólico, comparable con los Elías y Finees, y conocidas sus virtudes, nombró á Domingo por su legado en la corte del rey cristianísimo, á solicitar de este poderoso príncipe que se opusiera á este error, que triunfaba principalmente en sus dominios á la cabeza de mas de cien mil hombres armados en su defensa.

Hé aquí una mision extraordinaria cometida á Domingo de parte de los hombres; pero lo fué aun mas por parte de la Providencia. Cuando Dios suscita estos ministros de las voluntades, no descubre á veces todos los designios que se propone obrar por ministerio de ellos. Á primera vista nos parecerá que eligió á Moises con el fin solo de librar á su pueblo de la esclavitud de Egipto, y traerlos á la tierra de Canaan, prometida á sus padres. Pero si profundizamos el fondo de estos hechos, hallarémos que se sirvió el Señor del ministerio de este santo legislador, principalmente para abrirles un camino milagroso para la tierra prometida; instruyendo en una sola á todas las naciones en la necesidad de observar unos preceptos, sin los cuales es imposible entrar á poseer la verdadera tierra de promision, que es el cielo. Hablo de los mandamientos promulgados sobre el monte Sinaí, y grabados sobre tablas de piedra por el mismo Dios. Hallarémos ademas, que en las ceremonias, sacrificios y oblaciones que estableció Moises para el culto de aquel pueblo, quiso el Señor figurar la ley evangélica, como testifica el Apóstol.

Á este modo, cuando Dios envió á Domingo á Francia, no manifestó al principio todos los designios que sobre él se habia propuesto. La mision de este varon apostólico, dice un sabio, parece que solo se dirigia á la extirpacion de la herejía de los albigenses. Pero la Providencia disponia un medio eficaz para la extincion de todas, por medio de la predicacion de su palabra, que mas aguda que una espada de dos filos, cortase en las almas todas las raíces del error. Domingo es un legado apostólico, que viene á poner la espada de san Pedro en manos de un monarca cristiano contra los enemigos del estado y de la religion. Pero Dios se propone hacerle un predicador de primer órden, que renueve en su Iglesia la primera mision de los após-

toles, enviados al universo á predicar el Evangelio á todas las criaturas. Cuando predicó su primer sermon á presencia de un cóngreso innumerable y distinguido, empezó saludando á María santísima con las palabras del ángel san Gabriel, para manifestar desde luego, que la guerra santa que emprendia contra el error y los vicios se dirigia al honor de Dios y defensa de su Iglesia, bajo la tutela de su augusta Madre, canal de sus misericordias. Con este fin estableció la devocion del santo rosario, reduciéndolo á su debida forma, y vió con gozo espiritual la rapidez con que se extendió por todo el mundo cristiano, y los preciosos y abundantes frutos que en todas partes percibian sus cofrades. La palabra de Dios, con que hacia presente al pueblo los adorables misterios de nuestra redencion; la palabra que yacia por mucho tiempo abandonada ó despreciada, empezó á ser fecunda en frutos de vida eterna bajo la tutela y proteccion de María.

Domingo de Guzman medita profundamente las palabras con que el Señor se queja por Isaías de la infecundidad de su viña, cuando dice: esta viña ingrata nada produce; y toda la solicitud que he puesto para hacerla fecunda ha sido inútil: yo prohibiré á las nubes que llueva sobre ella. Vosotros siempre tendréis predicadores, porque la Iglesia jamas faltará; pero serán hombres sin uncion, porque vosotros sois oyentes sin espíritu de compuncion. Esta palabras encienden el celo de Domingo por el honor de Dios y salvacion de sus hermanos; y pareciéndole oir resonar á sus oídos el oráculo del Señor por Jeremías, que dice: mi palabra ha caído en oprobio, por el desprecio que de ella se hace; y para vengarme pongo esta divina palabra en tus labios como un fuego devorador y los pueblos que la oyeren como un palo seco, que ella consumirá. Encendido en aquel fuego divino que el Salvador vino á rociar sobre la tierra para que ardiese sin cesar, se propuso Domingo imitar en su predicacion á san Pablo, que despreciando los discursos sublimes de la elocuencia humana y las arengas del atrio y del liceo, ajenas de la cátedra del Espíritu santo, nubes sin agua, segun la expresion de san Júdas, y solo á propósito para captar aura popular, se gloriaba de no saber otra cosa que á Jesucristo crucificado, su religion, su moral y sus misterios.

Tal fué el plan de predicar que se propuso este varon apos-

tólico, y sobre el mismo fundó su venerable órden de predicadores, para rebatir por este medio la herejía, y conquistar almas para el cielo. ¡Qué hermosos, ó mi Dios, fueron los pasos de este evangelista de la paz y de los bienes eternos! Sus palabras eran otras tantas centellas de fuego de amor divino, que penetraba en las almas, y otras tantas flechas agudas, que lanzadas con la fuerza de su celo, herian el corazon de los enemigos de Dios. ¿Qué solicitud igual á la de este varon apostólico, de este enviado extraordinario de Dios al mundo, que pasaba el dia trabajando y la noche sin descanso; que bastaba por sí solo á predicar á los pueblos, á catequizar los rudos, á dirigir los perfectos, al socorro de los pobres, alivio de los enfermos, y á disputar con los herejes? Su predicacion, como la de otro Pablo, estaba fundada sobre sabiduría y virtud: *in ostensione sapientiæ et virtutis.* ¿Qué fuerza no tenian las verdades evangélicas en los labios de un hombre, que predicando á Jesucristo crucificado, renovaba la memoria de sus prodigios? ¡Que no pueda yo detenerme á manifestaros los innumerables milagros que obró Dios por medio de este su enviado! Veriais andar los cojos, hablar los mudos, recobrar la vista los ciegos, y resucitar los muertos. ¿Qué pruebas mas auténticas de su mision extraordinaria? No parece sino que el Señor le habia dado poder absoluto sobre los elementos. El fuego, el agua, el aire, la tierra, obedecen sus órdenes. Él mismo sale ileso de entre las brasas, como los tres jóvenes del horno de Babilonia. El siglo de Domingo fué testigo fidedigno de todos estos prodigios, y mas de cien mil herejes convertidos por Dios de resultas de sus sermones, fueron público testimonio de estos hechos, que no ménos acreditan su mision extraordinaria de parte de Dios, que la fidelidad de Domingo á su ministerio.

SEGUNDA REFLEXION.

Para sostener la religion en toda su pureza, se ha dignado siempre el Señor comunicar toda su virtud y energía á la predicacion; porque los inmutables fundamentos sobre que su religion y la vida eterna estriban, son las verdades reveladas y las leyes que debemos observar. Por esta razon nunca ha dejado Dios de enviar á su Iglesia varones illustrados de su divino Espíritu, para conservar la pureza de su doctrina, impugnando

los errores y el orgullo del espíritu humano; ni ha omitido proveerla de hombres celosos de su ley, para que hagan frente al desarreglo de las costumbres, para combatir los vicios del siglo y reformar los abusos. Y aunque tocamos por la experiencia, que Dios reparte los dones á su arbitrio, y que no á todos los sabios ha dado el don de palabra, sin embargo como santo Domingo era su ministro extraordinario, le comunicó los dos talentos, para hacerle capaz de combatir á un mismo tiempo los errores y los vicios con igual suceso que celo.

Mas atendida su vida prodigiosa y sus ilustres hechos á favor de la religion, no basta para concluir su elogio considerarle como doctor y predicador extraordinario, que de una parte confunde la herejía con la fuerza irresistible de sus discursos y escritos, fundados en la verdadera y sana doctrina; ni que de otra haya confundido á los herejes y á los vicios desde los púlpitos, por el ardiente celo de su predicacion. Debemos no perder de vista la doble guerra que declaró al error. En esta, como reflexiona un sabio, le vemos triunfar, no solo de la falsedad de las máximas, sino de la rebelion de los partidarios de la herejía y de los vicios. Domingo emplea para la destruccion de estos dos monstruos la espada de dos filos de la divina palabra, y aquella otra espada terrible que puso el Señor en la mano de los reyes, para abatir el poder ilegítimo y tiránico, que se rebela contra la potestad sagrada. Semejante á los valerosos israelitas que reedificaban el templo de Jerusalen bajo la conducta de Esdras, reparaba con una mano las ruinas de la casa de Dios, y con la otra combatia y postraba á sus enemigos.

Al ver profanados los templos, los vasos sagrados abandonados al pillaje, interrumpidos los sacrificios, inmolados los sacerdotes en lugar de víctimas, abolidas las ceremonias santas, violadas las vírgenes y entregadas á animales inmundos, desfigurada en fin la belleza y hermosura de la esposa de Jesucristo por los sacrílegos atentados de los albigenses; al ver, digo, estos horrores, cuya memoria no ha podido borrar el trascurso de los siglos, el celo de Domingo, este nuevo Macabeo se enardece, se enciende como una llama abrasadora, y sostenido con una bula del sumo pontífice, predica una cruzada contra esta secta impía; y considerando, á imitacion de Abrahan y Gedeon, que á Dios le es tan fácil vencer con pocos que con muchos, acompañado de un pequeño número de caballeros y de sol-

dados católicos, marcha á grandes pasos, lleno de confianza en la asistencia del brazo irresistible de Dios, y en la justicia de su causa, contra un ejército de mas de cien mil herejes, que habian establecido en el Langüedoc el cuartel general de su rebelion y el teatro de sus violencias. Domingo se presenta, los ve, y los vence. Sus numerosos batallones á su llegada se dispersan; unos caen prisioneros, otros mueren al filo de la espada vengadora y ofrecen un digno sacrificio, inmolados á la ira del Dios de los ejércitos.

¡Qué grande sois, Señor, y qué irresistible vuestra potencia! Á vos se debió este triunfo, pues miéntras Domingo levantaba como otro Moises sus brazos al cielo, y el conde de Monfort, este nuevo Josué, perseguia en derrota á estos amalecitas, vuestro omnipotente brazo obraba invisiblemente. Domingo no tenia en sus manos otra cosa que un crucifijo, la bula y el rosario, y con solas estas armas veía caer á su diestra y siniestra innumerables enemigos. Así vió en breve trastornado el altar sacrílego de Baal, exaltado el nombre de Dios y concluída con su divino auxilio la empresa.

Por medio de esta memorable jornada, dice un sabio, se dignó el Señor autorizar la devocion del santo rosario bajo los estandartes de esta guerra de religion. Domingo en efecto dió en esta ocasion un ilustre homenaje á la Reina del cielo. Desde el campo de batalla pasó devoto á una capilla consagrada á Dios en honor de su verdadera Madre, y la dirigió por la primera vez aquella alabanza que la Iglesia ha repetido tantas veces á su gloria, á saber : tú sola has destruído todas las herejías : *cunctas hæreses sola interemisti*. Elogio justo y verdadero, porque la herejía de los albigenses era un monstruoso cúmulo que las abrazaba todas.

Pero Domingo no se contenta con arrojar la herejía de los lugares donde dominaba. Se propone atacarla en las almas donde habia fijado su solio. No se contenta, digo, con haber destruído á los rebeldes. Nada juzga haber hecho, si no convence á los obstinados. ¿Con qué conato no promueve su conversion? Su celo, su ardiente celo le mueve tal vez á indignacion á vista de muchos infelices apóstatas de la fe, que abandonadas las fuentes de agua viva, iban á beber en las cisternas turbias y pestilentes; y arrebatado de una ira santa, les decia como otro Elías : si Baal es vuestro dios, seguidle; y si el Dios de Israel

es el verdadero Dios y Señor, trastornad los altares de Baal, para adorar al Dios de vuestros padres en espíritu y verdad. Y para que no penseis que hablo por entusiasmo, traed á la memoria el pasaje de Elías con los sacerdotes de Baal, que nos refiere la Escritura santa.

« Yo solo, dijo Elías al pueblo de Israel, solo yo soy el profeta del Señor, y los profetas de Baal son cuatrocientos y cincuenta; tráigansenos dos bueyes : elijan ellos uno, divídanlo en trozos, y colocado sobre la leña, no la pongan fuego debajo. Lo mismo haré yo con el buey que se me entregue. Invocad, añadió, los nombres de vuestros dioses, y yo invocaré el de mi Señor; y el Dios que oyere por medio del fuego, sea ese el Dios. » Buena propuesta, dijo el pueblo. Hízose lo concertado. Los profetas de Baal clamaban á grandes voces : Baal, óyenos, y nadie les respondia, por mas que saltaban por el altar que habian formado. Elías se burlaba de ellos diciéndoles : clamad mas alto.... para que vuestro dios, si está dormido, despierte. Por mas diligencias que hicieron, Baal se mantuvo sordo y mudo. Elías entónces convocó al pueblo, erigió el altar del Señor, que estaba destruído, puso sobre él la leña, mandóla por tres veces rociar con agua, y que llenasen de ella un foso que rodeaba el altar; y al punto que clamó al Dios de Israel, descendió fuego del cielo, que consumió la víctima, la leña, las piedras, y desapareció el polvo y el agua del acueducto. ¡ Milagro incontestable ! que leemos renovado en cierto modo en los dias de Domingo. Convino este con los doctores de la secta albigense que se arrojase á una hoguera el libro que contenia sus máximas, juntamente con el compuesto por él mismo contra sus errores, y que se tuviera por verdadero el que saliera ileso. Ejecútase lo convenido, y el fuego consumió al punto el libro de los herejes, y el de Domingo, que contenia la santa doctrina, arrojado por tres veces á las llamas, no solo salió ileso, sino sin ahumarse. ¡ Así os dignasteis manifestar, ó mi Dios, la verdad de vuestra religion y la mision de vuestro siervo !

Pero el celo de este no se limita á la conversion de los herejes á la fe; anhela por la de los pecadores á penitencia. Inflamado su corazon del ardiente amor de Jesucristo, le devora el celo de la casa de Dios y la salvacion de sus hermanos. Hecho todo para todos, como otro Pablo, predica, insta, arguye, re-

prende. Su voz animada del Espíritu de Dios, como la del Bautista, era una antorcha que lucía y ardía. Sus discursos llenos de uncion y de una fuerza secreta é irresistible, triunfaban del corazon de sus oyentes. Cuando predicaba á los pueblos, su rostro aparecia como un rayo de luz; que resplandecia con el fuego de la caridad que inflamaba su alma. Por manera que mas parecia ángel del cielo, que hombre terreno, dice san Vicente.

Mas no penseis que el celo de este siervo fiel se limitó á la conversion de un solo pueblo ó provincia. Recorre toda la España, la Francia, la Italia, y conducido por el espíritu de Dios, á manera de una nube misteriosa, rocía por todas partes las aguas saludables de la doctrina evangélica, que saltan hasta la vida eterna. ! Qué de samaritanas, qué de Magdalenas, qué de adúlteras convertidas á una verdadera penitencia por el ministerio de Domingo! ¡Qué de publicanos, qué de ladrones, qué de pecadores obstinados no abandonaron las sendas de la iniquidad, y avanzaron su marcha por las de la salud bajo la direccion de Domingo! Los anales de la Iglesia publicarán siempre los ilustres trofeos de la predicacion de Domingo de Guzman, cuyo ministerio y espíritu dejó por testamento y herencia á sus hijos.

Consideró el santo patriarca que no podia por sí solo subvenir á las necesidades de diferentes iglesias, y que su muerte interrumpiria sus trabajos apostólicos; su celo, que á imitacion del de san Pablo se extendia á todas las del mundo, le sugirió el secreto de multiplicarse en su posteridad. Con este fin instituye una órden religiosa, consagrada por voto particular á ejercer el ministerio de su glorioso padre. Léjos de mí, señores, todo espíritu de adulacion. Mas si el árbol bueno ó malo, segun el Evangelio, se debe conocer por sus frutos, y si los hijos, como dice el Espíritu santo, son ordinariamente la muestra del padre, vosotros no ignorais cuánto ha contribuído esta venerable órden de predicadores al esplendor y extension del catolicismo por todo el mundo habitado. Molestaria yo vuestra atencion si quisiera, aun en sumario, hacer enumeracion de las regiones bárbaras en que han publicado el Evangelio y establecido la fe del Crucificado; los santos pontífices, mártires y confesores que han dado á la santa Iglesia, y que hoy veneramos sobre sus altares; los innumerables sabios que ha producido

esta órden para honor de las escuelas, de las universidades, del estado y del mundo literario. Baste decir en conclusion, que herederos del ministerio y espíritu de su glorioso padre, han dado preciosos y abundantes frutos á la Iglesia y á los estados de santidad y de sabiduría bajo la tutela de la Madre de Dios, cuya devocion y santo rosario han extendido por todo el mundo cristiano.

Prosperad, ilustre familia dominicana. Órden venerable, prosperad, como dignos hijos de tan gran padre. Atended, os ruego, á la piedra de donde habeis sido sacados. Si os gloriais de hijos de Domingo de Guzman, seguid siempre sus huellas. Imitad su celo por la honra de Dios, por la defensa de su Iglesia y verdadera religion. Combatid con la palabra y con la pluma á los herejes y á esta nube opaca de libertinos, deistas y ateistas prácticos, que pretenden destruir por sus fundamentos el santuario y los tronos. Haced con vuestra predicacion cruda guerra á los vicios, que deforman la hermosura de la Iglesia. Instruid á los pueblos en sana doctrina, segun vuestro instituto y última voluntad de vuestro santo padre, para que imitándole, se digne Dios derramar en nuestros dias su benignidad sobre la tierra ingrata de nuestros corazones, y que estos produzcan abundantes frutos de penitencia y de santidad, como en los tiempos de Domingo, este digno ministro extraordinario del Señor, y tan fiel á su ministerio: *Dominus dabit benignitatem, et terra nostra dabit fructum suum.* Suscitad, ó mi Dios, varones apostólicos, que en estos dias lúgubres defiendan vuestra causa, consuelen á vuestra afligida esposa la Iglesia, confundan la perfidia de sus implacables enemigos, los atraigan á su seno y los conviertan á verdadera penitencia, para que todos os conozcan, os amen en vida y gocen en la eternidad. Amen.

SERMON

DE SANTO DOMINGO DE GUZMAN.

(DE BORDOY.)

Ille erat lucerna ardens et lucens,
Él era una antorcha que ardia y alumbraba.
S. Juan, c. 5. v. 35.

Si hay tiempo, señores, de trabajos y humillaciones para la esposa de Jesucristo, que profundamente amargan el corazon del fiel cristiano, le hay tambien sin duda para ella misma de alivio y ensalzamiento, que calma los sobresaltos del pecho oprimido de los buenos seguidores de su santísima ley. En cualquiera parte que abramos los anales que contienen sus hechos, ahí encontrarémos marcada con toda evidencia esta verdad consoladora, que fué siempre el apoyo y sosten de la esperanza de los justos y santos. Son en verdad inapeables los juicios del Eterno, y á nadie es dado penetrar la profundidad de sus arcanos; pero sin embargo en esta economía de su adorable providencia, en vez de su hija predilecta descubrimos la omnipotencia de su brazo, y toda la vehemencia de su amor. Lágrimas de ternura arranca por cierto del corazon piadoso el ver á esta misma mano de Dios como en medio de las augustias y tormentas de su Esposa cariñosamente la halaga y acaricia. ¡Qué gracias tan singulares no le dispensa entónces! qué inmensos favores no derrama en su seno oprimido! Léjos de nosotros los cuadros sombríos y negros colores con que algunos genios petulantes é impíos han querido amancillar la gloria y hermosura de esta paloma sin mancilla. Ella nada en aire de triunfo sobre las aguas del diluvio, y se burla de las ruinas y destrozos que su impetuosa inundacion habian causado. No, jamas sucumbirá, porque el Salvador, que la ha engendrado con su sangre, ha impreso en ella el sello del triunfo y de la victoria. Así es que tan pronto notamos va á oscurecerse algun tanto, el Señor en

su misericordia hace luego aparecer sobre ella astros brillantísimos, que recuerden á los mortales su solidez, su pureza, su gloria y su majestad.

¡Con qué placer pues, señores, voy á señalaros en este dia á uno de estos astros de primera magnitud y extraordinario esplendor! Pero confieso francamente que no es dado á mi tosco pincel ni siquiera bosquejar tanta elevacion, tanta grandiosidad y belleza como se reunen y admiran en santo Domingo de Guzman. Solo puedo deciros, que la Europa entera ha fijado en él su atencion; que el Vaticano le ha juzgado digno de sus alabanzas y alta proteccion; que los monarcas se han hecho un deber en honrarle; que el episcopado le ha llamado á las funciones de su ministerio; que los sabios y oradores elocuentes le han tributado sus encomios y elogios; y que la sociedad entera de los fieles le ha respetado como á una columna de su fe y valiente defensor de la verdad del Evangelio. ¿Cómo pues admirarémos que los pueblos y ciudades corriesen en pos del suave olor que despedian sus vestidos de virtud y santidad, y levantasen sus manos al cielo en ademan de agradecidos por don tan precioso como les habia dispensado? Pues que en santo Domingo veían un vaso de eleccion, en que se derramaban los exquisitos licores del amor y misericordias del Señor; un genio bondadoso, que á do quiera que volaba, allí corrian raudales de felicidad y bienandanza; un taumaturgo poderoso, que mandaba á los elementos, á la muerte, al infierno mismo; un médico universal, que curaba cualquiera dolencia, y restituía las fuerzas y la salud; un consolador amoroso, que endulzaba las aguas amargas de los contratiempos y adversidades con el bálsamo de consuelos celestiales y sólida esperanza; y en fin veían en Domingo de Guzman un sol hermoso, un astro brillante, una resplandeciente estrella, que con los resplandores de su virtud y los rayos de su palabra iluminaba y abrasaba sus almas. Oh! quiera Dios que estas últimas palabras, que deben formar el asunto de mi elogio, os hagan comprender toda la elevacion de grandeza á que fué sublimado este Benjamin amado del salvador Jesus!

Pero vos solo, Señor, podeis concedernos esta gracia. ¿Qué valemos sin vuestra ayuda y vuestros auxilios? Solo os pedimos un rayo de aquella luz y una centella de aquel fuego con que abrasasteis al corazon de Domingo é iluminasteis las potencias

de su alma. ¡Con qué dignidad y provecho anunció vuestra palabra! Haced, Dios mio, que fructifique ahora en nuestros pechos. Y vos, Vírgen inmaculada, no desoigais nuestras voces, cuando para el elogio de vuestro capellan os pido vuestro amparo y proteccion. ¡Cuánto os amaba, Señora! cuán tierna y frecuentemente os saludaba! Para obligaros, mi reina, uno ahora mis voces con las suyas, cuando en el fervor de su devocion os apellidaba con el ángel llena de gracia. *Ave María.*

Convengamos, señores, que de entre los diversos destinos á que el hombre es llamado por la divina Providencia, el mas honorífico y brillante es el que se dirige á iluminar y rectificar el corazon de sus semejantes: pues que á mas de ser una prueba bien positiva de la suma confianza que de él hace Dios, á nada ménos se dirige que á renovar la imágen hermosa de la creacion, que con tanto esmero imprimieron en nuestras almas sus manos divinas. El mismo Salvador, luego que hizo pública su mision en la Judea, anunció claramente este encargo que su divino Padre le habia confiado: pues dice que habia venido para reunir á las ovejas de Israel que se habian dispersado, consolidar lo que estaba quebrado, dar vida al que no la tenia, y al que la tenia ya dársela en mas abundancia; puesto que él era luz, verdad y camino. Cuando quiso tambien el mismo Jesus dar á las turbas un testimonio claro de cuán apreciable le era la persona de su Precursor, aludió á este ministerio augusto, llamándole antorcha que abrasa y brilla, y voz asimismo que resonando en el desierto, preparaba de esta manera los caminos del Señor. ¡Cuán elevado pues y sublime debe de ser este destino, que así se muestra de él revestido el Salvador del mundo, y de él se sirve como motivo de alabanza!

Pero bien pronto, señores, va á entrar Domingo en tan hermosa y brillante carrera. Así lo ha decretado el Eterno, y no tardarán los momentos en que este héroe singular figure de una manera maravillosa en los designios de su divina providencia. Designios que lo son de luz y de fuego, que abrasarán é iluminarán al mundo con los resplandores del Evangelio y con los ardores de la caridad divina. ¡Con cuánta pompa anuncia el cielo este su llamamiento! ¿Cuándo se ha pronunciado de un modo mas claro y terminante? Recordad, si os place, los feli-

ces anuncios con que tuvo á bien revelarnos la entrada en el mundo de otros ilustres personajes; solo en Domingo de Guzman observaréis un interes particular, una cuidadosa solicitud, que se toma el cielo en añadir maravillas á maravillas, para que en ningun tiempo equivoquemos la importante mision á que Dios le ha destinado. No dejan lugar para dudarlo tres soles que se aparecen y brillan en el firmamento, dos hermosas imágenes que de repente se observan en Constantinopla; un cachorro que tiene en su boca una hacha encendida; un enjambre de abejas que fabrican en sus labios un panal; un santo abad que anuncia de él cosas grandes y extraordinarias; un venerable sacerdote que profetiza desde el altar la salud de Israel, y una estrella luminosa en su frente que deslumbra con sus resplandores. Preguntad ahora, ¿qué linaje de predileccion es este, que el cielo explica con tan ruidosos prodigios? y preguntad tambien, ¿á qué viene ese agraciado niño que forma ya las delicias del Señor, y el centro á do se dirigen las líneas de su amor divino? Oh! y cómo oye ya en el vientre mismo de su madre la dulce voz de su amado que le llama! cómo le abre la concha de su corazon para recoger el rocio de su gracia! cómo pugna para romper las paredes de la cárcel que le detiene, para volar á pegar fuego al mundo con los ardores de la caridad que le abrasa!

Yo dejo, señores, á vuestra consideracion si bajo tan felices auspicios desempeñará Domingo con severa exactitud la comision tan difícil y trabajosa que el cielo acaba de encargarle con prodigios tan estupendos. Pero Domingo es el varon dichoso, que ha sido cortado á medida del corazon de Dios, y sus bendiciones celestiales le rodean ya en la cuna en que se mece, y le seguirán hasta la tumba en que se sepulte. Le visteis en su infancia rehusar en algunos dias la leche de su madre, postrarse en la dura tierra para mortificar su cuerpecito, y dirigir sus tiernas manos al cielo, en donde estaba ya su tesoro; pues reconoced en estos esfuerzos de su fervor infantil las primeras materias que preparan las manos del Señor para el pábilo de esta antorcha, que debe anunciar la gloria de su nombre hasta las extremidades mas remotas del universo. Desde estos momentos impulsa Dios fuertemente á su corazon, y la universidad de Palencia es la primera que goza del suave resplandor de esta antorcha, que para su ventura y felicidad ha conducido la Pro-

videncia á sus claustros. Dia memorable en que la ciencia va luego hermanada con la virtud, las tareas literarias con los ejercicios de piedad, el deseo del saber con los sentimientos de moderacion y sobriedad, las controversias profundas con el espíritu de humildad; en una palabra, en este dia célebre se ven brillar á la par en los jóvenes escolares la aplicacion y recogimiento, la modestia y oracion, la sujecion de los sentidos y el total enfrenamiento de los deleites y placeres de la carne. Pero tan repentina mudanza la atribuyen los sabios maestros de aquella universidad á los resplandores que despide de sí la antorcha brillante de virtud y santidad de su querido discípulo Domingo de Guzman. Al paso que descubren en él un ingenio vivo, un entendimiento claro, una penetracion profunda, observan en él todos los caractéres de una santidad elevada: un trato y comunicacion íntima con su señor y Dios: una abstraccion entera de todas las criaturas: una mortificacion continua de su cuerpo: un fondo de verdadera y sólida piedad: un amor sincero á la religion: una dulzura y amabilidad que encantan: y en su rostro las facciones de un ángel absorto siempre en la contemplacion de su Criador. No ignoran aquellos sabios maestros que el adelanto en las ciencias es á proporcion de los progresos que se hacen en el camino de la virtud; y ahí fijan el manantial de los vastos conocimientos que posee Domingo de todas las materias teológicas, de la inteligencia profunda de las escrituras divinas, del conocimiento exacto de los concilios y padres, de la erudicion extensa de todos los ramos de disciplina, y en fin de aquel tesoro inagotable de ciencia, del cual, para valerme de las expresiones de Jesucristo, sacaba siempre Domingo noticias nuevas y peregrinas. ¡Cuán pronto le saludan con el título de maestro y de doctor! Cómo se congratulan al ver á esta luz despedir desde la silla de sus cátedras su ardor y resplandores!

No es mi ánimo, señores, individualizar por menor todos los rasgos brillantes del celo y fervor de nuestro héroe en cualquiera parte que fije sus piés. Mi memoria se confundiria, y ademas es casi imposible en un panegírico poder compendiar aun los principales. Pero es tan rápido y luminoso el curso que sigue este astro, que sin dár lugar al descanso, llama luego nuestra atencion á hemisferios nuevos, en donde brilla con mas majestad. Preparaos luego á ver resplandecer su santidad

en el venerable cabildo de la santa iglesia de Osma. ¡Cómo cambia al momento de aspecto este cuerpo respetable! Qué modelo tan acabado de perfeccion ven los canónigos sentarse á su lado! No es ya un viador en la tierra, es sí un ciudadano del cielo con quien conversan y tratan; es una imágen acabada del Salvador, que continuamente hiere á sus ojos. ¡Qué rio de elocuencia cuando les platicaba como su superior! Qué espíritu eclesiástico cuando le trataban como á su arcediano! ¿No es verdad, dirian, que solo al verle se conmueve nuestro corazon? que al oirle sentimos abrasarse nuestros pechos con las llamas de la caridad? Qué astro es este que así dirige nuestros pasos é ilumina nuestras almas? Qué sacerdote es este que así se presenta al altar como un ángel con seis alas, que desciende sobre su cabeza un globo de fuego, símbolo del Espíritu santo; y que la Vírgen santísima le sirve de ministro en el incruento sacrificio? Qué anacoreta es este que ni come ni duerme y desgarra sus carnes con sangrientas disciplinas? Qué Benjamin es este que así trueca su corazon con el de su amado, y le da tiernos abrazos? Su obispo entónces corre á estrecharle contra su pecho, derrama sobre su seno lágrimas de ternura, y le da el ósculo de paz. Un gozo puro baña su alma, y miéntras se da el parabien á sí mismo por haber atraído á su iglesia esta antorcha brillante, concibe las mas lisonjeras esperanzas de que muy en breve el mundo todo será ilustrado con sus resplandores.

El cielo otra vez, señores, da á entender ese prodigioso acontecimiento, y esa trasformacion maravillosa, que mudará toda la faz de la tierra. No se cansa seguramente cuando se trata de consolidar la mision de su embajador. Yo veo á un sacerdote que desde el altar le proclama por el reparador de la Iglesia: á Honorio III que le ve sostener con sus hombros la iglesia de Letran que va á desplomarse: á la vírgen María que se opone para detener el ímpetu de tres lanzas que su Hijo divino tiene en sus manos para descargarlas sobre los pecadores: á san Pedro, que entregándole un libro le dice, anda y predica, que para esto eres elegido: y á santa Catalina de Sena, á quien revela Dios que si envió á su Hijo para redentor del mundo, ha destinado á Domingo para repararle. Desde estos momentos ya nadie resiste á la fuerza de sus palabras y al fuego de su caridad. Como torrente impetuoso todo lo arrastra y

lleva en pos de sí. Galicia, las Castillas, Tolosa en Francia..... Pero aquí fijad, señores, vuestra atencion, como el glorioso teatro de su celo é ilustres hazañas. Bien presto el negro horizonte que cubre á esta última malhadada ciudad se desplegará á la presencia de esta luz, que arrojará sus tinieblas al abismo de donde han salido. Entre tanto considerad las pesadumbres y trabajos que le aguardan, las atroces calumnias y malos tratamientos que le esperan, el cansancio y fatiga que oprimirán á sus miembros desfallecidos ya con las vigilias y penitencia. Pero yo me valdré de la bella expresion de san Agustin hablando de otro santo: Domingo es una antorcha, que cuanto mas se agita, arroja mas resplandor. Á pesar de los esfuerzos y conatos de los herejes para desacreditarle, apénas pone los piés en Tolosa, que sus campanas dan señales de alegría y regocijo; el cielo y la tierra se conmueven al publicar el santísimo Rosario; una estatua de la Vírgen levanta un brazo en ademan de venganza, y luego le baja por las súplicas de su siervo; y la horrible tempestad se calma al instante que Domingo interpone su intercesion. No tarda esta luz brillante en coger los frutos de su benéfica influencia. Su resplandor hiere á su huésped, y al momento se convierte; un guia falso le precipita en barrancos, y luego postrado á sus piés abjura el error; dos señoras respetables, desviadas de la fe verdadera, al instante la abrazan; cuarenta y tres piratas imploran en seguida su perdon; y tres mil albigenses ponen en las manos de Domingo la palma del triunfo.

Pero ah! y qué amargos recuerdos han excitado en mi memoria estas últimas palabras! Me recuerdan á una secta impía que se burlaba de Dios y de los hombres. No hay extravagancia que no adopte; no hay delito que no santifique; no hay absurdo que no apruebe, ni hay torpeza que no cohoneste. La sublevacion é independencia la mira como un deber, la sumision y vasallaje como un crímen, y al poder y autoridad como tiranía. Revolved cuanto se ha dicho en todos los siglos de impío y obsceno, de licencioso y sacrílego, de atrevido y mordaz, ya contra Dios y su Cristo, ya contra la Iglesia y sus miembros, ya contra el supremo Pastor y obispos, ya contra la Vírgen y santos, y ya contra la Religion y sus dogmas, y todo lo veréis reunido en los seguidores de esta secta infame, monstruos que el infierno en su furor vomitó para asolar á toda la tierra y des-

pedazarla entre sus garras. ¿Pero qué vale el error y mentira contra la luz y verdad? qué puede el impío, que al instante pasa, contra el poder de Dios que no acaba jamas? Pero Domingo es el que se presenta en el campo de batalla para derribar á aquella bestia feroz, y lo consigue. Porque ¿cuándo jamas las tinieblas no han sido vencidas por los rayos del sol? Este humilde David, armado solo de su fe y confianza, corta la cabeza al infame Goliat que osaba insultar á las filas de Israel. Para eso ¡qué lágrimas no derramaba, qué vigilias no prolongaba, qué penitencias no multiplicaba, y qué suplicas no interponia! O Dios mio, salvador de los hombres ¿por qué no os acordais de vuestra sangre y de vuestras misericordias? Demasiado tiempo há, Señor, que monstruos horrendos devastan vuestra heredad, langostas hambrientas devoran vuestra viña, y lobos malignos despedazan vuestras ovejas. ¿Por qué no os levantais y los confundís? Oh! y cómo le veriais entónces arrostrar peligros, allanar dificultades y vencer obstáculos! Cómo le veriais mandar á los elementos, cautivar los corazones y sujetar á su arbitrio la naturaleza toda! Cómo le veriais animar á los legados de su Santidad, enfervorizarlos en su empresa y alentarlos en sus trabajos! emprender largos viajes, correr de pueblo en pueblo, y hasta las cabañas mas oscuras! Cómo le veriais entónces ocupado en instruir, enseñar y exhortar, en sostener largas disputas con sus enemigos, y en entrar de nuevo en repetidas conferencias, y lanzar sobre ellos desde el púlpito los rayos de su predicacion! Cómo le veriais obrar aquel estupendo milagro, arrojando al fuego un libro de su fe, que las llamas respetan; fundar un monasterio para vírgenes, en que la perfeccion evangélica se establece; y derramar en todas partes el alivio y el sustento que apartan los peligros que asechan al pudor y fidelidad! Cómo le veriais ceñir la espada al conde de Montfort, infundirle en su pecho con el soplo de su aliento el esfuerzo generoso de los Macabeos, y coronarle con los laureles de la victoria, cuando aquella famosa batalla en que un puñado de gentes venció á cien mil combatientes, dejando en el campo veinte mil cadáveres! Cómo le veriais entonar por las plazas y calles el cántico suave del santísimo Rosario de la Vírgen inmaculada; llevar en triunfo su imágen é infundir en todas partes el afecto y devocion que se merece! Cómo le veriais... Pero en fin, señores, Domingo vence, la herejía se va

aniquilando, el oprobio y vergüenza cubre á los enemigos de la fe, la Religion y piedad recobran sus derechos, y los resplandores del celo y santidad de nuestro héroe añaden á la Iglesia uno de los mas bellos trofeos que ennoblecen su historia.

Pero estos resplandores, señores, aun no se eclipsaron aquí. La celebridad y nombradía que tan ilustres proezas adquirieron al nombre de Domingo, hicieron volar su fama á otros pueblos y naciones, y le preparan nuevos teatros de gloria y esplendor. Aun hay pecadores que convertir, aun hay ignorantes que instruir, aun hay sabios que ilustrar, aun hay justos que enfervorizar, aun hay santos que formar, y aun hay prodigios que obrar. Yo me asombro de tanto esplendor y brillantez con que resplandece Domingo en España y Francia, en Italia y Alemania, y en muchísimos pueblos y provincias de toda la Europa. Yo no sé si le podré seguir cuando en sola la Lombardía convierte á cien mil pecadores: cuando en los palacios de los reyes y casas de los grandes les edifica con sus ejemplos é instruccion: cuando en Alemania calma sediciones sangrientas: cuando en Roma obra la famosa resurreccion de aquellos tres célebres muertos: cuando en el concilio de Letran le escuchan los padres como á oráculo: cuando en el Vaticano explica á un concurso numeroso las sagradas Escrituras, mereciéndole el título honroso de primer maestro del sacro palacio; y cuando finalmente establece en todas partes en que predica el reino y el imperio de Jesucristo. Hazañas ilustres, asombrosas proezas, con cuya narracion me prometo algun tanto haberos manifestado los resplandores de esta antorcha brillante, que el cielo en su misericordia nos concedió para consuelo de la Iglesia y lustre de su nombre. Bien puedo exclamar aquí: ¡ó fuego! ó caridad! ó luz! ó resplandor! cuántas sombras habeis disipado! cuantos bienes habeis producido! Los bronces y mármoles perpetuarán vuestra memoria, y una generacion numerosa de celosos levitas os mantendrán inextinguibles hasta el fin del mundo.

Ved ahí pues, señores, cuán sencillamente hemos venido á parar en el período mas brillante del curso luminoso de este astro, de esta antorcha y estrella resplandeciente. De tí hablo, ó religion dominicana, obra maestra de las manos de tu santo fundador, y espejo desde donde reflejan sus rayos y resplandores para atraer á todas las naciones del universo. ¡Cuántas

naciones idólatras has ilustrado, cuántos pueblos bárbaros has civilizado, cuántos incrédulos has convencido, cuántos impíos y apóstatas has reducido, y cuántos obstinados has santificado! Brillas en las academias y universidades, en las cátedras y púlpitos, en las cortes y palacios de los reyes, en las sillas pontificales, y bajo el solio del Vaticano. La Iglesia te ha mirado siempre como á su brazo derecho, y torre pertrechada de toda arma para su defensa, y como á la mas excelsa de las órdenes mendicantes. ¿Qué trofeos penden de las paredes de sus templos, que tus manos no los hayan allí colgado? Qué acontecimientos singulares han acaecido para su gloria, en que tú no hayas figurado? Qué conquistas espirituales han aumentado sus dominios, en que tú no hayas tenido parte? Á su primera silla has dado cuatro sumos pontífices; á su sacro colegio setenta y cuatro cardenales, y á las santas iglesias un sinnúmero de patriarcas, arzobispos y obispos. En sus altares has colocado trescientos noventa santos; en sus martirologios un ejército innumerable de mártires; y en sus claustros una infinidad de esclarecidos varones y vírgenes célebres. ¿Para qué nombrar entre estos á san Vicente Ferrer, Raimundo de Peñafort, Pedro de Verona, Francisco de Posadas, Luis Beltran y Catalina de Sena; y entre los ocho mil escritores que han ilustrado todos los ramos del saber, á los Natals, á los Mamachis, á los Paluceis, á los Orsis, á los Gottis, y otros mil que pudiera citar para tu gloria, cuando en mi concepto en solo santo Tomas de Aquino están cifrados todos tus elogios y todas tus grandezas? ¡Qué brillante tan hermoso engastó Dios en tu corona! Qué dádiva tan rica y preciosa puso el Señor en tus manos! Él es el baluarte de la Iglesia, el defensor de sus dogmas, el sostenedor de sus derechos, el propugnador de su sana moral y el martillo que aplasta la cabeza á los filósofos y herejes. Por él hablan los sumos pontífices; por él definen los concilios; por él se explican los teólogos; por él enseñan las universidades; por él se instruye en los colegios; y por él se levantan en todas partes preciosos monumentos á la piedad y al saber. ¡Á qué extravíos no se expone quien abandona á Tomas! ¿Cuán recto camino encontrará quien siga sus pasos? Sol es que ilumina, estrella que dirige y fuego que abrasa.

Tuya es la gloria ¡oh mi querido Domingo! Estos tus resplandores han formado este numeroso pueblo de santos. Con

ellos ilustra nuestras almas; desprende nuestros corazones de los bienes terrenos, y enciéndelos con el fuego del amor divino. Nada nos agrade mas que Jesus; nada mas anhelemos que Jesus; nada mas amemos que á Jesus. De esta manera nuestra conducta será parecida á la tuya y á las máximas del Evangelio; prometiéndonos entónces gozar en compañía tuya del sumo Bien por siglos eternos. Amen.

SERMON

DE LOS PATRIARCAS

SANTO DOMINGO Y SAN FRANCISCO.

(DE GARCIA.)

Ipse dedit quosdam apostolos... in opus ministerii, in ædificationem corporis Christi.

Á unos hizo Dios apóstoles para que sostengan la iglesia, y la edifiquen con su predicacion y admirables ejemplos.

S. Pablo á los efesios, c. 4. v. 11 y 12.

Admirable es Dios en sus santos, dice el profeta Rey, y la variedad de los caminos por donde conduce á sus escogidos es uno de aquellos tesoros ocultos sobre que pone su sabiduría profundos abismos, y en que resplandecen con mas claridad sus adorables perfecciones; su grandeza, su bondad, su justicia, su misericordia, su poder infinito, y aquella fecundidad maravillosa, que siendo semejante á sí misma, y siempre diferente de sí misma, derrama sobre sus obras una prodigiosa mezcla de semejanza y de diversidad, que todo lo congrega y lo reune sin confusion ni desórden. Con efecto, aunque un mismo espíritu forma todos los santos, aunque una misma fe los justifica, y uno mismo es el Dios que los corona, no en todos los santos se halla un mismo carácter de santidad: todos ellos llegaron al heroísmo de la perfeccion y poseyeron juntas todas las virtudes; pero cada uno parece que resplandece con mas especialidad en una virtud, y cada virtud parece que tiene su héroe propio y personal. El Abad Antonio fué el héroe del desierto, un Ambrosio de la fortaleza, un Nolasco de la caridad, un Cayetano de la confianza, un Luis de la pureza, un Sales de la mansedumbre, un Mauro de la obediencia, un Juan de la Cruz de la abnegacion y un Gonzaga de la inocencia.

De aquí procede tambien, que aunque la gracia santificadora

es una misma, pero varía sus efectos segun la diversidad de los sugetos, y Dios guia á sus escogidos á un mismo término por diferentes caminos. Á unos llama á la oscuridad de los claustros, en donde separados del boato de Babilonia, viven crucificados al mundo y sus placeres, contentos con derramar lágrimas sobre las ruinas de la ciudad santa, y levantar sus manos inmaculadas al cielo para alcanzar sus misericordias á la tierra, como los Alcántaras, Regalados y Diegos de Alcalá. Á otros inspira una vida peregrina y solitaria, y renunciando estos sin tardanza los intereses de una fortuna brillante, olvidando el esplendor de su ilustre nacimiento y rompiendo los vínculos mas fuertes de la sangre, transmigran de provincia en provincia, caminan errantes por países incógnitos, cargados de enfermedades y miserias, expuestos á la intemperie de las estaciones y al desprecio de los insensatos, como los Roques, Alejos y Egidios. Á aquellos lleva á la soledad de los bosques, cuyo silencio solo interrumpe el bramido de las fieras; y allí retirados del comercio de las criaturas, habitan aquellas selvas inaccesibles, sepultados en sus cuevas y cavernas, esperando el dia del Señor, como los Pablos, Hilariones y Romualdos. Á otros los llena de su espíritu, les da segun la metáfora de Job un cuerpo de bronce y de metal, y los conduce á los anfiteatros, para que con una santa intrepidez se arrostren con los tiranos, y expongan sus miembros en obsequio de la fe á las ruedas, al cuchillo, á las hogueras y al furor de las bestias, como los Dionisios, Policarpos y Lorenzos. Á aquellos deja bajo el contagioso clima de una corte tumultuosa; y en medio de la púrpura y del fausto los anima á practicar virtudes dignas de los solitarios de la Siria y la Tebaida, como los Fernandos, Luises y Casimiros. Á otros finalmente nacidos en una humilde cuna, los saca de su oscura condicion, y los eleva al mas alto grado de gloria y reputacion: su prodigiosa vida forma época en los fastos de la religion, y llegan á ser el asombro de los pueblos y la admiracion de su siglo, como los Franciscos de Paula y los Benitos de Palermo.

Confesemos, católicos, que estos famosos héroes que la mano omnipotente condujo por sendas diferentes, han sido á manera de aquellos fenómenos extraordinarios, que puestos sobre el orizonte de la iglesia, la han iluminado con el resplandor de sus virtudes, la han fomentado con el calor de sus milagros, la han edi-

ficado con su vida penitente, y han dado una prueba auténtica de la singular providencia con que el Señor mira por la felicidad de su casta esposa; pero no podemos negar que hay algunos santos de primer órden, á quienes el Omnipotente ha guiado por veredas muy particulares, y en cuyas manos parece haber depositado con especialidad el destino de su iglesia, sacándolos de los tesoros de su misericordia para que sirvan de columna y sosten de la religion; para que puestos como en espectáculo al universo, intimen verdades eternas á los grandes y pequeños, sostengan la fe fluctuante entre los vaivenes del error y del cisma, afirmen los altares desquiciados, contengan el furioso torbellino de la corrupcion; y volando de region en region, como el sol en su carrera apresurada, lleven el Evangelio de poniente á oriente, para iluminar á los que descansan á la sombra de las tinieblas y enriquecer al cielo por medio de sus conquistas con los despojos de la tierra: *Ipse dedit quosdam apostolos.... in opus ministerii, in ædificationem corporis Christi.*

Ved aquí en este diseño una imágen viva de aquellos dos esclarecidos héroes del siglo XIII, Domingo y Francisco: la diestra soberana los llenó de fuego celestial, y en testimonio de su tierna predileccion los presentó á la iglesia como el mas precioso don, para dispertar por su medio la fe adormecida y darla un nuevo semblante, para resistir á las incursiones enemigas que atacaban el bajel de Pedro, para detener el torrente de los vicios que inundaban la tierra, para excitar en los corazones de los fieles la devocion, el fervor y la piedad, y finalmente para colgar en las bóvedas de Sion las preciosidades de Egipto, quiero decir, para que reproducidos estos insignes varones en numerosas tribus y multiplicados en una estirpe inmortal, brotase de sus mismas cenizas un nuevo pueblo de santos: *In ædificationem corporis Christi.*

Ya podeis columbrar de aquí mi pensamiento; pero yo me insinuaré con mas claridad. Afirmo pues resueltamente con san Buenaventura, que Dios usó de la plenitud de sus misericordias con la iglesia, criando en su seno á Domingo y Francisco. Cómo así? porque con esta dádiva la concedió dos varones singulares llenos de su espíritu, y adornados con todo género de virtudes: primer argumento de su heroísmo. Porque con esta dádiva la concedió dos varones extraordinarios que la protegiesen en el apuro de sus aflicciones y necesidades: se-

gundo argumento de su elogio : *Ipse dedit quosdam apostolos in ædificationem corporis Christi.*

Cielos, alabad al Criador y abrid las mansiones de la eternidad, para colocar en las moradas de Sion un lucido escuadron de martires rubricados con su sangre, de confesores adornados con el trofeo de sus victorias, de apóstoles cargados con los frutos de su celo, y de vírgenes ceñidas con estolas de pureza : *Laudate cæli.* Iglesia santa, convierte ya tus gemidos en cánticos de triunfos y alegría : de aquí adelante concurrirán á tus solemnidades cristianos fervorosos, sacerdotes irreprensibles, pastores escogidos del cielo y pontífices celosos, y hasta los grandes de la tierra doblarán la rodilla delante de tus altares : *Exulta terra.*

Universidades del orbe, ensanchad vuestros liceos para que suban á las cátedras sabios famosos, cuya ciencia igualará á su virtud, y cuya fama inmortal volará por los países mas amenos de Minerva. Montañas del Nuevo Mundo, abatid vuestras soberbias cimas para recibir las fecundas nubes, que van á derramar sobre vosotras el saludable rocío de la divina gracia : *Jubilate montes laudem.*

Sagradas familias, prole escogida, pueblo de adquisicion, unid vuestras voces á las mias para pagar el justo tributo de alabanzas á nuestros fundadores ínclitos : *Laudemus viros gloriosos parentes nostros.* Juntad al mismo tiempo vuestras súplicas á las del numeroso pueblo que me escucha para implorar la gracia que necesito por medio de la Reina del cielo, saludándola con el ángel : *Ave María.*

La conducta que ha observado Dios desde el orígen de los siglos, es un misterio de misericordia y una prueba innegable de la providencia con que se desvela por el bien y felicidad de su pueblo. Aun ántes del nacimiento de la iglesia llama á Abraham de la Caldea, en cuyo seno habia mamado la leche de la supersticion, le inspira principios de religion para que instruya á su pequeña familia, le constituye padre de los creyentes, y establece con él una alianza sempiterna. Luego que su descendencia se multiplica bajo el cautiverio de una potencia extranjera, destina á Moises para que enjugue sus lágrimas, le autoriza con los esfuerzos de su brazo, y con una vara portentosa en-

mudece á los inmundos Pitones, que quieren remedar sus prodigios, hace temblar en su misma corte al príncipe tirano, y á fuerza de maravillas y portentos obliga á un pueblo indócil á abrazar la ley que le intima su legislador escogido.

Para entrar este mismo pueblo en el país prometido, sustituye á Josué, y este famoso general suspende al sol en su carrera, pisa con sus plantas vencedoras la cerviz de sus feroces rivales, echa por tierra los baluartes de la orgullosa Jericó, afianza los derechos de la nacion santa, y pone á Israel en posesion de Canaan. En los siglos posteriores renueva la misma providencia con la Sinagoga; unas veces movido de sus desgracias, se vale del celo de Otoniel, Débora, Barac y Jefté para contener la insolencia de Moab y Amon; otras elige á Gedeon y Sason para exterminar el furor de los incircuncisos; ya por último suscita á Samuel para confundir á Amalec y restablecer el culto sagrado.

Esta misma máxima reitera en la plenitud de los tiempos con la iglesia naciente. Envía á su Unigénito disfrazado bajo el velo de la humanidad, y elige doce discípulos, que llenos de su espíritu vuelan como lijeras nubes de un polo al otro polo, surcan inmensos mares, penetran enmarañadas selvas, pisan profundos valles, trepan ásperas montañas, y sostenidos con la fuerza de su poder triunfan del paganismo y de la perfidia judáica, y enarbolan la cruz sobre las cenizas de los ídolos y las reliquias de la Sinagoga.

¿No advertís en esta serie inviolable de proteccion los esmeros de la Providencia á favor de su pueblo escogido? Pues avivad la atencion, y veréis el amor tierno de Dios para con su iglesia en el precioso don con que la enriquece, concediéndola á Domingo y Francisco : *Ipse dedit quosdam apostolos*. El siglo XIII fué testigo de las maravillas de estos dos partos de la gracia, y Europa vió con asombro levantarse sobre su hemisferio dos astros de primera magnitud. En efecto, nacidos en el seno de la opulencia y prevenidos con bendiciones de dulzura, pasaron casi desde el vientre materno á los brazos de la piedad, y puede dudarse justamente, si hubo alguna interrupcion entre su nacimiento y la virtud, porque ser hombres y ser virtuosos fué en ellos una misma cosa, y tardaron poco en ser esclarecidos santos. Idlo observando en los pasajes de su preciosa vida.

La cuna, teatro funesto de las bajezas del hombre, fué para Domingo mansion de honor y gloria : distinguido en la frente con una estrella luminosa, apénas ve la luz este aborto de la gracia, apénas se organiza su tierno cuerpecito, cuando ya ofrece al Criador las primeras aspiraciones de un corazon puro, que jamas probó la ponzoña del deleite : todavía titubea entre los arrullos y las fajas, y ya anima su lengua balbuciente para pronunciar el generoso voto de perpetua castidad, que renovó en los últimos suspiros, y cuya inviolable guarda le hizo aborrecer hasta la sombra del vicio : adoptado en los crepúsculos de la puericia por hijo de María, se acoge el infante héroe al regazo de la emperatriz Madre : ella es su númen tutelar, su protectora divina y el soberano iman de su corazon. María instruye á su pequeño adoptivo en la sabiduría del cielo, aquella que dirigió sus hermosos pasos entre los escollos de la juventud, la que le condujo en las fatigas de su apostolado, y le formó uno de los mayores santos que admira la Religion; pero sabiduría muy semejante á la que ilustró al serafin de Asís en la primavera de su edad juvenil.

No lo dudeis : delineado Francisco desde el seno de su madre sobre el modelo del Dios-hombre, nace el humano serafin con una cruz roja en el hombro, índice de su principado, y pronóstico que anunciaba á la Toscana la gran luz que con el tiempo habia de esparcir en la iglesia un niño que traía impreso en sí el sello de la mano omnipotente : los agigantados progresos que hizo en la virtud, dieron testimonio de esta verdad. Educado en los brazos de la abundancia, concibe en la aurora de su pubertad un deseo inextinguible de pisar la gloria mundana, deseo ardiente que anima al jóven atleta á luchar con un corazon nacido para el fausto, con un genio franco y jovial, con una naturaleza formada entre los embelesos de la fortuna; y á pesar de tan poderosos incentivos sofoca las halagüeñas voces de la humanidad, rompe los tiernos lazos de la carne, renuncia los fueros de la sangre, cambia sus ricos vestidos con los andrajos del primer pobre que encuentra, y vuela en alas de su fervor á los yermos de la Umbría, donde habla de su Dios con todos los objetos que le rodean, donde alimenta su espíritu con las verdades eternas, y se excita á emprender los caminos y pisadas de un Dios pobre, donde forma el designio de ser el apóstol de la pobreza, el héroe de la humildad y el modelo

de la abnegacion; y á los primeros pasos que da en la carrera de la virtud, se remonta al ápice de la perfeccion, empieza por donde terminaron los mas famosos solitarios, y deja muy atras á cuantos ángeles del desierto ocultaron la Nitria y la Tebaida en sus venerables grutas.

O Iglesia santa! tú sola tenias derecho á los tempranos frutos de estos dos gemelos de la gracia, tan semejantes entre sí, como unidos en sus admirables proyectos; muy presto los veréis crecer en santidad, como aquella misteriosa fuentecilla de Mardoqueo, hasta convertirse en caudalosos rios que fertilizarán con sus cristalinas aguas los mas distantes climas de la tierra. No es hipérbole. Apénas toca Guzman con las manos el último escalon de la infancia, cuando suspira por enriquecer su alma grande con el precioso tesoro de las letras, para derramar despues en el seno de la iglesia abundantes raudales de doctrina pura. Este deseo le arranca de su patria y parientes, y le trasplanta á la primera universidad del imperio Godo: Palencia era entónces en la Península lo que antiguamente habia sido Aténas en la Grecia, esto es, el asiento de las bellas letras y el domicilio de las ciencias, segun la expresion de un sabio: *Litterarum sedem, et domicilium*. En esta célebre academia se presenta Domingo lleno de fervor, y al punto arrebata la admiracion de sus maestros con la viveza de su ingenio y la sublimidad de sus raros talentos: sus coetáneos le respetan como á un oráculo, su mérito pasma á los sabios que componen aquel distinguido gremio, la universidad aplaude su clara y sana doctrina, y la capital de Castilla le admira como al primer luminar de su escuela.

Pero la multitud y variedad de sus estudios no pudieron entibiar las ansias que tenia de aspirar á la mas sublime santidad: esta noble ambicion le devora en medio de sus penosas tareas, y le obliga á formar el proyecto de consagrarse al servicio de los altares: la nobleza de su orígen era un título ilustre en el mundo para el santo jóven, pero él renuncia de un golpe las lisonjeras esperanzas con que le brinda el resplandor de su nacimiento, corta de raíz las conexiones de su sangre, y se incorpora en el órden levítico: la iglesia de Osma le franquea la entrada al santuario, y el celoso pastor que la gobierna mira al nuevo presbítero como la mas firme esperanza de su clero. Desde este instante el retiro del mundo, el olvido de sí mismo,

el culto divino, la frecuencia de los templos, el amparo de los miserables, la instruccion de los ignorantes, la oracion, el ayuno y la disciplina fueron su única ocupacion. Arrebatado de un entusiasmo divino, llega todos los dias á la sagrada mesa, donde desprendida su alma de los sentidos, se familiariza con su Dios, pasando á veces en estos inexplicables éxtasis muchas horas: con el mismo espíritu asiste á los divinos oficios á celebrar las grandezas del Señor, y cada palabra que sale de su boca es un nuevo dardo de fuego que inflama su corazon: lleno de Jesucristo y trasformado en él, se despoja enteramente de sí mismo y de toda aficion terrena: distribuye á los menesterosos los preciosos muebles que se habian librado de su celo, vende hasta su librería para socorrerlos, y cuando ya no tiene que darles, les ofrece su propia persona, á lo ménos para mendigarles el sustento diario de puerta en puerta.

Un espíritu muy semejante animó á Francisco en la flor de su juventud. Estadme atentos, porque aquí estriba todo el mérito del patriarca de Asís. En los siglos de oro abrigaron los bosques de Egipto y Palestina una multitud de fervorosos colonos, que desprendidos absolutamente de los bienes de la tierra, vivian olvidados del mundo y de sí mismos, y entregados á los rigores de la mas estrecha pobreza, sin reservarse para sí otro derecho que el escaso trabajo de sus manos para ganar el sustento: los Pablos, Brunos, Hilariones, Arsenios, Pacomios y Gualbertos fueron los valerosos jefes que poblaron con su ejemplo los desiertos de pobres evangélicos.

¿Os parece, católicos, que estos famosos héroes del yermo llegaron al mas alto punto de la pobreza? Pues sabed que ya no parecen pobres en comparacion de Francisco. El cielo habia destinado al padre de los Menores para dar al mundo un ejemplar de pobreza, original, único é ignorado desde el tiempo de los apóstoles Francisco, que apénas habia nacido cuando, segun la frase de san Gregorio, sintió el peso de las riquezas, no se contenta con renunciar su legítima, sus fueros, su filiacion y todos los bienes de la tierra; es un jóven embelesado con la pobreza, que se turba, se acongoja y vierte copiosas lágrimas al considerar que hay otros mas pobres que él, porque quisiera él solo ser el pobre universal de todo el mundo: un jóven que agitado de una impetuosa inclinacion á esta virtud, sale como fuera de sí, y corre por calles, plazas y lugares de Umbría,

preguntando por la pobreza, sin que puedan contenerle ni el desprecio de sus paisanos, ni la persecucion de sus deudos, ni los rigores de su padre. ¿Habeis visto un avariento, que hidrópico de codicia anhela por las riquezas? pues Francisco suspira con mayor ansia por el tesoro de la pobreza. Se postra á los piés de un crucifijo, y clama á su Dios que le conceda esta virtud en toda su extension; ya se entra en los calabozos y hospitales á contemplar en sus víctimas las penurias que padecen para sacar modelos que imitar; ya explica la ternura y exceso de su amor con afectuosas caricias, llamando á la pobreza mi reina y mi esposa; pero esposa tan amada, que hubiera primero muerto que divorciarse con ella.

¡Ah, qué pobreza tan sublime! Nadie pudo penetrar á fondo sus quilates, sino el Dios que la inspiró; el vulgo la perdió de vista, los teólogos no alcanzaron á comprenderla, los cardenales la juzgan impracticable, el padre santo al oirla se sorprende y vacila; y si un rayo de luz celestial no hubiera iluminado al depositario del anillo del Pescador, ciertamente la hubiera reputado Inocencio III por temeraria. Pero pobreza la mas cabal y ajustada á las máximas del Evangelio, que fijó su trono en el corazon de Francisco, para que fuese su apóstol en practicarla, así como habia de ser su legislador en establecerla.

Apoyados Domingo y Francisco sobre la excelente máxima de la pobreza ¿qué progresos tan gigantes no harian en la virtud de la humildad? Yo sé que en sentir de santo Tomas de Villanueva la pobreza es la escala mas segura para la humildad, y el orígen de toda la perfeccion; y aunque un sabio pontífice dejó escrito que es infinitamente mas difícil dejarse á sí mismo, que renunciar los bienes caducos con que brinda el mundo; pero qué empresa habrá difícil para unos corazones animosos y entregados á las impresiones de la gracia como los de estos dos grandes patriarcas? Examinad todos los instantes de su vida, y veréis que están señalados con los actos mas heroicos de humildad. Ello es que los mas fieles apologistas del siglo ilustrado publican que Domingo en los ardores juveniles fué ya el espectáculo de Europa por sus abatimientos; insensible á los ataques del amor propio, no piensa sino en defenderse de los elogios que le dan y de las dignidades que le ofrecen: si los pueblos edificados de su virtud y milagros le aplauden, se turba, suspira y gime bajo el peso de la universal aclamacion; si la

púrpura romana pasmada de su heroísmo, le reverencia, él se confunde á vista de su nada y su miseria; si la suprema cabeza de la iglesia le honra cinco veces con la dignidad de obispo, otras tantas renuncia con lágrimas la mitra. Padre y fundador de una esclarecida familia, abraza con preferencia los ejercicios mas viles de la comunidad, y se tiene por el oprobio de los claustros: rebosa en alegría cuando una chusma de piratas le llena de injurias, y se regocija cuando los herejes califican sus éxtasis de ilusiones y su penitencia de hipocresía; y se da los parabienes entre los ultrajes, como pudiera el mas ambicioso entre las aclamaciones.

¿Seguiria Francisco con igual teson los bajíos del abatimiento? ¿Pero qué pregunto yo? ¿No es la humildad su carácter? ¿Puede acaso nombrarse esta virtud, sin que al punto se presente á la memoria Francisco de Asís? Ah! yo afirmo que así como en la antigüedad un Macabeo fué conocido por su valor, un Elías por su celo, un Salomon por su sabiduría y una Magdalena por sus lágrimas; así es conocido Francisco en la nueva ley por su humildad. Seguidle sus pasos, y lo veréis. Penetrado de los abatimientos de un Dios humillado, se propone arrancar de su corazon hasta las últimas fibras del amor propio; y para decapitar este monstruo, inventa los arbitrios mas raros de abatirse: Asís, que poco ántes le habia visto rodeado del esplendor de sus galas, le mira con asombro en sus calles y plazas cubierto con un zurcido de andrajos, y le reputa por insensato: los libertinos, la plebe, y hasta los mas cuerdos le insultan; pero cuando mas agobiado se ve de ignominias, entónces se revuelca en un lodazar, se confunde con los pobres y corre las comarcas de su patria en esta figura extraña, con un deseo insaciable de apurar el amargo cáliz de los improperios hasta sus últimas heces. ¡Qué humildad tan asombrosa! Era necesario, católicos, hacer anatomía de su corazon, para mostraros el fondo de su humildad; veriais una humildad identificada con la masa de su ser, que no feneció sino con él, que descendió con él al sepulcro, y desde las entrañas de la tierra que le abriga volvió á brotar de su yerto é inanimado cadáver un nuevo pimpollo mas hermoso de humildad. Oid la prueba. Elevado al mas alto grado de santidad, y constituído cabeza de una posteridad tan numerosa como las arenas del mar, no puede sufrir la aclamacion de los pueblos, y pide á Dios con

lágrimas que le envíe la muerte ántes que profanar su humilde profesion con el contagioso aire de la vanidad : sabe que el cardenal Hugolino es apologista de sus virtudes, y al punto abandona para siempre su palacio. Qué mas? Estando para espirar ordena que su cadáver quede desnudo sobre la tierra, para que sea hollado de todos y despues sepultado á los piés del patíbulo, donde se ejecuta el suplicio de los facinerosos : despues de dos siglos que habia muerto, intenta Nicolao V besarle el pié, y él le retira por humildad. Digamos pues sin recelo en honor de mi seráfico padre, que si la humildad encarnara para hacerse visible á nuestros ojos, hubiera tomado la fisonomía y el traje de Francisco.

No preguntemos ya si Domingo y Francisco fueron penitentes, supuesto que eran tan humildes; porque segun opinion de san Gerónimo, estando muertos á sí mismos y al mundo, era consiguiente que tambien estuviesen crucificados exteriormente á la carne. ¿Pero con qué género de penitencia juzgais que crucificaron sus cuerpos? Jamas tirano alguno, por inexorable que fuese, concibió odio tan implacable al nombre cristiano, como estos dos héroes á sí mismos. Domingo reune en un cuerpo vírgen los dolores que podian causar los instrumentos mas fieros que inventó el furor en odio de la religion. Vestido con una túnica, cuya aspereza podia espantar á la penitencia, ata su cintura con una malla de hierro, cuyas puntas aceradas abren profundas heridas por donde casi asoman las entrañas: su alimento es tan escaso, que apénas basta para entretener la muerte : su sueño tan corto, que el breve descanso que tomaba era como un tributo que por fuerza le pedia su desfallecimiento : sus disciplinas tan prolongadas, que muchas veces le causaron mortales agonías : sus vigilias continuas, sus ayunos perpetuos, sus crueles cilicios, y la tierra humedecida con su sangre, apénas le dejaron un soplo de vida; tanto que sus mismos hijos, asustados al ver que peligraba su cuerpo al rigor de sus penitencias, le piden con lágrimas que modere su austeridad; pero él responde : ¡ay amados hijos mios! ¿con qué vergüenza me presentaria al tribunal de Dios, si no llevara en mi perso. a la imagen del Crucificado y las sangrientas señales de su pasion?

Francisco, todavía mas ingenioso, condena su inocente cuerpo á mayores suplicios. Tan presto se arroja á los estanques helados en el rigor del invierno, tan presto se acuesta sobre

carbones encendidos, tan presto se revuelca desnudo entre las espinas y zarzas, tan presto camina descalzo por lugares sembrados de abrojos, tan presto se retira á las asperezas de Alvernia, y allí sepultado en una espantosa gruta observa un silencio profundo, interrumpido solo con el estruendo de las cadenas y garfios con que despedaza su carne vírgen: nadando en su propia sangre, continúa sus sangrientas disciplinas hasta faltarle las fuerzas: su desfallecido cuerpo no tiene otro descanso que una dura piedra en que se recuesta, mas á propósito para abrir nuevas llagas ó renovar las antiguas: su tosco sustento son las raíces amargas que produce aquel país inculto, las que primero riega con sus lágrimas ántes de llegarlas á sus macilentos labios, su vestido un horroroso cilicio, su sueño las interminables vigilias, su... ¿Pero acabaria yo, si quisiera referir por menor la asombrosa austeridad que usó consigo hasta el borde mismo del sepulcro? Basta decir que trató su agonizante cuerpo con tan increíble rigor, que fué necesario pedirle perdon á la hora de la muerte de lo mucho que le habia castigado.

Con tan generosos sacrificios se elevaron Domingo y Francisco al heroísmo de todas las virtudes. Quisiera, señores, poderos manifestar sus corazones, é introduciros en el santuario de unas almas las mas grandes que admiró Roma en los siglos pasados. Veriais reunido en sus corazones un prodigioso enlace de lo mas sublime y perfecto que hay en los Evangelios: humildad profunda, fe viva, esperanza firme, caridad ardiente, austera penitencia, una pureza tan inalterable, que mas parecian ángeles en carne que hombres viadores, y un amor á Dios el mas acendrado, cuyo valor apénas alcanza á comprender el entendimiento humano; veriais una abnegacion las mas perfecta, divorcio eterno con el mundo, silencio inviolable, paciencia extremada y un celo activo y generoso; veriais unos hombres trasformados en Jesucristo, y tan divinizados, que caminan entre las clamorosas voces de Babilonia, sin que el estrépito de las gentes, ni las fatigas de la vida apostólica, ni los cuidados de sus hijos, ni la muchedumbre que los cerca, puedan distraerlos de la union íntima con Dios; en vano suena al rededor de ellos el bullicio tempestuoso del mundo, porque absortos y unidos con Dios, no piensan ni hablan sino de Dios, no suspiran sino por Dios, no ven ni oyen sino á Dios, de modo que solitarios en medio del tumulto, no parecian vivientes mortales, sino dos serafines

abrasados en caridad; veriais por último... ¿pero podré yo añadir algo mas, habiendo reducido á compendio virtudes que componen el panegírico de muchos santos? Sin embargo puedo afirmar que apénas he dado principio á su elogio.

No extrañeis la proposicion, porque no hay elocuencia tan afluente, que sea capaz de recorrer aun el índice de las heróicas acciones que nos presenta la historia de sus portentosas vidas; no obstante, por no defraudar vuestras esperanzas, permitidme que os haga á lo ménos un resúmen de las principales circunstancias que entran en el complemento de su heroísmo. Ah! qué dichoso seria yo si pudiera referiros dignamente aquellos éxtasis profundos que los sacan fuera de sí y los suspenden entre el cielo y la tierra; aquellas enajenaciones extraordinarias; aquellos trasportes de amor que los unen y enlazan con el sumo Bien; aquel trato familiar con Dios, aquellas mercedes tan señaladas que recibieron del cielo. Domingo se halla muchas veces anegado en el seno de su amado, y entra en posesion de cuantos tesoros es capaz en la tierra un hombre viador: su entendimiento, ilustrado con rayos de luz celestial, descubre profundos misterios y arcanos impenetrables: su voluntad inflamada con los incendios de un fuego divino, siente que se excitan en su alma inefables dulzuras: su corazon inundado en gozo, experimenta unos como preludios de aquel rio de paz que baña la celestial Jerusalen, y en este estado se le aparece el mismo Cristo, le aplica los labios á su divino costado, y le da á gustar las purísimas gotas de su sangre deífica.

Francisco disfruta la misma familiaridad con Dios, y aun recibe mayores privilegios. No pretendo molestaros con una lista prolija de hechos pequeños que solo sirven para degradar asuntos heróicos; yo me dirijo con el pensamiento á las montañas de Alvernia, depositarias de tantos prodigios: seguidme con la imaginacion, discurrid por aquellos desiertos, penetrad la dichosa gruta en que hace su mansion el humano serafin, y reparad en los inflamadores suspiros que exhala, en los dulces deliquios que padece y en los raptos impetuosos que le elevan: impelido Francisco de la vehemencia de su amor, y arrebatado por la fuerza de su espíritu, sale á encontrar á su Dios, cuya cercanía le anuncia su corazon: Jesus crucificado se presenta visible á sus ojos, y disparando de sus divinas llagas dardos encendidos, traspasa sus piés, manos y costado, y queda Francis-

co hecho una imágen y una copia del Crucificado. ¡Qué espectáculo tan asombroso! Privilegio inaudito, exclama san Buenaventura, no concedido á los siglos precedentes; privilegio único y singular que pone entre el Redentor y el patriarca de los Menores una perfecta semejanza, para que pueda decir entre todos los santos: *Vivo ego, etc.*

Pero no penseis que fenecieron aquí los privilegios del cielo. El espíritu del Señor descansa sobre la cabeza de estos nuevos profetas, y rompen el velo que oculta los sucesos de los siglos futuros; ven las revoluciones mas extrañas y las mas singulares escenas que han de acaecer en la iglesia y en el estado, y como si tuvieran presentes todos los lugares, declaran lo que pasa en todas partes. Los secretos del corazon se descubren á la penetracion de estos Samueles, y como aquel profeta del antiguo pueblo registran lo mas interior de las conciencias, á unos revelan funestos decretos de la Providencia, y á otros anuncian sucesos prósperos y favorables. Domingo pronostica á sus hijos los progresos de su órden, los héroes que han de florecer en él, los protectores que ha de tener. Francisco profetiza al cardenal Hugolino su futuro ascenso á la tiara pontificia, y el cónclave le saluda con el nombre de Gregorio IX.

Profetas y taumaturgos á un mismo tiempo, mandan á la naturaleza, y la naturaleza atónita oye su voz; los elementos olvidan su impetuosidad, el aire depone sus pestilencias, los vientos reprimen sus furias, el mar, este elemento tan furioso, vomita cuarenta peregrinos que se habia tragado en un naufragio, luego que Domingo lo manda; habla Francisco, y al punto consolida sus aguas, y le da paso franco á él y sus compañeros. Árbitros y dueños del mundo, atraviesan la Europa, y dejan en todas partes vestigios de sus manos milagrosas: aquí cierran el sepulcro y libran de las fauces de la muerte á los desahuciados: allí dan vista á los ciegos y oído á los sordos: acá hacen hablar á los mudos, y expulsan á los demonios de los energúmenos: Domingo habla á la muerte en Roma, y resucita al jóven Napoleon con asombro de aquella capital, despues de seis horas que habia muerto despedazado por la violenta caída de un caballo: Francisco impera á los sepulcros, y al momento se animan ocho cadáveres que estaban ya para ser en ellos sepultados.

Unos hombres de tan extraordinaria santidad, y tan podero-

sos en obras y palabras, ¿cómo podrian dejar de ser el asombro y la expectacion de toda Europa? Fuéronlo en efecto. Las cortes mas florecientes, la púrpura romana, los jefes de la tribu santa, los sumos pontífices, los pueblos ultramontanos, las ciudades ultramarinas, los grandes y pequeños, se vieron precisados á publicar con pasmo y edificacion de sus almas el poder y santidad de estos dos héroes del siglo XII; los mismos sectarios del error, enemigos implacables de la santa silla; los discípulos de Lutero y Calvino, estos fanáticos confiesan á despecho suyo en la protesta de Ausburgo, y en su gran catecismo, que solo Domingo y Francisco eran los únicos santos de que podia blasonar la iglesia de Roma. Y ved aquí comprobada la proposicion primera que asenté en el exordio de mi panegírico, esto es, que Dios usó de la plenitud de sus misericordias con la Iglesia, concediéndola dos varones singulares, adornados con todo género de virtudes. Estadme atentos, y veréis que no fué ménos misericordioso en concederla dos varones extraordinarios que la protegiesen en el apuro de sus aflicciones. Esta será la materia del

SEGUNDO PUNTO.

Los santos padres nos representan á la iglesia en su nacimiento como una nave agitada de borrascas, que disputa con los vientos el triste momento de su naufragio: unas veces intercepta sus progresos la idolotría protegida por las potestades del siglo, otras el judaísmo autorizado con la antigüedad de su culto; pero esta iglesia siempre combatida y siempre victoriosa, se eleva triunfante por el celo y actividad de los apóstoles: su imperio se extiende de oriente á poniente, las naciones mas incultas abrazan el Evangelio, y la fe halla adoradores en las regiones adonde la soberbia Roma, hinchada con el viento que soplaba en el Capitolio, no habia podido entablar sus altivas pretensiones.

¿Pero acaso esta misma iglesia ya adulta ha dejado de sufrir en todas las edades los mismos combates? Ah! cada siglo se levantan nuevos enemigos coligados que juran su ruina. A la idolatría y al judaísmo se juntan la herejía, el Alcoran, el ateismo, el cisma, la impiedad y la depravacion universal de costumbres; y aunque el Salvador nunca ha abandonado á su

amada iglesia, muchas veces ha estado sepultada entre tinieblas, y ha llegado casi á pique de zozobrar; y se puede decir que el siglo XIII fué para ella el mas funesto por la monstruosa complicacion de males que la afligian.

El mahometismo inundaba todo el oriente, el trono de Pedro atropellado por un emperador cismático, la herejía turbaba lo mas florido del norte, y el cristianismo dormia sepultado en un profundo sueño de vicios. Nunca tuvo la iglesia mas necesidad que entónces de un apóstol; y Dios, que no la permite los males sino para probar su constancia, la concedió dos héroes famosos para que enjugasen sus lágrimas. En efecto Domingo y Francisco, autorizados por una mision extraordinaria, simbolizada en sueños al papa Inocencio en la iglesia de Letran, emplearon sus talentos, sus virtudes, sus vigilias, sus oraciones, sus austeridades, sus fatigas, sus viajes y su celo en beneficio de la iglesia. España fué el primer teatro de los fervores de Domingo; Palencia, Osma, Segovia, Calahorra, Valladolid y Búrgos oyen con admiracion las verdades eternas que pronuncia, y sin poder resistir á la energía y fuerza de sus discursos, abrazan la penitencia, y con ella la universal mudanza de costumbres.

Vencedor en Castilla, pasa como una lijera nube á Cantabria á conseguir nuevos triunfos. ¿Quién podrá numerar las provincias y ciudades adonde llegó el sonido de sus portentosos ecos? Si se pregunta por él en Barcelona, ya se halla en Navarra exhortando á penitencia: si se le busca en las ciudades del Señorío, ya se halla predicando en Aragon y Astúrias: á un mismo tiempo parece que existe en Extremadura, Andalucía y Valencia. ¿Pero con qué sucesos? No preguntemos lo que no es lícito dudar. La paz se entabla en las familias, la equidad en los tribunales, el decoro en los templos, la compostura en el clero, la union en los casados, la moderacion en los jóvenes, y en todos los estados la observancia de la divina ley.

Pero la Península era pequeña esfera para su ardiente celo, y obligado de los impulsos de su espíritu, penetra los Pirineos, corre la Francia y se deja ver en Langüedoc contagiada con la ponzoña albigense, y al oir su nombre se estremece toda una provincia madriguera de monstruos; los jefes del error abaten su orgullo, la herejía enmudece, sus abominables sectarios se turban, y aquellos espíritus indóciles humillan la cerviz en

presencia del héroe español. Representaos aquí uno de los mayores triunfos que alcanzó el glorioso Guzman á favor de la religion; porque, señores, no era solo un gigante el que insultaba en la campaña de Langüedoc á los pabellones de Israel, ni este nuevo David pelea con un solo Goliat, sino contra un monstruoso conjunto de todos los errores. Los padres de la iglesia esgrimieron la pluma contra una sola casta de enemigos. San Atanasio refutó á los arrianos, san Gerónimo á los origenistas, san Agustin á los pelagianos, san Cirilo á los discípulos de Nestorio, y el papa san Leon á los sectarios de Eutíques; pero Domingo hace frente á una secta universal compuesta de toda especie de errores, y sostenida por un ejército de cien mil albigenses. Unas veces los atrae á públicas y privadas conferencias, y con la fuerza de sus discursos les obliga á un vergonzoso silencio: otras se deja ver en el púlpito, y con el estallido de su fulminante voz derriba los monstruos que tiene á su frente; ya los desafía como taumaturgo á una accion decisiva, arroja á una hoguera encendida un libro que habia compuesto sobre los dogmas de la religion, y aquel elemento voraz que no se atrevió á los niños de Babilonia, respeta los escritos de Domingo.

Su invicto celo no se contenta con exterminar la herejía: recorre los vastos países que ha libertado del contagio, y comunica incremento y vigor á los cristianos que habia hecho renacer á la gracia. En una parte cultiva con la predicacion lo que ántes habia sembrado con los ejemplos: en otra parte perfecciona con nuevos esfuerzos las conversiones que habia principiado en una iglesia, y arranca los escándalos de la casa del Señor: en otra reforma los abusos que habia introducido el veneno del error: todos los lugares de su tránsito quedan señalados con los caractéres de su celo: funda en Rovilles un famoso monasterio para asilo de doncellas pobres, y sus grandes progresos dan á entender la mano maestra que le formó: establece en Langüedoc el culto del santo Rosario; y la conversion de innumerables pecadores es el precioso fruto de tan santa devocion.

Francisco abrasado con el fuego de los serafines, segun el idioma de san Buenaventura, se presenta en las plazas de Italia: su voz autorizada con el ejemplo, es un rayo que introduce el terror en todas las conciencias: su rostro pálido y desfigurado enternece los corazones mas duros; la imágen del

Redentor, impresa en su persona deja poco que hacer á sus exhortaciones: vestido pobremente, desnudo de pié y pierna, y arrastrando un cuerpo agobiado con el peso de sus rigores, va de ciudad en ciudad formando penitentes, instruyendo ignorantes, convirtiendo pecadores, confundiendo á los libertinos, consolando á los afligidos, alentando á los vacilantes, confirmando á los justos, conteniendo al vicio, destruyendo el imperio de Satanas, y reformando en breve con sola su presencia toda la Italia.

Pero su corazon, para quien el universo entero era corto espacio, suspira por conquistar todos los climas del orbe. ¿Visteis un relámpago, que agitado de un impetuoso uracan sale del oriente, y brilla al mismo tiempo en el occidente, forma sus giros por el austro, y dejando por todas partes señales de su luz perfecciona con celeridad su carrera? De este modo Francisco impelido de la fogosidad de su celo, vuela en alas de su fervor á los abrasados arenales del África, anuncia en Marruécos el Evangelio, pasa á Egipto, y de aquí se traslada á las regiones del Asia á combatir las extravagancias del Alcoran. Gobernaba entónces el imperio otomano el cruel Meledin, hombre guerrero, espíritu altivo, que hacia temblar á todo el oriente bajo las severas leyes de un dominio despótico; un nuevo Bautista habia de ser el apóstol de la corte de este nuevo Heródes. Francisco exclama en presencia de este leon terrible, le manifiesta el peligro de su eterna perdicion, le pinta con los mas vivos colores la impureza de su secta: su retrato le espanta y atemoriza, su temor y sus sustos son testigos de su mudanza y de su rendimiento: Meledin iluminado y desengañado, da señales nada equívocas de su verdadera conversion, y esto basta para gloria de Francisco y honor de su religion.

Cargado con los trofeos del oriente, se restituye á las provincias de España y Francia. ¡Qué medios no emplea para ganar los corazones y hacer florecer la inocencia de costumbres! Unas veces con un dogal al cuello pasea las ciudades mas populosas, y con este espectáculo edificante infunde el desprecio de las vanidades; otras se deja ver en el púlpito puestos los ojos en un crucifijo, y con una voz muda pero eficaz triunfa de los espíritus mas indóciles; ya toma la figura de un delincuente, y sale castigando su llagado cuerpo por calles y plazas, y al ver á un inocente homicida de su carne, abrazan la penitencia

desde el solio hasta la cabaña mas vil; ya se entra en los templos, y postrado al pié de los altares exhala ardientes suspiros, riega el suelo con sus lágrimas, y ofrece á Dios sus ayunos, sus vigilias, sus austeridades y todo su mérito por la salvacion de las almas; ya... ¿pero qué tiempo me bastaria si quisiera referir todos los medios de que se valió para restituir á la Iglesia su antiguo esplendor? Basta decir que saliendo de un extremo de Italia á reparar las ruinas del santuario, hizo renacer en Europa de sus propias cenizas los hermosos dias de la primitiva iglesia.

¿Os parece, señores, que estos dos héroes se contentarian con tan felices sucesos, y se pondrian á descansar á la sombra de estos laureles? No por cierto, su celo nunca conoció descanso; ya los habeis visto ocupados en resistir á los asaltos de la herejía, en reformar los abusos que desfiguraban la hermosura de Sion, en arrancar las espinas de los vicios, en llevar la luz hasta las extremidades de la tierra, en restablecer el culto de los templos y el uso frecuente de los sacramentos; ahora los veréis santamente ansiosos por introducir la perfeccion evangélica hasta en el seno mismo de Babilonia. No os engaño. Su celo doble los sacrifica en medio de sus penosas tareas á dirigir un lucido escuadron de vírgenes, las entresacan del medio del siglo, las separan de las vanidades del mundo, las instruyen en todo género de virtudes, y las animan á subir á la cumbre de la perfeccion. Las Catalinas de Sena, las Claras de Asís, las Micaelinas de Pisaura y las Hipólitas de Casia serán eternamente la corona de Domingo y Francisco; ellos fueron sus maestros y sus padres, lo mismo que un san Mateo de las Ifigenias, un san Gerónimo de las Paulas, un san Benito de las Escolásticas y un san Leandro de las Florentinas.

¿Cómo pudieron dos hombres solos bastar para tantas empresas? Ah! Los apóstoles no necesitan mas elasticidad que su propio espíritu; nosotros conocemos poco las fuerzas, la actividad y los arbitrios que inspira el celo. Ahora es cuando dan principio á su apostolado: Guzman se dirige á la metrópoli y señora de las Iglesias: Roma, cabeza de las tribus santas, abrigaba en su mismo seno un numeroso clero, que salvando las barreras del santuario, habia degenerado de su primitivo fervor; esta viña plantada por el príncipe del sacro colegio, y cultivada por sus dignos sucesores, se habia convertido en una

horrorosa selva de abominacion : la simonía, la avaricia, el desenfreno, la disolucion y la ignorancia habian privado al sacerdocio de toda su santidad y resplandor : en el altar no se veían sino ministros indignos de acercarse á él, y parece que bastaba ser sacerdote para ser malo con libertad. El padre santo, el oráculo del Vaticano, el sagrado césar Inocencio, gemia sin fruto oprimido bajo el torrente impetuoso de la iniquidad. ¡ O amable disciplina ! ¿ Estabas acaso desterrada para siempre de la primera de las iglesias? ¿ O esperabas al celoso Guzman para que fuese tu restaurador? ¡ Ah, qué difícil es reducir al yugo de la disciplina y de la virtud á los sacerdotes del Señor, que han tenido la osadía de sacudirle con escándalo ! Como la caída es tanto mas peligrosa cuanto viene de mas alto, rara vez sucede que se levanten aquellos ministros sagrados que han llegado á ser prevaricadores. Sin embargo no hay imposible para un apóstol animado del celo de la casa de Dios : Domingo habla, exhorta, insta y persuade : el sacerdocio recobra su esplendor, la iniquidad no se atreve á volverse á presentar en el santuario, y los que le habian afrentado con sus infracciones, le honraron despues con la santidad de sus costumbres ; de modo que si ántes habia desaparecido la disciplina en el clero, fué para que despues brillase con mayor resplandor.

Al concluir esta empresa difícil, da principio á otra no ménos ardua. El desórden se habia comunicado hasta los monasterios de las vírgenes : estos lugares destinados para asilo del pudor y de la inocencia, se habian convertido en moradas del vicio, llegando á tanto el exceso, que las esposas de Jesucristo vivian derramadas en las calles y plazas de Roma. ¡ Qué relajacion tan monstruosa ! Pero Domingo se interesa, y las vírgenes cristianas, obedientes á su voz, detestan la infeliz libertad que se habian usurpado contra los vínculos de su perfeccion, y haciendo un eterno divorcio con el siglo, se encierran para siempre en la casa de san Sixto.

Restaurador de la disciplina en Roma, pasa Domingo á la Etiopia y Mauritania á conquistar nuevos enemigos ; por entre zarzas y espinas se abre paso para ir á tratar con unos pueblos sin principios, distintos de los demas hombres por las tinieblas en que viven, y por la insensibilidad de su corazon. ¿ Os parece, señores, que su celo se intimidaria á vista de unas naciones feroces acostumbradas á devorar á los de su especie? No

lo creais. Domingo es un nuevo Daniel, que sabe jugar con los leones y los osos; él esfuerza su voz en medio de unos pueblos que apénas parecen hombres, y en breve levanta el estandarte de la cruz sobre las ruinas de los ídolos, ata al carro de Jesucristo los preciosos despojos del paganismo, y se puede decir sin mucha exageracion, que en el oriente de la iglesia no se bautizaron en un solo dia mas neofitos, que en aquellos países de horror y de confusion.

Francisco, alentado de igual espíritu, nos presenta á la vista otros tantos testimonios de su celo. Vedle, señores, atravesar de nuevo el Mediterráneo para correr toda la Palestina consagrada con las huellas del Mesías, regada con los sudores de san Simon y san Matías, pero abandonada despues á los delirios del mahometismo, y sepultada en las tinieblas de la ignorancia. ¿Podrá prometerse Francisco sucesos felices en el centro mismo de la sensualidad? ¿Abrazarán el Evangelio unos pueblos esclavos de la preocupacion, sectarios acérrimos de Mahoma y enemigos declarados del cristianismo? ¿Quién podrá persuadirles que en otra religion serán mas felices que en la suya? No obstante, un hombre amparado del cielo puede fácilmente desvanecer las imposturas de un falso profeta. En efecto, Asís se vale de las persuasiones, de las instancias y de los ejemplos, y enarbola las banderas del Evangelio sobre los torreones del mahometismo; anuncia á esta nacion ilusa la falsedad de su Alcoran, lo ridículo de su culto y el exceso de sus delitos, la hace abrazar el camino de la verdad, y toma posesion de aquel dichoso país, teatro de nuestra redencion, para trasmitirle en sucesion hereditaria á su posteridad.

Este triunfo no fué mas que un nuevo soplo que avivó su celo para multiplicar servicios á favor de la iglesia. Á la manera que el sol sin cansarse jamas en su carrera, la renueva cada dia para bien de la tierra, del mismo modo Francisco vuelve presuroso á la Europa, y recorre una y otra vez sus antiguas conquistas para hacer florecer de nuevo las virtudes. ¿Y de qué arbitrios se valió su igenioso espíritu para conseguirlo? Oid un admirable proyecto, ignorado desde el nacimiento del cristianismo, y reservado para el incomparable Asís. Ya en la iglesia de Dios habia muchos monasterios donde se refugiaba la inocencia contra los asaltos de un mundo impostor; pero faltaba en medio de los bullicios del siglo, y en el seno mismo de las

familias, un asilo comun donde pudiesen acogerse personas de ambos sexos y de todos los estados y condiciones. ¿Y qué hace Francisco? Medita un nuevo plan que le inspira su ingenioso celo, y él mismo pone en ejecucion el designio; funda una órden de penitencia capaz de santificar á toda suerte de hombres: una órden que ha hecho extraordinarios progresos en la virtud y ha llenado la iglesia de eterna complacencia; una órden en fin que ha poblado el mundo de santos y ha servido de gloriosa cuna á los Luises de Francia, á las Isabelas de Hungría y Portugal, á las Rosas de Viterbó, á las Margaritas de Cortona, á los Roques, Elsearios y Conrados.

¡Qué servicios tan útiles y tan interesantes á la religion cristiana! Yo callo por no fatigar vuestra atencion un inmenso catálogo de hechos prodigiosos y muy importantes á la iglesia, que pedian un panegírico entero, porque me contento con recordaros un solo establecimiento el mas esencial y decisivo del celo apostólico de Domingo y Francisco, obra principal que ocupa un lugar muy distinguido en los fastos de la iglesia, y exigia todo el espíritu y toda la destreza de estos dos héroes del siglo XIII. Esta es la fundacion de las dos sagradas religiones de Predicadores y Menores. ¡Ah, con qué honores podrá pagar la iglesia lo que debe á estos dos santos tan grandes, de quienes se valió Dios para multiplicar por medio de sus hijos la gloria y las riquezas de Israel! Porque, señores, ¿quién podrá, no digo ponderar, pero ni aun referir los progresos que ha logrado el cristianismo con estos dos establecimientos? Apénas se levanta la cuna de estas dos grandes tribus, cuando ya la Europa, el Asia, el septentrion y el mediodía se hallan habitados por sus hijos, instruídos con su ejemplo y santificados con su celo; la iglesia romana se ve precisada á ensanchar sus basílicas para dar culto á los Antoninos, Raimundos, Pios, Alcántaras, Regalados, Bernardinos, Luises, Diegos y Bailones, luminares de primer órden que brillan en las mansiones del empíreo, cuya memoria no acabará con el mundo.

El Vaticano pronuncia sus oráculos, y promulga honores inmortales á los gloriosos triunfos de los Danieles, Hugolinos, Baustistas, Juanes de Prado, Berardos y Leones, héroes invictos, comparables con los mas esforzados atletas del siglo de oro, que entregaron sus gargantas al cuchillo, y tiñeron con su sangre las mazmorras de África y los cadalsos de la Belgia; las

naciones del oriente, del aquilon y del occidente manifiestan su regocijo al escuchar los ecos apostólicos de los Jacintos, Vicentes, Paduas, Capistranos y Jácomes de la Marca, que como lijeras exhalaciones volaron á las regiones de España, Lusitania, Italia, Alemania, Hungría, Polonia, Bohemia y Armenia para sembrar la palabra divina; las montañas del Nuevo Mundo abaten sus soberbias cumbres para recibir á los Luises, Beltranes, Solanos, Buenaventuras y Bolaños, que como fecundas nubes derramaron sobre ellas el saludable rocío de la divina gracia; las universidades del orbe abren sus liceos para que suban á sus cátedras los Antoninos de Florencia, Hugos, Albertos Magnos, Escotos, Alejandros de Alés, Mayrones, Bañez y Victorias. Pero olvidemos estos ingenios sublimes que han dado tanto esplendor al claustro y á las academias, porque para gloria inmortal de tan ilustres patriarcas bastan los dos oráculos de la iglesia, los dos ángeles exterminadores del error, los dos Salomones de las escuelas, las dos lumbreras mayores de Italia; así llamo yo al incomparable Aquino y al serafin Buenaventura, príncipes de la teología, doctores ecuménicos, vivas copias de los santos padres, y órganos incorruptibles por donde hablaron todos ellos.

¡Qué honor para un santo Tomas, ver que los mismos obispos de Roma, jueces infalibles de las controversias, descienden del trono pontificio y consultan sus admirables escritos para terminar las diferencias que turban la iglesia! Los sagrados concilios congregados en Viena, Constanza y Florencia, forman sus cánones tomando cláusulas á la letra de sus obras, para condenar á los discípulos de Wiclef, Lutero y Calvino: el sínodo general de Trento, aquella asamblea tan augusta, manda poner sobre un mismo altar la Suma angélica y la sagrada Biblia en presencia de todo el concilio, para resolver las dudas y degollar los monstruos de la herejía. ¿Qué elogios podremos dar á este hombre extraordinario, á este pasmo de la sabiduría, á este prodigio de los entendimientos? ¿Habrá lengua tan fecunda que sea capaz de dar alguna idea de su incomprensible talento? Pero yo me engaño, porque en una sola palabra se encierra su mas completo elogio: pues son tales los aplausos y la veneracion con que le celebra el mundo, que en diciendo santo Tomas de Aquino, está todo dicho.

¡Qué elogios no merece igualmente el ilustre general de los

Menores san Buenaventura! Este cardenal serafin es el árbitro supremo de los negocios mas importantes de su siglo, el alma de los concilios, el sabio cuya celestial doctrina aplaude toda la iglesia. Vedle en medio de los cardenales congregados en Viterbó para elegir al sucesor de Clemente IV; pero divididos entre sí y discordes los votos, se vieron precisados á comprometerse en el doctor seráfico; Buenaventura habla, y los ancianos de Israel callan en su presencia; aquella ilustre asamblea escucha con respeto su dictámen, él solo forma un cónclave entero, toda la Italia recibe de su mano á Gregorio X por legítimo pontífice, y Roma admira lo que jamas vió la iglesia desde su nacimiento y acaso no lo volverá á ver, esto es, un hijo de Francisco, en quien reside toda la autoridad de un cónclave, y en quien descansa toda la fuerza del Espíritu divino. Vedle en el concilio general de Leon sentado á la derecha del supremo jefe de la iglesia, resplandeciendo como una antorcha refulgente, reuniendo con su elocuencia la iglesia latina con la griega, y ligando á los obispos del oriente al carro triunfal de la santa silla. Ved por último sus prodigiosas obras recibidas como oráculos de la fe en el sínodo general de Florencia, y aprobadas por tres sumos pontífices con los mas magníficos elogios.

Inferid de aquí el mérito inmortal que han contraído con la Iglesia Domingo y Francisco por la fundacion de sus dos grandes órdenes. Mérito inmortal, he dicho, porque estas dos órdenes están marcadas con el sello de la inmortalidad, y á pesar de la injuria de los tiempos permanecerán miéntras duren los siglos venideros; los monumentos profanos que levanta el espíritu del orgullo y de la ambicion, se arruinan sucesivamente; aquellas conquistas ruidosas de los Césares, Alejandros y Aníbales no han podido perpetuar el verdor de sus laureles; la memoria de los Amurates, Solimanes y Bayacetos, que erigieron el trono de sus califas sobre las ruinas del universo, desapareció á manera de aquellos meteoros que brillan, deslumbran, fenecen y se convierten en tinieblas; pero los sagrados establecimientos de Domingo y Francisco no espiraron con ellos en el sepulcro; los felices sucesos de sus discípulos han eternizado los de sus santos fundadores, y aquellos países que no tuvieron la dicha de conocer á los padres, los han conocido en los hijos; hoy mismo admira el mundo los prodigios que entónces solo vió con la esperanza, y se da el parabien de re-

coger el espíritu de tan santos patriarcas en los herederos de su celo, que han llevado su nombre y su fama hasta los últimos términos de la tierra.

No es paradoja, señores, los predicadores y Menores han llevado sus gloriosas empresas de un extremo al otro del mundo, y han surcado los mares de un cabo á otro del océano; ellos se han familiarizado con los caníbales, troglodítas, mamelos y todos los pueblos antropófagos, penetrando hasta los climas adonde la avaricia de los hombres ni la ambicion de los conquistadores no han podido llegar con sus deseos; ellos evangelizaron á los indios de oriente y occidente, animando con su ejemplo á los dignos obreros de otras religiones que han caminado despues sobre sus huellas y vestigios; sabemos que fué un obispo minorita quien recibió en Goa á san Francisco Javier, y le asistió con paternal benignidad; así como no ignoramos que las playas americanas fueron inaccesibles al Evangelio ántes de la venida de los Predicadores y Menores, del mismo modo que el Nuevo Mundo fué desconocido ántes del insigne Colon. Por eso el inmortal Cárlos III decia, que mas queria una mision de Franciscos en la América, que un batallon de soldados en la Europa; y el piadoso monarca san Luis juzgó que estos obreros evangélicos eran todo el consuelo y la gloria de su reino.

Y ved aquí que estos grandes y maravillosos frutos que han producido las dos familias sagradas, hacen ver la excelencia de su causa, y prueban con evidencia que despues de los apóstoles no ha habido santos que hayan trabajado mas en beneficio de la iglesia que los dos grandes patriarcas, cuya memoria veneramos, ni á quienes por consecuencia deba manifestar con mas justicia su reconocimiento la religion cristiana, supuesto que en la solemnidad que consagra á estos dos santos, se renueva la memoria del precioso don que hizo Dios á su iglesia, concediéndola dos varones extraordinarios que la protegiesen en el apuro de sus necesidades y aflicciones: *Ipse dedit quosdam apostolos... in opus ministerii, in ædificationem corporis Christi.*

Vos, Señor, que quisisteis criar á Domingo y Francisco para reparar vuestra iglesia, y tuvisteis á bien derramar vuestras mas abundantes bendiciones sobre la posteridad de unos padres tan santos, hablasteis, y se abrieron las entrañas de la

tierra para recibir dos renuevos que bien presto crecieron en frondosos árboles, y cubrieron con su sombra todo el mundo : su cima superó á las mas altas cumbres de los cédros del Líbano, sus ramas se extendieron de un mar al otro mar y ocuparon las mas florecientes ciudades. Dignaos, Señor, mirar con ojos propicios la obra de vuestras manos : *Respice de cœlo et vide, et visita vineam istam... quam plantavit dextera tua.* Derramad vuestras gracias sobre estas dos familias para que continuen imitando las huellas de sus gloriosos padres, y consigan á un mismo tiempo el mérito de su propia santificacion y los progresos de su ministerio apostólico.

Juntemos, hermanos mios, nuestro celo al de nuestros santos fundadores, hagamos con nuestro ejemplo parecer de un modo visible la santidad de nuestro instituto, y trabajemos eficazmente en la salvacion de las almas.

Y vosotros, fieles, aprovechaos de las prodigiosas acciones que acabais de oir; imitad á estos dos prodigios de la gracia en el valor con que despreciaron las pompas del mundo, aprended á crucificar vuestros cuerpos, para que desasidos del siglo, separados de las criaturas y muertos á vosotros mismos, podais vivir en Jesucristo con el divino auxilio para vivir eternamente con él en su gloria. Amen.

SERMON

DE SANTO DOMINGO DE LA CALZADA.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

ESTUVO LLENO DEL AMOR DE DIOS, Y ESTE AMOR LE HIZO FUERTE CONTRA SUS ENEMIGOS.

De omni corde suo laudavit Dominum, et dilexit Deum qui fecit illum : et dedit illi contra inimicos potentiam.

Alabó al Señor con todo su corazon, amó á su Dios, que le dió el ser y le hizo fuerte contra sus enemigos.

Eclesiástico, c. 47. *v.* 10.

Así como no alcanzamos á conocer todo el horror del pecado, tampoco podemos conocer todo el mérito y hermosura de la virtud : la virtud, en cuya comparacion son nada el oro, la plata, las coronas y los cetros y aun la conquista y posesion del mundo entero. Ella es aquella preciosa margarita que vale mas que todos los bienes ; aquel tesoro escondido en el campo, que el que le encuentra no tiene reparo de vender cuanto posee para comprarle ; aquella vestidura nupcial con que se puede entrar en las bodas del celestial Esposo, y sin la que no seremos admitidos á ellas ; la virtud es la que nos une, nos estrecha, nos hace, por decirlo así, participantes de la misma divinidad. No, no son competentes los débiles esfuerzos de un entendimiento humano para manifestar la hermosura de la virtud, de esta emanacion del mismo Dios, cuyas maravillas podrá muy bien experimentar y sentir el corazon del justo, pero jamas podrán explicar sus palabras.

¿Qué podré yo decir de un hombre cuya dilatada vida fué un tejido de las mas sublimes virtudes? ¿De un hombre, no de ilustre nacimiento, de una casa distinguida y abundante de

bienes de fortuna, de un hombre lleno de los bienes caducos y rodeado de las vanidades de la tierra, sino inocente, humilde, mortificado, casto, sobrio: de un hombre ejemplar de penitencia, amante del retiro y del silencio, consumado en la oracion, obediente y sumiso, paciente y sufrido, que perdona, que ama, que llena de bienes á sus mismos enemigos? ¿Qué podré decir de nuestro esclarecido patrono santo Domingo de la Calzada, cuyo elogio esperais de mí en este dia consagrado á su dulce memoria? En él podemos decir que estuvo de asiento la virtud. No fué un doctor de la Iglesia ni un predicador elocuente del Evangelio; pero la edificó con sus ejemplos, con su retiro, con su constancia en amar á Dios, con su oracion, con su caridad para con sus prójimos, con sus milagros, con su vida llena de virtudes. Extendiendo la vista por la historia de una vida tan sencilla al parecer, pero tan llena de obras admirables y heróicas, siento un embarazo y me hallo en la angustia de no saber qué omitir, no saber qué anteponer, porque todo es digno de nuestras alabanzas y en todo se descubren admirables ejemplos. Reuniré, si me es posible, todas sus virtudes y haré su cumplido elogio, aplicándole lo que en alabanza del profeta Rey nos dice el Espíritu santo en las palabras que he propuesto por tema: alabó al Señor con todo su corazon, amó á su Dios que le dió el ser y le hizo fuerte contra sus enemigos: *De omni corde suo laudavit Dominum, et dilexit Deum qui fecit illum: et dedit illi contra inimicos potentiam.*

Bajo esta idea pienso recordaros las glorias de nuestro santo que celebrais con tanto gozo. Alabó á Dios: su corazon estuvo lleno de celo por la honra y amor de su Dios, y este amor dirigió todas sus empresas y le hizo fuerte contra todos sus enemigos.

Bien sabeis, hermanos mios, bien sabeis el espíritu con que deben oirse las alabanzas de los santos. Resuenen en hora buena en los teatros del mundo las hazañas verdaderas ó fabulosas de sus héroes para deleitar, para divertir el espíritu, para dar impulso y poner en movimiento á las pasiones y los afectos: si en la cátedra del Espíritu santo se anuncian las virtudes de los héroes que reinan con Dios en los cielos, es para que nos contentemos con admirarlas, para que concibamos unos vivos deseos de imitarlos, para que nos santifiquemos siguiendo su ejemplo. Vos, Señor, que con vuestra omnipotente gracia

reunisteis tantas virtudes en nuestro santo, sois quien puede dar los auxilios necesarios para publicarlas con fruto. Os los pedimos rendidamente por la intercesion de vuestra santísima Madre á quien decimos: *Ave María.*

No hay cosa mas sublime ni mas heróica en el órden de las virtudes cristianas que el celo de la honra de Dios.... El celo por la honra y gloria de Dios, digo con mi angéligo doctor santo Tomas, es una expresion del amor divino, es lo mas puro y exquisito que tiene la caridad, es en lo que estuvo el carácter de los hombres apostólicos, es el don que tuvieron los profetas y el espíritu que anima á los predicadores del Evangelio. Sin embargo, por mas excelencias y prerogativas que descubramos en él, es evidente que será débil, inútil, infructuoso, si no se funda y da principio por el celo de la propia santificacion. El amor propio, dice san Ambrosio, que en todo lo demas se condena como vicioso y como injusto, en este punto no solamente es virtuoso y racional, sino de una necesidad y de una obligacion indispensable. En efecto, discurria el padre san Agustin, debo amar mi salvacion mas que mi hacienda, mas que mi salud, mas que mi honra y mas que mi vida; y si estuviera en mi mano el convertir todo el mundo á costa de pervertirme yo, ó el reformarle quedando yo desordenado, abandonaria la conversion y reforma del mundo entero, persuadido á que no queria Dios entónces que el mundo se convirtiese y reformase por mí, puesto que no podia ser sin perjuicio de esta caridad personal que me debo á mí, y por la que quiere Dios que ántes de todo me aplique á cuidar y darle cuenta de mí mismo.

Ved aquí por dónde dió principio á su celo nuestro santo Domingo de la Calzada. Es verdad que por uno de aquellos favores con que suele Dios allanar el camino de sus escogidos, recibió con su nacimiento unos padres justos que caminaban por las leyes y preceptos del Señor sin impaciencia ni queja: es verdad que los infatigables cuidados de una educacion religiosa, los ejemplos domésticos, los consejos saludables, las lecciones vivas y prácticas de la virtud, todo estuvo pronto en la casa de los padres de Domingo, que aunque pobres en bienes de la tierra, vivian en la virtud, que es la riqueza mas estima-

ble. Pero ¿cuántas veces vemos monstruos de impiedad entre los incentivos mas poderosos de la virtud? ¿Cuántas veces vemos á un Absalon en la casa de un David, á un Esaú en la casa de Isaac, á un Júdas en medio de una familia de apóstoles? Domingo fué un hijo obediente y agradecido, un hijo que profesó á sus padres todo el respeto y sumision que inspira la ley de Dios que le enseñaban. Todo su estudio, toda su atencion, todo su cuidado desde los principios fué santificarse á sí mismo y alabar al Señor que le crió.

Bien pronto echó de ver los infinitos peligros del mundo: ve correr á la multitud tras la abominacion, ve que abundan los enemigos que le provocan al pecado; y ni su edad, sus bienes, sus esperanzas, sus padres, sus amigos, nada es bastante para detenerle en un mundo corrompido y seductor; en un mundo en que se respira un funesto olor de muerte, en un mundo en donde á cada paso tropieza en escollos y derrumbaderos la inocencia. Desconfiado de sí mismo, no se tiene por seguro, sale de Villoria, su pueblo, abandona la casa de sus padres, huye y trata de ponerse á salvo en los asilos de la virtud, en el monasterio de Valvanera, de la órden de san Benito, deseoso de santificarse é instruirse para santificar á los demas. El abad oyó las humildes súplicas de Domingo, pero no las admitió y Domingo quedó privado de este recurso. Encamínase con el mismo propósito al monasterio de san Millan de la Cogulla, y es igualmente desatendido. ¿Desconfiará el siervo de Dios, ó abandonará su resolucion de vivir muerto y separado del mundo? El Señor le destina para sus fines, le prueba, le acrisola, pero no le desampara ni olvida. Domingo ama siempre á Dios y le alaba con todo su corazon, y el Señor le encamina, le dirige con su gracia particular y le inspira el modo de satisfacer sus deseos.

Viendo frustradas sus tentativas y constante Domingo en su propósito de dedicarse al servicio de Dios separado del mundo, se dirigió á un santo ermitaño que hacia vida solitaria y contemplativa en un bosque cercano al monasterio de san Millan de la Cogulla. Sal, dichoso solitario, sal á recibir al siervo de Dios que el Señor te envía para que le consueles, le animes y fortifiques en sus santas resoluciones. Sal á recibir á un jóven que huye del mundo despues de haber vencido todo su poder, y viene á ofrecer á Dios sus despojos en el silencio del retiro.

Sal á recibir á este nuevo solitario que arde en deseos de despojarse del hombre viejo y vestirse del hombre nuevo, que viene á morir al mundo para resucitar con Jesucristo.

El ermitaño recibió con agrado á su huésped, le oyó con paciencia y con gusto, le habló del desprecio del mundo y el desapego que debia tener á el, le dió instrucciones para arreglar su vida y le ofreció su pobre celdilla para que quedase en ella, y él pasaria á buscar otro sitio en que continuar su vida solitaria. Rehusó Domingo tan generosa oferta, y edificado con aquel ejemplo é instruído con sus consejos, se despidió del solitario y se encaminó á un sitio fragoso de la Bureba, que es donde hoy está la ciudad que se gloría de llevar por título el nombre de su santo fundador.

¡Almas contemplativas! Vosotras que conoceis mejor que yo la perfeccion y valor de la contemplacion, de la oracion y el recogimiento, lo heróico de la humildad, los rigores de las penitencias y de las vigilias, podríais darnos alguna idea de la vida de Domingo en el retiro; de aquella alta contemplacion, aquel espíritu enajenado en las cosas del cielo, que parece haber trasformado su cuerpo en una estatua semejante á los ídolos, que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, manos y no palpan; aquel silencio, aquellos suspiros, aquellas lágrimas, aquel sustento insípido, que mas bien parece le tomaba para mortificarse que para robustecer los miembros de un cuerpo desfallecido con las vigilias y el trabajo de manos nunca interrumpido; aquella humildad, aquellas mortificaciones que pasman á cuantos leen la historia de su vida. Yo os diré solo, que su único cuidado, su mira principal en el retiro, fué la misma que en el mundo: procurar la honra y alabanza de su Dios, el celo de su salvacion y la de sus hermanos. *De omni corde suo laudavit Dominum, et dilexit Deum qui fecit illum.*

No debe ocultarse la luz, dice Jesucristo, sino ponerse en un lugar eminente para que alumbre á todos los que están en la casa. Á pesar del retiro y vida solitaria de santo Domingo en la Bureba, no pudo ocultar aquella prudencia, aquella mansedumbre, aquella sabiduría adquirida en la oracion, aquel buen olor de sus virtudes, aquella luz divina con que el Señor le iluminaba, aquella caridad con que se esmeraba en ser útil á sus prójimos y cooperar á su bien espiritual. Era aquel el paso de los peregrinos para ir á visitar el cuerpo del apóstol Santiago, y

en el que los malhechores y bandidos se guarecian al abrigo de los bosques para molestar á los pasajeros, y concibió Domingo el proyecto de hacer cómodo y seguro el paso y proporcionar recursos y consuelos á los pasajeros. En poco tiempo con el sudor de su rostro, no solamente dispuso un huerto hermoso y fecundo, plantó viñas con cuyo fruto pudiesen consolarse y restablecerse los fatigados peregrinos, sino que ademas levantó una ermita en honor de la Madre de Dios, en donde dirigia sus fervorosas oraciones al cielo. Domingo huyó del mundo, y puede decirse que el mundo le busca y le reconoce por su protector; pero no por eso se ensoberbece ni llena de orgullo. Siempre humilde, siempre lleno del amor de su Dios, se tiene y se confiesa por el último y el mas inútil de todos sus siervos. Domingo no abandona el rigor de sus penitencias, su frecuente oracion, su humildad y su amor á los abatimientos y desprecios, su paciencia en las burlas y malos tratamientos que sufre y recibe de los mismos á quienes favorece. Quiso el Señor, por los medios de su admirable providencia, que fuese mas pública su virtud.

Habian pasado cinco años en que Domingo continuaba en los ejercicios fervorosos de contemplacion y de caridad, cuando llegó á aquel sitio Gregorio, obispo de Ostia, que venia á España á negocios interesantes enviado por el sumo pontífice Benedicto IX, y Domingo se unió á él para gozar de los ejemplos y la predicacion de la palabra de Dios de este varon sabio y piadoso. ¡Con qué fervor y espíritu lleno de amor de Dios le ayudó en aquellas rogativas, penitencias y procesiones públicas que instituyó para que se enmendasen las costumbres, se aplacase el enojo de Dios y cesase la plaga de langosta que devastaba los campos y tenia en consternacion á los pueblos de Navarra! ¡Con qué fervor y gozo de su alma le acompañó en sus viajes y misiones apostólicas, teniéndose por dichoso de ayudar á tan gran santo en el ministerio de la divina palabra, ya que no era capaz de predicarla!

Pero ¿qué era su ejemplo, su compostura y modestia, sus palabras y toda su vida sino una predicacion eficaz y continua? Sufre con una resignacion enteramente cristiana la pérdida del santo prelado, y vuelve Domingo á su retiro de la Bureba á santificarse y entregarse al amor de Dios, y á ser útil á los hombres en la obra que habia comenzado. Repara su ermita, des-

truye las malezas que habia arrojado el terreno, corta pedazos de bosque, hace transitables los sitios pantanosos, logra que se construya un puente seguro y costoso sobre el rio. Los viajeros y peregrinos tienen ya un camino fácil, cómodo y seguro, comienzan á edificarse casas, y el desierto se convierte en un pueblo, en una ciudad; pero aun no está satisfecha la caridad y el celo de Domingo. Conoce las miserias y molestias de la vida humana, se compadece de las fatigas, del cansancio y las enfermedades de los peregrinos y transitantes, y emprende su caridad. sí, su caridad, porque no cuenta con otros recursos para sus empresas, ni tiene otro fondo que su celo; emprende la construccion del hospital para el descanso, el refugio y el consuelo de los peregrinos y alivio de sus enfermedades. ¿Podria creerse ni dejar de mirarse como una temeridad en un hombre pobre, sin recursos ni medios de ninguna especie? Pero contaba con el amor de Dios, con su celo grande por la honra de Dios y la salud de las almas, y este amor no solo le concedió el complemento de sus empresas y la satisfaccion de sus deseos, sino que le hizo poderoso y aun admirable á sus enemigos.

Nosotros no hallamos inconveniente en emprender obras útiles cuando nadie se nos opone, cuando los demas cooperan y ayudan á nuestros deseos, cuando son compatibles con nuestros intereses, nuestras comodidades y nuestros gustos; cuando de ellas nos resulta alguna utilidad, y tal vez el celo y la caridad para con los demas es el pretexto con que se disimula nuestra ambicion y nuestras miras de interes personal. Las empresas de Domingo tuvieron todas su orígen en el grande amor á su Dios, no tuvo parte el interes propio, la comodidad, la especulacion; tuvo contradicciones fuertes y enemigos poderosos que vencer, y obstáculos inmensos que superar; pero el Señor le hizo superior á todos ellos: *Dedit illi contra inimicos potentiam*. Faltaba lo necesario para continuar sus obras, y recurria á la ermita de la santísima Vírgen, á los ruegos y súplicas á la Reina del cielo, y veian los pueblos que se multiplicaban y repetian los milagros. Allí hallaba fuerzas para vencer todas las dificultades y para acallar á sus enemigos. Un temerario y maligno censurador de las obras de nuestro santo dijo por burla, que ofrecia para trabajar en la obra del puente dos toros que tenia en el monte, á condicion de que el padre Domingo los trajese. Lo haré con el favor de Dios, le contestó

el santo con una agradable sonrisa. Sale al monte, y luego que los toros le ven, se vinieron á él como mansos corderos, los tomó por las astas, unció al carro y trabajaron cuanto se dispuso de ellos, como si fueran bueyes bien domados. Sufre contradicciones para tomar las maderas necesarias para el hospital; pero Domingo toma una pequeña hoz y corta y derriba con ella las encinas, y conocen y confiesan todos que le asiste el poder divino, y que aquella es la voluntad de Dios. Le mofan, le insultan, le maltratan y tienen el atrevimiento de apedrearle; pero Domingo vence á sus enemigos con el amor de Dios que le hace poderoso contra todos. Se viene á los mismos que le maltratan, les habla con dulzura y serenidad, y se ven rendidos á sus piés pidiéndole perdon. Le destruye un aldeano los frutos de su huerto introduciendo en él sus ovejas; no le contienen las amonestaciones cariñosas para que se abstuviese de hacer aquel daño en la heredad de los pobres, y sufrió del cielo el castigo de quedar sordo, baldado y desfigurado, para que á sus dolores se aumentase su vergüenza y el escarmiento de los demas. Los enfermos y atribulados buscan el remedio y el consuelo de sus aflicciones en las oraciones de Domingo, y Domingo ruega al Señor y son oídas sus súplicas. Ama fervorosamente á su Dios, y este amor le hace, no solamente superior, sino árbitro y amado de los pueblos, temido, respetado y reverenciado hasta de sus mismos enemigos. El Señor se encarga de hácer pública y respetable la virtud de su siervo, y Domingo la conserva, la nutre y la aumenta con sus ayunos continuos, sus fervorosas oraciones, sus limosnas y asistencia á los enfermos, con su paciencia y serenidad inalterable, con su amor á Dios que le hacia pronto para todos los ejercicios de piedad. Pronto, decia, pronto he de ser presentado ante el tribunal del Juez de vivos y muertos, y no queria que le cogiese desprevenido aquella hora terrible; y esta consideracion inflamaba su amor á Dios, á quien deseaba unirse como á un amigo mas bien que temer como á un juez, y nada omitia para poder morir con la muerte preciosa de los santos. Cada vez aumentaba mas sus ejercicios piadosos, y descargándose de los cuidados terrenos, procuraba ocuparse de su alma y disponerse para dejar el destierro y caminar á la patria de los justos.

El plazo señalado se acercó; las gentes lloran sin consuelo la próxima pérdida de su padre, de su amparo, del que remedia

sus males y necesidades, del justo que atrae sobre ellos las bendiciones del cielo; pero el siervo de Dios recibe los santos sacramentos con fervor y devocion, y su alma tranquila deja un cuerpo que se ocupó en el servicio de su Señor, y pasa á la mansion de los santos á recibir la corona y el premio de sus merecimientos. Amó á Dios de todo su corazon, y con este amor venció á los enemigos visibles é invisibles de su alma, que fué trasportada en manos de los ángeles al celestial paraíso.

Enjugad vuestras lágrimas, pueblos desconsolados con la muerte de vuestro general bienhechor. Está en los cielos y desde allí os atiende y oye vuestras súplicas. Él defenderá vuestros hogares, y hará por un milagro nunca visto, que se aparte de vuestra ciudad el rey don Pedro, cuando se acerca con su ejército resuelto á aniquilarla. Él os oirá cuantas veces le invoqueis. Él es vuestro abogado y protector, y de nada debeis gloriaros tanto como de tener un patrono tan poderoso en el cielo. Él estuvo lleno de amor y caridad á Dios y á los hombres en este mundo, y no puede faltarle este amor en el cielo, en donde no muere ni se acaba la caridad, sino que se aumenta y perfecciona.

Invoquémosle pues y recurramos á él, pero no descuidemos el imitar sus ejemplos. Pongamos nuestra vida en parangon con la de nuestro santo, y hallaremos innumerables faltas que corregir y vicios que enmendar. Hallaremos que no es el amor á Dios el que dirige nuestras obras y nos hace acometer nuestras empresas, sino el interes terreno, las miras del mundo, el deseo de agradar á los hombres, las pasiones mas reprensibles y detestables; por eso nuestros enemigos nos vencen, y tenemos que sufrir tantos disgustos y sinsabores de parte del mismo mundo á quien deseamos agradar y complacer. Ordenémoslo todo y no tengamos otra mira en nuestras acciones, en nuestras tareas, en la crianza y educacion de los hijos, en todo cuanto emprendamos; no tengamos, digo, otra mira ni deseo, que el de honrar á Dios y amarle, y el Señor bendecirá nuestros trabajos, y nos serán gustosas nuestras tareas, y hallaremos placer en la oracion, en el ayuno, en la penitencia, en todo lo que sirva para manifestar nuestro amor á Dios; y nuestro santo se complacerá desde el cielo en vernos y pedir á Dios sus bendiciones para nosotros.

Rogad, glorioso santo, rogad incesantemente al Señor de las misericordias para que nos dé la gracia de amarle y que obremos en todo por su amor, para que santificándonos por este medio, triunfemos del mundo que nos escarnece, del demonio que nos tienta, de nosotros mismos que con un peso grande nos inclinamos al amor de los deleites reprobados, de todos nuestros enemigos, y lleguemos á la gloria en que cantemos con vos las divinas alabanzas con todo nuestro corazon. Amen.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

TABLA

DE

LOS SERMONES, DISCURSOS ETC.,

QUE COMPRENDE

EL TOMO SEGUNDO.

PÁG.

Discurso para el dia de santa Bárbara vírgen y mártir. — De Troncoso..... 1

Sermon de san Bartolomé apóstol. En la oracion, en que fué tan frecuente y tan fervoroso san Bartolomé, halló las grandes virtudes que admiramos en él, y nos señaló el modo de ser discípulos fieles de Jesucristo. — De Lázaro García..... 15

Discurso para el dia de san Bartolomé apóstol. — De Troncoso. 24

Sermon de san Benito. — De Sánchez Sobrino..... 37

Sermon de san Benito. — De Climent..... 48

Discurso para el dia de san Benito abad. — De Troncoso..... 65

Sermon de san Benito de Palermo. — De García..... 77

Sermon de san Benito de Palermo. — De García..... 95

Sermon de san Bernabé apóstol. Cuál debe ser el deseo de los ministros del Señor, y cómo deben corresponder los fieles á la predicacion de la divina palabra. — De Lázaro García..... 112

Sermon de san Bernardo. San Bernardo difundió por el orbe la sabiduría celestial con que el cielo le habia adornado. — De González..... 120

Sermon de san Bernardo. — De Bencomo..... 129

Discurso para el dia de san Bernardo abad, doctor de la iglesia. — De Troncoso..... 145

Sermon de san Blas, obispo y mártir. — De Andres..... 157

Discurso para el dia de san Blas, obispo de Sebaste y mártir. — De Troncoso..... 168

Sermon de san Blas, obispo y mártir. Nos ofrece ejemplos de fe y de fortaleza, y nos protege y ampara en los peligros de esta vida. — De la Biblioteca predicable..... 181

Sermon de san Braulio, obispo de Zaragoza. Fué un gran sacer-

dote que agradó á Dios en todos los dias de su vida. — De la Biblioteca predicable..... 189
Sermon de san Buenaventura. La sabiduría celestial le hizo grande y esclarecido, inspirándole la idea de agradar al señor en la region de los vivos. — De la Biblioteca predicable..... 197
Discurso para el dia de san Cárlos Borromeo, arzobispo de Milan. — De Troncoso..... 217
Discurso para el dia de santa Catalina vírgen y mártir. — De Fortea..... 231
Sermon de santa Catalina de Bolonia. — De Trento..... 250
Sermon de santa Catalina de Sena. — De García..... 264
Discurso para el dia de santa Catalina de Sena. — De Troncoso. 293
Sermon de la beata Catalina Tomas. — De Bordoy..... 305
Sermon de san Cayetano. — De Santander..... 319
Discurso para el dia de san Cayetano. — De Troncoso..... 333
Sermon de san Cecilio, patron de Granada. — De Sánchez Sobrino..... 346
Sermon de san Cecilio, obispo y mártir. San Cecilio no tuvo otro fin en su ministerio sagrado que la caridad, y con la misma caridad le desempeñó dignamente. — De Lázaro García..... 352
Discurso para el dia de santa Clara, vírgen de Asís. — De Troncoso..... 360
Sermon de santa Clara vírgen. De la necesidad y posibilidad de la abnegacion propia. — De Lázaro García..... 372
Discurso para el dia de san Cosme y san Damian, mártires. — De Troncoso..... 380
Discurso para el dia de los santos Crispin y Crispiniano, mártires. — De Troncoso..... 394
Sermon para el dia de la conmemoracion de los difuntos. — De Bourdaloue..... 407
Discurso para el dia de la conmemoracion de los fieles difuntos. — De Troncoso..... 431
Sermon de santo Domingo de Guzman. — De Sánchez Sobrino.. 443
Sermon de santo Domingo de Guzman. — De Bordoy..... 455
Sermon de los patriarcas santo Domingo y san Francisco. — De García..... 466
Sermon de santo Domingo de la Calzada. Estuvo lleno del amor de Dios, y este amor le hizo fuerte contra sus enemigos. — De Lázaro García..... 492

UNIVERSIDAD DE MALAGA BIBLIOTECA GENERAL